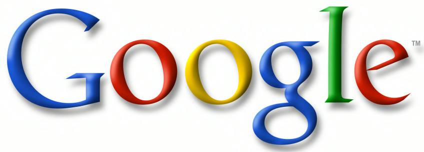
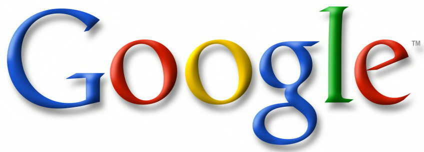
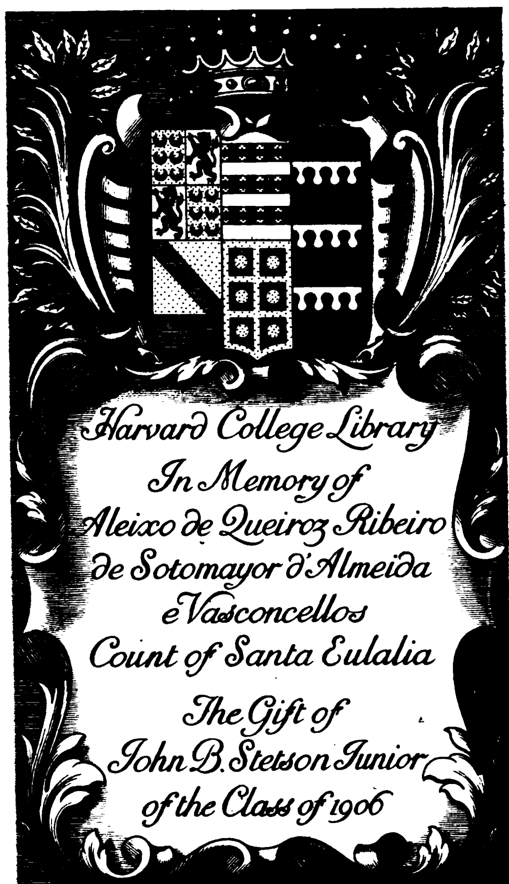



Google


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO LIV.

OBRAS POÉTICAS

Y DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª,
CALLE RACINE, 26, CERCA DEL ODEON.

OBRAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

NUEVA EDICION CORREGIDA,
Y LA SOLA RECONOCIDA POR EL AUTOR,

CON SU BIOGRAFIA
POR ILDEFONSO DE OVEJAS.

—

TOMO TERCERO.

OBRAS POÉTICAS
Y DRAMATICAS.



PARIS.
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, PISO PRINCIPAL,
CERCA DEL PUENTE DE LAS ARTES.
—
1852

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

OFRENDA POÉTICA

AL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID.

(6 de noviembre de 1848.)

—

Sueños hermosos de la infancia mia,
¿A qué sobre las alas de oro y rosa,
Volveis á mi exaltada fantasía?
¿Qué buscais? ¿vuestro hogar? Ceniza fria
Guarda no más vuestra mansion dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;
Las delicadas flores que dejaron
Vuestras manos, ornando vuestra estancia,
Perdieron su frescura y su fragancia
Y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardin, que cultivásteis
Es hoy salvage selva enmarañada;
Nada hallareis de lo que aquí dejásteis.
Sueños de mi niñez, ¿á que tornásteis?
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna;
La edad os arrojó de vuestro asilo:
Lecho de la ambicion es vuestra cuna,
Y ha levantado en vuestro hogar tranquilo
Un altar á la gloria la fortuna.

—

Genios, que del Pisuerga en la ribera,
Al rumor soñoliento de sus olas
A oir llegásteis mi cancion primera,
Tejed para mi negra cabellera
Fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordais, fabulosos geniecillos,
Aquel pálido niño, que corria
Vuestras lomas cubiertas de tomillos,
Probando en vuestros toscos caramillos
Su mal seguro aliento? ¿Qué os decia?

« Por la gloria escusad que os abandone
Yo espero en Dios y de mi aliento fio
Que oiga mi pátria, cuando yo le entone,
Un cántico en su honor, y que me abone
Por buen hijo con ella el canto mio. »

Y os dejé: y cuanto débil atrevido
El premio á disputar entré en la lucha.
« Oyeme, » dije al mundo, y, el oido
Prestando, el mundo mi cancion escucha.
Sueños de mi niñez, ¿seré vencido?

***

Fé de mi corazon, sostenme ahora:
Luz de mi inspiracion, no te consumas:
Voz de mi pecho, exhálate sonora:
Pensamiento veloz, hé aquí la hora
De tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mio!
Por la region divina y encantada
De la imaginacion, y el dulce pío
Róbale al ruiseñor, que al són del rio
Dá al viento su cancion enamorada.

Róbale al mar, que con desden se mece
En su lecho de arena, su murmullo:
Y á la brisa que el árbol estremece,
Y á las tórtolas tiernas, que guarece,
Con su ondulante pabellon, su arrullo.

Pide á una blanca y vaporosa nube
Que en sus brazos de gasa te levante,
Y á la region del firmamento sube
Y por favor demándale al querube
Su arpa de oro y su voz por un instante.

—

Lánzate: cruza el éter infinito:
Búscame cual mi aliento les ansía
El vigor y la fé, que necesito
Para ahogar en torrentes de armonía
Al mundo, que me mira de hito en hito.

Vé que me espera ya; tu vuelo afana
Pensamiento veloz. En tal momento,
Mortal mi corazon, mi voz humana,
Temo que he de pedir con ansia vana
Fuego á mi inspiracion, aire á mi aliento.

No: le veo que el límite traspasa
De la bóveda azul: un rayo quita
Al sol, y el aura trasparente y rasa
Volviendo á atravesar, se precipita
Sobre mi corazon y me le abrasa.

Suelta tu voz, ¡oh corazon! al viento:
De tu humilde temor deshecha el pasmo:
Gracias dá al mundo que te escucha atento:
Lo que falta á tu ruin merecimiento
Llenen la gratitud y el entusiasmo.

—

Benigna sociedad, amigos fieles
Y vosotros de Fidias y de Apeles
Y de Homero y de Píndaro rivales,
Escusadme estas glorias terrenales,
Apartad de mi frente los laureles (1).

Las vuestras, en verdad, que no la mia
Merecen reposar bajo su sombra:
Vosotros me cedeis con hidalguía
Un honor, que me embriaga de alegría,
Pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberana
Cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía
De mis cantos tal vez? ¡Jamás profana
Mi lengua de ella mentirá! No es mia
Mi noble inspiracion: Dios me la envia.

Dios, que dá voz al viento y á las aves
Y ecos al mar, que en tumbos se levanta,
Roncos en su ira y en su calma suaves,
Es quien presta á mi voz sus ecos graves
Para cantar su omnipotencia santa.

—

Por eso audaz entre vosotros canto
Y mi humilde cantar con fé levanto:
Porque el poeta, del Señor recibe
Fé y voz, para ensalzar con estro santo
La tierra en que nació, la fé en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,
Para tan suma dignidad pigmeo,
El templo de la escelsa poesía
Tal vez profano: porque iluso creo
Que Dios inspira la impotencia mia.

Por eso en ella por cantar me afano
La gloria y prez con que la edad pasada
Vió tremolar el pabellon hispano
En el remoto mundo americano,
Y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oidos
Ofende el rudo són del arpa mia:
Mas de sus cuerdas roncas desprendidos
Exhalanse los bárbaros sonidos
Ricos de fé, si pobres de armonía.

—

Vosotros, cuya fé potentes halla
Plumas, para cernerse sobre el suelo
Donde preso mi espíritu batalla,
Profesores ilustres, vuestro vuelo
Tended: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiracion: la fé del arte
Es hija de la fé de la creencia:
No la busqueis jamás en otra parte;
La cruz es de la gloria el estandarte:
Dios es la luz: Dios es la inteligencia.

Si colores quereis, mirad al cielo:
Si llenar los espacios de armonía,
Si animar de los mármoles el hielo,
De las obras de Dios alzad el velo,
Que Dios perfectas las produce y cria.

Mas perdonad á mi saber profano
De ilustraros las necias pretensiones.

(1) El Liceo de Madrid ofreció al autor, en una sesion pública dedicada á él, una corona y un magnífico album: el autor leyó esta composicion en aquella noche, regalando al Liceo mil ejemplares impresos de ella.

¿Qué puedo á vuestro genio soberano
Enseñar con mis ruines concepciones,
Yo, del jardin del arte ruin gusano?

—

Y vosotros tambien ¡ hijos del canto !
Sobre el cieno del siglo en que vivimos
Enalteceos : vuestro orígen santo
Testificad al enjugar el llanto
De la raza mortal de quien nacimos.

Cantad : ni el hombre de su vieja historia
Sin vuestros cantos la verdad supiera,
Ni el justo digno de alabanza y gloria
De sus nietos vivir en la memoria
Mas allá de su túmulo pudiera.

Bálsamo saludable que en el suelo
Derrama la esperanza y el consuelo
La poesía es. ¡ Cantad, poetas !
¡ Volad como volaron los profetas
En alas de sus cánticos al cielo !

¡ Volad ! De envidia vil sin la mancilla,
Surcar el oceano de la gloria
Os veré yo contento, y en la orilla
Descubierto y en tierra la rodilla
Bendeciré al morir vuestra memoria.

EL BAUTISMO DE JESUS.

(CUADRO ORIGINAL DEL ALBANO.)

I.

Ante el trono de Dios el cielo abierto,
Suspendido el dolor en el abismo
La absorta creacion con ojo incierto
Se tornó á contemplar en el desierto
El sublime misterio del BAUTISMO.

Juan, el derramador de la semilla
De la palabra santa, de fé lleno
Avanzó del Jordan hasta la orilla;
Humilde y con el agua á la rodilla
Dobló ante él la cerviz el Nazareno.

Juan llenando una concha de agua pura
La derramó sobre Jesus entera.
La voz de Jehová tronó en la altura,
Y la raza de Adan la mancha impura
Perdió de su fatal culpa primera.

II.

¡ Hostia de espiacion, blanco Cordero
Jamás contaminado de impureza !
Tú, purificacion del orbe entero,
Tú, de limpieza virginal venero,
¿ Al agua ofreces la inmortal cabeza?

¿Quién se enaltece cuando tú te inclinas?
¿Quién se cree limpio cuando tú te bañas?
¿ Quién llegará á esas márgenes divinas
Que, al beber de sus aguas cristalinas,
No reciba la vida en sus entrañas?

Juez de los mundos, rey del firmamento,
La ribera herial que holló tu planta,
El rio amargo cuyo curso lento
Bañó tu cuerpo, desde aquel momento
Fué dulce manantial, fué tierra santa.

III.

Venturoso Jordan, por tu ribera
Trasciende aún el incorrupto aroma
Que exhaló de Jesus la cabellera;
Aun le recibe la gentil palmera
Del aura errante que de tí le toma.

Del cuerpo de Jesus aun te embalsama
El ámbar celestial : aun le respira
El desierto con ansia, y en la llama
Del sol, por cuanto de él en torno gira
El soplo del Señor se desparrama.

El olor de la selva humedecida
Por la lluvia, el perfume campesino
De los valles, la esencia desprendida
De las flores, ¿qué son sino perdida
Emanacion del hálito divino?

IV.

Plegaria.

Jesus, que limpio del borron infausto
De la culpa mortal del primer hombre,
Al viejo mundo de esperanza exhausto
Te viniste á ofrecer en holocausto
De su maldita descendencia en nombre;

Jesus, hijo de Dios y de María,
Lluvia del campo, aroma de las flores,
Vida del universo y luz del dia,
Oye las preces que mi fé te envía
Desde la tierra, lecho de dolores,

Lava mi corazon de inclinaciones
Torpes, á tí mi espíritu levanta,
Para que no me cierren mis pasiones
Las puertas de las célicas mansiones
Que me abrió del bautismo el agua santa.

RECUERDOS.

AL ESCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ANGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

—

Bien vengas, pálida luna,
A iluminar con tu lumbre
La tranquila muchedumbre
Que bulle en mi derredor.
Bien vengas en las serenas
Noches de julio abrasado
A derramar sobre el Prado
Tu misterioso fulgor.

Al confuso movimiento
Con que en la nocturna niebla
La multitud que le puebla
Se agita en redor de mí,
Paréceme esta alameda
Selva de sombras poblada
Como la selva encantada
Que al Dante leyendo vi.

Este vago són de pasos,
Estas palabras perdidas,
A pedazos recogidas
De labios qué huyendo van;
Estas mil vagas figuras
Que, con giro infatigable,
En círculo interminable
Ante mí vagando están:

Esas bellezas veladas
En blanquísimos encajes
Que en elegantes carruajes
Se deslizan mas allá:
Esos ginetes veloces
Que cruzando por entre ellas
Buscan en vano las huellas
De alguna ausente quizá:

Esa armonía, que elevan
Con murmullos diferentes,
Los árboles y las fuentes
Y la inquieta multitud:
Las sombras con que su suelo
Entapizan por do quiera
Los hombres en su carrera,
Los olmos en su quietud.

Ese obelisco que se alza
Sobre su enramada oscura,
La gloria y la desventura
Divinizando á la par:
Ese silencioso Tíboli
Que á su enverjado se asoma
A derramar el aroma
De su abundoso azahar:

Y ese purísimo cielo
Tras cuyo azul cortinaje
Alumbra este paisage
Tu lámpara colosal,
Me hacen ¡oh luna! tan bello
En estas noches el Prado
Como el jardin encantado
De una leyenda oriental.

¡Santo fanal de la noche,
Bien vengas! Yo te bendigo:
Porque á par vienen contigo
Los misterios del placer.
Tú traes en tus tibios rayos
A esta baja tierra umbría
La religiosa armonía
Que se exhala por do quier.

Tú elevas de entre las flores
Perfumadas auras suaves;
Tú das trinos á las aves
Que despiertan con tu albor:
Tú traes, de las sueltas ráfagas
En las alas invisibles,
Los ruidos incomprensibles
Del eco murmurador.

Tú traes en tu luz templada
Que los álamos platea
La palidez que hermosea
La beldad de la muger.
Sí, sí: tu mágica lumbre
Rodea cuanto ilumina
De una auréola divina
Que regenera su sér.

Pálida antorcha nocturna,
Tu luz infunde en el alma
La melancólica calma
Que aduerme nuestro dolor:
Lámpara de los recuerdos,
Las memorias seductoras
De dulces pasadas horas
Retoñan con tu fulgor.

Nunca olvidaré las noches
En que á tu luz argentina
Sobre el agua cristalina
Del rico Guadalquivir,
Tendido en un barquichuelo
Contemplándote á mis solas
A la merced de las olas
Dejaba los remos ir.

Y á su lento
Movimiento
Columpiada
Mi barquilla,
Apartada
De la orilla
Y arrastrada
Libremente
Por el viento
Y el azar,
Me llevaba
Dormitando,
Escuchando
Vagamente
Bajo el bote
Mansamente
La corriente
Murmurar.
Y á lo lejos
Se alcanzaban
Los reflejos
Que radiaban
Las hogueras,
Que en las anchas
Rastrojeras
Y en las lanchas
Y riberas
Alimentan
Sin cesar
Los cansados
Labradores,
Los mojados
Pescadores
Que, olvidados
Sus pesares
Y sudores,
Sus azares
Arrostrados,
Sus amores
Desdichados,
Se reunen
A contar,
Mientra en olla nada escasa
Hierve su cena á la brasa
Del improvisado hogar.

—

Nunca olvidaré las noches
Que en la encantada Sevilla
En grata amistad sencilla
Franca sociedad gocé,
En un jardin que entoldaban
Mil fragantes limoneros
Y en cuyos frescos senderos
Sobre flores iba el pié.

Siempre ¡oh Angel! la memoria
De aquellos serenos dias
Embellecerá las mias
Recordando tu jardin,
Mas bello con el silencio
De su soledad tranquila,
Que el gran salon que vacila
Con el rumor del festin.

Siempre que miro la luna
Brillar en el firmamento
Recuerdo tu apartamiento,
Tu familia y tu amistad;
Y á las leves auras ruego
Que te lleven, Angel mio,
Un suspiro que te envío
En fé de fraternidad.

Cuando en el golfo azulado
Que en esas playas ondea
La lámpara que platea
La noche, veas brillar,
Piensa ¡oh Angel! que hay un hombre
Que su esplendor contemplando
Está en Nápoles pensando
Para volverte á abrazar.

HOSANNA.

—

Al derramar su lumbre soberana
Hoy el radiante sol desde la Sierra
Tornando el cielo en pabellon de grana
Y en alfombra de púrpura la tierra
Sonó en el cielo el inmortal Hosanna,
Y estremecido cuanto el orbe encierra
Al eco santo se postró sumiso
Ante la Hostia que alumbra el paraiso.

¡Gloria al Señor! ¡Hosanna en las alturas
Al Dios que sobre el Gólgota sangriento
Redimiendo al morir las criaturas
Su cuerpo les dejó por alimento!
¡Gloria al Señor en cuya fé seguras
Sus almas tornarán al firmamento,
Donde se ofrece en celestial comida
Gérmen de luz y manantial de vida!

Regocíjate sí, con santo anhelo
Tus deliciosos cármenes despoja
De cuanta flor les dió pródigo el cielo,
Sus capullos balsámicos deshoja
Y de fresco tapiz vistiendo el suelo
Viértelas en Bib-Rambla hoja por hoja,
Porque velado en sacramento viene
Quien cielo y tierra en su pulgar mantiene.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—Con eternas flores
Cogidas de Salen en los jardines

Ciñéndose la sien, dignos loores
Te cantan los ardientes querubines.
Espléndido dosel de mil colores
Con sus alas le dan los serafines,
Y el sumo Dios por quien el orbe alienta
Le dá su trono y á sus piés se asienta.

Eterno Dios cuya palabra sola
Formó la creacion: cuya mirada
Serena el mar y el alba tornasola,
Tiéndela piadoso hácia Granada.
Alcázar sea de la fé española,
Y á sombra de tu trono cobijada
Guarde, Señor, tu religion segura
Si te olvida tal vez la edad futura.

¡ALLÁH AKBÁR!

Noche azul ciñe la tierra:
Ilumina el firmamento
Blanca luna: manso viento
Mece el bosque en lento són,
Y las torres de la Alhambra
Que á sus copas sobrepujan
En los pliegues se dibujan
De su verde pabellon.

En los fértiles collados
Estendida está Granada
Que respira embalsamada
Los perfumes del abril,
Adorada de lás aves,
Favorita de las flores,
Adormida en los amores,
Y en poder de Boabdil.

Todo en torno en paz reposa:
Solamente allá en la hondura
Se oye el Darro que murmura
Entre guijos al pasar;
Y al murmullo de sus ondas,
Desvelada entre la amena
Soledad, á Filomena
Amorosa gorgëar.

Todo yace en sueño y sombra,
A la luz de las estrellas:
Solo lucha con la de ellas
La que alumbra un ajimez
De la torre de los picos,
Y á través de cuya espesa
Celosía brilla presa
Su rojiza brillantez.

¿Quién allí tan á deshora
En aquella torre vela
Mientras guarda un centinela
Su almenado murallon?
¿Quién allí por dicha ó duelo
El reposo dulce esquiva?
¡Alláh akbár! es la cautiva
Que perdió su corazon.

Garza jóven, sorprendida
En las lomas de Antequera
Al tender la vez primera
Tiernas alas hácia el sol,
No ha podido libre al viento
Al cruzar verde paisage
Ostentar de su plumage
El brillante tornasol.

Blanco lirio, que entre nieve
Consiguió brotar apenas,
Trasplantado á las amenas
Praderías del Genil,
En sus cármenes fecundos
Con su riego nutritivo
Perfumado, fresco, altivo
Desplegó su flor gentil.

Pobre niña, entrada apenas
En sus quince abriles bellos
Sin saber apreciar de ellos
La belleza ni el valor,
Fué en el campo cautivada
Por un noble Abencerraje
Y ofrecida en homenage
Por traicion á su señor.

Acusaron de ocultarla
Los Gomeles á su dueño:
Mostró el rey en verla empeño,
Y mandósela entregar.
«¡Alláh akbar! (dijo llorando
El amante Abencerraje)
¡No pensé cuando la traje
Que me la iban á robar!

Arranquéla con mi lanza
Del haren del castellano;
No es esclava á quien mi mano
Y mi nombre voy á dar;
Mas si el rey contra justicia,
Y á la fuerza me la toma,
Él dé cuentas á Mahoma
De su crímen. ¡Alláh akbár!»

Los Gomeles la llevaron
Ante el rey: amóla al verla
Y en su haren quisó tenerla
El injusto Boabdil,

Mas en vano; la cautiva
Guarda firme allá en su pecho
El santuario que tiene hecho
Para el árabe gentil.

Y en la torre de los picos
Dó el tirano la encarcela
Por la noche vive en vela,
É ilumina su ajimez,
Porque sabe que del Darro
En la márgen, á tal hora
La contempla quien la adóra,
Quien la hará libre tal vez.

Y los nobles granadinos
Que lamentan este ultraje
Y del buen Abencerraje
Ven la pena y la razon
Dicen viendo en la alta torre
Mantenerse la luz viva:
« ¡ Alláh-akbár ! es la cautiva
Que le dió su corazon. »

EN LA MUERTE DE ***,

FUSILADO EN ...

No de sentido llanto
Raudal ardiente verterán mis ojos
Ante el túmulo santo
Que guarda tus despojos:
Sonoro, altivo, triunfador acento
Del arpa mia brotará y mi canto
No exhalará á tus manes ni un lamento.

En la region eterna
Presentóse tu espíritu tranquilo,
Y de Dios la paterna
Mano en el firmamento le dió asilo.
Mártir triunfaste al sucumbir: prefiero
Pues á llorarte en elegía tierna
Tu muerte celebrar, buen caballero.

El laurel de la gloria
Sombreará estremeciéndose sonoro
Tu lápida mortuoria
Dó radiará tu nombre en letras de oro.
Bardos le cantarán: un pueblo atento
Le oirá conmovido, y tu memoria
Durará cuanto dure el firmamento.

Aguila vigilante
En tu laurel anidará, cuidando
Que tu dormir no espante
De aves siniestras agorero bando:
Y cuando en noche azul tu alma dichosa
Vague invisible con el aura errante
Bajando á visitar su térrea fosa,

El ave no vencida
Tendiendo ante ella sus potentes alas,
La volverá atrevida
Hasta el dintel de las empíreas salas:
Y allí, de Dios la bendicion tomando,
Descenderá trayendo á tu dormida
Sombra paz sempiterna, y sueño blando.

A ADELAIDA.

DESPEDIDA.

De mi suerte arrebatado
Por el raudo torbellino
Parto. ¡ A Dios ! ¿En mi camino
Volveré á hallarte? No sé.
Mas te juro que tu imágen
Y de tu voz el sonido,
En mi alma y en mi oido
Por dó vaya llevaré.

Niña hermosa, enamorada
De lo bello y lo sublime,
¿Cuando yo esté lejos, dime,
Pensarás tal vez en mí?
Tortolilla de ojos dulces,
Casta flor de aroma henchida,
¿De mi estancia y mi partida
Quedará un recuerdo en tí?

Amistad tierna y sincera,
Hija de honda simpatía,
Germinó en el alma mia
Y me avasalló tenaz:
Amistad, pasion mas fuerte
Que el amor tempestüoso,
Enemigo del reposo,
Turbador de toda paz.

Amistad nunca mudable
Por el tiempo ó la distancia,
No sujeta á la inconstancia
Del capricho ó del azar:
Sino afecto siempre lleno
De ternísimo cariño,
Tan puro como el de un niño
Tan inmenso como el mar.

Cuanto á tí te dá contento,
Cuanto á tí te pertenece
Mi cariño al par merece,
Me contenta al par á mí.
Yo amaré lo que tú ames,
Yo odiaré lo que aborrezcas,
Yo vendré cuando me llames
Aunque esté lejos de tí.

Y en el duelo, en la ventura,
En la corte, en el desierto
Siempre, siempre estará abierto
Para tí mi corazon;
Y tu casa y tu familia
Con las mias mi fé uniendo,
Viviré en las dos, no haciendo
Nunca entre ambas distincion.

El recuerdo de las horas
Que pasé en tu compañía
De la inquieta vida mia
El cansancio aliviará;
Mi espíritu vagabundo
En la noche solitaria
De tu casa hospitalaria
Por en torno vagará.

Cuando ensalce en mis cantares
El valor de algun guerrero
O la prez de un caballero,
En tu padre pensaré.
Cuando pinte en mis leyendas
Una dama ilustre, altiva,
Generosa, compasiva,
A tu madre copiaré.

Cuando leas en mis versos
La pintura de palacios
Que del aire en los espacios
Vierten luz y alegre són,
Di: «El recuerdo de las noches
Que há pasado en mis salones
Há prestado á estos renglones
Su halagüeña inspiracion.»

Y cuando en noche apacible
Tu caballo á escape lleves,
Y entre los átomos leves
Del polvo que elevará,
Veas tu sombra movible
Que al lado tuyo camina,
Que va mi sombra imagina
En la que contigo vá.

Y ¿quién sabe si algun genio
De la escelsa poesía
Podrá á hacerte compañía,
Mi vaga sombra evocar?

¿Quién sabe si en la fé pura
De tu corazon amigo
Podrás ver que voy contigo
Y con mi espíritu hablar?

¿Quién sabe si un aura vaga
Por los vientos peregrina
O una errante golondrina
Te traerán nuevas de mí?
¡Oh Adelaida! nunca dejes
De velar en torno tuyo.
Parto: ¡á Dios!... pero no huyo,
No me pierdo para tí.

—

Mas tú partes tambien; hondos pesares
Te arrebatan tambien á tierra estraña,
Y de las vegas que el Pisuerga baña
Nos alejamos ambos á la par.
París á tí con la salud te brinda:
Madrid á mí con el afan y el duelo.
¡De allá te traiga con salud el cielo!
Yo... me arrojo en los brazos del azar.

¡A Dios!... y por si á vernos no volvemos,
Adelaida gentil, sobre la tierra,
Este papel en que mi fé se encierra
Sirva de nudo santo entre los dos.
Partamos pues: ya siento los carruajes.
¡A Dios, oh flor de virginal fragancia!
Dios por tí vele en la revuelta Francia:
¡Ruega tú en Francia por tu amigo á Dios!

A LA

SEÑORITA DOÑA LUISA LARIOS.

SERENATA.

—

Niña hermosa y modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi boca
Sé que no cabe.
¿Qué sér encierra
Tu belleza?—Se ignora
Sobre la tierra.

Por tus mil me pareces
Raros primores
Hermana de las aves
Y de las flores.
Serán antojos:
Mas al verte ven flores
Y aves mis ojos.

Al verte en movimiento
Y al verte en calma,

En poética duda
Vacila el alma.
Dudo (¿quién sabe?)
Si eres flor por lo pura,
Por lo hermosa ave.

Si entre flores hallara
Tu faz serena,
La creyera el capullo
De una azucena;
Porque en tí hallo
Lo gentil de su esbelto
Florido tallo.

Si al andar movimiento
Tu cuerpo toma,
Tu paso creo el vuelo
De una paloma;
Porque resbalas
Sobre tus piés, como ella
Sobre sus alas.

Niña hermosa y modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi boca
Ves que no cabe;
Porque la tierra
Ignora en tu hermosura
Lo que se encierra.

Del color de los cielos
Son tus pupilas:
Como ellos tus miradas
Puras, tranquilas.
Tu forma entera
Como la de los ángeles,
Casta y ligera.

Las palabras que brotan
De tu garganta
Dulces son como trinos
De ave que canta:
Y de tu aliento
Con el vapor fragante
Se aroma el viento.

Caminar por la tierra
Los que te miran
Con respeto y asombro
Mudos te admiran.
No sé qué tienes
De los cielos que de ellos
Juzgan que vienes.

Criatura mas pura
Que las humanas,
Las pasiones que inspiras
No son mundanas.
Cual de las flores
De tu virtud se exhalan
Puros vapores.

La planta que tu nombre
Llevó hasta ahora
Es á tu lado, ¡oh Luisa!
Yerba inodora.
Solo podria
Competirte la rosa
De Alejandría.

Adios, niña modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi canto
Ves que no cabe.
Mi voz espira
Y á seguirla se niega
Ruda mi lira.

Luisa, á quien el poeta
Cantar no sabe,
Como á hermana te miren
La flor y el ave.
Como ellas seas:
Cual los de ellas hermosos
Tus dias veas.

Cruza, flor ó paloma,
Por nuestra esfera
Como la flor y el ave,
Pura y ligera.
Y ¡ójala ignores
Que encierra más el mundo
Que aves y flores!

A TERESA.

SERENATA.

Hanme dicho que dices
Que te holgarias
Escuchando, Teresa,
Canciones mias.
Si tal has dicho
¡Bien hayan los antojos
De tal capricho!

Al desear mis versos
Tal vez ignoras
Que son rumor de brisas
Murmuradoras:

Pues hay quien prueba
Que mis versos son ruido
Que el aire lleva.

Mas si el eco te halaga,
De mis canciones,
Abre las celosías
De tus balcones;
Abre y el viento
Llevará mis cantares
A tu aposento.

Solo al aire mi canto
Fiarse puede.
¡Quiera Dios que en el aire
No se me quede,
Y que los sones
De mi voz no se estrellen
En tus balcones!

Te le envío de noche
Porque entre el sueño
Te parezca mi canto
Mas halagüeño.
Su poesía
La noche misteriosa
Dará á la mia.

Llegará á tí en la sombra
Mi cantilena
Al són de los gorgeos
De Filomena:
Y mis primores
Suplirán con sus trinos
Los ruiseñores.

Porque arome las notas
Del canto mio
Con el aura de mayo
Te las envío:
Y mensagera
Será asi de mis versos
La primavera.

Anhelara, Teresa,
Mi ambicion loca
Que aplaudiera mis versos
Tu dulce boca:
Mas van perdidos
Y felices si llegan
A tus oidos.

De noche te los canto;
Si dante enojos
No lo verán al menos
Mis propios ojos:
Y tu desaire
Con mi cántico inútil
Llevará el aire.

Al enviarte estas rimas
Menesterosas,
Bien quisiera que fuesen
Perlas ó rosas,
Aunque concibo
Que en tu labio sean perlas
Las que te escribo.

El aliento que exhala
Tu linda boca
Trueca en flores la esencia
De cuanto toca:
Por eso fio
En que se tornen flores
Las que te envío.

EN UN ALBUM.

ORIENTAL.

Cuentan los magos, gentil señora,
Que hay una fuente junto á Basora
Bajo cuya agua tal vez se cria
Fecundizada por su onda pura,
Una flor solitaria é inodora,
Esquiva al sol del dia,
Que se llama *la flor de la ventura*.

Cuando algun mago, gentil señora,
De aquellos sabios que hay en Basora
Coge esta planta desconocida
Y la dá en prenda de amistad pura,
Esta flor solitaria é inodora,
A quien es ofrecida
Lleva el amor, la paz y la *ventura*.

El que posee, gentil señora,
Esta sagrada flor de Basora,
El campo estéril de nuestra vida
Cruza con planta firme y segura:
Y cuanta hiel y mal en sí atesora
La terrenal guarida
Se torna para él miel y *ventura*.

¡Ah! si yo fuera, gentil señora,
Un mago de esos que hay en Basora,
Su flor sagrada recogeria
Y en prenda santa de amistad pura
Te la ofreciera en el lugar que ahora
Esta ruin poesía
Que busca en tu acogida su *ventura*.

Benigna admitela, gentil señora,
Y plegue al cielo, que desde ahora,
Esta sencilla memoria mia
Bálsamo sea de tu amargura
Cual la flor de los magos de Basora,
Y que esta poesía
Sea la evocacion de tu *ventura.*

LA GUIRNALDA.

SERENATA ORIENTAL,

A LA GUY STEPHAN.

—

Mariposa
Revoltosa,
Tiende tus alas de oro y de gualda;
Bella ondina
Nacarina,
Despliega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina
De ojos de cielo y nevada espalda,
Deja que bese tus piés de rosa,
Y que á tu nombre, Guy peregrina,
Tejan mis versos una guirnalda.

Hija ligera del aura leve,
Hada querida de los amores,
Cuando tu cuerpo gentil se mueve,
Cual mariposa rica en colores
Tus piés no quitan su ampo á la nieve
Ni sobre el tallo doblan las flores.
¿Quién de tu gracia no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?
En sus giros airosos
Tu cuerpo toma
Los contornos graciosos
De la paloma.
Tu cuello esbelto
Vá como el de los cisnes
Flexible y suelto.

Voluptuosa
Bailarina, etc.

Cuando á la escena tu cuerpo asoma
Y ante mis ojos girando pasas
Vapor de lago ó humo de aroma
De tu ropaje creo las gasas,
Y á las huríes que vió Mahoma
Juzgo á par tuyo de gracia escasas.
¿Quién de las tuyas no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?

Tu cintura se cimbra
Como las palmas:
Tu sonrisa se lleva
Presas las almas.
Donde tú pisas
Nacen matas de aloes
Y minutisas.

Mariposa
Revoltosa,
Tiende tus alas de oro y de gualda;
Bella ondina
Nacarina,
Despliega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina
De ojos de cielo y nevada espalda,
Cuando á otros climas vueles dichosa
No olvides nunca, Guy peregrina,
Que mis cantares son tu guirnalda.

EL WALS.

—

Coro. El wals es sin duda
Del diablo invencion.

¡Qué horrible volteo!
¿Do vá con tal prisa
Sin ver donde pisa
De incógnita gente
Tan raudo alubion?
¡Qué són! ¡qué mareo!
Aturde el sentido,
El paso y el ruido
Que lleva insolente
Cruzando el salon.

Coro. El wals, etc.

¡Qué impura amalgama
De gente y colores!
De tocas y flores,
Del claustro y el siglo
Fatal confeccion.
El monge á la dama
Se lleva volteando,
Vá Vesta abrazando
A un fiero vestiglo
Que espanta el salon.

Coro: El wals, etc.

Con mil impresiones
Risueñas, funestas,
Tan varias y opuestas,

Vacila y se embriaga
La fé y la razon.
Parecen visiones
Con que hórrida niebla
La atmósfera puebla
En noche que amaga
Borrasca y turbion.
Coro. El wals, etc.

¡Cuán rápida avanza
La turba inconstante!
Ninguno delante
Señala la pista
Que sigue el monton.
¡Diabólica danza!
¡Horrible volteo
Que causa mareo,
Que anubla la vista,
Que aturde el salon!
Coro. El wals, etc.

No existen figuras
En ese volteo:
No hay trenza, paseo,
Saludo, balanza...
Les lleva el turbion
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento
Que en círculo avanza
Region á region.
Coro. El wals, etc.

Diabólica rueda
Que fin no halla nunca,
Que en nadie se trunca
Ni nadie hace en ella
Cabeza ó rincon.
Redonda vereda
Que en círculo eterno
Encierra un infierno
Que sigue una huella
De piés en monton.
Coro. El wals, etc.

¡Girad, criaturas!
¡Sin término fijo!
Girad con prolijo
Audaz insaciable
Y ardiente teson.
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento
Que avanza incansable
Region á region.
Coro. El wals, etc.

DESDE
EL MIRADOR DE LA SULTANA.

(Granada.—Mayo 1846.)

¿Quién no te cree, Señor, quién no te adora,
Cuando á la luz del sol en que amaneces
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la noturna sombra, y á la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar á tus piés lozana y pura
Perfumada y radiante su hermosura?

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su aura salubre que entre flores juega;
Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Dauro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus dias
Y todo su recinto de armonías.

Yo te conozco ¡oh Dios! en los rumores
Que á este árabe balcon me trae el viento,
Perfumado entre pámpanos y flores
Y armonizado con el grato acento
De las aves de abril. Tantos primores
Producto son de tu divino aliento,
Porque á tu aliento creador se aliña
Con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas ¡oh Señor! desde la altura
Y saltan los collados de alegría,
Y se cubre de flores la llanura,
Y se llenan los bosques de armonía,
Y se aduermen las aguas en la hondura,
Y sin nublados resplandece el dia:
Que en tus ojos la vida reverbera
Y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay region recóndita en el mundo
En donde mas tu majestad se ostente,
Donde sea tu aliento mas fecundo,
Ni la tierra en tu prez mas diligente.

Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
Del corazon de su cristiana gente;
Tú estás aquí; tu trono y tu morada,
Tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor! de querubin aliento
Porque pueda esta vida transitoria
Emplear en cantar con digno acento
En medio de este eden tu inmensa gloria:
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
Dando á Granada su oriental historia,
Purifique, Señor, mi arpa cristiana
El impúdico haren de una sultana.

AL RENACIMIENTO DEL LICEO.

HIMNO.

Música del Sr. Don Emilio Arrieta.

—

Coro. La aurora apetecida
Anuncia un nuevo sol:
Recobra nueva vida
El númen español.

Templo del arte esplendido,
Alcázar de la gloria,
Comienza nueva gloria
Para el Liceo ya.
Fénix, renace fulgido
De su mortal ceniza:
Rosal, aromatiza
La tierra donde está.

Brilló cual sol vivífico
En nuestra España un dia;
Le dió la poesía
Su noble inspiracion.
Dióle su acento armónico
El canto, y su dulzura;
Su magia la pintura;
El arpa real su són.

La juventud, que unánime
Le congregó en su templo,
Tomó del justo ejemplo;
Del sabio ilustracion:
Y al acatar el código
De sus prudentes leyes,
Diéronle honor sus reyes,
Su pueblo admiracion.

Mas tarde... el loco vértigo
De la civil discordia,
Su fraternal concordia
Desniveló por fin;
Y en vez del dulce cántico
Con que admiró la tierra
Tronó llamando á guerra
Desgarrador clarin.

Pero en la noche lóbrega
De lid tan fratricida
Brilló con luz de vida
Su faro salvador:
Y de Isabel al hálito,
Que vida y luz derrama,
Brotó con nueva llama,
Y claridad mayor.

De oro las puertas ábrense
Del templo solitario:
Abierto está el santuario;
Ven, pues, ¡oh juventud!
La fé, la ciencia altísima
Ilustren nuestra historia;
Ven, sí, que nunca hay gloria
En donde no hay virtud.

Coro. La aurora, etc.

CANCION CARNAVALESCA.

Música del Maestro Iradier.

—

Coro. La noche es corta, gocemos
De la máscara á favor;
Audaces profundicemos
Los misterios del amor.

¿Me conoces?—No.— ¿Qué importa?
Dame el brazo y ven conmigo:
Mas mira que no me obligo
Ni un dia á guardarte fé.
Si algun placer verdadero
Gozamos aquí ¡oh sultana!
Olvídalo tú mañana,
Que yo no me acordaré.

Coro. La noche, etc.

Si tienes de luz los ojos,
De nieve el tornátil cuello,
Y de azabache el cabello,
Y palabras de pasion;
Si es blanca tu linda mano
Y es esbelta tu cintura,
Adoraré tu hermosura
Aunque esté sin corazon.

Coro. La noche, etc.

El amor es una farsa,
Y el capricho que le inspira
Es tal vez una mentira
Hija de nuestra ilusion.
Seas quien quieras, esta noche
Yo te idolatro, sultana,
Aunque no llegue á mañana
La fé de tu corazon.

Coro. La noche, etc.

JEREZ Y BORGOÑA.

WALS CORKADO.

Música del Maestro Iradier.

Venid y enterremos los viejos pesares
Debajo la alfombra, y entremos despues
Bailando sobre ella sin cuitas vulgares
Cual gente que lleva la vida en los piés.
Si acaso sin fuerzas el frio os mantiene
Jerez y Borgoña calor nos darán;
Bebamos, cantemos, que el alba se viene,
Y es corta la noche segun nos la dan.
¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
Que venga si quiere rastrero el dolor.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar que no sea contento y amor?

La falsa careta que cubre el semblante,
Que turban los zelos ó alegra el placer,
La tierna mirada, la lumbre brillante
Que radian los ojos no puede esconder.
Si dar con un rostro nos es imposible,
Los ojos al menos huir no podrán;
¡Bebamos, cantemos! que al fin es creible
Que en noche tan largá milagros se harán.
¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
No hay miedo á engañoso disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Hallar que no sea contento y amor?

Las bellas visiones que vagan errantes,
Que todas parecen la nuestra al pasar,
Harán que olvidados al fin los semblántes
Podamos á cuenta cualquiera tomar.
Si el nuestro se pierde, que vaya en buen hora.
¡Por Dios que la noche no se ha de perder!
¡Bebamos, cantemos! ¿Quién hóy se enamora,
Por bello que sea, del rostro de ayer?

¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
No importa semblante, disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar que no sea contento y amor?

EPITAFIO

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

Nada queda de mí sobre la tierra:
El leve polvo que mi tumba encierra
Convertirá el abril en frescas flores
Y el cielo dió á mi alma eterno asilo.
Cristiano corazon, pasa tranquilo
Junto á mi tumba: pasa y no me llores.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ADELAIDA O-DENA.

Te tengo comparada,
Rubia señora,
Con montaña nevada
Que el alba dora:
Tu blanca frente
Tu cabellera ciñe
Resplandeciente,
Como la cumbre de los montes tiñe
El oro de la luz del sol de oriente.

Humana criatura
Te cree la tierra:
Mas algo tu hermosura
De ángel encierra;
Porque tu frente,
Coronada de rizos
De oro luciente,
Vá cual la de los ángeles orlada
Con aureola de luz del sol de oriente.

A MI MUGER.

¿Qué sin tí fuera de la vida mia
La enojosa y larguísima carrera?
¿Sin tí de mi pesar y mi alegría
Compartidora siempre y compañera?

¿Qué ha sido sin tu amor, ni que sería
Mi existencia pasada y venidera,
Sin tí, mitad de mi alma, esencia pura
Que derrama el consuelo en mi amargura?

Oye, Matilde mia. Tu cariño
Santo, tranquilo, indisoluble, tierno
Me es necesario al alma como al niño
La leche maternal; vive en lo interno
Del corazon sin falsedad ni aliño
Dominador, inestinguible, eterno,
Solo, como señor, en su palacio
Ocupando tenaz todo su espacio.

En el bien y en el mal, en la distancia
Lo mismo que en tu dulce compañía,
Tu amor, flor de suavísima fragancia,
Embriaga con su aroma el alma mia.
Del corazon humano la inconstancia
En vano por ahogarle pugnaría:
Y si tal vez contra tu amor batalla
Siempre vence tu amor y le avasalla.

No hay para mí imposible si lo pide
Tu amor, no hay bien por él que no abandone:
No hay ofensa por tí que yo no olvide,
No hay injuria por tí que no perdone:
No hallo placer como en tu amor no anide,
Ni amor concibo si á tu amor se opone:
Mas quiero vivir solo en tu memoria
Que henchir el mundo de brillante gloria.

A MADEMOISELLE DE N.

Dios puso en su garganta
La misma voz que inspira
Al pájaro que canta
Y al aura que suspira.
El eco de su acento
Remeda el són süave
Del susurrar del viento
Y del cantar del ave.
Si Dios privado hubiera
De claridad mis ojos
Y verte al escucharte no pudiera,
Los dulces ecos de tu voz creyera
De una ilusion quiméricos antojos.

¿Oís ese murmullo
Que llega á nuestro oido
Cual amoroso arrullo
De tórtola que llama
Desde el suspenso nido
Al pájaro que ama?
Pues es su dulce acento:
Su voz que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís esa armonía
Que el ánimo embebece
Y cuyo són parece
Mejor que voz humana, melodía
De ruiseñor que en la floresta mora
Y cuyo canto al despuntar la aurora
La luz bendice del naciente dia?
Pues es su dulce acento,
Su voz mucho mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís ese sonoro
Encantador susurro que semeja
Al de las alas de oro
De la afanosa abeja
Que de la miel buscando
El virginal tesoro
De una en otra flor pasa volando
Y ya las acaricia ya las deja?
¿De dónde se os figura
Que nace ese sonido,
Ese rumor de armónica dulzura
Que encanta nuestro oido?
Pues nace de su acento,
De su voz que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

LA VIUDA DE MANASES,

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA BÍBLICA.

HOLOFERNES, GENERAL DE LOS ASIRIOS.
—AMIRIS.

Delante de su ejército ganaron
Largo trecho los dos y la llanura
Del campo de Esdrelon atravesaron,
Y en la silvestre y fértil espesura
De las montañas ásperas tocaron,
En cuya amena soledad oscura
De esta manera á platicar tornaron:

Hol. ¿Con que ya de Israel pisamos tierra?
Amiris. Esta es de Dotaín la gran campiña,

En cuyo seno pródigo se encierra
La doble mies y la fecunda viña.
Hol. ¿Y aquí nace aquella uva prodigiosa
Que alguna vez en Nínive gustamos
Del rey en los festines?
Amiris. Aquí nace.
Tiende la vista ansiosa
En rededor de tí y míralo. Estamos
Donde con cinto de montañas hace
Sus límites Judá, y aquellos muros
Que levantarse ves sobre la sierra
Los de Betulia son.
Hol. ¿Betulia dices?
¡Oh! ¡mil veces soñé con esta tierra!
¿Que esta es Betulia?
Amiris. Sí.
Hol. Nuevas felices
Me das, y el corazon dentro del pecho
Me salta de alegría,
Centro á tanto placer hallando estrecho.
¡Salve, Betulia mia!
¡Salve, ciudad hermosa del oriente;
Blanca perla escondida en la montaña
Tras cuya erguida y torreada frente
Nace la luz que el universo baña!
¡Salve! y no temas de mi armada gente
Las armas nuevas, y la lengua estraña,
Que todo este aparato de pelea
Solo guerra de amor trae á Judea.
Amiris. ¡Señor!
Hol. Silencio, Amiris: de mi labio
Saltaron indiscretas las palabras,
Mas ábrelas sepulcro si eres sabio
Dentro del corazon ó te le labras.
Amiris. ¡Que asi me hables, señor, cuando en mi pecho
Solamente amistad franca y sincera
Para tí guardé siempre!
Hol. No sospecho
De tí; perdona, Amiris, esta fiera
Pasion que me devora
Y que dentro de mí vivió hasta ahora.
Amiris. ¡Pasion!
Hol. No, dije mal, voraz hoguera,
Fuego que oculto en mis entrañas vive,
Que calma ni frescor jamás recibe,
Y á cuya llama mi vivir consumo,
Pues ni aun puedo dejar que lancé fuera
En suspiros y lágrimas el humo.
Amiris. ¡Tú amas!
Hol. Con amor tan impetuoso
Que las riquezas, el honor, la gloria
No tuvieron aliento poderoso
A echar á una muger de mi memoria.
Amiris. ¡A una muger!
Hol. De este país.
Amiris. ¿Hebrea?
Hol. Sí, pero mas hermosa y peregrina
Que el sol que en el oriente centellea
Y cuando con sus rayos ilumina.
Amiris. Jamás aquí moraste.
Hol. Mi destino
A Nínive la echó. Parientes suyos
A rescatar del cautiverio vino,
Y al rey habló y la hablé: respetüosa
Mi poder invocó; servíla luego:
Sus parientes salvó por ser hermosa,
Mas por mirarla yo sentíme ciego.
La busqué, la seguí, la hablé amoroso;
Rigurosa la hallé más cada dia:
Idolo la erigí del alma mia;
Pero el tiempo perdí, perdí el reposo:
De Nínive partió con cauta huella
Mi corazon llevándose tras ella.
Dulce recuerdo de agradable sueño
Su imágen vive en mi memoria, ilesa;
Mas otra sombra de terrible ceño
Entre ambos enojada se atraviesa.
Nabuco-Donosor con necio empeño
Por esposa me ofrece una princesa,
Y este, que un dia ambicionar me plugo,
Hoy me parece insoportable yugo.
Amiris. ¿Y en la misma balanza
Una loca pasion pones osado
Con la sacra privanza
Del monarca de Asiria? ¿Has olvidado
Que de todo su ejército caudillo
Vienes á estos lugares
Solo á su gloria á levantar altares
Y con paz ó con guerra
A ley de la razon ó del cuchillo
A proclamarle Dios, rey en la tierra?
¿Has olvidado que si tal secreto
Se huyera de tu labio en Babilonia,
Por él quedarás á morir sujeto
En horca vil y torpe ceremonia?
Hol. Por eso le oculté tan cuidadoso
Mientra en la corte ninivita anduve:
Por eso me empeñé tan afanoso
Mi cargo en obtener, y al fin le obtuve:
Mas hoy lejos de Nínive, seguro
Puedo ya respirar: franco mi aliento,
No en alta noche entre doblado muro,
Sino á la luz del sol y al aire puro
Puede manifestar mi pensamiento.
Sí, yo amo á una muger israelita
Y es su amor para mí mayor tesoro
Que la sacra princesa ninivita
Que el rey me ofrece con palacios de oro.
Amiris. Te oigo y apenas lo que dices creo;
El rey te trata como á igual; te brinda
La mano de hermosísima princesa,
Su ejército te dá, te dá su mesa
Y no concibo bien que este no rinda.
Cuanto ha la vida para ser preciada
No vale de tu rey una mirada.

Hol. Y una mirada de la hermosa hebrea
Vale más para mí que el mundo todo;
Y esa pompa imperial que le rodea
Puesta á su lado me parece lodo.
¿Me ves cuando en mi carro rutilante
Arrebatado de veloz cuadriga
No hallo enemigo que me esté delante
Ni esforzado varon que mi pié siga?
¿Quién piensas, di, que esfuerza mi bravura
Que las contrarias huestes atropella?
¿Por quién crees que mi vida se aventura?
¿Por el honor de Asiria? No: por ella.
¿Me ves cuando de pié sobre un escudo
De toda una nacion al clamoreo,
De cien clarines entre el són agudo
Despues del triunfo conducir me veo?
¿Por quién entonces mi cerviz erguida
Con noble orgullo militar descuella?
¿Por quién aprecio mi gloriosa vida?
¿Por el honor de Asiria? No: por ella.
¿Me ves cuando ceñido de aurea ropa,
En el festin de mi señor tendido,
Asida con los labios la ancha copa
Mantengo largo trecho distraida?
¿Crees que me arroba el cortesano incienso?
¿Que el pisar me enloquece donde él huella?
¿Creiste que es en lo que entonces pienso
Nabuco-Donosor? No: pienso en ella.
Y por ella de Nínive me alejo,
Por ella multiplico mis hazañas,
Por ella el fausto y las grandezas dejo
Porque ella es el amor de mis entrañas.
Amiris. Indigna es de un guerrero tal flaqueza,
Ajena tal pasion de un cortesano,
Y es fácil que te cueste la cabeza
Si llega hasta el oido soberano.
Hol. Llegará cuando llegue con tal ruido,
Que al comprender la temeraria idea
Ya encontrará su imperio dividido,
Y en frente de su Asiria mi Judea.
Amiris. ¡Dioses!
Hol. En tu alma mi secreto encierra:
Yo sus estátuas alzaré á millares,
Yo le proclamaré rey en la tierra,
Mas justo es que á mi amor preste su guerra
Una corona entre sus mil altares.
Te ofrezco mi amistad; y piensa al cabo
Que yo te llamo en mi poder amigo
Y en su real poder te llama esclavo.
Séme fiel, y oye bien lo que te digo:
Escudo de mi rey, en mí se fia:
Idolo de su ejército, me adora:
Alentado de amor, la fuerza es mia:
Yo abarco al real poder en este dia,
Yo soy Nabuco-Donosor ahora.
Alcense, pues, aquí los blancos linos
De las asirias tiendas; y prudentes
Franqueemos desde aquí nuestros caminos
Y el intento sepamos de esas gentes.
Esto quise decirte y para esto
Quise solo avanzar aquí contigo;
Elige, pues: mi víctima ó mi amigo.
Amiris. Nací contigo, junto á tí es m puesto.
Hol. Y no te ha de pesar cuando se vea
Enfrente de su Asiria mi Judea.

Dijo: y á una señal de su aurea trompa
Los ecos de los montes despertaron:
Y con soberbia y belicosa pompa
Sus tiendas los asirios levantaron.

POESIAS ITALIANAS,

TRADUCIDAS EN CASTELLANO.

IL PELLEGRINO, IL CAVALIERE, ED IL TROVATORE.

—

IL PELLEGRINO.

Era mite come il cielo
Cui sorride il sol di maggio!
Era bella come il raggio
Che circonda un cherubin!
Oh sventura! il sacro velo
L' ha per sempre a me rapita!
Or deserta è la mia vita,
Senza luce il mio cammin.

IL CAVALIERO.

Combattei due lustri intieri
Colla rabbia sarracina,
Il mio nome in Palestina
Fa le madri impallidir.
Fanti io vinsi e cavalieri,
Ma non vinci il primo amore:
Alla donna del mio core
Sempre vola il mio sospir!

IL TROVATORE.

Io cantai le imprese e l'arme
Di Riccardo e di Buglione,
E l' Orebbe e l' Erimone
Del mio canto risonar':
Ma più dolce e mesto il carme
A quell' angelo correa
Dal cui sen mi dividea
Tanto cielo e tanto mar.

A TRE.

Senza amore il pellegrino
Va perduto in un deserto.
Senz' amore è grave il serto
Sulle chiome al vincitor.
Senz' amore il fior divino
Si scolora alla bellezza;
Nè le corde han più dolcezza
Nella man del trovator.

A. Maffei.

EL PEREGRINO, EL CABALLERO Y EL TROVADOR.

—

EL PEREGRINO.

Era pura como el cielo
Que ilumina el sol de mayo:
Era bella como el rayo
Que corona á un querubin.
¡Ay! ante ella para siempre
Su cancel un claustro há abierto,
Y mi vida es un desierto
Sin camino, luz, ni fin.

EL CABALLERO.

Combatí diez largos años
Con las huestes sarracenas.
¡Cuántas madres agarenas
Mis victorias lloraran!
He vencido sus legiones:
Mas me vence un amor fiero
Y tras este amor primero
Mis suspiros siempre van.

EL TROVADOR.

De Ricardo y Godofredo
Canté al mundo las hazañas:
De Sion en las montañas
Aun recuerdan mi cantar;
Mas mis trobas solamente
A la hermosa consagraba
De quien cruel me separaba
Tanto cielo, tánto mar.

TRÍO.

Sin amor el peregrino
Vaga errante en un desierto:
Sin amor es zarzo yerto
El laurel del vencedor:
La hermosura se marchita
Sin amor como azucena:
Sin amor lúgubre suena
El laud del trovador.

SONETTI.

SULLA MORTE DEL REDENTORE.

Quando Gesù nell' ultimo lamento
Schiuse le tombe, e le montagne scosse,
Adamo sbigottito e sonnolento
Alzò la testa, e sovra i piè rizzosse.
Le torbide pupille intorno mosse
Pieno di meraviglia e di spavento,
E palpitando addimandò chi fosse
Lui che pendeva insanguinato e spento.
Come lo seppe, alla rugosa fronte
Al crin canuto, ed alle guancie smorte
Colla pentita man fe' danni ed onte.
Si volse lagrimando alla consorte
E gridò sì, che rimbombò nel monte:
« Io per te diedi al mio signor la morte! »

SULLA MORTE DI GIUDA.

I.

Gittò l' infame prezzo, e disperato
L' albero ascese il venditor di Cristo;
Strinse il laccio, e col corpo abbandonato
Dall' irto ramo penzolar fu visto.
Cigolava lo spirito serrato
Dentro la strozza in suon rabbioso e tristo,
E Gesù bestemmiava, è il suo peccato
Ch' empiea l' Averno di cotanto acquisto.
Sboccò dal varco al fin con un ruggito.
Allor Giustizia l' afferrò, e sul monte
Nel sangue di Gesù tingendo il dito,
Scrisse con quello al maledetto in fronte
Sentenza d' immortal pianto infinito,
E lo piombò sdegnosa in Acheronte.

II.

Piombò quell' alma all' infernal riviera,
E si fe' gran tremuoto in quel momento,
Balzava il monte, ed ondeggiava al vento
La salma in alto strangolata e nera.
Gli angeli dal Calvario in su la sera
Partendo a volo taciturno e lento,
La videro da lunge, e per spavento
Si fer dell' ale a gli occhi una visiera.
I demoni frattanto a l' aer tetro
Calar l' appeso, e l' infocate spalle
All' esecrato incarco eran feretro.
Così ululando e bestemmiando, il calle
Preser di Stige, e al vagabondo spetro
Resero il corpo ne la morta valle.

SONETOS.

A LA MUERTE DEL REDENTOR.

Cuando la voz de Cristo postrimera
Peñas y tumbas con fragor violento
Hendió, medroso Adan y soñoliento
El cuerpo del sepulcro sacó fuera.
Tendió los turbios ojos por do-quiera
Sin concebir absorto tal portento,
Y balbuciente preguntó quién era
Quien moria en suplicio tan sangriento.
Al saberlo, con mano arrepentida
Mesó iracundo su mejilla inerte,
Frente arrugada y calva encanecida.
Y volviéndose á Eva, con voz fuerte
Que dejó la montaña ensordecida,
Dijo: « ¡A mi Dios por ti traje á la muerte! »

LA MUERTE DE JUDAS.

I.

Su oro arrojó, y al árbol despechado
El apóstol trepó, traidor á Cristo;
Ató el cordel, y el cuerpo abandonado
Fué con horror balanceando visto.
Lanzó el alma en su pecho acongojado
Ronco estertor: y con lamento misto
De miedo é ira blasfemó el malvado:
« ¡ Cuesta un Dios el Infierno que conquisto! »
El alma impía vomitó rugiendo.
La Justicia divina asióle airada,
Y el dedo en sangre de Jesus tiñendo
Su sentencia en la frente amoratada
Le escribió, y desdeñosa sonriendo
Hundió su espectro en la infernal morada.

II.

Cayó aquella alma en la mansion precita
Y del golpe al estrépito violento
La montaña tembló: mientras el viento
Su despojo mortal en lo alto agita.
De la cumbre del Gólgota bendita
Su vuelo alzando silencioso y lento
La vista horrible de su fin sangriento
El coro de los ángeles evita.
Los demonios saliendo del profundo
Juntáronse en tropel á descolgalle:
Y en sus hombros cargando el tronco inmundo,
Al Infierno otra vez se abrieron calle,
Arrojando al espectro vagabundo
El cuerpo vil en el maldito valle.

III.

Poichè ripresa avea l' alma digiuna
L' antica gravità di polpe e d' ossa,
La gran sentenza su la fronte bruna
In riga apparve trasparente e rossa.
A quella vista di terror percossa
Va la gente perduta; altri s' aduna
Dietro le piante che Cocito ingrossa,
Altri si fuffa nella rea laguna.
Vergognoso egli pur del suo delitto
Fuggia quel crudo, e stretta la mascella,
Forte graffiava con la man lo scritto.
Ma più terso il rendea l' anima fella.
Dio fra le tempie gliel avea confitto,
Nè sillaba di Dio mai si cancella.

IV.

Uno strepito intanto si sentia,
Che Dite introna in suon profondo e rotto;
Era Gesù, che in suo poter condotto
D' Averno i regni a debellar venia.
Il bieco peccator per quella via
Lo scontrò, lo guatò senza far motto:
Pianse al fine, e da' cavi occhi dirotto
Come lava di foco il pianto uscia.
Folgoreggiò sul nero corpo osceno
L' eterea luce, e d' infernal rugiada
Fumarono le membra in quel baleno.
Fra il fumo allor la rubiconda spada
Interpose Giustizia: e il Nazareno
Volse lo sguardo, e seguitò la strada.

III.

Al recobrar el alma condenada
El cuerpo en que habitara antiguamente,
De sangre en caracteres señalada
Su sentencia inmortal brotó á su frente.
A semejante vista huyó espantada
Del vil apóstol la precita gente,
Y del Infierno le dejó á la entrada
Del odio universal blanco viviente.
Pugnaba el miserable avergonzado
La marca por borrar de su delito,
Y arañaba su frente despechado
Sin lograr de su tez borrar lo escrito:
Que con sangre de Dios fué allí marcado
Y el rastro de su sangre es infinito.

IV.

En esto un grande estruendo se sentia
Por la infernal mansion jamás oido.
Era Jesus, que en gloria conducido
A hollar los reinos de Luzbel venia.
Se halló en la senda que Jesus traia
Judas; callado le miró y corrido:
Lloró al fin, mas el párpado oprimido
Lava ardiente, no lágrimas vertia.
Sobre el semblante del traidor, de lleno
Reverberó su resplandor divino,
Y humo impuro brotó su inmundo seno.
Justicia entonces al tremendo sino
Infernal le lanzó: y el Nazareno
Tornó la faz, y prosiguió el camino.

DEL PETRARCA.

Io amai sempre ed amo forte ancora,
E son per amar più di giorno in giorno
Quel dolce loco, ove piangendo torno
Spesse fiate quando amor m' accora;
E son fermo d' amare il tempo e l'ora
Ch' ogni vil cura mi levar' d' intorno:
E più colei, lo di cui viso adorno
Di ben far co' suoi esempi m' innamora.
Ma chi pensò veder mai tutti insieme
Per assalirmi il cor or quindi or quinci
Questi dolci nemici ch' i' tant' amo?
Amor, con quanto sforzo oggi mi vinci!
E, se non ch' al desio cresce la speme,
I' cadrei morto ove più viver bramo.

DEL PETRARCA.

Siempre amé y amo aún y desde ahora
Amar espero más de dia en dia
Aquel dulce lugar donde me guia
El triste amor que mi ánima atesora:
Y en amar estoy siempre el tiempo y hora
En que olvidé cuanto cuidado habia
Terrenal, y amaré más todavía
Aquella cuya imágen me enamora.
Mas ¿quién pudiera haber jamás creido
Que el tiempo en amarguras me volviera
Memorias á quien yo tanto he querido?
¡Oh amor, cómo has rendido mi alma fiera!
¡A no estar de esperanzas mantenido,
Dó anhelo más vivir muerto cayera!

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

—

Mas allá de Villodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria
Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es asi: pues del cerro
En la contrapuesta falda,
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético,
Aunque no está en ningun mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas;
Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sauces
Que en los arroyos se bañan,
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles
De sus roidas portadas
Conserva, aunque ya borrados,
Sus nobles escudos de armas:
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,
Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas
Que ocuparon algun dia
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algun dia reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un arpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viajero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.

Y aunque de feudal grandeza
No escita memorias altas,
Ni bien del decimo-sétimo
Siglo la noble arrogancia
Casi recuerda, los ójos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas;
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcázar
Risueño paisage á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo, pues, que aunque escaso en númen
Y pobre asaz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas,
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de Don Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisage
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida;
O algun hastiado viejo,
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galan la tardanza.

—

CAPITULO I.

—

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celajes
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblícuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pié el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no apriesa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del dia
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedian con trinos
Y con gorgeos las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con armonía agradable.
Del pastor que recogia
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su són ronco y salvage;
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes;
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El són de los esquilones
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol trasparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes

De la tierra que abandona,
A este campestre paisage
Dan armonía tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante
De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose,
Y el aun incompleto círculo
De su misteriosa imágen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa,
Y el aura purificándose,
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose.
A la puerta del palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viajero la cuesta
Y el bruto, en lo llano hallándose,
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque,
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta, y mirándose
Frente á la muger, que en ella
Seguia inmoble mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose:
« ¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme? »
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: « No será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedage
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.
- Flor » dijo adentro una voz;
Y ella dijo: « Aquí estoy, padre.
— ¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.
— ¿Qué trae?
—Mucha fatiga, y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche,
Si le encuentra, el hospedage. »
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en balde:
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle:
« Caballero, pues por tal
Os dá vuestro porte y trage;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.
— Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale. »
Y asi diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hácia las cuadras guiándole:
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle.
Mas no era el recien llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.
Agradecióselo el mozo;

Mas sin dejar de ocuparse
Del potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le echó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo: «Cuando gustareis.»
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto: «¡Quieto, Brillante!»
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Despues que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta,
A través de cuyos quicios
Se veia luz; y abriéndola
Ante el mozo: «Entrad,» le dijo
Haciéndole reverencia. —
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubría,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan, que aun humea.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillon de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillon,
Que el viejo se siente espera.
Mas este hácia el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un jayan con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personages
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despácio,
Mientra ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su esterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta,
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta;
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque

Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se trasparenta
El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea,
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personages
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

El Viejo. ¿Con que solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.
El Forastero. Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.
El Viejo. Pesares ó fantasías
Veo ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enajena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta:
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas peñas.
El For. Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la esperiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma, de pasion ajena,
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.
El Viejo. Antes de que la empeceis,
Tomad, caballero, en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas.
El For. No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza. —
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.
El Viejo. No á fé: mas tal vez...
El For. Señor:
Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,

No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.
El Viejo. Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.

Diciendo asi, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo: «Os escucho» y el otro
Empezó de esta manera:

El For. Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y adonde gloriosamente
El rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas tareas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera
Do quiera en aquel país
Halla sazon de contienda.
Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega.
Recibiéronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viajes
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mí vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre régia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afanes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una muger
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa,
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia,
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio trajera.
Vi, pues, que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese

Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas;
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afan víctima necia,
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
Y la razon tal demencia.
Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna;
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya;
Muger virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Muger quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera;
Si tal no la hallo, la vida
Asi en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.
El Viejo. Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.
El For. Dejad, buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.
El Viejo. No os lo abonaré yo nunca,
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.
El For. Quédese aquí.
El Viejo. Aquí se quede;
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
A la confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
Mi historia.
El For. Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.
El Viejo. Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi sér de labriego
Casa mal y se despega:
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan ajena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.

Y aqui cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en este
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III.

—

INSOMNIO.

I.

« Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble orígen
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos paises
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asíme,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba
Con esfuerzos increibles.
Recogióme una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.
Conocí allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo crian los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y uníme
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos asi dos años,
Y al fin de ellos fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que vísteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpurinos matices
Teñian las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un dia de abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor-del-Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplia los cinco abriles.
Sin ella aquel paraiso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
« Vé en paz, y que Dios te guie. »
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la corte establecíme.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrian
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecia
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrones, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo
Y en soledad apacible,
Habito con Flor-del-Alba
Las estancias que permite

Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros:
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acaso el cansancio os rinde.»
Y asi diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del jóven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veia
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitia;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose asi los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cuyas maderas
Se filtraban aún en gotas frias
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precavido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pié pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos: — todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitiales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan contínuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el dia
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesía,
Revestidas de formas celestiales
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio

Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que le acuerda amorosa y vagamente
La encantadora imágen apacible
De otro viviente sér visto primero.
Y esta imágen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago, es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa muger con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño dél en alejar empeña;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha:
Es *Flor-del-Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.
  Asi el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion asi prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.
  Y asi como un recuerdo vagaroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

MUSICA.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan
Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viajero,
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquilo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora
Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oido en lid oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imágen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la trasparente imágen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado desciende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Ve que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le orea, porque le infunda
Su amor él divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel;
El sér terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia:
De tornasoladas plumas

Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un arpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y asi es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras;
Y aun mal despierto—¿Quién va?—
Con ahogada voz pregunta,
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla mustia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el sopor le abruma;
Pues dél recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura
El són del arpa recuerda;
Y cree que se perpetúa
El ensueño, pues de un arpa
Oye el acorde, no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el són de un arpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave cantando
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraido,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Asomóse poco á poco
Por si á quien canta columbra.

Mas en vano: desde el cénit
Con pálida luz la luna
Platea un huerto en que reinan
El abandono y la incuria.
Su tierra fértil un dia
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se ve, que el dueño renuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su orígen fué patio,
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños
Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No posesores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El orígen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitacion
A su avara vista hurtan
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brota aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la trasparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársela la hizo única,
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que les remedan
En las escondidas grutas,

Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaria
Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica cancion.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles,
Los martirios
Insufribles
De un amante corazon.

Blando són
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcon:

Y antes que suene en su oido,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazon.

Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razon;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oir la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico són le envia
Del arpa y de la cancion.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcon,
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frio
Propio aún de la estacion.

Escuchaba él y seguia
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador;
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al són silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina
Que vibra, gorgea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna

Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevision

Abrió el balcon entornado:
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Porque notando sin duda
Su presencia impertinente,
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó:
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron halagüeñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

El Viejo. Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho;
Mas en fin, ¿cómo en él habeis dormido?
El For. La dulce paz y hospitalario techo,
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido.
El Viejo. Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante
Os haya asi alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.
El For. Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.
El Viejo. Sin que ese caso y precision viniere
Yo os le ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.
El For. No plazca á Dios, que por antojo mio
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.
El Viejo. Fio
Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedage,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.
El For. Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.
El Viejo. ¡Sí, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.
El For. Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.
El Viejo. Servida
Le fué ya su racion.
El For. ¡Tanto cuidado! [¡Ea
El Viejo. Obligacion no mas de huésped.
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando asi la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarin vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

—

DESPEDIDA.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,

Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella,
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

El Viejo. ¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebró
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis:
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que asi llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de si la bodega.
El For. Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre los dos eterna.
El Viejo. Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra:
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.
El For. Dios os la guarde, señor,
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.
El Viejo. Solo uno, si no le logro,
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.
El For. Señor, no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
Á prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que le mantenga,
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda. [noble
El Viejo. ¡Que os tome Dios vuestra
Generosidad en cuenta,
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
Á unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.
D. Pedro. Decid.
El Viejo. Creo que dijisteis
Que simpatía secreta
Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguía vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.
D. Pedro. Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha. [tiempo
El Viejo. ¡Oh! quien vivió tanto
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy séria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.
D. Pedro. Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea
Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
Á la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.
El Viejo. Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa;
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedage
A pagar de esa manera. [nombre
D. Pedro. ¡No por Dios! Dijeos el
De mi casa solariega,
Díjeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedage, en adversa
Ocasion, si asi os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa. [dolo!
El Viejo. ¡Oh de ese modo esplicán-
D. Pedro. No dudo de que os convenzá.
El Viejo. Efugios son cortesanos.....
D. Pedro. Lo serán, muy norabuena:
Mas como tienden á hacer

Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun dia
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararse de mí venga:
No es demas que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.
El Viejo. Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.
D. Pedro. Con este permiso pues,
Tendedme, niña modesta,
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.

Y asi diciendo Don Pedro
Tomóla una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó en carmin encendido
Las mejillas de azucenas
Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
Don Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

El Viejo. Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene.
D. Pedro. Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.
El Viejo. Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.
Flor-del-Alba. Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta:
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.
D. Pedro. Escusa
Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
« Mas ya basta: avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan. »
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda.
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas,
Al generoso bridon

Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda,
Su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas.
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y despareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrío silencio,
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que haceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afan
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los dias de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal
Sin ser socorrido
Volviera pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males ajenos
Diestro en aliviar,
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capaz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envidie su suerte,
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condicion fué tal.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademan
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audaz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demas
Zagalas que habitan
El mismo lugar:
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera

De un pueblo igualar,
De quien á las otras
Diferencia no hay
Si no en que posee
Un campo herial
Y un viejo palacio
A medio arruinar;
Tiene en la espresion
De su bella faz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta majestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar,
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas apuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz
Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar,
Por mucho que de ella
Murmure detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa
Que quiera indicar:
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y asi en el aldea
Pasándose van
Los dias de mayo:
Y asi en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos que viven
Sin oro ni afan.
¿Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar,
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oirse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el hato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oir el paso
Del potro veloz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
Del soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos

De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió;
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor:
No suena en los sauces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su són
Monótono lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cauce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su són
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbra devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió;
Alzó repentino
Deleitable són
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Asi entre la sombra
Nocturna cantó:

«Flor-del-Alba, que con ella
Compites en resplandor,
Y á la lumbre que destella,
Como tú tan pura y bella
No halla en la tierra otra flor;
Tu lecho de flores deja,
Mira que el alba refleja:
Desvélate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.

Tus hojas abre y dá al viento
Su perfume embriagador
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
Ni otro ambiente que tu amor.
Mira que el alba refleja,
Tu lecho de flores deja:
Desvélate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.»

Con estas palabras
Callando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella cancion.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto giron

Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugaz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un ángel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmóvil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió:
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasion:
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló,
Viniendo hácia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreando del campo
La muda estension;
Y el mozo mostrando
Un noble valor,
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion:
«¿Quién va? dijo el mozo.
Y el otro: —Yo voy.
—¿Quién sois?
—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy..... un caballero.
—Yo tambien lo soy.
—Yo Don Pedro Tellez.
—Y yo Don Leon
De Alba.
—¡Vos!
—Sin duda.
—¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
—Un misterio
Cuya esplicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.
—Hablad.
—De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor.»
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle Don Pedro,
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Frondoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
«Prestadme atencion.»

—«Murió nuestro buen rey Cárlos segundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron,
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que, de la Francia amigos ó contrarios,
El trono hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas.
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que los unia
Cambiaron con furor en saña impía.
Mas bien que por defensa de sus reyes,
Mas que por sus derechos,
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contraríos pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una
De la otra en recompensa,
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.

El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto,
Y la familia aquella vencedora
Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto:
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavía la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proscripcion, de la venganza
Del enemigo bando encarnizado.
Allí arrastró su mísera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste medianía ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entended, Don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el dia
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mia.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impía
Parte no fuisteis; pero todavía
Vuestro padre, que es causa de mis penas,
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero
Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os dí: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasion á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traicion mi noble pecho;
Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviente sangre nos divide.
Hé aquí todo el misterio de mi casa;
Hé aquí mi historia entera.
Y ahora que conoceis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y asi concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparicion
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos hiela el medroso
Mortal corazon:
Asi la del viejo
Desapareció
En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva esplicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentia la accion.
Y asi, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazon.

III.

En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando
De angustia y afan,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confúndenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,

Lo supo él tan solo
De oirlo contar.
Él, rico de ciencia,
Campeon de la paz,
Que ve de la vida
En el campo herial
Tan solo una flor
Fecunda no mas,
La flor que produce
La fé conyugal,
La paz del tranquilo
Doméstico hogár:
Él que por do quiera
Buscándola vá,
Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real,
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
Él que huye dejando
Princesa imperial,
Por no ver en ella
La felicidad:
Que ve de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo ya,
¡Ay! ve que es solo esta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula ademas
La altiva y heróica
Generosidad.
Sí; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida,
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otros
Gozándose están.
Y cuando podia
Venganza tomar
Pues á él á sus manos
Le trajo Satan
(Como él se lo dijo
Con harta verdad,
Contar esperando
Con un crímen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibiéndole
Le deja ir en paz,
Y él ¿cómo le paga
Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! ¡hallar en tal caso
Gentileza tal
En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No ve que vuelan las horas
El apenado galan.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y distraidos sus ojos
Como por oculto iman
Atraidos á los muros
Del palacio sin variar
De direccion, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya
Mas que una masa de sombra.
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Ahogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudo
Torbellino arrancará.
Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugaz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,

Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle reventar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado: el vendabal
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasar:
Brotó la lluvia á torrentes,
Fué la tierra un cenagal,
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar;
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar,
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares Don Pedro
Dándose prisa á apartar,
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro, y con afan
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su ímpetu parecía
Arrastrarle el vendabal.

El dia siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos:
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Despues de pasado
Su inmenso alubion,
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó:
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido són
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes
Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó.—
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador:
De fieles podencos
Seguido, el zurron
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y asi de la vida
Al ruido y accion
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nuevo
Placer no mostró.
En todo aquel dia
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro esterior,
Ni nadie pasando
Vió abierto el ponton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y asi pasó un dia,
Y corrieron dos,
Y asi la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,

Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildóse en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo un retiro
Tan nuevo : y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.

Y asi pasó en tal misterio
Del verano la estacion,
Y un templo alzado al Silencio
El palacio semejó :
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor,
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torva faz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevara un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

FLOR-DEL-ALBA.

Pasaron los ardientes
Calores del verano :
Del álamo las hojas
Amarillean ya.
Las eras están limpias
Y recogido el grano :
La fruta sazonada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar :
Las uvas de los negros
Empiezan á ser rojas :
Los blancos trasparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia :
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazon.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega
En bandas numerosas
Buscándose jornal,
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los dias
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época mas grata
Al corazon sencillo
Del franco labrador :
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces
¡Cuál brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del dia
Parece que se templa
Con trasparente tul.

El aire atravesando
Por la feraz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura,
Vivífica y salubre,
De las primeras flores
La mágica estacion,

Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente són.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del genio inspirador.
Sus auras son, cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el Criador.

Sí, sí: la brisa fresca,
Fugaz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del Señor.

Sí, siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estacion:
Y aspiro yo con ansia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiracion.

Sí, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda
Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mio,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
Los árboles despoja
De su opulento y verde
Y ameno pabellon,
Tambien es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazon.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre!
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis labios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oirte mis oidos,
Y aguarda que le orees
Mi rostro con afan.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuánto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Halagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual,
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De fadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu sér sutil,
Cabalgas en el viento,
Emanacion ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos tronços
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;

Huir una tras otra
Entre suspiros roncos
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El rio que susurra
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoroso arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;
Con que llorando implora
La compasion del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afan:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguage misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi sér responde
Su misterioso sér.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en tí la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi sér espera,
Cuanto en mi sér pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el haren:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará tambien.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mí comienza el año
Con mi estacion querida:
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiracion, mi Eden:
Envidia tengo entonces
De Píndaro y de Homero...
¡Ven, brisa de setiembre,
Para mi gloria, ven!

¿Mas dónde me arrebata
Mi loca fantasía?
¿Adónde vá buscando
Belleza y poesía

Perdida de los vientos
Sobre la azul region,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusion ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza
Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez;

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazon:
En una de esas horas
De insomnio y poesía
Cuyo beleño blando
En su aura nos envia
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus labios hermosea;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma
Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazon abrume:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora,
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la erial campiña,
Llorando sus enojos,
Tiende la pobre niña;
Vese acuitada y huérfana
Y ansia por morir.

CAPITULO VIII (1).

I.

UN AÑO DESPUES.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortüosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del rio
Se ve del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta,
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia,
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevédo.

Al trato con sus vecinos
Con tanto teson se niega,
Que las comadres del barrio
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan,
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia,
Ni sus rostros, que embozado
Él en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron
Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta,
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espía
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la corte de Viena.
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su jóven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres,
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas
De indiferencias ajenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II.

EL ENCUENTRO.

Desempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera,
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los estremos remates
De las mas altas veletas,
El dios Marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena,
A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres mugeres y ancianos,
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasagero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Va cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estátua ecuestre animada,
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa,
A una esclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosias
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo

De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella
Que al triste náufrago anuncia
El fin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riéla
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una muger; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: «¡Es ella!»
Esclamó:—la celosía
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: «No tardes
En volver, que aquí te esperan.»
Y en el lenguage espresivo
De su mirada resuelta
Contestóla él: «No haré falta.»
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Va por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

III.

LA CITA.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavura,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celajes
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantísimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal jergon el pobre
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga,
Del frio y del hambre ruda,
Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mia,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien...» Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, zeloso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
Y requiriendo la espada
Decidido,
Vá mas ligero que el viento
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

«¿Quién vá? ¿quién es él? ¿qué busca?
Pregunta la voz sonora
Del amante;
— Pregunta es esa muy chusca,
Señor Don Pedro; en mal hora
Vuestra errante

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo dia y noche velo
Mi tesoro.
Y cuidad que no descuido,
¡Sino guardo con desvelo
Su decoro!

— Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre mi coraje
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultraje...
— Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
No así artero
Del enemigo dormido...
— ¡Sellad el labio injurioso,
Caballero!

Si entre las sombras oísteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debísteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojo temerario
Que os aira:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
¡Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

— ¿Os jactais de caballero,
Y así labrais el desdoro
De una dama,
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh Don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenia
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo....
— ¡Perdonad al alma mia
Su impaciencia!

¡Oidme solo un instante,
Y os dolereis, es seguro,
De mi amor!
— Bien: ¿y de aquí en adelante
Me obedecereis? — ¡Lo juro
Por mi honor!

— Venid pues,» dijo el anciano,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas túrbidas
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido
Nadando en curso rápido
Al faro salvador;

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana,
Contra la raza humana,

Fluctúa el hombre, férvido
Anslando por morir.
Mas si á deshora límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
¡Con nuevo brio esfuérzase
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡Cuán poca la virtud, cuán poco fuera
El genio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del Criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que a los campos es la luz del dia.

La luz que alumbra, el fuego fecundante
En el cual la creacion enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera infierno;
¡Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

ESPLICACIONES.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detras, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben ambos
Sin hablar una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada,
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
« Ahora bien, Don Pedro, dijo,
Ya escucho vuestras palabras. »
El jóven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:
« Cuando estuve en vuestra casa
De Villaldemiro, os dije,
Segun creo, por qué causa
Iba huyendo decidido,
De amigos, familia y pátria;
Seis meses hara que aquella
Dama de régia prosapia,
Que mi padre, mas amante
Que cuerdo, me destinaba,
Casó con un archiduque
De la corte de Alemania;
Y el mismo tiempo ha que os busco
Por los ámbitos de España.
Anteayer volví á la corte
Llena de dolor el alma,
Y al borde, por Dios os juro,
De una accion desesperada;
Cuando esta tarde, por dicha,
Descubrí en una ventana
De esta casa al bien que adoro,
A mi amor, ¡á Flor-del-Alba!
No querais, pues, ser mas duro
Que la suerte: ¡á nuestras ansias
Os rendid!
—¿Quién?... ¿Yo, Don Pedro,
Cometer la accion bastarda,
De unir á sangre enemiga
La sangre de mis entrañas?
Mal me conocisteis, jóven;
¡Nunca perdonan los Albas!
Y antes prefiero ver muerta
A mi Flor idolatrada,
¡Que consentir ¡duro oprobio!
En que se unan nuestras razas. »
—¡Pero, señor!
—¡Nada escucho!
—Pensad...
—Pienso que fué harta
Mi bondad. ¿Quereis que olvide
Tanta sangre derramada?...
—Se derramó en buena guerra.

—La fortuna hereditaria
De mi Flor, que vuestros deudos...
—Os la devuelven intacta.
—¿Cómo?
—Mirad estas letras;
Para vos fueron selladas,
Y detrás de vos corrieron
Conmigo, por toda España.
En ellas, el rey Felipe
Quinto os devuelve su gracia,
Vuestros títulos y honores,
Vuestras haciendas y casas:
Mi padre y yo esto pedimos
Para vos, al buen monarca;
Ved si consentís ahora
En mi union con...
—¡Flor-del-Alba!
Gritó gozoso el anciano,
¡Flor, Flor!.... Ven aquí, muchacha,
Despierta y vístete presto,
¡Que gran sorpresa te aguarda!
¡Sois todo un hombre, Don Pedro!
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba!»

III.

FELICIDAD.

Bella es el astro del rey del claro dia,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría
Con su pálida luz, su brillo amante;
¡Pero mas bella aún, mas seductora,
Es la muger que el corazon adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
¡Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oir sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes;

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcacion que en calma vá indecisa,
Cuando las lonas cándidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espertísimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonía,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al Criador al fin del dia...
Pero mas dulce aún, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazon del hombre
Es ganar por sí mismo fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros e amó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar a un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
¡Pero es mas grata aún y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del Omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
Del placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa,
Turbadó tambien Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
«¡Y bien! ¡abraza á tu esposa!»

Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rien y lloran:
Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
«¡Ay Tellez!...
—¿Por qué suspiras?
—Aquella mansion dichosa
En que por la vez primera
Te vi...
—¿Qué?
—No es nuestra ahora.
—¿Porqué?...
—Vendióla mi padre.
—Mas la compró otra persona.
¿Quieres volver?
—Si es ajena...
—¿Y si esa razon no importa?
—¿Cómo así?
—¡Porque es de un dueño
Que con el alma te adora!
—¿Qué? ¿el castillo...?
—Y sus terrenos
Son tu regalo de boda.
—¿Iremos allá?
—Muy presto.
—Cuándo?
—¡A la próxima aurora!

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con majestad esplende soberana:
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pía blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánto ¡ay! por ti esperando desespera
El mendigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida!

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
¡Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo día,
Alza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto universal sube el rüido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsámada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombría,
Copuda y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guia
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el feble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio:—en la blancura
De sus tapias, imágen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla:
En cambiantes vivísimos fulgura

El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en túrbidas quebradas
Há poco: — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas trasparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galan son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma todo ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
¡Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
¡Cuánta de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonrien
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

IRA DE DIOS,

POEMA BIBLICO.

CANTO PRIMERO.

—

Canto de Dios la omnipotente saña,
La justicia de Dios omnipotente;
Justicia suma y á piedad estraña
Que ejercida por *Él* con torpe gente,
Sobre el polvo infructífero que baña
El Muerto mar con fétida corriente,
La marca colosal dejó al impío
De su justo y escelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
Sin principio ni fin; tú que, uno y trino,
Al Padre igual y al Hijo, no recibes
Ni dás el sér de vuestro sér divino;
Tú que en el libro de la ciencia escribes
Las memorias del tiempo y del destino,
Baja á mi mente, que si tú me inspiras
Bardo seré de las celestes iras.

Ya al confin de los montes de Judea
Y entre negros peñascos, abre un valle
A un rio turbio, que sus piés rodea,
Honda y desierta y silenciosa calle.
Solo este rio su caudal emplea
Un lago en mantener, dó es fuerza que halle
Su curso fin y término el desierto:
Y allí es donde al Jordan traga el mar Muerto.

Sobre aquellas arenas movedizas,
Que el sagrado Jordan jamás fecunda,
Yacen bajo del lago las calizas
Ruinas de Pentápolis inmunda.
Allí es donde sus fétidas cenizas
El lodo amasan en que el mar se funda,
Y do están las impúdicas moradas
De las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
É infecundas arenas han podido
Fermentar ni nutrir en sus entrañas
Flor campesina ni zarzal tupido:
Ni allí hicieron pastores sus cabañas,
Ni ganados jamás las han pacido,
Ni buscaron sus sombras las gacelas,
Ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamás un solo instante
De aquellas rocas en las calvas crestas
Buitre cansado ó golondrina errante:
Ni de sus cuevas lóbregas é infestas
Solitario leon fué el habitante;
Ni por sus lomas ásperas y enhiestas
Arrastróse jamás buscando asilo
Sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su estenso lago
Perfumada meció lánguida brisa,
Ni alzó murmullo soñoliento y vago
En ellas columpiándose indecisa.
Eterno acento del eterno estrago,
De aquellos valles la existencia avisa
De eterna tempestad el eco ronco
Que en el ancho arenal espira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida:
Ni flor, ni insecto, ni bajel ni fiera
Mantiene aquella tierra corrompida,
Revuelto mar y lóbrega ribera.
En esta tierra inerme y maldecida
Pesa de Dios la mano justiciera,
Y un paraiso á la delicia abierto
En su comparacion es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algun dia
Este valle, este mar, y estas montañas:
No fueron siempre al ruido y la alegría
De poblacion y de cultivo estrañas;

Un tiempo fué que mayo las vestia
No de musgo y silvestres espadañas,
Mas, cercadas de bosques protectores,
De rubias mieses y olorosas flores.

Entonces la cubrian sus vallados,
Y sus fecundos cerros coronaban
Alamedas y huertos y ganados,
Que las vecinas tierras envidiaban:
Reyes tenia, y pueblos, y soldados,
Que con armas y leyes la guardaban,
Y de sus armas y sus leyes fruto
De las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entonces limpio cielo
Fecundador y azul, que allí vertia
Calor, que mas feraz tornaba el suelo;
Lluvia, que sus corrientes mantenia;
Aura, que al labrador siendo consuelo
Daba á sus selvas mágica armonía,
A sus plantas vigor, jugo y colores,
Salud á sus robustos moradores.

Allí brotaba el cedro incorruptible,
El limonero allí de frutas de oro,
El umbrío moral al sol sensible,
Del olivo y la vid el gran tesoro.
Y daban por do quier sombra apacible
Y gala á la campiña, el sicomoro,
El nogal, y los nópalos azules,
Las palmas y los recios alerdules.

Y como en cercas, huertos y jardines
Por afanoso dueño cultivados,
Víanse allí crecer en los confines
De sus silvestres cotos y vallados,
Purpúreas rosas, pálidos jazmines,
Rojos claveles, alhelís morados,
Renúnculos, violetas y jacintos,
En sér iguales y en olor distintos.

De su aroma atraidos y frescura
Y nacidos en medio de las flores
Revolaba meciendo su aura pura
De insectos multitud, cuyos colores,
Inquietud, y susurro y galanura
Aumentaban del campo los primores,
Con sus alas y sones dando al viento
Música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles sus nidos
Colgaban contentísimas las aves,
Los ojos recreando y los oidos
Con plumas varias y gorgeos suaves:
Y entre el rumor de arroyos escondidos
Se mezclaban, ya plácidos, ya graves
Al continuo balar de las ovejas
Y al sordo susurrar de las abejas.

Era entónces en fin un paraiso
De la rica Pentápolis el suelo,
Y lo fuera por siempre si en aviso
Tuviera siempre su temor al cielo:
Mas provocarle á la venganza quiso
Con torpe rito y con inmundo anhelo,
Y el cielo se cansó de su insolencia
Y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios vertió en su seno
Gracia, placer, fertilidad y vida,
Pero sus dones convirtió en veneno
La raza de aquel suelo corrompida.
Dios la dió un corazon sencillo y bueno,
Y en sencillez inculta mantenida
Fué su raza leal, sencilla y buena
A desdichas y crímenes ajena.

Pero cambió su sér con la ventura,
Creció con la riqueza su osadía:
A las tierras vecinas dió pavura
El poder el mostrarlas que tenia,
Y adoró su poder: y en su locura
Olvidando á su Dios su altanería
De abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldon de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
En distinto lugar do fué criado,
Con dañada intencion y torpe abuso
Todo al fin convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso
Del Dios que con piedad le habia mirado,
Y levantando altares á sus vicios
Ofrecióles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno:
Fué su Dios el placer, su ley el gusto:
Cuanto le deleitara dió por bueno,
Cuanto sirviera á su placer por justo:
Y el corazon y el pensamiento lleno
De su torpeza, sin pudor ni susto
La raza de la impúdica Sodoma
Vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboin, Segor y Adama,
De su tierra hermosísimas ciudades,
Frutos podridos de la misma rama
La siguieron al par de sus maldades:
Y á par ganando abominable fama
Alcanzaron á ser sus liviandades
Con rito vil y torpe ceremonia
Escándalo á la misma Babilonia.

La muger, que del hombre compañera
Nació, su fé para alentar en vida,
Mas fácil para hacerle y llevadera
Su existencia entre duelos consumida;

En la abominacion fué la primera,
Y cuanto débil más, más atrevida
Patentizó con vil desenvoltura
A los ojos del crímen su hermosura.

Calláron ¡ay! cediendo á sus caricias
Dudas, remordimiento y pareceres;
Porque hijas de esta tierra de delicias
Nacidas al amor y á los placeres,
De su amor ofreciendo las primicias,
Era la liviandad de sus mugeres
Del hombre rudo al apetito ciego
Segura red, é irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
Hecho por fin de sus sentidos siervo;
De su celeste orígen olvidado
Y en su abandono y ceguedad protervo,
En el ara del templo profanado,
Dando á su solo Dios pesar acerbo,
Colocó á la muger audaz el hombre
Y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Y admirando en la lumbre de sus ojos,
Y en la espiral de sus flotantes rizos,
De su amoroso ceño en los enojos,
Y en su grata sonrisa, mil hechizos,
Adoró su capricho y sus antojos,
Sus dotes adoró mas quebradizos,
Y tomando por dioses sus mugeres,
Divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
Divinizó los besos de su boca,
Divinizó el aroma de su aliento:
Y en la embriaguez de su licencia loca
Ajeno á todo noble sentimiento
Su impía adoracion juzgando poca,
Arrollado el pudor, roto el decoro
Dijo: « La hermosa desnudez adoro. »

Y no fué parte de su cuerpo bello
De que un ídolo infame no se hiciera:
Su breve pié, su alabastrino cuello,
Su pecho, que al marfil envidia fuera,
Las perfumadas trenzas del cabello,
Cuanto al pudor nombrándose ofendiera
Dando inauditos de torpeza ejemplos,
Se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
En grabar tan groseras alusiones;
Premio fueron las palmas y laureles
De las mas execrables invenciones:
Espiró en los tormentos mas crueles
Quien sus ritos llamó profanaciones,
Y elevaron do quier en pedestales
De su creencia inmunda las señales.

Con estos jeroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las plazas, y las calles y los muros:
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oidos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes,
Ni encerró nada más aquel recinto
Que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
Los vicios desde allí se alambicaron,
Y en cuantos vicios abarcar pudieron
Con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron
La torpeza del vicio engalanaron;
Y en la más terrenal idolatría,
Desbocada Pentápolis corria.

« ¡Orgía! ¡órgia! » los réprobos gritaban:
« ¡Orgía! ¡el placer es nuestro Dios! » decian:
Y blasfemos cantares entonaban,
Y en festines opíparos bebian;
Y con ardientes vinos escitaban
El fuego en que sus ánimas ardian,
Y espiraba en los anchos arenales
El ruido de sus largas bacanales.

Ningun delito entre ellos era nuevo,
Ningun refinamiento ó torpe aliño
Que pudiera al placer servir de cebo;
Y útil era la bestia, el leño, el niño,
Y la viuda, la vírgen y el mancebo.....
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño
Y á llevarte adelante no me atrevo:
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Volviólos, sí, su creadora lumbre
Negando á tan impúdica torpeza:
Apartólos de aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza,
Del vicio en la asquerosa podredumbre
Enfangó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado
Desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo más recóndito del cielo
Apesarado Dios cuanto ofendido,
Haciendo entre *Él* y los humanos velo
Del aire y del espacio indefinido:
Y al pensar á la raza de aquel suelo
En aplicar castigo merecido,
Su espíritu asaltó santa tristeza
Cediendo á su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos
El Dios que al ruego se resiste y huye,
Y la obra bella de sus propias manos
Con caprichosa sinrazon destruye.

No es nuestro Dios el Dios de los tiranos
Que con la fuerza al corazon arguye,
Sino es el Dios que la inocencia abona,
Y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la venganza
Que se goza en el mal y el duelo ajeno,
Y sofoca la luz de la esperanza
Convirtiendo su bálsamo en veneno.
No es Dios el Dios á quien jamás se alcanza
Ébrio de su poder, de su ira lleno,
Sino el Dios que despeja el ceño adusto
Benigno oyendo la oracion del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
Es el Dios del consuelo y la indulgencia:
El Dios á quien si enojan las maldades
Desarman la humildad y penitencia:
Es el Dios que perdona las ciudades
De diez justos no más por la inocencia,
El Dios que el crímen sin piedad castiga,
Pero es el Dios que castigando obliga;

El soberano Dios justo y severo
Que el rayo al fulminar de su justicia
Al torpe criminal muestra primero
La inmensa gravedad de su malicia;
El Dios que llama al corazon sincero
Del pecador cuyo perdon codicia,
Para que al conocer su omnipotencia,
Con ruegos le desarme y penitencia.

Dios, es el Dios que con afan prolijo
Formó la creacion, y viendo luego
La maldad de los hombres les maldijo
Su raza en estinguir pensando ciego:
Mas escuchando de su escelso Hijo
Antes de destruirla el santo ruego,
Dijo mostrando su infinito encono:
«*A precio de tu sangre les perdono.*»

Y se efectuó el misterio sacrosanto
De nuestra redencion. Rotas y abiertas
Le lloraron las peñas con espanto
De tamaño rigor: mas las inciertas
Moradas del Eden á precio tanto
Dejaron otra vez francas sus puertas,
Y la raza maldita y condenada
Fué con la sangre de su Dios lavada.

CANTO II (1).

De Hebron en la comarca bendecida
Hay un valle amenísimo y fecundo,
Que la nacion de Jehová escogida
Llamaba de Mambré: no encierra el mundo
En su estension del hombre conocida,
Ni en la que hasta ora solo el mar profundo
Viera, y á do jamás pié vacilante
Llegó de peregrino ó navegante,

Ningun país do con mayor largueza
Derramara el Señor sus bendiciones;
Pródiga allí mostró naturaleza
En pompa singular todos sus dones:
Uniendo á la hermosura la riqueza
Míranse allí á la par las estaciones,
Y otoño, primavera, flor y fruto,
Unido al hombre ofrece su tributo.

Allí el nogal junto á la palma crece,
Y el oloroso cedro y manso tilo,
Y el plátano flexible se estremece
A la sombra del álamo tranquilo:
Allí el haya frondosa amante ofrece
A la sencilla tórtola un asilo,
Y el sauce, el tamarindo y sicomoro
Con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo de inmortal verdura,
Crece lozano al márgen de la fuente,
La prolífica vid en la espesura
Gime bajo su fruto trasparente;
Mientras allá en la espléndida llanura
Al blando soplo de fugaz ambiente
Las doradas espigas á millares
Se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
Del buey el melancólico mugido,
Bajo la sombra allí de la enramada
De las mansas ovejas el balido:
Y al volver por la tarde á la majada
Pueblan el aire en multiple sonido
Pastores y ganados y cencerros
Y el honrado ladrido de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
Lejos del aire corruptor mundano,
Y á su amargura y crímenes ajeno,
Vivia en aquel tiempo un buen anciano:
De años cargado y de riquezas lleno,
Padre mas bien que duro soberano
De sus siervos, el rey de los pastores,
Tenia allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abrahan, — en el lenguage
Que usaba entonces la nacion hebrea,
Padre de muchos. — Cuando en tardo viaje
Vino allí de la tierra cananea,
Así le habló el Señor: «De tu linage
Saldrán reyes ilustres de Judea;
Mas que reyes aún, saldrá el Mesías
Cuando se cumplan los fijados dias.»

(1) Este canto es del señor Quevedo.

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
De las promesas de su Dios seguro,
Y su vida pasaba en curso lento
Como las ondas de arroyuelo puro:
Jamás manchó su vida turbulento
El crímen, ni agitó deseo impuro
Las aguas cristalinas de su alma
Que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda
So la enramada umbría,
Cuando del mediodia
Mas vivo es el calor,
Está Abrahan sentado
En placido sosiego;
Mas súbito un gran fuego
Ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto
Por ver de donde vino,
Y un rojo torbellino
Miró cerca de sí;
De cuyo oscuro centro
Salieron tres varones,
Que ven sus emociones
Con blando sonreir.

Entonce el buen anciano
Con susto se levanta;
Y la insegura planta
Dirige hácia el Señor;
Diciendo: « Si tu esclavo
Halló en tus ojos gracia,
Debajo de esta acacia
Descansa por favor.

Para tus piés divinos
Traeré el agua mas pura,
Y aquesa tierra impura
Yo mismo lavaré;
Y de mi tienda humilde
Bajo el amigo toldo
Cocido en el rescoldo
Mi pan os partiré. »

Entonces los tres varones
« Haz como has dicho, » dijeron;
Y entró Abrahan, presuroso,
So el hospitalario techo.

Y dijo á su esposa Sara:
« Tres satos amasa presto
De flor de harina, y haz panes,
Y cuécelos bajo el fuego. »

Y corriendo á la vacada,
Cogió un hermoso becerro,
Diólo á un mozo, el cual al punto,
Lo mató y cocióle luego.

Y manteca y leche pura
Tomó tambien, y dispuesto
Ya el festin, sirviólo él mismo
Á los fulgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
Dijo así el mayor de entre ellos:
« Descubrirte quiero ahora
Mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
En manos del crudo Abdalon;
La puse en mi eterna balanza,
Su crímen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
Dobló Seboin su pecado,
Y Gomorra pecó sin temor.

Desciendo á la fértil llanura,
Y allí por mis ojos veré
Si la obra satánica impura
Del crímen colmó su altivez. »

Y saliendo el camino tomaron
De Sodoma hácia el fértil confin;
Mas no mucho de allí se apartaron
Que Abrahan resolviéndose al fin:

« ¿Destruirá, gran Señor, tu justicia,
En injusta sacrílega union,
Del impío la torpe malicia,
Y del justo el leal corazon?

Lejos, lejos, Señor, de tu mente,
Una accion tan indigna de tí;
¿Verteráse la sangre inocente
Porque viva entre el vicio infeliz?

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿Tendrán igual fortuna
Que la impía muchedumbre turbulenta
Que en el pecar se auna?

—Si hallo cincuenta justos en la impía
Ciudad, ten por seguro,
Que no enviaré la muerte y la agonía
Sobre el malvado muro.

—¿Y si hallas cinco menos?—Su recinto
Perdonaré clemente.
—Y si faltaren diez, ¿será distinto
El fin de tanta gente?

—Perdonaré tambien.—¿Si quince hallares
De menos en la cuenta?
—¡Perdonaré por ellos mil millares!
—¿Y si hallas solo treinta?

—¡Tambien!» Mas Abrahan con rudo ahinco,
Siguió de aquèsta suerte:
«¿Y si solo se encuentran veinte y cinco
Les enviarás la muerte?

—Por veinte, á quince, ó diez, si los reunes,
Tú mi palabra toma;
Por amor de los diez serán impunes
Los vicios de Sodoma.»

Mas cuando el claro sol anunciè al mundo
Que nace un nuevo dia,
Caerá entera en el báratro profundo
Pentápolis impía.

CANTO III.

Faltó la luz de los divinos ojos
En la comarca de la tierra impura
Y el sol la iluminó con rayos rojos
De sangriento color: por su llanura
Barrió sus mieses, árboles y abrojos
Ráfaga ardiente. Por do quier augura
La lobreguez en que la tarde cierra
La enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantescos nubarrones,
Que aglomeró tempestuoso el viento,
Robaron á los ojos las regiones
De la estension azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
No pudo atravesar, y en tàl momento
A mitad de la tarde espiró el dia
Por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella solo el colosal nublado
Se cernia en los aires suspendido,
El cerco de su suelo condenado
Dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando á la par iluminado
El terreno en redor no maldecido,
Reinaba solo en la comarca impía
Noche temprana, pero en torno el dia.

Tal fué la marca y funerario velo
Que la puso el Señor, la gran sentencia
Al fulminar sobre el infame suelo
Que despreció su paternal clemencia.
Y separada asi de tierra y cielo
Y decretado el fin de su existencia,
Al santo ejecutor de su destino
Llamó á sus piés el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso
Vaciló el universo estremecido,
Y al eco de su acento, presuroso
Voló á sus piés el sér desconocido
Que evocaba su voz: sér pavoroso
A cuyo brazo el orbe sometido
Una señal del Criador espera
Para incendiar la creacion entera.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guia,
De cuya luz inestinguible mana
El raudal de la sacra poesia,
Genio radiante de la fé cristiana!
Tú inspira aliento á la garganta mia,
Dá tu vigor á mi palabra humana
Para hacerme escuchar de los mortales
Al cantar los misterios celestiales.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó en la cóncava techumbre
Más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por do quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea:
Solo se alcanza entre las altas puntas,
Que el recio vendabal nunca cimbrea,
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,

Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adormece;
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria:
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia;
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torbo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el gérmen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcazar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él vá la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgreñada
De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detrás de él vá despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia:
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas do quier se precipitan,
Présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle y de fetor le llena;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adan del paraiso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ay! p strero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro:
Sentenció á Baltasar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro:
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalen á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano;

Rompió las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio,
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un dia,
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivia.
La creacion se romperá en sus brazos;
Y cuando toque el orbe en su agonia,
Cuando á su sóplo el sol caiga en pedazos
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacia.

Tal fué el arcángel que la voz oyendo
Del sumo Dios, su habitacion dejando
Y á la voz del Señor obedeciendo
A los piés del Señor partió volando:
Y el espacio un instante oscureciendo
Y los mundos un punto dislocando
En la mitad de las celestes salas
Al gritar «Heme aquí» plegó las alas.

De la Salen divina á su presencia
Suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
Y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postrósele en redor con reverencia
Todo sér morador del Paraiso,
Y al misterio terrible quedó atento
En silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellon de pedrería
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y el gérmen de la luz que se escondia
Bajo el tapiz viviente del Sagrario
Vertió la lumbre del eterno dia
Desbordada á un impulso involuntario,
Y alumbró el firmamento de tal modo
Que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Cual oscuro tizon espiró luego
Ahogado entre su luz el sol brillante:
Puntos de sombra, sin color su fuego
Fueron los astros de su luz delante:
Y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
En tan supremo y temeroso instante:
Y todo en fin cuanto creado estaba
Con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistia
El resplandor de la infinita hoguera:
Una sombra no más manchar se via
La luminosa creacion entera.
Una no mas permanecer podia
Y á un espíritu solo dable fuera
Resistir á su fúlgido dominio:
El ángel del dolor y el esterminio.

Él nada mas fatídico levanta
Su aterradora y colosal figura,
Entre tanto esplendor y gloria tanta
Triste, medrosa, funeral y oscura.
Solo él espera con inmoble planta
Al Dios que llena el orbe de pavura:
Solo él no tiembla cuando Dios respira,
Solo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternales
Del sagrario de Dios, en cuyo interno
No entraron ni aun los ojos inmortales
De los electos de su amor paterno.
Abriéronse, y llegando á sus umbrales
Así hablaron el ángel y el Eterno:
«Señor, ¿qué mandas? – Mi balanza toma.
—¿Qué he de pesar?—Los vicios de Sodoma.»

Obedeció el arcángel y poniendo
La clemencia de Dios y la esperanza
En un plato y en otro el fardo horrendo
De Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma y viendo
Que el otro el peso á equilibrar no alcanza
Dijo el ángel: «Pentápolis es mia»,
Y Dios: «Perezca la ciudad impía.»

Tornó á entrar el Señor en su sagrario,
Tornó á plegarse el misterioso velo
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y volviendo á elevar su torvo vuelo
El arcángel fatal, á su ordinario
Curso volvió naturaleza y cielo,
Y el sol que en occidente se sumia
A Sodoma marcó su último dia.

CANTO IV.

I.

LOT.

Vivia en aquellos tiempos
En la opulenta Sodoma
Un varon prudente y justo
Con dos hijas y su esposa.

Lot le llamaban sus gentes,
Y el estrangero los otras
De la ciudad; que nacido
Era en comarcas remotas.

En *Ur*, tierra de caldeos,
Brilló su primera aurora,
Y cuando á fijarse vinó
En la ciudad populosa,

Era ya de edad provecta
Y trajo hacienda no poca;
Y en toda aquella comarca
Que las amarillas olas

Del Jordan, plácidas riegan
Y fertilizan y abonan,
Jamás se vieron manadas
Tan bellas y numerosas

Cual las de aquel estrangero
Que de regiones ignotas
Llegó á avecindarse un dia
En las tierras de Sodoma.

Las lanas de sus ovejas
Que por llanuras y lomas
Triscaban, eran mas puras
Que la cándida corona

De nieves, que el sol de mayo
Con mil cambiantes colora,
Del Líbano en la alta frente
Que con las nubes se toca.

Las mieles de sus colmenas
Más que la hiblea sabrosas,
Escedian en fragancia
A los mas ricos aromas.

Y en fin de sus heredades
Los zagales y pastoras
Y damas, unos esclavos
Y egipcias siervas, remonta

A número tal, que cuando
Caminaba hácia Sodoma,
Y al caer la tibia tarde
Plantaba sus tiendas todas,

En las riberas que bañan
Del Jordan las mansas olas,
A esperar de un nuevo dia
La resplandeciente aurora,

Mas que simple caravana
De estirpe ó familia sola
Plantado aduar parecia
De una tribú numerosa.

Por eso los habitantes
De las ciudades famosas
Que por ser cinco llamáronse
En la lengua mas sonora

Pentápolis; con respeto
Si bien con no candorosa
Intencion al buen anciano
Cercaban á todas horas.

Él, su amistad recibia
De los bosques á la sombra,
O bien en calles ó plazas;
Pues mirando por su honra,

Jamás permitió á ninguno
De los hombres de Sodoma,
Penetrar en el secreto
Dó vivian sus matronas.

Empero, estaban sus hijas
En edad de ser esposas;
Y Lot, entre los mancebos
De la ciudad, eligiólas

Los dos que entre ellos hallara
De mas apuestas personas,
De fortunas mas crecidas
Y costumbres mas virtuosas.

II.

LOS DOS ANGELES.

Mas sucedió que una tarde
De calor, salióse fuera
Lot de su casa, y sentóse
De Sodoma ante las puertas.

Era una tarde de estío
Cuando la hora postrimera
Del sol lucia, y lanzando
De sus entrañas la tierra

El fuego que todo el dia
La abrasara y consumiera,
Subia de sus vapores
Una sofocante niebla.

Ya el rubio sol del ocaso
Tocaba á las anchas puertas,
Y apenas se descubria
Su fulgida cabellera;

Cuando Lot vió aproximarse
Por una vecina senda,
Dos mancebos peregrinos
De altiva y noble presencia.

Nada ostentan sus personas
Que á vista vulgar parezca
Esceder de los humanos
La comun naturaleza,

Pero Lot, que ante el temido
Rey de la creacion entera,
Por su prudencia y virtudes
Favor no pequeño encuentra:

Vislumbra en los caminantes
Al través de su modesta
Actitud, claros indicios
De una raza mas perfecta.

Dos ángeles son, que envia
De Dios la mano severa
De los vicios de Sodoma
A tentar la última prueba;

Los custodios son que un dia
A aquellas comarcas diera,
Dos purísimas sustancias
Que viendo la ruina cierta

De aquellas cinco ciudades
Que á entrambos tan caras fueran,
Tristes y lentos caminan
Por la tortuosa senda.

Púsose en pié presuroso
Lot, y tomando carrera
Llegó de los paraninfos
A la divina presencia;

Y en reverente postura,
El rostro contra la tierra:
« Ruégoos, divinos señores,
Les dijo, que á la derecha

Torzais, y de vuestro esclavo
En la mísera vivienda,
Laveis el polvo que cubre
Vuestras plantas sempiternas;

Que apenas la madrugada
Raye en el cielo, serena,
Seguireis con mas descanso
La empezada marcha vuestra.

—No podemos el convite
Aceptar de tu largueza:
Pasar debemos la noche
Sin salvar de humanas puertas

El umbral.» Lot no desmaya
Y con humildad estrema
A que acepten su agasajo
Los estrecha en gran manera.

Ceden al fin los custodios,
Y torciendo á la derecha,
Lot delante al fin entraron
De Sodoma por las puertas.

III.

LA CASA DE LOT.

En una sala espaciosa
De la patriarcal morada,
Están los dos peregrinos
Que con Lot antes entraran.

Dos siervos adolescentes,
En cuyas morenas caras,
Del ígneo sol de la Nubia
Se ve la candente marca;

Se ocupan, con el auxilio
De yerbas y puras aguas,
En lavar el rubio polvo
Que mancha de ambos las plantas.

No hay en el vasto triclinio
Lámparas de oro colgadas,
Ni orientales pebeteros
Ricos aromas exhalan;

Ni alfombras cubren el suelo
Ni candelabros de plata
Lo iluminan; ni en gran pompa,
Cual la soberbia romana

Un dia inventó, se miran
Anforas de oro talladas
Llenas del hirviente zumo
De la engañadora parra;

Los vasos de roja arcilla
Zumos traidores no guardan.
Henchidos se ven los unos
De las cristalinas aguas

Que de los montes vecinos
En raudos torrentes bajan
Y en rojos búcaros cogen
De Lot las negras esclavas.

Otros, purísima leche
Encierran en sus entrañas;
Y en otros en fin, fermenta
Dulce el licor de las palmas,

Aquel licor que algun dia
Del mismo Dios en compaña,
Allá en el Eden florido
Bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
Alumbran la hospitalaria
Mansion, y adobadas pieles
Cuya blanquísima lana

En suavidad y finura
A la matutina escarcha
Escede, cubren el piso
De aquella modesta estancia.

IV.

LAS DOS HERMANAS.

En tanto Lot, del secreto
Recinto, donde con sabia
Costumbre, en aquellos dias,
Padres y esposos guardaran

A sus mugeres, con rostro
En que la paz de su alma
Se ve, y el gozo que siente
Del honor que hay en su casa,

Sale; sus pasos precede
Con priesa á sus años rara
Su esposa, y detrás caminan
Por las manos enlazadas,

Dos bellísimas doncellas,
Que al ver las dos nuevas caras
De los rubios peregrinos
Con timidez se adelantan.

Las hijas son en quien funda
Su amor y dicha el patriarca;
Y á humanos ojos no fuera
Posible al considerarlas

Cual ora se ven unidas
Pensar que fuesen hermanas:
Tan distinta es su belleza,
Aunque en las dos estremada.

La que á diestra mano viene
Es la mayor; á esta, Sara
La llamó al nacer su padre
Y es nombre que á su arrogancia

Conviene: del lindo rostro
Es la tez algo atezada,
Y de azabache pulido
La cabellera que esmalta

Su semblante, y que en dos trenzas
Con esmero entrelazadas
Cae meciéndose en el cuello
Sobre la mórbida espalda.

Sus labios son rubicundos
Como una abierta granada,
Y los dientes pequeñuelos
Que al entreabrirse declaran

Mas que el diamante son duros
Y parecen á distancia
Hilos de nevadas perlas
En campo de roja grana.

Turgente el virgíneo pecho
Y la cintura gallarda
Tan breve, que puede un niño
Con las manos abarcarla.

Mano y pié son dos prodigios
De pequeñez tan énana
Que parece no crecieron
Desde el albor de la infancia.

Pero sus dos negros ojos
Son sus mas temibles armas;
Que cuando mira con ellos
Las almas quedan esclavas.

La segunda, á quien por nombre,
Y el nombre tambien le cuadra,
Melka, su padre le puso
Por su índole tierna y blanda,

Es de tez tan blanca y pura
Como las conchas de nácar
Que arroja el mar á la orilla
En las costas de la Arabia;

Caen los sedosos cabellos
En ondas ensortijadas,
Mas rubios que el sol de estío
En las mas puras mañanas;

Cándido es su eburneo cuello
Como el del cisne, y la espalda
Y el redondo pecho, ofuscan
A las perlas esmaltadas;

Rojo coral son sus labios,
Nieve sus dientes, y grana
Sus ojos, como el záfiro
Que el mar en sus senos guarda.

Los piés, manos y cintura
Breves son como en su hermana;
Y en algo mas se parecen,
Que altas y esbeltas son ambas;

Y al andar ambas se doblan
Como se mecen las cañas
Al soplo de blanda brisa
Al borde de las quebradas;

O como en las altas rocas
Se cimbran las verdes palmas
Cuando alienta furibundo
El viento de las borrascas.

Al llegar Lot con sus hijas,
Los huéspedes se levantan
Y al rededor de la mesa
Do se mira preparada

La cena, sin distinciones
Cual las que ora son usadas
Entre los hombres, se sientan
Cabe á su esposo la anciana,

Junto á Melka un peregrino,
El otro al lado de Sara;
Y en plácida union partieron
Entre sí las ricas viandas;

Que en aquel tiempo dichoso
Hasta el mismo Dios bajaba
Al mundo y se divertia
Con las costumbres humanas.

CANTO V.

Desde el alcázar lóbrego
De luto revestido
Que es de la muerte cárdena
Terrífica mansion,
De truenos y relámpagos
Sangrientos circuido,
Muy mas que el viento rápido
Feroz sale Abdalon (1).

Plegadas lleva al cuerpo
Las alas voladoras
Que velan, mas no ocultan
El rojo resplandor
Del fuego, que en mil ráfagas
De muerte precursoras,
Brota el mirar fulmíneo
Del Esterminador.

Espíritu fremente,
Que el alba diamantina
Del éter sempiterno
Conturba á su pasar;
Ejecutor que al mundo
La cólera divina
Envia sus ofensas
Terribles á vengar:

Desvíanse á su paso
Los rubios querubines,
Los ángeles y arcángeles
Se apartan con temor:
La vista bajan trémulos
Los altos serafines,
Ante el ministro lúgubre
De la ira del Señor.

Y Tronos, Potestades,
Dominios y Virtudes,
Los que en la lid perínclitos
Vencieron á Luzbel;
Ora se ven con tímidas
Postradas actitudes,
Ante el poder satánico
De aquel fatal poder.

Un ángel solo atrévese
Del fúnebre emisario
La marcha rapidísima
Un soplo á detener;
Un ángel que cerníase
De Dios sobre el santuario,
Espíritu hermosísimo
Con rostro de muger.

Un ángel que á los míseros
En este mar del mundo,
Cuando en sus olas túrbidas
La negra tempestad
De engaños y dolores,
El abrego iracundo
Agita, de sus alas
Al bronco revolar,

Les hace que confien,
De paz y de bonanza
En dias mas serenos
Allá en lo porvenir;
El ángel de los huérfanos,
La luz de la esperanza
Que cabe al débil hombre
Camina hasta morir.

Mas leve y perfumada
Que la espirante brisa
Que plega por la tarde
Las alas de la mar;
Se acerca el ángel cándido
Con virginal sonrisa
A aquel con quien las lágrimas
Van siempre y el pesar.

Las manos enlazadas
En la actitud del ruego
Aboga por Pentápolis
Con argentina voz;
Mas Abdalon respóndele
De enojo y de ira ciego:
«¡Aparta, blando espíritu:
El Sumo lo ordenó!»

Y con torvo mirar, la forma pura
Lanza lejos de sí su mano airada,
La cual tornó á cernerse en el altura
La tierna faz en lágrimas bañada:

(1) O Abdadon, nombre hebreo del ángel esterminador. Los griegos le llamaban *Apollyon* y los latinos *Esterminans*.

***

Un inmenso gemido de amargura
Turbó en redor la celestial morada,
Mientra el ministro del furor divino
Prosique hácia la tierra su camino

Y atraviesa mas rápido que el viento
Las bóvedas do están los inferiores
Celestiales espíritus sin cuento;
Do en himnos, que á los blandos ruiseñores
Dieran envidia, en perennal concento
Cantan á Jehová sumos loores;
Pero su canto puro apena alcanza
Allí donde se cierne la esperanza.

Y prosiguiendo el ángel su carrera
Por las inmensas salas diamantinas,
En breve pasa la vecina esfera
En donde sobre nubes zafirinas
Debe vivir la santidad primera;
Separada por diáfanas neblinas
De los seres purísimos, alados,
Que del cielo á la par fueron creados.

Atravesó por fin la jerarquía
Postrera, do en millones de millones
Viven ahora en paz y en alegría
Los vivientes de mil generaciones:
Aquella inmensa bóveda vacía
Entonces, de habitantes y canciones,
Pasa el torvo Abdalon en un instante
Y sigue por el cielo hácia adelante.

Un arcángel de luz resplandeciente
Guarda del cielo la eternal salida,
El cual viendo á Abdalon, huye tremente
Y su deber y gloria á un tiempo olvida:
Sin obstáculo sale el inclemente
Ministro, y disponiendo su partida
Despliega al fin las pavorosas alas
Atrás dejando las eternas salas.

Cual águila voraz, que desde el cielo
Donde del sol se cierne cara á cara
Alcanza á ver en el herboso suelo
La grata presa, por que tanto ansiara;
Y en su iracundo ardor de un solo vuelo
Salva la inmensidad que le separa
Del objeto infeliz, y en un segundo
Las garras ceba en él y pico inmundo:

Tal, en saña implacable el pecho ardiendo
El Esterminador se precipita,
Las negras alas sin cesar batiendo,
La dura á ejecutar sentencia escrita:
De su pecho se escapa un grito horrendo
Del odio crudo que su sér agita
Y en vuelo mas veloz que la paloma
Cruza Abdalon el aura hácia Sodoma.

Como el rayo, atraviesa aquella zona
Do en sus ejes eternos suspendidos
Giran orbes sin fin, que son corona
A los astros del hombre conocidos:
Jamás la humana ciencia, aunque blasona
De penetrar misterios escondidos,
Ni ojos mortales, ni terrestres vientos,
Llegaron hasta aquellos firmamentos.

En aquellas balsámicas regiones
Nunca se acaba ni comienza el dia;
No hay mudanzas allí, no hay estaciones,
Tarde, mañana, aurora ó medio dia;
Jamás los furibundos aquilones
Allí movieron tempestad bravía,
Ni jamás hondos truenos rebramantes
Oyeron sus felices habitantes.

Allí siempre la atmósfera es serena,
Suave la luz, el céfiro apacible;
Corren los rios en dorada arena
Y en un mar se confunden bonancible:
El aire es puro, la campiña amena
Y cuanto á las miradas es visible
Ya cerca, ya en remota lontananza
Todo respira paz y bienandanza.

Nunca ronco tronó clarin de guerra
En aquellas riberas fortunadas,
Ni taló la discordia aquella tierra
Ni hubo malas pasiones desbandadas:
Ni el hambre, ni la sed que al hombre aterra,
Ni cobardes traiciones, ni emboscadas:
Ni hubo males, ni pestes, ni quebrantos,
Ni gemidos, ni súplicas, ni llantos.

Que viven sus sencillos moradores
En tierna union y dicha inesplicable;
Puros son y constantes sus amores,
Y su amistad tiernísima y durable:
Allí no existen siervos ni señores
Como en nuestro destierro miserable,
Y aquella tierra ante su Dios perfecta
Es del bien la comarca predilecta.

Por eso, atravesando sus confines
Volvió Abdalon los fulminantes ojos;
Que en vez de aquellos plácidos jardines,
Sangre anhela, y estragos y despojos;
Y como Jehová, por altos fines
Le nombró ejecutor de sus enojos,
Sonrie de esperanza, y hácia el mundo
Acelera su vuelo furibundo.

Ya llega al sol y entre los orbes gira
Que forman el sistema planetario;
Ya la tierra descubre ardiendo en ira,
Y su furor redobla sanguinario;

El postrer dia moribundo espira
De Pentápolis: rojo, funerario,
Resplandor, en las cimas de los montes,
Brilla y en los cercanos horizontes.

Del Líbano en la cúspide altanera
Posa en fin Abdalon el pié cansado,
Que ya toca al final de la carrera
Que en su justicia Dios le impuso airado:
Con mirar en que el rayo reverbera
Solo aguarda que el hora haya llegado
De Sodoma y que salga en su dominio
Un campo mas de incendio y de esterminio.

CANTO VI.

I.

LOS SODOMITAS.

Y sucedió que apenas del banquete
Levantado se habian, grandes voces
Llegaron hasta allí.—Tal como suelen
En cruda tempestad los aquilones
Frementes rebramar, así iracundos
Los torpes de Sodoma habitadores,
En confuso, estruendoso vocerío
Clamaban con furor: «¿Do están los hombres
Que esta noche en tu casa introdujiste?
¡Sacánoslos acá!» Sobre sus goznes
Giró de Lot la claveteada puerta,
El cual cerróla tras de sí: los torpes
A su vista, los gritos aumentaron,
Y al creciente rumor de sus clamores:
«Dónde están, dónde están los peregrinos?
Decian, ¿dónde están? ¿porqué se esconden?
¡Sacánoslos acá!»—Con suplicante
Voz y humilde ademan, Lot respondióles:
«¡No querais, por piedad, hermanos mios,
Tal crímen cometer!—De mis amores
Dos hijas solo tengo, dos doncellas
Que en hermosura eclipsan á los soles
Que alumbran en el ancho firmamento;
Ninguna de las dos lascivia torpe
Ni amistad de varon ha conocido;
Ambas os las daré; vuestros furores
Podeis saciar en ellas, si así os place;
¡Mas respetad os ruego á los dos jóvenes
Que cobija mi techo hospitalario!»
Pero en crudos acentos bramadores
Así le respondieron: «¿Tú has venido
De estrangeras comarcas, y te pones
Como juez, nuestros fueros y costumbres
Osado á combatir? Si á esos dos hombres
Al punto no nos das, sobre los tuyos
Y sobre tí caerán males peores.»
Y haciendo al hombre justo gran violencia,
Pugnaban por entrar con grandes voces
Y ya la antigua puerta rechinaba
Con doliente crugir sobre sus goznes.

II.

EL SOCORRO.

Cuando de entrambos ángeles
Los rostros refulgentes,
Aparecieron túrbidos
A las feroces gentes:
Y al rayo que fulgura
En su mirada pura,
Se replegaron trémulas
Las turbas sobre sí.

A Lot entonces rápidos
Asieron de la mano;
Y del primero al último,
Al jóven y al anciano
Y al niño que los viera,
De súbita ceguera
Los hieren, y la atmósfera
Ya puebla su gemir.

Y á tientas en las hórridas
Tinieblas que los cercan
Con lastimeras súplicas
De nuevo á Lot se acercan:
Y con humilde llanto
Y voz de inmenso espanto
Entre gemidos lúgubres
Imploran su perdon.

Mas de los dos espíritus
La voz que el aire atruena,
Responde así á los míseros:
«Ya la medida llena
De torpes liviandades
Está, y de iniquidades;
¡Generacion de réprobos,
No esperes redencion!»

¿Cómo, ¡ay! en voces débiles
De lenguas terrenales,
Cómo en oscuros símiles,
É imágenes mortales,
Pintar el alarido
Inmenso, indefinido,
Que aquellas turbas cárdenas
Lanzaron á una voz?

Aquí una humilde súplica
De alto dolor es prenda;

De maldicion satánica
Allá una voz tremenda :
Y en hórrida armonía
Por la region vacía,
Retos, blasfemias, lágrimas,
Van en revuelto són.

Tal en las negras bóvedas
Del tenebroso averno,
Donde Luzbel indómito
Vive en dolor eterno,
Sonó el primer rugido
Del ángel maldecido,
Que osó lidiar impávido
De un Dios contra el poder.

En tanto las sacrílegas
Gentes confusas huyen;
Y en las tinieblas lóbregas
Que en torno los circuyen,
Se llaman, se codean,
Se insultan, se golpean
Y en estridente vórtice
No cesan de correr.

III.

LA FUGA.

Entonce á Lot, los ángeles :
«¿Hay alguien que te toque, yerno ó nuera,
Hijo ó deudo que esté de casa fuera?
Vé rápido en su busca
Si no deseas que esta noche muera.

Que del celeste empíreo
Del sumo Jehová somos enviados.
Llegaron de Sodoma los pecados
Hasta su eterno trono
Y sus dias aquí ya están contados.»

Lot, pues, como el relámpago,
Oprimido del miedo y la tristura
Corrió hácia la mansion en derechura
De sus futuros yernos
Y en voz doliente y que le embarga el pasmo:

«¡Alzad del lecho, míseros,
Alzaos! esclamó. De Dios la mano
Enviará sobre el jóven y el anciano
La muerte antes del dia,
En el recinto de Sodoma insano.»

Mas ellos al terrífico
Rumor de sus acentos inseguros :
«Vuélvete, respondieron, á tus muros,
Que de burlas no es hora;»
Y á dormir se volvieron muy seguros.

Entonces, tomó Lot desesperado,
De su casa el camino;
Y de los dos mancebos apiadado
Lamenta su destino.

Y vacila y se pára en la carrera,
Y el paso atrás revuelve;
Mas de nuevo sonó la voz severa
Y á su camino vuelve.

Y sigue, sumergido en la amargura
La débil planta, incierta
Atravesando la estancia oscura
De la ciudad desierta.

Era la hora en que el naciente dia
Celajes mil anuncian de oro y grana,
Y las aves en plácida armonía
Saludan el albor de la mañana:
Pero en Sodoma aún la noche umbría
Se muestra de los mundos soberana,
Y Lot, con gran trabajo y pena suma,
Llegar pudo á su casa entre la bruma.

Preparados al viaje, allí le esperan
En pié los dos mancebos celestiales
Y ambos á las mugeres aceleran
Con palabras y gesto de mortales:
Ya los primeros rayos reverberan
De Dios en los eternos arenales
Cuando la comitiva silenciosa
La ciudad atraviesa tenebrosa.

Como una corta, inerme caravana
Cruza los arenales del désierto
Temiendo del Simun la furia insana
O los fétidos miasmas del mar Muerto;
Y mientras mas camina mas se afana,
Y hásta llegar al anhelado puerto,
Calor y sed arrostra y hambre dura,
Porque tan solo allí se cree segura :

Asi Lot, con los suyos caminando
Va sin cesar por calles y por vias
Siguiendo las pisadas que trazando
Van en la arena sus celestes guias :
Y acaso escuchan el rumor nefando
Del baile y de las cantigas impías
Y las risas y apóstrofes brutales
Que surge de las torpes bacanales.

Por fin pasaron la ferrada puerta
De la impura ciudad, y un breve instante
Reposaron allí la planta muerta
Y el oprimido pecho jadeante :
Y estando ya de la campiña abierta
En medio, su camino hácia delante
Prosiguieron derecho á un alto monte
Que al este limitaba el horizonte.

Pero antes de seguir, con voz severa
A Lot, asi dijeron los alados :
« Corre sin detenerte en la carrera
Y cotos salva, y setos y vallados :
Y aunque llegue á tu oido lastimera
Plegaria, ó de los truenos disparados
El bramido, hácia atrás nunca el semblante
Vuelvas, que serás muerto en el instante.»

Y asiendo á las mugeres de la mano
Con palabras de amor las consolaban,
Y dando priesa al afligido anciano
Con acentos de brio lo animaban.
Y atravesando ya el inmenso llano
Que circunda á Sodoma se alejaban
Del amor espoleados de la vida
De la torpe comarca maldecida.

CANTO VII.

La hora sonó. La omnipotente mano
En cuya palma el universo gira,
Aquel de soberanos soberano
En alto levantó : — muerte respira
La amenaza mortal que de sus ojos
En raudales fulmíneos se desprende;
Y la hueste inmortal puesta de hinojos
Las sumas iras en silencio atiende.

En sus quicios eternos quebrantados
Vacilan los celestes artesones,
Y el aliento detienen asombrados
Los genios de los roncos aquilones :
Yermo de luz, detiene su carrera
De los astros el número infinito,
Y tiembla enfin la creacion entera
Del cielo azul, al lóbrego Cocito.

Pára el mar las corrientes bramadoras
Que en sus abismos cóncavos habitan,
Y las inmensas turbas nadadoras
En los antros sin fin se precipitan :
Sécanse los copiosos manantiales
De los rios, que el sólito tributo
No dan al mar, y ardientes arenales
Resbalan solo entre su cauce enjuto.

Pierde la selva umbría su verdura,
Su puro azul el cielo encapotado,
Y se lanzan del bosque á la llanura
Confundidas las fieras y el ganado.
Y unidos suenan al postrer lamento
Del orbe de la tierra estremecido,
Del tierno ruiseñor el blando acento
Y del leon el lúgubre rugido.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
Sacrílegas ciudades maldecidas,
¡Ay de vosotras, que en la impura llama
Del deleite vivís endurecidas!
¡Ay de vosotras, ay, que del pecado
Os revolveis entre el inmundo cieno!
¡Ay del pueblo que duerme aletargado
Del torpe vicio en el letal veneno!

Torpe generacion de torpe gente,
¡Ay tres veces de tí! Ya cruda brilla
Amagando caer sobre tu frente
Desnuda al aire la inmortal cuchilla.
¡Un ay de contricion, un ay tan solo
Alzado en vuestra lúbrica demencia!
¡Ved que se cierne ya de polo á polo
El torvo ejecutor de la sentencia!

En tanto de Sodoma en el recinto,
Como en Gomorra, Seboin y Adama,
De voces un confuso laberinto
Solo al deleite por su Dios aclama :
Redobla el aire espeso en sangre tinto
El devorante ardor que los inflama,
Y se mezcla á los cantos de la orgía
El hipo precursor de la agonía.

Un relámpago inmenso, ensangrentado,
Rasgó en dos la enlutada vestidura
Del cielo, hasta aquel punto encapotado,
En luz tornando la tiniebla oscura;
Y un asordante trueno, disparado
Por la mano de Dios, desde el altura
Pobló en señal de la divina guerra
Los ámbitos del aire y de la tierra.

De aquel rüido al retumbar tremendo
Se lanzan en tropel los sodomitas
Y por calles y plazas van huyendo
Aquellas turbas por su Dios malditas :
Repugnante espectáculo y horrendo,
Sus frentes son con el pavor marchitas,
Aquellos rostros del deleite ajados
Ora con el temor desencajados.

Húyense unos á otros : no hay ternura
Ni blando suplicar, ni ruego amante,
Que baste á detener en tal pavura
El uno junto al otro un breve instante:
Que en dia de tan hórrida amargura
No hay lazo fuerte, ni temor bastante,
A retener al mísero que espera
Salvarse acaso en la veloz carrera.

Aquí deja con planta presurosa
El amigo á su amigo abandonado:
Mírase allá la moribunda esposa
Llorar la ingratitud de su adorado :

Mas lejos en la arena polvorosa
Del hijo de su amor se ve arrojado
El anciano infeliz. ¿Mas qué? ¡si olvida
La madre al tierno sér á quien dió vida!

Jamás con tan fatídicos colores
Ni en acento tan hosco y tremebundo
Del cielo los terríficos furores
Oyó anunciar el asombrado mundo:
Ni cuando en mil torrentes bramadores
Bajaron desde lo alto hasta el profundo
Rotas las cataratas celestiales
A anegar á los míseros mortales.

Ni cuando allá del Gólgota en la cumbre
Se vió espirar en posteriores dias,
Por librarnos de eterna servidumbre
Sobre una cruz al salvador Mesías;
Que alto en el cielo el sol perdió su lumbre
Y al mirar las supremas agonías
La tierra retembló, quedando abiertas
Las tumbas de cadáveres desiertas.

Ni entonces, ni despues, ni antes se viera
Horror tan grande con humanos ojos;
Hierve del cielo en la anchurosa esfera
Un inflamado mar: torrentes rojos
De la líquida hoguera chispeante
En ondas gigantescas se desprenden,
Y en voz cual la del trueno rebramante
Cruzan las nubes y los aires hienden.

Corre empero la turba maldecida
En torno sin cesar del alto muro
Sin hallar á sus piés una salida
De las tinieblas entre el manto oscuro:
A tientas vá la muchedumbre herida
Cual los otros de súbita ceguera;
Mas sobre sus cabezas suspendida
Sienten la abrasadora hirviente hoguera.

Y se oyen del temor á los gemidos
Mezclarse juramentos espantosos,
Y retos insensatos van unidos
A quejas y suspiros lastimosos;
Jamás tan furibundos alaridos,
Lamentos de dolor tan angustiosos,
Ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
Oyeron las cavernas infernales.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

En tanto Lot, con su familia entera,
Guiado por los ángeles camina
Del Jordan por la plácida ribera
Y hácia el cercano monte el paso inclina;
Mas cansado del susto y la carrera,
Llegando á descubrir ya muy vecina
De Bala la ciudad, así postrado
Se dirige al Señor que lo ha salvado:

«¡Señor, Señor! que tu poder mostraste
Y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú que justo su causa separaste
De la causa del torpe y del protervo:
Vé que al sumo temor que me enviaste
Y al camino á mis años tan acervo,
No me puedo salvar donde dijiste,
Porque ya el cuerpo débil no resiste.

Mas acá de ese monte se levanta
Reducida ciudad; allí en sosiego,
Pues tu misericordia fué ya tanta,
¡Déjame descansar! — Oí tu ruego,
Le respondió el Señor; con firme planta
Puedes en ella entrar, que yo del fuego
La perdono, y de hoy mas será llamada
Segor, pues á tu ruego fué salvada.»

Mas ya la ira celeste descendia
Sobre la tierra en torbellinos rojos,
Y al terrible rumor, que estremecia
De susto el corazon, atrás los ojos
Volvió la esposa del patriarca impía;
Y al contemplar los túrbidos enojos
De Jehová, de horror petrificada
En estátua de sal quedó trocada.

CONCLUSION.

Alto en el cielo el sol sus rayos de oro
Vibraba sobre el mundo,
Derramando en espléndido tesoro
Vida y calor fecundo:

Cuando Abrahan, del perezoso lecho
Alzándose al proviso,
A aquel lugar se encaminó derecho
Dó el Sempiterno quiso,

En el dia anterior, de su venganza
Anunciarle la hora;
Y caminando vá sin esperanza,
Y aun su clemencia implora.

Y llegado á la cima, con tremante
Mirar giró los ojos,
Temiendo ver la pompa fulgurante
De los sumos enojos.

Toda aquella feraz ámplia comarca,
Tan opulenta un dia;
Todo cuanto Pentápolis abarca,
Es soledad vacía.

Nada se escucha: ni rumor de gente,
Ni el sólito mugido
Del toro, ni del perro el estridente
Doméstico ladrido:

Ni el rugir de la fiera en lo lejano
Que al cazador avisa;
Ni el grito del insecto en el pantano,
Ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
Ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
Ni del viento los tonos bramadores,
Ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Solo mira Abrahan en la desierta
Llanura que hay en torno,
De humo y pavesas bocanada incierta
Salir como de un horno.

Y en medio como en costa solitaria
Acaso surge un faro;
Sola y triste, se ve la hospitalaria
Segor á Lot reparo.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
¿Dó fué vuestra grandeza?
¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama,
Y brio y gentileza?

¡Ay! todo pereció. — Mísero ejemplo
De las divinas iras,
El hombre y animal teatro y templo
Fuisteis vivientes piras.

Y solo quedan del mortal estrago,
Memoria eterna á los futuros hombres
Sobre las olas fétidas de un lago
Vuestro crímen escrito y vuestros nombres.

gran renombre que me diera crédito para con mi nacion, yo cantaria tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaria sobre la atencion de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes á la de un rio fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.»

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambicion del niño, para que el hombre cumpla á su vez la oferta que hizo el niño á su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé religiosa*.

He tenido ademas otra razon, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme á la composicion de la presente obra. La revolucion y las tendencias del siglo, franqueando mas ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando á la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debia naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos del suntuoso alcázar de una civilizadora ilustracion, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas é institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente direccion, germinara y se robusteciera en la fé y en la ciencia, para elevar mañana á la nacion al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demas naciones de Europa. Pero hé aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que á hombres mas sabios pertenece el escudriñar, vinieron á dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desórden consiguiente á la division del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: *el demonio de la especulacion* y *el demonio de la poesía*. Del primero ingenios mas profundos hablarán en su dia; del segundo voy á decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin á parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trobadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces á porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, despues de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edicion esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de mas atencion y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica á favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo tambien á la exageracion y virulencia de la época; pero juzgado con precipitacion, ó desapercibido entre los demas, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se habia propuesto. Los periódicos políticos, á imitacion de los de Francia, abrieron su folletin á las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneracion literaria: este era el crepúsculo que debia haber sido precursor de un dia sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del *siglo de las luces* sofocó las semillas próximas á dar fruto, y la revolucion literaria, como la política, por intentar remontarse á mas altura de aquella á que podian subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolucion literaria, con peor suerte

que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el *demonio de la poesía* embriagó á la juventud, descarriando ó embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla á nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¡Y hé aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada solo de un capitan prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseia. ¡Hé aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulacion desordenada, y que asiendo con brio el timon de aquella hermosa nave, próxima á salir del astillero para ser botada á la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desórden: la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja é inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generacion de poetas, se encastillaron en el silencio, ó se adormecieron en la inaccion indignados ó sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, á cantar imaginarios pesares, en composiciones notables solo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el *demonio de la poesía* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil; y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbion de poetastros. Pronto tuvieron los mas que reducirse á ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron á la ribera asidos á las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reaccion comenzaba á efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se habia estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesía* estendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados solo por sus rizados cabellos, y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, ó de la favorita de un príncipe musulman.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni á mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya á Dios gracias en aquellos lamentables dias.

Basta empero lo espuesto para esplicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composicion de mi libro de *María*. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volúmen tras de volúmen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestion de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente á las manos un volúmen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda; fuí mas leido que otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y estravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de

construccion, que logro dar alguna vez á pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones suyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precision. Lo mismo sucede á los demas escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo, aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraiso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien, puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria.*

En cuanto al mérito é importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir: los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. *María* es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras: el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

Mi corona poética de la Vírgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARIA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo; y la vida de la Vírgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de *María*, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero se las considere como no proferidas.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 1° de enero de 1849.

INTRODUCCION.

—

Voy á contaros la divina historia
De una muger á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche y dia
Su casta imágen : mi pasion, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

Templo es mi corazon en donde mora :
La conocí y la amé desde tan niño,
Que de mi infancia dividí la aurora
Entre mi madre y ella mi cariño.
Su imágen tuve en mi primera hora
En frente de mi cuna : el desaliño
Del lecho maternal me la dejaba
Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
Aprendió á balbucear : nombre tan suave,
Que se le hiciera al compararle agravio
Al són del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del Universo sabio
Otro mas dulce componer no sabe :
Porque es su nombre bálsamo que calma
El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
Percibiendo la luz del nuevo dia :
Vaga en las nieblas de la noche oscura :
Reposa en un rincon del alma mia.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol mi fé cristiana
Le oye del sacro templo en la campana.

Al oir ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge
Y el alma suelta que apresó su mano :
El mar se aduerme, que soberbio muge :
Tórnase el huracan aire liviano :
Espira el trueno, que rodando cruje :
Se disipa en la atmósfera la peste,
Y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro : yo le he escrito
Mil veces en mis versos y le quiero
Escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fé, de mi placer venero,
Quiero que halle en mi voz eco infinito,
Quiero que dure más que mi memoria,
Quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cabe
Para que el polvo de mi sér reciba
Sobre la piedra funeral se grabe :
Quiero que el dedo del amor le escriba
Sobre mi corazon, para que lave
Con su pureza mi maldad nativa :
Porque la tierra, á su vital contacto,
Deje por él mi corazon intacto.

Y quiero, al dulce són del arpa mia,
Celebrar á la faz del universo
De este nombre la santa poesía,
Con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
De este glorioso nombre, y que disperso
Por sus espacios mi cantar resuene,
Y que su nombre el universo llene.

Azucenas de abril, dad á mi aliento,
Al pronunciar su nombre, vuestro aroma :
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma,
En palabra al tornar mi pensamiento :
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre, terrenales
Cantares y profanas relaciones :
Desvaneceos, vientos mundanales
Que embraveceis el mar de las pasiones :
Venid á oirme y preparad, mortales,
A la luz y al placer los corazones,
Porque en verdad os digo que es su historia
Mas grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creeis que existe
Otro mundo mejor que nuestro mundo :
Venid, los que buscais la sombra triste
Del solitario altar, en lo profundo
Del templo abandonado, que resiste
Al vendabal del siglo furibundo :
Venid y os bañareis en la ambrosía
Del dulcísimo nombre de MARIA.

MARIA, emanacion del puro aliento
Del infinito Creador : MARIA,
Augusta emperatriz del firmamento,
Gozo del triste, del perdido guia,
Madre buena del huérfano, alimento
Del alma casta, luz que en la agonía
Mas allá del sepulcro, en lontananza
Alumbra la region de la esperanza.

MARIA, arca sellada, guardadora
Del tesoro inmortal de la clemencia
De Dios; sér de su sér, fé del que ora,
Santuario del pudor, de la inocencia

Pabellon perfumado, sombreadora
Palma triunfal del Gólgota, escelencia
De los mundos creados, poesía
Del paraiso, y gérmen de la mia.

Tal es el nombre y la muger que canto,
Tal es el nombre y la muger que adoro:
Yo me prosterno ante su nombre santo,
Y á la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
Que nada soy para quien es no ignoro:
Mas me infundió mi madre su cariño
Y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
Voy á ser el cantor de tu existencia:
Mas tus ojos alumbran el oriente,
Los astros de placer á tu presencia
Tiemblan, corona el sol tu régia frente,
Calza tus piés la luna, tu escelencia
No alcanza á comprender la criatura...
¿Qué ha de decir de tí mi lengua impura?

Tú, empero, inspiracion vendrás á darme
Para hablar de tu gloria soberana:
Tú me darás vigor, para elevarme
Sobre el turbion de la impiedad mundana;
Tú vendrás con tu manto á cobijarme
Cuando al morir me den tumba cristiana,
Y yo á tus piés invocaré tu nombre
Libre al partir de la mansion del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fé en que vivo,
Y Dios, mi fé para cantar, me ha dado
Gigante voz y corazon altivo:
El siglo, pues, me escuchará asombrado
Cantar la fé de mi país nativo,
Tal vez por su tormenta arrebatado,
Mas de la fé de mis creencias lleno
Con firme voz y corazon sereno.

PRIMERA PARTE.

En el nombre de Dios, á cuyo acento
Brotó obediente cuanto alumbra el dia,
Y cuanto mas allá del firmamento
Existe, sér tomando en la ambrosía
De su divino creador aliento,
Empiezo aquí la historia de Maria.
¡Ojalá que la fé de mi palabra
Vuestra alma alumbre y el Eden os abra!

—

Dulce Señora, celestial Maria,
Tu nombre purifica cuanto toca:
Tu nombre al pronunciar la lengua mia
Haz que sean, amor mi poesía,
Fuego mi corazon, oro mi boca.

LIBRO PRIMERO.

—

NAZARET.

Señor de Roma Augusto, y de Judea
Herodes, estrangero cuya cuna
Sombrëaron los cedros de Idumea,
Gemia lamentando su fortuna
En vil esclavitud la raza hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros dias
De libertad y gloria señalaron
Las antiguas y santas profecías,
Y sus dias á término llegaron
Comenzando á brillar los del Mesías.

El universo ante el poder romano
Se humillaba vencido, y de su mano
Recibia en silencio nombre, leyes,
Ritos, tributos, términos y reyes,
Sujeto á su capricho soberano.

Jerusalen, la reina que ostentaba
Coronada la frente en algun dia
Y señora de reyes se llamaba,
Sobre su frente impreso como esclava
El sello real de su señor tenia.

Decoraban las águilas romanas
Sus puertas, defendidas por soldados
Estrangeros; corria en sus mercados
La moneda del César, y ¡cuán vanas
Lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
Iba á Roma con nombre de tributo
Para pagar del César los placeres;
Y daban, de su amor al dar un fruto,
Un soldado romano las mugeres.

Mas esperaba en el silencio un dia
De regeneracion la raza hebrea:
Esperaba aquel sol que la traeria
Un rey que su poder la volveria,
Un rey libertador de la Judea.

¡ Mísero pueblo de Judá ! esperaba
Un rey que al són de la broncínea trompa
A Roma hiciera de Salen esclava,
Y al prometido rey imaginaba
Del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡ Mísero pueblo de Judá !—delante
De ti tuvistes á tu rey ; le vistes
Ir entre palmas á Salen triunfante,
Y ¡oh multitud imbécil ! tú ignorante
Al rey libertador no conocistes.

¡ Mísero pueblo de Judá! en tus ojos
Tu avaricia febril puso una venda,
Y Dios te ha condenado en sus enojos
A vender de tu herencia los despojos
De lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces de un valle en la angostura,
Entre el monte Tabor y el del Carmelo,
Yacia Nazaret, aldea oscura
Por un arroyo hendida, que frescura,
Sombra y fertilidad daba á su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,
Umbrosos sauces y sonoras cañas,
Eran abrevaderos de palomas ;
Y huertos mil ornaban sus montañas
De uvas cargados y fragantes pomas.

Canastillo aromático de flores
Asemejaba la escondida aldea,
Guardada entre dos cerros protectores ;
Y olvidada tal vez de sus señores
Era la mas feliz de la Judea.

Y hé aquí que en el retiro de esta villa
Habitaba un varon justo y prudente,
Partiendo su existencia sin mancilla
Con una esposa que, como él sencilla,
Era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo ;
La dulce paz de su modesta casa
Imágen era de la paz del cielo :
Su fé era pura, sin ficcion su celo
Por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia exentos, de ambicion y encono,
La oracion de sus almas ascendia
Libre de Dios hasta el escelso trono :
Y Dios al aceptarla bendecia
Su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor : porque en la tierra
¿Qué corazon no amarga algun secreto?
¿Qué espíritu un pesar en sí no encierra?
Ninguno : al pecho del mortal se aferra
El dolor al nacer, y á él va sujeto.

Aquel varon justísimo, intachable,
Aquella esposa púdica, sencilla,
Su morada pacífica, envidiable,
Cual raza vil, cual antro abominable
Mirados eran en su propia villa.

Nadie á Joaquin con su amistad brindaba:
Nadie á su esposa Ana por ejemplo
Proponia á sus hijas, ni trataba
Con las mugeres ella, ni pasaba
Del pórtico esterior cuando iba al templo.

Su ardiente fé, su caridad sincera,
Su honda piedad por el Señor bendita,
Una existencia de virtud entera,
Infamante padron en ellos era,
Cual si les diera sér casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
Y abandono tal se contemplaban,
Oriundos de tal raza y de nobleza
Tal, que los primogénitos llevaban
De su casa corona en la cabeza.

Vástagos eran cuya raza pura
Del régio trono de David manaba
Aquellos, que vertian en la oscura
Soledad por sus ojos la amargura
De la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril : de su sangre fria,
De su inútil amor no naceria
El rey libertador de la Judea :
Esa es la hiel mortal que su alma cria :
Ese el baldon que su virtud afea.

Por eso lloran de vergüenza llenos
La pena infame, de la culpa ajenos,
En su mansion oscura y solitaria
Ana y Joaquin; mas nunca de los buenos
Desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama á los que lloran
Resignados el mal que les envia ;
Dios escucha benigno á los que oran
Con fé leal, y á los que á Dios adoran
No les olvida Dios un solo dia.

LIBRO SEGUNDO.

—

LA PURISIMA CONCEPCION DE MARIA.

(8 de diciembre.)

Es alta noche. En el valle
Donde oculta se guarece
Y en que eterna prevalece
Juventud primaveral,
Nazaret, entre los huertos
Donde su ambiente se aroma,
Duerme como una paloma
Que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,
La luna brilla en el cielo
Derramando sobre el suelo
Argentino resplandor;
Y de su Dios en los brazos,
A su luz tibia, reposa
La tierra como una esposa
En los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,
Pabellon de astros bordado!
Dios os tiende como un velo
De la tierra en derredor;
Y detrás del cortinage
De esa tienda de reposo,
Como padre cuidadoso
Vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿quién á mirarte
Levantar puede sus ojos
Sin caer ciego de hinojos
A los piés de Jehová?
Tus estrellas son las lámparas
Con que alumbra su santuario,
Y el espacio solitario
De su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
De la noche sumergido:
Calla el aire adormecido
Bajo el césped; el rumor
De las inmóviles hojas
Yace mudo, y solamente
Se oye del agua corriente
El són adormecedor.

En esta calma solemne,
De vida y de movimiento
Exhausta, que ni el lamento
Interrumpe mas fugaz,
Con dulce sueño que aduerme
Los pesares en su pecho,
Ana y Joaquin en su lecho
Reposan tambien en paz.

Castos, fieles, cariñosos,
Veinte años há que le parten
Como ejemplares esposos
En salud y enfermedad.
Veinte años há que dividen
El lecho nupcial, y veinte
Que vela constantemente
Sobre él la esterilidad.

Veinte años há que al dormirse
Demandan orando al cielo
Alivio en el desconsuelo
De su soledad sin fin,
Y veinte años há que solos,
Al reposo al entregarse
Y á la luz al despertarse,
Se encuentran Ana y Joaquin.

Y veinte años atestiguan
Con bien claro testimonio,
Que su infausto matrimonio
Bendecir no plugo á Dios:
Y se duermen bajo el peso
Del baldon que les alcanza,
Entrambos sin esperanza,
Mas resignados los dos.

¡Míseros juicios del hombre
Que en el error siempre vive,
Y los juicios que concibe
Siempre falsos ve salir!
¡Ay! ¡en su ciega ignorancia
De sí mismo nada sabe!
Solo Dios tiene la llave
De su oscuro porvenir.

Hé aquí que mientras en sueño
Sumergido yace el mundo,
En el silencio profundo
De aquella nocturna paz,
Con vuelo apacible y lento
Que movió apenas el viento,
Cruzó la atmósfera límpida
Un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
Dejó de una luz de rosa
Una huella luminosa
Que al ambiente esclareció:
Y que cual brillo fosfórico
De exhalacion de verano,
Sumida en el aire vano
Al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
Del sueño: al rumor sonoro
De sus alas, los de oro,
Los de hierro hace brotar.
Dios á la tierra le envia
Con los tristes ó halagüeños,
Cuando Dios quiere en los sueños
Sus misterios revelar.

Es el sér mas vaporoso,
Mas vago, mas indeciso
Que nació en el paraiso;
Su sér, su forma y color
Son tan indeterminados
Que Dios solo les percibe,
Y es el sér que de Él recibe
Sér de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
En un apartado espacio,
Mora este ángel un palacio
Que no visitan jamás
Ni los justos, ni los ángeles,
Porque su atmósfera espesa
Sobre las potencias pesa
Y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico
Donde solo este ángel vive,
Nunca ruido se percibe:
Ni una voz, ni un eco en él.
Unos bosques ondulantes
Le circuyen en contorno,
Y á su parque presta adorno
Un quimérico vergel.

Los espíritus mas bellos,
Las imágenes mas puras
De los gozos y venturas
De la gloria y del placer,
Atraviesan silenciosas
Estos bosques y jardines,
Y una vez por sus confines
Se las logra solo ver.

Las que pasan nunca tornan:
De una vez se desvanecen,
Y ningunas se parecen
Aunque hermanas todas son;
Y si mas tenaz alguna
Otra vez cruza ó asoma,
Un contorno nuevo toma
Y otra faz, y otra espresion.

Mas tal vez en lugar de estos
Espíritus deleitosos,
Mil espectros temerosos,
Tristes sombras mil y mil
Pueblan estos densos bosques,
Y al impulso de un encanto
Misterioso, dan espanto
Al valor mas varonil.

Pero todos estos seres
Que devoran en silencio
El dolor ó los placeres
De esta incógnita region,
Y el alcázar y las selvas
En que mora eternamente
Este ángel, de la mente
Son ficciones, *sueños son*.

De las plumas de sus alas
Estos sueños guarecidos
Con él van, y repartidos
A su antojo son por él;
Y al pasar sobre la tierra
Donde ejerce su destino,
Va dejando en su camino
A este el dulce, el triste á aquel.

Sin ser nunca percibido
Se introduce donde quiera,
Y en silencio se apodera
De la vida universal;
Cuanto en agua, tierra, fuego
Y aire existe le obedece:
Todo al soplo se adormece
De su hálito letal.

Y la fiera como el ave,
El reptil como el gusano,
A su influjo soberano
Caen rendidos sin vigor:
De él se exhalan contagiosos
Los miasmas del beleño,
Y á su voz ceden al sueño
Desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente
Este espíritu invisible
Cernió su vuelo apacible
Sobre el ameno confin
De Nazaret un momento,
Y batiéndole sin ruido
Se perdió desvanecido
Sobre el techo de Joaquin.

A no pesar sobre el mundo
La letárgica influencia
De su mágica presencia
Y de su poder letal,
Comprendiera, de pavura
Y de respeto temblando,
Que se estaba allí efectuando
Un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida
Todo el valle iluminaba,
El contorno circundaba
De la casa de Joaquin :
Y un aroma desprendido
De sus muros se estendia,
Como darle no podia
Babilónico jardin.

Un murmullo soñoliento,
Tan armónico y tan suave
Como solo en voces cabe
De concierto celestial,
Resonaba en todo el valle,
Y su místico sonido
No cabia en el oido
De ningun débil mortal.

Aquel globo refulgente
Cuya esencia creadora,
Cuya roja luz viviente
Su morada circundó,
Del contacto corrompido
De la torpe raza humana
A Joaquin un punto y á Ana
Misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo
De su ardiente cortinage
Y el angélico mensage
Comprender de Jehová?
Nadie : nunca; su palabra
Manantial de fé y de vida
Por el sér solo es oida
A quien dicha por él va.

Del celeste mensagero
Los contornos vaporosos
Vieron solo los esposos
En un sueño celestial,
Y ellos solo percibiéron
Su presencia vagarosa
A la luz de oro y de rosa
De su auréola inmortal.

Dirigida al sér de entrambos,
En su oido solamente
Resonó la voz viviente
De la mística vision,
Y sus ánimas tan solo
De su místico mensage
Comprendieron el lenguage
Y el valor de tal mision.

« ¡Alegraos! dijo el ángel
A los cándidos esposos.
¡Alegraos, que dichosos
Vuestros dias lucirán!

¡Ana, alégrate! Una hija
Tu infecundo seno encierra,
Que á reinar va en cielo y tierra
Bajo el nombre de Miriam (1).

Ana estéril, de mi aliento
Tu fecundo sér recibe :
¡Regocíjate y concibe
A la voz de Jehová!
De la hija que te nazca
En el tálamo fecundo,
Nacerá, Señor del mundo,
El monarca de Judá. »

Dijo el ángel y á su soplo
Fecundado de Ana el seno
Concibió, del gérmen lleno
De la esencia de Miriam.
Tornó el vuelo á alzar el ángel
Y con santo regocijo
Sonriendo le bendijo
En su tumba el viejo Adan.

LA NATIVIDAD.

(8 de setiembre.)

Y con el nuevo sol se levantaron
Los que la voz de Dios soñando oyeron,
Y ante la faz de Dios se prosternaron
Los que en su gran poder su fé pusieron;
Y Ana y Joaquin ante su Dios oraron
Cuando tan altos ante Dios se vieron,
Y la muger, hablando en su alegría
Con Dios y con el mundo, así decia :

« Oidme : cantaré las alabanzas
Del Dios de mis mayores :
Del que apartó de mí las asechanzas
De mis perseguidores.

Él descendió desde su inmensa altura
Hasta su humilde esclava,
É hizo de mí apartarse con pavura
La muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,
Me dió su omnipotencia
Fruto de bendicion y de justicia,
Fecundo en su presencia.

¿Quién á los hijos de Ruben ahora
Dirá que madre es Ana?

(1) *Miriam*, en siriaco, dama, señora, soberana; y en hebreo, estrella de la mar.

¿Cuya será la voz propaladora
Del triunfo de la anciana?

¡Oid, vírgenes, madres y varones
Del pueblo preferido!
¡Oid, estrañas gentes y naciones!
¡La anciana ha concebido!

Venid á ver la milagrosa infanta,
La flor de las doncellas.
Venid á ver la Reina cuya planta
Camina sobre estrellas.

¿Quién como yo, Señor, tus santos dones
Numerará prolijos?
Adorados serán por las naciones
Los nombres de mis hijos.»

Asi decia la feliz esposa
Fecunda por la gracia soberana:
Y asi avanzaba la preñez dichosa
De la escogida entre las madres Ana.

Y á su término asi, dia por dia
Conducida por Dios, llegó la hora
En que á la luz mortal nació Maria,
A ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!
¡Oh favor sobre todos escelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable
De la bondad de Dios Omnipotente!
Regocíjate, ¡oh siervo miserable
Del pecado y la muerte! ya el oriente
Alumbra de tus dias una aurora
De libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
Angel bajo de humanas vestiduras,
Flor de pureza, vírgen sin mancilla,
Divina entre terrestres criaturas,
Belleza que ante Dios ufana brilla
Sobre cuantas celestes hermosuras
Creó y de cuya espléndida persona
Son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nacia
De este mundo al dolor y á la pobreza
Sin la pompa, el aplauso y la alegría
Con que ensalza su mísera grandeza
El orgullo mortal, porque venia
A quebrantar la bárbara cabeza
De la orgullosa sierpe con la planta
De su casta humildad, de su fé santa.

Nació, como el divino mensagero
De Jehová se lo anunció á la esposa,
La divina Miriam, y el mundo entero
La saludó al nacer Reina gloriosa;
Y en el instante de su sér primero
Ante su aparicion maravillosa
La eternidad y el tiempo se pararon
Y en muda admiracion la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
Bajó hasta Nazaret, abrió camino
Desde la gloria hasta el oscuro suelo
A la corte inmortal del Rey divino.
De adorar á su Reina con anhelo
Todo celeste sér por ella vino,
Y ante Miriam se prosternó un momento
La escelsa poblacion del firmamento.

La tierra ante su Reina de alegría
Saltó como un cordero: la pureza
De su aliento, que aromas esparcía,
La rejuveneció, y su gentileza
Recobrando total con su alegría
Nuestra madre comun naturaleza,
De sus bosques, sus ecos y sus mares
La arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
El aura matinal: de frescas flores
Se cubrió de los montes la espesura
Y el desierto herial: los ruiseñores,
Las palomas y tórtolas, la pura
Atmósfera encantaron, y, en primores
Compitiendo, ostentóse por do quiera
Del otoño á la par la primavera.

Ébrio de gozo el universo entero
Bebió el aliento de Miriam hermosa,
En el instante de su sér primero
Su presencia al sentir maravillosa.
El solo sér por quien nacia empero,
Solo el hombre ignoró su misteriosa
Aparicion, y reales ovaciones
No hicieron á su Reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adan, que la veian
Nacer de labradores sin fortuna,
La madre de su Rey no comprendian
Naciendo en la humildad sin pompa alguna,
Porque colchas de Egipto no cubrian
El puro lecho de su humilde cuna,
Ni estaba de oro y nácar encrustada
Ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron
Con maderas preciosas que pulieron;
Con mimbres, que en su huerto se cortaron,
Las manos de sus padres se la hicieron:
Con flores, que en su huerto se criaron,
Pabellon campesino la tejieron,

Y en la triste region de los dolores
Coronada no más entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
Sembrada en el desierto de la vida,
Se abrió de su arenal al aura impura
Como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
Ciñeron á la real reciennacida,
De cuyo seno virginal fecundo
Nacer debia el Redentor del mundo.

Flor pura y bella más que cuantas flores
Pueden criar jardines terrenales,
Sus hojas desplegar, dar sus olores
Debia entre los duelos mundanales;
Por eso, de sencillos labradores
Naciendo, de sus labios virginales
Las primeras palabras que salieron
Para los pobres é ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no vian
Sino una esclava mas que Dios enviaba
Entre ellos, y sus hembras se afligian
Por el destino de la nueva esclava.
Ana y Joaquin empero, que sabian
El inmenso tesoro que fiaba
A su cuidado paternal el cielo,
Su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
Gozaban de su célica presencia:
Ellos solos sabian que su infancia
Alcanzaba perfecta inteligencia.
Dios derramó sobre ella la abundancia
De sus gracias sin fin, y su existencia
Ni pasó por la infancia, ni doctrina
Necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,
Su alma de la ignorancia del pecado
Fué libre, y fué sin enseñanza lenta
Su entendimiento puro iluminado.
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
El trono á que la habia destinado,
Y atendiendo á su escelsa jerarquía
Dios la llamó Miriam, Judá MARIA.

Iris de paz, de dicha mensagera,
Sello entre Dios y el hombre de alianza,
Fanal que alumbra su vital carrera,
Lucero anunciador de la bonanza,
Fuente de amor y caridad sincera
Y de fé incontrastable y esperanza
Inestinguible, y manantial de vida...
Tal fué MIRIAM en Nazaret nacida.

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

(12 de setiembre.)

¡Estrella de la mar, vírgen MARIA,
De la infinita creacion Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
De fé, vida y placer engendradora:
Y al corazon del hombre da alegría,
Miel á sus labios, música sonora
A su oido, á su ánima consuelos
En el afan de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música mas grata
Que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebata
En bosque ó llano, poblacion ó sierra:
Cuantos el viento en su estension dilata
Robándoles al mar que les encierra,
No imitaron jamás la melodía
Del dulcísimo nombre de MARIA.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
Sonidos y palabras celestiales
Para esplicar la melodía santa
Que atesora su nombre á los mortales.
¿Mas su nombre inmortal cómo se canta
Con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
La miel que mana de su dulce nombre?

No existe sér cuya palabra impura
No manche su esplendor cuando le alabe,
Ni encarecer su mística dulzura
Torpe la humana inteligencia sabe,
Ni en comprension de humana criatura
La concepcion de su escelencia cabe;
Ni osar puede á tan gran merecimiento
Mas que la fé que asalta el firmamento.

Perdona, pues, Emperatriz divina,
Si para celebrar tu nombre santo
Conceptos de él indignos imagina
Mi comprension al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
A ponderar tu nombre escelso tanto
Con miserables símiles profanos
Y en el lenguage vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
Que componeis la mágica armonía
Del globo universal: susurradores
Murmullos de la noche, melodía
De los ecos del valle, zumbadores
Gemidos de las auras, poesía
Del són con que la hoja, el agua, el ave,
En lengua hablan á Dios que ÉL solo sabe:

Prestad á mi garganta
El acordado ruido
De vuestra lengua santa
De Él solo comprendido:
La voz que solo para Dios levanta
Cuanto con voz por Él creado ha sido.
Prestádmela un instante
Porque la lengua mia
Como vosotros cante,
Y mi bárbara y tosca poesía
Embelese la tierra,
Procurando imitar la melodía
Que en sus letras suavísimas encierra
El dulcísimo nombre de Maria.

Nombre de bendicion y de esperanza,
Como espresivo santo,
Mayor que todo estremo de alabanza,
De admiracion y canto,
Abarca y simboliza
En la espresion que encierra
Cuanto la débil existencia hechiza,
Cuanto del sumo cielo á ver alcanza
El mísero mortal desde la tierra.
Nombre mas grato al alma y mas sonoro
Que la conmovedora salmodía
Que, en la nave del santo monasterio
Alza de monges reverente coro,
La fiesta honrando de solemne dia
Con los sones del órgano y salterio;
Mas grato que el árabigo perfume
Que allí aventado en incensarios de oro
Ante el altar brillante se consume,
Cuyo humo azul en espiral se eleva
Por el aire incoloro,
Que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
Del estraviado guia,
Para el alma apenada que le implora
Es ámbar y ambrosía;
Y mas que nombre bálsamo divino,
El herial de la vida fertiliza
Y en la carrera del mortal destino
Alivia las fatigas del camino
Y las llagas del alma cicatriza.
Mas deliciosa que la mansa calma
Tras huracan bravío y estridente,
Mas que en el haz del arenal ardiente
La sombra de la palma
¿Quién esplicar ni comprender sabria,
Ni con qué á comparar se atreveria
En el lenguage mundanal mezquino,
El misterio secreto, peregrino
Del dulcísimo nombre de Maria?

¿Oísteis por ventura
En la nocturna soledad serena
Cantar en la espesura
De la floresta amena
A la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
Mezclar el suave acento
De su amoroso pío
Con el trémulo són de la onda pura,
Con que el sonoro rio
Fecunda de los olmos la verdura?
Pues mas dulce es aún que la armonía
Del són del agua y del cantar del ave
La melodía mística y suave
Del dulcísimo nombre de Maria.

¿Habeis guiado acaso
Del mar por las orillas
El descarriado paso,
Las blancas arenillas
Con distraccion pisando,
La música escuchando
Y el manso movimiento
Absortos contemplando
Del oleage lento
Con que la mar en calma
Distrae el pensamiento
É infunde, sus recuerdos inquietando,
Memorias melancólicas al alma?
¿Habeis prestado oido
Al hervoroso ruido
De la flotante espuma
Que deja en el arena,
Y que, antes que se suma
Entre sus granos, suena
Con bullidor murmullo,
A cuyo vago misterioso arrullo
Embebecida el alma se adormece?
Pues música mas dulce es todavía
Que la del mar que arrullador se mece
Para aquel que le invoca con fé pia
El dulcísimo nombre de Maria.

¿Imaginais por suerte
Del náufrago espirante
Que lucha con la muerte,
Cual es la penetrante
Y rápida alegría,
Si ve poco distante
La nave protectora cuyo amparo
Cable oportuno y salvador le envia?
¿Imaginais el ansia con que avaro
De salvacion aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
Al percibir que el cable le retira
De la salobre mar, y cuando vuelto
En sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es mas dulce al corazon humano
Náufrago errante por la mar sombría

De la miseria y del dolor mundano,
Invocar el auxilio soberano
Del dulcísimo nombre de MARIA.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fia!
Dulce será su postrimera hora
Y dulce su agonía;
Y al cerrarse sobre él la sepultura
Para emprender temblando de pavura
De la tremenda eternidad la via,
MARIA de su alma protectora
Alumbrará su eternidad sombría.

—

PLEGARIA.

MARIA, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La saña de Luzbel,
Escríbeme en el pecho
Tu nombre omnipotente,
Porque jamás intente
Aposentarse en él.

MARIA, Soberana
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
Estrella de la mar,
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno hogar.

MARIA, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazon,
Tu nombre será el agua
Que el mio purifique
De cuanta en él radique
Maligna inclinacion.

MARIA, luz del cielo
Cuya brillante esencia
Es lúz de toda ciencia,
Y del saber raudal,
Tu nombre sea antorcha
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acotada mente
La lobreguez letal.

MARIA, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el són,
Tu nombre sea fuente
Dó beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion.

MARIA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

—

LA PRESENTACION.

(21 de noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantea
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su alfombra cristalina
La llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron
De Salen el camino trabajoso:
Y huyendo del invierno riguroso
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, lás áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria,
Cuya tierra fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamás fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada
Entraron de Saron en la llanura,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
Aromáticos cedros y palmeras

Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura
Sombra á las cepas dá jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la region y es todavía
Por donde lentamente caminaban
Los venturosos padres de MARIA:
Y por gozar sus auras y alegría
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
Para con Dios, sus pechos paternales
En el tiempo al pensar de aquella ausencia
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indigencia.

Asi un dia tras otro su camino
A la santa ciudad siguiendo fueron
Y desde un cerro á la ciudad vecino
Al resplandor del astro matutino
Un dia de Salen las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
Del sol del mismo dia, por la puerta
Entraron de Efrain y por sinuosas
Y angostas callejuelas tenebrosas
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquin bien avanzada,
Largo el viaje, el camino fatigoso,
De la puerta oriental en retirada
Mansion, de gente mísera posada,
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje
Buscó Joaquin los cándidos presentes
Del religioso y sólito homenage,
De la familia de Ana y su linage
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
Que debia servir de ofrenda pura,
Y de harina un gomor cuya blancura
Escedia á la nieve que al sol brilla
Del empinado Líbano en la altura;

Subió la numerosa comitiva
Con espléndidos trages adornada
Del Dios Omnipotente á la morada,
Y á su frente marchaba con fé viva,
Superior á su edad, la presentada.

En el patio esterior á do primero
Llegaron, que jamás traslimitaba
Bajo pena de muerte el estrangero,
Ante el dorado pórtico severo,
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
Eran, los sapientísimos doctores
De la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales
Y matronas ilustres y señores:

Pues quiso Jehová que la dichosa
Vírgen que por recónditos caminos
Venia destinada á ser su esposa
Llegase á su morada suntüosa
Con pompa conveniente á sus destinos.

II.

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva
Tocando el pavimento
Del encumbrado *chel* (1),
Y la profana gente
La faz humilló altiva
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces:
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pos
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza,
Sus piedras afirmadas
Con llantas de metal,
Sus sólidos pilares
Dó apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del santüario real.

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mugeres.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam: su planta
En la comarca santa
Siguieron nada más
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su réal clausura
No penetró jamás.

En el umbral postrero
De un patio donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el lauro, que estremece
Con ruido sonoroso
Su perennal verdor,

Los viejos sacerdotes
Y los levitas graves,
De cánticos süaves
Y del salterio al són,
A recibir salieron
Á la sin par María,
Que á Jehová ofrecia
Su casto corazon.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado: el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió:
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino
Ante el altar divino
Dó el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de María
Sobre la real cabeza
Un velo, de pureza
Virgínea señal
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal:

Y el viejo Zacarías
Que, sacerdote sumo,
Entre una nube de humo
Sagrado apareció,
Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Vírgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
Los maternales lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus piés Ana
A su gentil María,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

« Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendicion la prenda
Que dió á mi ancianidad.
Á Dios la consagramos
Y Dios nos la reclama:
Nosotros acatamos
Su santa voluntad. »

El sacerdote alzando
A la postrada anciana
La dijo: « Vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar:
Al que de Dios guarece
La proteccion suprema
Bajo su amparo crece
Seguro ante su altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hasta su puerta amiga
De Jehová te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus vigilias
En maternales quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios. »

Diciendo así el pontífice
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió:
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro
María con el coro
De vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO.

—

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la region del cielo
A remontarse vá:
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehová:

Flor del Eden preciosa,
Cuyo capullo abierto
Derrama en el desierto
Su celestial olor,
Tu esencia misteriosa
Permaneció ignorada
En la infeliz morada
Del siervo del error.

El hombre es un gusano:
Sus ojos son de tierra
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.
Nublado el ojo humano
Por míseros antojos
Brillar no ve en tus ojos
La luz de Adonaí.

Reina del sol que gérmen
Y luz dá á la campiña,
Terrene sér y niña
Te cree Jerusalen:
Sus razas que en tinieblas
De vanidad se aduermen
Del vicio entre las nieblas
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
Al templo te acogiste:
Tú, que elegida fuiste
Por templo de Emanuel.
Morar en su santuario
Tu corazon queria
Cuando morar debia
En tus entrañas Él.

De su santuario dentro,
Bajo sus techos de oro,
Tu sér como el tesoro
De mas valer guardó:
Y el silencioso centro
De su mansion sagrada
Sondar la vista osada
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
Las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
Y virginal uncion,
Creciste cual las flores
Que doblan su fragancia
Y avivan sus colores
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
Del Hacedor del dia,
Rosal de Alejandría,
Ciprés de Jericó,
Las místicas memorias
De tu niñez dichosa
De sombra misteriosa
El cielo circundó.

Oculta, guarecida
Bajo el sagrado velo,
Esencia contenida
En hídria de cristal,
Joya de Rey guardada
Con precavido anhelo,
Semilla conservada
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
Del dueño de la vida,
A tu Señor unida
Con misteriosa union:
Y en tí su Sér moraba,
Y el tuyo á Él llegaba
Salvando los espacios
Tu férvida oracion.

Tú, Vírgen escogida
En su saber profundo
Para traer al mundo
La fé y la salvacion,
Sus juicios ignorabas,
Mas por tu fé impelida
A Dios le consagrabas
Tu limpio corazon.

Tú, Reina de los seres
Que el paraiso moran,
Tú, cuya huella adoran
Los justos de Sion,
Al polvo descendiste
Del sér de las mugeres
Y entre ellas te impusiste
Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)
Del templo habitadoras,
Pasaste largas horas
Callando tu alto sér,
En adornar las palmas
Y entretejer las flores
Del templo, y en labores
Humildes de muger.

Tus dedos trasparentes
Hilaron diligentes
Los linos de Pelusa,
Las sedas del Cedar:
Tu mano soberana
Tejió la blanca lana
Que el sacerdote usa
Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
Al místico servicio
De Dios siempre dispuesta
Velabas sin cesar:
Y un dia y otro dia
Del cruento sacrificio
En la solemne fiesta
Se oia tu cantar.

Leal, caritativa,
Sincera y obediente,
Con todos indulgente
Y en todo sin igual,
Imágen eras viva
De la virtud suprema
Que dá inmortal diadema
Al alma del mortal.

Asi creciste, pura
Emanacion del cielo,
Embalsamando el suelo
Y el templo de Israel
Tú, escelsa criatura,
Muger divina y santa,
A cuya régia planta
La luna dá escabel.

Asi pasando fueron
De tu niñez los dias,
Entanto que adquirias
Las fuerzas y la edad
Para que en tí cumplida
La ley que te impusieron,
De dar al mundo vida
Viera la humanidad.

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

Pasaron asi bellos
Los dias de tu infancia
En tu apartada estancia
Del templo de Salen,
Llegando detrás de ellos
Los dias de amargura
Que á nuestra raza impura
Franquearon el Eden.

¡Ay! cuando á luz naciste
Para salvar la tierra
Al mal te sometiste
De su fatal mansion:
Y del dolor que encierra
La bárbara agonía,
Pronto ¡ay de tí! debia
Herir tu corazon.

En vano consagrabas
La flor de tu pureza
Al Dios de quien enviabas
Tu corazon en pos:
Su rayo se encendia
Sobre tu real cabeza,
Y que acatar habia
La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
Dias de llanto, en cuyas lentas horas
Se debian llenar los tenebrosos
Designios del Señor. ÉL solamente
Penetraba el hondísimo misterio
De nuestra Redencion: su sabia mente
Percibia no más la luz futura
Que, para bien de la terrena gente,
Iba á alumbrar la lobreguez impura
De su mansion: su poderosa mano
Preparaba á los tiempos el camino:
Y momento á momento, grano á grano
Iba en la eternidad inmensurable
Arrojando implacable
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
Aguardando el instante pavoroso
En que del gran misterio tenebroso
La justicia de Dios rasgara el velo;
Y temblaban las almas
De Abrahan en el limbo detenidas
Ansiando, de él para salir, las palmas
Por el cielo á los justos prometidas:
Y temblaba el monarca del infierno
Esperando en sus lóbregas moradas
El punto en que sus puertas quebrantadas
Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavia
Su porvenir recóndito ignoraba,
Y ya el ángel precito adivinaba
Los destinos futuros de María.
La voluntad de Dios no le dejaba
Llegar de la dichosa nazarena
Al alma virginal, que vió en el mundo
Entrar de culpa original ajena:
Y en su saber y en su furor profundo
Sentia el pié de la que así hacia
Hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante
Del porvenir augusto, orando á solas
Consigo misma y del Señor delante,
Del mar del porvenir no percibia
Crecer y embravecerse á cada instante
El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
Que ligaban su espíritu á la tierra
Antes que el gérmen que su sangre encierra
Fecundara el aliento omnipotente,
Y recibieran sus maternos brazos
Al Rey eterno de la humana gente.
Era preciso que la flor de mayo
Sobre su tallo se apoyara sola,
Para que el fuego asolador del rayo
Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
Bella sin par entre las mas hermosas
Que por las sendas de la tierra oscuras,
Obediente á las leyes misteriosas
De Jehová, tus huellas
Hácia el sangriento Gólgota encaminas,
Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
De hoy más tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
De tu alta gracia el talisman ejerza
En pro de nuestras almas pecadoras,
Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
Que huérfana te veas, que devores
Tu tiempo en soledad, y pues nacistes
Para ser el consuelo de los tristes
Fuerza será que con los tristes llores.
Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!
La hiel que apures del pesar humano:
Es fuerza que al dolor de tu destino
No se iguale jamás dolor humano,
Para que al darte de su madre el nombre
En su afliccion, tu nombre soberano,
Símbolo de tu duelo sobrehumano,
Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
Se corone tu cándida cabeza,
Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales:
Apresta, pues, tu alma á la fiereza
De tus hondos destinos celestiales.
Tu paz concluye do tu gloria empieza,
Y aquí se empieza, celestial María,
El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquin, la vista fija
En su hermosa Miriam, su domicilio
Mudó á Jerusalen, y al pié del templo,
Para vivir mas cerca de su hija,
Compró, de sus parientes con auxilio,
Una pobre mansion, donde él y Ana
Eran, de amor y de virtud ejemplo,
Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oia
El rumor de los olmos y las cañas
De Nazaret, cuando al morir de un dia
De otoño el tibio sol, sintió que heria
La mano de la muerte sus entrañas.
Su último aliento recogió en el pecho
Por alargar un punto la existencia,
Su alma con la religiosa diligencia
Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
Su postrimer deseo procurando
Ana cumplir, al templo fué llorando
Al sumo sacerdote Zacarías
A avisar que llegaba
Su esposo al fin de sus cansados dias.
Acudió presuroso
El sacerdote austero
A la mansion del moribundo esposo,
Mas no llegó el primero:
Ya su faz con sus lágrimas regaba
María, que con paso mas ligero
De llegar acababa,
Y que á las manos de su padre asida
Tal vez con sus suspiros intentaba
Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
El espirante padre al sacerdote
Encomendó cuanto en el triste mundo
Dejaba: la hija que á sus piés gemia
Y la muger con quien partido habia
En la prosperidad y en la indigencia
El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin iluminados
Por el Señor en su postrer instante,
El glorioso esplendor, el sol brillante
Percibió de los dias reservados
A aquella hija divina que le llora,
Y una sonrisa iluminó el semblante

Del noble viejo, luz consoladora
Que le mostró su eternidad radiante:
Y sus manos poniendo en la cabeza
De aquella hija del mundo salvadora,
Espiró sin congoja ni agonía,
Del alma pura la mortal corteza
Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
La noble vírgen y la madre anciana,
Y sobre el mármol que á su bien encierra
Lloraron á su bien MARIA y Ana.
Cuando de llanto el natural tributo
Pagó al amor su corazon doliente,
Del mármol se alejaron tristemente
Para esconder su soledad y luto
La hija del templo bajo el áureo techo,
La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues... es una tarde
Apacible y serena;
El sol, de luz en el postrer alarde
De rojo resplandor el aire llena,
Y su esplendente claridad tendiendo
Por la estension del cárdeno horizonte
Como un manto de púrpura, derrama
Desde la cima del escelso monte
Su temblorosa llama,
Que como vasto incendio reverbera,
Con su postrer fulgor enrojeciendo
Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El dia de la fiesta de las flores
Celebra el pueblo de Judá; se escucha
El suave són del cántico sonoro
Del templo y por los aires se levanta
El humo azul del incensario de oro,
Que con el aura al elevarse lucha
Fugaz lamiendo la techumbre santa.
MARIA de las *almas* entre el coro,
Acompañada del salterio canta
Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
En cuanto abarca su ámbito invisible
Desde el zenit al báratro profundo
Mudo y atento para oir se inclina
El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
Derramado se esparce por el viento,
Y embelesa el oido
De todo sér, y ahoga todo ruido
Que existe en aire, tierra y firmamento;
Y á los acentos de su voz süaves
Las rumorosas auras se adormecen,
Las sonoras corrientes enmudecen,
El eco olvidan de su voz las aves
Y en su lecho de arena movediza
entas las olas de la mar se mecen
Y el agua amarga que su són hechiza
Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
Ningun encanto á su favor inclina
Como el poder de los humanos reyes,
Las fuentes del dolor abre entretanto
En la alma de Miriam, y en sus enojos
Aguarda el fin de su armonioso canto,
Segunda vez para anegar en llanto
La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguia
Una muger cubierta con un velo,
La ceremonia al concluir y el dia
La instó á seguirle con doliente anhelo.
Obedeció la cándida doncella
Y del materno hogar á la morada
De ambos detrás encaminó la huella.
Al umbral de su puerta aglomerada
Reunion de mugeres silenciosa
Esperaba sin duda su llegada,
Compasiva tal vez, tal vez curiosa.
« ¿Qué es esto, hermanas mias?
Preguntólas Miriam sobresaltada.
¿Porqué en el mas alegre de los dias
Delante de mis puertas os encuentro
Veladas, taciturnas y sombrías?
¿Qué mal se alberga de mi casa dentro? »
Mas las mugeres á su voz callaron
Y apartándose ante ella, de la puerta
El paso la franquearon.
Con angustiado afan, con planta incierta
En la morada penetró MARIA,
Y en la primera estancia que halló abierta
Donde una turbia lámpara lucia
A su madre encontró. — No estaba muerta
La anciana todavía:
Mas con la vista próxima á apagarse
La buscaba afanosa,
Incapaz de esplicarse
Con voz ni con accion mas cariñosa.
Sonreir dulcemente
La vió la hija infeliz al acercarse
Al solitario lecho,
Y al abrazarla con filial ternura
Con el postrer aliento de su pecho
Un beso maternal grabó en su frente,
Y al querer la divina criatura
Volvérsele á su vez su boca pura
Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
Por el impulso repentino herida,
De la madre perdida
Cayó sobre los míseros despojos,
Llenos quedando en su dolor inmenso
Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente dia
La misma tumba que á Joaquin encierra
De la esposa el cadáver recibia,
Sobre el haz de la tierra
Sola quedaba en orfandad MARIA:
Mas de Dios á los fallos resignada,
De religiosa abnegacion ejemplo,
A la merced de Dios encomendada
Al amparo de Dios volvióse al templo.

III.

Serena es la noche:
Con luz argentina
La luna ilumina
La humana region,
Y el cielo, que de astros
Sembrado desteña,
Despliega sobre ella
Su azul pabellon.

Serena es la noche:
Su lánguida calma
Infunde en el alma
Dulcísima paz;
Meciendo las hojas
Del árbol suspira
El aura que gira
Sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando
Las aves el pío:
Cerrada al rocío
Ya duerme la flor.
Detrás de los astros
Que pueblan la altura
Radiante fulgura
La faz del Señor.

Al fuego del faro
Por Dios encendido,
En sueño sumido
Reposa Israël,
Cual rey, que, acampado
En tierra vencida,
Reposa cercado
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
De recia espesura,
Callada y segura
Se duerme Salen:
Quebrando los tibios
Nocturnos reflejos
Brillar á lo lejos
Sus techos se ven.

Sobre una colina
Sus torres levanta
La fábrica santa
Del rey Salomon,
Del templo acotando
Los santos confines
De frescos jardines
La amena estension.

Sus virgenes *almas*
Cultivan en ellos
Los árboles bellos,
Las plantas sin par
De que hacen fragantes
Guirnaldas vistosas,
Con que ornan piadosas
El templo y altar.

En cámara, á cuyas
Ventanas vecinas
Movibles cortinas
Los árboles dan,
Envia á los cielos
Con fé solitaria
Su casta plegaria
La triste Miriam.

Allí en su escondida
Sombría vivienda,
A Dios se encomienda
Con férvida fé,
Pidiéndole un aura
De dulce consuelo,
Que alivio en el duelo
De su alma la dé.

Su sér invisibles
Arcángeles guardan:
Querubes aguardan
Su pura oracion,
Y á Dios se la llevan
Tendiendo triunfantes
Las alas brillantes
A la alta region.

Segun le atraviesa
Perfuma el espacio:
La gloria embelesa
Su místico són:
Y en forma de aroma
Que siente y que vive,
Aspira y recibe
Jehová su oracion.

Mas llora al enviársela
Miriam: que es amarga
Su pena y es carga
Cruel de llevar,

Y solo contemplan
La tierra sus ojos
Cual campo de abrojos
Que vá á atravesar.

Su espíritu ignaro
Del sér en que existe,
Rebelde resiste
Tan íntimo afan :
Y en sí el gran misterio
Que encierra ignorando,
Al cielo llorando
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
Purísimo lloro
En un vaso de oro
Recoge Gabriel.
¡Rocío de gracia!
¡Esencia de fuego
Que habrá de ser luego
Salud de Israël!

IV.

Y en esta misma noche
Tristísima, fué cuando
A solas contemplando
Su mísera orfandad,
Al Sumo Dios hacia
La cándida Maria
Un voto de perpétua
Y fiel virginidad.

—

PLEGARIA DE MARIA.

« Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra asi,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza
Del porvenir : jamás
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad,
Señor, vuele á tí puro
Mi espíritu inmortal.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra asi,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo
La huérfana amará :
¿Ni á quién sino á tí puede
Su corazon amar?

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra asi,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal,
Mi oido atento solo
Para tu voz está :
Mi corazon abierto
Para tu amor no más.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra asi,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí. »

Asi en su amargo duelo
Decia á Dios Miriam :
Mas ¿ante quién se tuerce
La ley de Jehová?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.

LIBRO CUARTO.

—

MARIA ESPOSA.

I.

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales :
La edad en que se juzga mas dichosa
La muger en sus sueños virginales.

Edad lejana aún de la azarosá
Época de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
La fé con aromáticos olores:
Cielo sereno que jamás la bruma
Empaña, ni aquilon con sus furores:
Mar de zafir cuya argentada espuma
No á impulso de huracanes bramadores
Hierve, sino del aura al suave aliento
Se mece con sonóro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
Estacion de los goces de la vida;
En la cual ni esperanza hay engañada,
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
Que á reposo y placer solo convida:
Breve edad de brevísima ventura
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
Floridos, inocentes quince años:
En los que ignora el hombre los arteros
Lazos del mundo loco y sus engaños:
Edad en cuyos dias placenteros
Se ven y no se creen los desengaños;
Vestíbulo dorado de esta vida,
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
De juventud y de vigor henchido,
Sintió, aunque á instintos de impureza ajeno,
Del corazon el juvenil latido:
Del fuego del amor le sintió lleno
Y hácia el amor con fuerza compelido;
Mas como era su amor hijo del cielo
Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
Amorosa á los cielos se elevaba
Y en piélagos de amor y de ternura
Celestes se perdia y se estasiaba;
Y quebrantando la prision oscura
De la tierra, amorosa se exhalaba
Y del divino amor en Dios bebia
Torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada
Del templo en el seráfico recinto
Y del Señor para el jardin criada,
Huia de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
Resistia del mundo el laberinto
Penetrar, y al Eterno consagràda
Vivir queria en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
Suben á Dios desde la sacra loma
Perpétuas nubes de aromoso incienso,
Anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
Al Dios que el mar y las tormentas doma,
Bajo forma de místicos cantares
Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
Que llena el universo de alegría,
Y cuando el tibio sol las cumbres dora
Con el reflejo postrimer del dia,
Y á la luz de la luna inspiradora
Siempre de celestial melancolía,
Himno perpétuo de su amor levanta
Y al Dios que adora interminable canta.

Asi Miriam la hermosa primavera
Creyó pasar de su inocente vida,
Olvidando la ley, tal vez severa
Mas honrada en Judá y obedecida,
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
Su condicion que fuese, esclarecida
O humilde, á sustraerse al afrentoso
Celibato en los brazos de un esposo.

II.

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,
Poner ansiaba el universo entero
Entre el pié de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
Dejando las mazmorras del infierno
A la region voló donde respira
La Vírgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
Del templo en la vivienda solitaria,
A Dios volviendo los amantes ojos
Enviaba á Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
Alas plegó sobre herial colina,
Entre unas ruinas lóbregas é informes
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspicaz mirada
Por el recinto de Salen dormida,
Vió á Miriam por los ángeles velada
É ir al cielo en sus alas conducida
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
En lugar de ceder con miedo santo
Sintió crecer su despechado anhelo,
Y dió un rujido, á cuyo són de espanto

Estremecióse de Salen el suelo :
Y ansioso de venganza ó de pelea
Volvió á cernerse con siniestro vuelo
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
En derredor de sus sagrados muros,
Y de su forma colosal, envuelta
En pliegues de vapor densos é impuros,
La masa informe por el aire suelta
Dibujó sus contornos inseguros
En la alfombra de mieses y de viñas
Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
Con ojo que penetra cuanto existe,
Una infernal sonrisa iluminaba
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan solo de él un pensamiento,
Traidor, que fermentaba en su cabeza,
Hízole imaginar por un momento
Que podria asaltar su osada mano
Y manchar la castísima pureza
De aquella blanca flor, á la que en vano
Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
Entre el cielo y la tierra en absoluta
Torva inmobilidad, embebecido
En meditar su vengadora idea :
Y con una señal vista tan solo
De sus malditos súbditos y de ellos
No más obedecida,
Convocó en torno de él cuantos de un polo
Al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
Que sus hondos proyectos infernales
Vienen á realizar sobre la tierra,
Y bajo el dulce nombre de placeres
A inocular el gérmen de los males
En el vicioso corazon, que encierra
El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna
No iluminaba ya, y en torno suyo
Teniendo á los espíritus, que aduna
Su voluntad satánica y á cuyo
Torcido instinto sus proyectos fia,
Les dirigió la voz de esta manera,
Mas con eco tan débil que se hundia
Entre el rumor del aura en la pradera.

« Toda Israel conoce á la doncella
Que entonaba en la fiesta de las flores
Los cánticos del templo. No hay en ella
Mas que gracia y virtud, luz y primores;
Es fuerza empero que su imágen bella,
Revestida de impúdicos colores,
De todos los mancebos en la mente
Como sombra de amor se represente.

Ornãos, pues, de mirtos y de rosas :
Tomad las formas leves y risueñas
De aquellas creaciones licenciosas
De Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas :
Corred sobre sus alas aromosas
Las ciudades, los valles y las breñas,
Y el torpe corazon de los mancebos
Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oido
Y se alce sin cesar en su memoria,
De su mágico cántico el sonido
Y de su vida la virgínea historia;
De su amor, para todos prohibido,
Haced que aspiren todos á la gloria,
É inflamad de Miriam por la hermosura
Una pasion universal é impura. »

Dijo : su infanda idea comprendiendo,
Los infernales genios sus secuaces
Se desbandaron, en silencio hendiendo
El seno de la atmósfera fugaces;
Y de su rey el pensamiento horrendo
Ellos nó más de realizar capaces,
De las moradas de Israel el fondo
Comenzó á emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
A turbar las pacíficas mansiones,
Y empezó su maléfica influencia
A filtrarse en los torpes corazones;
Y cuantos de Israel la efervescencia
Del juvenil ardor de las pasiones
Dominaba, á la vírgen recordaron
Y con la imágen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
Intentó su castísima belleza
Profanar, ante un soplo del Eterno
Se disipó : en su espléndida pureza
Se pintó de las almas en lo interno
De los mancebos, y en su ruin vileza
Cuantos la imágen de Miriam soñaron
Cual celeste vision la recordaron.

III.

En alas, no de la pasion liviana
Sino de amor respetüoso y casto,
Llegóse á demandarla por esposa
La juventud hebrea : los ancianos

Ministros del Señor y sus tutores
La demanda á Miriam participaron,
Y la vírgen que á Dios se habia ofrecido
Escuchó sus palabras con espanto.

«Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
Podrán unirme conyugales lazos:
De mi virginidad y de mi vida
Hice voto al Señor y quebrantarle
No osaré.» Los ancianos á tan nueva
Revelacion de asombro sé llenaron,
No comprendiendo un voto que en Judea
Era á su parecer voto insensato.

La ley universal de las mugeres
Hebreas: la deshonra y el escarnio
De la esterilidad, pues prometian
Al pueblo de Israel santos oráculos
Que aquel Mesías rey no de otra tribu
Que de la tribu de Judá ser vástago
Debia: el ser Miriam la mas ilustre
Doncella de linage tan preclaro,
Imposible en las leyes de su pueblo
Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
De Dios, que siglos antes que del cáos
Brotar hiciera los diversos mundos
Que pueblan los abismos del espacio,
Por sus fines secretos y recónditos
Lo habia asi en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
Parece á Miriam un fuego escaso
Para su ardiente corazon; mas fueron
Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores á sus deudos
A reunion doméstica invitaron,
Para elegir para Miriam esposo
Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres
Que de Miriam la mano pretendian
Muchos de ilustres nombres
Que de su misma raza descendian;
Hebreos poderosos,
Que al esplendor de su elevada cuna
Unian orgullosos
Los timbres de la gloria y la fortuna:
Herederos de jefes y magnates,
Que volvieron un tiempo, de despojos
Cargados, con honor de los combates,
O cubiertos los pechos
De gloriosas heridas;
Y que á los propios y estrangeros ojos
Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
Las glorias de la pátria mas queridas.
Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,
Poseian palacios esplendentes
Y campos florecientes
Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
De fértiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares
De ganados sin número señores;
Y en las riberas del Jordan amenas
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores;
Y cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos rios.

Ricos habia osados mercaderes,
Que cruzando los mares
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel á las mugeres
Las turquesas que Iran cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares,
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo Pérsico profundo,
Y que el marino audaz, hollando leyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos
De raros mónstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espléndidos tejidos
Dos veces en la púrpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria
Y hoy son no mas efímera memoria
De Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas posesores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos,
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salen, guiados
Por el Señor á sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Vírgen casta y hechicera
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre

En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el hombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera
En su mano eternal apaga el rayo
Que ya pronto á partir vibra estridente;
De aquella Vírgen cuyo puro aliento
Al despertar la fresca primavera
El florido tapiz que envuelve á mayo,
Tiende por la fructífera pradera:
Y á cuyo soplo con susurro lento
Y amoroso, la ráfaga ligera
En sus tallos meciendo va las flores,
Prestando al vago viento
Suave són y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores
El varon elegido
Por los sabios ancianos y tutores
De Miriam, el á todos preferido
No fué jóven, ni rico, ni gallardo;
Ni guerreros ó cívicos honores
Daban prez á su frente encanecida:
En un oficio laborioso y tardo
Las cosas necesarias de la vida
Con incesante afan se procuraba:
Mas cuanto pobre honrado,
Respetado por todos y querido,
De su alta edad desde el albor primero
En su ciudad natal habia vivido
Y José se llamaba
Y era de Nazaret el carpintero.

Esta eleccion empero misteriosa
Y para el pueblo todo sorprendente
Hízola el mismo Dios, con milagrosa
Disposicion, patente
Haciendo á los ministros del santuario
Su eterna y santa voluntad divina.
Un dia de Miriam los pretendientes
Al despuntar la estrella vespertina
Despues de alzar al cielo sus fervientes
Devotas oraciones,
Dentro del templo y cerca del sagrario,
Secas varas de almendro depusieron,
Segun de sus mayores
Uso fué y tradicion que recibieron:
Y cuando á la mañana
Siguiente juntos al santuario entraron
Verde y cubierta de fragantes flores
La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linage,
A quien los mas altivos de Judea
Tributaban respeto y homenage,
Al ver aquel prodigio portentoso
Que apagaba la luz de su esperanza,
Rompió su vara en ademan furioso,
Y cediendo al impulso de su ira
Y ansioso de venganza
Sed que á su alma Satanás le inspira
Atentó de José contra la vida:
Mas á tiempo teniéndose por suerte
Del templo se salió, y á la salida
A sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
En que al consejo de Luzbel cedia
Vió de Miriam el cándido semblante
En la alta gradería:
Y en este mismo instante
Aquella aparicion, obra del cielo,
Devolvió su valor á su alma fuerte;
Y volviendo en sí mismo
Con los santos discípulos de Elías
Se encerró en una gruta del Carmelo,
Y vencido Satan volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
La eleccion la anunciaron decidida,
Y la casta paloma cuya vida
Como raudal de cristalina fuente
Se deslizaba mansa y dulcemente
Entre sagrados cánticos y flores;
Aquella virginal naturaleza
Educada en la fúlgida grandeza
Del templo sacrosanto
Se sometió á la vida de quebranto
De ocupacion vulgar y rango oscuro
Que del pobre artesano en la vivienda
Por dilatados años la esperaba;
Y de los sacerdotes en presencia
Teñido de rubor el rostro puro
Que los rostros angélicos nublaba,
Les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiracion para consuelo
De su pesar la envió piadoso el cielo:
Y entreviendo su espíritu el futuro
Alto inefable y celestial destino
En la region del porvenir oscuro,
Ante el altar de Jehová postrada
Oró con faz tranquila y resignada:
Y cual viajero que la selva umbrosa
En noche de borrasca tenebrosa
Para seguir aguarda su camino
A ver la luz del astro matutino,
Solo miró en José la protectora
Guarda que Jehová daba á su vida
Contra la muchedumbre tentadora
De riesgos, seducciones y de engaños
Que á la muger entonces como ahora
Cerca falaz en los primeros años.

IV.

Dias despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calles de Salen,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un palio
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido
Por viejos patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Vírgen
El misterioso anillo nupcial,

Diciéndola: «Hé aquí que eres mi esposa»
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:
«Tú serás para mí como mi madre: (1)
Yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
Y ambos los cumpliremos á la par:
Asi llenamos las terrenas leyes
Sin infringir la ley de Jehová.»

(1) Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su muger: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehová, su templo ó el sacrificio. Las mugeres tambien solian hacer estos votos.

Y asi su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.
Asi llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente
De que una Vírgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es halagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasara?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar en los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar un dia
De otoño melancólico y templado,
A ver volvió la virginal Maria
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salen moraba.

El pardo techo de su blanca casa
Que cubre el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por do el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á través de sus lágrimas Maria.

Y á su niñez tornando el pensamiento
La recordó desde el primer momento
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre trasportada
De gozo, la mecia en sus rodillas:
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creia ver su túnica morada
Ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afan y maternal afecto.

Todo lo recordó: y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehová elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Vírgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien orígen, de Dios emanacion,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia cuente
La fé con que te adora mi firme corazon.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follage oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y María;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia:
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban trascurrir dia tras dia.

En su taller mezquino
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cidros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazon sobra nobleza
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso:
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino y oro y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas;

Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordan en la ribera
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada
A tan altos misterios destinada
Cubrió; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza;
Bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada
Que cubre su persona inmaculada
A lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el dia,
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada;
Colocaba María
Sobre una mesa limpia y reluciente
Los panes de blancura refulgente,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lacticinios y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos:
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea:

En el umbral la esposa
Lo esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla,
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios: y su afanosa
Pobreza enaltecida
Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz dulce existencia
De trabajo y de paz y de inocencia;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.

II.

La hora sonó: el Altísimo
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fúlgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca mírase
Así ordenó su voz:

«Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Deten la árdua carrera
Por la azulada esfera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié.

Allí, en mansion de lúgubre
Color, y humilde planta
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Púdica flor ocúltase
La reina de Israël.

Sé el que feliz anúnciele
Mi voluntad divina;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina
Que el fausto fin ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo, humíllate
Ante su pura faz:

Dila que al fin aplácase
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehová. »

Dijo; y el ángel férvido
De las eternas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas;
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,
Surco de luz espléndido
Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero
El rey de los querubes
Rompe la capa lóbrega
De las revueltas nubes;
Y el rayo diamantino
Que marca su camino
Es tal, que al verlo, súbito
Cegara un serafin.

Moviendo á un tiempo rápidas
Las alas de oro y nieve,
Deja el inmenso número
De soles muy en breve
Detrás, y en la agitada
Atmósfera azulada
De nuestro mundo, ciérnese
Un punto en Nazaret.

Era aquel hora lánguida
En que el mortal inclina
A su criador la súplica
Piadosa, vespertina;
En que en murmurio suave,
Del pez, el bruto, el ave,
Del bosque y mar elévanse
Mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo dia,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvídase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sacro coro,
Al són del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del ángel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudo vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,
Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia
De Dios el mensagero,
Desparciendo suavísima fragancia
Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente
En voz cual de amantísima querella,
Más sonora y potente:

« Yo te saludo, dijo, á Ti la llena
De gracia y hermosura;
Contigo está el que vibra ó encadena
El rayo allá en la altura.

Tú sola eres la Santa y bendecida
De todas las mugeres:
Capaz de dar al hombre eterna vida,
Tú sola, Vírgen, eres. »

Y María temió, no comprendiendo
Del ángel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas suave:

« No temas, que has hallado en la presencia
De Dios gracia infinita;

Sin perder el candor de tu inocencia
Serás por él bendita.

Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesus será su nombre:
Y en tu tierra será y en las estrañas
Salud eterna al hombre.

Grande será: de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
Y será el trono de David, perdido,
Por él recuperado.

Sobre la casa de Jacob, fecundo
Su reino omnipotente,
Cumplidas las edades de este mundo
Durará eternamente.»

María, empero de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al ángel preguntó con faz serena:
«¿Mas cómo tal ventura

Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
Si á Dios me he prometido;
Y de virginidad só el puro velo,
Varon no he conocido?»

Y el ángel respondió: «Desde el altura,
Aquel tres veces santo
Bajará sobre tí; su sombra pura
Cual generoso manto

Te cubrirá; por esto al santo fruto,
Virgen, que en tí naciere,
Pueblos y reyes le darán tributo,
Y ¡ay del que no creyere!

Porque creas la nueva soberana
Que asi te ha sorprendido,
Te diré que Isabel, tu prima anciana,
Un hijo ha concebido.

Y aunque estéril la juzgan, del preñado
Esta es la sesta luna:
No hay imposible al Sumo, al increado
Que amor y ciencia aduna.»

Entonces la doncella anonadada,
Al nunciador divino
Asi le contestó, la faz bañada
En rubor purpurino:

«Hé aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina.»
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y el Verbo se hizo carne; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios, en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él; noble y gloriosa

Solo el hombre en su ciencia envanecido
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (1), la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera
Revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
Y en la flor columpiándose indecisa,
Fragante don del prematuro mayo,
Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpado coro
Entonó mas armónicas canciones;
Y enmudeció del infeliz el lloro
Y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera
Sumisa recostándose adormida;
Del bajo mundo á la encumbrada esfera
Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
Los rebaños trayendo á las majadas,
Y al volver á su hogar los labradores,
Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
Confusos se paraban de los rios,
Escuchando armonías misteriosas
Que de prados y montes y plantíos,

En la region del aire se elevaban,
Y sobre ellos un punto se cernian;
Y de aquellos prodigios se admiraban
Y á sus gentes tal vez los referian.

En tanto que María en el estrecho
Límite de su estancia, meditaba,
Y de santa inquietud turbado el pecho
A obedecer á Dios se preparaba.

(1) Segun varios autores venerables, se cumplió el misterio de la encarnacion un viernes por la tarde, dia 25 de marzo.

LIBRO SESTO.

—

LA VISITACION.

I.

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que da á cada tallo su capullo
Y á cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura
Y murmurio mas plácido á sus aguas,
Y al dia mas fulgentes resplandores
Y á la noche mas sombras y mas calma;

Era en fin la risueña primavera,
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala,

Cuando dejando á Nazaret Maria,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Aïn, do el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana,
Que, segun el celeste paraninfo,
En su estrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas;
Y anhelaba Maria de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazaret una mañana,
Dejando allí á José, que por entonces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no esentas de peligro
De Nazaret á Aïn cinco jornadas
Hubo de hacer Maria, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperísimas montañas
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos ó de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas al viajero
Con caida mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteníase acaso entre temores
Y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada,
Dó pasaba la noche temerosa
La Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el levita
Con su esposa amadísima habitaba.

É Isabel, que por una de sus siervas
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma.

Y la jóven entonces no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
«¡La paz del sumo Dios contigo sea!»
La dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar; pero la anciana
Súbito un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos antes, un profundo
Respeto sucedió: su frente ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó: sus facciones trasformadas
Rayos resplandecientes despedian
Que de luz el vestíbulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
Sobre ella descendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á Maria,
Con resonante voz estas palabras:

«¡Salve tú, bendecida
Entre toda terrestre criatura!
¡Salve, corriente pura,
Al mortal escondida,
De eterna redencion y eterna vida!

¡Bendita tú, y el fruto
De tu vientre purísimo, bendito!

Al túrbido Cocito,
El hombre en llanto y luto,
Ya libre, no dará fatal tributo.

¿De dónde la ventura,
De que la madre de mi Dios, piadosa
A mí venga amorosa,
Bajando de su altura,
De esta su esclava á la mansion oscura?

Que al llegar á mi oido
Su voz, en mis entrañas se ha agitado
De gozo el hijo ansiado.
¡Feliz la que ha creido!
¡El misterio inmortal será cumplido!»

Miriam entonces, plácida, serena,
Aunque del Santo Espíritu agitada,
Con voz süave de armonía llena
Prorumpió en este cántico inspirada:

II.

«¡Gloria, gloria al Señor!... La lengua mia
Esclame enajenada;
¡En Dios que es su salud y su alegría
El alma trasportada!

Que sin ver de su esclava la bajeza
Colmóla de bondades;
Y admirarán su espléndida grandeza
Del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente;
¡Cubrióme con su manto
Aquel temido Sér omnipótente,
El que es tres veces santo!

El que agita del mar y de los vientos
La indómita pujanza;
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza;

Cuya misericordia y cuyos dones
Sin límite se estienden,
Sobre una y diez y cien generaciones
De los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impío
De su furor demente.

Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido;
Y á los sitios de honor esplenderosos
Ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
Colmó de sus favores;
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo en su largueza;
Y recobró Israel esclavizada
Su brio y altiveza:

Segun lo que á Abrahan fué prometido
Y á nuestros genitores,
Y hasta que el fin del mundo haya venido
Tendrán sus sucesores.»

III.

Treinta soles pasó la Vírgen pura
En la region Hetea bendecida,
De Aín á pequeñísima distancia,
En la casta mansion de Zacarías:
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia altiva
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia:

Allí al caer de la apacible tarde
Cuando empieza á alentar la fresca brisa
Miraba acaso el estrellado cielo
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguia,
Ya, cuando de sus olas agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecian;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venian á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
Hasta entonces á Miriam desconocidas,
Anegaban su sér, aquellas horas
De honda meditacion!... ¡Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal con pasmo admira,
Soñando acaso en vanidoso sueño
Que sus leyes incógnitas descifra;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida;

Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y estravia
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;
Hasta las mas pequeñas perfecciones,
Hasta las mas debilitadas tintas,
Que la mano suprema sabia puso
Del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
Las aguas de las fuentes cristalinas,
Las doradas espigas del otoño
Y de mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
Del sabio rey llamada; entre las hijas
De los hombres, al lirio comparada,
Que crece del zarzal en las espinas,
Ella que al mundo fué, cual la paloma
Que al arca de Noé llevó la oliva,
Señal de salvacion en el naufragio,
¡En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del sacerdote
Un estenso jardin cercado habia,
Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
Y en fragancia y verdura competian,
Los árboles y plantas mas hermosas
Que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda
Sobre todas las otras altecida
Soberbia erguia la feraz palmera,
Del dulce fruto ornada, que es delicia
Del hombre; allí el naranjo perfumado
De su flor inmortal, se estremecia,
Cubriendo el suelo de menudas hojas
De azahar, á la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
De esbelto talle, la copuda encina,
El tamarindo, el abedul reacio,
Y el cedro, rey de la floresta umbría;
Y el plátano flexible, cuya copa
De verde claro al céfiro mecida,
Tan tersa luce al sol y abrillantada,
Que á las sedas de Persia diera envidia:
Y en fin la pompa y gala y donosura
Estaba allí completa y reunida,
Con que dotó feraz naturaleza
Las fértiles llanuras de la Siria.
En medio, de una fuente saltadora
Brotaba la corriente clara y viva,
Que desde entonce entre los hombres lleva
El dulcísimo nombre de MARIA.
Y allí de algunos sauces á la sombra
Ambas sentadas, las felices primas
Pasar solian las serenas tardes
En plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazonada y religiosa
Aquella dulce plática seria!
Santas las dos, las dos en sexo iguales,
Mas en fortuna y en edad distintas:
Cual la muger primera, de este mundo
Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
Ignorante del mal, era la una,
Al trono mas espléndido elegida.
La otra muger, en años avanzada,
Alta en virtud y en esperiencia rica,
Estimaba en su precio verdadero
Los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
A suertes portentosas é inauditas,
La una en su seno, estéril tantos años,
Del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
Reina de los cantares escogida,
Dentro de sí llevaba el gérmen puro
Del sumo sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
Cuando sobre la tierra que dormita
Y la tranquila mar, la blanca luna
Sus dulces rayos amorosa vibra;
Por bajo de una higuera agigantada
O de un parral só la enramada umbría,
Con sencillez servíase el banquete
De aquella ilustre patriarcal familia:
El tierno corderillo, alimentado
Con la yerba aromática que crian
Aquellos altos montes; frescos peces
Cogidos de Sidon en las orillas,
Y miel silvestre, acaso disputada
Al tronco secular de alguna encina;
Y en cestas de anchas hojas de palmera
Graciosa y diestramente entretejidas,
De Jericó los dátiles sabrosos
Que á la mesa del César se servian;
Junto con los alfónsigos de Alepo,
Los durasnos de Armenia, las sandías
De Egipto, y otras frutas delicadas,
En rica profusion se repartian.
Y el balsámico vino que producen
De la fértil Engaddi las colinas,
En ánforas de piedra conservado
Del sumo sacerdote Zacarías;
En vasos de riquísimas labores,
O en copas de topacio y amatistas,
En torno á los alegres convidados,
Escanciaban los siervos á porfía.
Circundada de tal magnificencia,
Parca empero Miriam, cual la avecilla
Que en medio á los racimos del otoño
Hace de un solo grano su comida,
De blancos lacticinios y de frutas
Se alimentaba, y por final bebia
Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso dia
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacian
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazaret la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SÉTIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I.

De vuelta á Nazaret, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envanecida
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero, mas visibles y patentes
Se hacian de su estado las señales,
Y amarguísimas dudas y dolientes
Recelos, las entrañas paternales
De José desgarraban vehementes;
Que aunque ajeno de amores terrenales
Su corazon, inmenso en él ardia
Místico y puro amor por su MARIA.

Y no ya los rencores que atormentan
Los estrechos humanos corazones;
Ni las turbias borrascas que alimentan
En el mortal volcánicas pasiones,
Que justicia y honor le representan
De un ciego pundonor las sugestiones;
Ni el vástago de estirpes soberanas
Lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,
Del ángel puro la mortal caida;
Lloraba con dolor imponderable
Su ya perdido amor, su fé perdida;
La dulce paz, el júbilo inefable,
Los blandos goces de su santa vida,
Perdidos para siempre, lamentaba
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces
La vista de sus ojos persuadidos,
Y testimonios de comprados jueces
Juzgaba el acusar de sus sentidos:
El cáliz del dolor hasta las heces
Apurando, con ayes doloridos,
Preguntábase á sí, si las señales
Que via no eran sombras infernales.

Mas un dia llegó, que ya imposible
La duda fué: los propios habitantes
De Nazaret, del casto é invisible
Lazò que habia entre ellos ignorantes;
Un agudo puñal en el sensible
Corazon, con sus plácidos semblantes
Y parabienes mil que le ofrecieron,
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
En situacion tan triste y tan horrenda?
Segun la ley judáica, al ominoso
Crímen la muerte solo daba enmienda,
Y de baldon cubríase afrentoso
El varon israelita que en su tienda
En su hogar, y en su honrosa compañía,
A una muger adúltera sufria.

¿Cómo al través del tenebroso muro
Formado del revuelto torbellino
Del duelo amargo y del dudar oscuro,
Hallar de salvacion algun camino?
En medio al laberinto un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
Mas sordo el cielo á su gimiente ruego
Negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
En millares de soles apoyado,
Que fundó para sí el Omnipotente,
Y está á los mismos ángeles velado;
Dirige una mirada complaciente
Sobre el esposo triste, el Increado;
Y aunque su hondo gemir piadoso escucha
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos
Fijos los ojos en el noble anciano,
Esperan de temor estremecidos
El fin de aquel combate sobrehumano:
Y al ver tanto valor, enternecidos,
Vueltos á su temido soberano
Del que lucha en favor sumisos oran
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado
En la noche sin fin caliginosa
A su propio vigor; mas sustentado
Por su alma sublime y valerosa;
De una idea feliz iluminado,
Tomó resolucion tan generosa,
Que si hubiera pasion sobre las nubes
Envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo á la culpable,
Repudiándola, al llanto y abandono,
Mas era su suplicio inevitable
De sus propios parientes al encono:
Quiso pues, en su amor incomparable,
No solo perdonarla; el noble trono
Darla tambien que nunca niega el mundo
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
El desprecio y baldon inmerecido
Aun de sus propios deudos, el anciano
Se preparó á la fuga decidido:
Turbia la vista, trémula la mano
Trabaja aun en el taller querido,
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
Donde le lleva su infeliz destino,
Por sendas peligrosas é ignoradas,
Irá vagando el pobre peregrino:
Leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿A quién preguntará por su camino?
¿Acaso algun hogar seràle abierto
Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
Un seno amigo, en estrangero suelo;
¿Quién habrá que al mendigo solitario
De su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién regará con llanto de sus ojos
La tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la pátria tan queridas,
Sus selvas de azahar embalsamadas,
Sus auroras de fuegos encendidas,
Sus noches tan serenas y calladas:
Las aguas de sus fuentes bendecidas,
Sus nubes blanquecinas y azuladas,
Los parientes amados, los amigos
Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron
En mas felices dias sus mayores,
Las modestas estancias que habitaron,
Recuèrdo perenal de sus dolores;
Y aquellos toscos muebles que labraron
Testigos de su dicha y sus amores,
¡Todo en fin, lo que caro es en la vida,
Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
En inquieto dormir desahogaba
Con hondos ayes el dolor del pecho,
Parecióle mirar que iluminaba
Una luz celestial el cuarto estrecho,
Y un ángel del Señor la derramaba,
El cual con voz suavísima, argentina,
Mas que el rumor del aura vespertina:

« Hijo del gran David, no acongojado
Estés, ni en tales dudas sumergido;
El niño que tus penas ha causado,
En el seno purísimo nacido
De Miriam, del Señor es hijo amado,
Y por él será el mundo redimido;
Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
Jesus será llamado entre los hombres. »

Dijo y desapareció.—Del blando sueño
Recordando José la gran dulzura,
El rostro antes tristísimo, risueño
Se alzó al amanecer del alba pura:
Y solícito, amante y halagüeño,
Creyendo apenas la inmortal ventura,
Con voz llena de encanto y alegría
Como á su reina saludó á María.

II.

Como acaso al volver al pátrio suelo,
Dó al través de los mares se encamina,
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo
Detiene la viajera golondrina:
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,
De donde la estension del mar domina,
Ajena al rebramar del viento airado,
En el antiguo piensa nido amado:

Asi Miriam ignara del tremendo
Rugir de las borrascas de la vida,
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
De la mundana gente corrompida;
Notar no pudo aquel martirio horrendo
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,
Rasgó su corazon tan noble y fuerte
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada
En puras é inefables alegrías;

Dia y noche, confusa y agitada,
Escucha misteriosas armonías
Que entonan en redor de su morada
En coro las celestes jerarquías,
Mientras callan los vientos bramadores
Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo esplicar en lenguas terrenales
De senso oscuro y áspero sonido,
La suma de rubores virginales
Y de gozo y amor enardecido,
Que cuando en sus entrañas maternales
El Verbo del Señor se ha estremecido,
Sienten su corazon y su alma pura
Llenos de aquella insólita ternura?

¡Amor de madre! amor acá en la tierra
Imágen pura del amor divino;
Sentimiento clarísimo que encierra
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
Iris de paz en la contínua guerra
De las pasiones que nos dió el destino,
Bálsamo celestial, gozo del alma,
Puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanacion de un Dios piadoso,
Consuelo en los dolores inefable,
Amor constante, fino, generoso,
Indulgente, benigno, inalterable:
Don del Omnipotente el mas precioso,
Pródigo de perdon para el culpable,
Copiosísima fuente clara y pura,
De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
De la pobre mortal naturaleza
El lodo vil con su fulgor inflama,
Depura y aquilata su impureza:
Y en él torrentes de virtud derrama,
Y el corazon levanta á tal alteza,
Que entonces la muger, ángel del cielo
Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
Dicha en sacrificar, fortuna y vida,
Por ver feliz y del dolor triunfante
La dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo á detener será bastante
A quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo
A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
Basta sola á engendrar virtudes tales
Y abnegacion tan fina y valerosa
En los comunes pechos maternales:
¡Cuánto mas levantada y poderosa
Y fecunda en afectos celestiales,
Y abnegacion sublime, no seria
En el seno dichoso de Maria!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,
Al esposo de que anda enamorada;
Eterno amor que dentro á su alma mora
Desque al vivir del mundo fué creada:
Suavísimo recuerdo que atesora
En la region mas noble y apartada
Del tierno corazon, que Dios le diera,
¡Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton que en el jardin ameno
Del aura acariciado fresca y pura,
De viva savia y de perfume lleno,
Llega á la perfeccion de su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura impura
El caliz virginal de azul y oro
De su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de Maria,
De manchas libre ó corporal flaqueza,
Puro como la luz del rey del dia
Intacta conservaba su entereza;
Y el amor maternal que en él ardia,
Mayor intensidad, mas fortaleza
Tuvo y debió tener, que los amores
Propios de esta mansion de los dolores.

Vírgen de toda culpa inmaculada,
Criatura de Dios mismo elegida,
Sobre el mortal caduco sublimada
Sobre el eterno coro enaltecida;
Hízola Dios su esposa muy amada,
Y entre él y nuestra raza maldecida
Ella fué la divina mediadora
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
Que nació sin la mancha del pecado;
La sola cuyo vientre fué fecundo
Sin ser en su pureza amancillado:
Misterio santo, altísimo, profundo,
No entendido y empero venerado
Por el audaz mortal que impío niega
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Asi al través del vaso cristalino
Nos llega á iluminar la lumbre pura;
Asi del sol el rayo diamantino,
Sin romper de las aguas la tersura,
Penetra en deslumbrante torbellino
Tal vez al fondo de la mar oscura,
Semejando en sus olas rebramantes
Del iris los espléndidos cambiantes.

Vírgen y madre á un tiempo:—Perfumado
Capullo y á la vez fragante rosa;

El bien aun de nosotros alejado,
Y de aquel bien la posesion dichosa :
La esperanza á la vez y lo esperado ;
La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
Tal el misterio fué que dió fecundo
Fruto de vida y libertad al mundo.

BELEN.

III.

¿Adónde envanecido
Me arrastras, ardoroso pensamiento?
¿Dó vuelas, atrevido,
Con raudo movimiento,
Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves
Esa region de tan suprema altura?
¿Cómo en alas tan leves
Alcanzar la ventura
De contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso
Del sol, en mariposa convertido,
Que al cielo esplendoroso
Remontas decidido,
En tan frágiles alas sostenido :

¿Dó irás que no te canse
En breve la asperísima subida?
¿Dó será que descanse
Tu fuerza enflaquecida
En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
Esos tus ojos débiles mortales,
Que á los solares fuegos
Se anublan, los raudales
Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
Al choque mas ligero quebrantado,
En cuya mente brilla
Un destello emanado
Del soberano rey de lo creado,

¿Qué es el mortal en suma
Mezcla de lodo y de fulgor divino?
¡Bomba fugaz de espuma,
Que en su raudo camino
Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
Mas allá de su sér ansioso mira...
¿Es su esplendor pasado
Perdido, el que suspira,
O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
Que su mezquino sér constante agita ;
Un túrbido mareo,
Que sin cesar le incita
Y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,
De flaca voz y genio limitado ;
¿Podrás á la alta meta
Llegar afortunado,
A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
Funesto don de la ignorancia humana,
¿Aspira tu locura
A ver la soberana
Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no ; que reverente
El vate contra el polvo prosternando
La antes altiva frente,
No orgulloso cantando,
¡Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fé del cielo
En las fulgentes alas sostenido,
¡Acaso en raudo vuelo
Remonte enardecido
Dó el sumo resplandor vive escondido!

IV.

Las águilas impías
Dominaban señoras del romano
Sobre naciones cultas y bravías :
El galo y el hispano,
El picto y el indómito germano ;

Y el sármata invencible,
En su árido desierto, y el numida
Con su corcel terrible,
Y el chino, cuya vida
De la lid pasa lejos homicida ;

Y el elocuente griego,
Y el persa en los tejidos afamado ;
Y el abisinio ciego,
Y el copto iluminado
En ciencias tenebrosas iniciado :

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente ;

Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada;

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallage
De Roma á la fortuna;
Ni viviente linage,
Que no prestara al César homenage.

Asi, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
¡Esclavo de un esclavo!
Que Roma, al yugo inmundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
De regiones vastísimas señora:
—La reina prepotente
A quien el mundo implora,
¡Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
Só el yugo que le oprime;
Las leyes conculcadas,
¡Las mas santas costumbres despreciadas!

—Tributaria Judea,
El trono de David era ocupado
No de familia hebrea;
Un estrangero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los dias
Que al fausto nacimiento
Del Redentor Mesías
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
Un empadronamiento escrupuloso,
En el cual se inscribiera
Con el menesteroso
El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
Del edicto imperial desapiadado
Fieles ejecutores,
Al mundo esclavizado
Obedecer hicieron lo mandado.

V.

Fieles José y María á la costumbre
Seguida en Israël desde remotas
Edades, de inscribirse por familias
Y tribus; la romana ley premiosa
Apenas conocida, resolvieron
Dirigirse á Belen sin mas demora.
Era aquella ciudad pátria felice
De David, y José y su casta esposa,
Descendientes de aquel, la contemplaban
Su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos
Desde la cima de las altas rocas,
Con horrible fragor hasta los valles
Llevaban sus corrientes bramadoras:
Silvaba el aquilon del norte frio
Al través de las ramas ya sin hojas
Del cedro y terebinto que en los llanos
Se burlan de sus iras destructoras;
Y el cielo azul de viajadoras nubes
Cubierto, que los astros encapotan,
Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fria
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié de ella no lejos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heróica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mugeres ilustres revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco
De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban.—Presurosa

Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno habia
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortuosas
En busca recorrió de algun albergue:
Todos los belenitas con faz torva
A recibir negáronse al viajero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura
La noche del descanso protectora:
Y José en su afliccion desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz, resolvió salir á la campiña,
Ya sumergida en las tinieblas hondas.
— A la parte del sur y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa
Habia una caverna, caro asilo
Tal vez en las borrascas bramadoras
De pastores á un tiempo y de ganados.
Alli José y Miriam en fervorosa
Oracion, juntamente bendijeron
De Dios la omnipotencia previsora.

Y allí cuando rasgando el negro velo
Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
Señala media noche á nuestro suelo
El astro luminoso en el altura;
Sin humano dolor, al rey del cielo
Encarnado en terrestre criatura,
Dió á la luz la esposa del Señor, MARIA,
Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron;
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con mas viva luz resplandecieron;
Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
Hay un prado ameno
Do muchos pastores
Junto á sus corderos
Pasaban la noche
Las iras temiendo
De feroce tigre
O chacal sangriento:
Cuando de zozobras
Están mas ajenos,
Hé aquí que de pronto
Descienden al suelo
De una luz divina
Los puros reflejos;
Y un jóven gallardo,
De la luz en medio,
A quien los zagales
Ven de espanto llenos,
Con voz mas süave
Que el blando ceceo
Es del hijo caro
Al amor materno:

« No temais, les dijo,
Que soy mensagero
De paz y alegría
Al vasto Universo.
Hoy mismo ha nacido,
De Belen no lejos,
Por decretos altos
Quien del mundo es dueño:
Y aunque, soberano
De tronos é imperios,
Da y quita á los hombres
Coronas y cetros;
No en sumos palacios
Ni alcázares régios
Le busqueis; de toscos
Pañales cubierto
¡Sobre húmeda paja
Yace el rey del cielo!
Acudid, pastores;
Zagales, id presto:
Sed al gran Mesías
En ver los primeros:
No tardeis, dichosos
Pastores hebreos,
Y en vuestro camino,
Mas raudos que el viento
Llevadle tributos
De amor y respeto:
¡Mirad que es nacido
El rey de los cielos!

Y en medio á los aires
Un sonoro estruendo
De angélicas voces
Contestó á lo lejos:
« Gloria en las alturas
Al Señor eterno,
Y al hombre sencillo
Y de honrado pecho
Paz y bien andanza
Del mundo en el suelo. »
Y entre blancas nubes
Subiendo á los cielos
Mas y mas remotos

Se fueron oyendo
De aquellos cantares
Los límpidos ecos.
Cuando de la noche
Las brisas gimieron
Solas en el prado
Y en el bosque ameno,
Juntos los pastores,
Teniendo consejo,
A Belen dichosa
Pasar resolvieron,
Sus pobres rebaños
Dejando contentos
Bajo la custodia
Del Pastor supremo,
Cuya sombra amiga
Cubre á un mismo tiempo
Al hombre orgulloso
Y al humilde insecto.

Entonces tomaron
Algunos modestos
Presentes : nevados
Corderillos tiernos;
Entre verdes hojas
Con cuidado envueltos
Requesones blancos
Y sabrosos quesos;
Leche fresca y pura
En cántaros nuevos;
Pieles adobadas,
Y en pajizos cestos
Los aureos racimos
Y frutos diversos
Que son del otoño
Preciado ornamento.
Y alegres tomaron
El limpio sendero
Que recto conduce
De David al pueblo;
Mas cuando vecinos
Al establo fueron,
Por secreto impulso
Entráronse dentro :
Allí en cuna humilde
De juncos y helechos,
El rostro cercado
De fúlgido fuego,
Al sumo Mesías
Reclinado vieron.
Miriam inclinada
Cabe el pobre lecho
Estasiada adora
Al divino Verbo;
Mientras el anciano
De allí no muy lejos,
Ante el tierno niño
Con hondo respeto
Su cabeza cana
Inclina hasta el suelo.
Y dos animales,
Fieles compañeros
Del sabio que huye
Del mundano estruendo,
Como, si capaces
De luz, muy atentos
Mirar parecian
De Dios los misterios;..
¡Tan pobre y humilde
Si leal cortejo
Cercaba la cuna
Del Rey de los cielos!

Apenas el grupo
Los pastores vieron,
Puestos de rodillas,
Gozosos los pechos,
Sus rústicos dones
Al Cristo ofrecieron:
Y un rayo de luna
Pálido y sereno
Ilumina el cuadro
Con fulgor incierto. —
¡Venturoso dia!
¡Triunfador momento!
Al débil vagido
Del párvulo tierno,
Allá en los altares
De sus ricos templos,
Los dioses mentidos
Del turbido Erebo
Con susto temblaron,
De rabia gimieron,
Viendo el fin cercano
De su impuro reino;
En tanto que el mundo
De su dicha ajeno
Tranquilo descansa
En brazos del sueño.

VII.

Los sencillos pastores
De Judá, por los ángeles llamados,
A ser de los humanos precursores,
En tributar al gran reciennacido
Homenages de amor, á sus hogares
Volvieron asombrados,
El prodigio contando enaltecido
En dulces y ternísimos cantares.

Mas era ya venido
El tiempo en que á los hombres otros labios
De mas autoridad, noticia dieran
Del gran suceso en Betelen cumplido.

Los de sencillas almas han creido,
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella
La marcha caprichosa
Al través de la atmósfera azulada;
De Seleucia la bella
Capital de los partos afamada,
Partió una caravana numerosa:
Tres magos, sapientísimos varones,
De su nacion orgullo y altiveza,
De numerosos siervos escoltados,
Cabalgando en camellos abrumados
Só la alta pesadumbre
De muchos, ricos y preciosos dones
Destinados á aquel que en la pobreza
Quiso nacer del mundo; se encaminan
Del astro amigo á la esplendente lumbre
A la feliz Belen: á diestra mano
Dejan detrás de sí, como declinan
Del Eufrates undoso al seco llano
De destrozados mármoles cubierto,
El campo solitario
Dó en otro tiempo fuera Babilonia.

El viento del desierto
Rompe solo el silencio funerario
De aquella inmensa tumba,
Y su alentar que en ecos mil retumba
Con lúgubre ruido
En el campo de muerte despoblado,
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
¡De Dios mismo lanzado
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,
Tal como la columna luminosa
Que á la playa arenosa
Del Rojo mar guiara en otros dias
Las fugitivas turbas palpitantes
Del pueblo de Israel; en las sombrías
Noches, y cuando el sol en su carrera
De luz inunda la terrestre esfera;
La estrella conductora,
De la dicha del mundo anunciadora,
Como mortal viajero, caminando,
Ya recta, ya oblicuando
En el campo del cielo esplendoroso,
Vá en curso caprichoso
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo
El hora del viajero apetecida
Llega, la clara estrella, suspendida
Sobre las tiendas cándidas, parece
Que en su lecho de nubes se adormece;
Y la aurora venida,
Dá otra vez la señal de la partida.

Así pasando van por la llanura
Tan rica de verdura
De la opulenta Asiria y sus ciudades;
La populosa Arbela,
La altiva Cangamela,
Dó del gran Macedon al fuerte brio
Quedó deshecho el infeliz Dario;
Y aquel funesto ejemplo á las edades,
El campo dó fué Nínive altanera,
Que en inflamada hoguera
Del cielo en rojos mares desprendida,
Castigo de sus torpes liviandades,
Toda quedó en pavesas reducida,
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
De la estrella la marcha infatigable,
Pisaron la comarca bendecida
De la Mesopotamia: deleitable
Region, entre los cauces comprendida
Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
Y luego en los senderos arenosos,
A la lumbre del astro que camina,
Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro dia
Cuando el sol mas fulgente relucia,
Las elevadas torres divisaron
De una grande ciudad, cuyas agudas
Veletas, en los aires descollaban
Sobre las cimas áridas, desnudas,
De las montañas mil que la cercaban.
Y los pechos henchidos de alegría,
«¡Jerusalen! ¡Jerusalen!» gritaron;
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
Fatigados, llegaron con premura
A apagarla en la linfa trasparente
De una cisterna oculta en la verdura
Que á la orilla del árido camino
Les deparó el destino.
Desalterados ya, la amiga estrella
Volviéronse á mirar; mas los cuitados
Ni el astro luminoso, ni su huella
Pudieron descubrir; desorientados
A la santa Salen se dirigieron:
«Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
Cuna feliz del jóven rey Mesías
Que anuncian las antiguas profecías:
¿A qué dudar?—Por la primera puerta
Que entremos en Salen, las colgaduras
Preciadas, las esencias olorosas,
Los ramos de palmera entretejidos,
Los alegres sonidos
De las arpas hebréas; las ruidosas
Danzas, y los triunfales alaridos,

Bastante nos dirán, sin duda alguna,
Dónde del niño rey yace la cuna. »

Mas al entrar por la ferrada puerta,
De la ciudad famosa,
Melancólica, mustia y silenciosa,
Cual si de hombres hallárase desierta,
La vieron con espanto. Una espaciosa
Calle tomaron, en la cual se vian
De distancia en distancia algunos hombres
Que el estrangero séquito miraban
Y entre sí recatados departian
O en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los magos preguntaban
Por el rey inmortal reciennacido;
Pero los salemitas se admiraban:
« ¿En dónde habeis oido
Esa nueva feliz? » les respondian,
Y con aire de duda sonreian.
« El que reina en Judá no es el Ungido
Del Señor, ni del pueblo el escogido:
Es un vil estrangero,
Quien del trono á los bárbaros comprado
No tiene por fortuna un heredero. »

Los sabios con semblantes consternados
Siguieron por la calle populosa
Dó en mas felices dias descollaba
Con planta majestuosa
De David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua esplendorosa
En el recinto ahora destrozado,
Levantaron sus tiendas los viajeros
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso oficiosos servidores
Del rey, fueron ligeros
A contarle de aquellos estrangeros
La venida y sus causas.—Mil temores
Asaltaron entonces al tirano.
« ¿Acaso un sueño vano
Podrá ser de los sabios soñadores?
¿O el verdadero *Schilo* en otros dias
Por el mismo Jacob vaticinado? »
Entonces de la ley á los doctores
Convocó á su palacio sin tardanza.
« *¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?* »
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
Mas ellos no dudaron,
Y, « en Belen de Judá » le contestaron.

Herodes, al oirlos, en el pecho
Su temor encerrando y su despecho,
A los sabios de Iran llamó en seguida;
Y como la serpiente, que escondida
Entre las flores del ameno prado,
Acaso deja ver el tachonado
Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
Que causa al hombre la mortal herida;
Con benévola faz, disimulando
Su malvada intencion, va preguntando
Cuanto ansía saber, y satisfecha
Ya su sangrienta saña: « Id en buen hora, »
Les dijo á los que libres de sospecha
Le escuchan: « á ese niño á quien ya adora
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
Y asi que su mansion hayais hallado,
Me avisareis, á fin que el homenage
Le lleve de mi humilde vasallage. »

Y los magos partieron,
Y presurosos de Sion salieron
Por la segura puerta
De Damasco llamada.—En el altura
Vieron resplandecer con lumbre pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
Siguieron por el áspera llanura
De regocijo llenos;
Mas cuando mas ajenos
De alguna variacion, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico vecino
Entre las blancas nubes descendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viajeros comprendiendo,
Con ademan humilde y respetuoso
De sus cabalgaduras desmontaron
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido
A las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial reciennacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia si en amor segundo,
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos,
Y oro puro: presentes misteriosos,
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al sér humano
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió María,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:

La otra de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales
Que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hácia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atrás tornaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hálitos huyeron
Segun la indicacion del sér divino,
Y á otro confin sus pasos dirigieron
De mas seguro y plácido camino:
Y en su rápida fuga prosiguieron
A la lumbre del sol y al vespertino
Resplandor, que, curando su fortuna,
Blanda les vibra la argentada luna.

LIBRO OCTAVO.

—

LA PURIFICACION.

I.

Subiendo va con trabajo
Por una elevada sierra,
Reducida caravana
De dos personas compuesta:
Mas no son dos; que si osado
Las orlas el aire eleva
Del cumplido manto oscuro
Que reviste á la una de ellas;
Tal como acaso la luna
En noche clara y serena
Entre blancas nubecillas
Asoma la faz risueña:
Asi entre cándidas tocas
Que á los rayos reverberan
Del sol, de un hermoso niño
Se ve la rubia cabeza.
Muger es la que en sus brazos
El hermoso niño lleva,
Muger y madre sin duda;
Que solo asi la terneza
Tener pudiera y cuidado
Con que á su seno lo estrecha.
Muger es, y de la vida
Parece llegar apenas
Al florido umbral, dichoso,
De la humana adolescencia.
Muger es, y tan hermosa
Es la faz que Dios le diera
Que mas que muger humana
Parece divina esencia:
Y nunca, ni cuando Fidias
Halló en la famosa Grecia
Vivientes originales
A sus estatuas eternas;
Ni cuando allá al primer hombre
En las dichosas riberas
Del perdido Eden, llegara
Nuestra madre comun, Eva;
Jamás á mortales ojos
Ofreció naturaleza
Ni un levísimo trasunto,
Ni la mas remota idea,
De tan celeste hermosura
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
Va por la escabrosa senda,
Y ya toca de la vida
A la estacion postrimera.
Vejez lozana es la suya,
Pues aunque vivos platean
Del sol á los puros rayos
La barba y la cabellera;
En su marcha y apostura
Se ve que intactos conserva
El vigor y la energía
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
De elevada estirpe régia,
Son los que á pié caminando
Van á Sion la altanera.
Allá van, de sus mayores
Para prestar obediencia
A las leyes que ordenaban
A las mugeres hebreas
Purificarse en el templo
Despues de dias cuarenta
Del parto, y dar en rescate
Una cantidad pequeña,
Por la cual libre quedaba
Su generacion primera.
Que, si bien libre de mancha,
La esposa de Dios escelsa
Quiso á la ley sujetarse
De Moisés el gran profeta,
Confundiendo entre la turba
De las hembras de su tierra
La sempiterna corona
Con que Dios la enalteciera.

II.

Apenas los dos esposos
Entraron de gozo henchidos
Del Salomónico templo
En el sagrado recinto,
Contra su seno estrechando
La madre al eterno niño,
Y José las dos palomas
Llevando del sacrificio,
Y los siclos del rescate
Por la sacra ley pedidos:
Simeon, un santo anciano,
Del espíritu impelido
De Dios, entró presuroso
Del templo en el peristilo.
Y al mirar el régio aspecto
De los santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas
Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros:

«¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
El anciano la aguarda sin temor,
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
Al Cristo Salvador!

¡Al que verá la humana muchedumbre
Sentado só el espléndido dosel,
A ser del universo eterna lumbre
Y gloria de Israel!

¡El que será á millares de millares
Salud y libertad y salvacion;
Y á los que no veneren sus altares
Eterna perdicion!

¡Objeto santo de perenne culto
Será para los puros corazones;
Mas de saña feroz y fiero insulto
Y afrentas y baldones,

Al perverso será, que del pecado
Se complace, entre el fétido albañal!
Y de dolor intenso traspasado,
El seno maternal será rasgado
Como de un agudísimo puñal.»

Y despues de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo;
Y haciéndoles un saludo
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
Entró en el sacro recinto
Una profética viuda
Que en ayunos y silicios
En el templo dia y noche
Servia al sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
El sumo reciennacido,
Con llanto de amor gozoso
Y en apasionados gritos,
Cantó alabanzas y glorias
De Jehová y de su hijo.

Y asi por altos fines,
Belen con sus pastores;
De bárbaros confines
Los magos y doctores;
Los jóvenes y ancianos,
Los fieles y paganos
Cantan con alto júbilo
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
Del despertar del mundo,
Donde el Eterno mora
Oyese un ¡ay! profundo
De sin igual contento,
¡Suavísimo concento,
Que entonan los arcángeles
Al hijo Salvador!...

III.

Del patio postrimer vedado estaba
Traspasar á las hembras los umbrales,
Y triste allí por tanto se detuvo
Del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca, de gozo estremecido,
En sus brazos tomando al rubio infante,
A la sala se entró donde ofrecian
El nacido primero á Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
Faltaron profecías y señales
Y ojos ningunos vieron el aurora
De aquel sol de justicia fecundante;
Que sumidos del vicio en la ceguera
Los ministros del templo principales,
Dejaban privaciones y virtudes
A los simples levitas; y arrogantes
De las humanas y divinas leyes
Reian, y en feroz libertinage
No como sacerdotes del Eterno
Vivian, mas cual pérfidos magnates,
Príncipes opresores de los pueblos.
Pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
Recibió de las manos paternales
De José lo prescrito por las leyes,
Los argentados siclos y las aves,
Sin dirigir ni una mirada sola
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
Pasó ignorado el vencedor instante
En que un mas digno y generoso culto
Venia á reemplazar de las edades
Anteriores del mundo las creencias,
Con doctrinas mas puras y durables:
Instante en que al antiguo testamento
Que en la cumbre del Sinaí á la errante
Multitud de Israel dió el Infinito,
Sucedia una ley mas saludable;
La *buena nueva* al mundo, el evangelio,
Que el mismo Dios traia á los mortales:
Divina ley, como su autor perfecta,
Pura como Él, ¡eterna é inmutable!

Y ni en los de Sion espesos muros,
Ni en sus soberbias, populosas calles,
Ni en las altivas torres de su templo
Adornadas de almenas y baluartes;
Ninguna voz se alzó que en són de triunfo
Ruidosa al niño rey diera homenage.
Y al través de la ciega muchedumbre,
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
¡Enumeraba ya el divino Cristo
Aquellos furibundos criminales
Que iban en breve en gritos sediciosos
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
De la ley el precepto inevitable,
A Nazaret sus pasos dirigieron
Volver á ver ansiando sus hogares

LIBRO NOVENO.

—

LA HUIDA A EGIPTO.

I.

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspasa
El límite estrangero siempre esquivo:
¡Feliz aquel que en la paterna casa
Al frio invierno y al calor estivo,
Respira el aura que meció su cuna
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
Los fieros y rudísimos rigores,
Cuando á su embate opone un alma fuerte
Que defienden los célicos amores
De pátria y de familia: ¡y ni la muerte
Con su tren de fatídicos terrores,
El corazon espanta enflaquecido
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la horfandad, ¡con qué ternura
Le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor le cerca la amargura,
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
Y en la mayor miseria y desventura,
¿Qué dolores no fueran consolados
En pecho de hombre ó corazon de niño
Con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
El hora del morir, ¡con qué consuelo
Al espirar el plazo inevitable
Se despide el mortal del pátrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
Por la vida inmortal, hija del cielo,
Y llanto amigo de dolor retumba
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
Le alcanzará el perdon de sus errores;
Y allí á despecho del solsticio fuego,
Y del torvo aquilon, devastadores
Del monte y la llanura, al dulce riego
Del llanto del amor, ¡cándidas flores
Brotarán y aromosas yerbecillas
Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
Es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan solo acompañado
Por el ignoto y áspero camino,
En el felice tiempo ya pasado,
Irá pensando el pobre peregrino,
¡Sin mirar ni en remota lontananza
El astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura
Brille del padre sol el puro rayo,
Ni que del prado ameno la verdura
La gala ostente del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
Y de las aves el concierto gayo,
Y el rugir de la mar embravecida,
¿Qué son al infeliz que vá sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
Al dulce clima que nacer la viera,
Es á remota orilla trasportada
Por la mano del hombre dura y fiera,
Y allí, lánguida, triste y deshojada,
Apenas sombra de lo que antes era,
Hácia aquel suelo estraño la mezquina,
La mustia copa sin valor inclina:

Asi el ausente del nativo suelo,
Lejos de todo lo que el alma adora,
Del destino crüel algun consuelo
A su agudo pesar en vano implora:
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
En vano el triste entre suspiros llora,
Y á soledad eterna condenado
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
Acude tarde á terminar los males
En que pasan la vida sumergidos
El número mayor de los mortales:
A los que de ella están desprevenidos
De enmedio á los placeres terrenales
Impía los arranca, y desatiende
Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
Que de sus negros dias la medida
Prolonga sin cesar airado el cielo:
Llama y vuelve á llamar la apetecida
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
Mas ella encarnizada no le escucha,
¡Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
La esposa y el esposo condenados,
Una vida de angustia inesplicable
En paises remotos é ignorados,
De Dios por el querer inescrutable,
Arrastrarán los santos desterrados,
Hasta cumplirse los fijados dias
Del temporal destierro del Mesías.

II.

Vueltos José y Miriam del largo viaje
Apenas, á la baja Galilea;
Cuando aun las sandalias del camino
Conservaban acaso las arenas,
Y sus sensibles pechos, no saciados
De mirarse de nuevo en la paterna
Ciudad, apenas crédito á los ojos
Se atrevian á dar; por la suprema
Voluntad del que rige de los hombres
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
A ruta mas penosa y dilatada
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño
Reparador de sus caidas fuerzas
Descansaba en el pobre lecho, humilde,
Una noche pacífica y serena;
Cuando súbito un alto paraninfo,
Enviado de la suma omnipotencia,
Cabe al lecho de pié, con argentina
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:
«Levántate, le dijo, al niño toma,
Y á su madre con él; hácia la tierra
De Egipto, presuroso te encamina
Y hasta volverme á ver deten la vuelta;
Que el fiero Herodes del infante en busca
Rugiendo vá con intencion siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,
El patriarca santísimo despierta,
Y á llamar corre á la infeliz MARÍA,
Que del nuevo infortunio el alma ajena,
El sueño de los ángeles tranquilo
Duerme, no lejos de la cuna escelsa
Del niño Dios. —La cariñosa Madre
Miradas de dolor y angustia llenas
Dirige al hijo caro, y presurósa
Recoge algunas túnicas modestas,
Escasas provisiones, y pañales
Del niño, al cual en su regazo estrecha;
Y precedida del amante esposo,
Vertiendo amargas lágrimas, se aleja
De la ciudad natal, adormecida
A la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
Por la difícil tortüosa senda,
Turba el dudar sus vacilantes pasos,
Hiela el temor la sangre de sus venas. —
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
A las inícuas tramas encubiertas?
¿Qué valla á detener será bastante
Al príncipe feroz en su carrera?
Él, que en las manos con la sangre roja
De las víctimas mil de su fiereza,
El oro derramando, los furores
De sus viles sicarios recompensa;
¿Dónde se detendrá de su venganza
En la crüel, mortífera carrera,
Ora que al par defiende de su vida
La púrpura real y la diadema,
Cuando simples sospechas castigando,
A tan graves delitos se despeña?

Aun era la estacion de invierno frio,
Y el cierzo que silvaba en las malezas
Cubria de Miriam el rostro puro
Con dolorosas y mezadas setas;

Mas ella, de si propia olvidadiza,
Cuidados, atenciones y ternezas,
Cuanto pueden hacer marchando juntos
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
En torno al hijo de su amor consagra:
Él, monarca del cielo y de la tierra,
A cuyo soplo animador, fecundo,
La creacion del caos salió entera;
A cuya voluntad cejan los mares,
Y se afirman los polos que sustentan
Los infinitos mundos del espacio
Para siempre jamás; á cuya inmensa
Divina voz, con dos palabras solas
Brotó la luz de en medio á las tinieblas:
Hora á las duras leyes sometido
De la humana, mortal naturaleza,
En el regazo de la tierna madre
El Cristo salvador de frio tiembla;
¡Y del susto, y el hambre y la fatiga
Con flébiles vagidos se lamenta! —
Y la amorosa madre silenciosa,
Cual los despojos fúnebres que encierra
Un sepulcro; de miedo tiritando,
Mas que de frio, de la angosta senda
Por las sinuosidades solitarias
Sus tímidas miradas encadena;
Y al cimbrearse la caña estremecida
Al aura de la noche, ó de la espesa
Enramada al sonar en blando arrullo
De enamorada tórtola una queja;
O si el rumor se escucha en lo lejano
De las secas varillas que se quiebran
Al impulso del viento quebrantadas,
O al cauteloso paso de las hienas;
Asustada Míriam, á su regazo
Con amoroso espanto al niño estrecha,
Creyendo ver alzarse ante su vista,
Que conturba el temor, la gigantea
Figura de un feroz, crudo asesino,
Blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna en curso blando
Sigue al través de la azulada esfera,
Alumbrando con pura luz, süave,
Los cielos y los mares y la tierra.

III.

Asi dias tras dias caminando,
Huyendo de las sendas pasageras
Y de los pueblos grandes; por las noches
Refugiándose acaso en las cavernas;
Amatot ya detrás, se dirigian
A los llanos de Siria, por veredas
Estrechas y escabrosas. Una tarde
Ya casi oscurecido, de unas peñas
Cubiertas ya por las nocturnas sombras
Vieron salir en rápida caterva
Numerosos bandidos. — El patriarca,
Que iba delante, atrás á la indefensa
Esposa se volvió, entre cuyos brazos
Dormia el niño Dios. — Miriam inquieta
Se detuvo tambien; mientra el caudillo
De la salvage turba, que contempla
El grupo inerme con asombro mudo,
Siente que aun hay piedad en su alma fiera:
Y bajando la punta de su lanza,
Con espresion de cariñosa oferta
Tendió á José la mano, un franco asilo
Ofreciéndole allá en su fortaleza,
Que de una roca en la postrera punta
Al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
Del bandido la rústica franqueza,
Le siguieron, y el techo maldecido
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero dia,
A pasar los calores de la siesta,
Y á la vista de Ramla, hicieron alto,
En un bosque de nópalos é higueras.
Allí sobre un florido entapizado
De narcisos, renúnculos y anémonas,
Al de una fuente arrullador murmullo
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
Tomaron de Belen la nota senda,
Donde encontrar pensaba el santo esposo
Un camello, en las áridas arenas
Del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta
Le esperaron, ocultos en las sombras
De una vecina y lóbrega caverna. —
Y unidos á mercante caravana,
Dejaron los confines de Judea
Por fin, burlando asi del rey impío
La venganza terrífica y sangrienta.

IV.

En tanto no pudiendo de los magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amages,
Va minando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso,
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

Y á los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono
Asi ordenó en acentos iracundos:

« Porque ese niño objeto de mi encono
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,
Y en ella antes, y luego en cuanto abarca
El estenso confin de su comarca,
¡ No escape á vuestra espada enfurecida
Ni un solo niño hebreo con la vida! »

Y los crudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales
Los niños todos de Judá. — Y se oyeron
Gritos que el corazon estremecieron
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oir los maternos alaridos,
Un ¡ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
Surcando van el piélago arenoso
Al soplo del *simun* abrasador;
Y ambos de amor ardiendo generoso
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
Aquel cielo de fuego que desploma
Sus mortíferos rayos en la arena,
Y como al sol la cándida azucena,
Se inclina asi la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
De su regazo oculta cariñosa;
Hasta encontrar en la letal llanura,
Bajo verde enramada deliciosa,
Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
En la agonía del soñar despierto,
Simula el sol con engañoso halago,
A su sed agua, á su cansancio puerto,
Un azulado y trasparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta
Al frescor de la lluvia apetecido
La frente sobre el tallo enardecido:
Asi alegre Miriam, la tarda planta
Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
Sus frentes y sus bocas abrasadas,
Ya tocan del oasis la verdura;
Mas ven solo al llegar, con amargura,
Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
Se detiene la rica caravana
Y en sus tiendas aguarda la mañana;
Mas solo el azulado firmamento
Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
Del diurno sol, al húmedo rocío
Nocturno, sienten doloroso frio:
José y Miriam entonces desvelados,
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
Alto clamor de espanto y agonía,
Que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
Las tiendas: — Blanca de terror, MARIA,

Del cuerpo virginal viviente muro
En torno del infante bien amado
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
Del país de los sabios Faraones;
Y vieron elevarse entre jardines,
Sus templos de acerados torreones,
Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
En el campo azulado de los cielos;
Del Nilo las riberas florecidas
Y sus ondas de blancos barquichuelos
Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,
Por su ciencia y valor tan afamada,
De monumentos y tesoros llena;
¡Es á José y Miriam la tierra ajena,
Y está muy lejos de la pátria amada!

De Heliópolis el límite famoso
Pasando, á Matarieh se dirigieron;
Y allí, tocado el fin, del afanoso
Camino, aun otra vez en el reposo
Y en la paz de los ángeles vivieron.

LIBRO DÉCIMO.

—

LA VUELTA A NAZARET.

I.

Hora tras hora pesada,
Dia tras dia afanoso,
Para Miriam y su esposo
El largo espacio corrió
De siete penosos años,
Pasados en la estrechez
De la mas dura pobreza
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
De los magos el tesoro,
Aquel puñado de oro
Que dieron al niño Dios:
Y el nieto de régia estirpe
Convertido en jornalero,
Trabajaba el dia entero
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,
El suelo inhospitalario
Daba tan corto salario,
Que volvió mas de una vez
Al techo dó resignada
Miriam, le aguarda serena,
Sin lo bastante á la cena
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,
Y mas de un aciago dia,
El Dios infante gemia
Por un pedazo de pan.
Y sus lágrimas la madre
Recatando al tierno niño,
Acaso en voz de cariño
Calma su pueril afan.

Mas el venturoso dia
Se acercaba por momentos
De dar fin á los tormentos
Sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
Dormia, ante sí risueño
Miró al ángel del Señor.

« Alzate luego, le dijo:
Toma al niño y á su madre,
Y á la pátria de tu padre
Marcha con seguro pié:
Que los que al niño buscaban
En su saña maldecidá
Para quitarle la vida,
Han muerto ya en Israel. »

Y José al niño tomando
Y á Miriam, siguió el camino:
Mas á Sion ya vecino,
Los cautos pasos torció. —
Que Arquelao, hijo de Herodes,
Reina tirano en Judea,
Y José de Galilea
La nota senda, tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
¡Cuán dulce del pátrio suelo
Volver á mirar el cielo
Que nos cobijó al nacer!
¡Y respirar cuanto es dulce
Sus auras embalsamadas,
Y de sus fuentes amadas
Mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno
Recordar de nuestra infancia
La feliz, pura ignorancia
Que tan fugace pasó! —
¡Y las amantes caricias
Que nos hizo nuestra madre,
Y los consejos que un padre
En su esperiencia nos dió! —

Y los amigos primeros
Que en nuestra infancia tuvimos,
¡Y la escuela en que aprendimos
Nuestra primera leccion!...
¡Santas, queridas memorias
Que á pesar de la impía suerte
Vivas guarda hasta la muerte
El humano corazon!...

Despues de tan larga ausencia
Miriam y el esposo amado
En su hogar abandonado
Van al fin á descansar;
Mas roto por varias partes
Miran el humilde techo,
Y el pobre muro deshecho
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
Y morenas parietarias,
En las celdas solitarias
Crecen frondosas al sol:
Y el humilde patiecillo
Cubren zarzas espinosas,
Y en sus paredes ruinosas
Busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada
Dó en Miriam inmaculada
Se encarnó el divino *Verbo*
Para salud del mortal;
Como del bosque en las lomas,
Se anidàn unas palomas,
Dichosas allí al abrigo
De la lluvia equinócial.

Hechos por fin de la chósa
Los reparos mas urgentes,
Volvieron los inocentes
Dias de grato solaz.
Y el ilustre carpintero
De Jesus mismo ayudado,
De nuevo en su hogar amado
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
Pasaron lunas sesenta,
Sin separarse un instante
Ni en la visita anüal,
Que fieles observadores
De la ley de sus mayores,
A Jerusalen hacian
En la época pascual.

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro,
Que al sol enviada fuera,
Por tu recinto oscuro
Va una muger, Sion.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vése viuda?
¿O es virgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora
Del techo paternal;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guia
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
¡Buscando entre gemidos
Vá al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia
Olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le dá vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesus?...

Volviendo á su morada
Desde Salen divina,
De gentes circundada
Que van á Nazaret;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer.

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa;
Que el hijo de su amor
Con otros jovenzuelos
Sus deudos, la jornada
Siguió; y con mil recelos
Le tiembla el corazon.

José vendrá sin duda
Con ellos; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino,
Y aun á la luz febea
Jesus no apareció.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
A todos preguntando
Miriam en su inquietud;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno...
—«¿Porqué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?»

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor:
Y el campo ilimitado,
Y la caverna oscura,
Y el aire conturbado,
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confin;
Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera,
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero dia,
Apenas respirando
José con su Maria
De nuevo entró en Sion;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazon.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que enmedio al laberinto
Pregunten con afan:
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano
En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral;
Y de sus garzos ojos
De mas que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un limpido raudal:

Castaños los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren, bellos
La espalda mas gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibradores
De aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
So el pórtico sagrado
Dó van á dar ejemplo
Los sabios de Israel;
Discurre un tierno niño,
Y el pueblo arrebatado
Esclama en su cariño:
«¿Es ángel, ó un Daniel?»

«¡Jesus! ¡el hijo mio!»
Clamó una voz süave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar:
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
En cercos de oro y grana,
Muestra su rubia frente
La aurora matinal;
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal:

Tal, jóven cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una muger;
Y en voz de gran ternura:
«¿Porqué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida
Respuesta misteriosa:
«¿Porqué tan afligida,
Porqué me buscais vos?
¿No veis que cumplo, Madre,
Mi obligacion forzosa,
No veis que de mi padre
Me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
Que la sentencia oscura
No pueden comprender:
Mas luego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron dias
De gozos celestiales
De inmensas alegrías
Y paz del corazon;
Y mientra el niño crece
En dias terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfeccion.

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
Suena acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido
Que de rojo fulgor la tierra inunda:
Asi en la santa paz que lo circunda,
José por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo. — Con mirada moribunda
Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira:
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, ¡ triste marcha el Rey del cielo!

LIBRO UNDÉCIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

I.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no cansado
Jamás.—¡Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo;
Y que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
Hierve en el corazon de los humanos;
Volcan que só la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
A su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes:
—¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones,
Vendrán del mundo muerto
A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazaret, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido;
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodia,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante: luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
Y en breve, mar de luz, ¡ á cuyo brillo
Esplenden en lo oscuro,
Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
Que presenció del hijo de MARIA
El lento padecer y la agonía,
Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,

De donde todo bien copioso mana:
Del poder sin segundo
La *buena nueva* prometida al mundo:
Y aquella voz divina
Dijo al muerto: «¡Levántate y camina!»

Y el cadáver se alzó:—galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre:
Respiró la muger emancipada:
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre;
¡Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo:
Y el magnate opulento,
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
¡Y ante el poder eterno se humillaron!

II.

Llegó para Miriam el triste dia
De larga ausencia y despedida amarga;
Jesus, el hijo de su amor querido
Salió de Nazaret una mañana,
El paso dirigiendo á las riberas
Que del Jordan las amarillas aguas
Riegan, y adonde entonces el Bautista
Con su mision cumpliendo bautizaba.
La vida de Jesus, no ya secreta,
Mas pública va á ser: de la morada
Materna se despide, pobre, solo,
En situacion humilde, y sin mas armas
Que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
Costumbres á atacar, usos y leyes,
A lidiar contra pueblos y monarcas
Y vencerá en la lucha, que su brio
Del mismo seno del Señor emana;
¡Mas cubrirá el laurel de la victoria,
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
Rasgaron de Miriam crudos el alma!
¡Ella que ve lanzarse al generoso
Jóven, de aquella mar tan agitada
En las revueltas, encrespadas olas,
Donde tantos profetas naufragaran!
El insensato orgullo, el fanatismo
Torvo; la hueste toda sanguinaria
De las malas pasiones, solo, inerme,
Va el *Justo* á combatir:—La gente prava
Que domina en la torpe sinagoga;
Del fariseo hipócrita las tramas,
Su feroz ambicion, su cruda envidia,
Su innoble miedo, su intencion bastarda;
¡Y del rey de linage advenedizo
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heróica estirpe
Que dió á Judá tan célebres monarcas
Vástago indigno, no; en el noble pecho
Un corazon impávido alentaba;
Mas recuerda las santas profecías,
Los anuncios mesiánicos, y el alma
Mira ante sí con lúgubres colores
Un cuadro aterrador que la amenaza:
Por eso al despedirse el hijo caro,
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,
Roto su corazon dentro del seno,
Y anudada la voz en la garganta;
Cuando el débil rumor ya no percibe
De los pasos de aquel que tanto ama,
Cubrióse con su velo, y pensativa,
Muda como el dolor, enajenada
Quedó, pensando en los pasados dias
De ventura y de paz; memoria amarga
De la dicha que fué; ¡presagio triste
Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan dias tras dias;—perezosas,
Noches eternas que jamás acaban
A la inquietud materna, y á su asilo
Aun no vuelve Jesus.—Noticias vagas
Anuncian á Miriam que el hijo suyo
Ha entrado en las estériles montañas
A Jericó vecinas.—El cordero
Sin duda al acercarse á la elevada
Obra de redencion, el trato esquiva
De la turba mortal; y en la plegaria,
Y en la meditacion y en el ayuno,
A la lucha tremenda se prepara.
¡Ay! ¡cuánto de temor y pena ruda
Desgarran de MARIA las entrañas!
Si acaso de la noche en las tinieblas
Suena la ronca voz de las borrascas,
¡Qué horrible padecer!—¿Bajo qué abrigo
Guarecerá la frente delicada
El amado Jesus?—¿Qué luz piadosa
Amiga alumbrará su débil planta,
Al borde de los hondos precipicios
Donde solo anidar pueden las águilas?

Asi cuarenta soles, que centurias
Parecen á la madre acongojada,
Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

LAS BODAS DE CANÁ.

III.

Entonces en Caná de Galilea
Un consorcio feliz se celebró,
Y juntos fueron hácia aquella aldea
MARIA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
Eran, y de la estirpe de Judá,
Y á su hijo y á ella, cariñosos,
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escasa
De los recien casados la fortuna,
Y en manjares y vinos pobre tasa
Habia, por demas inoportuna.

Y como á la mitad de la comida
El vino se apuró, Miriam atenta
Observó la mirada entristecida
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha
Está, le dice asi: «No tienen vino,»
Y él, al oir la voz con que lo estrecha:
«¡Aun no he llegado al fin de mi camino!»

Responde; mas Miriam que á sus parientes
Quiere evitar humillacion tan dura,
No desespera aun, y á los sirvientes
Con voz de acabadísima dulzura,

Asi les dijo: «Haced cuanto él os diga.»
Habia para hacer las oblaciones
A que la antigua ley al hombre obliga,
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Alli.—Mandó Jesus á los sirvientes
Que á una vecina fuente las llevaran,
Y de sus aguas puras, trasparentes,
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
Vino trocóse el agua en el instante,
Y á tal prodigio se asombró el esposo
Y enmudeció la turba circunstante.

Y asi logró Miriam ser la primera
Que mirase brotar el milagroso
Poder, que en tan efímera carrera
Iba á ostentar el NUNCIO poderoso.

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 2º.

Y todos los presentes se admiraron,
Y su inmenso poder reconocieron,
Y sus menores signos acataron,
Y su misericordia enaltecieron.

IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
En breve de un millon,
Señaló que ya el tiempo era venido
Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
Los demonios huian,
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
Los muertos revivian.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
Su planta descansaba,
Cesaba el llanto, enmudecia el duelo
Y el odio se calmaba.

Y venian á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida,
Llegaba hasta su pié;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura
Los ciegos afligidos,
Y cruzan la montaña y la llanura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

«¿Quién es este, clamaba el fariseo,
Que vá contra la ley?»
«¿Quién, temblando de susto el idumeo,
Este que aclaman rey?»

«¿Quién es el que aconseja al ultrajado
Generoso perdon?
¿Quién es el que combate denodado
La usura y concusion?»

Y asi como en la oscura madriguera
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada;

El escriba avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercibe á la lid por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida
Del alma torpe niega,
A la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Asi, sus mútuos odios deponiendo
Se adunan los traidores,
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido
Rugia en lo lejano,
Como acaso escuchamos el bramido
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de MARIA
Temblaba el corazon,
Y miraba acercarse la agonia
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
Al hijo con afan
Llegó con él un dia á las riberas
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
Y siguió decidida,
Y abandonó su vida acostumbrada
Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,
Discípulos fervientes
De Jesus, de amorosos corazones
Y espíritus valientes.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?
¿Qué gozo inefable enajena,
Salen, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Porqué suena el laud?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Porqué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Porqué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El arpa de voces tan puras:
«¡Hosanna en las alturas!
¡Bendito el enviado de Dios!»

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salen?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal;
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
¡Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
Las madres que acata Israel,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en raudo tropel;
Y esposas y vírgenes puras:
«¡Hosanna en las alturas,
Esclaman, al sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento
Que suena en el vasto confin,
Llevado en las alas del viento,
Llegó cual la voz del clarin,
Sion, á tus calles oscuras,
«¡Hosanna en las alturas,
Clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado
Y el agua que corre á su pié;

Del templo el recinto sagrado
Y el viento que gime al través :
Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor;
Clamando van en montes y llanuras :
« *¡Hosanna en las alturas,*
Al que viene en el nombre del Señor! »

LIBRO DUODÉCIMO.

MARIA EN EL CALVARIO.

I.

Aun no estaba marchito el verde manto
Que de *Betania* revistió el camino,
Cuando ardiendo Sion en gozo santo
El Cristo á saludar rápida vino;
Aun repiten gozosos aquel canto
Los ecos del país circunvecino,
Y las auras turbadas se estremecen
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando
Los ámbitos del monte y la llanura,
A amigos y contrarios vá llenando
De pasmo y de alegría y de pavura :
Aquel acento horrísono y nefando,
Envuelto en la traicion y la impostura,
Caro á muchos y á pocos detestable,
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
Y á los que favorece la fortuna,
Viles escribas, pérfidos doctores,
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
Del gran templo en los arcos esteriores
Se arremolina el pueblo, é importuna
Una vez y otra vez al fariseo
Por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladron, ó falsario ú homicida
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
Intentó quebrantar en lid reñida
La suma prepotencia del romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
En sangre paternal bañó su mano;
O en las sagradas bóvedas del templo
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo
Que se debe á los reyes de la tierra;
Jamás dió su palabra amargo fruto
De infausta division, ni cruda guerra:
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
Huyen al resonar su blando acento,
Cual leve arista que arrebata el viento.

Lejos de hacer brotar de ajenos ojos
Lágrimas de amargura, amante llora
Sobre las penas, lágrimas y enojos
Que la vida mortal en sí atesora :
Lejos de complacerse en los despojos,
En la humildad y en la pobreza mora;
Dá vista al que jamás el sol mirara,
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
La blanda, salutífera doctrina,
Su voz süave de la letra oscura
Los profundos arcanos ilumina :
A los de fé mas débil asegura,
A los que van á ciegas encamina,
Y á do su vista ó su palabra alcanza
¡Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
Tiene el profeta crímenes bastantes :
Él, de la ley los llama torcedores;
Él, del templo arrojó á los traficantes :
Y á saciar su venganza y sus rencores,
Con ronca voz y labios espumantes,
Costumbres violan y traspasan leyes,
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
Con oro vil, se valen los villanos,
Y á poner en la víctima sagrada
Van iracundos las inicuas manos :
Velando su impostura refinada
A varones y vírgenes y ancianos
De Israel, con ayunos y con preces,
Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
Del odio y el rencor de los mortales,
Sufrir tantas afrentas una á una,
Tantos dolores, ni tormentos tales :
Jamás tan negro fin de su fortuna
Vieron los mas odiosos criminales,
Ni para ajar tan limpida pureza
Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta
Arráncanle sus sacras vestiduras,
Y el acerado azote se ensangrienta
En las perfectas formas, cuanto puras;

La ira se dobla y el rencor aumenta,
Como doblando van las amarguras
Del justo, en los verdugos carniceros,
¡ Espanto de los siglos venideros !

Así tal vez la fiera tigre hircana
Que fuerte acosa el cazador ardido,
Cobarde lucha, y por huir se afana
Al antro oscuro dó hasta allí ha vivido;
Mas si mira teñida en roja grana
De su contrario el pecho, hondo rugido
Exhala de placer, y su ardimiento
Redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
De duras y agudísimas espinas,
Y la sangre brotando se amontona
Sobre las sienes del Señor divinas :
Un pedazo de caña le pregona
Por rey, y rotas fajas purpurinas,
Harapos en el suelo abandonados,
Cual manto régio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
Entre mofas y risas le saludan,
Mientras que los satánicos sayones
Cansados de azotarle se remudan :
Mas las bellas, purísimas facciones
Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
Y al mirarlos sonrie tristemente,
Compadeciendo su furor demente.

La saña á desarmar y el odio fiero
De aquella encarnizada muchedumbre,
En vano el pacientísimo cordero
Opone su piedad y mansedumbre:
Él, que bajó á librar al mundo entero
De la mas ominosa servidumbre,
Ora se ve azotado, escarnecido
Del pueblo que en su amor ha preferido.

II.

El odio ya saciado
Del escriba y del torpe fariseo,
Cuando bastante juzgan degradado
Al inmortal profeta galileo,
Ante la masa estúpida
Del pueblo, á consumar el sacrificio
Vuelan, que llega el sábado,
Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
De una pesada cruz los flacos hombros
Agobian de Jesus : — penosa y larga
Y llena de ruinas y de escombros,
Es del calvario lúgubre
La triste, funestísima carrera;
Mas viendo que la víctima
Vacila, su rencor mas se exaspera :

Y con el asta dura
De las cobardes lanzas le atropellan,
Y si cae el lastimado por ventura,
Sin piedad le maltratan y le huellan
Turba feroz, sacrílega
De execrables verdugos que se ensañan
Contra del Justo, y réprobos
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
Llega acaso confusa á nuestro oido,
La voz de la tormenta desatada
Que sopla sobre el mar embravecido;
Y con el susto trémulos,
Aunque remotos del horrendo amago,
Dudamos si es mas próximo,
Y en tierra ó viento ó mar el fiero estrago :

Así en la muchedumbre
Que en calles, plazas, techos, miradores,
De la ciudad á la maldita cumbre,
Se ve de mil y mil espectadores :
En rudos sones mézclanse
Anatemas y gritos de alegría,
Cantos de triunfo lúgubres
Y ayes de compasion y de agonía.

Allí van confundidos
Con los que de sus males ha sanado,
Los que en su contra están enfurecidos;
El aborrecedor junto al amado :
Empero, son estériles
De amor y de piedad las emociones,
Calladas son las lágrimas,
Ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
Aquel ingrato apóstol mas querido;
Uno solo de entre ellos ha quedado,
Los demas todos juntos han huido;
No hay una voz intrépida
Que acuse la impostura y la malicia,
¡Ni un corazon magnánimo
Que clame contra el odio y la injusticia !

Y por la prolongada
Calle, que á la ominosa puerta guia
Judiciaria, en mal hora así llamada,
Sigue la plebe indómita y bravía :
Y en medio el justo, cárdeno
El rostro, y el mirar desfallecido,
Sigue con planta trémula
A la cumbre del monte maldecido.

Y hé aquí, que una matrona
A la mitad de la fatal carrera,
Por do mas el gentío se amontona
Penetró: — su mirada lastimera
No las amargas lágrimas
Empañan del dolor; de tal quebranto
En los tormentos hórridos,
¡ Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
Como un sepulcro helada y silenciosa,
Se va acercando á aquel á quien dió vida,
Tus mugeres, Salen, en voz piadosa
Bajo sus velos cándidos:
« ¡ Pobre Madre! » entre lloros esclamaban,
Mientras las haces túrbidas
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
Que al hijo de su amor torvos circundan,
Aquellos despiadados estrangeros,
Que en la crueldad su orgullo innoble fundan;
Ya de las lanzas férreas
Con las terribles puntas la rechazan
Y con insultos bárbaros
Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
Con el pesar intenso amortecidos,
Y del llanto anterior, hinchados, rojos;
Rayos de luz brotaron, despedidos
Como vivos relámpagos,
Ante los cuales cejan los soldados,
A los fulgores vívidos,
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, Maria,
A Jesus dirigió la incierta planta,
Y al contemplar su angustia y su agonía,
De no morir la mísera se espanta.
Sudor á mares, gélido
Brota copioso de la augusta frente
Al horrendo espectáculo
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
Ni una lágrima sola, los dolores
Del corazon revelan, dolorido,
De la que es manantial de los amores.
Jesus, en tanto, mírala
A dos pasos de sí, y en blando acento:
« ¡ Madre! » su voz exánime
Clamó y « ¡ Madre! » repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
Que tanto amor y gozo tanto encierra
Al combatido corazon del hombre
En su paso fugaz sobre la tierra;
Dando un gemido fúnebre
Del fondo de su alma desgarrada,
¡ Cayó la madre mísera
Sobre las duras losas desmayada!

Y un jóven galileo
De bello rostro y de mirar sombrío,
Y una jóven muger, del suelo hebreo
Fragante flor; por medio del gentío
Cruzan con paso rápido
Hasta dó está la Vírgen dolorida,
Y con amor solícito
La vuelven á la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
De Jesus los discípulos amados,
Que á arrancar á Miriam de aquella escena
En su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,
Del ominoso Gólgota
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
Que está por altos juicios destinado
La muerte á presenciar del Dios del cielo,
Para aplacar al mismo Dios airado.
Al ara ya la víctima
Se acerca del mas grande sacrificio,
¡ Y tierra y cielo atónitos
Se preparan al hórrido suplicio!

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

III.

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable.
¿ Y dó está Miriam entonces?
— ¡ Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales;
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crüeles
Que abren los hoyos fatales;
— ¿ Mas dónde está el hijo suyo?
— ¡ Pobre Madre!

Al fin pareció; ¡mas cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
—¡Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brota á torrentes la sangre!
¡Él tan honesto y tan puro!
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusiéronle á la mofa
De aquella turba salvage.
¡Qué horrendo cuadro á la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,
Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio danle:
¡O ingratitud! ¡ó demencia!
¡O ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces María?
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
La arrastran:—sordo murmullo
Tal cual la voz de los mares,
O de borrascas remotas
Al rebramar semejante,
¡Llega tremendo al oido
De la Madre!

De vez en cuando confusos
Elevábanse en los aires
Rechiflas y maldiciones,
Risotadas espantables
Y denuestos furibundos
De aquel pueblo de chacales...
¡Y la infelice los oye!
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
Reina por breves instantes:
¿Acaso le compadecen?
¿O alguna nueva barbarie
De la feroz muchedumbre
Calma el furor anhelante?
—¡Piedad del tigre no esperes,
Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
Como de golpe que cae
A un tiempo sobre maderas
Y despedazadas carnes,
Oyese un sordo ruido
Allá en la cumbre distante,
Y otro despues, y otro luego:
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
Cual la azucena del valle,
Tiembla Miriam convulsiva,
Como si agudos clavasen
En su pecho los sayones
Sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
Jamás valeroso mártir,
En fiero potro estendidos
Sufrieron tormentos tales!
¡Y empero de sus dolores
Aun vá el suplicio á aumentarse!
¡Flaca muger, infelice!
—¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires;
¡Y en ella al Hijo del hombre
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales.
¿Y dó está entonces María?
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo.—«¡Salve,
Le gritan, rey poderoso!
Si eres hijo de Dios, ¡baje
Tu poder desde esa altura
Dó ora yace!»

Y á su izquierda un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía
En los postrimeros vales,
Aun le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Asi esclama: «¡Padre mio,
Perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hácia el lugar del suplicio
Vá con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria...
— ¡ Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
A pocos pasos distantes,
Los furibundos sayones
Tigres sedientos de sangre
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
— ¡ Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia
Del horror insoportable,
Hácia el cielo, y la mirada
Del Dios moribundo, cae
Desgarrando una por una
Sus entrañas maternales.
¡ Por fin llegada es la hora!
— ¡ Pobre Madre!

En los anales del mundo
El hora mas memorable.
Vencida en ella es la muerte,
Vencidos los infernales
Espíritus, y aun la suma
Justicia, ¡ aquel satisface
Sumo holocausto, inaudito,
De tal sangre!

En tanto, en medio del dia
Sanguinolentos celages
Velan el sol: sobre el mundo
Caen las tinieblas palpables:
Las águilas roncos gritos
Lanzan de horror en los aires,
Y ahullan sobre la tierra
Los chacales.

Y del calvario maldito
El lóbrego paisage,
De negro mármol parece
Un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
En las turbas criminales,
Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
Los que á su amor son leales:
Y vuelto á Juan y María
Con voz de amor inefable:

« *Ve en él al hijo que pierdes* »
Dice á Miriam, y al amante
Discípulo: « *¡ Mira en ella*
Á tu Madre! »

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las Santas Escrituras,
« *Sed tengo* » esclamó: — ¡ en vinagre
Bañada una grande esponja,
Dieron el crudo brebage
Al que es manantial de vida
Los infames!

Y gustado ya el veneno,
Con amoroso semblante
Clamó: « *¡Todo está cumplido!* »
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró. — Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos...
— ¡ Pobre Madre!

IV.

En el supremo, vencedor momento,
Cuando en sus negros templos escucharon
Del sumo Dios el postrimer acento,
Los ídolos inmundos vacilaron:
Del astro de Moises ya macilento
Los fugaces fulgores se apagaron,
Y el sol del Evangelio generoso
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
Ejemplo á endurecidos pecadores,
De enviar al bajo mundo altas señales
De sus justos terríficos furores:
Y apenas las tinieblas sepulcrales
Que envolvian al mundo en sus horrores
Comienzan á aclarar, su voz severa
Estremeció la creacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
Digna luz á tan hórridas maldades,
Sucedió un terremoto turbulento
Que en Asia derribó veinte ciudades (1):
Con insólita furia silba el viento,
Braman con ronca voz las tempestades,
Y el velo del santuario enaltecido
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
Que las marmóreas tumbas revestian,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

Se lanzan de sus cárceles abiertas
Los que en el sueño del Señor dormian:
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
Espanto á los vivientes infundian
Los cadáveres vivos aun fajados,
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
Que resuenan allá en la negra cumbre,
Se oye la voz de arrepentido llanto
Por sobre la revuelta muchedumbre;
Mientra oculta en los pliegues de su manto,
Imágen del dolor y mansedumbre,
Insensible al tumulto y gritería
Inmóvil y de pié se alza MARIA.

Y la mudable plebe contemplando
En redor los insólitos portentos
« *¡Este era hijo de Dios!* » iba clamando
Como á su hogar volvia á pasos lentos;
Y las mugeres de Sion, llorando
Entre tristes sollozos y lamentos:
« *¡Mísera Madre!* » en su afliccion decian,
Y los ecos sus voces repetian.

CONCLUSION.

—

I.

La calma renacia
Poco á poco en el orbe conturbado,
Y del pueblo malvado
En el precito corazon, volvia
El fuego á renacer casi apagado
De su torpe valor: tal carnicero
Tigre que en los hircanos arenales
Fué terror de mastines y zagales,
Tiembla ante el domador como un cordero,
Mas si trémulo acaso ve primero
A aquel que empuña la candente barra,
El instinto feroz recobra luego
Y ceba en el excitado de ira ciego,
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde
El pueblo deïcida, al ver la guerra
Calmada ya en los cielos y la tierra,
Iba de nuevo brio haciendo alarde,
Y al Redentor divino denostaba
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta galileo
Nunciado habia al rudo pueblo hebreo,
Que en el tercero dia victorioso
A la vida y al mundo tornaria
Del reino de la muerte tenebroso,
Una falange armada
Del sumo sacerdote allí mandada
En su soberbia impía,
Velaba en rededor de aquella tumba
Salud y redencion del Universo;
Que temia aquel príncipe perverso,
Maestro en la traicion y en la impostura,
Que en las tinieblas de la noche oscura
El cuerpo de Jesus arrebataran
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia
La aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalen dormia
Bajo un manto de nieblas que ocultaba
Su deïcida faz al matutino
Sol, que el vasto confin circunvecino
De fulgor y de júbilo inundaba.
Entreabrian las flores
El cáliz matizado de colores
Al húmedo rocío;
Entre el ramage umbrío
De la higuera silvestre, sus amores
Cantaban los harpados ruiseñores;
Y nunca en aquella árida comarca
Que de Betania hasta Sion abarca,
Ejemplo de tristísima aspereza,
Mostró naturaleza
Tan delicioso encanto,
Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
De las cercanas lomas
Cual banda fugitiva de palomas,
Unas cuantas mugeres, que torcieron
El paso hácia el jardin donde se hallaba
El sepulcro de Cristo: descollaba
Entre el grupo indefenso una matrona,
Cuyo pálido rostro, que pregona
Mas que humano dolor, resplandecia
Con mas fúlgida luz que la del dia:
Y mientras al sepulcro caminaba
A una hermosa ruina semejaba
Que al impulso violento
Del huracan ajada turbulento,
En la altanera faz del rayo herida
Aun muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas
Caminan, de sustancias aromosas
Y gomas delicadas
A embalsamar el cuerpo preparadas,
Cargadas van, y á su dolor se mira

Que dá alguna templanza
La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
La dormida region, un trueno ronco
Como de gran temblor los aires hiende:
La losa del sepulcro se desprende
Como impelida de robusto brazo,
Y al rudo estruendo, bronco,
Los guardias semimuertos de pavura
Unos sobre otros ruedan al ribazo
Los rostros contra el suelo,
En redor de la eterna sepultura.
Y las santas mugeres, cuyo celo
Y acrisolado amor no abandonara
A Jesus, ni aun al mismo pié del ara,
Retroceden ahora temblorosas,
Temiendo repetidas
Ver aquellas escenas espantosas
Nunca en el bajo mundo sucedidas,
Que acompañaron el postrer momento
Del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino
Cuya inmortal, flotante vestidura,
Escedia en blancura
A la nieve que el ábrego amontona
En la cumbre, del Líbano corona,
Al sol iluminada matutino:
Sentado del sepulcro en la ancha losa,
Con voz cuanto benigna, cariñosa,
A las santas mugeres animaba
Y á penetrar en él las convidaba.
« No temais, les decia:
Sé que buscais al hijo de María
Que fué crucificado;
Mas aquí ya no está: como lo habia
Dicho ha resucitado
Al alba pura del tercero dia:
Llegad, y ver podeis donde pusieron
Al Señor, los que aquí le condujeron. »
Y las santas mugeres se acercaron,
Y en el sepulcro entraron,
Y las fajas de mirra perfumadas
Y el sudario vacío, penetradas
De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
Tronco de un viejo olivo que se alzaba
No muy lejos de allí, su rostro hermoso
De admiracion radiante y alegría,
Con un jóven del pueblo conversaba
En voz que apena el aire percibia.
Aquel que el tosco trage vestia
De un pobre labrador, era el eterno
Triunfador del pecado y del infierno:
¡El redentor, que al mundo
Un instante volvia
Desde el fondo del báratro profundo!
—Miriam en sus entrañas maternales
Probó entonces tal suma
De júbilo y placeres celestiales,
Que describirlo no es de humana pluma,
Ni contarlo de lenguas terrenales;
Ni pudieran los míseros mortales
Sentirlo ni aun en parte reducida
Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles trascurrieron,
Salió Jesus de la ciudad, seguido
De aquellos que en su amor ha preferido;
Y juntos dirigieron
Sus pasos de Betania á las alturas;
Allí de dó descubren las llanuras
De Jericó, y las aguas estancadas
Del Muerto mar, y las corrientes puras
Del Jordan apacible, sus pisadas
Detuvo la piadosa comitiva.
Y allí por vez postrera
La fuente de agua viva
A raudales brotó libre y fecunda,
La creacion entera
A rescatar de servidumbre fiera,
De aquel que en el error su imperio funda.

LA ASCENSION.

II.

Las últimas miradas
Fijas aun en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
Como se vá en los aires elevando,
Suavísimo concento
Del cielo fué bajando,
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubes;
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar: callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores;

Y hombre, ni bruto, ni ave,
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave;
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La creacion asiste conmovida
A la ascension gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del Redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El Rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,
É interminable duelo;
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos;
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados?
¿Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados,
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Sér divino
En prenda nos dejó de eterna alianza,
¡Un faro diamantino
Que alumbra en lontananza
La límpida region de la esperanza!

La fé imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aun del báratro mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta
Que el arcángel malvado
Aun la guarda en el reino del pecado!

MARIA EN EFESO.

III.

En el negro horizonte
Del Gólgota de sangre enrojecido,
Miro el *Sol de justicia*, oscurecido;
Mas sobre el hondo valle y alto monte
Con mas benigna llama,
Luz y grato calor al par derrama
La *Estrella de los mares*,
Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
Sus rayos puros en la pátria amada;
En tierra de Sion muy apartada
Con la de *Magdalum* jóven hermosa,
Y Juan, el preferido,
Que al destierro á las dos ha conducido,
Vive, esperando el dia
De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso, altanera
Se refugió Miriam, del odio insano
Por escapar del opresor romano,
Que con soberbia impía y saña fiera
Persigue á los que oyeron
La voz del Salvador y la siguieron,
De los dioses mentidos
Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
La tierra del Señor santificada,
Por Juan y Magdalena acompañada,
Maria, de los ángeles señora;
Empero el sumo instante
Se acerca, en que ya libre el alma amante
De sustos y dolores,
Vuele hácia la region de los amores.

IV.

En la ribera undosa
Del bello mar Icario,
Del astro vespertino
Al moribundo rayo,
Ocultas en la sombra
Al pié de algun peñasco,
Se miran dos mugeres
Cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
Son, que los lares pátrios
Recuerdan afligidas
En el confin estraño.
Y Efeso en vano ostenta
Sus torres y palacios,
Sus plácidos jardines,
Sus muros almenados,
Sus límpidos arroyos
Y sus feraces campos;
Y en vano, en régia pompa,
Los montes y los llanos
Se cubren de aureas mieses,
Pastores y rebaños:
Lamentan ¡ay! las tristes,
Del caro suelo pátrio
Las abrasadas lomas,
Los ásperos collados;
¡Que el alma nunca olvida
Del pobre desterrado,
Aquel hogar paterno
Do efímeros pasaron
Sin penas ni zozobras
Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
Del arroyuelo claro,
Ni el céfiro apacible
Que alienta sobre el prado,
Ni el poderoso muro,
Ni el opulento fausto,
Ni en fin los bienes todos
Del suelo hospitalario?
—Allí, nada recuerda
Del Redentor los pasos;
Ni mármoles piadosos
Conservan encerrados
Allí de sus mayores
Los restos venerandos.
Por esto en las orillas
Del piélago salado
Tal vez siguen sus ojos
Algun velero barco,
Que en rumbo el mar divide
Hácia los lares pátrios.
Y acaso entre sollozos
Bañadas en su llanto,
Recuerdan la alta cumbre
Del Líbano argentado,
Las encrespadas olas
Del turbulento lago
De Tiberiades, donde
Jesus con firme paso,
En medio á la tormenta,
Al barquichuelo náufrago
Llegó, do sus amigos
Lloraban angustiados
En la borrasca impía
Viendo su fin cercano;
O del feliz Carmelo
Los picos azulados,
Que acaso se confunden
Con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
Amargo y crudo llanto,
Mientras el rumbo siguen
De algun velero barco
Que en medio al remolino
Del piélago salado,
Navega majestuoso
Hácia los lares pátrios.

V.

Mas luego de la vida
Volvia la celeste desterrada
A la afanosa realidad; y unida
A la de *Magdalum*, jóven amada,
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo
El bálsamo divino del consuelo
Del mendigo á la choza derruida;
A la infeliz guarida
Del leproso á la vista repugnante,
Como madre solícita, anhelante,
Que en el seno materno al hijo caro
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,
Y á la llorosa viuda consolaba;
Y pobre de tesoros terrenales
Con los menesterosos compartia
Los bienes celestiales
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
De la alma compasion, cuando su pecho
Cumplido habia, al templo do el cristiano
De contricion en lágrimas deshecho,
A aquel de soberanos soberano
Sus preces elevaba,
Con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí á torrentes
De la fé las verdades elocuentes
Copioso derramaba

Sobre los fieles á su voz unidos,
Que escuchaban de gozo enardecidos
De su divino acento
El fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo
Cuya base mas firme y mas segura
Es el divino amor, tuvo en el suelo
Tan elocuente esplicacion : la impura
Doctrina del pagano, combatida
Por la palabra de virtud y vida;
De su anterior prestigio despojada
Lidiaba aún, feroz, desesperada,
En sus ciegos furores,
Moribunda en verdad, mas no vencida.

Aun surgen los altares
De los nefandos númenes traidores
Coronados de ofrendas y de flores :
Millares de millares
De hombres ilusos al error uncidos
Y en el mar del pecado sumergidos,
Lidian por el error : la sangre humea
De torpes sacrificios, en las aras
De Moloc y Belial, cuando aun el viento
De la mañana orea
Allá del negro Gólgota en la cumbre
La sangre del Señor, y monte y llano
Aún repiten su acento soberano,
¡Tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento
De esclavitud y torpe tiranía,
Donde estaba sentada
La majestad de Roma, ya cedia
No al empuje violento
De la bárbara plebe amotinada;
Ni á la indomable y brusca acometida
Del esclavo que rompe su cadena :
En la sangrienta arena
En vano fuertes Catilina y Graco
Por la alma libertad honor y vida
Espusieron, y en rapto generoso
Su noble sangre derramó Espartaco ;
— La religion caduca ya vencida
Del negro paganismo,
Arrastraba el imperio al hondo abismo
Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
Esclava del horrendo soberano
Del reino del dolor y la amargura,
Ardiendo en saña impura
A combatir se apresta frente á frente
La palabra de un Dios omnipotente :
Sus fuertes escuadrones,
Sus verdugos prepara y sus leones :
Mas, ¿qué son los tormentos,
Qué el número infinito de soldados,
De los fieles de Cristo denodados
Contra los indomables corazones?
No á la lid turbulentos
Ardiendo en torpe cólera se lanzan,
Oponen al furor la mansedumbre
Del divino cordero;
La blanda persuasion al crudo acero;
Y acaso el triunfo alcanzan
Aun só el yugo de férrea servidumbre,
Oponiendo al rencor de su tirano
El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa
Que en la borrasca impía
De la noche del mal caliginosa,
Fué á la naciente Iglesia claro guia :
Cual madre cariñosa
A los sencillos neófitos mostraba
La eternidad y la escelencia suma
De la ley que su labio predicaba.
Y nunca humana pluma,
Ni humana voz, ni entendimiento humano,
Ni aun de los mismos hombres que vivieron
Al lado de Jesus, y de él oyeron
Su celeste doctrina;
Ni el indecible encanto soberano,
Ni la dulzura y persuasion tuvieron
De aquella voz divina.
Las profundas tinieblas que ofuscaban
Aquellas mentes rústicas, cual nieve
Acumulada en el invierno frio
Que derriten los fuegos del estío,
A la voz de Miriam se disipaban.

Asi al ruido de su planta leve
Los congregados fieles prorrumpian
En himnos de placer : el crudo lloro
Cesaba entónces, y en alegre coro
Con unánime voz la bendecian.

VI.

Pero ya la fructífera simiente
De aquel divino sembrador crecia,
A pesar de las recias tempestades
Que del báratro horrendo la malicia
Contra ella suscitó por mar y tierra,
Con suma esplendidez y lozanía.
La refulgente luz del Evangelio
En estensas regiones difundida,
No habia menester cuidado alguno
Para acrecer su llama siempre viva,
Y la reina del cielo, fatigada
De esta mansion de llanto y agonía,
Volvió los ojos hácia aquellos campos
De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
A este destierro de dolor la unian
Solo quedaba Juan : ya Magdalena,
Compañera leal y tierna amiga,
Volado habia á la mansion celeste,
En el llanto dejándola sumida;
Como una flor que al postrimero rayo
Del sol en cuya luz su sér bebia,
Cierra el rosado caliz lentamente
Y sobre el leve tallo cáe marchita :
Desde la muerte de Jesus, la jóven
Privada de la fuente de agua viva
En cuyas puras ondas mitigaba
Su abrasadora sed; las púrpurinas
Rosas de su semblante, que á las flores
Del plácido vergel dieran envidia,
Perdió. — Jamás sus amorosos labios
Volvieron á dar paso á una sonrisa;
Y poco á poco, sin dolor ni susto
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,
Como en las ramas de la selva umbrosa
La brisa de la tarde blanda espira.

Mas antes de partirse á los eternos
Lares, aun visitar quiso Maria
Los santos sitios dó la inmensa obra
De nuestra redencion se vió cumplida;
Y el deseo de su alma conociendo
El amado y amante evangelista,
Con ella sé embarcó en velera náo
Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar : sobre sus olas
Que las nocturnas auras leves rizan,
Rápida voga la feliz galera
De su carga inmortal envanecida.
Ya divide orgullosa aquellos mares
De plata y de záfir que las divinas
Regiones bañan, fortunada cuna
Del arte y de la egregia poesía.
Surge *Chio* del piélago espumoso,
Cual de un arroyo en la argentada linfa
Levanta acaso el cisne su alba frente
Que á los rayos del sol fúlgida brilla;
Y cuando aün, al fin del horizonte
Se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la pátria del sublime Alfeo
Y de *Safo* la amante poetisa,
En medio de las ondas se levanta,
Cual Venus bella, como Juno altiva.
Despues, la pátria de *Esculapio* surge,
La noble *Delos; Rodas*, la divina,
Y *Chipre*, paraiso del deleite
Dó fué la religion torpe lascivia.
Y én breve, vacilando en el espacio,
Como tal vez el águila atrevida
Cuando cerca del sol se cierne, vióse
Un punto negro en la region vacía :
Era el pico final de la montaña
Dó levantó un profeta en otros dias
Altares á Miriam y le dió culto;
Al través de las lóbregas neblinas
De lo futuro, alegre contemplando
A la Estrella del mar enaltecida.
Y el viaje prosiguiendo, á la alborada
Serena y pura del siguiente dia,
A vela y remo entró la leve nao
En uno de los puertos de la Siria.

MUERTE DE MARIA.

VII.

Era la noche : — en una vasta pieza
De la augusta mansion que viera un dia
Raudo bajar desde la suma alteza
El fuego de inmortal sabiduría :
Esplendente de luz y de belleza
Como en su verde edad, se ve á Maria,
La escelsa esposa del Señor amada,
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
En grande multitud, de la divina
Ley, los mantenedores valerosos
Que ora el dolor mas ímprobo domina:
Allí oscuros aún los que animosos,
Su sangre verterán por la doctrina
Del Cristo, aguardan el fatal momento
En que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el *justo*, su quebranto
Entre calladas lágrimas devora;
Dá Pedro suelta rienda al crudo llanto
Que su dolor empero no aminora;
Mientra en los pliegues de su griego manto
Oculto Juan, inconsolable llora,
Y su dolor exhala en reprimidos
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,
Que en rojizos manojos despedian
Lámparas que del techo culminante
Cadenillas de bronce suspendian,
Y que como la péndola oscilante
A compás en lo oscuro se mecian;
Mas vasta parecia aquella escena,
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
Que interrumpiera solo algun gemido,
Rompió un acento vago, melodioso,
No semejante á terrenal sonido :

A aquel acento dulce, afectüoso,
Como del seno del Señor nacido,
Del cisne celestial postrero canto,
Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
Bajo el ramaje de la selva umbría,
Ni el ruiseñor que canta en la espesura
Al espirar del moribundo dia;
Ni el céfiro süave en la verdura,
Del prado, ni la multiple armonía
Que en mañana feliz de primavera
Alza á su rey la crëacion entera:

Ni el vago són de los tranquilos mares
Cuando las playas besan adormidos;
Ni el rumor de domésticos hogares,
Bienes del corazon los mas queridos,
Que en fatigas y túrbidos azares
Para siempre juzgábamos perdidos,
Y en velada aromosa de verano
Percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que al anhelante
Pecho, asegura la feliz victoria;
Ni el clarin de la fama resonante
Que canta al universo nuestra gloria;
Ni en medio del desierto al caminante
Que juzga el fin llegado de su historia,
El creciente rumor, ya de él cercana
Que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altùra
Celestial, la suprema jerarquía
Entona al Crëador; puede en dulzura,
Ni en amor, ni en süave melodía
Competir, ni en blandísima ternura,
Con las postreras voces de Maria;
Ni voz alguna en tierra ó mar ó cielo
Jamás á tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente
Que ha de correr perenne, inagotable,
Sabroso amparo de la humana gente
En la vida del cuerpo deleznable:
Luego, de la bondad omnipotente,
De la futura vida perdurable,
Dó cabe á Jehová, los escogidos
Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
Mas vivos y fulgentes resplandores
Al estinguirse en derredor derrama;
Así la emperatriz de los amores
Al espirar parece que se inflama
Aun mas en los espléndidos fulgores
De aquella eterna, engendradora lumbre
Que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones
Del porvenir remoto los arcanos:
Caerán aquellas ínclitas legiones
En que su orgullo fundan los romanos;
Y á pesar de verdugos y leones,
Alzarán vencedores los cristianos,
Signo de redencion al orbe entero,
De Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades
Y encarnizadas y sangrientas lides,
Triunfarán en desiertos y ciudades
Los del Señor preclaros adalides:
Azotes del error y las maldades,
De la santa verdad nuevos Alcides,
Opondrán el amor y mansedumbre
Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla
De los soldados del Señor plantada,
Tal como el sol sobre los astros brilla,
Lucirá al universo tremolada:
Y la palabra de verdad, sencilla,
Cual ley universal será acatada,
Y en uno refundidos tantos nombres,
A un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó.—Los dulces ojos
Fijó Miriam en la sublime esfera
Sonriendo al dejar tantos enojos
Que cercan esta vida pasagera:
Y á medio abrir los bellos labios, rojos,
Cual si en el seno del amor durmiera,
Sin fuerza ni dolor voló su alma
A las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
De aquel salon los ámbitos poblaron,
Y de fúnebre canto los sonidos
Trémulos en los aires se elevaron:
Los ecos de Sion adormecidos
Al rumor plañidero despertaron,
Y sus cándidas alas desparciendo
Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,
En grande profusion preciadas gomas,
Los fieles compitiendo en santo celo
Llevaron y riquísimos aromas.
Y cubierto el cadáver con un velo
De finísimo lino, por las lomas
Que de *Getsemani* cercan el llano
Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar dó abierta estaba
La mas afortunada sepultura,
El lecho depusieron que encerraba
Aquella flor de mística hermosura:

El astro vespertino iluminaba
Con trémulo fulgor desde el altura
La triste escena de dolor y luto,
Del mas piadoso amor postrer tributo.

Y durante los tres primeros dias
Velaron los apóstoles constantes
Del sepulcro en las márgenes sombrías,
Con otros fieles de Jesus amantes:
Y de noche las blandas armonías
Repetian los ecos circunstantes,
Que acompañado de sus sistros de oro
Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el dia cuarto, un elegido
Que de un país tornaba muy lejano,
Y era aquel que tocar osó atrevido
De Jesus las heridas con su mano,
Y por ver á Miriam era venido;
Obedeciendo á impulso sobrehumano
Rogó á los otros que la losa alzaran
Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
La losa, y con asombro descubrieron
Que no estaba Miriam do la dejaron,
Y el sudario vacío solo vieron:
Entonces en el polvo se postraron,
Y las glorias de Dios enaltecieron,
Que quiso sublimar á tanta altura
Una mortal, terrestre criatura.

LA ASUNCION.

VIII.

Es una noche plácida
Del abrasado estío (1);
El viento calla indómito,
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
De estrellas mil cercada,
Su faz ostenta nítida
La luna nacarada,
El llano y la alta cúspide
Bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos
Raudales se desprenden
De viva luz: mil ráfagas
De fuego el aire hienden,
Y alto cantar de júbilo
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas
Alas de nieve y oro,
Cruza veloz la atmósfera
Entero el sumo coro,
Hácia el estrecho límite
Del plácido jardin.

Ya llegan: la marmórea
Losa que tanto encierra
Alzan, los rostros fúlgidos
Humillan á la tierra,
Ciegos al astro vívido
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
Que la falange impera
Y que á la diestra ciérnese
De Dios en la alta esfera,
Bajo el mirar fulmíneo
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
Y fajas purpurinas,
Tras la borrasca lóbrega
Y en tierras ya vecinas,
Surge al cansado náufrago
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzos cándidos
Y delicadas flores,
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores
La reina de las vírgenes
Yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
Espíritus guerreros,
Que cabe al trono altísimo
De Dios, son los primeros,
Y en cien batallas hórridas
Vencieron á Luzbel,

Sobre sus alas rápidas
Pusieron á MARIA,
Y con cantar melódico
Por la region vacía
Mas breves que el relámpago
Vuelan á dó está ÉL.

IX.

¡El hijo de su amor, el cariñoso
Amigo, el padre y el amante fiel;

(1) La Virgen murió en la noche del 14 de agosto.

El que lloró perdido, tierno esposo',
A cuya planta el sol es escabel!

¡A cuya voluntad generadora
Del cáos tenebroso y á la par,
Lució en el cielo la primer aurora
Y la tierra surgió del ancho mar!

¡A cuya voz las roncas tempestades
Conturban los dormidos elementos;
Y se abisman los montes y ciudades,
Convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana
Es miseria y vacía oscuridad,
Y á cuya omnipotencia soberana
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte
De espíritus de luz innumerables,
En medio de los grandes de su corte
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
Estará del Supremo Emperador;
Respirará el aliento de su aliento
Y anegaráse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
Por la misericordia y la piedad,
Astro Miriam de amor, sereno y pio,
Lucirá en la infinita eternidad.

CORONA POÉTICA DE MARIA,

EPILOGO.

—

I.

O tú, cuyo poder creó la luz del dia,
Inmenso manantial de amor y poesía
Y santa inspiracion;
Un rayo de tu luz á mi anublada mente
Envia, y tu vigor le presta omnipotente
Al débil corazon:

¿Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales
Profana inspiracion y símiles mortales,
La lumbre perenal;
De aquella blanda lúz que cabe á tí destella,
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella,
Como la fé inmortal?

No es signo del poder que impera y que castiga
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga
La torpe humana grey:
Símbolo del poder que ampara y que perdona
Su cedro es la piedad, de amor es su corona,
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza
Al mísero mortal cual sueño de esperanza
Un plácido jardin;
Dó cabe al Créador, las almas escogidas
En goces vivirán inmensos sumergidas
Y júbilo sin fin.

Dá pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbre,
A mi razon mortal, porque á la escelsa cumbre
Pueda feliz volar;
Y á mi confusa voz la plácida armonía
Que entonan al morir del astro rey del dia
El cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa
Mi triste esclavitud;
Que solo así alcanzar pudiera el ronco acento
Que exhala el corazon en afanoso aliento
A tanta escelsitud.

MARIA AMANTE.

II.

Nació Miriam á este mundo
Tan perfecta y acabada,
Así en las dotes del cuerpo
Como en las prendas del alma,

Que no ya á los flacos seres
De nuestras razas humanas,
Allá en el celeste coro
Pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura
Y saber fué la mas alta,
A ser en todo perfecta
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa
Que entre sí encadena y ata
Las partes del universo
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra
Brotan fecundas las plantas,

Mientras la plata y el oro
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos rios
A la mar llevan sus aguas,
Y vuela el ave en el viento
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos
Que en medio al espacio vagan,
Entorno al sol que es su centro
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo
Que es de los cielos monarca,
Hasta el granillo de arena
Que se confunde en la playa:

No hay viviente criatura
Ni átomo en la inanimada
Materia, que no se humille
A aquella ley soberana.

Amor es del poderío
Supremo, inmensa palanca;
Vida allá en la eterna altura,
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia
Dió á Miriam parte tan larga
De la llama generosa
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura
Enfermiza y limitada
Del hombre; ni las eternas
Nobilísimas sustancias,

Que ante su inmutable trono
En su mismo ardor se inflaman,
De amor en el puro fuego
Pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos
Prendió la simiente amarga
Que dá por amargo fruto
La ingratitud é inconstancia.

Asi el arcángel maldito
Ardiendo en soberbia ingrata,
Arrostró las iras sumas
En sacrílega batalla.

Mas al nacer la doncella
De antemano señalada
A ser feliz mediadora
Entre Dios y nuestra raza:

Sobre su cándida frente
De su amor y de su gracia
Derramó las aguas puras
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas
Despues de penas tan árduas
Allá en su mente suprema
Jehová la destinaba:

Como incontrastable escudo
En las terribles batallas,
Fé y amor inmensos dióla
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazon defendido
Con esta triple coraza,
Díjola Dios: «¡Nace al mundo
Y serás mi esposa amada!»

MARIA CREYENTE.

III.

Hija del amor querida,
Generadora lumbrera
Que guias al débil hombre
De la vida en las tinieblas:

Consuelo en el infortunio,
Amparo en nuestra flaqueza,
Fuego sacro desprendido
De la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas
Que á la par de Dios sustentas
La frágil, humana arcilla,
En las mas terribles pruebas:

Sublime fé, que en el trono
De Dios, cabe á Dios te asientas,
Entre las altas virtudes
La mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel
Humana viviste estrecha,
Hallaste en Miriam un trono
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
De la suma Omnipotencia
Ella sin tí no seria,
Ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades
Eras tú la luz incierta
Que asi ilumina el escollo
Como la amiga ribera;

La luz que al náufrago alumbra
Al rugir de la tormenta,
No de salvarse el camino,
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARIA,
Y existiendo al par con ella,
Subiste á ser fé CRISTIANA
De mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo
Que sin tí camina á ciegas,
En el cielo, eterno faro,
Alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza
Allá en la region suprema,
El plácido puerto, amigo,
Dó hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta vírgen
Que en sus entrañas maternas
Llevó al que es la fuente pura
De la virtud verdadera;

Se abrasó en tu ardiente lumbre
Con tan insigne creëncia,
Que ni un punto de su vida
Vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos
Allá donde el Sumo impera,
Al través de los dolores,
Males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos
Desgarraron su alma tierna,
En proporcion que escedia
La comun naturaleza:

Siguió impávida el camino,
Si atormentada, serena;
Que en tus raudales bebia
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercana
Allá en la sublime esfera,
Por dosel tiene su trono,
Por alfombra las estrellas.

Y á los viajeros mortales
Que arrastran sobre la tierra
Llenos de pena y zozobras
Su miserable existencia;

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante sonrie,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas
Y presentadas por ella.

MARIA ESPERANTE.

IV.

De ardiente amor y fé pura
Emanacion altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente
Creó con una sonrisa
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre
Leal y constante amiga,
Que de la cuna al sepulcro
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras
Fuerzas del alma se humillan,
Ante el crudísimo embate
Del dolor y la desdicha;

Alza la cándida frente
Que entonces fúlgida brilla,
Y al cansado caminante
Sostiene á un tiempo y le guia.

Tal de las roncas tormentas
En medio á las crudas iras,
El flaco arbusto se salva
Cuando rota cae la encina.

Empero; hasta que del mundo
Pisó la cárcel maldita,
Aquella vírgen escelsa
Dó el Sumo Sér se reclina:

No fué tu amorosa lumbre
Sino vacilante chispa,
Que al acaso entre tinieblas
Brillaba y desparecia.

Mas al posarte en el alma
De la muger elegida
A ser de la fé del cielo
Primera sacerdotisa ;

Al complemento llegaste
De tu esencia enaltecida,
Que ella de tí fué en la tierra
Encarnacion peregrina.

Como tú, vírgen y pura,
Casta como tú y sumisa,
Como tú hermosa y modesta,
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
Que allá en la arena intranquila
Del desierto, iluminaba
A la nacion escogida;

Que opaca en las claras horas
Del sol, en la noche umbría
Inmensa faja de fuego
La marcha trazaba escrita :

Asi tú al mísero humano,
Fanal perenne, encaminas,
Al través de este desierto
Borrascoso de la vida ;

Mas nunca desde la aurora
Primera que purpurina
Anunció al vasto universo
Del primer sol la venida,

¡ Animara humano pecho
Tu llama plácida y viva
Con fulgor tan generoso,
Como el pecho de María !

Que nunca hubo criatura
A quien fueran prometidas,
Al través de tantos males,
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendrada
De carne mortal, que un dia
Debe ser madre dichosa
De un Dios ; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores
Inmensos, como á las dichas
Que el mismo Dios le promete,
Valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento
De las promesas divinas,
En su puro amor se anega
Y en su firme fé confia.

***

MARIA DOLIENTE.

V.

¡ Dolor, dolor ! — Férreo yugo
Que la mano poderosa
De Dios, impuso en la tierra
Contra amor, placer y gloria

Poder de cuya existencia
Lució la primer aurora
Con el delito primero
Que registran las historias.

Aquella primera falta
Que en la mansion deleitosa
Del perdido Eden, la madre
De la gente humana toda,

A instigacion cometiera
De la serpiente engañosa,
Cuya implacable malicia
Aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,
Se depuran y valoran
Las mas ínclitas virtudes
Que el humano pecho adornan :

De la fé sublime escuela,
Contienda de amor heróica,
Dó en proporcion del peligro
Mas ilustre es la victoria :

Palenque dó la esperanza
Se ejercita y desarrolla,
Pues sin tu embate es inútil
Su fuerza reparadora :

Contrapeso inevitable
Que á domar nuestra orgullosa
Naturaleza, dispuso
La voluntad creadora ;

Poder en fin cuya fuerza
A tanto en la vida monta,
Que sin estar adunadas
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo
Imágen deslumbradora

De la trinidad suprema
Que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates
ebilitadas y rotas,
Sucumbieran una á una
Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
Hiciste heridas tan hondas;
Tales torrentes vertiste
De envenenada ponzoña

En el purísimo seno
De aquella casta paloma,
Que entre Dios y los humanos
Fué divina intercesora;

Que sin la fuerza invencible
De la llama generosa
De eterno amor y fé pura
Y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardia,
Trina, incontrastable antorcha;
Vencida acaso, doblara
Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo
En que de la etérea bóveda
Partió el paraninfo, nuncio
De la nueva portentosa

De la redencion del mundo:
¡Cuántos sustos y zozobras,
Cuántos agudos pesares
Desgarraron su alma heróica!

Madre pierde al hijo caro,
Huérfana á su padre llora,
Y viuda desolada
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano
Tan crudamente acongojan,
Cuando en el mar de la vida
Vienen distantes y solas:

Juntas, terribles, sañudas,
En el corazon se agolpan
De Miriam, y lo desgarran
Con ansia devoradora;

— Mas en la ruda palestra
Triunfa la escelsa matrona,
Y el negro báratro gime
Confesando su derrota.

VI.

Asi Miriam fué en la tierra,
Que desde la enorme culpa
De nuestra primera madre
Yacia en noche profunda,

La llama de amor sublime,
De la fé lumbrera augusta,
Y de la blanda esperanza
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente
De las humanas angustias
Apiadado al fin, enviónos
Consuelo y paz y ventura,

Y en vano allá del Averno
Aquella ominosa turba
De arcángeles maldecidos
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña
Ardiendo implacable, ahulla,
Exhalando en gritos roncos
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra
Generaciones ilusas,
Del negro error defensoras
Contra la alma verdad pugnan,

Que como el sol en el cielo
Con fulgor mas vivo alumbra
De una deshecha borrasca
Tras la espantosa pavura:

Tal del torvo paganismo
Tras la impenetrable bruma,
Lució el sol del Evangelio
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
Brillar en la eterna altura,
Los númenes del Erebo
De nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando
La temeraria bravura
Del que en el mortal combate
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
Que en la lid primera injusta
Sufrió su rebelde brio
Contra la potencia suma:

En conciliábulo torpe
La inmensa falange impura,
A despecho de su audacia
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios
Vencer la pérfida astucia,
Y ya al hirviente coraje
La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota
Domina en la negra altura,
Ven los ángeles perversos
De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
Que ve imposible la fuga,
Y á perros y cazadores
Se revuelve furibunda:

Asi Luzbel maldecido,
A quien su rencor abruma,
Prepara el último alarde
De su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto
De sanguinolenta espuma,
A la árdua lid se abalanza
Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
El báratro se conturba,
Y las maldecidas haces
Se desparraman confusas

Sobre la tierra: de Cristo
Los soldados fuertes luchan;
Corre á torrentes la sangre
En montañas y llanuras;

—Pero Miriam los acorre
Desde el cielo en la árdua pugna,
¡Y esplendorosa y triunfante
Sale la fé con su ayuda!

VII.

MARIA fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y trasparente
Brotó copioso el manantial de vida:
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida,
Y á completar su esencia soberana
Hízola madre de la fé cristiana.

LA FÉ CRISTIANA.

VIII.

«¡Haya luz!» dijo Dios.—Aun turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á do su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío;
Surgen los montes, brotan los torrentes;
Y á la voz del Supremo poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios!—Le tributan homenage
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follage,
El cristalino arroyo que murmura;
En su tierno, dulcísimo lenguage,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el léon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza;
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su túrbida pujanza;
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
¡Su vasta inmensidad el Océano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
¡Ceguera incomprensible y lastimosa!
El mas perfecto sér que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa;
El Soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello de su ciencia,
¡Ese sólo dudó de su existencia!

Dudó;—fué mas allá:—¡negó el menguado
Que hubiera un Dios, en su febril locura!
¡Negó al Señor, el Rey de lo creado!
¡Renegó del Criador la criatura!

Él, miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hay mas Dios, esclamó en su desatino,
Ni mas ley ni mas freno que el destino!

¡El destino! — Dios ciego que un demente
A su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creacion de insana mente,
Mentida sombra que abortó un ensueño:
Al bien como á los males impotente,
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y asi al verdugo
Como al que espira só él infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
Es dó tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y esterminio:
Monstruo devorador, cuya hambre fiera
No saciada en el lúgubre triclinio,
Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿A qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿A qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿Para qué la virtud del varon fuerte?
¿Para qué la inspirada poesía?
El númen de los cantos inmortales
¿Qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto, y ruinas?
Y el eterno laud de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto
Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre ciprés mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
¡Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la FÉ CRISTIANA?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
Con la savia del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,
Crece olorosa y bella y rozagante;
Trasplantada despues á suelo ajeno
Pierde su esplendidez, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, estraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Asi el débil mortal á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza
De negras sombras y de horror cercado:
Víctima del temor y la tristeza,
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fé vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fulgor de su mirada:
Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
Miseria su ambicion, ¡su ciencia nada!
Júzgase un dios en su delirio insano,
¡Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Crea, pasa veloz. — De cien naciones,
¿Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los tímidos Faraones?
¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones,
Y leyes y costumbres ¿dónde fueron?
¡Ay! ¡en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Dónde fué la metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino:
Restos, cenizas fúnebres dó quiera
Embarazan el lúgubre camino,
Y el eco de su voz solo retumba
Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
En las tinieblas de la noche humana;
El mundo era una vasta sepultura
Dó reinaba la muerte soberana:
Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
Dó la santa verdad copiosa mana,
Del Sinai celestial bajaste al suelo
A darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error.—Hombres oscuros
Se lanzan á la lid con faz serena:
«¡Morir para vencer!» gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena:

Ya tiemblan los satélites impuros
Al ver el entusiasmo que enajena
A las sagradas víctimas, y el fiero
Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan, y á los tigres africanos;
¡Y la madre tal vez en santa ofrenda
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz: — Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento
Repitieron la *nueva deseada:*
Y del báratro al fondo turbulento
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
Unico triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente fé, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
Que miedo infunde al infernal gigante;
Fuente de amor serena y cristalina
Que ofrece grata sombra al caminante,
Y con sus puras ondas le convida
En medio del desierto de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el Océano
Y llena el alma de mortal pavura,
En vano esfuerza la cansada mano
A luchar con su indómita bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada
Cobra vigor y con aliento nada:

Sublime fé, del hombre compañera,
A sus trémulos pasos docto guia;
Unica luz de claridad sincera,
Unica inspiracion que no estravía:
Unico amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella desprendida
Del foco inmenso de la eterna lumbre!
¡Salve, perenne manantial de vida
Que brotaste del Gólgota en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El iris de la paz y mansedumbre,
De todo bien generador fecundo,
¡Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

JUAN DANDOLO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

PERSONAS.

JUAN DANDOLO (BERNARDO CARABELLO).
MARIANA, su hermana.
JACOBO DAGOLINO.
PEDRO.
GASPAR, gondolero.
MAFFEI.
DON RAMIRO.
ISAAC BENJAMIN.
CABALLEROS VENECIANOS.
DAMAS.
ANINA.
ROSA.
INÉS.

La accion pasa en Venecia á fines del siglo XV.

ACTO PRIMERO.

Calle en Venecia.

—

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, A LA PUERTA DE LA CASA DE BERNARDO; MARIANA, EN EL BALCON.

Ped. ¿Decís que esta noche?
Mar. Sí;
Esto solo le responde.
Ped. Mas no me habeis dicho dónde
Os ha de ver.
Mar. ¿Dónde? Aquí.
Ped. ¿A esta puerta?
Mar. Sí; mas cuida
No noten á tu señor,
Que en ello estriba mi honor
Y acaso tambien su vida.
Ped. No temais.
Mar. Adios. (*Se entra.*)
Ped. Por mas
Que diga mi amo, no sé

De tanta cándida fé
Lo que ha de alcanzar jamás.
Estos misterios de amor
Que han de ser fatales creo
Y trascienden á himeneo,
Que no hay desdicha mayor.
¡Y ha de hacer esta muger
Que caiga en tal desvarío!...
Ya no sois, pobre amo mio,
El que de antes solíais ser.
En otro tiempo era cosa
Harto notable á fé mia,
Encontraros mas de un dia
En los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
Os está en su amor prendiendo:
Máteme Dios si comprendo
Tan rara fidelidad.

ESCENA II.

GASPAR, BERNARDO.

(*Salen por el fondo á la izquierda del espectador.*)

Bern. Ya hemos llegado: bien puedes
Volverte: toma.
Gasp. ¿Qué haceis,
Monseñor?
Bern. ¿Pues qué?
Gasp. ¿No veis?
¡Oro!
Bern. ¿Y bien?
Gasp. ¡Tantas mercedes!
Bern. ¡Oh! ¿porqué me hablas asi?
¡Monseñor!
Gasp. No dije nada.
Bern. ¿No soy ya tu camarada
Y tu hermano de armas, di?
Gasp. ¡Camarada! sí, bien dices;
Esos tiempos no olvidé,
Que no sé si llamaré
Mas tristes ó mas felices.
Bern. ¡Qué guerras!
Gasp. ¡Qué mortandad!
Bern. Venecia, no como ahora,
Del mar la reina y señora
Se llamaba con verdad.
Sus nobles no envilecian
Su existencia en los placeres,
Ni como blandas mugeres
Telas de seda vestian.
Ni en molicie regalada
Hicieron del vicio alarde,
Ni por el puñal cobarde
Trocaron la dura espada.
Entonces no era el honor
Como agora inútil nombre,
Y era virtud en el hombre
Esa virtud del valor.
Del campo la piedra dura
Era en las lides su lecho,
Y no temblaba su pecho
Bajo la férrea armadura.
Ahora ya, prefieren viles
La esclavitud á la guerra,
Arrastrándose en la tierra
Como míseros reptiles.
Gasp. Es verdad, ¿mas cómo asi,
Mudando conversacion,
De tan pobre condicion
Tan rico te hiciste, di?
Tú eras soldado, valiente,
Es verdad, pero no mas
Que un soldado, y rico estás
Si ya tu porte no miente.
Las artes están fatales,
Y tu oficio de espadero
Que no te produzca infiero.
Bern. ¡Sí, por Dios! se hacen puñales.
Gasp. Pudiera ser... sin embargo,
Todo eso, Bernardo, es humo.
Bern. ¡Eh!
Gasp. Y acertarlo presumo.
Bern. ¿Sabrás quizá...?
Gasp. Me hago cargo.
Aunque de cierto lo ignoro,
Quizá el secreto se encierra
En hacer de pobre tierra
Florines de plata ú oro.
Secreto es ese que diz
Que mas de un sabio encontró,
Y aqueso presumo yo
Que pudo hacerte feliz.
Bern. ¡Bah! no es eso. Es mas sencillo
Mi secreto.
Gasp. ¿No haces oro?
Pues te hallaste algun tesoro
Al levantar un ladrillo.
Eso á menudo lo ves.
Bern. Tampoco es eso, Gaspar;
No lo puedes acertar.
Gasp. ¿Pues qué, tan difícil es?
Bern. No puedes, si yo no hablo,
El móvil de mi fortuna
Conocer.
Gasp. Sin duda alguna
Vendiste tu alma al diablo;
Y si es asi, bien querria,
Tal mi suerte es de cruel,
Hacer amistad con él
Para venderle la mia.
Bern. ¿Cierto?... (*Sonriéndose.*)
Gasp. Al mismo Belcebú
Como riquezas me diera,

Y feliz tambien me hiciera,
Cual sin duda lo eres tú.
Bern. ¡Feliz!.. ¡no lo soy pardiez!
Con todo mi corazon
Cambiara mi situacion
Por tu paz y tu honradez.
Gasp. Tú tambien eres honrado,
O al menos siempre lo fuiste.
Bern. Cuando tú me conociste...
Pero ese tiempo ha pasado.
Gasp. ¿Es cierto?
Bern. Sí, por mi mal.
Gasp. Mi estado entonces prefiero.
¿Eres tal vez carcelero,
O esbirro del tribunal?
Bern. No te canses; soy:.. (*Al oido.*)
Gasp. ¡Gran Dios! (*Alejándose.*)
Bern. ¿Qué haces, amigo?
Gasp. Me voy.
No puede haber desde hoy
Amistad entre los dos.
Bern. Es cierto, sí; vete ya:
Mi aliento puede mancharte.
Gasp. El cielo quiera arrancarte
De aquesa senda.
Bern. ¡Ojalá!

ESCENA III.

BERNARDO.

Razon tiene; mas no veo
Otro remedio en mi suerte
Que el remedio de la muerte...
¡Dios sabe que la deseo!
¡Dios lo sabe que por tí
Virtud y honor olvidé,
Pobre Mariana! y yo sé
Que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
En lenta, amarga agonía,
Otra vez marchitaria
La miseria tu hermosura.
Tú sufrias, en verdad;
Yo no sé si resignada,
Mas devorabas callada
Tus lágrimas de orfandad.
¡Oh! no; que sufra yo solo
Aunque Venecia me llame
Con el nombre torpe, infame
Del terrible Juan Dandolo.
(*Entra en su casa.*)

ESCENA IV.

JACOBO, PEDRO.

Jac. ¿Eso Mariana te dijo?
Ped. Eso.
Jac. ¿Que viniera?
Ped. Sí;
Pero aun no es hora.
Jac. La noche
Poco tardará en venir.
Entretanto, esperaremos...
Ped. ¿En dónde, señor?
Jac. Aquí.
Ped. ¿Y si os viesen?
Jac. ¿Quién?
Ped. Alguno:
Llegómelo á prevenir...
Jac. No me verán.
Ped. Cuando espera
Un caballero gentil
En una esquina arrimado,
Queriendo el rostro encubrir,
No hay duda, señor, ninguna
Que quien le detiene allí
Son los ojos hechiceros
De un humano serafin.
Jac. Nadie puede conocerme.
Ped. Como gusteis; yo por mí...
Jac. Entretanto de otro asunto
Tengo que hablarte.
Ped. Decid.
Jac. Esta mañana he salido
Del juego sin un cequí.
Ped. Todos los dias á casa
De esa manera venís.
¿A qué es la nueva?
Jac. Mi padre
Se ha llegado á resistir
A franquearme sus arcas.
Ped. Hace bien.
Jac. Ya no hay ardid,
No hay medio ya de arrancarle
Un miserable florin.
Ped. Harto os ha dado.
Jac. Es preciso,
Sin embargo, recurrir
A algun medio.
Ped. Ya lo veo.
Jac. Para ello he pensado en ti.
Ped. ¿Os burlais?
Jac. ¿No lo adivinas?
Ped. Al punto, si lo decís.
Jac. Vete á buscar en Rialto
Al buen Isaac Benjamin,
Un prestamista usurero,
Y haz luego que venga aquí.
Ped. ¿Empeñais vuestra palabra,
O vuestra firma?
Jac. ¿A qué fin
Me lo preguntas?
Ped. Porque
Es tan miserable y vil

La condicion de esos perros,
Que no darán un cequí
Por la palabra y la firma
De un hidalgo tan gentil;
Mas si teneis por ventura
Alguna alhaja ruin
Que valga el doble á lo menos
Que la suma que pedís...
Jac. Imposible.
Ped. Y aunque guarde
Larga madeja sutil
De perfumados cabellos...
Jac. ¿Te atreves eso á decir?
Ped. El hebreo, que como hombre
De talento baladí,
Su precio ignora, y no sabe
Que bañada de jazmin
En otro tiempo besaba
Con voluptuoso bullir
El peregrino contorno
De algun cuello de marfil,
La dejará en vuestras manos,
Reservando para sí
Los diamantes que la guardan,
Y el oro, que es tierra vil.
Jac. ¿Y no hay otro medio?
Ped. Yo
No lo alcanzo.
Jac. Con qué al fin
Será preciso... ¿y si ella
Lo llegase á presumir?...
Ped. No es fácil.
Jac. En hora buena.
Vé en busca de Benjamin,
Y aquí os espero... mil doblas
Le pedirás.
Ped. Lo haré así.

ESCENA V.

JACOBO.

No lo sabrá... la fortuna
No siempre ha de ser contraria,
Y las manos de un judío,
Aunque profanen, no manchan.
Presto volverá á las mias,
Para que de ellas no salga
Esta prenda de tu amor,
Que un rico tesoro guarda.
Estos hermosos cabellos
Que blando perfume exhalan;
Y mil veces resbalaron
Sobre tu desnuda espalda,
Tornarán, yo te lo ofrezco,
Porque consuelan mis ansias
Cuando ausente de tus ojos
Dolientes mis horas pasan.
(*Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega á la casa de Bernardo.*)
¿Qué es esto? un hombre que oculta
En el embozo la cara,
Paró á su puerta: sospechas...
¿Quién puede ser? ahora llama.
(*La puerta se abre y el embozado entra como recatándose.*)
¡Le abren! el diablo me lleve
Si aquesto no tiene trazas
De amorosa cita... ¡Cielos!
¡Infiel ella! ¡Mariana!
No es posible; mas lo cierto
Es que entró, que le aguardaban...
¡Oh! yo tambien entraré;
Así veré si me engaña.
(*Va á llamar y se detiene.*)
¡Ah! que los zelos me ciegan...
¿No puede entrar en su casa
Hermano, padre ó marido?...
Pero dudarlo no basta.

ESCENA VI.

JACOBO, PEDRO, ISAAC BENJAMIN.

Ped. Isaac Benjamin.
Jac. Bien vengais,
Judío.
Isaac. Que os guarde Dios.
Hame dicho este criado
Que con mucha precision
Necesitábais mil doblas
Sobre alhajas de valor.
La cantidad es inmensa;
Mas si permitiérais vos
Que viese la prenda...
Jac. Es justo,
Mírala.
Isaac. ¡Dios de Jacob!
Bien lo merece, hay diamantes
Claros como el mismo sol,
Poco á la verdad, mil doblas
Para tal alhaja son;
Y si quereis...
Jac. No, me basta.
Ped. ¿Sacais el cabello?
Jac. No,
Así para rescatarlo
Será el conato mayor.
Isaac. Tomad y contad.

ESCENA VII.

MIENTRAS JACOBO CUENTA EL DINERO, SALEN DE LA CASA BERNARDO Y EL EMBOZADO.

Bern. Ya sé...
Conozco mi obligacion
Y quedareis satisfecho.
Ped. Dos hombres salieron. (*A Jacobo.*)
Jac. ¡Dos!
Mira y disimula.
Bern. Pero
Os advierto, monseñor;
Que si á todo me convengo,
Al precio que decís ; no.
(*El embozado le dá un bolsillo.*)
Fuí soldado, y en mi pecho
Late un noble corazon,
Y os juro que no me agrada
Herir con golpe traidor.
Un hebreo no es de cierto
Un enemigo feroz,
Y en este caso...
(*El embozado vuelve á darle dinero.*)
Ya veo
Que me entendeis: ¿os vais? ¡oh!
Aun me resta por haceros
La postrera reflexion.
Si he de estraer los papeles
Que consigo lleva, estoy
Pagado como asesino,
Pero no como ladron.
(*Vuelve á darle dinero el embozado.*)
Ped. Si nos ven...
Jac. Disimulemos:
Cabal está.
Ped. Alzad la voz;
No noten que recelamos.
Jac. Isaac Benjamin, adios.
(*Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atencion de Bernardo mostrándole con la mano al judío. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se vá.*)
Isaac. Adios, noble jóven.
Bern. ¡Vaya!
Que casualidad mayor...
(*Se va Isaac y Bernardo le sigue.*)

ESCENA VIII.

JACOBO, PEDRO.

Jac. ¿Quiénes pueden ser?
Ped. Su hermano
Es el uno de los dos
Sin duda.
Jac. ¿Cómo has sabido?...
Ped. Hace un instante, mas no
Todo lo que yo quisiera.
Jac. Pero en fin...
Ped. Supe que son
De pobre orígen... él vive
A costa de su sudor,
Que es un armero.
Jac. Imposible.
Ped. Yo no alcanzo esa razon;
Sin embargo, para luego
Lo preguntaré mejor.
Jac. Pienso que baja.
Ped. Cuidado
Con revelarla que vos
Indagais...
Jac. Ni una palabra:
No te alejes.
Ped. Cerca estoy.

ESCENA IX.

DICHOS, MARIANA.

Jac. Te veo al fin... ya creia
Que no vinieses.
Mar. ¿Porqué?
¿Es tan tarde?
Jac. Sí á fé mia,
Que sin tu luz no vivia
Todo el tiempo que esperé.
La impaciencia es un dolor
Si nace de tal amor
Como este que el alma abriga,
Que da tormento y fatiga
Solo porque da temor.
Mar. Jacobo, ¿tanto me amais?
(*Con melancolía.*)
Jac. ¿Eso preguntais, señora?
Mar. (¡Gran Dios!)
Jac. ¿Acaso dudais?...
Mar. Dudar; dudara en buen hora.
Jac. ¿Eso decís, y llorais?
¡Malhaya quien de esos ojos
Causa los duros enojos!...
¿Quién, señora, te ofendió?
Mar. Nadie, sino quien buscó
Placeres y encontró abrojos.
Yo misma soy de mi mal
La causa, que loca, insana
Alimenté criminal
Una pasion inhumana
Que habrá de serme fatal.
Y al fin, es llegado el dia
Temido, aunque no esperado...
Llegar por fuerza debia,

Y nuestro amor descuidado
Eterno el placer creia.
Jac. Habla, ¿qué puede en el mundo
Nuestro afecto contrastar?
¿De qué nace ese pesar
Que con dolor tan profundo
Miro en tus ojos brotar?
¿Zeloso, adusto y sombrío
Tiraniza tu albedrío
De algun marido el rigor?
Dilo, y el enojo mio...
Mar. Es mas honesto mi amor.
Jac. Perdona si te ofendí,
Que nunca supe quien eres
Por mas que lo pretendí:
Siempre sois todas asi
Misteriosas las mugeres.
Mar. Sí, misteriosa, es verdad,
¡Pero es un secreto horrible!...
Niña, en mi mejor edad,
Sobre mí pesa terrible,
Funesta fatalidad.
Jac. Dilo pues.
Mar. Nunca.
Jac. ¿Porqué?
Mar. Es imposible.
Jac. Y no mas
Que esa razon... ¡oh! ya sé
Porque otra razon no das...
Mar. No lo sabes.
Jac. Sí, sí á fé.
¿Quién lo duda? arrepentida
De amarme, en otra pasion
Acaso el alma engreida...
Mar. ¿Eso piensas?
Jac. ¡Fementida!
¡Nunca esperé tal traicion!
Mar. ¡Calla! ¿No te amo? si fuera
Eso que dices verdad,
Ni estas lágrimas vertiera,
Ni en mi doliente ansiedad
Por tí mi vida espusiera.
Jac. ¡Tu vida!
Mar. ¿Sabes que el cielo
Puso un muro entre los dos?
Jac. No lo sé, pero recelo
Que estais gozando ¡por Dios!
En doblar mi desconsuelo.
¿Quién hay que pueda romper
Tales, tan sagrados lazos?
Sutilezas de muger
Que dan al alma placer
Para romperla en pedazos.
Gozais en vender amores
A precio de un corazon,
Y con halagos traidores
Guardais entre blancas flores
El veneno y la traicion.
Mar. ¡Jacobo!
Jac. ¡Bajando estás
Los ojos avergonzada!
Mar. Esto, ¡Dios mio! ¡esto más!
Jac. Mariana... adios...
Mar. ¡Desdichada!
Jac. ¡Para siempre adios!
Mar. ¿Te vas?
Jac. Tú lo quieres.
Mar. Mas dudando
De mi amor... dudar asi...
¿No ves lo que estoy penando?
Jac. Decidme pues... ¿hasta cuándo
Quereis burlaros de mí?
Ya sé, señora, ya sé
Que sois llorando funesta,
Y esa mi desdicha fué,
Que el alma, la vida y fé
Aquese llanto me cuesta.
Mar. Oid... la suerte importuna
No como á vos me halagó
Y es tan oscura mi cuna,
Que no habrá muger ninguna
Tan humilde como yo.
Y aunque es verdad que os adoro,
Y que este amor es mi vida,
Jacobo, tampoco ignoro
Que profano mi decoro,
Viviendo en él engreida.
Porque con tanta aficion,
No siendo mi suerte igual
Aunque igual mi corazon,
Ser tu esposa fuera un mal,
Y ser tu amante un baldon.
Jac. ¿Quién eres pues?
Mar. Ahora bien,
Dudes de mi afecto ó no,
Júzgueslo amor ó desden,
Vete en buen hora... tambien,
Tambien á sufrir voy yo.
Jac. Espera.
Mar. No, no es posible
Aquí ya permanecer.
Jac. ¡Tanta perfidia es creible!
Mar. Vete, Jacobo, es terrible
El amor de esta muger.
Jac. Has de oirme.
Mar. Presto, acaba...
Jac. ¿Piensas tú que mi pasion
Blasones en tí buscaba,
Ni otra cosa demandaba
Que ternura y compasion?
¿Qué importan nobleza y oro
Cuando hay amor y virtud,
Y ese tan rico tesoro
Que en tí frenético adoro
De hermosura y juventud?
Habla... y si puede bastar

Mi mano á satisfacerte
Unanos luego el altar,
Sino es que quieres gozar
En mi desdicha y mi muerte.
Mar. ¿Juras al Dios soberano,
Que es de tu oferta testigo,
Darme de esposo la mano?
Jac. Deme severo castigo
Si juro su nombre en vano.
Mar. Espera...
Jac. ¿Viene alguien?
Mar. Sí;
¿Ves un bulto?
Jac. ¿Quién será?
Mar. Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!
Que se acerca; vete ya.
Jac. Observaré desde allí.

ESCENA X.

BERNARDO, MARIANA.

Bern. ¡Mariana!
Mar. ¡Tú tan presto!
Bern. ¿Te sorprendes?
¿No me esperabas, di?
Mar. No.
Bern. Y entre tanto
Acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,
No será como de antes sin encanto.
Mar. No comprendo, Bernardo.
Bern. Por ventura,
¿No me he esplicado bien?
Mar. Cierto...
Bern. ¿En qué pasas
Las horas tristes de la noche oscura?
Mar. ¿En qué, sino en rezar?
Bern. Bien lo comprendo,
Y por esa razon á tales horas
Buscando mas sublime santuario
Y mas sublime altar, habeis salido
Del humilde oratorio solitario...
Mas no á citas de amor...
Mar. Tales sospechas...
Bern. Sospechas... ¡Oh! tomad.
Mar. ¡Cielos, qué veo!
Bern. Joya es tuya, Mariana.
Mar. ¿Y cómo pudo
A tus manos venir?
Bern. No sé; mas mira,
Mírala bien, hermana; es una prenda
De tiernísimo amor; mira que guarda
De tu cariño despreciada ofrenda.
Mar. Yo...
Bern. ¿No son estos, di, los rizos bellos
Que engalanaron tu nevada frente?
¿No es esta la color de tus cabellos?
Mar. ¡Bernardo!...
Bern. Y esta joya que tu hermano,
Prenda de su querer te dió en un dia,
Prenda es de liviandad, de amor insano
Que hoy atestigua la deshonra mia.
Mar. ¡Deshonra! no es verdad: pura y sin mancha
Fué mi pasion, Bernardo: este cariño,
Que inundó el alma de inefable encanto,
Es virginal, como el amor de un niño.
Bern. ¿Quién lo duda? es verdad que no pagara
Con igual espresion tan tierno afecto,
Que tu inocencia y tu candor burlaron.
¿En qué mano presumes que esa joya
Por desgracia encontré?
Mar. Dime; no acierto
Tanta infamia á creer.
Bern. ¡Oh! el desdichado
No mas me infamará.
Mar. ¿Quién es?
Bern. Ha muerto.
Mar. ¡Ah! ¡por mi culpa!
Bern. No; morir debia:
No le maté tu amor ni mi venganza...
Fué su desdicha y la desdicha mia.
Mar. ¿Qué has hecho?
Bern. ¿No lo sabes? ¿no sospechas
A qué grado de infamia y desventura
Tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado
Por tí, por tu cariño, la memoria
De un padre y de una madre ha deshonrado?
Mar. No lo digas por Dios.
Bern. Esto te asusta,
Y sin embargo, hermana, en el delito
Siendo conmigo igual, eres injusta.
Ambos su tumba sin pudor manchamos;
Ambos escarnecimos su memoria...
Ambos tambien es fuerza que muramos.
Mar. ¿Es un crímen amar?
Bern. ¿Y si el infame
Burlase tu candor?
Mar. No, no es creible.
Bern. Mas si fuese capaz...
Mar. ¿No eres mi hermano?
Dejarle sin castigo era imposible.
Bern. Esto debe acabar: harto, Mariana,
Zeloso de tu honor y tu inocencia
Espié tus quiméricos amores...
Tu soberbia ambicion, y tu imprudencia
Han colmado mi vida de dolores.
Sí, en esas noches para mí sombrías
Y hermosas para tí, cuando amorosa
A tus placeres ciega te entregabas
Y sin pudor, en hora silenciosa
Citas de amor á tus galanes dabas;
Presa yo en tanto de infernal martirio
Como el tigre tus pasos acechaba

Espiando el momento del delirio.
Andrea Foscarini, el noble jóven,
Mas que noble galan, de su señora
A la cita acudió... su pobre madre
Su triste fin desconsolada llora.
Mar. ¡Tú fuiste!...
Bern. Aquel Filipo Trevisano,
Opulento señor, turbó de nuevo
Tu corazon, haciendo que olvidases
El triste fin del mísero mancebo.
Tambien era una noche bien oscura,
Bien oscura ¡por Dios! cuando acudia
A la cita fatal... combate horrible
Fué aquel, porque su brazo era valiente
Y era afrontarle á la verdad terrible.
Pero conmigo la razon luchaba...
Cayó...
Mar. Filipo... tú... tú le mataste...
¡Tú mataste á los dos!... lo sospechaba.
¡Oh! ¿con que á mí tan solo en este mundo
Me es vedado el amar?...
Bern. Mal lo comprendes.
¿Porqué ambiciosa y ciega al amor torpe
De esos nobles sin fé solo te enciendes?
¿Sabés que hay una ley, una barrera
Que á los hombres separa? esa es la cuna,
Y es el oro tambien; ¿cuál es, Mariana,
Cuál es tu nacimiento y tu fortuna?
Mas si la valla quebrantando alguno
Tu altivo orígen olvidar parece,
Máscara es esa que engañoso toma,
Milano es, que desciende de su altura
Por devorar la tímida paloma.
Mas no temas jamás, mientras yo viva,
Que la valla quebranten: si el milano
En derredor de tí su vuelo tiende,
A su pesar conozca que la garra
Del águila altanera te defiende.
Mar. Sí, dices bien, á tanto desvarío
Es fuerza renunciar.
Bern. ¿Pero esta noche
No esperas, di, al galan?
Mar. Bernardo, entremos;
Ya mas no le he de ver.
Bern. Yo lo aseguro.
Mar. Ven.
Bern. Yo le espero aquí.
Mar. ¿Qué dices? calla...
Ya no vendrá esta noche, te lo juro.
Bern. Entra, yo aquí me quedo.
Mar. No.
Bern. Si temes
Mi indignacion, aparta; porque airado
No sea que en tí misma ensaye el golpe
Que ha de herir al amante desdichado.
Mar. ¡Oh! no me apartaré.
Bern. Pues bien...
(*Sacando el puñal.*)
Mar. ¡Dios mio!
(*Huye, y sale Jacobo.*)
Jac. Yo te defiendo.
Mar. ¡Ay, huye!
Bern. ¡Miserable!
Ped. Venid...
Mar. Huye, Jacobo...
Bern. Estamos solos...
Desnudad vuestra espada... ved que arde
Lleno el pecho de saña.
Jac. Es imposible...
Con vos no he de reñir.
Bern. ¡Tambien cobarde!
Jac. Cobarde, no.
Bern. Pues bien, aunque no lidies,
Te mataré, villano.
Jac. Bueno fuera,
A no estorbarlo yo.
Bern. Pronto veremos
Como lo evitarás.
Jac. De esta manera. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

Un aposento en casa de Jacobo.

—

ESCENA PRIMERA.

JACOBO, MARIANA.

Jac. ¿Recelar puedes de mí
Que te salvo de un tirano?
Mar. Jacobo, al fin es mi hermano.
Jac. No obrara un verdugo asi.
Pero está bien, tu escondite
A acertar no ha de valer
Por mas que todo el poder
Del infierno solicite.
Y aun si cupiera en tu amor
Un pequeño sacrificio...
Mar. Ya va por el precipicio
Por lo menos el honor,
Y prenda le creo á fé
Sino buena, suficiente.
Jac. Perdona, anduve imprudente.
Mar. Y otra ademas te daré.
Si en ganar este aposento
Temerosa consentí,
En que me guardes aquí
Enamorada consiento.
Jac. ¡Oh! y en él te defendiera
Del mundo entero á fé mia
Porque eres mi luz, mi dia...
Mar. ¡Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusion

De estrepitosos placeres
Has de abrir á cien mugeres
Las puertas del corazon.
Jac. Mariana, ó no te conoces
O te ha mentido tu espejo;
Pídele, por Dios, consejo,
Que ha de desmentirte á voces.
Mar. Muchos lo mismo me han dicho
Creyéndome mas liviana;
Pero al fin de una semana
Tuvieron otro capricho.
Si tú como ellos un dia...
Aparta, sueño importuno.
Jac. ¡Oh! nunca te amó ninguno
Con tan ciega idolatría;
Hasta el birrete ducal
Que el mismo dux me ofreciera,
Sin tí, amor mio, creyera
Que me sentaba muy mal.
Mar. Dime, Jacobo, si sientes
Lo que diciéndome estás;
Mas tal vez mañana vás
A confesarme que mientes.
Cuando sin vida tu padre,
Libre y poderoso seas
Y placer que no poseas
No encuentres como te cuadre;
Cuando Jacobo en tutela
Sea el conde Dagolino,
¿No celará su destino
De quien ahòra no le cela?
Jac. Destino no habrá mayor
Que adorarte, y en verdad
Que he de hacer con vanidad
Ostentacion de tu amor.
Todos al pasar corriendo
Y en derredor agolpados,
Curiosos ó embelesados
¡Cuán hermosa! irán diciendo.
Envidia de las mugeres,
Idolo de los galanes,
Tú causarás sus afanes
Y amargarás sus placeres.
Acecharán despechadas
Cuando de tu casa sales,
Las plazas y los canales
Dejándote avergonzadas.
¡Oh! ¡por Dios que es gran placer
El orgullo en la hermosura!
Mar. Rebélase á tal pintura
Cuanto tengo de muger;
Porque... lo has adivinado,
Sí, todas somos lo mismo;
Orgullo, amor, egoismo,
Guarda el corazon cerrado.
¡Oh! y frenéticas de amor,
Hay momentos en que diéramos
Cuanto amor hallar pudiéramos,
Por un chal, por una flor.
Mas... (*Pensativa.*)
Jac. ¿En qué piensas, mi vida,
Que con secretos enojos
Se agolpa el llanto á tus ojos?
Mar. ¡Si esa pasion fué fingida!
Si pasado un mes, un año,
Fastidiado al fin de mí...
Dímelo, Jacobo, aquí;
Me matará un desengaño.
Jac. ¿Qué dices, Mariana?
Mar. Mira,
Tal vez en este momento
En mil locuras consiento,
Mas mi amor me las inspira.
Yo puedo por no perderte,
Mirando á tu vanidad,
Mostrarme por la ciudad,
Satisfecha con quererte.
Aquí tus propios amigos,
Mas que su necio murmullo
Harto le pese á mi orgullo,
Serán de tu amor testigos.
Si lo quieres, por tu dama,
Por tu sierva pasaré:
Todo, sí, lo arrostraré,
Que nada pesa á quien ama.
Mas si tras tanta pasion,
Tras tanto envilecimiento
Traidor otro pensamiento
Te asaltara el corazon,
Si un dia tal vez villano
Como á esclava me despides,
Entonces ¡oh! no te olvides
De que he tenido un hermano.
Jac. (Altiva es la muchachuela,
Y juro á Dios que me place;
De viento castillos hace,
Mas ardimiento revela.)
Estás de sueños, Mariana,
Y de quimeras hablando;
¿Porqué siempre recelando
Estar hoy para mañana?
Mar. Con ese temor no puedo,
Jacobo, zelosa soy;
Siempre tras tu sombra voy;
Mas de perderla con miedo.
Mozo, audaz, enamorado,
Hoy todo el amor lo vence,
Mas temo que te avergüence
Rico y noble lo pasado.
Jac. Avergonzarme, ¿y de qué?
¿De adorarte, vida mia,
Cuando altares te alzaria
Para prendas de mi fé?
Mar. Mas deliramos, por Dios;
¿Y mi hermano?
Jac. Nó dará

Donde el escondite está
Si lo queremos los dos.
Mar. Él descubre cuanto pasa,
Jacobo, en toda Venecia.
Jac. En poco su vida aprecia
Si acierta con esta casa.
Mar. Es valiente.
Jac. Y noble soy.
Mar. Es zeloso.
Jac. Y soy amante.
Mar. Él te seguirá constante.
Jac. Yo tras él constante voy;
Y aparta todo recelo,
Que pues yo te guardo aquí,
No tendrán rastro de tí
Ni las estrellas del cielo.
Mar. Mas fuera lance cruel
Que por guardarme de más
Celándote de él, quizás
Dieras mas pronto con él.

ESCENA II.

JACOBO.

Me siento cada vez mas hechizado,
Mas orgulloso cada vez me siento,
Y cuanto mas me arriesgo enamorado
Mas crecen imposibles á mi intento.
Jorge, Maffei y Tiépolo decian:
« Nada conseguirás de esa altanera; »
Y de un empeño tan tenaz reian
Y ha reido á su vez Venecia entera.
¡Oh! la verán de mi pasion vencida,
Avergonzados la verán, lo juro...
¿Mas dónde? en esta cámara escondida,
En este negro calabozo oscuro.
Héme aquí vencedor á quien condenan
A esconder con vergüenza su victoria,
Pues que opuestas razones hoy me ordenan
Callar á un tiempo y pregonar mi gloria. —
¿Pedro? (*Llamando.*)

ESCENA III.

JACOBO, PEDRO.

Ped. ¿Señor?
Jac. ¿Has oido?
Ped. Alguna cosa entendí,
Y por cierto que no vi
Galan mas comprometido.
Jac. Me ama.
Ped. Con el alma toda.
Jac. Y en todo consentirá.
Ped. Eso, el tiempo lo dirá
Y todo el mundo en la boda.
Jac. ¿Qué estás de boda diciendo?
Ped. ¿Cómo pues, no os casareis?
Jac. No.
Ped. Pues vos os lo vereis,
Que yo por mí no lo entiendo.
Jac. Basta de chanzas por hoy,
Y un buen consejo me dá.
Ped. Yo, señor, no alcanzo ya
Otro alguno por quién soy.
Jac. ¿Eso respondes? ¡por Dios!
¿Acaso, bribon, no fuiste
Quien robarla propusiste?
Ped. ¿Porqué lo aceptásteis vos?
Dijísteis que era tan bella,
Que era tan irresistible,
Que dábais por imposible
Vivir un punto sin ella.
Dijísteis que por su amor
Daríais el paraiso...
Y juzgué que era preciso
Dárosla al cabo, señor.
No hallo de qué os irriteis
Porque os serví causa alguna;
Dijísteis: Es mi fortuna...
En la mano la teneis.
Jac. Eso... siempre se habla así...
Pero se entiende de modo...
Ped. Es que yo lo entiendo todo
Como me lo hablan á mí.
Jac. Ponte, Pedro, en la razon
Y hablemos claros: testigos
Quiero á todos mis amigos
Hacer de mi posicion.
Todos me dieron en ojos
Con mi amante vanidad,
Y ahora me importa en verdad
Pasársela por los ojos.
Ped. Pues casaros no quereis,
Por imposible lo tengo.
Jac. En lo difícil convengo.
Ped. Vale mas que lo dejeis.
Jac. ¿Dejarlo? ¡por vida mia
Que estás de sobra importuno!
¿Pescador hubiera alguno
Que á tal se resolveria?
¿Dejarlo cuando ya está
Toda Venecia en acecho,
Y si no dan con lo hecho
Van á los alcances ya?
Me apedrearan en Rialto,
Y á fé que lo mereciera,
Que al menos confesar era
Que vivo de aliento falto.
Ped. Si tan decidido estais
Yo sé en ello lo mejor:
Dad desde hoy á vuestro amor
Cuanto escándalo podais.
Jac. ¿Eso propones?

Ped. Sois noble,
Esperais grandes riquezas,
Y á empezar vuestras grandezas
Teneis con derecho doble.
Si fuérais un gondolero,
Un soldado, ya se ve,
Contra ello clamara á fé
El dux y el estado entero.
Pero en vos no será nada,
Yo sé que os lo aplaudirán,
A lo mas, lo mas, dirán
Que es una calaverada,
Y teneis tantas á cuenta
Que poco importa una más.
Jac. No me ha importado jamás
Por una ni por sesenta.
Mas fuera necia locura
Sin estrema precaucion,
Dar tamaña ostentacion
A tan audaz aventura.
Pero aun con suerte leal
Seria ese intento vano:
Ese maldito de hermano
¿No tiene en los sesos sal?
Ped. Con oro...
Jac. Será altanero,
Y si en honra no ha nacido,
¿Qué villano no ha creido
Que fué siempre caballero?
Ped. Si vano el oro desprecia,
Con acero se le paga.
Jac. ¡Vil, te atreves...!
Ped. ¡Oh! ¡si hay plaga
De acreedores en Venecia!
En no pudiendo cobrar,
El que primero se atreve,
O el deudor mata al que debe
O el otro al que ha de pagar.
Jac. ¿Y tal, villano, propones
A Jacobo Dagolino?
Ped. Cada cual va á su camino,
Y hay quien le anda á tropezones.
Consejo me habeis pedido,
Y os he dado mi consejo:
A voluntad os lo dejo
Y nada habemos perdido.
Quisísteis pronto llegar
Y por el atajo eché;
Si torpe el camino erré
Aun se puede remediar.
Jac. Hacer de una muchachada
Un lance tan criminal,
Nunca, Pedro, pensé tal.
Ped. Perdonad...
Jac. Va perdonada.
Ped. Pero cosa tan mezquina
Hallar un acreedor es,
Que se encuentra á dos por tres
A vuelta de cada esquina.
Jac. ¿Aun piensas, infame, en ello?
Ped. Luego, anda tanto maton,
Tanto hidalgo valenton
Que riñe por un cabello...
Y en fin, no es, señor, mi intento
Dudar un punto de vos,
Mas aquí para los dos
Me dá este asunto tormento.
Tengo un no sé qué...
Jac. Despacha,
¿Tienes miedo?
Ped. Acaso, acaso.
Y me temo algun mal paso
Al fin con esa muchacha.
Jac. Acaba y no me atormentes;
¿Qué temes, di, qué recelas?
Ped. Todas esas muchachuelas
Son tan ligeras de mientes,
Que si á sospechar llegara
Que es vuestro amor, amor puro,
Solo amor...
Jac. ¿No estás seguro
Tal vez de que lo arreglara?
¡Oh! nada hay ya que temer:
Presa en mis lazos cayó,
Y el medio poseo yo
De guardar á una muger.
Ped. No confieis demasiado,
Que tal vez la confianza
A muchos con la esperanza
En las manos ha dejado.
Sin darla que sospechar
No podeis, en mi opinion,
Cerrarla puerta y balcon
Prohibiéndola mirar.
Y una seña á una ventana,
A media noche un gemido,
Un guante, un papel caido
Puede perderos mañana.
Jac. Si llegase á tal estremo,
¿Mi espada no va conmigo?
Ped. Todo el cielo me es testigo
De que por vos nada temo.
Mas cosa que desatina
Tener acreedores es,
Y es fácil á dos por tres
Hallar uno en cada esquina.
Y bueno es pensar en ello
Cuando anda tanto maton,
Tanto hidalgo valenton
Que riñe por un cabello.
Jac. No vas del todo sin tino,
Y algo pesan tus razones.
Ped. Si es mejor dar tropezones
Que no dar con el camino.
Porque si el maldito hermano
Quisiera reñir con vos,

Sé muy bien que entre los dos
Lo arreglarais mano á mano.
Pero eso de consentir
En ponerse de vigía
Toda una noche y un dia
Para no veros venir;
Eso de andar destacado
Buscando siempre un objeto
Y no dar con un sugeto
Y no volver desatinado
Corriendo de ceca en meca,
Para venir á parar
En que acaban de sacar
Un cadáver del Giudecca...
Yo, señor, siento temello,
Mas lo temo y me aniquilo...
(Tengo la vida en un hilo
Mientras Bernardo ande en ello.)
Jac. ¿Mas otro medio no ocurre?
Una enfermedad, un viaje,
La variacion de parage,
La necesidad... discurre.
Ped. Pues, señor, no doy con él:
Mientras que viva el hermano
Cuanto se haga será en vano.
Jac. ¡Tambien es lance cruel!
Ped. No paseis por ello pena;
Lo haremos entre los dos,
Y yo arreglaré con Dios
Nuestra cuenta mala ó buena.
Yo buscaré á Juan Dandolo,
Y por corta cantidad,
Esta noche en la ciudad
Hallará á Bernardo solo.
Juan sabe bien su papel;
Beberán juntos quizás,
Y unas palabras no más
Tendrá en la calle con él.
Jac. Y yo he de pagar...
Ped. No, no:
Vos me haceis adivinar
Dónde oro quereis dejar,
Y de allí os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
Vos nada teneis que hacer,
Y yo habré de responder
A mas, de haberos robado.
Jac. ¡Imposible!
Ped. Pues mirad
Que temo por vuestra vida:
Al demonio está vendida;
Tened de ella caridad.
Y á mas, ¿qué adelantareis
Con tenerla aquí encerrada,
Cuando nadie creerá nada
Por mucho que lo conteis?
Jac. Pero al menos, si eso fuera,
Por ejemplo, en desafío...
Ped. Si asi es mejor, no porfio;
Que sea de esa manera.
Mirad por ese balcon:
(*Va á una ventana.*)
¿Veis en aquel esquinazo
Un embozado, que un brazo
Posa en el guarda-canton?
Jac. Le veo.
Ped. ¿Le conoceis?
Jac. No por cierto.
Ped. Es Juan Dandolo:
Parece puesto allí solo
Para que vos le llameis.
Vuestra bolsa os he cogido;
(*Coge de una mesa la bolsa.*)
De un salto en la calle estoy:
Llamo, pide, cuento, doy,
Y negocio concluido. (*Vase de repente.*)
Jac. Tente, Pedro... ¡y vive Dios
Que al cabo razon le sobra!
Él se atribuye la obra,
Él responda por los dos.

ESCENA IV.

JACOBO, Y VUELVE PEDRO.

Ped. Aquí le tenemos.
Jac. No verle me importa.
Ped. Pues bien, retiraos.
Jac. ¡Con tiento por Dios!
Ped. Será, lo prometo, conferencia corta.
Llevaos adentro la niña con vos;
Cuidado que astuta la trampa sospeche.
Jac. De mí te confia.
Ped. Podeisla contar
Un cuento bien largo, que el tiempo aproveche.
Sino, dadla zelos y hacedla rabiar.

ESCENA V.

PEDRO; BERNARDO, CON MASCARA Y DISTINTO TRAGE DEL QUE USÓ EN EL ACTO ANTERIOR.

Bern. (En vela he pasado la noche y el dia;
¡Ay de ellos si necios la guardan aquí!)
Ped. Entra.
Bern. ¿Qué me quieres?
Ped. De grande cuantía
A darte un encargo te llamo.
Bern. Pues di.
Ped. La máscara deja; sepamos quien eres.
Bern. Si cumplo contigo, no importa quien soy.

Ped. ¿Que arriesgue un secreto á tu máscara quieres?
Bern. Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;
Mas señas no tengo que aqueste puñal:
Ve pues si te basta, y el oro me apresta:
Si es grande el empeño, será el premio igual.
Ped. Empeño... no hay mucho; la muerte de un hombre:
Se quiere en secreto.
Bern. ¿Es noble?
Ped. Tal vez.
Bern. ¿Del pueblo?
Ped. Artesano.
Bern. Veamos su nombre.
Ped. Veamos si aceptas.
Bern. Me sobra altivez.
Si es pobre y plebeyo me niego del todo,
Que indigno es por ello gran suma exigir,
Y es mengua miserias ganar de ese modo.
Ped. Pecó.
Bern. Que se enmiende, dejadle vivir.
Ped. A un noble ha ofendido, que muera le cuadra.
Ve si has de matarle.
Bern. Cobarde es á fé.
Ped. ¿Cobarde?
Bern. ¿No sabes, á un perro que ladra,
Con qué se castiga?
Ped. ¿Con qué?
Bern. Con el pié.
Ped. Es perro que muerde.
Bern. ¿Valiente?
Ped. Y de brios.
Bern. Pues ve si le nombras.
Ped. Si aceptas me di.
Bern. Ya estás importuno, los bravos son mios:
Huelgo en que resistan.
Ped. ¿Qué dices?
Bern. Que sí.
Ped. ¿Lo juras? ¿palabra me empeñas?
Bern. La empeño.
Ped. Si dudas sabiendo...
Bern. Jamás dudé yo.
Ped. Pues toma. (*Le alarga un bolsillo.*)
Bern. Qué escuso dirás á su dueño.
Ped. Son doblas y en oro.
Bern. Despues, ahora no.
Ped. Bizarro eres.
Bern. Ya lo ves.
Ped. ¿En tal caso, está acabado
El negocio?
Bern. De contado;
Mas dime el hombre quien es.
Ped. Pues tu palabra te aprieta,
Quitarás la luz del cielo
A Bernardo Caravello,
Espadero en la Piazzetta.
Bern. (Aquí estaba, no mentí;
Mis zelos fueron leales:
Mas no son tantos los males
Cuando me tienen aquí.)
¡Vive Dios!...
Ped. ¿Dudando estás?
Bern. No; pero en verdad que siente
Que me cueste un juramento,
Un Caravello no mas.
Ped. ¿Luego le conoces bien?
Bern. Como á mí mismo, y me pesa.
Ped. Pues ve que nos interesa
Que presto muerte le den.
Bern. Se la darán.
Ped. Por si acaso,
Y pues que su nombre sabes,
Calcula antes que le acabes
La dificultad del caso,
Y aprecia tu intrepidez.
Bern. Casi de balde lo hiciera,
Que he pensado en que muriera
Ese hombre, mas de una vez.
Ped. Cien doblones. (*Mostrando la bolsa.*)
Bern. Hartos son,
Y aun temo no merecellos.
Ped. ¿Dónde?
Bern. Aquí, vendré por ellos
Cuando traiga la razon. (*Con intencion.*)
Ped. Con que...
Bern. Pronto morirá.
Ped. ¿Cuándo?
Bern. Antes de media hora,
Que sé que en acecho ahora
A pocos pasos está.
Ped. Doble el premio será asi,
Y no temas ser muy cruel.
Bern. Pronto doblarán por él...
(Como no doblen por tí.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

PEDRO, LUEGO JACOBO.

Ped. Estamos al cabo, la cosa está hecha,
Podremos al menos seguros vivir.
¡Qué diablo! la cuenta será un poco estrecha,
Que cuanto mas tiempo mas hay que añadir.
Jac. ¿Está concluido?
Ped. Sin duda, es asunto
Que notas no admite ni en contra ni en pro.
Jac. Con que el pobre mozo...
Ped. Contadle difunto.
Jac. Por valiente pasa.
Ped. Decid que pasó.
Ya con Caravello su odio es antiguo
Y en pagar su muerte le hicimos merced;

En sitio le tiene seguro y contiguo.
Jac. ¿Lidiarán acaso?
Ped. Lo harán de una vez.
Jac. ¿Le diste las doblas?
Ped. Tomarlas no quiso
Y os pide disculpa.
Jac. ¿De balde lo hará?
No quiero esa cuenta; pagarle es preciso:
Su causa y la mia tal vez mezclará,
Y yo con un bravo que mata en la sombra
No pienso hacer nunca mi causa comun.
Ped. Es hombre de garbo; valiente se nombra.
Jac. Es vil asesino, cobarde...
Ped. Segun.
Él tiene su fama, su pueblo y su gente,
Y hay quien sus hazañas le canta tambien.
Jac. Jamás un infame podrá ser valiente,
Y á mí me interesa que el oro le den.
Ped. Dijo que en cumpliendo por ello vendria.
Jac. Dáselo y que nunca le vuelva á ver yo.
Ped. Sino por su infamia, ¿de vos qué seria?
Jac. Yo hallara algun medio.
Ped. Pudiera que no.
En fin, como quiera seguros estamos;
No esteis por tan poco cabizbajo asi:
Ya os dije denantes que si ambos pecamos,
Yo llevo las cuentas por vos y por mí.
Jac. ¡Bellaco!...
Ped. Y al cabo, señor, es lo cierto
Que en ello ganamos á medias los dos:
Yo, hablando de veras, en miedo del muerto,
Y vos por mis cuentas el miedo de Dios.
Jac. Ya basta. Apostado le aguarda en la calle:
No vuelva y Mariana le acierte á encontrar.
Ped. ¿Qué más á este siervo teneis que mandalle?
(*Inclinándose con aire socarron é hipócrita.*)
Jac. Que de él en tu vida me vuelvas á hablar. (*Con severidad.*)

ESCENA VII.

JACOBO.

Acaso el menguado, mejor merecia
Por hombre á lo menos, como hombre morir...
Mas es cuento largo; la culpa no es mia:
Bien muerto está el muerto, dejadle dormir.
Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;
¿Qué importan los medios si llevan al fin?
Desde hoy en el mundo no habrá mas que flores:
Abreme, pues, mundo, tu libre jardin.
Ven, crédula hermosa, que el mundo te espera,
La gloria te aguarda, ¡de un dia quizás!...
Mas breve y liviana, por último es gloria
Y al menos un dia dichosa serás.
Por ese momento de triunfo mundano
La vida vendiera y el alma tambien...
Mi casa es muy noble, mi padre ya anciano...
Gran cosa es mi nombre llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
Que sacie mi orgullo, mi ciega ambicion,
Y luego aunque doble la usura por yerro
Y en prendas me pida mi propio blason.

ESCENA VIII.

JACOBO, MARIANA.

Mar. ¡Tan solo, Jacobo, aquí
Y tan cabizbajo estás!
¿En qué pensabas?
Jac. En tí.
Mar. ¡Si siempre hicieras asi!
Jac. ¿Y qué pudiera hacer mas?
Esclavo de tu hermosura,
Ni un punto del pensamiento
Puedo borrar tu pintura:
No pienso un solo momento
Mas que en tu propia ventura.
Mar. ¿Y en qué pensabas ahora
Por mi ventura, mi amor?
Jac. En que está cerca la hora
De que puedas quien te adora
Nombrar do quier sin rubor.
Mar. ¡Oh! loca me has de volver:
Tú me engañas.
Jac. No en verdad.
Mar. ¿Con que pronto?
Jac. Podrá ser.
Mar. Aun no lo acierto á creer,
No me engañes por piedad.
Ve que te amo en tal manera,
Que consentida ya de ello
Si me faltaras, muriera,
Que siento la vida entera
Suspendida en un cabello.
Jac. ¡Engañarte! no por cierto,
¿Y á qué tan raro capricho?
Mar. Si estoy soñando no acierto;
El cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.
Jac. Y otras ciento si lo quieres:
Vas á ser en tu altivez
De toda Venecia prez
Y rabia de sus mugeres.
En lo noble y poderoso

Pocos se igualan á mí;
A tí, ninguna en lo hermoso;
Tú bella y yo generoso,
¿Quién no ha de envidiarnos, di?
Mi amor dirá á mi riqueza:
« Dadla plumas, dadla chales,
Cuanto quepa en su grandeza, »
Y por ver tanta belleza
Se poblarán los canales.
Cuando en mi góndola real
Grite á mis esclavos: « ¡Sus!
¡Y al agua! » habrá en el canal
Quien te haga vénia ducal
Como á la esposa del dux.
Mar. Calla, sin aliento estoy
De placer, calla por Dios.
Jac. Y tanto á aprestarte voy
Que no ha de haber por quien soy
Quien goze mas que los dos.
Mar. ¡Soy, Jacobo, tan feliz!
Tan...
Jac. Silencio, pasos siento,
Y ve que el menor desliz,
Nuestra fortuna, infeliz
Puede hacer en un momento.
(*Va á la puerta.*)
¡Una máscara! Sin duda...
Mariana, déjame solo.
De ese aposento te escuda
Y estate allí sorda y muda.
(¿Si habrá cumplido Dandolo?)
Mar. ¿Tardarás?
Jac. No; asuntos son
De casa en que estoy tratando.
Mar. ¡No me olvides!
Jac. Esperando
Me queda.
Mar. Y desde el salon
Puedo esperar escuchando.

ESCENA IX.

JACOBO, BERNARDO.

Jac. (¡Él es!)
Bern. (Ayudadme, cielos,
A sugetar mi paciencia.)
Jac. El cielo la dé prudencia
Y no despierte sus zelos.
Bern. Guardeos Dios.
Jac. ¿Qué me quereis?
Bern. Vuestro encargo concluí.
Jac. ¿Conmigo hablais?
Bern. Con vos, sí.
Jac. ¿Acaso me conoceis?
Bern. Disimular es en vano,
No me habeis buscado vos?
Jac. ¿Yo buscaros? no por Dios.
Bern. (Hiere y esconde la mano.)
Sabed pues...
Jac. Mas bajo hablad.
Bern. (Aquí está.) Digo que soy...
Jac. Mas bajo. (Temblando estoy.)
Bern. Soy...
Jac. Bien; comprendo, tomad.
(*Dándole la bolsa.*)
Bern. (Sin duda nos puede oir.)
Jac. Es negocio concluido.
(*Despidiéndole.*)
Bern. (Pues á buscarla he venido,
Sin ella no he de salir.)
Ya pueden desde este punto
Darle.....
Jac. Mas bajo por Dios.
Bern. ¿Le habeis muerto acaso vos
O temeis aun al difunto?
Jac. Idos.
Bern. (Parece que aprieta.)
Me voy, y perded recelo,
Que Bernardo Caravello
Queda muerto en la Piazzetta.

ESCENA X.

DICHOS, MARIANA.

Mar. ¡Santo Dios, muerto mi hermano!
Jac. Sal pronto, impostor, de aquí.
Mar. ¿Quién mató á mi hermano, di?
(*Con rabia.*)
Jac. Sal pronto ó... (*Metiendo mano.*)
Bern. Tente, villano.
(*Quitándose la máscara.*)
Mar. ¡Ay de mí!
Jac. ¿Qué es esto, cielo?
Bern. ¿No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
A vengar á Caravello.
Jac. Pues bien, quien quiera que seas,
Uno ú otro, vivo ó muerto,
Que digas al fin te advierto
De una vez lo que deseas.
Bern. De una vez te lo diré:
Quiero tu vida ó mi honor;
Mira tú lo que es mejor,
Que sin ambos no me iré.
Jac. Ve tú lo que bien te está
Y consulta tu ambicion.
Bern. Corazon por corazon
Y honor por honor me vá.
Eso te doy á elegir
Y no hay mucho que dudar;
Con ella te has de casar
O conmigo has de morir.

Jac. ¿Y sabes...?
Bern. Todo lo sé,
Que como el dux eres noble,
Riqueza posees al doble,
No hay quien te competa á fé.
Mas sé, aunque es herencia corta,
Que tengo honra y tengo hermana,
Y pues la tengo villana
Tenerla honrada me importa.
Jac. Pues mira como ha de ser.
Bern. Todo lo tengo pensado;
Darasme un papel firmado
Tomándola por muger.
Jac. ¿Y mi padre?
Bern. Morirá,
Que está viejo.
Jac. Mas primero...
Bern. Pues no tiene otro heredero,
Despues de muerto será.
Jac. (¡No puedo con mi altivez,
Por Dios, en trance tan duro!)
Bern. Ve que mi paciencia apuro.
Jac. Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella
Solo por ser condicion.
Bern. Pues venga tu corazon.
Mar. ¡Hermano!
Bern. Los labios sella.
Jac. Ven, pues, á beber la hiel
Que guarda con tu sentencia.
Bern. Es vana tu resistencia,
Que vienen muchos por él.
A una voz, por la ventana
Suben cuatro como yo.
Jac. ¡Villano!
Bern. Villano ó no,
Tu corazon ó mi hermana.
Jac. Bien está, dame el papel
Y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
Mas si yo le cojo, ¡ay de él!)
Bern. « Seis meses despues de muerto (*Dictando.*)
Tu padre, será la boda. »
Jac. ¡Gran pena!
Bern. No es esa toda.
La condicion falta.
Jac. Es cierto.
Bern. Y si esa tregua vencida
No has salido de tu empeño,
Escribe que me haces dueño
De tu honor y de tu vida.
Jac. (Y hasta entonces, mentecato,
¿Quién te ha dicho que tu hermana
No habrá muerto, y será vana
La condicion y el contrato?
¡Oh! ¡me he de burlar de ti!)
Bern. Firma y cierra ese papel,
Yo me quedaré con él.
Jac. ¿Está bien? (*Con ironía.*)
Bern. Bien está asi.
Jac. Y ahora en mas seguridad
Pues que al fin me casaré,
Casa y nombre la pondré
Con decoro en la ciudad.
Bern. No lo pienses.
Jac. ¿Cómo no?
Bern. Guarda tu nombre y tu oro,
Que desde hoy con mas decoro
Sabré guardártela yo.

ACTO TERCERO.

Fin de una cena en el palacio Degoliso. — Algunos de los convidados en trages de máscara, como venidos desde el baile á la mesa. — En el fondo á lo lejos, el salon del baile. — Música y tumulto.

—

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO, JACOBO, MAFFEI; PEDRO, EN PIÉ: SEIS CONVIDADOS; ANINA, ROSA, INÉS Y OTRAS DOS DAMAS.

Jac. ¡Ja! ¡ja! Don Ramiro, ¿ya os ata la lengua
Mi lácrima?
Maf. ¡Bravo!
Uno. Las copas tomad.
Dejemos á España: que á fiestas es mengua
Llamarla al tumulto de nuestra ciudad.
Otro. Dejemos á España: no vale su gente
Mas que para sangre verter en la lid.
Otro. Decid, don Ramiro, ¿y el noble valiente,
Despues de un combate, no brinda en Madrid?
Otro. ¿Qué vale que tengan Jerez en España?
Otro. Mejor estuvieran sus viñas aquí.
Maf. ¿No se hacen botellas?
Ram. ¿Y aquesto os estraña?
Se templan espadas y lanzas allí.
Uno. Lo dicho; no hablando de sangre y de guerras,
No hay mas en las fiestas de España que hablar.
Ram. Con sangre regamos allá nuestras tierras,
Y asi hasta el labriego se apresta á lidiar.
Rosa. Mas hay, segun dicen; jardines floridos.
Inés. Y sotos pomposos,

Anina. Y dicen tambien
Que al són voluptuoso de blandos sonidos
Alegres comparsas de danzas se ven.
Ram. Houris, no se encuentran acaso tan bellas,
Cual estas que agora cercándome están;
Mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas,
Las hay que os causaran un punto de afan.
No hay blondos cabellos, teces de azucenas
Con ojos que roban al cielo su azul,
Mas hay serafines con teces morenas
Por quien bota buques al agua Stambúl.
Brindemos á España, país de placeres,
Do ponen los moros su gloria y su eden.
Jac. Brindemos, mas luego por nuestras mugeres
Es fuerza que España nos brinde tambien.
Ram. Sin duda, no quita el cortés al valiente,
Y es noble Venecia, pomposa ciudad.
Jac. A España, señores, á su ínclita gente. (*Brindan.*)
Ram. Lácrima y Venecia, que dan libertad.
Uno. Inés, ¿no brindásteis? (*A Inés.*)
Otro. ¿Acaso te dieron
Enojos las bellas del suelo español?
No temas, hermosa, yo sé que no vieron
Cual la de tus ojos, la luz de su sol.
Jac. Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese vino,
Que no bebe el conde?
Ped. De la honda, señor.
Jac. Pues rompe su copa, y en vaso argentino
Escánciale chipre, que lo halla mejor.
Uno. ¿En qué piensas, Rosa? (*A Rosa.*)
Rosa. En tí.
El mismo. Por mi vida
Que poco en tu mente posar me creí;
¿Y á quién debo, dime, tan dulce guarida?
Rosa. Tu voz, ¿en quién deja pensar sino en tí?
El mismo. ¿Y quién de una copa, tomando su tono
A oidos pequeños arregla la voz?
Apróntame Chipre, verás como entono
Y hago gorgoritos como un ruiseñor.
Jac. Anina, levanta la copa.
Anina. Brindemos.
Jac. Al viento mas suave que sopla en el mar.
Anina. El brindis estraño.
Jac. ¿Pues qué no sabemos
Que Giácomo vuelve?
Uno. Pues es un azar.
¿Y el jóven Guarini?
Otro. Son ambos valientes.
Otro. El uno á lo menos.
Jac. Y el otro.
Anina. Mas yo...
El 1°. Guarini es bizarro.
Otro. Son algo parientes.
Otro. Sí; por una deuda que el padre dejó.
Uno. Brindemos primero.
Otro. Brindemos.
Todos. Brindemos.
Jac. La historia vendrá de la deuda despues.
Uno. Al viento mas manso.
Otro. Los vasos crucemos.
Anina. Mas ved, caballeros...
Jac. Las copas, Inés.
(*Brindis.*)
Uno. Ahora, la historia.
Anina. Mirad bien, señores...
Otro. Anina, en nosotros secreto estará.
Todos. La historia.
Uno. No hay cosa como unos amores,
Tras de quien el diablo por último dá.
Mas ved...
El que ha de contar. Dos palabras.
Todos. La historia... la historia.
Uno. Anina, si al cabo se habrá de saber.
Jac. Cuanto antes se sepa, mas pronto memoria
No quedará de ello.
Otro. Por fin ha de ser.
Uno. Vogaba en el Lido ligera una tarde
La góndola Diana de Giácomo; en pos,
Haciendo en seguirla quimérico alarde,
La iban á lo lejos la pista otras dos.
Giácomo volaba por esos canales,
Cada vez vogaba su góndola mas.
No tuvo Regatta dos remos iguales,
Que siempre las otras llevaba detrás.
Ya casi tocaba la arena olvidada
Del puente que presta al palacio ducal
Camino á la cárcel... paróse cruzada
La Diana en el medio del largo canal.
Ya solo alumbraba crepúsculo vago,
Y solo confuso se oia el rumor
Del ancho canal que desagua en el lago,
Y al lejos del puerto discorde el clamor.
Las góndolas iban cercando á la Diana
Cuando esta, tocando la orilla, posó
En tierra una dama que huyendo liviana,
A un hombre en la playa por guarda dejó.
Y en vano tras ella á par se lanzaron
Dos nobles que guardan las góndolas dos;
La espada en la orilla de Giácomo hallaron,
Y en la misma noche cenaron con Dios.
Todos. ¡Giácomo!
Uno. ¿Y la dama?
El que cuenta. Silencio; la historia
A tanto no llega,

Otro. Anina, ¿qué tal?
Jac. Señores, ya basta: brindad en memoria
De ese que valiente venció en el canal.
Uno. Á Giácomo brindo.
Otro. Dios quiera que el viento
Le traiga cuanto antes con oro y con bien.
Jac. Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,
Que ofusque á Ramiro de España el eden.
(*Brindan: Don Ramiro y otros convidados se levantan.*)
Jac. ¿Os vais, caballeros?
Ram. ¿Y el baile no espera?
Jac. Lo habia olvidado.
Otro de los que se van. ¿Y vos no venís?
Jac. Desaire á este lácrima hacerme no quisiera.
Varios. ¡Justo!
Ram. Confesáos con él.
Jac. Bien decís.
(*Vanse todos, menos Jacobo y Maffei.*)

ESCENA II.

MAFFEI, JACOBO.

Jac. ¿Ahí te quedas?
Maf. Ya lo ves.
Jac. ¿No bailas?
Maf. Cosa es por hoy
Imposible, porque estoy
No muy seguro en mis piés.
Jac. No te sirve eso de escusa,
Que no hay uno, ¡vive el cielo!
Que no tropiece en un pelo.
(*Se sienta; Maffei bebe.*)
Maf. ¡Es fuego este Siracusa!
¿Qué, no te vas?
Jac. ¡No, pardiez!
Luego iremos al salon.
Maf. Asi me harás la razon. (*Bebe.*)
Plomo hirviendo es tu Jerez,
Que convierte la alegría
En báquico frenesí.
¡Lácrima, esclavo! (*Bebe.*) Esto sí;
Esto es néctar y ambrosía.
Jac. Alegre estás.
Maf. ¿Porqué no?
Y tú desalmado y triste...
Sin duda que no bebiste.
Jac. Te equivocas... ¿Triste yo?
Maf. Mal hiciera... ¡Oh! el gozar,
Esta es la vida, y reír
Olvidados del morir,
¡Y olvidados de pensar!
Y aunque mueran en su abril
Mis ilusiones livianas,
Y jamás cubran las canas
Esta frente juvenil.
Sí, porque quiero llevar
Al fondo del ataud
Mi risueña juventud,
Sin padecer ni temblar.
Llegue en buen hora mi fin,
Mas sucumba como fuerte
Y que me encuentre la muerte
Á las puertas del festin.
Jac. Tienes razon: yo comprendo
Asi la felicidad
Maf. De amores es nuestra edad,
Y el amor crece bebiendo.
Brindemos.
Jac. Como te cuadre...
Vino.
Maf. Á mí...
Jac. Pues vaya.
Maf. ¡Vaya!...
Á que tanta gloria haya
Cual tuvo deudas tu padre.
Jac. Respeta al que ya murió.
Maf. ¿Y qué dice tanto hebreo
Que con ardiente deseo
Su fin tal vez esperó?
Jac. Mi fin esperando están.
Maf. ¿No pagas deudas?
Jac. No pago.
Maf. Da esperanzas.
Jac. Eso hago.
Maf. ¿No hay oro?
Jac. Si ellos lo dan.
Maf. ¿Y apuran mucho?
Jac. Sí, á fé,
Y aunque mi nombre me escuda...
Maf. ¿Quieres pagarlos?
Jac. Sin duda.
Maf. ¿Y qué te falta?
Jac. Con qué.
Maf. Yo sé un medio.
Jac. ¿Un medio? ¿cuál?
Maf. Yo tambien á veces debo...
Jac. Adelante... eso no es nuevo,
Mas la paga...
Maf. Esa es fatal.
Supon que el hebreo apura...
Le pides luego el contrato
En que firmaste insensato
Con el préstamo la usura.
De la intencion peregrina
Nada sospecha el hebreo:
Vuela en alas del deseo,
Y al dar la vuelta á una esquina...
Jac. Calla.
Maf. Y asi halló su fin

Por ser mi acreedor tan solo
A manos de Juan Dandolo
El buen Isaac Benjamin.
Jac. ¿Tú fuiste?
Maf. ¿Qué?
Jac. ¿Sabes, di,
Todo el mal que asi me has hecho?
El golpe que hirió su pecho
Tambien me ha alcanzado á mí.
Maf. ¿De veras?... ¡lance gentil!
Jac. Dandolo tiene una hermana.
Maf. ¿Hermosa?
Jac. No es tan lozana
La flor del pintado abril.
Maf. Está de mas la poesía
Y prefiero el canto llano.
Jac. Por largo tiempo el hermano
Ignoró la pasion mia.
Una noche bien fatal,
Por tu invencion peregrina
Halló Isaac en una esquina
De Juan Dandolo el puñal.
Una prenda de mi amor
Cuando le hirió el hierro impío
Llevaba el triste judío...
Vieras allí su furor.
Buscóme en fin con deseo
De matarme...
Maf. El lance es triste;
Mas tú no lo consentiste
A juzgar por lo que veo.
Jac. Robele la hermana.
Maf. ¡Bravo!
Esas son cuentas mas claras.
Siempre pensé te portaras
Como quien eres, al cabo.
Jac. Pero él, que do quier me espia,
Cuando mas estoy tranquilo
Pronto descubre el asilo
Donde oculta la tenia.
Maf. ¿Y en fin?
Jac. Hízome jurar
Que muerto que el viejo fuera,
Su deshonra redimiera
Con mi mano en el altar.
Maf. Pero Dandolo murió,
Y aunque viviera, no creo
Que en tan ciego devaneo
Cayeras.
Jac. Nunca, eso no.
Maf. La danza empieza otra vez...
¿Y de esa promesa insana
Aun no ha venido su hermana
A reclamar?...
Jac. No, pardiez.
Maf. ¿Piensas que vendrá?
Jac. Lo espero.
Maf. ¿Y qué harás?
Jac. Aun no lo sé.
Diréla que ya olvidé
Hasta si he jurado.
Maf. Pero...
(*Vanse hablando: el teatro queda solo un instante.*)

ESCENA III.

MARIANA, EN TRAGE DE MASCARA.

No está... cuidadosa
La sala crucé
Buscándole en vano
Cien veces y cien.
Estoy fatigada...
Aquí esperaré,
Que apenas ya pueden
Tenerme mis piés.
(*Se deja caer en una silla.*)
La noche está oscura:
Horror, lobreguez
Del cielo encapotan
El ancho dosel.
Silencio de muerte
Se nota do quier
Canales y plazas
Durmiendo á la vez;
La brisa no sopla,
Que duerme tambien...
La noche es de cierto
Terrible y cruel.
¡Si en vano este tiempo
Llorando aguardé
Con ciega esperanza
De loca altivez!
¡Si tantos delirios
Y tanto amor fiel
Habrán de hallar solo
Desprecio y desden!
Entonces, amores,
Piedad de muger,
Yo dentro del pecho
Guardaros sabré.
Amor, si á mis plantas
Rendir no le ves,
La miel de tus flores
Conviértase en hiel.
¡Ay, que si insensatos
Burlaron mi fé,
De cierto la noche
Terrible ha de ser! (*Pausa.*)
¡Oh, breves instantes
De plácido bien,
Que fuisteis un tiempo
Mi vida y mi sér!
Amantes delirios,
Tornad otra vez

Y al alma agitada
Su dicha volved.
Mas ¡ay! que la noche
Es horrible... aquel
Fué un tiempo de gloria
Que no ha de volver.
Me abraso... ¡cuál late
Violenta mi sien!...
Mas... ¡cielos! ¿me engaño?
Jacobo... sí, es él.

ESCENA IV.

MARIANA, JACOBO.

Jac. ¡Oh, talle celestial!
Mar. Me ha visto.
Jac. ¿Qué haceś
Aquí tan sola en apartada estencia?
¿Cánsate el són de báquicos clamores,
O acaso esperas misteriosa cita
Del mortal que rebosa en tus amores?
Mar. Lo has acertado... es eso.
Jac. ¿Sí? perdona...
Cedo el puesto al galan.
Mar. No... te esperaba.
Jac. ¿Conócesme?
Mar. De cierto.
Jac. ¿Soy yo acaso
Ese mortal feliz?
Mar. ¡Quién sabe!
Jac. Acaba.
Mar. ¡Tú eres, Jacobo!
Jac. Entonces, ¿porqué ocultas
Tras ese rostro inmóvil tus facciones?
(*Quiere quitarla la máscara.*)
Mar. ¿Qué haceis, conde? soltad.
Jac. Si eres hermosa,
Cual lo presumo de tus ojos bellos,
De esa garganta tersa que engalanan
En lúbricas madejas tus cabellos,
¿Porqué ocultas el rostro, mi señora?...
Mar. Hermosa me creyeron algun dia,
Luz me llamaron de brillante aurora...
Yo no sé si lo fuí... mas lo creia.
Jac. ¿Mas no sabré quién eres?
Mar. Sí por cierto;
Mas temo...
Jac. ¿Qué?
Mar. Que acaso has de enojarte
Si ya en tu corazon dulces recuerdos
De un desdichado amor no tienen parte.
Jac. ¿Recuerdos de un amor?
Mar. ¡Ya no te agrada!
Ya la inquietud á tu semblante asoma,
Y es menos halagüeña tu mirada.
¿Es posible que aún no me conoces?
Jac. No por cierto.
Mar. ¡Oh! que sí, que ya en el rostro
Te está el despecho desmintiendo á voces.
Jac. ¡Mariana!
Mar. Al fin recuerdas...
Jac. ¿Cómo quieres
Que olvidara un instante tus memorias,
Que las memorias son de mis placeres?
Mar. ¡Ah, me amas todavía!
Jac. Eso no he dicho,
Ni eso quise decir... En su corriente
Los dias á las cosas arrastraron,
Borrando àsi del alma indiferente
La ilusion de los tiempos que pasaron.
Este mundo, Mariana, es otro mundo;
El hombre que ahora ves es ya otro hombre,
Que salvar debe de contacto inmundo
El esplendor de su orgulloso nombre.
Mar. ¿Qué dices?
Jac. La verdad; lo que tú misma
Debiste conocer en otros dias:
Esa ciega pasion, alimentada
De una esperanza inútil, es ya fuerza
Que sucumba al destino subyugada,
Y que al poder de la razon se tuerza.
Mar. Piénsalo bien, Jacobo, no es ya tiempo
De volvernos atrás, ni yo he venido
De una esperanza inútil halagada.
Jac. Habla.
Mar. ¿Olvidaste ya que un juramento
Para siempre nos liga?
Jac. No, Mariana:
Ni tú sin duda olvidarás tampoco
Que con violencia entonces me obligaron
Á que tuviera mi nobleza en poco.
Cierto es que perjuré, que esa promesa
Que tu impudencia á recordar se atreve,
Mas que por mi conciencia fué dictada,
De un asesino por el hierro aleve.
Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo...
Demándale ese infame juramento
Al cobarde puñal de Juan Dandolo.
Mar. Acabemos, Jacobo, ¿tú no sabes
Que si á tus plantas mi soberbia humillo
Es por piedad á tí?
Jac. ¿Piedad, señora?
Mar. ¡Me debes tanto amor!
Jac. Eso sí creo,
De placer y de amor habla en buen hora.
Olvida lo demas: el leon régio
Al carnívoro tigre no se enlaza,
Ni es posible enlazar en torpe nudo
Tu raza innoble con mi noble raza.
Mar. Ten compasion de tí... por vez postrera
Responde: ¿has olvidado que ofreciste,
Muerto tu padre, recibir mi mano?

Jac. Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo visté.
Mar. Tu padre ya murió.
Jac. Tambien tu hermano.
Mar. Si no fuese verdad...
Jac. Lo sé de cierto:
En Florencia, por mano del verdugo,
En pago de sus crímenes ha muerto.
Mar. ¡Oh! pero aun vive su infeliz hermana;
Piénsalo bien, y que vengarse puede,
Y que si soy muger, soy veneciana.
¡Ay, si olvidando amores y promesas,
Descuidado y tranquilo te adormeces...
Mísero tú, que de leon blasonas,
Si del tigre la cólera embraveces!
Jac. Ya estais, señora, por demas cansada:
Recordando esos locos devaneos,
Teneis en mucho lo que tengo en nada.
Mar. Me insultais, ¡noble conde! porque débil
Y humillada me veis, vil y cobarde,
Burlais mi pena y despreciais mi ruego,
De tan negra maldad haciendo alarde.
¿Mi engañada pasion teneis en nada?
¿No temeis que del suelo se levante
La dignidad de la muger hollada?
Jac. Basta ya, que es inútil la amenaza
Y es inútil el ruego, ya os lo dije.
Nada puede Jacobo Dagolino,
El noble conde de opulenta cuna,
A la hermana deber de un asesino.
Mar. Sí, el honor.
Jac. No hay honor entre los tuyos,
Ni cabe mancha donde no hay pureza.
Mar. Tienes razon, Jacobo, ni tampoco
Cabe piedad do la venganza empieza.
(*Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con máscara.*)

ESCENA V.

JACOBO, MARIANA, BERNARDO.

Bern. Guardeos Dios.
Jac. Muy bien venido.
Bern. ¿Conoceisme?
Jac. ¿Un antifaz
Usais por rostro?
Bern. Es disfraz
Que para entrar me ha servido.
Jac. No es difícil de acertar,
Baile de máscaras doy.
Bern. Por eso con ella estoy.
Jac. Idos os ruego á bailar.
Bern. No vine á bailar aquí.
Jac. ¿Venís á hacer oracion?
No es creo iglesia el salon,
Bern. Es capilla para mí.
Jac. Pesado estais por demas:
Vengais por lo que viniéreis,
Decidme lo que quisiéreis.
¿Os deben algo?
Bern. Quizás.
Jac. ¿De quién reclamais?
Bern. De vos.
Jac. ¿Es acaso alguna venta
No cobrada?
Bern. Es una cuenta
Incompleta entre los dos.
Jac. Hablad con mi mayordomo.
Bern. Solo con vos ha de ser.
Jac. Mañana? podeis volver.
Bern. ¿Mañana? es muy tarde.
Jac. ¿Cómo?
¿Asi osais en mi palacio
Levantaros hasta mí?
Salid al punto de aquí,
¡O vive Dios!...
Bern. Mas á espacio.
Una deuda habeis conmigo:
Y es fuerza que la pagueis.
Jac. Mañana la cobrareis.
Bern. Al punto ha de ser os digo.
Jac. Pues bien á cuenta tomad,
(*Alarga una bolsa.*)
Y volvereis por el resto.
Bern. No, señor conde, no es esto;
Esos papeles mirad. (*Muéstralos.*)
Jac. Eso es ya distinto asunto:
Mas... mal negocio teneis;
Mas os valdrá que dejeis
En su descanso al difunto.
Bern. Harto esa muger os dijo:
Mirad lo que contestais,
Y ruegoos que no seais
En la respuesta prolijo.
Jac. ¡Hola! señor valenton,
¿Acreedor por poderes,
Y abogando por mugeres
Venís? ¡daisme compasion!
Bern. Mejor, conde, os estará
La compasion de los dos,
Porque os juro que de vos
Tambien compasion me dá.
Jac. Mal forjais tan torpe dolo:
Si yo ese papel firmé,
Con quien en él me obligue
No es mas que con Juan Dandolo.
Bern. Solo quien reclama es él,
Y pues deber confesais,
Ved la respuesta que dais
Que os pregunta ese papel.
Jac. Vuestra impostura es bien vana:
En un cadalso espiró
Dandolo, y ya no soy yo

Quien se casa con su hermana.
Bern. Es decir, que si viviera,
Lo hiciérais tal vez de miedo.
Jac. (Conmigo mismo no puedo.)
Bern. ¡Nunca tan vil os creyera!
Jac. ¿Sabeis á quien hablais?
Bern. Sí.
Jac. Pues teneos, ¡vive Dios!
Bern. Teneos, mal conde, vos,
Que os veis delante de mí.
Jac. ¿Yo á vos? ¡necio! ¿os olvidais
Que á una voz, á una señal,
Puede echaros un dogal
Al cuello?
Bern. ¡Mucho fiais!
Jac. Si aun fuérais Dandolo mismo,
¿No veis que por esa puerta
Teneis á mi voz abierta
La eternidad y el abismo?
(*Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.*)
Mar. ¡Corto, cerrándola yo,
El paso á la eternidad!
Jac. ¡Traidores!
Bern. Conde, mirad. (*Descúbrese.*)
Jac. ¡Cielos!
Bern. ¿Os casais ó no?
Jac. ¡Oh! ¡no alcanzo á comprender
Si estoy, santo Dios, despierto!
¿Pues Juan Dandolo no ha muerto?
Bern. Vedlo vos.
Jac. No puede ser.
Bern. ¿No me esperabas aquí?
¿Creiste en tu orgullo loco
Que me importaba tan poco
Mi honra y mi vergüenza á mí?
Porque tal vez no se oia
Su formidable rugido
Creiste al leon dormido,
Mas el leon no dormia.
Tendido en la sombra espesa
Puso á su cólera barras,
Mas al aguzar las garras
No perdió nunca la presa.
Porque un impostor villano
Mi nombre acaso tomó,
Fuera ¡el necio! se creyó
Del alcance de mi mano.
De tí mal pagado á fé,
Nuevas de mi muerte di,
De la tumba no salí
Porque en ella nunca entré.
Te engañaste, ¡vive el cielo!
Creyendo tan torpe dolo,
orque si era Juan Dandolo
Soy Bernardo Caravello.
Ve pues lo que has de elegir
Y lo que has de contestar:
Mañana te has de casar
O esta noche has de morir.
Jac. Mal esa audacia te está
Cuando en mi poder te tengo.
Bern. Por una respuesta vengo:
Ve pues quien me la dará.
Jac. Respuesta sí te daré
Y escúchame como empieza:
Esta noche tu cabeza
Al verdugo entregaré.
¡Hola!
(*Va hácia una puerta escusada; Bernardo se le interpone.*)
Bern. Tente, mentecato;
¿No ves que tu voz sofoca
El són del baile que toca
En el salon inmediato?
Por la vez postrera, conde,
Que una respuesta me des.
Jac. Sal ó mueres á mis piés.
Bern. ¿Te casas ó no? responde.
Jac. No.
Bern. Pues como noble lucha,
O como traidor te mato.
(*Riñen.—Golpes dentro.*)
Jac. Allí tu sentencia escucha.
Bern. Con mi justicia me bato
Y es mi confianza mucha.
Jac. La puerta derribarán.
Bern. Será tarde.
Jac. Muy temprano
Para tí.
(*Mariana, que ha permanecido inmoble durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, esclama:*)
Mar. ¡Piensa, oh hermano,
En mis seis meses de afan!
Jac. Mas ira tienes que brio:
Pierdes tierra.
Bern. No lo sé.
Jac. De un balcon te colgaré,
Si queda el campo por mio.
Mar. ¡Dios te dé, hermano, valor!
Jac. Es inútil esperanza.
Mar. Y quedarnos sin venganza
(*Con despecho.*)
Es quedarnos sin honor.
(*A estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.*)
Bern. No le perderás á fé.
Mar. ¡Santo Dios! ¡gracias te doy!
Jac. Fuera de combate estoy:
¿Más quieres?
Bern. Sí.
Jac. Pues di qué.

Bern. Que mueras me importa solo.
Jac. ¡Indefenso, vive el cielo!
Bern. Es que siendo Carabello
Soy á un tiempo Juan Dandolo.
Como Bernardo cumplí
Lidiando hasta desarmarte:
Falta á Dandolo su parte,
Que hay dos personas en mí.
Jac. (Todo el infierno en el pecho
Me revienta y me le abrasa.
¡Tener en mi propia casa
Sobre mí mismo derecho!)
Ven, dime, infernal muger,
¿No basta que un Dagolino
Dando á tu suerte camino...?
Mar. Jacobo, no puede ser.
Has ahogado mi esperanza,
Me has hollado en mi dolor
Y... ahora no vale tu amor
Lo que vale mi venganza.
Jac. Pues bien, no es tan tarde aún:
Cuanto me pedís concedo;
¡Ah! un dia... y aun hacer puedo
Nuestra fortuna comun.
Mar. No; te amé como á mi Dios,
Vine á postrarme ante tí,
Tú me escupistes asi
Y no hay medio entre los dos.
Jac. Mas luego...
Bern. Es vano decir.
Jac. Cuerpo á cuerpo...
Bern. Es delirar.
Jac. Con oro...
Bern. Arrójalo al mar.
Jac. Te salvara...
Bern. Has de morir.
Jac. Mañana...
Bern. ¡Quimera vana!
Nada hay aquí que te asombre:
Hoy pronunciarás mi nombre
Y á mí me ahorcaran mañana.
Muere. *(Vase á él.)*
Mar. No puedo ya mas:
De tanta crueldad me espanto.
Jac. ¡Traidores!
Mar. ¡Le amaba tanto!
¡Bernardo, Bernardo!
Bern. ¡Atrás!
Tu honor á volverte voy
¿Y aun vacilas?
Mar. Tiemblo á fé.
(En el punto en que Bernardo vuelto á su hermana la dirige la anterior reconvencion, Jacobo abriendo la puertecilla falsa entra en un gabinete contiguo. Bernardo clavando el contrato en el puñal le sigue diciendo:)
Bern. Aqueste el contrato fué
Y le cumplo.
Jac. ¡Muerto soy! *(Dentro.)*

ESCENA ULTIMA.

ABRENSE POR FIN LAS PUERTAS DEL FONDO, Y ENTRAN TODOS LOS QUE SE SUPONEN EN EL SALON DEL BAILE, LOS QUE NO HALLANDO EN LA ESCENA MAS QUE A MARIANA, DICEN ASOMBRADOS:

Todos. ¡Cielos! ¿y Jacobo?
Bern. Aquí:
(Saliendo del gabinete.)
Una palabra empeñó:
Si él perjuro no cumplió,
Yo por mi parte cumplí.
(Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.)
Ped. ¡Qué veo!
Maf. ¡A vengarse solo
Salió de la tumba helada!
Bern. Conmigo ven, desdichada.
(A Mariana.)
Muchos. ¡Tente!
Bern. Paso á Juan Dandolo.

EL REY LOCO

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN TRES ACTOS.

Wamba es mas grande que la gloria humana
Y prefiere á ser rey, ser caballero.
(*Acto III, escena V.*)

PERSONAS.

WAMBA.
GERMANO (ERVIGIO).
RODESINDA.
PAULO.
EL DEAN GALTRICIAS.
ROMUALDO.
GUNTILA.
HASSAN, esclavo nubiano, negro de color.
NOBLES.
PRELADOS.
PUEBLO Y SOLDADOS GODOS.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Idania la Vieja, pueblo de Lusitania. — Año 672 de N. S. J. C.

Interior pintoresco de un arruinado templo romano preparado convenientemente para el juego escénico de este acto.

ESCENA PRIMERA.

MULTITUD DE NOBLES Y PUEBLO GODOS RODEANDO A PAULO LE ESCUCHA CON MUESTRAS DE APROBACION.

(*Algunas teas repartidas por la escena, ya en manos de actores, ya colocadas en los escombros, alumbran esta asamblea, que debe tener el carácter severo de la raza de hombres que la celebra.*)

Paulo. Para salvar la nave del estado
No hay mas medio á mi ver. Solo un piloto,
A voluntad de todos encargado
Del indócil timon, al casco roto
Puede dar ya contra la mar y el viento
El necesario impulso y movimiento.
De otra manera, con rubor lo digo,
Poco á poco la mar le anega todo,
Y sin amparo, ni poder, ni abrigo
Naufraga para siempre el reino godo.
¿Quereis salvarle?
Pueb. Sí.
Paulo. Dá todavía
Treguas y medio la propuesta mia.
¿La aceptais?
Pueb. La aceptamos.
Paulo. De ese modo
Separémonos ya: pronto la aurora
Derramará su purpurina lumbre
Sobre la oscura tierra: mas primero,
Y ya que de nosotros nadie ignora
De su eleccion la conveniencia, espero
Que todos jurareis, como es costumbre,
Coadyuvar á que cumplida sea
La noble decision de esta asamblea.
¿Venís en ello?
Pueb. Sí.

Paulo. Pues concluyamos.
¿Convencidos estais de que los godos,
Huérfanos y sin jefe, necesitan
Un rey que los gobierne?
Pueb. Sí, lo estamos.
Paulo. ¿Reconoceis en el propuesto todos
Los dotes que para ello le habilitan?
Pueb. Sí.
Paulo. ¿Resueltos estais de grado ó fuerza
A obligarle á que acepte el grave cargo
Y la suprema autoridad ejerza,
Para que el reino con el tiempo largo
No desmaye y se pierda de tal modo
Que enemigos osados y avarientos
Se le repartan en pedazos todo?
Pueb. Sí.
Paulo. ¿A Wamba alzais por vuestro rey?
Pueb. Le alzamos.
Paulo. ¿Jurais, en fin, que como tal, contentos
Seguireis sus banderas?
Pueb. Lo juramos.
Paulo. Recto es el fin y vuestra causa grande.
¡Dios os lo premie pues, ú os lo demande!
Buscaré al nobilísimo guerrero,
Que en estas soledades ha vivido
Del cortesano estruendo retraido,
Y en darle á conocer seré el primero
Lo que en pro general se ha decidido.
Donde quiera que le halle haré que al punto
Enciendan mis soldados una hoguera
Sobre el monte mas junto;
Y el lugar en que esté nuestro elegido
Señalará ondeando mi bandera.
Allí acudid, y desde aquel momento
Dad por determinado el alzamiento.
Hasta entonces, amigos, retiraos.
(*Vanse todos poco á poco.*)
El pueblo es mio. En cuanto al viejo insano,
Como él acepte el puesto soberano
Lo mismo que le alcé le precipito.
Resta burlar la astucia de Germano,
Con cuya fuerza mi poder limito:
Ya estoy solo con él, le iré á la mano.
(*Durante estos últimos versos Paulo queda solo en la escena; y despues de mirar en derredor con precaucion hace una seña, á la cual aparece Germano saliendo de entre los escombros.*)

ESCENA II.

PAULO, GERMANO.

Paulo. Son idos, sal.
Germ. Allá voy.
Paulo. ¿Viste? ¿Oiste?
Germ. Vi y oí.
Paulo. Sabes, pues, como cumplí.
¿Cumplirás tú?
Germ. En eso estoy.
Mas como en tal cumplimiento
Nos vá á los dos la cabeza,
Paulo, hablemos con franqueza,
Si te parece, un momento.
Paulo. Habla.
Germ. Demasiado claro
Va á parecerle tal vez
Mi lenguaje á tu altivez.
Paulo. Di, que yo la iré á la mano.
Germ. En negocios semejantes
Al que vamos á emprender,
Entrar conviene á mi ver
A modo de comerciantes;
Que puesto que en esta empresa
Arriesgamos por igual
Entrambos un capital,
Dividir nos interesa
Los réditos legalmente.
Demos pues á nuestros pactos
Límites justos y exactos.
Paulo. Paréceme muy prudente.
Germ. Sepamos pues sin disfraz
Ya que el caso es oportuno,
Qué pone aquí cada uno,
Qué vale y de qué es capaz.
Paulo. Tienes razon: vale mucho
Obviar todos los reparos
Antes.
Germ. Pues hablemos claros.
Paulo. Empieza pues, que te escucho.
Germ. Por la senda de la vida
Lanzados ambos á dos
Corremos de un trono en pos;
Y es fuerza ó que se divida,
O que uno de otro al encono
A sus mismos piés sucumba,
Sirviendo al muerto de tumba
Lo que al vencedor de trono.
Paulo. Y como á punto de asirle,
Nos hemos ambos asido,
Juntos hemos convenido
En asaltarle y partirle.
Germ. Derecho ó razon ninguna
Tenemos á él para osar,
Mas si es derecho el reinar
Razon buena es la fortuna.
Debiendo empero los usos
Guardar del pueblo y sus leyes
Para llegar á ser reyes
Sin el apodo de intrusos,
Fué de tu prudencia aviso
Que una tercera persona
Su derecho á la corona

Nos trasmitiera.
Paulo. Preciso.
Todo el reino en banderías
Dividido por dó quiera
Necesita una bandera
De mas precio que las mias.
Germ. Tal creo, y si yo pendon
Levantara por mí mismo
Solo aumentara un guarismo
A los que hay en la nacion.
Paulo. Mas uno que en sí reuna
Fama y derecho heredado
Abatirá de contado
Muchas banderas con una.
Con nobleza y con valor
Antiguo si sale al frente
Un hombre, toda la gente
Se lleva en su derredor.
Germ. En ello acordes estamos.
El cetro debe empuñar
Un rey que sepa reinar
Como nosotros queramos.
Un rey á quien real derecho
Dé su alcurnia, y den prestigio
Sus virtudes; un prodigio
Por nosotros solos hecho.
Paulo. É importa mucho al hacerle,
Germano amigo, mirar
Si el ídolo tiene altar,
Y sacerdotes ponerle.
Germ. Compréndote, Paulo amigo:
Un pueblo es fuerza que vaya
Tras él; mas como rey haya
Él traerá pueblo consigo.
Paulo. Pues el rey ya está en mi mano.
Germ. Pues un ejército presto
Tengo y armada.
Paulo. Dispuesto
Viste aquí al pueblo, Germano.
Germ. Veamos, ¿quién es tu rey?
Paulo. ¿No me le oiste nombrar?
Germ. Sí, mas no puedo apreciar
Si es oro de buena ley.
Paulo. ¿Tú no le conoces?
Germ. No.
Paulo. En dos palabras lo que es
Voy á decirte.
Germ. Di, pues.
Paulo. Es un hombre que nació
De régia estirpe.
Germ. ¿Su edad?
Paulo. Nueve lustros y corrida
La balanza.
Germ. De su vida
Casi en la flor.
Paulo. Sí en verdad.
Y si á lo róbusto y sano
Uniera un seso completo,
Era el tal harto sugeto
Para ganarnos la mano.
Germ. ¿No está en su juicio cabal?
Paulo. No. Tiempo há dejó la corte,
Y no hay cosa que le importe
Más que el goce material
De la existencia. Una casa
Que en estos montes hiciera
Habita, y como una fiera
La vida en los montes pasa.
Germ. ¡Pardiez! durará bien poco
Idolo tal segun eso.
¿Si le echa menos el seso
Qué pueblo admite un rey loco?
Paulo. Sabe el vulgo su nobleza,
Y viendo que el mundo huye
A esperiencia lo atribuye,
Desprendimiento y grandeza.
Germ. Huye el mundo. ¿Sabe de él?
Paulo. Vivió en palacio, y mal quisto
Salio de allí.
Germ. Por lo visto
Hizo allí mal su papel.
Paulo. Su prestigio hizo balanza
Al poder de Chindasvinto,
Y gozó de Recesvinto
Igual siempre la privanza.
De ambos los secretos todos
Penetró él.
Germ. En ese caso
Solo le ha faltado un paso
Para ser rey de los godos.
Paulo. A la muerte del postrero
Fuéle á ofrecer la nobleza
El cetro; mas con fiereza
Él la dijo: «No le quiero.»
Los prelados y los jueces
Con él despues le han brindado
Dos veces, y ha rehusado
Admitirle las dos veces.
«Conozco, ha dicho altanero,
Que por mi sangre me toca,
Pero es una empresa loca;
Ya he dicho que no le quiero.»
Germ. ¡Singular hombre!
Paulo. Eslo tal,
Y tal su seso, que dice
Que el hombre mas infelice
Es el que reina.
Germ. Moral
Muy buena sin duda alguna,
Mas moral que no comprendo.
Paulo. De eso es de lo que yo entiendo
Que enloqueció.
Germ. Fué fortuna
Para nosotros.
Paulo. Sí fué.
Y yo que le espío há un año

Y conozco á ese hombre estraño
Que nos hace al caso sé.
A solas consigo mismo
En sus manías estrañas
Sigue por esas montañas;
Y ya á orillas de un abismo
Mide en silencio su oscura
Profundidad; ya dá caza
El solo á la inmensa raza
De bestias, que la espesura
Guarda; ó semanas enteras
En su caseron se oculta,
O en las cuevas se sepulta
De donde arroja á las fieras;
O ya en las mas escondidas
Con un esclavo nubiano
Platicando mano á mano
Pasa las horas perdidas.
A veces tras una esclava
Que en su misma casa mora
Corre desde que la aurora
Sale, hasta que el dia acaba.
Y ella que es una muger
Tan salvage como un gamo,
Corre delante de su amo
Por solo hacerle correr.
Ya ella le huye y él la llama:
Ya ella á los piés de su dueño
Tendida, le guarda el sueño
Y aun sospecho que él la ama:
Y en su loca pasion brava
La apellida á cada hora
Unas veces fiero « esclava, »
Otras risueño « señora. »
Mas el fuego de otro amor
Alimenta ella á mi ver.
Yo la selva recorrer
La vi con un cazador
Forastero veces varias,
Y aunque les quise la pista
Seguir, perdíles de vista
Por las breñas solitarias.
Germ. Natural cosa en verdad.
Si esclava le guarda el sueño,
¿Cómo amar puede al que dueño
Coarta su libertad?
¿Y es rico?
Paulo. Tesoros tiene,
Que el nubiano le administra,
Que es quien sueldo suministra
A la gente que mantiene
Como noble: mas como él
En cosa alguna la emplea
Ni necesita en su aldea
Mas que un potro y un lebrel,
Allá la tiene en Galicia
Dando guerra; y por su parte
Su gente con su estandarte
Lleva nombre de milicia.
Germ. ¿Y esa gente...?
Paulo. Corto bando
Formará, aunque se divida,
Contra la que hay prevenida
Como has dicho á nuestro mando...
Germ. Y aquí están mis credenciales;
Si entiendes árabe léelas.
(*Muestra varios pergaminos.*)
Paulo. ¿En ciento setenta velas
(*Leyendo.*)
Treinta mil hombres?
Germ. Cabales.
Prontos á desembarcar
Mis órdenes solo aguardan
Con otros mil que me guardan
La espalda en ese encinar.
Paulo. Pues hé aquí de mis aliados
A mis cartas las respuestas. (*Se las dá.*)
Sus firmas abajo puestas
Valen veinte mil soldados.
Vélas porque las estimes.
Germ. *Gumildo de Magalona*,
(*Leyendo.*)
Requindo de Tarragona
Con *Hilperico de Nimes.*—
¿Sigue pues nuestra bandera
(*Representando.*)
La España Tarraconense?
Paulo. Y en cuanto el fuego se intense
La Galia gótica entera.
Germ. Solo una dificultad
Quédame ya en tus razones.
Paulo. ¿Cual es?
Germ. La de que las pones
Sobre ajena voluntad.
¿Y si el rey serlo no quiere?
Paulo. Lo tengo determinado;
Lo será de fuerza ó grado:
O reina, Germano, ó muere.
Germ. ¡Juego audaz!
Paulo. Mas no imposible.
Diré que al bien general
Antepone el personal
Y que es un traidor.
Germ. ¡Terrible
Posicion para el pobre hombre!
Paulo. Sí, mas el pueblo en tal punto
Para nombrar un rey junto
Es fuerza que alguno nombre.
Germ. ¿Y si el pueblo piensa en otros
Que en los que crees?
Paulo. En tal caso
¿Quién al trono dará un paso
Si la fuerza está en nosotros?
Germ. ¿Y no hay bastante quizás
Con la fuerza para ser
Dueño único del poder?

Paulo. El derecho vale mas :
Y es preciso á todo empeño
Obtenerle bien ó mal,
O por voto universal,
O á voluntad de su dueño.
Germ. ¿Si eres rey...?
Paulo. Reinas conmigo;
Si algo habemos de valer
Solo juntos ha de ser.
Germ. Pues otro tanto te digo.
Cuenta con mis sarracenos
Y mis ocultos jayanes.
Paulo. Y tú con mis catalanes
Y mis galos cuando menos.
Germ. Ambos hemos menester
Uno del otro.
Paulo. Es verdad.
Jurémonos lealtad.
Germ. Hasta reinar ó caer.
(*Se dan la mano.*)
Paulo. Voy pues por mi real cabeza.
Germ. Yo aquí a una muger espero.
Paulo. ¿Amas tal vez?
Germ. Sí, la quiero;
Ley es de naturaleza
El amar.
Paulo. Piensa que asi
Perdió al mundo una muger.
Germ. Vé tranquilo, que á mi ver
Esta ha de salvarme á mí.
Paulo. A Dios.
Germ. A Dios.
Paulo. (¡Insensato!
(*Desde el fondo al irse.*)
Esté la suerte en mi abono,
Y horca se me vuelva el trono
Si al pisarle no te mato.)
Germano vuelve á mirarle : Paulo le saluda con la mano sonriendo: Germano le corresponde; y cuando Paulo vuelve la espalda para partir dice:)
Germ. (¿Imaginas, mentecato,
Que tu intencion no penetro?
¡Puñal se me vuelva el cetro
Si yo no te le arrebato!)

ESCENA III.

GERMANO.

¡Cuánto desvelo y afan
Cuestan á mi corazon,
Cuánta fiebre á mi razon
Los secretos que aquí están!
Mil veces desesperó
Mi paciencia hasta este punto,
Mas ya el fruto veo junto
Cuya ambicion me afané.
. . . .
Tú mismo lo has dicho aquí:
« El derecho vale mas; »
¡Pobre imbécil! ¿qué dirás
Cuando le encuentres en mí?
Por mas que aun tuerza su fiel
La balanza de tu lado,
El trono entre ambos alzado
Veremos quién sube a él.
Miserable aventurero,
Que en el sitial soberano
Intentas poner la mano,
Te la han de cortar primero.
¿De mí te quieres asir
A un solio para trepar?
Con tus hombros me has de dar
Escalon para subir.
Mas ya está lejos; la aurora
Comienza la niebla parda
A disipar, y ya tarda.
¿Si la fortuna traidora
Se volverá contra mí
Por medio de esa muger?
¡Oh! yo sabré detener
Su rueda inconstante. — Allí
Distingo una forma humana.
Ella es: ten cuenta, ambicion,
Que es el último escalon
De la alteza soberana.
(*Rodesinda baja á la escena por la derecha; Germano la sale al encuentro.*)

ESCENA IV.

GERMANO, RODESINDA.

Germ. ¡Rodesinda!
Rod. ¡Germano!
Germ. Ya tres dias
Sin hallarte,
Rod. Germano, culpa ajena,
No mia fué.
Germ. Dudaba si vendrias
Hoy tampoco y temí...
Rod. La selva llena
De guerreros está: llegar en vano
Intenté sin ser vista muchas veces,
Y nuestro asilo al descubrir, Germano,
A nuestro oculto amor temí dar jueces.
Germ. Desecha tu temor: esos guerreros
En la selva acampados pertenecen
A un hombre que te adora: sus aceros
De Germano á la voz solo obedecen.
Rod. ¡A tu voz...! Cazador desconocido
En tierra lusitana, desterrado

Me dijiste que andabas y escondido
Por estos bosques.
Germ. Sí.
Rod. ¡Me has engañado!
Germ. No; yo te dije que al siguiente dia
A este recinto protector vinieras
Donde secreta historia te diria,
Y han trascurrido tres sin que acudieras.
En este tiempo misteriosa empresa
Há en capitan al cazador cambiado.
¿Mas callas? ¡ay de mí! ¿Tal vez te pesa
Ver puesto tu querer en un soldado?
Rod. No, no: mil veces no. Nunca tal creas.
Germ. ¿Pues qué interior agitacion te acosa?
Veo en tu roja faz de tus ideas
La rápida mudanza: temblorosa
Siento en la mia tu abrasada mano.
¿Tal vez detestas el laurel sangriento
Que al guerrero corona?
Rod. No, Germano:
Comprendes al revés mi pensamiento.
Cuando el carmin el rostro me enrojece,
Cuando el temblor mis miembros sobrecoje,
Cuando el fuego la sangre me enardece,
Nunca á medio achacarlo te se antoje,
Nunca, Germano: si temblé un instante,
Fué de gozo al oir que mi destino
De ambicion y valor dotó al amante
En quien solo veia un campesino.
Porque, sábelo al fin, yo te queria:
Pero á huir de tu amor, de erminada,
A despedirme de tu amor venia
Dejándote mi historia revelada.
Germ. Todo en tu corazon lo habia leido.
Y esta cita aplacé, porque una clara
Mútua revelacion, fortalecido
Dejando nuestro amor, le eternizara.
¿No te ha ocurrido nunca que pudiera
Predestinada ser mi union contigo?
Piénsalo bien; me encuentras por dó quiera,
De tu sombra á la sombra te persigo:
Mi amor tiempo há que conocido te era
Y que le dió tu corazon abrigo.
Cruzamos un imperio y otro imperio,
Un mar tras otro mar, tierra tras tierra,
Y ambos fuimos para ambos un misterio
Que todavía nuestro pecho encierra.
¿Mas piensas que el decreto soberano
Une asi vanamente nuestro sino?
¿Piensas que el cielo nos señala en vano
De la vida en el campo igual camino?
No: misteriosa fuerza, Rodesinda,
Imán irresistible nos impele
Y amor con alto porvenir nos brinda:
Déjale pues al corazon que vuele.
Déjale, sí. ¿Quién sabe dónde el viento
La hoja del árbol desprendida lleva?
¿Quién sabe donde va con su ardimiento
El cazador que á capitan se eleva?
Deja que vuele por el viento, libre;
Que quien mantiene misterioso fuego
En nuestras almas vivo, hará que vibre
Rayo inmortal de nuestra gloria luego.
Rod. Mi mente se trastorna: tus palabras
Deslumbran mi razon: habla, Germano:
Dentro de mí con lo que dices labras
Un nuevo cauce á mi delirio insano.
Hay un misterio que en tu voz se esconde...,
Sí, la sublime inspiracion que luce
Sobre tu rostro varonil... responde,
¿Es el amor no mas quien la produce?
Germ. No, Rodesinda, no; tal el secreto
De mi existencia es, y ante tus ojos
Voy á patentizarle, aunque el objeto
Venga yo á ser al fin de tus enojos.
Rod. Di, di, Germano.
Germ. Escúchame, ¿recuerdas
La vez primera que nos vimos?
Rod. Iba
Por las rocas de Escandia.
Germ. Sí. ¿Te acuerdas
Del oso que seguias?
Rod. Monte arriba
Le perdí en la maleza.
Germ. Te equivocas:
Yo le atajé por el opuesto lado;
No se perdió... se trasformó en las rocas.
Rod. ¡Se trasformó!
Germ. Tornóse mónstruo alado,
Mitad noble leon, mitad serpiente:
Ancha corona de flotante llama
Ennoblecia su greñuda frente,
Y régio manto su sonora escama.
Rod. (¡Qué escucho!)
Germ. De asomarte por la altura
De la escarpada peña en el instante
Del vecino torrente dió en la hondura,
Su luz dejando sobre el agua errante.
Contemplábate yo bajar osada
A registrar el agua conmovida,
Cuando miré tu frente coronada
Con la luz de su frente desprendida.
Huí de tí asombrado; en mi cabaña
Me escondí con pavor, mas por dó quiera
Ante mis ojos la ilusion estraña
Se alzaba como cosa verdadera.
Desde entonces jamás seguí tu paso,
Pero siempre te hallaba si salia:
Y siempre, efecto de ilusion acaso,
Coronada de fuego te veia.
Con sagrado respeto á tu persona
Me aproximé primero: poco á poco
Me acostumbré á la luz de tu corona,
Y al fin te busqué amigo, y te amé loco.

Y no ha habido una noche, ni una hora
De mi vida pasó, sin que presente
Haya estado ante mí deslumbradora
Tu coronada aparicion luciente.
Ni los misterios sé de tu existencia,
Ni penetro tu orígen sobrehumano;
Solo sé que eres de mi sér la esencia
Y voy donde tú vas.
Rod. Uno, Germano,
Nuestros secretos son. ¡Oh! ya no dudo
Que hay predestinacion en nuestro sino.
No; solo el cielo revelarte pudo
Lo que creí tal vez sueño divino.
Oye, en aquella roca, en aquel lago
Donde viste en mi frente sacro fuego
Al soplo llamëar del viento vago
Tu misma prediccion me hicieron luego.
Germ. ¿Cómo?
Rod. Al borde llegué de aquel abismo
Descarriada despues tras otra fiera,
Que al agua se arrojó: al tiempo mismo
Partió de junto á mí corza ligera
Que echó por las malezas espantada.
Tendí rápida el arco; de un ribazo
Al cruzar por la loma descampada
Presa era ya de mi certero brazo,
Cuando atrevida mano de él asiendo
Del blanco móvil desvió mi tiro.
Vuélvome, ya otra flecha requiriendo
Contra el audaz, y con asombro miro
Estrangera muger desconocida
Que esclamó en ronca voz: « Tente y perdona
De esa bestia gentil la noble vida;
¿No ves que lleva como tú corona? »
Torné á la cierva, que hácia el bosque huia,
Y al purpúreo fulgor del sol poniente
Vi que en efecto el animal ceñia
De una corona fúlgida su frente.
Volvíme á la muger, pero no estaba
Conmigo ya; llamé, busquéla en vano:
Dudé si una ilusion me fascinaba,
Mas ya la creo realidad, Germano.
Germ. ¿Y no ha salido nunca de tu boca
Semejante secreto?
Rod. Acaso... un dia
Mi mente en torno de él girando loca
Con eterna inquietud se revolvia.
En delirio febril la noche entera
Pasado habia, y despertando al alba
Salíme á que el frescor de la pradera
De su loca impresion me hiciera salva:
Cuando un noble guerrero, que mi vida
Como padre cuidó desde la cuna
Me sorprendió curiosa y abatida.
A su paterno afan, á su importuna
Solicitud, y cariñoso empeño
No supe resistir y al fin le dije:
« De un pertinaz y misterioso ensueño
Es solo la aprension lo que me aflige.
— ¡Sueño! ¿y cuál? preguntóme. — Una quimera,
Le respondí, no mas. Corona ardiente,
Sueño que brilla en mi abrasada frente. »
Germ. ¿Y él entonces?
Rod. Tornó á la faz severa
A contemplar un punto mi semblante,
Y alzando luego al cielo una mirada
Dijo: « ¡Tambien mi vista delirante
Te creyó muchas veces coronada! »
Germ. (¡Ah!)
Rod. Y la soledad en que sumida
Siempre viví; los rudos ejercicios
En que pasé mi juventud; mi vida
Estraña á los deleites y á los vicios
De las ciudades; el estudio serio
De ciencias que á emprender me obligó el hombre
Que desde niña me crió, un misterio
Sin decirme jamás que hay en mí nombre:
Este vagar sin treguas ni reposo
De uno en otro hemisferio, y el cuidado
Con que ese hombre en mi bien siempre afanoso
Régia ambicion al alma me ha inspirado,
Un laberinto son que me rodea
En cuyo centro mágico se hechizan
Augurios que tal vez mi mente crea,
Pero que el porvenir me divinizan.
Germ. Tal te adoraba yo: tal te soñaba,
Divina Rodesinda, cuyo aliento
Sér da á mi vida de tu aliento esclava.
Rod. Tal soy, Germano, cual la mar y el viento
Grande es mi corazon. Me le devora
Régia ambicion: agüeros han ceñido
Corona á mi cabeza... y hasta ahora
En los salvages bosques dó he vivido
De las fieras no más me vi señora.
Germ. Pronto lo puedes ser de un pueblo todo.
Rod. ¡Oh!
Germ. Destinada estás á una corona:
Tu sien reclama la del pueblo godo;
Y tu divino porvenir te abona.
Habla: ¿quieres reinar?
Rod. No te comprendo.
Germ. Di, ¿te ama mucho ese hombre que tu vida
Como padre cuidó?
Rod. Tanto, que entiendo
Que no fuera de su alma mas querida
Hija en verdad de sus entrañas siendo.
Germ. ¿Y si lo fueras?
Rod. Mas ¿por qué capricho...?
Germ. ¿Nada te dijo que en favor te arguya?

Rod. Germano, no lo soy; él me lo ha dicho,
Y ara es de la verdad la lengua suya.
Aunque al oirle á veces he pensado
Que en la locura su cerebro toca,
Y obra cual de ella á veces atacado.
Germ. Jamás, ¡oh Rodesinda! de tu boca
Salte sospecha tal. Nuestro secreto
Que por ella jamás llegue á su oido.
Tal vez está tu porvenir sujeto
A condicion de universal olvido.
Y basta, Rodesinda, por ahora.
Si de un misterio universal rodeas
Mi amor, tal vez á la siguiente aurora
Cerca, muy cerca del poder te veas.
Rod. Mas...
Germ. Fia en mí, y silencio impenetrable.
Dios, que del porvenir conduce el vuelo,
Oir te hará su voz: déjale que hable,
Que él de tu porvenir rasgará el velo.
Yo, que guerrero soy, gente á mi mando
Tengo, y mucha tal vez; el tiempo vuela,
La fortuna es voluble y... mas entrando
Va el dia ya; partamos, y á quien vela
Deja velar, y si á tu sien consigo
Ceñir esa corona que adivinas...
Rod. ¡Júrolo á Dios, la partiré contigo!
(*Interrumpiéndole.*)
Germ. Yo cumpliré las órdenes divinas
A tu sombra rēal buscando abrigo.
Partamos pues.
Rod. Espera; de estas ruinas
Sola saldré primero, no importuno
Juntos nos vea por azar alguno.
Germ. Dices bien.
Rod. Parto pues por esa cava.
Germ. Dame tu mano real por despedida.
Rod. En tus ojos de rey me quedo esclava.
Germ. En los tuyos de sol se va mi vida.
(*Rodesinda vase por el fondo.*)

ESCENA V.

GERMANO.

Tambien es mia: vencí.
Tu necia supersticion
De Paulo con la ambicion
Trabajará para mí.
Yo en tu pecho la sembré,
Con lento y mañoso afan:
Verás el fruto que dan
Las semillas que en tí eché.
¡Predestinaciones...! ¡sino!
¡Delirios que al necio hechizan!
Los sabios siempre esclavizan
A sus plantas el destino.
Aguila que al cielo subes
Fiada en tus alas leves,
Fuerza será que me eleves
Sobre tu pluma á las nubes.
Mas no andemos, corazon,
Como los necios soñando.
Subamos, pero tanteando
Escalon por escalon.
Todos los hilos sujetos
Tengo. Voime pues tranquilo
Dando en este mudo asilo
Sepultura á mis secretos.
(*Deteniéndose en el fondo al partir.*)
Ruinas de ignorada historia,
Rico monumento ayer
De un pueblo alzado á la gloria,
Hoy silenciosa memoria
De su rendido poder;
Pues solo tomé consejo
Del silencio de estas naves,
Seguros cuando me alejo,
Aquí mis secretos dejo.
(*Vase por la derecha. Al irse, aparece Wamba por una secreta entrada de uno de los pilares que habrá en la escena.*)
Wamba. Eso es lo que tú no sabes.

ESCENA VI.

WAMBA.

¡Mas cómo ha de ser! vivimos
Con semejantes miserias:
Unos tratan las materias
Arduas, y otros las oimos.
(*Da dos golpes en el pilar con el pomo de la daga y sale Hassan por otro secreto.*)

ESCENA VII.

WAMBA, HASSAN.

Wamba. ¿Volvieron mis mensageros?
Hass. Sí.
Wamba. ¿Qué razon han traido?
Hass. Detrás de ellos han venido
Al alba, mil ballesteros
Y mil ginetes.
Wamba. ¿Han dado
Los de Galicia esperanzas
De estar á tiempo?
Hass. Sus lanzas
Tienen ya el bosque cercado.
Wamba. ¿Todo está?
Hass. Como tu alteza
Lo dispuso.

Wamba. ¿De ese modo
Tú me respondes de todo?
Hass. Sí, señor : con mi cabeza.
Wamba. Sal, y muéstrate en la altura
Del cerro, y cuando por mí
Te pregunten, hácia aquí
Dirígeles. (*Vase Hassan por la cava.*)

ESCENA VIII.

WAMBA.

La locura
Reina en la tierra, y los pocos
Cuerdos que hay andan perdidos...
Vivamos pues prevenidos
En el reino de los locos.
(*Se pasea meditabundo.*)
Yo quiero dar de barato
Que tal rey logren hacer :
Mas ¿cómo va rey á ser
Ese pobre mentecato?
¡Bah! ¿De esto á mi, qué me da?
De lo que está por venir
Solo el tiempo ha de decir.
El que viva lo verá. (*Se sienta.*)
Vivamos pues y veamos.

ESCENA IX.

WAMBA; GERMANO, QUE VUELVE POR LA DERECHA.

Germ. Guardada está esa salida
Por gente desconocida.
Vendidos temo que estamos,
Pero ¿por quién? aun no tiene
Fuerzas contra mí ese griego;
Voy á ver si al bosque llego
Por este lado.
(*Va á salir por el fondo y se detiene.*)
Mas viene
El pueblo entrando en tropel
Por las ruinas... ¿será esto
Otro motin?
Wamba. Por supuesto;
Pues ¿qué ha de ser?
Germ. (¡Cielos! él.)
(*Repara en él.*)
Wamba. Yo, si.
Germ. Ya lo entiendo todo.
Wamba. Yo tambien.
Germ. ¿Sabes quizá...?
Wamba. Que metiéndose aquí va
(*Interrumpiéndole.*)
En tumulto el pueblo godo.
Germ. ¡Ah!

ESCENA X.

WAMBA, GERMANO, PAULO, PUEBLO.

Paulo. Vedle allí. Saludemos
(*Desde el fondo.*)
A la augusta majestad.
¡Viva el rey!
Todos. ¡Viva!
Wamba. ¿En verdad,
Tenemos rey?
Paulo. Le tenemos.
El pueblo godo, cansado
De tan largas disensiones,
Sus divididos pendones
Bajo el de un rey ha juntado.
Wamba. ¿Quién es, amigos, el hombre
A quien fiais vuestra ley?
Saludar quiero yo al rey
Tambien : decidme su nombre.
Paulo. Decid el vuestro.
Wamba. ¿Rey yo?
Paulo Todo el pueblo os ha nombrado.
Wamba. Pues todo el pueblo lo ha errado.
Paulo. ¿No quereis el cetro?
Wamba. No.
Paulo. El pueblo está decidido
A obligárosle á admitir.
Wamba. Yo lo estoy á resistir.
Paulo. Mas sin razon.
Wamba. No os la pido.
Paulo. Sois en nobleza el primero:
Wamba. Por eso soy tan leal.
Paulo. Hierve en vos sangre real.
Wamba. Por eso soy caballero.
Paulo. Conoceis, sabio, las leyes.
Wamba. Por eso sé respetarlas.
Paulo. Sois capaz de administrarlas.
Wamba. Para eso serví á otros reyes.
Paulo. Sois rico.
Wamba. Por eso doy.
Paulo. Teneis general prestigio
Con el pueblo.
Wamba. No es prodigio,
Pues que generoso soy.
Paulo. Sois bravo.
Wamba. Nadie lo ignora.
Paulo. De cien lides salió ileso
Vuestro honor.
Wamba. Tengo por eso
Cien cicatrices ahora.
Paulo. El pueblo os pide.
Wamba. Yo á él no.
Paulo. Por noble y por virtuoso
Os ama.
Wamba. Por revoltoso
Y ciego no le amo yo.

Paulo. Por vos en su mal se afana.
Wamba. De él cree que á sacarle voy.
Paulo. Humilde, á vos viene hoy.
Wamba. Feroz me ahorcará mañana.
Paulo. Confiesa que solo en vos
Su fé está, y á vos acude.
Wamba. Que en Dios fie, y no se escude
Conmigo, sino con Dios.
Paulo. ¡Injuriais su confianza!
Wamba. Él me injuria, pues que viene
A mí, cuando yá no tiene
En su mal otra esperanza.
Paulo. Cuanto añadais será en vano:
La ley da al pueblo derecho
De nombrar rey, y os ha hecho
El pueblo su soberano.
Wamba. Y el pueblo echará de ver;
Que es fuerza que sea injusto
Rey que toma contra gusto
Su soberano poder.
Paulo. Él sabe que la virtud
Que en su pecho se atesóra
Garantiza desde ahora
Su futura rectitud.
Pueb. Sí.
Paulo. Ya lo oís.
Wamba. Ya está dicho.
Paulo. ¡Posponéis pues criminal,
La salud universal
A vuestro injusto capricho!
Wamba. Os dije mi voluntad:
Acabemos de una vez.
Paulo. Acabemos, sí ¡pardiez!
Por concluido—escuchad.
Pues noble, sabio, opulento,
Bravo, generoso, amado,
Reconocido y rogado
Fuiste, elegido entre ciento:
Y en tu profundo egoismo
Tu bien personal prefieres
Al de la pátria, y no quieres
Ser útil mas que á tí mismo:
Pues te niegas salvador
A ser hoy del pueblo godo,
Con justicia el pueblo todo
Te declara por traidor.
Pueb. ¡Sí!
Paulo. Y falla con juicios ciertos;
Porque en duelos tan prolijos,
La pátria quiere á sus hijos,
Primero que ingratos, muertos.
Pueb. Sí.
Paulo. No hay medio en que elegir:
Decidida está tu suerte:
O la corona ó la muerte:
Wamba, reinar ó morir.
(*Paulo y otros varios le ponen al pecho las espadas; y él y el pueblo le dicen á una voz:*)
Paulo y Pueb. Elige.
(*Wamba da un paso hácia ellos hasta que su pecho toca con las puntas de las espadas; y abriéndose la ropa, y mostrándosele desnudo dice con desdeñosa calma:*)
Wamba. Nunca al temor
Mi corazon prestó asilo:
Aquí está, pero tranquilo:
Herid y aprended valor.
(*Todos se sorprenden: Wamba aprovechando la sorpresa aparta las espadas de sí con ambas manos y avanza con altivez.*)
¿Vacilais? Teneis razon.
Comprendeis cuando os provoco
Que por algo os tiene en poco
Hombre de tal corazon.
Pues os lo voy á esplicar,
Y tendreis que comprender
Que al ofrecerme el poder
No me podeis engañar.
Veinte años há que os hallais
En civil guerra empeñados,
Veinte años que atropellados
Por estrangeros estais.
Entre los galos inquietos
Los navarros montaraces,
Y los árabes sagaces
Do quiera os tienen sujetos.
Por sombra tal de la mano
Necesitais quien os guie,
Y buscais quien os desvie
Del precipicio cercano.
Y por rico y por leal,
Y porque vengo de reyes,
Y porque sé vuestras leyes
Me quereis por general:
Y porque en tal anarquía
Solo puede una bandera
Salvar la nacion entera,
Elegido habeis la mia.
Entre morir ó reinar
Dado me habeis á elegir...
¿Y no osais verme morir...? (*Con desden.*)
Os tendré al fin que mandar.
Empuñaré el cetro sí,
Mas no echeis nunca en olvido
Que á dármele habeis venido,
Y que yo no os le pedí.
Ceñiré pues la corona,
Pero tened bien presente
Que al llevármela á la frente
Es la fuerza quien me abona.
Y pues á fuerza soy rey

Por vuestra eleccion tirana,
No os quejeis necios mañana
De la fuerza de mi ley.

Paulo. Primero...

Wamba. ¿Con qué derecho
(*Con ímpetu.*)
Hablas tú ante el soberano?
Arrodíllate, villano,
Ante el rey que tú te has hecho.
¿Hassan? (*Llamándole.*)

(*Los pilares y las paredes se abren : el fondo se llena de soldados, Hassan baja hasta cerca de Wamba. Paulo y Germano se contemplan con asombro; el pueblo mira curioso sin comprender.*)

ESCENA XI.

WAMBA, PAULO, GERMANO, HASSAN, NOBLES, PUEBLO, SOLDADOS.

Paulo. ¿Qué es esto, Dios santo?

Wamba. Tú, rey me has forzado á ser,
(*A Paulo.*)
¿Y al desplegar mi poder
Le contemplas con espanto?
Vasallos, vuestro capricho
Doblegó al suyo mi gusto,
Nada hay que os coja de susto,
Vosotros me lo habeis dicho.
Por rico, me sobra el oro;
Por noble, lanzas mantengo:
Por señor, esclavos tengo:
Por rey, guardia y real decoro.
Mas no receleis por eso
Que al mirarme soberano
Me he de hacer vuestro tirano:
Por mí no ha de haber esceso.
Juzgad de mis intenciones:
¿Rey me haceis para la guerra?
Ensangrentaré la tierra
Con mis armadas legiones;
Y cuando estraños sin fé
Se arrojen contra nosotros,
Yo delante de vosotros
A la campaña saldré.
¿Vuestras leyes á guardar
Me fiais y antiguos ritos?
Yo cual me los deis escritos
Os los haré respetar.
Y al que la infrinja villano,
Noble ó ruin, rico ó pechero,
Castigaré justiciero
Con vuestra ley en la mano.
Llegadlo pues á entender;
Si yo tengo de reinar
Asi tengo de mandar,
Asi habeis de obedecer.
Y si al fin por sabios planes
Tras una y otra victoria
Os doy paz, riqueza y gloria,
Y os cansais de mis afanes;
Como siempre noble y fiel,
Sin miedo, pesar ni encono
Volveré á bajar del trono
Lo mismo que subo á él.

Uno. ¡Viva el rey!

Todos. ¡Viva!

Wamba. Ea, amigos;
Pues que ya reino, mirad
Cual obra mi majestad
Contra vuestros enemigos.
Hassan, de esos mil traidores
Que se ocultan en la selva
Que á salir ninguno vuelva.

Germ. (¡Ah!)

Wamba. De las costas señores (*A uno.*)
Los sarracenos bajeles
Nos las amagan; Teofredo,
Con ciento que darte puedo
Tú irás contra los infieles. —
Tú, por quien reino desde hoy, (*A Paulo.*)
Capitan de mis soldados
Contra enemigos privados
Irás. — Y á nombrarte voy
(*A Paulo solo aparte.*)
Varios, porque el trance estimes.
Gumildo de Magalona,
Requindo de Tarragona
Con Hilperico de Nimes.

Paulo. (¡Ah!)

Wamba. Y tú, bravo estrangero
(*A Germano.*)
Que á nuestra asamblea asistes,
La honra que en ello me hicistes
Premiar dignamente quiero.
Por noble te dá tu aliño;
En mi corte vivirás
Y... nunca de ella saldrás.
Tu faz me inspira cariño.

Germ. (¡Ah!)

Wamba. Despejad, caballeros
Y villanos: esta tarde
Veré los que hacen alarde
De ir al campo los primeros.

(*Van saliendo todos victoreando á Wamba, y mientras salen y este los ve partir rodeado de sus guardias, Paulo y Germano se juntan á un lado de la escena y se dicen aparte uno á otro:*)

Paulo. ¿Qué hacemos?

Germ. Lo que nos toca.

Paulo. Yo me fugo.

Germ. Yo me quedo.

Paulo. Yo del loco tengo miedo.
Germ. Y yo fio en una loca.

(*Saludan á Wamba pasando por delante de él y vanse con los demas. Los soldados, abiertos en dos filas por entre las cuales han pasado todos, aguardan á que pase Wamba, presentándole las armas como á soberano. Hassan aguarda tambien.*)

ESCENA XII.

WAMBA, HASSAN, SOLDADOS.

Wamba. Castillos hizo en el viento
Su ambicion: yo los derroco.
Y ahora... ¡Dios ponga tiento
En las manos del Rey loco!

(*Vase por el medio de los soldados. — Hassan le sigue* (1)).

(1) Por razones particulares, cuya esplicacion no es del caso, se hicieron en la representacion estas correcciones. En la escena 4ª del acto 1º, entre Rodesinda y Germano, quedaron suprimidos desde el verso que dice:

Germ. Todo en tu corazon lo habia leido.

Hasta el de la misma escena que dice:

Rod. Mas ya la creo realidad, Germano.

Ambos versos inclusive. — En lugar de los suprimidos, se representaron los siguientes versos.

Germ. Toda la sé.
Rod. ¡La sabes! (*Sorprendida.*)
Germ. En tu cuna
Aguila real de fuego coronada
Se meció sobre ti.
Rod. ¡Ah!
Germ. Destinada
Te hizo á un trono nacer tu real fortuna.
Rod. ¿Mas cómo tal misterio...?
Germ. Oye; ¿recuerdas
La vez primera que nos vimos?
Rod. Iba
Por las rocas de Escandia.
Germ. Sí. ¿Te acuerdas
Del oso que seguias?
Rod. Monte arriba
Le perdí en la espesura,
Y al trasponer la peña enmarañada
Del vecino torrente dió en la hondura.
Germ. Contemplábate yo bajar osada
A registrar el agua conmovida,
Cuando miré tu frente circundada
De llamas, y sobre ella suspendida
El águila de fuego coronada.
Rod. Tal es la prediccion... ¡Oh! ya no dudo
Que hay predestinacion en nuestro sino,
No: solo el cielo revelarte pudo
Lo que creí tal vez sueño divino.
Germ. Mas no ha salido nunca. etc.

(Lo demas como está.)

ACTO SEGUNDO.

La escena en Toledo en el palacio de Wamba, año 680 de N. S. J. C.

Cámara ricamente decorada en el palacio de Wamba en Toledo.—Puerta á la izquierda que dá al interior del palacio. — Otra á la derecha que da al esterior. — Otra en el fondo que decoran grandes tapices y que la cubren cayendo en gruesos pliegues.

ESCENA PRIMERA.

HASSAN, RODESINDA.

(*Al levantarse el telon, Hassan está mirando por la puerta del fondo, que tiene abierta como si alguno entretuviera su atencion por dentro. — Poco despues suena el toque de la queda á lo lejos: á cuyo són cierra inmediatamente la puerta, y arregla cuidadosamente los tapices que la cubren. — Un momento despues sale por la izquierda Rodesinda.*)

Rod. Doblan á la queda, Hassan.
Hass. Tal hora y señal les dí.
Rod. ¿Vendrán todos?
Hass. Allí están.
Rod. ¿Y el prelado?
Hass. Aguarda allí.
Rod. ¿Ninguno se apercibió
De su entrada aquí?
Hass. Ninguno:
Por el parque uno por uno
Les fuí introduciendo yo.
Tú libre y señora eres
De este alcázar, donde obrar
A tu capricho y mandar
Podrás hoy como quisieres.
Rod. Hassan, el secreto importa
Guardar tan inviolable,
Que la vida del que hable
De esta noche será corta.
Hass. La mia está ya vendida
Una vez que esclavo soy:
Mas yo á quien sirvo le doy
Brazo, pensamiento y vida.
Rod. Hoy me sirves; si en verdad
Como dices leal obras,
Por el secreto recobras
Tu pátria y tu libertad.
Jamás el rey, tu señor,
Lo ha de saber por tu boca.
Hass. ¿Por ventura á mí me toca
Discurrir sobre tu amor?

Rod. De mi cámara el dintel
Hoy un hombre va á pasar.
Hass. ¿Qué habrá en eso, si va á entrar
Un sacerdote con él?
Rod. Vivo en palacio, y del rey
No consulté la opinion.
Hass. El alma es libre, y la ley
No reina en el corazon.
Rod Rey es y vasalla soy.
Hass. Amor es dios: puede mas:
Rod. Bajo su tutela estoy.
Hass. Casada no lo estarás.
Rod. ¿Asi piensas?
Hass. Pienso asi.
Servirte el rey me mandó:
Que te cases pues ó no,
Si te sirvo bien, cumpli.
Rod. Mucha es, Hassan, tu agudeza:
Y pues nada se la esconde,
¿Sabe acaso quién responde
De la lengua?
Hass. La cabeza.
Rod. Pues no lo olvides.
Hass. No haré
Tal, que en ello harto me va.
Rod. Y sé fiel.
Hass. ¡Oh! como el pié
Al tobillo.
Rod. Bien está,
Hassan. Pero ya han cesado
Las campanas y aun no llega
Germano.
Hass. Tu afan sosiega,
Que aun no es tarde.
Rod. ¿Hasle enviado
La llave?
Hass. Sí.
Rod. ¿Está guardada
Del corredor la cancela?
Hass. Desde aquí la centinela
Puedes ver allí apostada.
(*Abre Hassan la puerta del fondo y asómanse ambos por ella.*)
¿Ves brillar algo en el fondo
De la galeria oscura?
Rod. Sí por cierto.
Hass. Es su armadura.
Rod. Veo ahora el casco redondo
Sobre la reja de yerro
Del patio. ¿Nos será fiel
Ese hombre?
Hass. Nadie como él:
Descuida, que no habrá yerro.
Es el solo á quien hallé
Amigo en mi esclavitud:
Con él hasta mi atahud
Si es preciso partiré.
Por allí entrará el que esperas;
Tras él la verja cerrada,
Y por ese hombre guardada;
Puedes obrar como quieras.
Rod. Bien. ¿Viste á Teofredo?
Hass. Sí.
Rod. ¿Qué nuevas del rey te dió?
Hass. En el pliego que él le envió
Puedes verlas: héle aquí.
Rod. ¿Quién le trajo?
Hass. Un mensagero
Que há seis horas que ha llegado.
Rod. ¿Conocido?
Hass. De contado
Debió ser un caballero.
Rod. Sal, y que te llame espera.
(*Abre el pergamino y lee para sí.*)
Llega el cinco... el dos es hoy...
Y él aun no viene. — Dios quiera
Salvo traerle.
(*Sale Germano por el fondo.*)
Germ. Aqui estoy.

ESCENA II.

RODESINDA, GERMANO.

Rod. ¡Germano!
Germ. ¡Rodesinda!
Rod. Ya temia
Por ti.
Germ. Dejo el caballo en este punto.
Rod. Horas há que en Toledo te creia.
Germ. Fuera asi: mas temí que me seguia
Un ginete de lejos, y á mí junto
Por dejarle llegar, media jornada
Retrasé.
Rod. ¿Y te alcanzó?
Germ. Cuando la tarde
Tenian las tinieblas ya embozada.
Aguardéle con faz determinada:
Pasó en silencio y apretó cobarde
La espuela á su corcel.
Rod. ¿Y era...?
Germ. Un joyero
Que á mi sombra buscaba compañía;
Mas como solo andar me convenia,
Tomé por la espesura otro sendero,
Y hoy vi á Toledo al trasponer el dia.
Mas llego á tiempo.
Rod. Pero no el primero.
Germ. ¿Diste mis cartas?
Rod. Sí.
Germ. ¿Y han acudido
Todos?
Rod. Aguardan ya.
Germ. Pues no perdamos
Tiempo.

Rod. Ya todo la previne. — Vamos.
Germ. Espera; aun no está todo prevenido.
Rod. ¿Qué falta?
Germ. Conocer necesitamos
Todos un secreto antes, que yo solo
Sé hasta esta hora.
Rod. Dile pues.
Germ. ¿Seguros
Nos hallamos aquí?
Rod. Macizos muros
Nos guardan por do quier, patios oscuros,
Galerías sin luz; no cabe dolo.
Pero preocupada traes la mente
De temor escesivo.
Germ. Sé una historia
Que hará tal vez que cambies de repente
Para conmigo.
Rod. Nunca.
Germ. Es que fulgente
Brilla otra vez el astro de tu gloria.
Rod. Un tiempo fué, que reina me soñaba
Por agüeros sin fé desvanecida,
Y partir mi corona te juraba
Contigo: hoy pues que mi ilusion acaba
Te ofrezco solo dividir la vida.
Germ. Y un tiempo fué en que yo del pueblo godo
Vine osado á ofrecerte la corona.
Rod. Tambien soñabas.
Germ. Mas del mismo modo
Te la vuelvo á ofrecer, y el pueblo todo
Aceptará el derecho que te abona.
Rod. No turbes mi ambicion, que ya dormia:
Vuelve el rey vencedor.
Germ. ¿Quién osaria
Él solo vencedor, él solo fuerte
Proclamarse? No hay fuerza ni osadía
Contra el poder tremendo de la suerte,
Rodesinda: un secreto soberano
La corona te dá.
Rod. Robusta mano
La tiene asida ya.
Germ. Mucho lo yerra
Quien asi juzga.
Rod. Él reina.
Germ. Cual tirano
Contra quien se alzará su propia tierra.
Rod. No será ahora que mandando viene
Un ejército entero, que asegura
Su derecho.
Germ. A estas horas no le tiene.
Rod. Le alzó el pueblo.
Germ. Por eso de su altura
Puede lanzarle.
Rod. Un triunfo le previene.
Germ. Que para otro será cuando hoy por tierra
Su ídolo abata el pueblo. Es obra suya.
Para la guerra le hizo rey: la guerra
Concluyó, y será bien que restituya
Poder y trono á quien derecho encierra
Mejor que el suyo.
Rod. ¿Y quién?
Germ. Tú, Rodesindà.
Rod. Sueño fué siempre de tu amor, Germano,
Derecho tal.
Germ. Estenderas tu mano
Al cetro y le asirás: hoy te le brinda
De tu destino el misterioso arcano.
Rod. ¡Sueñas, te digo, sueñas! Arrasada
Nimes, la Cataluña sometida,
Paulo en prision, Navarra apaciguada,
Por do quiera su ley obedecida,
Leal su tropa, con poder su armada,
¿En quién fias?
Germ. En mí, y en tu destino.
Cansada de lidiar está su gente
Y harto ya de su ley, sobradamente
Severa, el pueblo á lo que ayer se avino,
Hoy se rebela, y de ello se arrepiente.
Rod. Pero tarde.
Germ. Palabra de que el necio
Debe no mas usar. Jamás es tarde
Para quien nada mira con desprecio,
Y de un instante conociendo el precio
No desperdicia la ocasion cobarde.
Tras seis años de injusta civil guerra
Que lo son de licencias y desmanes,
Odia el pueblo su ley, que desentierra
Los delitos y el fraude, en una tierra
Que es un nido no mas de gavilanes.
Veinte años antes de subir al trono
Wamba, de otras discordias al encono
Sanguinario menguóse enteramente
La virtud de los godos, cuya gente
Demanda olvido á lo que fué, y abono
Seguro, universal á lo presente.
El sacerdote á quien tornó guerrero
La contienda civil; el que usurero
Saqueó al necesitado; el que al amigo
Usurpó las haciendas su heredero
En su ausencia nombrándose, ¿el castigo
No huirán? La rapiña y la violencia
Siempre al rey justo llamarán tirano,
Y si otro el pueblo encuentra que á la mano
Mas le vaya, avezado á la licencia
Le alzará en su lugar por soberano.
¿Comprendes, Rodesinda? Yo he seguido
Las banderas de Wamba, yo he mandado
Con él sus huestes; vencedor he sido
Con él, y cien victorias me ha debido;
Pero su real poder tengo minado.
Ahora bien: el secreto que te abona
Hasta sus mismos triunfos acrimina

Si aprovecharse sabe y le destrena:
Y el pueblo en tí la voluntad divina
Viendo, vendrá á ofrecerte su corona.
Ea, ¿quieres reinar? De tu destino
La influencia aprovecha.

Rod. ¡Oh! me fascina
Tu inalterable fé.

Germ. Sigo el camino
Por do tu sino real mi paso inclina
Pronto el mandato á obedecer divino.

Rod. Yo te amo, Germano: tú á tu antojo
Guias mi corazon. Tu fé, tu arrojo,
Tu voluntad de hierro me enamora:
Cuanto en otro me fuera odio y enojo
Ufano en tí mi corazon adora:
Tu amor y mi ambicion son de consuno
Una sola pasion: amo, ambiciono,
Mas amor y ambicion jamás desuno.
Fiebre de amor y de ambicion me impele,
De su vértigo á impulso me abandono
Corriendo sin cesar detrás de un trono,
Que al tenderle la mano me repele.
Dudo, vacilo, ríndome, desmayo
Mientras pasan mis horas en tu ausencia:
Y torna el fuego á fermentar del rayo
De mi insana ambicion á tu presencia.
Mas lo quieres tú así; sea en buen hora.
¿Qué me exige tu fé fascinadora?
¿Pides una corona á mi cabeza?
Pues bien: sabré con varonil fiereza
Morir esclava por reinar señora.

Germ. Apronta pues á la tremenda lucha
Tu valor.

Rod. Está pronto.

Germ. ¿A todo?

Rod. A todo.

Germ. Abre: con esos mi palabra escucha
Y el cetro empuñarás del reino godo.

(*Rodesinda va á abrir la puerta derecha, en el umbral de la cual se presenta Hassan, con quien habla en secreto, durante cuya escena dice:*)

Germ. ¡Misterios son del corazon humano!
Vi en ella al conocerla una enemiga,
Y en la red la envolví de audaz intriga,
Y fascinada al fin cayó en mi mano.

Compadecí despues su error insano,
Hermosa la admiré, la quise amiga,
Falso la enamoré... ¡Dios me castiga!
Hoy me rinde á sus piés amor tirano.

Grada del trono, del poder camino,
Con la suya encender quiero mi estrella,
É inmolarla á mi triunfo determino;

Mas la hallo amante, la idolatro bella,
Y rendido á mi vez por su destino
Quiero al trono subir, pero con ella.

ESCENA III.

GERMANO, RODESINDA, GALTRICIAS, ROMUALDO, GUNTILA.

Germ. En buen hora vengais, amigos fieles,
Que acudís á mi voz.

Galt. Siempre, Germano,
A ayudarte y servirte en cuanto emprendas,
Con decidida voluntad estamos.

Germ. Gracias, dean.

Galt. ¿Del campamento llegas?

Germ. Ahora: con las tropas de mi mando
Por camino diverso envióme Wamba,
Y aquí para llegar fijóme un plazo
De hoy en tres dias: yo dejé mi gente,
Le tomé estos tres dias de adelanto,
Y un mensage os envié para que juntos
A mi arribo os hallarais.

Galt. No perdamos
El tiempo pues: sabemos tus deseos
Y los de Rodesinda.

Germ. Es necesario
Primero que me oigais.

Galt. Habla.

Germ. ¿Convienen (*A Galtricias.*)
Mis propuestas al clero?

Galt. Sin reparo
Las acepta.

Germ. ¿Y las tropas? (*A Guntila.*)

Gunt. De Toledo
Tienes la guarnicion á tu mandato.

Germ. ¿Y el pueblo? (*A Romualdo.*)

Rom. Es tuyo. Reunidos quedan
En secreto sus jefes esperando.

Germ. ¿Piden?

Rom. Rebaja general de impuestos,
Olvido universal de lo pasado,
Y que su nuevo rey sea elegido
De régia estirpe y de blason preclaro.

Germ. Juzgarán por sí mismos. Ahora oidme.
Hasta aquí solamente se ha tratado
De minar un poder harto absoluto
Para el siglo azaroso que alcanzamos.
El rey, forzado á recibir el cetro
Por la urgencia del tiempo, necesario
Se juzga por demas, y cada dia
Prueba mas que su juicio no está sano;
Y lo que en brio y en virtud le sobra,
En seso y dignidad se muestra falto.
La soledad le agrada y el retiro
Mas que la régia magestad y el fausto.
Muchas veces detiene á un campesino

Para hablar de semillas y ganados;
Reune los concilios, y á su antojo
Arregla los negocios eclesiásticos.
Las faltas, en la guerra inevitables,
Castiga con la muerte en el soldado,
Y por quejas no más de unas doncellas
A algunos castigó de un modo bárbaro.
Todo lo quiere ver, saberlo todo,
Y todo por sí mismo despacharlo,
Como si fuera gobernar un reino
Dirigir una escuela de muchachos.
« Las leyes, dice, como están escritas,
Se han de cumplir : ni jueces ni letrados
Las pueden alterar, ni admito en ellas
Una interpretacion ni un comentario. »
Seis años há que reina y á las tropas
Seis años há que tiene peleando;
Y aunque en paz está el pueblo, que no lidia,
Está ya el reino de victorias harto.
El ejército, el clero, el pueblo todo
El yugo á sacudir determinado
Conspira descontento, mas ignora
Todavía por quién, y piensa acaso
Que si otro intruso se entroniza, solo
Cuando mude de rey, mudará de amo.
Tras seis años de afan y de política
Yo abrí camino á sus intentos llano,
Y hoy á su soplo como rama estéril
El trono con el rey se viene abajo.
Presente estuve á la eleccion de Wamba,
Y de mí por instinto recelando,
Fingiéndome amistosa simpatía
Me tuvo con temor siempre á su lado.
Yo, empero, leal siempre, siempre atento,
Sus sospechas dó quier previene cauto,
Y gané con mis públicos servicios
Los mas honrosos puestos de su estado.
Con él pasé á la Galia, asalté á Nimes;
Y dó quier á su vista peleando,
A la cabeza de sus tropas siempre
La victoria dó quier debió á mi brazo.
El primero en la lid y en el consejo,
Y él acertado mas, mal de su grado,
Caudillo de su ejército me hizo,
Y hoy le asalaria él, mas que yo le mando.
Él por su fiera ley reina temido,
Yo por buen capitan gobierno amado,
Y seis años de triunfos y servicios
Le tienen convencido ó descuidado.
En palacio viviendo, á Rodesinda
Vi. Tal vez imprudentes nos amamos,
Y hoy, pues que Wamba á nuestro amor se opone,
Ocultamente unirnos intentábamos;
Mas un secreto descubierto á tiempo
Me obliga antes que á amante á buen vasallo.
Entre varios escritos del gobierno
Aqueste pergamino hallé estraviado.
Leedle; es del difunto Recesvinto,
Caractéres y firma de su mano.

Galt. Es su letra en efecto, y así dice:
(*Lee.*) « Wamba, á tí, que eres mi mejor vasallo,
» Mi mejor consejero en los negocios,
» Y en el combate mi mejor soldado,
» Fio, muriendo, mi único secreto
» Y mi postrera voluntad encargo.
» Huérfano tras de mí quedará el trono;
» Elegirán los godos de su agrado
» Un rey mejor que yo. Tal vez para ello
» Dividiráse su nacion en bandos,
» Y correrá la sangre de mi pueblo
» Desde mi régio túmulo brotando.
» Yo no dejo varon de mi linage,
» Parientes sí, mas niños y lejanos;
» Tengo empero una hija, á quien conoces,
» Cuya historia otro tiempo te he contado,
» Y á quien amo á la par de mi existencia :
» Huérfana va á quedar — dála tú amparo.
» Tienes favor, riquezas y prestigio
» Con los godos... si un dia, el tiempo andando,
» Ella muger, y sin monarca el trono,
» Hay de mi raza digno de su mano
» Alguno, y la fortuna te es propicia,
» Vuelve el solio á mi estirpe. Te lo mando
» Rey, te lo ruego amigo. Esta escritura
» Divide de mi firma por debajo;
» Y esta mitad primera, de mi hija
» Testifique el orígen soberano.
» Su nombre es Rodesinda, y tiene á fuego
» Hecho un lunar en el siniestro brazo. »

Rod. Héle aquí: yo soy esa... ese es mi nombre.

Germ. Un momento, la carta concluyamos.

Galt. (*Lee.*) « La mitad inferior del per» gamino
» Instrucciones contiene para el caso;
» Guárdalas para tí, y si llega el dia,
» Wamba, en tu honor y probidad descanso. »

Rod. ¡ Hija de Recesvinto!

Galt. Los primeros
Tus sagrados derechos acatamos.

Germ. Hija de Recesvinto, á tus piés pone
Su fé y sus huestes tu primer vasallo.

Rod. ¡Hija de Recesvinto, una corona
Está mi régia frente reclamando!
¿Y otro la ciñe usurpador? al punto
Por la corona y la cabeza vamos.
¡ Hija de Recesvinto! él lo declara :
Mi destino rëal se cumple al cabo.

Germ. Y el cielo mismo de cumplirle entero
Contra Wamba, traidor, tomó á su cargo.
Rod. ¿Cómo?
Germ. Anheló, muriendo Recesvinto,
De su familia régia unir dos vástagos,
Y Wamba usurpador, al desunirlos,
Ciego hasta hoy alimentóles á ambos.
Rod. ¿Qué dices?
Germ. Con misterio impenetrable,
En mí solo creyendo y esperando,
Solo yo mi derecho conociendo
Por mí, yo propio conspiré siete años;
Y por las sombras del poder mi estrella
Guiándome hácia el solio paso á paso,
Uniendo mi destino á tu destino,
De Recesvinto á vengador me trajo.
Porque... tú sola aquí no me conoces;
Solo una vez mi nombre de mis labios
Saltó, para servir de garantía
A estos fieles y antiguos partidarios,
Que abonando mi nombre con los suyos
El clero y pueblo para mi ganaron.
Rod. ¿No te conozco yo?... ¿cuál es entonces
Tu nombre?
Germ. Ervigio.
Rod. ¿El hijo de Ardebasto?
Germ. De Elena, esposo, de tu padre prima.
Rod. Mi vaticinio real está bien claro,
Y la real voluntad de Recesvinto
Hoy entera en los dos cumplen los astros.
Germ. Mas ruega á Wamba que te dé un esposo:
¿Has elegido ya?
Rod. Sí, al ara vamos.
Germ. Vamos; tú reinarás sola, absoluta,
Como en mi corazon en el estado.
Rod. Tú serás en la historia el rey Ervigio,
Pero en mi corazon serás Germano.
Germ. Tú serás para el pueblo hija de reyes,
Mas para mí de mi ventura el astro.
Rod. De tus ojos de rey seré cautiva.
Germ. En tus ojos de sol viviré esclavo.
Mas no soñemos.—Perdonad, amigos,
A diez años de amor este arrebato;
Y pues tiempo de sobra no tenemos,
Si queremos vencer, no le perdamos.
El pueblo, el clero y la milicia sepan
El nombre de sus nuevos soberanos.
(*A Galtricias.*)
Dean, di al clero, que en concilios junto,
A par del rey gobernará el estado.
(*A Guntila.*)
Guntila, di á la tropa, que la guerra
Terminada, licencio mis soldados.
(*A Romualdo.*)
Romualdo, al pueblo di, que al coronarme,
Doy al fuego el registro del erario,
Y que atendiendo al tiempo que corremos
Suspendo los impuestos por un año.
Ya no hay al rey deudores ni rebeldes;
Olvido universal de lo pasado.
Mañana entran mis tropas en Toledo.
Galt. Y al otro dia el rey.
Germ. Pues aunque entrado
Hubiera ya á estas horas, sobre el trono
En lugar de juzgar fuera juzgado.
Ahora á la capilla precededнos.
(*A Romualdo.*)
Espera: tú irás luego acompañándonos.
(*Vanse Galtricias y Guntila.*)

ESCENA IV.

GERMANO, RODESINDA, ROMUALDO.

Germ. Ya lo ves, Rodesinda; de mis sueños
No salen hoy los vaticinios falsos.
Rod. El cielo nos protege.
Germ. Empero mientras
Pensar conviene que en la tierra estamos.
Claros son tus derechos, pero importa
De la ley con el peso sancionarlos,
Y vale mas política emboscada
Que triunfo tumultuoso y sanguinario.
¿Estés á todo pronta?
Rod. Sí. De Wamba
Quiero vengar la usurpacion.
Germ. En vano
Fuera abusar del real poder; el cielo
Se encargó, te lo he dicho, de vengarnos.
Wamba no está seguro en su cerebro:
De enfermedad recóndita amagado
Puede atacarle de un momento á otro,
Y él mismo su poder nos dará acaso
Si obramos diestramente.
Rod. No te entiendo.
Germ. Algunos le han tenido por maniático
Siempre, y yo mismo que á su lado vivo
He tenido ocasion de repararlo.
Pronto un ataque de locura el cetro
Le obligará dejar. Dile a Romualdo,
Que advertido por mí desde hace tiempo,
Observa en él los síntomas estraños
Precursores del mal que yo temia:
Dile que te haga un rápido relato
Del caso de locura de esta clase,

Del buen Alí-Beljir, el africano.
Oyele, que es un sabio inteligente,
Y allá su juventud pasó estudiando.
Rod. No te comprendo, Ervigio... Cuando esperan...
Germ. Oye; tal vez importa demasiado.
Rod. Habla.
Rom. Amigo leal del rey Ervigio,
Cuando proscripto se llamó Germano,
Su boca real me reveló el prodigio
Que de tu porvenir abrió el arcano.
Yo, para asegurarle en los agüeros
De tu futura gloria, volé ansioso
Al Africa: allí vierte los regueros
Del divino saber, Dios generoso.
El sabio á quien allí sirve de tienda
El firmamento azul, por el desierto
Tendiendo el ojo audaz libre de venda,
Lee en sus espacios como en libro abierto.
La fuente de su ciencia en vaso de oro
A recoger fui yo, y el Dios propicio
Dióme por el dorado sacrificio
Muestra brillante del saber del moro.
Erv. El oro es talisman omnipotente.
Rom. Yo demandé á los sabios del Oriente;
Yo consulté los signos celestiales,
Y allí, como en los páramos natales,
Coronada tambien brilló tu frente.
Y allí mandaba Alí-Beijir, furioso
Musulman, que á sus pueblos gobernaba
Por la ley del alfange, y en reposo
Un momento á sus pueblos no dejaba.
Tenia sucesor en un hermano,
Que del mal de su pueblo se dolia,
Mas sin poder contra el feroz tirano.—
Y aconteció que Alí sediento un dia
Bebió un agua, en la cual tuvo una yerba
Un negro, en infusion, y á su beleño
Brotó en su mente un mal, que el seso enerva
Tras un profundo y repentino sueño.
De él Alí al despertar, á los que estaban
En su cámara habló con mucho agrado,
Y tan otro mostróse, que no osaban
En un cambio creer tan no esperado,
Les invitó á sentarse en los cogines,
De su corte oriental contra costumbre;
Les habló de saraos y festines;
Mostró de lo pasado pesadumbre,
Y al fin, riendo á llena carcajada
Contóles con diabólico relato
La historia de una reina endemoniada...
El desdichado Alí ya era insensato.
Dicen que fué del negro maleficio
De él por vengarse: mas de tal manera
Obra esta yerba en el humano juicio
Que probar la verdad difícil fuera.
La conducta de Alí mostraba á veces
Que á algun desórden cerebral tendia;
Proponia muy grave mil sandeces,
Y á la menor observacion cedia.
Viéndole asi un faquí que estaba entre ellos
Y comprendió del rey el mal insano,
A su loca sandez por no esponellos,
A presencia de Alí trajo á su hermano.
Puso en manos de aquel los reales sellos,
De abdicacion un acta ante él escrita
Le presentó, que Alí firmó risueño.
Coronóse su hermano en la mezquita
Y el insensato Alí tornó á su sueño.
Rod. ¡Ah!
Rom. ¿Entendiste?
Rod. Muy bien, y... ¿mayor daño
La bebida causó?
Rom. Gracias al cielo
Sano y alegre con su humor estraño
Siguió: contar historias fué su anhelo
Y vivió... bueno siempre, pero lelo.
Rod. ¿Y volvió á la razon?
Rom. Despues de un año.
Rod. ¿Y recobró el poder?
Rom. No era prudente
Devolvérsele ya, no fuera caso
Que por segunda vez diera en demente.
Rod. ¿Y á ese mal tiende Wamba?
Rom. A largo paso,
Y si indiscreto como Alí bebiera,
Luego...
Rod. La lengua ten... claro está todo.
(*Interrumpiéndole.*)
Partamos; nos aguardan allá fuera.
Rom. De hoy en dos dias la ciudad le espera.
Rod. Abdicará al tercero el cetro godo. —
¿Hassan? (*Llamándole.*)

ESCENA V.

GERMANO, RODESINDA, ROMUALDO, HASSAN.

Rod. Ya no saldrá por donde ha entrado
(*A Hassan.*)
Quien mi esposo va á ser. Esas cancelas
Secretas cierra y paga á ese soldado.
(*Dále un bolsillo.*)
No ha menester secretos ni cautelas
En su alcázar el rey.
(*Rodesinda abriendo la puerta sale resuelta mostrándoles el camino. Germano y Romualdo la siguen. Hassan queda mirándoles alejarse. En el punto en que han desaparecido, Wamba se presenta por la puerta del fondo. Hassan al sentirle*

cierra con prontitud la otra por donde él mira, volviéndose respetuosamente á Wamba.)

ESCENA VI.

HASSAN, WAMBA.

Wamba. Por decontado
Que todo es elegir los centinelas.
(*Se echa á reir.*)
¿Quién conspirando en centinelas fia?
Yo he sido siempre centinela mia.
¿Hassan?
Hass. ¿Señor?
Wamba. El rey llega mañana;
Hasta entonces lo que hay en mi aposento
No llegue á sospechar persona humana.
No pierda voz, señal, ni pensamiento
Tu perspicaz penetracion nubiana.
No te separes de ella ni un momento:
Sea para ambos tu obediencia muda,
Y quien viva verá, si Dios me ayuda.
(*Vase Hassan á una señal de Wamba.*)
Sospechándome imbécil me pusieron
Para subir al trono las espadas
Al pecho: yo las leyes, que me dieron,
Supo sin miedo mantener sagradas.
No buscaban tal rey; se arrepintieron.
Para hacerme hoy bajar sus régias gradas
Dicen que no está firme mi cabeza...
Pronto van á juzgar de su firmeza.
Esclavos les hallé, ya son señores:
Huian por dó quier, les dí victoria:
Secretos saben, yo les sé mejores.
Mi espíritu, mas grande que su gloria,
Desprecia su furor, cual sus favores.
Loco he de ser del tiempo en la memoria:
Mas el tiempo verá, si piensa un poco,
Que fué mas cuerdo que ellos el Rey loco.

ACTO TERCERO.

Cámara del rey Wamba. En el fondo su alcoba cerrada con lujosa tapicería. A la izquierda un escritorio, sobre el cual hay un reló de arena, cuyos granos están concluyendo de pasar. Puerta á la izquierda. Balcon á la derecha. Noche.

—

ESCENA PRIMERA.

RODESINDA, EN EL SILLON DEL ESCRITORIO; HASSAN, TENDIDO SOBRE UNA PIEL DE TIGRE, AL PIÉ DE LOS TAPICES QUE CIERRAN LA ALCOBA DE WAMBA.

Rod. La arena está al concluir,
Y el alba empieza á clarear.
Nueva era va á comenzar
El dia que va á lucir.—
¿Hassan? (*Llamándole.*)
(*Hassan se levanta y espera en pié que le hable Rodesinda.*)
Has cumplido bien.
Hass. ¿Satisfecha estás?
Rod. Sí, y voy
A pagarte.
Hass. Esclavo soy:
Se pagó mi sangre.
Rod. Ten.
(*Dándole un pergamino.*)
Hass. ¿Qué me das?
Rod. La libertad.
Hass. Tú no eres quien me compró.
Rod. A tu dueño heredo yo
Y estás en mi potestad.
Ave estrangera, ya espacio
Tienes, á tu pátria vuela.
Libre eres. — Por la cancela
Secreta, Hassan, del palacio
Sal. Hallarás á Germano
En mi cámara: que es hora
Dile, y parte.
Hass. A Dios, señora.
(*Hassan recoge del suelo su piel de tigre, saluda y vase.*)
Rod. Encomiéndate á él, nubiano.

ESCENA II.

RODESINDA.

Hoy al trono he de subir
Donde tengo mi lugar:
Solo reinar es vivir:
¡Ea! morir ó reinar.
De reina el osado aliento,
De reina la alta ambicion
De mi grande corazon,
Llamada á reinar me siento.
Alumbrándome de intento
Hasta el trono para ir,
Va sin cesar de lucir
La antorcha de mi destino;
Y pues él me abre el camino
Hoy al trono he de subir.
Aguila real, á quien sobra
En las garras el poder
Su jaula para romper,
Y al instinto que en ella obra
Viento y libertad recobra,
Y al cielo, á dó puede osar,
Se remonta sin parar;
Voy á remontar mi vuelo
Del real dosel hasta el cielo
Donde tengo mi lugar.

Allí desde mas altura
La tierra á los piés se mira;
Allí un aura se respira
Mas vivífica y mas pura.
Desde allí puede segura
La vista osada seguir
El vuelo del porvenir;
Y allí puede el alma fiera
Decir á la tierra entera:
Solo reinar es vivir.
¿Y qué falta á mi ambicion
Para asaltar el dosel?
Derechos me dan á él
Mi estirpe y mi corazon.
El pueblo me dá ocasion,
Mi afan no me dá vagar,
El tiempo me dá lugar,
El destino me dá aliento,
La fortuna alas y viento...
¡Ea! morir ó reinar.

ESCENA III.

RODESINDA, ERVIGIO.

Rod. Ven, Germano.
Erv. ¿Bebió?
Rod. Sí.
Erv. ¿Quién le dió el líquido?
Rod. Yo.
Erv. ¿Tú misma?
Rod. Yo misma fuí.
Erv. ¿Y qué efecto en él surtió?
Rod. Una hora despues dió en tierra.
Erv. ¿Cómo?
Rod. Sin sentido, inerme.
Erv. ¿Y desde entonces?
Rod. Aun duerme:
Ese pabellon le encierra.
Erv. ¿Le vió Romualdo?
Rod. Un momento.
Erv. ¿Y qué dijo?
Rod. Que demas
Bebió tal vez. — Ya verás,
Por mí has de quedar contento.
Erv. ¿Y tú misma recibiste
De Romualdo el agua?
Rod. Yo.
Erv. ¿La fiaste á alguno?
Rod. No.
Erv. ¿Bien segura la tuviste?
Rod. Todo el dia en mi aposento
Cerrada estuvo; en mi mano
La llave de él, y el nubiano
No se separó un momento
De su lindel en mi ausencia.
Erv. ¿Y él no pudo...?
Rod. ¿Estaba acaso
En tal secreto? Ni el vaso
Vió ni tocó.
Erv. ¿En su presencia
Bebió el rey?
Rod. Como es costumbre
Antigua de Wamba y mia,
A la mesa nos servia
Con esclava mansedumbre.
Mas ni á los vasos llegó,
Ni con el rey le dejé
Solo un punto: yo escancié
Al rey y servile yo.
Él de apearse acababa,
Yo de comer concluia:
Cansado él y hambriento estaba,
Yo demas y le servia.
Erv. ¿Y el nubiano?
Rod. Sonreia
Detrás de él, y me miraba.
Erv. No fio en él.
Rod. La alegría
Embargado le tenia:
La libertad esperaba
Que yo ofrecido le habia.
Ya está libre.
Erv. Y tú perdida.
Sabe harto ya.
Rod. Sí por cierto
Que sabe: mas va á ser muerto
Como un sabio á la salida.
Erv. ¡Ah!
Rod. ¿Y Toledo?
Erv. En mi poder.
Rod. ¿Del rey acampaste fuera
La gente?
Erv. Y Toledo entera
Vendrá aquí al amanecer.
Rod. ¿Y á qué?
Erv. Á mover un tumulto,
Que á los dos nos justifique.
Rod. ¿Y cómo?
Erv. Pidiendo á bulto,
Por si está cuerdo, que abdique.
Del vulgo costumbre necia
Tal vez; mas en cuenta toma
Que así obró el vulgo de Roma
Y así el de la sabia Grecia.
La política hará aquí
Su papel diestra y sagaz;
Como ignorante, tenaz,
Hará coro el vulgo allí.
Y por dó quier que se tuerza
La suerte, en la ocasion crítica,
Si pierde aquí la política
Allá ganará la fuerza.
Rod. ¿Y otro peligro no habrá?
Erv. No temas: en conclusion,

Saldremos luego al balcon
Y allí nos victoreará.
Ya está todo así dispuesto,
Y el pueblo tan en mi mano,
Que si no despierta insano
Se despertará depuesto.
Rod. De todos modos lo fuera.
Erv. ¿Porqué?
Rod. Porque ya es inepto
Para reinar.
Erv. ¿Por efecto
De qué?
Rod. De la cabellera.
Erv. No te comprendo.
Rod. ¿No son
Los concilios nuestras leyes?
Erv. Sí.
Rod. Pues nos dan como á reyes,
Sus decretos proteccion.
Erv. Esplícate.
Rod. Lee, Germano,
Con ojos y vida entera:
Lee la decision tercera
De un concilio toledano.
(*En un libro abierto sobre el escritorio.*)
« Nadie de orígen servil, (*Leyendo.*)
» Ni raza á godos estraña,
» Podrá ser rey en España:
» Ni el que por delito vil
» Perdido haya su nobleza:
» Ni el que en cualquier ocasion,
» Por pena ó por devocion,
» Se motile la cabeza. »
Pues bien; como de repente
(*Representando.*)
Adoleció, y por difunto
Se le tuvo, en aquel punto
El hábito penitente
Se le vistió á su demanda,
Y al filo de la tijera
Dió su noble cabellera,
Como la Iglesia lo manda.
Erv. ¡Oh!... estraña idea.
Rod. Feliz.
Erv. ¡Diabólica!
Rod. Peregrina:
De la astucia femenina
Pasada por el tamiz.
Erv. Mucho sabes.
Rod. Da el amor
Ciencia infusa á quien bien ama.
Se alzará pues de la cama
Monge ó loco: no hay temor.
Mas ya concluyó la arena
De correr, y hora ya es
De despertarle.
Erv. Hazlo pues.
Ya está esa cámara llena
De nobles y cortesanos
Que al recibir tu mensage
En mi compañía traje.
Rod. Tambien van ya los villanos
(*Al balcon.*)
Agrupándose en la plaza.
Erv. Esparcí por la ciudad
De su grave enfermedad
La nueva.
Rod. ¿Nada embaraza
Tu plan ya?
Erv. No, si bebió:
Romualdo de su bebida
Me responde con la vida.
Rod. Del beber respondo yo.
Erv. ¿De ese modo...?
Rod. Es cosa hecha.
(*Interrumpiéndole.*)
Voy á apartar de su sueño
Las tinieblas del beleño.
Erv. El tiempo pues aprovecha
Antes que el tósigo ejerza
Mas daño que el que queremos.
Rod. Y hoy, Germano, reinaremos
Por mi astucia ó por tu fuerza.
Yo el cetro te voy á dar.
Erv. Tú sola le has de tener.
Rod. ¡Mi amor podrás olvidar!
Erv. Nunca; no está en mi poder.
Rod. ¿Contigo iré por dó quier?
Erv. Siempre, tu sér vive en mí.
Rod. Yo solo en tu amor viví.
Erv. Será eterna nuestra fé.
Rod. Yo á todo por tí osaré.
Erv. Y yo moriré por tí.
(*Rodesinda descorre los tapices del lecho donde aparece Wamba dormido, sin cabellera y vestido con una túnica de lana blanca, ceñida la cintura con una correa. Esta túnica será larga hasta los piés, y ancha lo bastante, para que ajustada con el cinto en numerosos pliegues, dé á la figura de Wamba la grave majestad de un anciano en trage talar, y no la ridícula apariencia de un fraile mal vestido. El cabello de Wamba no debe aparecer cortado en cerquillo monacal, sino igual por toda la cabeza. Su barba, crecida, como en los dos primeros actos. La locura que muestra en las dos siguientes escenas es solo la continua distraccion de un hombre débil de juicio, no la sandez estúpida de un imbécil, ni el arrebato de un loco furioso.*)

ESCENA IV.

ERVIGIO, RODESINDA, WAMBA.

Rod. ¿Señor?
Wamba. ¿Quién habla?
Rod. Yo soy,
Rodesinda.
Wamba. ¿Qué me quieres?
Rod. ¿Te sientes bien?
Wamba. ¿De qué infieres
Que me sienta mal? Estoy
Como siempre.
Rod. ¿Mas tranquilo
Estás ya?
Wamba. He tenido el sueño
Mas dulce y mas halagüeño
De mi vida. Cuando el hilo
De su fantástica historia
Cobre, te le he de contar,
Y sé que te ha de admirar.
Rod. No fatigues tu memoria.
Wamba. ¿Fatigarla? No es tan largo
Para causarme fatiga.
Rod. Señor, fuerza es que lo digá,
Tu sueño ha sido un letargo.
Wamba. ¡Un letargo!
Rod. Sí, has caido
En él poco há de repente,
Sin sentido enteramente.
Wamba. Pues, señor, no lo he sentido.
Mas parece que es de dia,
Y dormir tanto es mal hecho
En un rey. Quítate.
(*Intentando levántarse.*)
Rod. ¿El lecho
Vas á dejar?
Wamba. Sí, á fé mia.
¿Qué dirian en Toledo
De mi pereza sino?
Rod. ¿Quieres que te ayude?
Wamba. No
Por cierto, yo solo puedo.
(*Se levanta como distraido.*)
¡Hola! ¿aquí estás tú, Germano?
Seas siempre bien venido;
Ningun dia has acudido
A palacio tan temprano.
Pero, ¿qué ropas son estas? (*Mirándose.*)
Rod. Señor, te vimos tan mal,
Que creyéndote mortal
Te las pusimos.
Wamba. Bien puestas
Si tal creísteis.
Rod. Asi
¿No te enojas?
Wamba. ¿Enojar?
Con volverlas á mudar
Se compone, ¡pesiami!
Mas ¿qué es lo que te entristece?
¿Que me las quite? en buen hora.
Llevaré estas desde ahora,
Lo mismo da. Si os parece
Que me van estas mejor
No haya por ello disgusto:
Yo estoy con ellas á gusto,
Con que adelante. En rigor
Nada hace al hombre el vestido
Cuando el hombre es de provecho.
(*Se sienta en el escritorio en actitud de trabajar.*)
Hagamos algo.
Erv. Esto es hecho. (*A Rodesinda.*)
Rod. Es asunto concluido. (*A Ervigio.*)
¿Señor? (*A Wamba.*)
Wamba. ¿Qué?
Rod. ¿Vaste á poner
Tan temprano á despachar?
Wamba. ¿Pues quién ha de gobernar?
Rod. Te hará mal.
Wamba. ¡Cómo ha de ser!
Rod. ¿Cómo sientes la cabeza?
Wamba. Perfectamente: mas pura
Que nunca, y con mas firmeza
La razon; con mas soltura
Manejo á mi ver el cuello,
Y aun siento menos pesada
La frente, y mas despejada.
(*Al pasarse la mano por la frente no halla la melena.*)
Pero calla, ¿y mi cabello?
Rod. Señor...
Wamba. Vamos, la melena
No es conveniente á este trage,
Y á Dios la mia... ¡buen viaje!
(*Se pasa la mano por la cabeza riéndose.*)
¡Motilon! enhorabuena.
(*Ervigio y Rodesinda le contemplan atentamente. Wamba les mira pasando la vista de uno á otro.*)
Pero turbados sospecho
Que os hallais. ¡Fuera temor!
Si es que de mí algun favor
Deseais, dadlo por hecho.
(*Otro momento de silencio.*)
Pero ¡ah! ya caigo... os amais
Tal vez, y uniros supongo
Que anhelais... bien; no me opongo
Tampoco; cuando querais.
(*Fija otra vez la atencion en los pergaminos del escritorio.*)
Rod. (Admirable fué el beleño.)
(*A Ervigio.*)
Erv. (El seso tiene perdido.)
(*A Rodesinda.*)

Rod. (¡Qué afable y qué comedido
(*A Ervigio.*)
Ha salido de su sueño!)
Wamba. ¿Qué haceis ahí? Concluid,
O me vais á impacientar;
Si algo me teneis que hablar
Hacedlo, sino salid.
(*Ervigio se acerca á él con seguridad y le dice:*)
Erv. Señor...
Wamba. ¡Hola! ¿eres tú al cabo
El que echa á la mar el cable?
Erv. Alguno es fuerza que os hable
Franco y amigo.
Wamba. Te alabo
La amistad y la franqueza,
Germano; pero ¡pardiez!
Háblame algo de una vez.
Erv. Pues escuchad.
Wamba. Pues empieza.
Erv Enfermedad repentina
De tal manera os postró
Esta noche, que os juzgó
Cadáver la medicina.
Wamba. Pues bueno; si los empíricos
Me han dado ya por difunto,
De que digan es asunto
La misa y los panegíricos.
Erv. Es que el pueblo, que ha creido
Que érais muerto, se juntó
Al punto, y rey eligió
Que os suceda.
Wamba. Pronto ha sido;
Pero bien.
Erv. Y dos al par
No puede haber.
Wamba. Pues por Dios
Que es claro; uno de los dos
Tiene el cetro que abdicar.
Erv. Vos. (*Con firmeza.*)
Wamba. Pues bien, yo.
(*Con indiferencia.*)
Erv. ¿Estais dispuesto (*Con asombro.*)
A ello?
Wamba. ¿Pues no? al instante.
Erv. ¿Y á declararlo delante
De la corte?
Wamba. Por supuesto.
Erv. ¿Y el acta que os den escrita
A firmar?
Wamba. Pues va se ve;
¡Vaya, si la firmaré!
Doble, si se necesita.
Pero hablais de una manera
Hoy... parece que os estraña
Todo. Me dices que España
Conviene en que yo me muera;
Pues bien, que me dé por muerto.
Me dices que el cetro abdique;
Pues bueno. Que ratifique
La abdicacion; sí por cierto.
¿Qué hay pues para que te espantes?
Me ungisteis rey en Toledo:
Bien. Me quitais.—Pues como antes,
Wamba fuí, Wamba me quedo.
(*Se echa á reir y vuelve á quedarse distraido. Ervigio le contempla de reojo y receloso.*)
Erv. (O está por demas insano
O está demasiado bueno:
Pero ya todo es en vano,
Mi fuerza ó la del veneno
Te han puesto al fin en mi mano.)
(*Saca del pecho un pergamino.*)
Firmad pues. (*A Wamba.*)
Wamba. ¿Que firme?
Erv. Sí.
Wamba. ¿Qué es ello?
Erv. La abdicacion.
Wamba. ¡Ah! sí, ¿y en quién la eleccion
Recayó del pueblo?
Erv. En mí.
Wamba. ¿En tí?
Erv. En mí, sí.
Wamba. Que me place;
Con eso y con que os caseis...
Erv. Lo estamos ya.
Wamba. Pues lo habeis
Acertado. ¿Y qué se hace
Ahora de mí?
Erv. El pueblo atento
Al bien de vuestra alma...
Wamba. Es justo.
Erv. En el reino á vuestro gusto
Os dá á elegir un convento.
Wamba. Bueno.—Ayer rey.—Monge hoy...
El abad del de Pampliega
Es mi amigo.
Erv. No se os niega
La eleccion.
Wamba. Pues allá voy.
Erv. Mas firmad antes.
Wamba. ¡Ah! sí. (*Firma.*)
Wamba, diez y ocho... Toledo...
Toma.
Erv. Bien.
Wamba. Wamba nací,
(*Frotándose las manos como insensato.*)
Wamba soy, Wamba me quedo.
Rod. ¡Precioso filtro en verdad!
(*A Ervigio.*)
Erv. Sí.
(*A Rodesinda.*)
Rod. No des tiempo á peores
Efectos.

Erv. Abre.

(*Rodesinda abre las puertas de la cámara, diciendo á los de fuera:*)

Rod. Señores,
El rey lo permite, entrad.

ESCENA V.

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA, GALTRICIAS, ROMUALDO, CORTESANOS.

Erv. Nobles é ilustres godos: los destinos
De la tierra el Señor tiene en sus manos:
Él rige los imperios á su antojo
Y trastorna la faz de los estados.
Las continuas fatigas de la guerra,
Y del gobierno los penosos cargos
En la edad avanzada del monarca
Su natural salud menoscabaron.
Hoy, en las altas horas de la noche,
Por repentina enfermedad postrado
Sin sentidos dió en tierra, y de su vida
Desesperó la ciencia de los sabios.
La Iglesia, de su alma cuidadosa,
Atavió al cuerpo para el viaje santo
Desde el trono al sepulcro, y manos sacras
Su cabellera noble motilaron.
Reunidos vosotros con el pueblo
Muerto creyendo al rey, y al resultado
No queriendo esponeros de otra guerra
Por la nueva eleccion, por voluntario
Voto, de Recesvinto á los parientes
El cetro de los godos habeis dado:
Cumpliendo á par el postrimer deseo
Que aquel piadoso rey mostró espirando.
Quiso el Señor tornar á la existencia
Al victorioso Wamba, y por tan raro
Modo, se halló la España con dos reyes,
Pronta tal vez á dividirse en bandos.
Mas Wamba entonces á la paz atento
Y á la libre eleccion de sus vasallos,
Con alto ejemplo de virtud sublime
Y de heroismo régio y sobrehumano
La corona abdicó: y al santo trage
Con que la Iglesia le vistió, obligado
Viéndose, cambia humilde el régio alcázar
Por la tranquila soledad del claustro.
Hé aquí su abdicacion: hé aquí la hija
De Recesvinto; y de su raza vástago,
Hé aquí que á llamar vais desde este dia
El rey Ervigio al capitan Germano.—
Señor, si es esta la espresion exacta
(*A Wamba.*)
De vuestra voluntad, testificarlo,
Como pide la ley.

Wamba. ¿Si es cierto, dices?
¿No lo he firmado?

Erv. Sí.

Wamba. Pues está claro.

Erv. Señores, mis secretas intenciones
Conoce ya el dean mi secretario.
A él os remito. De mi real tesoro
Tiene las llaves: para el pueblo franco
Está: pregonen mis heraldos régios
Mi advenimiento al trono: el aparato
De mi coronacion se apreste al punto.
Hoy me ungiré en la catedral; y en tanto
Que reuno, cual debo, los concilios
Comience con festejos mi reinado.
Wamba, débil aun de su dolencia,
Reposo necesita: retiraos.
Su juicio todavía muy seguro
No está.

(*Wamba se echa á reir saliendo de la distraccion en que cae siempre que no le dirigen la palabra, y mira á todos como quien los ve por primera vez. Las risas de Wamba deben manifestarse como consecuencias de sus íntimos pensamientos, y estrañas al parecer á toda esterior escitacion.*)

Wamba. ¡Hola! ¿aquí aun? ¿No he abdicado
Ya? ¿qué esperais?... ¡Mas, ah...! de la memoria
Se me iba ya.—¡Ocasion mas oportuna...!
Sí, sí: esperad, y os contaré una historia
De otro rey... ¡gran leyenda...! ¡Oh, la fortuna
No siempre en los alcázares habita!
Lo vais á ver. Prestadme oido atento,
Porque atencion mi historia necesita,
Y gusto que me escuchen cuando cuento.

Erv. (¿Qué vá á decir?)

Galt. Oigamos.

Erv. Agravante
(*A los cortesanos recatándose de Wamba.*)
Síntoma es de su mal, segun los sabios.

Rom. (*Idem.*) Tal vez delire dentro de un instante.

Rod. (Tengo el alma pendiente de sus labios.)

Wamba. Fué un rey, el mejor rey.— Su augusta esposa,
Modelo de virtud, era la llave
Del arca de su noble y generosa
Bondad: los dos cuanto en mortales cabe.
Veintiun años reinaron: en su espacio,
De conyugal amor ejemplo, objeto
En su reino, su corte, y su palacio
Fueron de admiracion y de respeto.
Su siglo les juzgó por los mejores
Esposos... pues fiad en la apariencia.
El mismo rey me lo contó, señores,
Y os lo voy á contar en confidencia.

Una noche aquel rey entró en la estancia
De su esposa real, torbo, y perdida
La color... y la esposa estremecida
Cayó á sus piés, y... el rey con la arrogancia
De juez la dijo en ronca voz : « Lo mismo
Divide á dos esposos la distancia
De un muro, que un desierto ó un abismo.
Allí yo, y aquí vos. Entre lo hecho
Y los ojos del mundo haya una venda
Tend'da; la verdad en nuestro pecho
Quede, y jamas el mundo la comprenda. »
Y así fué. Juntos siempre, mas estraños
Siempre uno á otro, en dicha mentirosa
Vivieron uno... dos... hasta diez años,
Reina sin rey, esposo sin esposa.
Y luego el rey... á la miseria humana
Sujeto... ansió venganza... y al imperio
Cedió de otra pasion... pasion villana,
Embozada en las sombras del misterio.

(*Se echa á reir.*)

Siempre el mundo fué asi... ¡Oh! es muy bella
Historia.

Galt. El infeliz está sin tino.

(*A Ervigio.*)

Erv. Su historia lo dirá. (*Sombrío.*)

Rod. (No sé qué en ella
De siniestro y de lúgubre adivino.)

Wamba. Atended ahora bien; ya habeis oido
Que no está mi cabeza muy segura,
Y cualquier distraccion, ó en mí un descuido
Puede hacer mi leyenda un poco oscura.
Era otra noche, y de ella en alta hora,
Cuando en un oriental rico aposento
Tenia en un cogin cómodo asiento
Un hombre. De la estancia la señora
Sonreíale amante, y cerca de ellos
Sobre la blanda y arabesca alfombra
Una niña gentil de sus cabellos
Pugnaba por asir la móvil sombra.
Era un risueño cuadro de familia;
Mas... cual la sombra de Daniel airada
De Baltasar en la fatal vigilia
Turbóle aparicion inesperada.
Otra muger, de rostro mas enjuto,
De beldad mas severa, en su semblante
Como en sus ropas arrastrando luto
Aparecióse de los dos delante.
« La balanza está igual desde este dia
(Dijo á aquel hombre la muger sombría):
De mi falta diez años penitencia
Hice yo: hoy la venganza me convida,
Mas ofrecerte importa á mi conciencia
Venganza no, satisfaccion cumplida.
Dios perdonó; á su ejemplo perdonemos:
Los dos á esta muger olvidaremos:
Si me perdonas tú, yo la perdono.
La hija de vuestro amor lo será mia;
Ministro eterno de tu justo encono
Estará ante mis ojos noche y dia.
Mi honor cubrirá el tuyo eternamente,
Pero desde hoy en mí tu alma severa
Vea solo la esposa penitente:
¿Mayor espiacion quién me impusiera? »
Calló aquella muger, tembló aquel hombre
Comprendiendo el sublime sacrificio,
É indigno vió de hidalgos de buen nombre
Dar á tal corazon tan vil suplicio.
« Sí, sí (esclamó aquel hombre): ¡Dios te envia!
Tú derramas la luz sobre mi mente,
Tu alma grande engrandece el alma mia.
Mi honra á tu amor sacrificó inclemente:
Sacrifica á tu honor á esa judía. »
Porque aquella muger era una hebrea;
Hebrea sí, con cuya union se infama
Quien cede á su amor vil, sea quien sea:
Y aquel hombre era un rey, y aquella dama
Enlutada una reina, y yo la tea
Soy que ilumina el tenebroso drama.
Yo soy la tea á cuya roja lumbre
Escrito en la mitad de un pergamino
Va este secreto á leer la muchedumbre
Si á lo escrito sobre él mi luz inclino.

Rod. Un momento, señores, un momento.

Erv. Dispensad, ya os lo dije, está demente
El infeliz.

Rod. Salid del aposento.

(*Salen todos: Rodesinda y Ervigio cierran las puertas.*)

ESCENA VI.

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA.

Wamba. Creo que comprendeis perfectamente
Que cuerdo el loco está: que su destreza
Vuestra astucia burló, pues que en su seno
Del musulman Alí no entró el veneno,
Y que en su mano está vuestra cabeza.

(*Ervigio y Rodesinda van á hablar y Wamba les interrumpe.*)

¡Ni una palabra!... reino todavía.
¡Ea! ley del talion: mano por mano
Y deshonor por deshonor... ¿La valla
De vuestra fé saltais? Salto la mia.
¿Me la ofreceis? Acepto la batalla.
¿Rey me ultrajais? Me temblareis tirano.
Tú tienes la mitad de una escritura:
Yo la otra. Tú ahí mi trono tienes:
Yo aquí vuestra deshonra... ¡Oh! mi locura
Me inspiró el conservar con cuerdo instinto

Del porvenir versátil en rehenes
La mitad del papel de Recesvinto.
Oid.
(*Lee Wamba : Rodesinda y Ervigio siguen con la vista su lectura sobre el pergamino.*)
« Voy á morir. Wamba, tú sabes
(*Leyendo.*)
» Mi secreto. En tus manos está todo;
» Con póstumo delito no me graves:
» Mi honra pospon al bien del pueblo godo.
» De la reina jamás sepa la historia
» El mundo : contra mí tan solo arguya.
» Penitente miró por mi memoria;
» Yo velaré al morir por la honra suya.
» Wamba, que la hija mia se dirija
» Quiero por tí. Si es digna de mi trono
» Y honra á su estirpe, cual de reyes hija
» Reine, y tenga la reina en ella abono,
» Esta es mi voluntad; nadie reclame.
» Wamba, si es noble sangre de la mia,
» Reine, hija de ambos : mas perezca infame
» Si solo es sangre de la vil judía.
» RECESVINTO. »
Es el rey de mi leyenda,
(*Representando.*)
La enlutada la reina, y tú el infame
Retoño de la hebrea. — ¡Infamia horrenda
Sobre el cristiano que tu fé reclame!
Rod. y Erv. ¡Ah!
Wamba. Bien hicisteis en echar la gente:
Fué de sana razon leal consejo,
Porque soy una tea cuya llama
Pálida luz en torno desparrama
Y habeis palidecido á mi reflejo.
Habeis hecho muy bien, nunca es prudente
Que alumbre á los serviles cortesanos
La luz que de sus reyes á la frente
Saca la palidez de los villanos.
Rod. Pues bien : para vencer, te falta un poco
Todavía : y si esperas que la tea
Que ilumina la historia de la hebrea
Lucirá un dia mas, sí que estás loco.
Wamba. ¿Y quién la apagará?
Rod. Los que estinguida
Necesitan tu luz, muda tu boca;
Los que contigo juegan trono y vida
Y en cuya mano estás.
Wamba. ¡Mísera loca!
Desde hoy de su palacio en el recinto
Aquí tú y *allí yo*, dirá el esposo;
¡El silencio ó la tumba! y por instinto
Un velo tenderás bien tenebroso
Sobre la tumba real de Recesvinto.
(*Vivas, músicas y tumulto dentro.*)
Mas hé ahí á vuestro pueblo.
Voces, dentro. ¡Viva Ervigio!
Wamba. Y es á fé mia la ocasion famosa
Para doblar con él vuestro prestigio.
(*Se adelanta hácia el balcon.*)
Erv. ¡Wamba!
Wamba. ¡La tentacion es poderosa!
(*Deteniéndose.*)
¿Qué dirian los cuerdos si el insano
Por el balcon, al popular instinto
Hoy entregara con airada mano
La mitad del papel de Recesvinto?
¿Qué los reyes dirán cuando les llame
Ante sus leyes la venganza mia,
Cuentas á dar de la coyunda infame
Del noble godo con la vil judía?
¡Oh! lo vamos á ver.
(*Llega al balcon y pone mano en la falleba.*)
Rod. ¡Señor, detente!
(*Aterrada.*)
Erv. ¡Respeta de los muertos la memoria,
(*Id.*)
Ministro del furor omnipotente!
Wamba. ¡Gracias á Dios que comprendeis mi historia!
(*Quitándose del balcon.*)
Al fin aunque tenido tan en poco,
Y atropellado con furor villano
Apelais al honor del pobre loco...
Y habeis hecho muy bien, no será en vano.
De vuestros ojos, pues, caiga la venda.
Dios sabe nada mas lo que yo he hecho,
Y Dios de mi conducta satisfecho
Está. Voy á esplicaros mi leyenda. —
Conozco bien desde el primer instante
(*A Ervigio.*)
Tu sér, nombre y origen. En tu vida
Distes un paso sin que yo delante
Caminara de tí : ni una guarida
Tuya se me ocultó : ni un pensamiento
Tu mente concibió, sin que la mia
No te la sorprendiera en el momento :
Do quiera he sido tu perpétua espía.
Te protegí en Escandia; á Rodesinda
Con uno y otro engañador prodigio
Te dejé fascinar, ¿cómo deslinda
Tu razon mi conducta? Por Ervigio
Te conocia y te sufrí Germano :
Con Paulo en Lusitania conspiraste,
Y en las ruinas de un templo del romano
Asistí á vuestras citas : encontraste,
A Toledo volviendo, en tu camino
Un joyero, era yo : de una cancela
Y un hombre fiel ayer vuestro destino
Fiásteis, yo os hacia centinela :
Y os espié tenaz, y dobles llaves
Dí á Hassan, qué fué mi sombra noche y dia,
Y todos vuestros planes conocia,
Y evité vuestros crímenes mas graves.

Pero, ¿porqué desde el primer momento
En que llegué á entender vuestras vilezas
No derribé á mis piés vuestras cabezas?
Porque hice á Recesvinto un juramento.
Sí, mi conducta comprended entera,
Mas nunca la espliqueis: no nos conviene.
Fiada á mí la voluntad postrera
De Recesvinto, á que la cumpla y llene,
Mi honor me obliga y mi virtud severa.
« *Dála el trono*, » me dijo, ya le tiene:
Uniros me mandó, ya estais unidos;
Los votos de mi rey están cumplidos.
¡Pardiez! ¿No os estrañó que de los godos
Estuviera el tirano desde luego
Desvelado y alerta contra todos
Y solo contra vos dormido y ciego?
Tal soy, y tal obré: los raros modos
Jamás digais porqué el poder os lego:
Si á vuestro corazon quitais la llave
Dios solamente nuestra historia sabe.
Conocedme por fin. La soberana
Potestad os entrego. Yo prefiero
Morir tranquilo en soledad cristiana.
Mio es el cetro aún, mas no le quiero:
Wamba es mas grande que la gloria humana
Y prefiere á ser rey ser caballero.
Cumplí con Recesvinto: ya en el trono
Su raza está. Olvidadme y os perdono. —
Hassan? (*Llamándole.*)

ESCENA ULTIMA.

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA; HASSAN, QUE APARECE Á LA VOZ DE WAMBA, POR UNA PUERTA SECRETA QUE SE ABRE JUNTO Á LA ALCOBA.

Wamba. Leal siempre ha sido
(*A Rodesinda señalando á Hassan.*)
A su señor, y tu ciega
Venganza como yo ha huido.
Rod. ¡Ah! (*Con despecho.*)
Wamba. ¿Está todo prevenido?
(*A Hassan.*)
Hass. Todo está.
Wamba. Pues á Pampliega.
(*Wamba, servido por Hassan, se ciñe una túnica ó trage talar á manera de sobrevesta targa, semejante á las que saquen los nobles en los actos anteriores. Esto se efectua en el fondo de la escena, y mientras, dicen Ervigio y Rodesinda:*)
Rod. ¿Le dejas ir?
Erv. Es modelo
De virtud y honor; y escucha:
Tú allí y *yo aquí.*
Rod. ¡Por el cielo
Santo! ¿eso á mí? ¡á nueva lucha
Me provocas?
Erv. Yo no lucho;
(*Con altivez.*)
Mando.
Rod. Y mi orgullo no cede
Jamás.
Erv. ¡Oh! El rey puede mucho.
(*Con ironía.*)
Rod. ¡Oh! Más la venganza puede.
(*Con ironía.*)
(*Wamba, trasformado su trage y dispuesto á partir, baja otra vez al proscenio. Hassan le aguarda en la puerta secreta.*)
Wamba. A Recesvinto juré
(*A Rodesinda.*)
Velar por tí, y le guardé
Fidelidad. Cuando Dios
Nos llame á juicio á los dos,
Yo de mí responderé. —
Escucha, Ervigio, un consejo. (*A Ervigio.*)
Me hicisteis rey á estocadas;
Y si hoy el trono no dejo,
Me echais de él á puñaladas:
Tómame pues por espejo.
Erv. Señor, virtud de gran precio
Te otorga Dios: pronto estoy
Si quieres...
Wamba. No soy tan necio:
(*Interrumpiéndole.*)
Guarda el poder que te doy;
Le conozco y le desprecio.
Voces dentro. ¡Viva Ervigio!
Otras. ¡Viva!
Wamba. Ahí fuera
Creo que el pueblo os espera.
Como loco, á darle voy
Mi despedida postrera.
(*Se asoma al balcon, tomando la corona, que lo mismo que el manto real habrán estado todo el acto á la vista sobre un mueble.*)
Voces dentro. ¡El loco! ¡el loco!
Wamba. Yo soy.
(*Mostrando la corona.*)
Vedla aquí. De mi cabeza
La quitan solo mis brazos.
Pero aplaudid mi largueza:
Me la disteis en pedazos
Y os la vuelvo en una pieza.
(*Tira la corona por el balcon soltando una carcajada, y cierra.*)
Voces dentro. ¡Bien! ¡bien!
Wamba. Yo tomo el camino
(*A Ervigio.*)

De Pampliega. Tan escaso
De honradez no te imagino:
Mas me llevo, por si acaso,
La mitad del pergamino.—
Guerra ó paz; me importa poco. (*A los dos.*)
Pero tened en recuerdo
De que yo no la provoco,
Y que siempre está el Rey cuerdo
En las manos *del Rey loco.*

(*Wamba y Hassan parten por la puerta secreta. Ervigio y Rodesinda quedan mirándose uno á otro, cada uno á un lado de la escena. El pueblo canta y victorea dentro.*)

LA REINA Y LOS FAVORITOS

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DOÑA LUISA DE GUZMAN, reina regente de Portugal.
EL CONDE DE CASTEL-MELHOR.
DON LUIS DE SANDOVAL.
EL REY DON ALFONSO VI DE PORTUGAL.
ANTONIO CONTI VINTIMIGLIA.
DOÑA AURORA DE MOLINA.
JULIANA.
GIL.
TRISTAN, negro.
UN JUEZ.
RONDAS Y EMBOZADOS.
SOLDADOS.

La escena pasa en Lisboa, año 1661 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO.

Plazuela en Lisboa. A la derecha una casa con puerta y ventana baja practicable. A la izquierda una iglesia en cuyo pórtico ó peristilo puedan ocultarse los personages unos de otros. En el fondo una casa: calles á derecha é izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AURORA Y JULIANA CON MANTOS, SALIENDO POR LA DERECHA.

Jul. Ya estamos en salvo. Aquí
Nuestra nueva casa está.
Aur. Alguno sigue quizá
Nuestra huella.
Jul. A nadie vi
Aunque volví, Doña Aurora,
La cabeza á cada paso.
Aur. ¡Sospechado habrán acaso
La mudanza!
Jul. Estad, señora,
Descuidada; ni el casero
Sabrá que ya no habitamos
Su casa, pues conservamos
Las llaves.
Aur. ¿Y el caballero
Que esta noche ha de volver?
Jul. Allí está Gil, que maestro
En cuentos, le sabrá diestro
Engañar ó entretener
Hasta que tengais respuesta
De Don Luis, ó el cardenal.
Aur. ¡Mal haya el que á Portugal
Nos trajo!
Jul. La casa es esta:
Entremos pronto, señora,
Y cerrémonos con llave.
Aur. ¿Mas Gil dónde estamos sabe?
Jul. Sí sabe; y á cualquier hora
Que venga, en esa ventana
Le he prevenido que toque
Para que no me equivoque.
Aur. Dios nos proteja, Juliana;
Entremos.
Jul. Pasad.

Aur. Y cierra.
Jul. Por supuesto : con cerrojo
Llaves y tranca ¡ pues flojo
Es el apuro ! *(Entran y cierran.)*

ESCENA II.

CASTEL-MELHOR; DESPUES TRES HOMBRES.

Cast. La tierra
Me vienen ganando ; y ellas
De aquí pasar no han podido :
Ellos mi rastro han perdido
Tal vez, pero yo sus huellas...
Dos casas solo hay aquí ,
Y el sitio sé : por ahora
Me salvo, y en mejor hora
Volveré.
Hombre 1°. Miradle allí.
Segundo. ¿Es él?
Primero. ¡ Vaya ! no ha podido
Ir mas que por esa oscura
Calleja, y su embocadura
De vista no hemos perdido.
(A Castel-Melhor.)
Gracias á Dios, buen hidalgo
Que os parásteis.
Cast. Una hora há
Que estoy parado.
Primero. ¿ Quizá
Se os perdió por aquí algo?
Cast. ¿ Y á ucedes?
Primero. Nadita mas
Que vuestra persona : y pues
Os vemos, pérdida no es
Sino hallazgo. Con que...
(Va hácia él. Castel-Melhor le pone al pecho la espada.)
Cast. Atrás.
Primero. ¿ Es valiente?
Cast. Lo que sobra
Para ellos.
Primero. Tema tenemos
En conoceros.
Cast. Veremos.
Primero, á los suyos. ¡ Ea ! manos á la obra. *(Riñen.)*
Buen brazo : mas vivo ó muerto
El rostro os hemos de ver.
Cast. Lo que es vivo no ha de ser.
Primero. Pues os entierran de cierto.

ESCENA III.

DICHOS; DON LUIS, POR LA IZQUIERDA.

Luis. ¿Tres contra uno? ¡ ah villanos!
¡ Valor, hidalgo !
(A Castel-Melhor, poniéndose de su parte.)
Cast. En buen hora
Llegais.
Primero. ¡ Por nuestra Señora !
Creo que son castellanos.
Luis. En la mano lo podreis
Conocer.
Segundo. ¡ Ay !
Luis. ¡ Firme ! así. *(A Castel-Melhor.)*
Tercero. Herido estoy ; ¡ ay de mí !
Primero. ¡ Fuera ! *(Huyen.)*
Luis. ¡ Oh ! todos no os ireis.
(Siguiéndolos.)

ESCENA IV.

DON LUIS, CASTEL-MELHOR.

Cast. Caballero, si acertar
(Deteniéndole.)
Quereis, no vayais en pos
De ellos.
Luis. Vayan, pues, con Dios.
¿ Herido estais ?
Cast. A no estar
Vos tan pronto, en la contienda
Soy muerto.
Luis. ¿Tal os querian ?
Cast. Con esa intencion venian.
Luis. Salvaos pues.
Cast. Buena prenda
Llevan de vuestra bravura
Para que intenten volver
Por ahora.
Luis. Ha de tener
Alguno una picadura.
Cast. Y á mí guardar me interesa
Breves momentos el paso
De esta plazuela.
Luis. En tal caso
Que os guarde Dios.
Cast. Con tal priesa,
Caballero, no os ireis
Sin que sepamos primero...
Luis. Imposible, caballero.
Cast. Castellano pareceis
En el habla y en el trage,
Y en un país enemigo
No os estorbará un amigo
Pronto á serviros.
Luis. No á ultraje
Lo tomeis ni á menosprecio ;
Mas me conviene guardar
El incógnito.
Cast. A él osar
Pudiera tan solo un necio

O un villano : mas yo os debo
La vida y deuda sagrada
Es, que quisiera pagada
Ver. Otro interés no llevo
Cuando acaso os importuno
Que el de pagárosla ; así
Por si algo quereis de mí
Exigir en tiempo alguno,
Guardad, si no os embaraza
En la memoria, señor,
Al conde Castel-Melhor,
Número diez, en la plaza.
Luis. ¡Castel-Melhor! ¿oí mal?
Cast. No, sino bien.
Luis. ¡Dios me ayuda!
¿Carta tuvísteis sin duda
Del cardenal Sandoval?
Cast. ¡Hidalgo!
Luis. No receleis
Nada : otra yo para vos
Traigo de él.
Cast. ¿Venís en pos
De una dama?
Luis. Sí, ¿sabeis
De ella?
Cast. No lo afirmaré :
Mas sospecho que quizá
Con ella dí.
Luis. ¿Por vos ya
No está amparada?
Cast. No á fé.
Hasta hoy no vino en mi ausilio
La suerte. Desde que ha muerto
Su padre no tuvo cierto
Esa dama domicilio.
Luis. ¿Cómo?
Cast. Tres veces mudó
De casa, sin que consiga
Saber qué es lo que la obliga
A tal movimiento.
Luis. No
Alcanzo de semejante
Conducta la causa ; pero
Que debe de haberla infiero
Por el tono suplicante
En que escribe al cardenal,
Que vea de cualquier modo
Atropellando por todo
Sacarla de Portugal.
Para que yo desde luego
En Lisboa entrar pudiera
Logró del rey que me diera
Para la regente un pliego.
Yo fiando solo en mí
De buscaros con destino
Tomé al instante el camino
De Lisboa, y héme aquí
En vuestras manos.
Cast. Yo estoy
En las vuestras ; mas espero
Que no estrañeis, caballero,
Lo que á preguntaros voy.
Luis. No á fé : mas vengo tal cual
Instruido, y adivino
La pregunta : soy sobrino
Del cardenal Sandoval.
Cast. No me previno este honor
Vuestro tio.
Luis. Remitid
Cumplidos y permitid
Que á vuestra amistad se ofrezca
Luis Sandoval, por mas saña
Que entre Portugal y España
Hoy encendida aparezca.
Cast. Don Luis, la guerra no es
Entre España y Portugal
Un combate personal
De español á portugués ;
Y demostraros espero,
Pues importa al honor mio,
Que tiene en mí vuestro tio
Un amigo verdadero.
Luis. Dudarlo fuera mancilla
En mí, que despues de Dios
Fio, señor conde, en vos.
Cast. Y haceis bien, mas ¿por Castilla
Qué dejais?
Luis. Nada de nuevo
Para vos que sois llamado
A los consejos de estado ;
Aunque ocultaros no debo
Que más que nunca se piensa
En atacaros con brio.
Cast. Cual vuestro ataque confio
Que ha de ser nuestra defensa.
Luis. Por lo demas en Madrid
Lo mismo que siempre ahora
Se festeja y se enamora
Y se riñe. Vá la lid
Siguiendo como aquí en Flandes
Y en Italia ; sus noticias
Cuentan unos como albricias,
Y otros descalabros grandes
Lloran. Se baila, se miente
Y se murmura, y se juega,
Se aplaude á Lope de Vega
Y á Calderon ; y la gente
Vive, sino muy contenta
Hallada con sus costumbres,
Tomando las pesadumbres
De las venturas á cuenta.
Cast. ¿Y el rey?
Luis. Quisiera do quier
Triunfar ; los planes propone
Él, mas Dios los dispone
Y él dice : « ¡ Cómo ha de ser ! »

La reina quiere algo mal
A Don Juan de Austria : bastardo
Le llama, y ocioso y tardo
En ganar á Portugal.
Pide él lo que há menester,
Le dán lo que no le alcanza;
Se quejan de que no avanza
Y él dice : « ¡ Cómo ha de ser ! »
Tal es nuestro estado actual ;
Con que á pesar de la guerra
Por ahora nuestra tierra
No somete á Portugal.
Se pierde y gana jornada
Tras jornada : pero al caso
Viene, y adviértoos de paso
Que Evora ha sido ganada.
Cast. ¿ Ganada ?
Luis. Sin duda alguna.
Cast. ¿Y cuándo?
Luis. Al rayar el dia
La guarnicion se rendia :
Tengo la mala fortuna
De ser triste portador
De esta noticia fatal.
Cast. Juego es la guerra : dá mal
Un dia, y otro mejor.
Luis. Esta jugada perdida (*Con misterio.*)
No fué por fatal destino ;
Traidora mano intervino
En los dados : fué vendida.
Cast. ¿ Evora vendida ?
Luis. Pruebas
Tengo y en ellas confio
Un secreto intento mio
Para lograr. Pero nuevas
Necesito : ¿ cómo vá
Por Lisboa?
Cast. No muy bien,
Don Luis : se sigue tambien
Con las costumbres de acá.
Los ingleses nos ayudan :
Sueldo, rancho, armas y ropas,
Les damos, mas vuestras tropas
Por lo visto les desnudan.
Luis. ¿Y el rey?
Cast. El rey es un mozo
Todavía.
Luis. Mas con brios ;
En rondas y en amoríos
Se divierte que es un gozo
Segun dicen.
Cast. Algo hay de eso :
Tratáronle desde niño
Con escesivo cariño
Y ha salido algo travieso.
Luis. ¡Oh! de él cuentan por Castilla
Travesuras que á tener
Fundamento, debe ser
El mozo una maravilla.
Cast. Veo que se sabe mucho
En Madrid de Portugal.
Luis. Es mi tio el cardenal
Hombre en negocios muy ducho
Y ve sin duda muy lejos.
Cast. Y yo en vuestro despejado
Talento, que os ha guiado
Con su ejemplo y sus consejos.
Vuestro tio está instruido
Bien de todo. El italiano
Tiene al jóven soberano
Ciego, loco, envilecido.
No rey portugués, rey vándalo
Es nuestro rey Don Alfonso :
Aun es un mancebo intonso
Y es ya de Europa el escándalo.
No hay vida ni honra segura;
De las órgias embriagado
Sale, y va desatinado
Corriendo en la noche oscura
Las calles de la ciudad,
Entre infames asesinos
Asaltando á los vecinos
Que encuentra en la oscuridad.
Ni hay vicio con que no manche
Su existencia, ni malvado
De sus presidios fugado
Que á su servicio no enganche.
Y el autor de todo es
Antonio Conti, que el seso
Le tiene embebido en eso.
Luis. ¡ Maldecido genovés !
Mas, ¿no hay fuerza, no hay ardid
Para quitar de delante
Del príncipe á ese tunante?
Cast. Don Luis, ¿se priva en Madrid
Al rey de sus favoritos
Tan fácilmente ?
Luis. Es que allí
No andan los reyes asi
Con truanes de garitos :
Mas perdonad, tambien mozo
Soy, é indiscreto olvidé
Que os hablaba.
Cast. No hay por qué ;
Podeis hablar sin rebozo :
Pero dejemos la plática
Si os parece, que interesa
Que dore bien vuestra empresa
Vuestra mision diplomática.
Luis. Sí á fé : la ocasion es crítica
Y hemos insensiblemente
Hilbanado inútilmente
Conversacion de política.
Vamos de aquí.
Cast. Todavía
Un momento, Sandoval :

Pues si no me acuerdo mal
Hace poco que os decia
Que juzgaba, salvo error,
Haber hallado la prenda
Que buscais.
Luis. Sí.
Cast. La contienda
De que aquí vuestro valor
Me sacó con bien, no tuvo
Mas ocasion. La señora
Que buscais siguiendo ahora
Vine, y aquí se detuvo:
En esta plazuela entró
Y no pudo salir de ella.
Dos calles hay: por aquella
Vinimos y no pasó
Por la otra: en una es
De estas dos casas en donde
En este instante se esconde.
Luis. Llamemos en una pues.
Cast. ¿Y si no es en la que está?
Luis. Vamos á la otra.
Cast. Es un paso
En falso, y se pierde acaso
La ocasion. Mejor será...
Luis. ¿Qué?
Cast. Si hubiera alguna seña
Que daros á conocer
Pudiera de ella.
Luis. A saber
Si la sirve aun cierta dueña...
Cast. En la casa que ocupaba
Tan solo me han informado
De una moza y un criado.
Luis. ¿Acaso un viejo que estaba
De su padre en casa?
Cast. Sí.
Y la moza es castellana
Tambien.
Luis. ¿Su nombre?
Cast. Juliana.
¿Conocéisla?
Luis. ¡Pesiamí!
¡Ya al cabo de todo estamos!
Talarearé á media voz
Un canticio que veloz
La hará asomar. Vamos.
Cast. Vámos.
Pero escuchad.
Luis. ¿Qué hay?
Cast. ¿No ois
Pasos?
Luis. Sí, dejad al que es
Pasar.
Cast. Guarézcanos pues
Ese pórtico, Don Luis.

ESCENA V.

CASTEL-MELHOR Y DON LUIS, OCULTOS; GIL; DESPUES CONTI, CON DOS HOMBRES.

Gil. Fuera inútil la tardanza:
Que lo sepan es preciso
Para que estén sobre aviso,
Si queda alguna esperanza.
(*Yendo hácia la ventana.*)
Llamaré... mas ¡ay de mí!
Me han seguido.
Conti. Castellano,
Disimular es en vano:
O hablas ó mueres aquí.
Tu señora en esta casa
Está, y concertada tienes
Una señal, pués que vienes
A la reja. De hoy no pasa
Que yo la hable: ponte pues
En razon; canta de plano;
Habla ó mueres, castellano.
Gil. Pues mátame, portugués.
Conti. Sí que haré, pero mas tarde,
Despues que me haya servido.
Guardádmele al mal nacido.
Gil. Mas no traidor, ni cobarde.
Cast. (Tened por Dios, si quereis
(*A Don Luis, que quiere salir.*)
Que á la mano se nos venga
La fortuna.)
Luis. (¡Dios me tenga!)
Cast. (O se pierde y os perdeis.) (*Idem.*)

ESCENA VI.

CASTEL-MELHOR Y DON LUIS, OCULTOS; CONTI.

Conti. Por esa muger está
Ciego, y ó se la hago ver
O su favor y el poder
En su mal humor me vá.
Necesito que algo tenga
En mí siempre en esperanza,
Si quiero que mi privanza
Sobre el agua se mantenga.
En torno de mí la intriga
Fermenta; y si no consigo
El lazo que hasta hoy conmigo
Por sus caprichos le liga
Apretar; si otro por dolo
Logra lo que yo no pude,
Yo mismo necio me inmolo
Y no hay poder que me escude.
¡Oh, no! por fuerza ó de grado
La ha de ver. Si él la ocasión
No aprovecha, en conclusion

Yo á mas no me he obligado.
Si el oro al fin no lo allana,
Pecho al agua. Para todo
En arriesgándose hay modo.
Veamos si á la ventana
Sale alguno, que aunque tenga
Convenida una señal,
En duda de si oyó mal
Fuerza es que á enterarse venga.
Intentaré pues con maña
Esplorar el campo :
(*Mira por la ventana.*)
Viva
Tienen luz y á llamar iba
El otro, ¡bah! ¿quién se engaña
Con datos tales? (*Llama y mira.*) Mató
La bujía para estar
En sombra. Tarda; á llamar
Vuelvo.
Jul. ¿Quién?
Conti. Abre, soy yo.
(*Juliana abre la ventana, y se reconocen uno á otro.*)
(La doncella es.)
Jul. (El hidalgo
Que vá con él. La deshecha
Haremos, por si aprovecha
Y en limpio sacamos algo.)

ESCENA VII.

CASTEL-MELHOR Y DON LUIS, OCULTOS; CONTI; JULIANA, A LA REJA.

Jul. Vamos á ver, ¿qué se ofrece,
Caballero?
Conti En vano ha sido
Ocultaros: no he perdido
Vuestro rastro. Resplandece
Siempre el sol de la hermosura
Como el sol del firmamento,
Y aunque se nuble un momento
Tras los nublados fulgura.
Jul. Mucha poesía es esa
Para doncellas, hidalgo:
Diga si de mí quiere algo
En prosa, y pronto, que hay priesa.
Conti. Esquiva es la castellana.
Jul. ¿De Castilla me juzgais
Por el habla? pues la errais,
Porque soy americana.
Conti. ¿Si? ¿de qué punto?
Jul. De Quito,
Y asi del que no me agrada
Me quito pronto.
Conti. Taimada
Es.
Jul. Lo dá el tiempo.
Conti. Infinito
Me place á mí un genio abierto
Y me enamora un buen piro.
Jul. ¡Vaya! ¿es andaluz?
Conti. Del Puerto:
Mas vengo de Puerto-Rico.
Jul. Diz que allí llueven doblones.
Conti. Llover no; mas de la tierra
Cualquiera los desentierra
Removiendo los terrones.
Jul. Asi tendreis muchos.
Conti. Tantos,
Que el servicio mas vulgar
Pago con un centenar.
Jul. ¡Válganme todos los santos!
Conti. ¿Qué te admira?
Jul. Que se atreva
Nadie á miraros que al punto
No se caiga allí difunto
De vergüenza.
Conti. En tí la prueba
De lo contrario ves clara.
Jul. Es que eso vá en condiciones;
Yo aliento con los doblones
Que me tirais á la cara,
¡Rumboso!
Conti. Nunca me pico
De pródigo inútilmente
Y me precio de prudente
Cuanto me precio de rico.
Jul. Y haceis bien.
Conti. Yo jamás hago
Limosnas ni beneficios,
Pero caros los servicios
Que se me hacen siempre pago.
Jul. ¡Feliz quien os sirve!
Conti. Pues
Sírveme tú, y cobrarás
Al precio que los demas
Que me sirven.
Jul. ¿Y en qué es
En lo que os voy á servir?
Conti. En una cosa ligera.
Jul. ¿Y honrada?
Conti. Como se quiera
Tomar; solo, en mi sentir
Hay honra donde hay provecho,
Y aquí hay oro.
Jul. Pues sospecho
Que nos hemos de avenir.
Que á mí me place tambien
La gente franca, que al cabo
Sabe uno que dá en el clavo
Cuando dá el golpe.
Conti. Muy bien
Discurres, y en ese caso
A entendernos empecemos.

Jul. Hablad bajo, que podemos
Tener escuchas acaso.
Conti. Segura estais por ahora.
Jul. Ea, pues, ¿de qué se trata?
Conti. De una hermosa harto ingrata
Con quien rendido la adora.
Jul. ¿Y quién es esa hermosura?
Conti. Tu señora.
Jul. ¡Jesucristo!
Vamos claros; ¿habeis visto
Vos á mi ama por ventura?
Conti. Si por cierto.
Jul. ¿Y un galan
Hay, á quien su amor aqueja?
Conti. Sí.
Jul. ¡Já, já! Si es una vieja
Con mas barbas que Abrahan.
Conti. ¡Una vieja!
Jul. Sesentona,
Viuda, coja, y vizcaina.
Conti. Doña Aurora de Molina.
Jul. Doña Inés de Zarandona.
Conti. Finges en balde. Hace un mes
Que la sigo: nombre, estado,
Condicion, patria... estudiado
Lo traigo, é inútil es
Todo efugio: alucinarme
No puedes y cuando vengo
De tí á valerme lo tengo
Bien meditado. A ayudarme
Redúcete pues y exige
Precio.
Jul. Pero en conclusion
¿Qué hay que hacer? ¿mi intervencion
En esto á que se dirige?
Conti. Un mancebo cortesano,
Noble y rico, á Doña Aurora
Como un frenético adora
Víctima de amor insano.
De su pasion, que ya raya
En insensata demencia,
No hay quien calme la violencia,
Ni hay quien á mano le vaya.
Las rondas, los galanteos
Y los billetes han sido
No mas que tiempo perdido
En plantones y paseos.
De él huyendo al parecer
Mil veces habeis cambiado
De casa, mas ha logrado
Hallaros él por do quier.
El hablarla en parte alguna
Ha sido presuncion vana,
No hubo puerta ni ventana
Favorable á tal fortuna.
Su amor es firme, sencillo,
Verdadero: él es amante
Noble y galan y no obstante
Vuestra casa fué un castillo
Para su afan amoroso
Cerrado siempre: pues bien,
Fuerza es que razon le den
De un odio tan misterioso.
Cuando un galan y una dama
Son en condicion iguales
Quien sufre desaires tales
Bien de ellos razon reclama;
Y el que de tu ama los llora,
Está decidido á todo
Por llegar de cualquier modo
A los piés de Doña Aurora.
Por declarar su pasion
A la dama en su aposento
Pagara cada momento
De la visita á doblon.
Jul. Era ocasion peregrina
De enriquecerme, y me pesa
Que no sea mi ama esa
Doña Aurora de Molina.
Conti. Ya te he dicho que es inútil
La ficcion. A tu señora
Conozco y la Doña Aurora
En cuestion es: y es tan fútil
La ignorancia que aparentas
En el asunto que raya
En torpeza: con que vaya,
Ríndete y echa tus cuentas.
Ello ha de ser, y ha de entrar
El mancebo en esta casa:
Si es por tí pide sin tasa,
Mas si no te ha de pesar.
Jul. Hidalgo, ya os tengo dicho
Que equivocado venís:
Mas si tenaz insistís
En vuestro necio capricho,
Sabed que aunque se me diera
Todo el oro que atesora
Portugal, á mi señora
Tan vilmente no vendiera.
Id pues, que es empresa vana,
Porque ni amenazas ni oro
Han de manchar el decoro
De la noble castellana.
Conti. Pues bien; dila que enemigo
De Castilla el Portugal
En buscar aquí hace mal
Una castellana abrigo.
Jul. Id, que el pueblo portugués
No hace á las mugeres guerra
Villana: aun hay en su tierra
Caballeros, pues no lo es
Quien obra como obrais vos:
Mas si en Portugal no hallamos
Quien nos proteja fiamos
En la proteccion de Dios.
Conti. Bueno es que fieis en ella

Porque solas os hallais
Con él y en mi mano estais
La señora y la doncella.
Jul. Justicia habrá en Portugal.
Conti. No contra mí, por ahora.
Prevénselo á Doña Aurora
Y ved lo que menos mal
Os ha de estar.
Jul. Ya está visto.
Conti. El mancebo es poderoso.
Jul. Y el honor muy valeroso.
Conti. Y él audaz.
Jul. Está previsto
Su atrevimiento.
Conti. Aun ignora
Con quien bravea la esclava.
Jul. Pues juzgad si será brava
Por la sierva la señora.
Conti. Fiera es la virtud villana.
Jul. Asi se gasta en Castilla.
Conti. Todo á la fuerza se humilla.
Jul. Menos la fé castellana.
Conti. Adios pues, las del Castillo.
Jul. Con Dios vaya el portugués.
Conti. Hasta luego.
Jul. Hasta despues.
Conti. ¡ Habrá taimada !
Jul. ¡ Habrá pillo !
(*Cierra la ventana.*)

ESCENA VIII.

CASTEL-MELHOR Y DON LUIS, *ocultos*; CONTI.

Conti. A la seduccion no cede :
Mas mucho en ello me vá
Y á la fuerza cederá :
Todo la fuerza lo puede. (*Vase.*)
(*Don Luis quiere seguirle. Castel-Melhor le contiene :*)
Cast. Teneos ¡ por san Andrés !
Luis. Dejadme.
Cast. Va bien cogido,
Don Luis.
Luis. ¿ Le habeis conocido ?
Cast. Sí.
Luis. ¿Quién es?
Cast. Un genovés. (*Con misterio.*)
Luis. ¡ Ah ! (*Con inteligencia.*)
Cast. ¡ Silencio ! al cabo estoy
De la intriga. ¿ Esa doncella
Que salió á la reja...?
Luis. Es ella.
Cast. Oidme pues.
Luis. Hablad.
Cast. Voy
Franco á ser. Si no teneis
Grande confianza en Dios
Vámonos de aquí.
Luis. Idos vos,
Castel-Melhor, si quereis.
Cast. ¡ Señor Don Luis !
Luis. Yo me quedo.
Cast. La vida me habeis salvado
Y moriré á vuestro lado.
Luis. Gracias.
Cast. Hago cuanto puedo ;
Mas ya oísteis ; volverá.
Luis. Y yo le recibiré.
Cast. Tal vez no solo.
Luis. Lo sé.
Cast. Adelante.
Luis. Dios dirá.
A mí jamás me desola
El peligro ; y pues tenemos
Tiempo aun, conde, arreglemos
El negocio á la española.
Cast. Contad conmigo.
Luis. Yo traje
Cinco leales que están
En la hostería de San
Telmo, ahí cerca. A mi page
Llamad, dadle esto, y con vos
Vendrán. Ponedles allí : (*En el pórtico.*)
Decidles que estoy aquí
Y encomendadnos á Dios.
Mas si hay tiempo, y por fortuna
Ese hombre tarda, ó no viene,
Mirad si esta casa tiene
Por la espalda entrada alguna.
Sea puerta, reja ó cualquiera
Pasage, de todos modos
Franco estará y yo en espera :
Entrad y Cristo con todos.
Cast. Os comprendo : mas me dais,
Don Luis, palabra de honor
De que el otro...
Luis. No temais :
Sé quien es, Castel-Melhor.
(*Vase Castel-Melhor, saludando á Don Luis con inteligencia.*)

ESCENA IX.

DON LUIS.

Pues, señor, bien. De la guerra
A pesar de los reveses
Estos buenos portugueses
Se divierten en su tierra.
Su juego á fé no es bastante
Leal, pero á tiempo llego
Y á tomar voy en el juego

Cartas y trampa adelante.
Por lo visto sus jugadas
Van por oros : no es mal palo :
Mas veré si les igualo
La partida por espadas,
Y ¡ ay de ellos si en un renuncio
Les atrapo! mas la hora
Se adelanta apriesa. (*Llama á la ventana.*)
¿Aurora?—
Como él ha hecho el anuncio
De su vuelta, se recela
De su traicion y lejano
Me juzga. Mas no fué en vano
Nuestra antigua cantinela
Tantas veces repetida
En la morisca Granada,
Para que tenga olvidada
Letra que fué tan sabida.
(*Recitando á media voz junto á la ventana.*)
Aurora de mis ojos,
Sol de mi vida,
A tu albor se despierta
Mi alma dormida.
Sal á tu oriente
Para que adore mi alma
Tu luz fulgente.
(*Juliana abre la ventana al concluir Don Luis su cantinela.*)

ESCENA X.

DON LUIS; JULIANA, A LA REJA; DESPUES DOÑA AURORA, IDEM.

Jul. ¡Vírgen santísima, él es!
Luis. Yo.
Jul. Venid, venid, señora.
Aur. ¡Mi Don Luis!
Luis. ¡Mi Doña Aurora!
Aur. Llegas á tiempo.
Luis. Tus piés
A besar.
Aur. Y escudo á ser
De mi honor, que está cercado
De peligros.
Luis. Sin cuidado
Respira ya.
Aur. Que temer
No tengo si estás conmigo.
Luis. Sabes que tuya es mi vida.
Aur. ¡Ah Don Luis! tal vez vendida
La traes por mí al enemigo.
Luis. No temas : soy mensagero
De un pliego del cardenal,
Y libre de Portugal
Sacarte conmigo espero.
Aur. No sabes entre qué redes
Estoy presa.
Luis. Allí escondido
Coger un hilo he podido.
Aur. Desenredarle no puedes
Tú solo.
Luis. Tal vez, Aurora,
Le hilaré de modo tal,
Que haga con él un dogal
Al que le ha hilado hasta ahora.
Aur. No hay fuerza que á su garganta
Le ate.
Luis. Ese es cuidado mio :
Al que tiene ingenio y brio
Ninguna fuerza le espanta.
Yo he cruzado los contrarios
Territorios por hablarte,
Forjando para salvarte
Mil intentos temerarios.
Escudado solamente
Por un pliego (vano acaso),
He sabido abrirme paso
Del rey y de la regente
Hasta la cámara. Un hora
No ha que llegué y la mas rara
Casualidad me depara
Tu encuentro. ¿Qué teme, Aurora,
El que tiene á la fortuna
Decidida en su favor,
Y siente el doble valor
De dos almas puesto en una?
Yo te amo, Aurora; en la tierra
Ventura sin tí no encuentro,
Ni sin tí esperanza dentro
De mi corazon se encierra.
Por tí vengo; y arrogante
Con el valor que atesora
Mi amor en mi pecho, Aurora,
No hay peligro que me espante.
Aur. Y yo, á quien sola en el mundo
De mi buen padre la muerte
Dejó, fio en tí mi suerte.
Ciego, idólatra, profundo
Para tí mi corazon
Su amor guarda, eterno y solo,
Y á él entera me inmolo
Como tú á mi salvacion.
Luis. Aurora mia, al venir
Hoy tu amor á socorrer
No hago yo mas que cumplir
De noble con el deber.
La muerte te dejó sola
En esta corte estragada,
Espuesta á la audaz mirada
De un mancebo, que española
Mirándote y sin amparo
A sus plantas te juzgó,
Y un paso hácia tí avanzó
Para hollar tu honor preclaro,

Mas primero que mancilla
Ponga en tí, verá quién es
El fidalgo portugués
Un amante de Castilla.
Aur. ¡Alma noble!
Luis. Ahora, amor mio,
Nuestro tiempo aprovechemos,
Que no es mucho el que tenemos.
Un amigo de mi tio
El cardenal, que por nuestra
Suerte en mi favor está,
A buscarme volverá;
Y es necesario una diestra
Retirada imaginar,
Porque en posicion tan crítica
Vale mas en la política
Que en la fuerza confiar.
Aur. Entra pues, y convenida
La marcha que mas conviene
Seguir...
Luis. ¿Por ventura tiene
Esta casa otra salida?
Aur. No sé.
Luis. Temo que esta presto
Nos obstruyan, y es preciso
Tener de mi gente aviso
Antes de dejar el puesto.
Jul. Entrad, Don Luis. (*Por la puerta.*)
Luis. Voy allá.
(*A Juliana.*)
Aurora, de cualquier modo (*A Doña Aurora.*)
¿Estás bien resuelta?
Aur. A todo.
Luis. Pues adelante: saldrá
Lo que Dios quiera. Juliana,
Mientras que yo me aseguro
De la casa, tú en lo oscuro
Mantente de la ventana:
Y no me pierdas de vista
La plazuela.
(*Entran por la puerta y vuelve á parecer Juliana en la ventana.*)

ESCENA XI.

JULIANA, A LA VENTANA.

Ya está puesta
La atalaya. ¡Con bien de esta
Nos saque Dios! Nadie chista
Todavía: nada veo.
¿Qué se hará Gil? Ya debiera
De haber venido: siempre era
Un amigo mas y creo
Que no estamos para andar
Eligiendo. Mas obremos
Con precaucion y miremos
Sin que dé que recelar
La reja abierta, y fatiga
Inútil sea. Allí enfrente
Veo ya en la sombra gente,
¿Será amiga ó enemiga?

ESCENA XII.

CONTI, UN JUEZ, DOS ALGUACILES Y UNA RONDA DE HOMBRES.

Conti. Alto aquí. Vosotros dos
Esa calle tomareis
Y mi seña aguardareis:
Id. — Con vuestra ronda vos (*Al juez.*)
En esa casa llamad:
Dos mugeres españolas
Están dentro de ella solas:
En nombre del rey tomad
A las dos presas: si alerta
Están y os niegan la entrada
Por debajo apalancada
Desencajadles la puerta
Y entrad. Si os alzan el grito
Ahogadles la voz; mas todo
Con decencia y con buen modo
Que se cumpla necesito.
Y cuenta con la torpeza,
Señor juez; porque es asunto
En cuyo éxito barrunto
Que arriesgamos la cabeza.
(*El juez va á llamar á la puerta, Conti se retira al pórtico de la izquierda.*)
Pobre corza en tu guarida
Postrimera acorralada,
Corrido has desesperada,
Pero al fin estás cogida. (*Llama el juez.*)
Juez. No responden.
Alguacil. Por malicia
Tal vez.
Conti. Puede; repetid.

ESCENA XIII.

DICHOS; JULIANA, A LA REJA.

Jul. ¿Quién va á estas horas?
Juez. Abrid.
Jul. ¿Que abra? ¿á quién?
Juez. A la justicia.
Jul. ¡Vaya un chiste! ¿en esta casa
La justicia? Equivocados
Venís.
Juez. Ved que autorizados
A todo estamos y tasa
No tiene nuestro poder;
Y en la casa para entrar
Todo lo hemos de intentar;

Con que ved cómo ha de ser.
Jul. Prohibe allanar la ley
Las casas.
Juez. Pues á ver vais
Que se allanan si os negais
Á abrir. En nombre del rey
Os requiero la postrera
Vez para que abrais de grado,
De nó á la fuerza, obligado,
Apelaré
Jul. De manera
Que lo que yo hacer podré
Será avisar á mi ama
Que es la justicia quien llama,
Y lo que me mande haré.
Juez. Tres veces á llamar voy:
Si á la tercera la puerta
No está á la justicia abierta
Con ella en el suelo doy.
Jul. Yo aquí no soy la señora
Y mi obligacion haré:
Haced vos lo que os esté
Mejor. (*Cierra.*)
Conti. (¡Oh! lo que es ahora
Todo cuanto discurrais
Será en balde.)
Juez. Dos. (*Llamando.*)
Conti. Si franca (*Al juez.*)
No está á la otra, la palanca
Meted: y nada temais.
Servicio del rey.
Alguacil. Ya siento
Pasos. (*Mirando por la cerradura.*)
Ya viene.
Juez. A la entrada
Mano echad de la criada.
Alguacil. Por supuesto, en el momento.
Ya gira en la cerradura
La llave.
(*La puerta se abre y entran el juez y alguaciles.*)
Juez. ¡Adelante!
Jul. ¡Ay Dios! (*Dentro.*)
Conti. Como me la lleve en pos
Mi fortuna está segura
Por ahora.

ESCENA XIV.

MIENTRAS CONTI ESPERA GUARECIDO DEL PÓRTICO, CASTEL-MELHOR, EMBOZADO HASTA LOS OJOS, COLOCA DOS HOMBRES UNO A CADA ESQUINA DE LOS DOS EDIFICIOS LATERALES, QUEDANDOSE ÉL A UN LADO É INMÓVIL.

Conti. Se entretiene
Demasiado. ¿Mas qué es esto?
(*Va á salir y ve los de Castel-Melhor.*)
¿Quién ahi esa gente ha puesto?
¿Quién es el que se mantiene
Inmóvil allí detrás
De la esquina? A verlo voy.
(*Al salir Conti del pórtico salen por la puerta de la casa Don Luis, Doña Aurora, Juliana, el page y cuatro hombres embozados, los cuales y Conti avanzando se hallan en medio de la escena.*)

ESCENA XV.

CONTI, DON LUIS, DOÑA AURORA, JULIANA, CASTEL-MELHOR, EMBOZADOS.

Conti. ¡Mas que es lo que viendo estoy!
¡Traidores!
(*Al irse para ellos Don Luis le pone una pistola al rostro, los demas siguen.*)
Luis. Un paso mas
Y sois muerto.
Conti. ¡Castellanos
Aquí!
Luis. Sin duda ninguna,
Signor Conti: y fué fortuna
Que diérais en tales manos.
(*A una seña de Don Luis el page y sus hombres se apoderan de Conti.*)
Solo es cosa de quedar
Unas cuantas horas preso
En esta casa; con eso
No me podreis estorbar.
Conti. Mas, caballero...
Luis. A fé mia
Que lo soy, pues en mi mano
Estais, y os late villano
El corazon todavía.
Entrad pues, ó ¡vive Dios,
Señor Conti, que una bala
Todas las cuentas iguala
Esta noche entre los dos! (*Le llevan.*)
Atadle, y cerrad despues.
Que Portugal le detesta
Me han dicho... Portugal de esta
Se libra del genovés.

ACTO SEGUNDO.

Despacho de la reina regente: puertas en el fondo y á la izquierda. Luz artificial.

—

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, CASTEL-MELHOR.

Reina. No es posible gobernar
Con semejante desórden;
Dentro de un año volvemos
Á estar de los españoles
Bajo el poder si esto sigue.
Lo que el consejo dispone
El rey lo estorba. Ni llegan
A nuestros jefes sus órdenes
A tiempo, ni oro hay bastante
Para que el rey lo derroche
Con el favorito infame
En vicios y diversiones
Vergonzosas. Cada dia
Que amanece, de sus torpes
Hazañas viene á advertirnos
Emprendidas por la noche.
Vamos perdiendo las plazas
Unas tras otras. Monforte,
Veyros, Ocrato, Fonteyra
Y Onguela ven los pendones
Castellanos á estas horas
Tremolar sobre sus torres.
Osuna ganó á Escalona,
Don Pedro de Acuña corre
Las campiñas de Portela
Y Castel-lindoso; enormes
Sumas nos cuesta el ejército:
Tenemos mas fé en los hombres
Que le mandan, ingenieros
Y generales mejores
Que los castellanos, y
Solo murmurar se oyen
Derrotas y descalabros...
¿Y esto en qué consiste, conde?

Cast. Señora, yo en el consejo
Espuse mis opiniones
Muchas veces: todos saben
La razon, y los autores
De nuestras malas venturas:
Mas no hay en verdad quien ose
Ir contra la voluntad
Del príncipe y del que acoge
En su favor. Mi franqueza
Vuestra majestad perdone:
Mas ni Portugal, ni el rey
Se salvan mientras que Conti
Le aconseje. Él es quien tuerce
Del rey las inclinaciones
Avivando los instintos
De su corazon, cual jóven
Vicioso y ardiente. Él es
Quien le obliga relaciones
A contraer con las gentes
Mas impúdicas é innobles:
Y él es en fin quien el oro
De Lusitania recoge
Y en Génova, pátria suya,
Astuto á salvo le pone,
Para cuando la fortuna
En Portugal se le torne.

Reina. Mas ¿no hay, conde, quien le ataje?
¿No hay medio que sus traiciones
Patentizando, este gérmen
De nuestra ruina sofoque?

Cast. Dos veces le habeis la entrada
Prohibido en vuestra corte,
Y el príncipe á su real cámara
Le ha llamado: no conoce
Límites ya su impudencia:
Él manda, él reina, él absorve
Todo el poder y á vendernos
Va como haya quien nos compre.

Reina. Sí, sí; ¿qué hay comun entre él
Y nosotros? ¿qué razones
Ni qué intereses le ligan
Á Portugal?

Cast. Sus mayores
Ni en Génova fueron nunca
Preclaros, ni nunca nobles
Cargos hubieron: y aquí
Tal vez fugados y pobres
Llegaron á guarecerse:
Y como orugas, que roen
El árbol que les da vida,
De sus mismos protectores
Fueron el caudal royendo,
Con mil especulaciones
Clandestinas, elevándose
Desde siervos á señores.
Tal fué su padre: tal es,
Señora, ese Antonio Conti:
Mercaderes, que por pátria
Solo el oro reconocen:
Espuma, que sobrenada.
Solo en las revoluciones.

Reina. Castel-Melhor, es preciso
Que esto concluya y que logre
Portugal de un modo ó de otro
Verse libre de este azote.
En vano el yugo rompimos
Español, si nos le impone
Mas duro un vil favorito:
Y es en vano que tremolen
Las quinolas portuguesas

En frente de los leones
Castellanos, si es forzoso
Que sus victorias deshonra
Un príncipe, que entregado
A semejantes traidores,
El verdugo es de su pueblo
Y el escándalo del orbe:
Los consejeros están
Llamados para las once
Secretamente en mi cámara:
Y para que se reporte
El rey en sus demasías
Se acordarán los mejores
Medios que ocurran. Preciso
Es que el rey oiga las voces
De la razon. Como madre
Y como reina me impone
Mi deber el de atajarle
En el sendero por donde
A su perdicion le arrastra
Quien su corazon corrompa.
Castel-Melhor, es preciso,
Aunque sus iras provoque,
Que escuche el rey de mi boca
La verdad y á condiciones
Razonables se reduzca
Antes que su reino asole
El genovés.

Cast. Imagino,
Señora, que las razones
Nada harán, y los consejos
Llegan tarde, porque Conti
Tiene su alma prisionera
En la red de las pasiones.
Esa es la zizaña que hace
Que en su corazon no broten
De la virtud las semillas,
Y nunca darán ya flores
Sin que el campo de su alma
De zizaña se desmonte.

Reina. ¿Mas cómo?

Cast. Vos sois, señora,
Su madre y la que en el nombre
De la ley mandais.

Reina. La intriga
Me ata las manos.

Cast. Entonces
En las de Dios entregaos
Y dejad al tiempo que obre.

ESCENA II.

DICHOS; UN PAGE, QUE ENTRA CON UNA BANDEJA.

Reina. ¿Qué hay?

Page. Un pliego. (*Se lo da.*) Está aguardando
El portador vuestras órdenes.

Cast. Señora.
(*Saludando en actitud de retirarse.*)

Reina. Esperad: acaso
Me vais á hacer falta, conde.
(*Viendo el pliego.*)
Nuevas de España: contestan
A mis comunicaciones. (*Lee aparte.*)

« Señora:

» Como secretario de S. M. el rey Don Fe-
» lipe IV de España, estoy encargado de
» contestar á la postrera comunicacion que
» nos habeis hecho el honor de dirigirnos.
» S. M. siente mucho que el decoro de su
» nacion no le permita complaceros acep-
» tando las treguas y pactos que le propo-
» neis, pues que la guerra está ya dema-
» siado empeñada y de su parte la fortuna.
» Por lo tocante al cange de prisioneros,
» S. M. le acepta con todas las condiciones
» propuestas: y el portador de este pliego,
» Don Luis de Sandoval, lleva instrucciones
» que os manifestará de palabra. — Ma-
» drid, etc., etc.»

Decid que entre al mensagero
(*Al page representando.*)
De Castilla. Altivo ahora
Está el español.

ESCENA III.

LA REINA, CASTEL-MELHOR, DON LUIS.

Luis. Señora... (*Saludando.*)

Reina. Acercaos, caballero.
Con Don Luis de Sandoval,
Segun este pliego advierte,
Hablo.

Luis. Por mi buena suerte,
Señora, y el favor real.

Reina. Muy jóven sois todavía:
Mucho en vos debe fiar
Vuestro rey, cuando á tratar
Negocio tal os envia.

Luis. Señora, es el secretario
Del rey de España, mi tio,
Y al favor suyo, no al mio
Debo el ser vuestro emisario.

Reina. Discreto sois y modesto.

Luis. Si á vuestros ojos valor
Cobro alguno, es el honor
De que en mí los hayais puesto.

Reina. Tan noble cortesanía
Me reconcilia en verdad,
Sandoval, con vuestra edad.

Luis. Con vuestra vénia osaria
Una observacion haceros.
Reina. ¿Cuál?
Luis. Son los nobles de España
Cual bravos en la campaña
En la corte caballeros.
Reina. A ser todos tan corteses
Como vos, de otra manera
La corte de España viera
Nuestros mútuos intereses.
A su rey propuse un medio
De transacion, que orgulloso
No tiene por decoroso
Aceptar... bien ¿qué remedio?
Como hasta aquí nuestra tierra
Defenderemos, y puede
Que lo á que altivo no acceda
Le obligue á aceptar la guerra.
Sus instrucciones teneis
Vos: para con Portugal
Os sirve de credencial
El pliego que me traeis.
Hablad.
Luis. Ved la lista nuestra
De prisioneros; si agrada
A Portugal, aceptada
Cual la hagais será la vuestra.
(*La dá un papel, que la reina lee.*)
Reina. Bien. Las personas que están
Aquí escritas pasaporte
Obtendrán de nuestra corte
Y á España libres irán.
Luis. Las que por vos señaladas
Fueren, en número igual
Volverán á Portugal
Hasta la raya escoltadas
Con seguridad y honor.
Reina. Mi lista recibireis;
Y ved si de mí quereis
Algo vos: embajador
Tan galan y cortesano
Pluguiérame que memoria
Llevara satisfactoria
Del gobierno lusitano.
Luis. Siempre el suelo portugués
Con gusto ha de recordar
Quien tuvo el honor de estar
Un momento á vuestros piés.
Mas con tal benevolencia
Seguro de no enojaros
Me arrojaré á demandaros
Una gracia.
Reina. Si en su esencia
No es cosa que á tribunal
O á consejo alguno atañe...
Luis. No es cosa que á nadie dañe;
Es asunto personal
Mio.
Reina. Tendré á dicha el daros
Cualquiera satisfaccion.
Luis. Y yo en hallar ocasion
En la que poder pagaros.
Hay una dama española
En Lisboa, cuya suerte
Me interesa, á quien la muerte
De su padre dejó sola
En el mundo y me pluguiera
Que de esa lista en la suma
De los nombres, vuestra pluma
El de esta dama añadiera.
Reina. ¡Ola! á lo que se me alcanza
Sois á un tiempo embajador
En política y amor.
Luis. Perdonad, si en la esperanza
Que á concebir me ha impelido
Vuestra real benevolencia,
Osada mi inesperiencia
Al demandar se ha escedido.
Reina. ¡Oh! nada de eso. ¿Esa dama
Cómo está en Lisboa?
Luis. Vino
Con su padre, que un destino
Sirvió con provecho y fama
En América y sentó
Casa aquí cuando mi rey
Daba á Portugal la ley...
Que vuestro esposo abolió.
Reina. ¿Y vos la habeis conocido
En Madrid ó en Portugal?
Luis. Parienta del cardenal
Fué su madre, y he venido
Por órden suya tres veces
A visitarles amigo.
Pero sin duda os fatigo
Con tamañas pequeñeces.
Reina. No por cierto, no. Decid,
Pues, el nombre de esa dama
Que vuestro interés reclama,
É irá, si gusta, á Madrid.
Luis. Doña Aurora de Molina.
Cast. ¡Ah!
Reina. Os habeis sorprendido,
(*A Castel-Melhor.*)
Conde. ¿Sois su conocido?
Cast. Algo.
Reina. ¿Y es...?
Cast. ¡Oh! ¡peregrina!
Pero si me es otorgado
Dar mi opinion....
Reina. Mi permiso
Teneis.
Cast. Pues bien; soy de aviso,
Señora, que es escusado
Cuanto en favor de esa dama
Se haga.
Reina. ¿Porqué?

Cast. Porque existe
Un galan, á quien asiste
Fuerza mayor, que la ama.
Reina. ¡Ah! Si esa dama á otro amor
Inclinada, en Portugal
Se halla bien...
Cast. Sin duda mal
Me espliqué.
Reina. Hacedlo mejor
Pues, señor conde; ¿quién es
Ese galan?
Cast. A su nombre
No debe osar ningun hombre
En el reino portugués.
Reina. ¡Oh! ¿qué decís? esa dama
Es...
Cast. Con la que el favorito
Distrae al rey.
Reina. Necesito (*Con interés.*)
Pruebas.
Cast. De pública fama
(*Encogiéndose de hombros.*)
Lo sé no mas. Se asegura
Que Conti sobre su huella
Va, y en relacion con ella
Está ó estarlo procura:
Que sitiada ó asistida
Do quier se ve y galanteada
Por una sombra embozada
Que con él va.
Reina. ¿Está vendida
Tal vez?
Luis. Perdonad, señora,
Que os ataje: vuestra lengua
Iba á afirmar una mengua
Que no cabe en Doña Aurora.
El príncipe está por ella
Ciego: mas ese menguado
De Conti es quien ha jurado
Entregarle á esa doncella.
Reina. ¡Oh! ¡siempre ese hombre fatal!
Cast. Contra él y el amor del rey
Podrá bien poco la ley.
Luis. ¿No hay justicia en Portugal?
Reina. Contra ese vil favorito
Acaso posibles pruebas
No habrá jamás.
Luis. ¿Y si nuevas
Os doy yo, que de un delito
Le convencen tan villano
Que no pueda su castigo
Evitár por mas que amigo
Le proteja el soberano?
Reina. ¿Con pruebas irrecusables?
Luis. Con pruebas indestructibles
Y testigos infalibles:
Cartas suyas, innegables.
Reina. ¡Oh! Si eso haceis, portador
Sois del bien de Portugal
Y nada le estará mal
Ceder á su salvador.
Luis. Pues bien; si se libra á Aurora
De manos del jóven rey,
En las manos de la ley
Entrego á Conti, señora.
Reina. Pues si ante el consejo vos
De Conti el crímen probais,
Cuando á Madrid os volvais
Irá la dama con vos.
Y si os importa ocultar
El nombre...
Luis. Es indiferente,
Señora, completamente:
Pues pronto os ha de llegar
Una noticia de oficio
Que indignacion general
Escitará en Portugal;
Pero que pondrá propicio
Al pueblo todo hácia aquel
Que pruebas os suministre
Que logren que se administre
Justicia al fin contra él.
Reina. ¿Noticia tal...?
Luis. Permitid
Que os la calle. Por ahora
Mensagero soy, señora,
Nada mas que de Madrid.
Y á mas me quiero escusar
De veniros á traer
Noticias que os han de ser
Ciertamente de pesar.
Al consejo las daré,
Mas no como acusador,
Como mero relator
De un hecho del cual doy fé.
Reina. ¡Oh! bien supo el cardenal
Lo que se hizo, caballero,
Cuando envió por mensagero
Su sobrino á Portugal.
Claro está el cange cual es
Que vuestra mision reclama.
Luis. Muy claro: por esa dama
El ministro genovés.
Ved si os conviene, señora:
Yo á vuestra eleccion lo dejo.
Reina. Don Luis, seguidme al consejo.
Luis. Vuestro es Conti.
Reina. Y vuestra Aurora.
(*La reina se adelanta hácia la puerta de la izquierda. Don Luis se dispone á seguirla. Castel-Melhor les hace paso saludando á la reina, y al pasar Don Luis por delante de Castel-Melhor se dicen aparte:*)
Luis. (¿Qué tal, conde?)
(*A Castel-Melhor.*)

Cast. (A maravilla.)
(*A Don Luis.*)
Reina. Aguardad, Castel-Melhor,
(*A Castel-Melhor, desde la puerta.*)
Un momento.
(*La reina y Don Luis entran por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI.

CASTEL-MELHOR.

Pues, señor,
Bien se porta el de Castilla.
Con buen mozo se las há
El genovés. Esto es hecho;
Conti naufraga. ¿En provecho
De qué costa? Se verá.
Sin embargo puede ser
Que del naufragio á pesar
Se logre asido salvar
Al cable del real poder
Y llegue vivo hasta el muelle.
¡No, pardiez! el temporal
Es preciso que sea tal
Que para siempre le estrelle.
El pueblo es mar engañoso:
Cuando mas calma aparenta
Prepara mayor tormenta
En su seno proceloso:
Y acaso las alas suaves
Del vientecillo mas blando,
La tempestad desatando,
Echan á pique las naves.
¡Oh! vertida esa noticia
Por el pueblo, en buen instante,
Fuerza es que el agua levante
A la tempestad propicia.
Y sí la levantará:
Y á tal punto, que de cierto,
Ni al rey, ni á Conti en el puerto
La tempestad cojerá.
Y si el rey quiere salir
Vivo del revuelto mar,
Tendrá á Conti que dejar
Entre sus ondas morir.
Porque al mar en su furor
Todo el mundo ha de temer
Y á los dos á socorrer
Solo irá un buen nadador.
(*Hablan dentro.*)
Mas toman tono harto recio
Esas voces. ¿Quién la ley
De la etiqueta en desprecio
Tal puede tener?
Un page. El rey.
(*Abriendo la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

EL REY, CASTEL-MELHOR.

Rey. ¡Ola! ¿tú tambien aquí,
Castel-Melhor? ¿por ventura
Será lo que se murmura
Cierto?
Cast. ¿Qué, señor?
Rey. Que en mí
Pones osado la lengua
Asistiendo al conciliábulo
De la regente.
Cast. ¿Y quién pábulo
Dá á tal aserto en mi mengua?
Rey. Tal vez quien por el honor
De su rey sin treguas vela.
Cast. O tal vez el que recela
Que yo mine su favor.
Rey. La reina conserva amigos,
Entre los cuales estás,
Y tus amigos quizás
Son del príncipe enemigos.
Cast. Os informaron muy mal
De mí, si creeis, señor,
Que esté de nadie á favor
Contra el rey en Portugal.
Al contrario: noble y fiel
Por mi rey, como quien soy
A morir dispuesto estoy:
Mas por él, solo por él.
Rey. Paréceme harta impudencia,
Castel-Melhor, que hable tal
Quien asiste en Portugal
Al consejo de regencia.
Cast. La regencia es el poder
Que al enemigo combate,
Y yo estoy con quien se bate
Vuestro honor por mantener.
Soy de la regencia en pro
Porque contra el castellano
Representa al soberano,
Mas por la regencia no.
Y si el rey dijera un dia:
« Yo solo el rey soy aquí, »
La regencia contra sí
Y en pro del rey me tendria.
Rey. ¿De veras?
Cast. Sin duda alguna.
Rey. ¿Y si eso dice hoy el rey?
Cast. Olvidará que la ley
Se lo veda.
Rey. ¿Y si ninguna
Quiere ya el rey tolerar
Que sus derechos coarte?
Cast. Le diré que el estandarte
De la rebelion vá á alzar.
Rey. Jamás es rebelde el rey.

Cast. Lo mismo pienso, señor:
Mas un coto á su menor
Edad señala la ley.
Rey. Los brios hacen mayores
A los reyes; y aunque mozo
El rey, piensa sin rebozo
Despedir á sus tutores.
Cast. Mas tendrá alguna razon
Que dar: y al pueblo fianza
De que con esta mudanza
Mejora de condicion.
Necesitará cumplir
Lo que prometa: bajar
Los impuestos: ordenar
El ejército y salir
Al campo contra Castilla
Y pelear, y vencer
Si á la corte ha de volver
Soldado y rey sin mancilla.
Rey. ¿Y entonces para qué tiene
Tantos sabios tribunales
Ministros y generales,
Como en su reino mantiene?
¿El rey ha de ser esclavo
De su reino hasta el esceso
De ocuparse en todo eso
De su gloria en menoscabo?
Los generales harán
La guerra: harán los ministros
Las leyes; los suministros
Los mercaderes darán.
Entenderá cada cual
En lo que le toque, y
Don Alfonso sesto asi
Será el rey de Portugal.
Será al menos de su casa
El dueño, y tendrá en su casa
El dinero necesario;
Sin que se le ponga tasa
En sus gustos y amistades:
Y premiará á sus amigos,
Y hará que sus enemigos
Respeten sus voluntades.
Ahora pues, Castel-Melhor,
Esta misma noche intento
Ser el rey, ¿contigo cuento
Por supuesto?
Cast. No, señor.
Rey. ¡Traidor! ¿te vuelves atrás?
Cast. No por cierto. Os proponia
Ser rey como os convenia;
¿Aceptado habeis quizás?
Cuando á la reina quiteis
El poder, para asi obrar,
¿Qué razon vais á alegar?
¿Que lo haceis porque quereis?
¿Que os cumple á vuestro capricho
Vivir como soberano
Sin que os vayan á la mano
Desde ahora? Ya os lo he dicho,
Señor: yo estoy por el rey,
Y en contra de la regencia,
Mas quiero que la prudencia
Real se escude con la ley.
Que viva el rey, se supone
A su gusto quiero, es justo,
Pues rey es: mas no á su gusto
La política se opone.
En guerra estamos y son
Los triunfos del otro bando;
Decid que tomais el mando
Por salvar á la nacion.
Se quejan los portugueses
De los ministros: nombrad
Otros, que seguridad
Presten á sus intereses.
Quisieran... dejad, señor,
Que os hable al fin con franqueza,
Que ya vuestra ligereza
Juvenil fuera menor;
Decid que reconocido
Vuestra distraccion habeis
Y que recobrar quereis
El tiempo que habeis perdido.
Decid que su independencia
Amais y por el país
A lidiar os prevenís;
Y vá á pique la regencia,
Y el pueblo en vuestro favor
Se levantará, y hareis
Cuanto querais, y podeis
Contar con Castel-Melhor.
Rey. ¡Oh tienes razon, pardiez!
Tu consejo es escelente,
Castel-Melhor.
Cast. Imprudente
Me escedo al hablar, tal vez;
Mas el bien de mi señor
Pudo arrastrarme á decir
Lo que debiera medir
Mi pensamiento mejor.
Rey. No: con gusto te escuché,
Y tu opinion me propongo
Seguir. ¿Y ahora supongo
Que eres mio?
Cast. Aun no lo sé.
Rey. Castel-Melhor, desde niño
Indulgente te traté:
Pero fia mucho á fé
Tu osadia en mi cariño.
¡Te mofas, Castel-Melhor!
Cast. ¡Dios me libre! pero junto
A vos me tendreis, si un punto
Dilucidamos, señor.
Rey. ¿Cuál es?
Cast. El pueblo aborrece

A un amigo vuestro, y fiel
No os será mientras que de él
No os aparteis.
Rey. Me parece
Que eres tú quien le detesta
Y entras tambien en la liga
Contra él hecha.
Cast. Dios maldiga
La discordia, señor. Esta
Es del pueblo la opinion;
Y cuando os la manifiesto
No es porque yo le deteste,
Sino porque la nacion
No le quiere; y es preciso,
Puesto que á ello me obligais
Que os lo diga: no reinais
Con tal ministro, os lo aviso.
Rey. Lo veremos.
Cast. La opinion
Sé del pueblo.
Rey. El soberano
Manda, y el pueblo villano
Obedece.
Cast. A la razon.
Rey. ¿Cuál hay para que pretenda
Mi fé de Conti alejar?
Cast. La misma que hay para echar
Al salteador de la hacienda.
Rey. ¡Castel-Melhor!
Cast. Eso es
Lo que cree el pueblo, señor:
En Lisboa es salteador
Lo mismo que genovés.
Me preguntais, y en conciencia
Os respondo; es lo que pasa.
Si Conti está en vuestra casa,
El pueblo por la regencia.
Rey. ¡Tanto le odia!
Cast. No, señor;
Le conoce. Nada ha hecho
Mas de él solo en provecho;
Y el vulgo murmurador
Sus miserias le atribuye:
Se ofende de su altivez
Y sabe mucho tal vez,
Señor, cuando asi le arguye.
¿Qué significa el salir
De noche por la ciudad (Con misterio.)
Con él, en la vecindad
Dejándolo traslucir?
Esos lances misteriosos
De duelo, suerte y amor,
¿Qué significan, señor,
Si en ello están los curiosos?
Sed rey: teneis aposento
Libre y solo en el palacio
Donde obrar dueño y de espacio
Como os venga mas á cuento.
Mas haced que Portugal
Cambie de opinion. La mia
Es, señor, que os serviria
Cualquiera otro menos mal.
Rey. Yo soy á quien interesa
(*Despues de un momento de duda.*)
Estar servido, y contento
De él estoy.
Cast. Metedle á intento,
Señor, en cualquier empresa
Difícil. Poned los ojos
En una hermosura esquiva,
Presumida, hidalga, altiva,
De que temple sus enojos
Encargadle que la siga,
La convenza y que conduzca
Un buen plan que la reduzca
A ser de contraria, amiga.
Rey. Ya lo está.
Cast. ¿Y en él fiais?
Rey. Estoy seguro.
Cast. ¿Quereis
Apostar á que perdeis
Cuanto por él esperais?
Rey. Le quieres mal.
Cast. No, señor:
Pero al fin es mercader,
Y hecho á comprar y vender
Os venderá á lo mejor.
Rey. Mas no lo ha hecho aún.
Cast. ¡Quién sabe!
Rey. Castel-Melhor, ya es antiguo
(*Despues de otra pausa.*)
En tí ese tono, en que ambiguo
Nada se halla y todo cabe.
Mas ya profundo, ya fútil,
Ora franco, ora encubierto
Contra Conti, te lo advierto,
Para conmigo es inútil.
Cast. Yo os estimo la advertencia:
Mas en tal caso, señor,
El pueblo y Castel-Melhor
Estarán por la regencia.
Rey. Yo soy el rey.
Cast. Yo el vasallo.
Rey. Yo siempre al fin mandaré.
Cast. Yo siempre obedeceré.
Rey. Pues no hablemos mas.
Cast. Yo callo.
(*Un momento de pausa, en que el rey medita, y Castel-Melhor le contempla sonriendo.*)

ESCENA VI.

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI.

Conti. ¡Ah! (*Viendo á Castel-Melhor.*)
Cast. ¡Conti! (*Viendo á Conti.*)
Rey. ¡Gracias á Dios
Que estás de vuelta!
Conti. No ha sido
Culpa mia.
Rey. ¿Pues qué ha habido?
Habla.
Conti. Señor, solo á vos.
(*El rey y Conti se apartan á un lado. Castel-Melhor les contempla sonriéndose malignamente.*)
Rey. ¿Qué hay, Conti? Estás demudado, (*A Conti.*)
Descolorido, el cabello
Enmarañado; ¿qué es ello?
¿Qué has hecho?
Conti. Nos han burlado
Rey. ¿Quién? ¿en qué?
Conti. El diablo sin duda,
Que introducido á deshora
En casa de Doña Aurora
Contra nosotros la ayuda.
Rey. Pues ¿no me jurabas?
Conti. Sí,
Señor, estaba en mis manos;
Pero están los castellanos
Ya en Lisboa.
Rey. ¡Dios!
Conti. De mí
Por delante la sacaron
De su casa: me pusieron
Un arma al pecho; me hicieron
Rendir y me maniataron.
Rey. Pero ¿y tu gente qué hacia?
Conti. En la misma habitacion
De esa muger, á traicion
Cogida, inerme yacia.
Rey. ¡Ira de Dios! ¿quién á tanto
Se atrevió? ¿y en la ciudad
Castellanos ya?
(*La puerta del gabinete de la reina se abre y aparece á ella la reina y Don Luis, que distraidos en su conversacion se detienen á su umbral unos momentos.*)
Conti. ¡Dios santo! (*Viéndolos.*)
Rey. ¿Qué es eso?
Conti. Señor, mirad.

ESCENA VII.

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI, LA REINA, DON LUIS.

Conti. ¿Veis ese hombre que habla ahora (*Al rey.*)
Con la reina mano á mano?
Rey. Sí.
Conti. Pues es el castellano
Que nos robó á Doña Aurora.
Rey. ¡Jesucristo!
Conti. Él es, él mismo,
Y con la reina está acaso
De acuerdo. No dáis un paso,
Señor, que sobre un abismo
No sea. De vuestras manos
El cetro por arrancar
Le van tal vez á entregar
A los mismos castellanos.
Rey. ¡Vive Dios que no será
Mientras yo viva! (*A la reina.*) Señora.
Reina y Luis. ¡El rey!
Rey. El rey desde ahora,
Vos lo habeis dicho.
Reina. Quizá
No me comprendísteis bien.
Rey. Me comprendereis á mí
Vos, y basta. ¿Quién aquí
Permite que en paz estén
Los enemigos? ¿con cuál
Derecho, por qué motivo
Hay un castellano vivo
Del reino de Portugal
En la corte? ¿Quién es ese
Mancebo que inteligencia
Mantiene con la regencia
Mas que al príncipe le pese?
¿En quién fia, cuando osado
Contra lo que el rey dispone,
A la justicia se opone
Del reino? ¿Es este el cuidado
Paternal de la regencia
Por el pueblo portugués
Y por su príncipe? ¿esto es
Gobernar?
Reina. ¿Y esa violencia,
Mancebo audaz, y ese tono
Es el en que se dirige
Un príncipe á la que rige
Su reino y ocupa el trono
En el nombre de la ley?
Rey. Pues ese cargo cesó
Para vos, señora. Yo
Soy desde esta noche el rey.
A las provincias irán
Mis correos anunciando
Que el rey ha tomado el mando

A los que por vos están
De gobernadores; y
Vos me entregareis los sellos
Reales y cuentas con ellos
De mis rentas.

Reina. ¡Eso á mí,
Señor! ¿Olvidais que soy
Vuestra madre?

Rey. Nada olvido,
Señora: y cuando os las pido
Sé que en mi derecho estoy.
Quiero saber lo que pasa
En mis reinos y tener
Libertad, oro y poder
Para gobernar mi casa.

Reina. Sois muy jóven todavía.

Rey. Fuéronlo mas otros reyes
Y reinaron.

Reina. Nuestras leyes...

Rey. Ya no hay mas ley que la mia,
(*Con ímpetu.*)
Señora: y os aconsejo
Que obedezcais, porque es vana
Toda obstinacion.

Reina. Mañana
Se reunirá el consejo.

Rey. Esta noche. Acostumbrado
Le teneis á cualquier hora
A reunirse, y ahora
Mismo ha de ser convocado.

Reina. Lo será.

Rey. Inmediatamente.

Reina. Y en él vistas quedarán
Varias causas, que serán
Falladas públicamente.

Rey. Asi al menos dejará
Vuestra memoria un recuerdo
De justicia.

Reina. Estoy de acuerdo
Con vos: pero cambiará
Vuestro parecer despues
De sentenciadas.

ESCENA VIII.

DICHOS y UN PAGE, QUE TRAE UNOS PLIEGOS.

Page. Señora, (*A la reina.*)
Un pliego que llega ahora
Del ejército.

Rey. El rey es (*Tomándole.*)
Quien lo ha de ver.

Page. Para vos,
(*A Conti dándole un billete.*)
Señor Conti.

Rey. Este le envía (*A Conti.*)
Schomberg.

Conti. Y mi policía (*Al rey.*)
Este.

Rey. Veamos.
(*Abren las cartas. Castel-Melhor pasa á colocarse entre el rey y Conti.*)

Rey. ¡Gran Dios!
Desde ayer los castellanos
Tienen á Evora ganada.

Conti. ¡Cielos!

Cast. Mirad si comprada (*Al rey aparte.*)
Dice, señor: en sus manos
Murmuran que entró por oro.

Rey. ¡Tú lo sabes!

Cast. Yo en conciencia
Nada sé, mas la regencia
Sabrá ya lo que yo ignoro.

Conti, al rey. Leed, señor.
(*Le dá un billete: mientras lo lee, Castel-Melhor se acerca á él.*)

Cast. El castellano (*A Conti aparte.*)
Pasó por Evora.

Conti. ¿Y qué?

Cast. Que sabe el traidor quien fué.

Conti. ¡Oh!

Cast. Ganadle pues por la mano:
Apoderaos de Aurora
Y su secreto comprad
Con su amor, ó abandonad
A Lisboa antes de un hora.
(*Conti se queda confuso. El rey concluyendo de leer se dirige á la reina.*)

Rey. Señora, al instante haced
Que se reuna el consejo:
Hasta que amanezca os dejo
En sesion: pero tened
En cuenta que al despuntar
El alba, en su trono puesto,
El rey Don Alfonso sesto
Vá su reinado á empezar.
Las protestas y amenazas
Escusad. Fuerza es que acabe
Regencia que tan mal sabe
Defendernos nuestras plazas.
Conti, mañana serás
Mi secretario. Al salir
De aquí preso conducir
A ese castellano harás.

Reina. Es de Madrid mensagero
Y de un seguro al abrigo
Está.

Rey. Es un enemigo
Y quedará prisionero.
Y todos los castellanos
Que se hallen, sin escepcion,
Serán puestos en prision
Al caer en nuestras manos. —
Aquí te advierten de Aurora,
(*Aparte á Conti.*)

Conti, el asilo secreto:
Si la coges, te prometo
Que te nombro desde ahora
Secretario general
Mio, con tanto poder
Que despues de mi has de ser
El primero en Portugal. *(Vase.)*

ESCENA IX.

LA REINA, DON LUIS, CASTEL-MELHOR, CONTI.

Conti. Oido habeis, caballero,
(A Don Luis.)
La órden del rey: al dejar
La cámara vais á dar
En mis manos prisionero.
Reina. Señor Conti, será tarde *(A Conti.)*
Cuando salga.
Conti. A mucho ser
Será hasta el amanecer,
Señora, lo que le aguarde.
Reina. A esa hora habré entregado
A mi hijo los reales sellos
Y de una causa con ellos
Cuenta al consejo habré dado.
Conti. De vuestros papeles yo
Seré quien tome registro,
Puesto que primer ministro
Seré.
Reina. Conti, acaso no;
Y como regente soy
Todavía, ahora os suplico
Que os retireis.
Conti. No replico.
Hasta que salgais. *(A Don Luis.)*
Luis. Estoy
En eso.
Conti. Bésoos los piés,
Señora.
Reina. Que Dios os guarde,
Conti.
Conti. (Un poco mas tarde
Os guardaré yo á los tres.)

ESCENA X.

LA REINA, CASTEL-MELHOR, DON LUIS.

Reina. Señor Don Luis, todo cabe
(A Don Luis.)
En ese vil genovés;
Del rey y de él huid pues.
Voy á daros una llave
Con una fiel camarera
Que os guie hasta una salida
Secreta; y por vuestra vida
Que huyais en viéndoos fuera
De este palacio. Una órden
Os daré que os abra paso,
Con que huid antes que acaso
Los instintos se desborden
Del pueblo y deis en su mano
Cuando oyendo la noticia
De Evora crea justicia
Inmolar á un castellano. *(Vase.)*

ESCENA XI.

CASTEL-MELHOR, DON LUIS.

Cast. Prevenida hay cierta nave
Por otro: de aquí á una hora
Será mia. A Doña Aurora
Embarcad antes que acabe
La noche y caiga en las manos
Del rey y Conti, que irán
A buscarla.
Luis. No darán
Con ella.
Cast. Don Luis, son vanos
Vuestros juicios. El billete
Que aquí Conti ha recibido
De todo les ha instruido
Y no habrá quien les sujete.
Luis. Mas ¿quién pudo descubrir....?
Cast. Yo, Don Luis.
Luis. ¿Vos? ¡tal vileza!
Cast. No. De Conti la cabeza
El pueblo en vano á pedir
Vendrá, mientras en palacio
Esté: mas segura allí
La tendrá. Corred, y en mí
Fiad, que aun teneis espacio.
Luis. Señor conde, en mi conciencia
Creo que jugais á dos
Palos.
Cast. Pero no con vos
A quien debo la existencia.
Y pues medio os suministro
De huir con Aurora, huid.
Luis. Y cuando llegue á Madrid...
Cast. Seré yo primer ministro.
(Acercándose á su oido.)
Luis. ¡Ah!
Cast. ¡Chist!

ESCENA XII.

CASTEL-MELHOR, DON LUIS, LA REINA; UNA CAMARERA CON LUZ.

Reina. Tomad; id en pos
(A Don Luis dándole un pliego y una llave.)

De esta dama, y con Aurora
Partid.
Luis. El cielo, señora,
(*Besándola la mano.*)
Sobre vos vele.
Reina, despidiéndole. Id con Dios.
(*Vase Don Luis.*)

ESCENA XIII.

La Reina, Castel-Melhor.

Reina. Conde, está la acusacion
Contra el genovés probada.
Cast. Y en el pueblo divulgada
A estas horas su traicion.
Reina. ¿Su cabeza demandada
Será?
Cast. Sí. ¿Le condenó
El consejo?
Reina. A muerte.
Cast. No
Huirá.
Reina. De infame tal
(*Marchando hácia la parte de izquierda.*)
Será libre Portugal.
Cast. (Y primer ministro yo.)
(*Siguiéndola.*)

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada. Aposento de una casa de Lisboa: puerta á la derecha que da al esterior. Otra secreta en el mismo lado, más hácia el prosçenio. Balcon en el fondo, por el cual se ven á lo lejos los mástiles de los barcos anclados en el Tajo.

ESCENA PRIMERA.

Doña Aurora; Juliana, a la celosía.

Aur. ¿Ves algo?
Jul. Nadie pasa.
De la plaza está el ámbito desierto,
Y solo al lejos se distingue el puerto
De las estrellas á la luz escasa
Y los inquietos mástiles, que mueve
El vaiven de las ondas.
Aur. Tarde debe
De ser.
Jul. Las dos han dado.
Aur. Y aun no viene Don Luis.
Jul. ¿Quién tan medido
Tiene, señora, el tiempo que asegure
De su vuelta el momento,
Por mas que lo procure?
Aur. En Lisboa es Don Luis muy conocido
Y está Castilla en guerra
Con Portugal.
Jul. ¿Qué teme protegido
Por el noble fidalgo de esta tierra
Que aquí en seguridad nos ha traido?
Aur. Desconfío de todo,
Juliana, ya. Son tantos los azares
A que espuesta me he visto, que la hora
De abandonar á Portugal anhelo
Y solamente fé tengo en el cielo.
Aumenta mi zozobra á cada instante
Que trascurre; esta casa solitaria,
Esa luz vacilante,
Que es preciso tener siempre tapada
Porque no reverbere en la vidriera
Y llame la atencion de los de fuera:
Y ese negro africano
Que nos guarda, medrosas aprehsiones
Me traen al pensamiento.
Jul. ¡Miedo vano!
Afanoso se esmera en atenciones
Escesivas; y en cuanto
Al color de su piel no hay que os estrañe,
Señora: hoy en las Indias posesiones
Tienen los portugueses y se sirven
Con esclavos que traen de esas regiones:
Y vos que en las Américas vivido
Con vuestro padre habeis, acostumbrada
Debeis estar á verlos.
Aur. No ha nacido
Este en ningun confin americano,
Y es ó moro ó judío ese nubiano.
Jul. Séase lo que quiera tiene un dueño
Caballero leal y fiel amigo,
Que ha jurado sacarnos de este empeño
Y espero en él que cumplirá.
Aur. ¡Testigo
De su promesa es Dios!
Jul. Cual siempre ahora
Velará por nosotras, Doña Aurora.
¡Mas silencio! oigo pasos; viene apriesa
(*Se asoma.*)
Hácia aquí un embozado — y atraviesa
La calle, á nuestra puerta llega...
Aur. ¡Cielos!
¡Si descubierto habrán!
(*Llaman de un modo particular.*)
Jul. Su seña es esa.
Aur. Es Don Luis.
Jul. Desechad vuestros recelos.

ESCENA II.

DICHAS; EL NEGRO, ASOMANDOSE A LA VENTANA.

Negro. ¿Quién va?
Luis. La Aurora. (*Dentro.*)
Negro. ¿A qué hora sale?
Luis. Ahora.
Negro. Tomad y echad por dentro los cerrojes. (*Echándole la llave.*)
El que vino con vos.
(*Volviéndose á doña Aurora.*)
Jul. Él es, señora.
Cierra, sube, ahí está.

ESCENA III.

DICHOS, DON LUIS.

Aur. ¡Don Luis del alma!
Luis. ¡Aurora de mis ojos!
Aur. ¿Qué hay?
Luis. Que salvos estamos
Y á Castilla nos vamos.
Aur. ¿Cuándo?
Luis. Al punto. En el muelle nos espera
El patron de una nave
Que á llevarnos va á Cádiz; y no cabe
Mas dilacion que el tiempo que tardemos
En llegar desde aquí hasta la ribera.
Aur. Partamos pues, bien corta
De aquí á los muelles es la travesía.
Luis. Partamos, sí, la diligencia importa.
Vamos. (*Al negro.*)
Aur. ¿No os pondrán impedimentos
En el puerto?
Luis. Llevamos documentos
Legales, y de darnos al instante
A la vela la órden. Vé delante. (*Al negro.*)
Negro. Esperad: en la calle
Siento ruido. (*Mira.*) Allá arriba veo gente
Detenida. Tapad esa bujía.
Dos hombres van bajando
A la luz de un farol señas tomando
De las casas.
Luis. A ver... Sin duda alguna
¿No podremos salir sin dar con ellos?
Negro. No, y os buscan tal vez.
Luis. ¡Muy ruin fortuna
Nos acorre esta noche!
Negro. Pasos siento.
Luis. ¿Dónde?
Negro. En un caracol cuya salida
Usa mi amo no mas.
Luis. ¿Si sorprendida
Habrá sido tambien?
Negro. ¡Silencio!
Aur. Apenas
Respiro de pavor, ¡vírgen María,
Valednos!
Negro. Ya está ahí.
Luis. ¿Quién?
Negro. Lo veremos.

ESCENA IV.

DICHOS, CASTEL-MELHOR.

Luis. ¡Castel-Melhor!
Cast. Es tiempo todavía.
Aur. ¡Gracias al cielo!
Luis. ¡Aquí vos!
Cast. Aquí y donde quiera os sigo,
Seguro y leal amigo.
Aur. ¡Que os lo recompense Dios!
Luis. Este caballero, Aurora,
Es quien nos salva: á él debemos
Tu honor y vida.
Cast. Dejemos
Eso, Don Luis, porque ahora
No hago yo mas que pagaros
Lo que os debo. Aquí teneis
Cuanto menester habeis
Detenciones para ahorraros.
Este anillo es la señal
Para el patron que os espera
Y con cuya nave fuera
Os vereis de Portugal.
Cuando ya lejos del brazo
De la justicia os halleis
Y fuera del puerto, hareis
Disparar un cañonazo
Y que en salvo vais sabré.
Conti de palacio ya
Salió, buscándoos está
Y pronto es fuerza que dé
Sobre esta casa, que á ser
Va la cita universal
Donde todo Portugal
Trastornado se va á ver.
Señora, yo en el encargo
De arreglaros pronto quedo
Vuestros negocios, y puedo
Aseguraros que largo
No será el tiempo que en esta
Tarde.
Aur. Tan buenos servicios,
Caballero...
Cast. Son oficios
Que me darán un pretesto
Para entablar amistad
Con dama tan noble y bella.
Aur. Y podeis contar con ella
Con toda seguridad.

Cast. Mas despachaos, Don Luis :
Lisboa está en conmocion
Y á perder vais la ocasion
Si pronto de ella no huís.
Al pié de esta escalerilla
Secreta un criado mio
Hallareis; con él del rio
Llegareis hasta la orilla
Por un secreto pasage
Que he abierto, por si acaso
La suerte en algun mal paso
Me pone. Id, pues; y buen viaje.
Oid : si hallais gente armada
Al atravesar por él
Dejad hacer su papel
Al guia y no temais nada.
Luis. Castel-Melhor, apretad :
(*Danse las manos.*)
Y si la suerte algun dia
A situacion á la mia
Semejante os trae, contad
Con un amigo en Madrid.
Cast. Eso mismo os digo á vos,
Señora; que os guie Dios.
Aur. Con él quedad.
Cast. Con él id.

ESCENA V.

CASTEL-MELHOR.

Perfectamente: ya están
En medio de un laberinto,
De cuyo oscuro recinto
Salir sin mi no podrán.
Todo esta noche resuelto
Queda. Conti sin favor,
Y preso como traidor :
El consejo real disuelto :
La dimision admitida
De la reina; amotinado
El pueblo y pidiendo airado
Del favorito la vida.
Y el rey cogido en mi red,
Sin Conti, ni Aurora, á mí
Acude ó se encuentra aquí
Del populacho á merced.
Cual lo imaginé salió
Todo; mañana por ley
Justa es el príncipe rey
Y primer ministro yo.
En cuanto á los otros, van
En salvo. ¡ Ola! ruido siento.
(*Se asoma al balcon.*)
Pues si pierden un momento
¡ En manos de Conti dan!
(*Llaman á la puerta.*)
***

Llegas tarde, cazador
De palomas : en su nido
La serpiente se ha escondido,
Y ¡ay de tí!—¿Tristan?

ESCENA VI.

CASTEL-MELHOR, EL NEGRO.

Negro. ¿Señor?
Cast. ¿Partieron?
Negro. Ya fuera están
Del jardin.
Cast. En una hora
Lo estará del reino. Ahora
Mira quien llama, Tristan.
Negro. ¿Quién vá?
Conti. Abrid al rey.
(*Dentro.*)
Negro. Señor,
La justicia.
Cast. Que entre pues,
Abre: casa del rey es
La que es de Castel-Melhor.
La diplomacia es gran ciencia,
Y profesor para ser
De ella no son menester
A fé estudios de conciencia.
Del enamorado antojo
De un mancebo lusitano
Y de un mozo castellano
Del enamorado arrojo,
La suerte de Portugal
Depende esta noche aquí.
Mas ¿qué remedio? Es asi
Nuestra política actual.
Acaso en su rigidez
Dirá algun viejo mañana
Que nada en el cambio gana
De ministros esta vez
El país; pero ¡pardiez!
De una dama, un favorito
Y una regencia le evito
Las tres plagas, con que estoy
En que si en mí un mal le doy,
Gana los tres que le quito.

ESCENA VII.

CASTEL-MELHOR, CONTI.

Cast. Hé aquí uno.
(*Viendo á Conti, que sale.*)
Conti. ¡ Castel-Melhor!
(*Sorprendido al verle.*)
Cast. ¡ Oh signor Conti! pasad
Adelante : á la verdad

Me hace un inmenso favor
Vuestra visita.
Conti. A fé mia,
Señor conde, que os protesto
Que no esperaba tan presto
Veros, ni aquí; yo os creia
En palacio.
Cast. ¡ Grave error,
Señor Conti! no es palacio
Sitio para hablar despacio
Y he tenido por mejor
Citaros aquí.
Conti. ¿Fué pues
El papel que recibí...?
Cast. Mio, señor Conti. Asi
Lo mas acertado es
Que tomeis cómodo asiento
En un sillon y alejando
Esta gente que guardando
Está á la puerta, un momento
Me oigais.
Conti. Siento, señor conde,
Que á la comision que vengo
A cumplir aquí...
Cast. Os prevengo (*Interrumpiéndole.*)
Tambien que no se me esconde
La comision que traeis:
Pero no os estará mal
Saber lo que en Portugal
Pasa, antes de que paseis
A desempeñarla: os ruego
Pues otra vez que un sillon
Tomeis, y en conversacion
Entraremos desde luego:
Porque urge el tiempo y conviene
Que sepais cierta noticia
Que os importa.
Conti. De justicia
La gente es que se la mantiene
A la puerta, y no está bien
Hacerla esperar asi.
Cast. Como gusteis; pero allí
Tengo yo gente tambien
Prevenida, y en conciencia
Vais á ponerme en el caso
De reclamar su presencia
Y no me parece paso
Muy prudente.
Conti. Señor conde,
Me obligais á declararos
Que hay órden para tomaros
Preso, y que de vos responde
Mi honor al rey.
Cast. Yo lo siento,
Señor Conti; mas me obliga
Vuestra franqueza á que os diga
Tambien que en este momento
De prenderos tengo encargo,
Y de vos á la regencia
Respondo con mi existencia.
Conti. ¡Ah!
Cast. Y os pido sin embargo
Esta tregua, porque quiero
Que nadie piense esta vez
Que obré con vos como juez
Y no como caballero.
Conti. La grande serenidad
Con que me dais el aviso...
Cast. Que os pruebe, Conti, es preciso
La grande seguridad
En que estoy aquí con vos.
Con que, pues es neutral tierra
El cuarto que nos encierra,
Parlamentemos los dos:
Porque os juro que os importa
Mas que á mí.
Conti. Aunque mi cabeza
Arriesgo, vuestra nobleza
Me obliga. Si ha de ser corta
La plática...
Cast. Solamente
De minutos.
Conti. ¿Lealtad
Segura?
Cast. Fidelidad
Absoluta: aquí mi gente
No asomará, si la vuestra
Se mantiene siempre un paso
De la puerta allá.
Conti. En tal caso
Cerrad, y atrás. (*A su gente.*)
Cast. Igual muestra
De lealtad os doy.
(*La gente de justicia, que se ha mantenido en el umbral de la puerta de la derecha desde la salida de Conti, se retira cerrando la puerta, sobre la cual corre Conti el cerrojo. Castel-Melhor dice sus últimas palabras corriendo los cerrojos á las otras salidas de la habitacion.*)

ESCENA VIII.

CASTEL-MELHOR, CONTI.

Conti. (Sepamos
De qué se trata y veremos
Quien prende á quien.)
Cast. ¡Eh! ya estamos
Sin testigos y podemos
Hablar sin rebozo: ahora
Pues, escuchad lo que pasa
En Lisboa, de esta casa
Fuera, en la presente hora.
Conti. Os escucho.

Cast. Es una historia
Un poco enredada : pero
Si cogeis como lo espero
Sus cabos bien de memoria
La entendereis.
Conti. Hablad pues.
Cast. Tiene el rey de Portugal
Hoy un favorito, el cual
Diestro como genovés,
Le tiene el seso embebido
Con una española dama,
Quien á un castellano ama,
Como español, atrevido.
Delira el rey por la bella :
Y el favorito, que tiene
Por qué temer, entretiene
El favor del rey con ella.
Odia al privado infinito
La regente, y de tal modo
Que yo la creo de todo
Capaz contra el favorito.
Paga este liberalmente
Su odio : y tal se la enreda
Que el reino esta noche queda
Sin privado ó sin regente.
Asi es que no ha media hora
Que presa la reina estaba
En su cuarto : se esperaba
Al castellano que adora
La española á la salida
De él para asirle : y la dama
Que ama el rey y ella no ama
Iba aquí á ser sorprendida.
Hallábanse asi poco ha
Las cosas, del favorito
Dispuestas al esquisito
Tacto, en favor suyo ya :
Pero cuando este salia
De palacio á sorprender
La dama, no echó de ver
Que la escalera subia
Un page con un papel
Para el rey : y en la escalera
Muerto el privado le hubiera
A saber lo que iba en él.
Conti. ¡ Ah !
Cast. Decia asi : « Señor :
»El favorito, que os vende
»Por oro á Evora, pretende
»Vender tambien vuestro amor.
»Con el oro que le vale
»La venta de vuestra villa
»Hoy mismo para Castilla
»Con vuestra española sale
»En un barco catalan
»Prevenido para el caso.
»Si habeis de atajar su paso
»De tal punto partirán. »
Y le señalaban esta
Casa.
Conti. Señor conde, á fé
Que no os diré yo que esté
Esa carta al rey mal puesta.
Pero como el rey sabrá
Que el favorito no huye
Y cuanto se le atribuye
Sin pruebas encontrará,
Sola y por su propio peso
Se hunde esa espesa maraña,
Y solo el escrito daña
A su autor.
Cast. Es que hay mas que eso.
Mi historia no tiene en esta
Carta su fin todavía.
Quien este papel envia
Al rey, ha dejado puesta
En manos de Doña Luisa
De Guzman, regente actual
Del reino de Portugal,
Otro pliego en que la avisa
De que aquí puede encontrar
Al favorito á esta hora
Con el rey y Doña Aurora,
A quien viene á enamorar :
Y que si quiere á pretesto
De este escándalo perder
Al privado, no ha de haber
Motivo mas manifiesto :
Y que si no lo hace, el rey
Hoy á su ruego suspende
El consejo de que pende
Su causa, segun la ley :
Encierra en un monasterio
A la regente : disuelve
La regencia, y se le absuelve
De culpa, en un ministerio
Hecho por él : con lo cual
Se quedará en conclusion
Ignorada su traicion
Y él dueño de Portugal.
Conti. Tampoco os diré que esté
Mal escrito esotro pliego :
Pero dudo desde luego
Que buen resultado dé.
Si el favorito poder
Tanto tiene y tal favor
Con el rey, no habrá valor
Que se le pueda oponer.
Visteis que el rey, señor conde,
Pidió á la reina los sellos
Reales y cuentas con ellos :
Y tampoco se os esconde
Que al favorito hizo el rey
Su secretario ; y mañana
Que potestad soberana
Dará al príncipe la ley,

Pues el cetro empuñará,
Nadie acusar temerario
Osará á su secretario.
Cuanto mas que ya no habrá
Quien sepa la verdad cierta:
Porque es esperanza loca
La de que quede una boca
Contra el favorito abierta
Para llamarle traidor
A oidos de la ciudad
De Lisboa.
Cast. Perdonad
Si os digo, que en un error
Estais, harto inconcebible
En tan clara prevision.
La prueba de su traicion
Dais casi por imposible:
Mas como me interrumpís
Sin cesar...
Conti. ¡Oh! hablad.
Cast. Probada
La traicion está y fallada
Su causa.
Conti. ¡Bah!
Cast. Un tal Don Luis
De Sandoval, al cruzar
El español campamento,
De su rey por mandamiento
Testimonio se hizo dar
De los hechos en cuestion:
Porque con este papel
Pensaba rescatar el
Objeto de su pasion.
Conti. Mas de una revolucion
En el trastorno total
¿No perderá el tribunal
Esas pruebas en cuestion?
El favorito, mañana
Ministro, podrá romper
La causa haciendo prender
A ese Don Luis: con que vana
Será aquella, y será el preso
Muerto, y lo serán con él
Cuantos tengan del papel
Noticias.
Cast. Es que no es eso
Todo aún: pues como vos
Me atajais á cada paso
No os puedo enterar del caso
Por completo. Oid, por Dios,
Conti, sin comentariar.
Conti. Hablad.
Cast. Todo ha de ser vano
Contra el galan castellano.
Conti. ¿Porqué?
Cast. Porque por azar
A las manos se le vino
Daño Aurora y entabló
La acusacion, porque abrió
A España á los dos camino.
Conti. ¿Camino? (*Turbado.*)
Cast. Pues claro está.
La cabeza de traidor
Vendió por la de su amor.
Conti. ¡Venta inicua!
Cast. Pero ya
Concluida. Y como era
Preciso que el rey pidiese
Su dama y que no pudiese
Darla el favorito, fuera
Del reino ya: y como habia
Que dar á todo esto viso
De rapto, fueron de aviso
De partir antes del dia
En el barco catalan
Don Luis y Aurora.
Conti. ¿Y se han puesto (*Espantado.*)
En fuga?
Cast. Pues por supuesto.
Conti. ¡Dios de Dios!
Cast. A bordo están:
Y cuando logren salir
Del Tajo libres al mar
Un cañonazo tirar
Haran: aquí se ha de oir.
(*Conti hace un movimiento para levantarse; Castel-Melhor le detiene.*)
Tened, que hay mas todavía.
Conti. ¡Mas!
Cast. Sí: mientras la justicia
En la traicion decidia
Del favorito, noticia
Al pueblo se daba de ella;
Porque, siendo de él sabida,
No se pudiera ir con vida
El traidor que así atropella
De Lusitania el honor,
Vendiéndola por dinero
Como mercader logrero
Sus plazas de mas valor.
Conti. ¡Hombre, mónstruo de malicia!
¡Satanás solo ha podido
Tejer la red que has tendido
A mis piés!
Cast. O la justicia
De Dios: porque es tan entera
La venganza que prepara
Vuestra perdicion, que avara
Do quier la muerte os espera.
El rey vendrá tras de vos
Furioso contra un rival
Y vos, sin la dama, mal
Le satisfareis. En pos
Del rey vendrá la regente,
Con él aquí á sorprenderos
Y del escándalo á haceros

El único delincuente.
Tras de la reina la audiencia
Con vuestra traicion probada,
Vuestra causa sustanciada
Y escrita vuestra sentencia:
Y tras de la audiencia viene
Todo el pueblo amotinado,
Pidiendo por de contado
Vuestra cabeza: que tiene
Que ser inmolada al fin
O á la venganza del rey,
O á la espada de la ley,
O á la furia del motin.

Conti. ¡Infernal nudo!

Cast. Gordiano,
Señor Conti; y que se aprieta
Más cuanto más indiscreta
Llegueis á él vuestra mano.

Conti. ¡La vuestra en él bien se muestra!

Cast. Y en las tres viles espadas
Contra mí desenvainadas
En una calle, la vuestra.
Ahora, señor genovés,
Pues en ello os vá la vida
Mirad por donde salida
Tiene el reino portugués.

Conti. Puerta es solo ¡vive Dios!
La tumba acaso: mas valga
Lo que quiera, saldreis vos
Ante mí cuando yo salga.

(*Conti vá hácia la puerta derecha: Castel-Melhor hácia la izquierda, y al poner ambos mano á los cerrojos dice Castel-Melhor á Conti, que se detiene un instante á escucharle:*)

Cast. Ved que es inútil afan:
Tomar la calle he mandado
Por fuera y los que han entrado
Con vos, sitiados están.
Si abrís, abro: y cuando pida
El pueblo en tumulto ronco
Vuestra cabeza, del tronco
La encontrará dividida.

Conti. ¡Cólera de Dios! ¡villano!

(*Poniendo mano á la espada.*)

Si estais de mi sangre ansioso
Abre al menos generoso
Mis venas espada en mano.

Cast. Me habeis hecho en mi camino
Por tres hombres asaltar
Y no os puedo yo tratar
Sino como á un asesino.
Traidor al pueblo y al rey
Su justicia os va detrás,
Y mi espada está demas
Donde está la de la ley.

Conti. ¡Mientes! El sangriento yugo
Me humillará de mi suerte:
Mas no me dará la muerte
La cuchilla del verdugo.

(*Abre la puerta de la derecha, al mismo tiempo que Castel-Melhor la de la izquierda, diciendo ambos á la gente:*)

Conti. Sea en nombre de la ley
Apresado ó muerto.

Cast. ¡Ea,
Adelante, y muerto sea
Ese traidor!

ESCENA IX.

DICHOS, JUSTICIA, ARMADOS.

(*Las gentes de justicia de Conti y los armados de Castel-Melhor salen por una y otra parte y se confunden peleando: los de Castel-Melhor defendiéndole, los de Conti atacándole. Castel-Melhor permanece con la mano puesta en el cerrojo de la puerta que acaba de abrir, mirando tranquilamente la contienda, que no dura mas que un instante, durante el cual se ve luz de antorchas por el balcon del fondo. De repente se oye la voz de* Paso al rey *y todo el mundo se detiene; quedando en medio de los contendientes; que se abren, el rey, á su derecha Conti y Castel-Melhor impasible junto á la puerta. Esta escena debe de ser ejecutada con rapidez.*)

Una voz. ¡Paso al rey!

Todos, menos Castel-Melhor. ¡El rey!

(*Suspension general.*)

ESCENA X.

DICHOS, EL REY.

Rey. Yo mismo, villanos.
Yo soy el rey, que os pregunta
¿Qué hace tanta gente junta
Con las armas en las manos?

Conti. Matarme á traicion, señor.

(*Señalando á Castel-Melhor.*)

Cast. Mi espada quieta y desnuda

(*Con serenidad.*)

La suya, no os dejan duda
De quien es aquí el traidor.

Rey. ¿Adónde está Doña Aurora?

(*A Conti, airado.*)

Conti. Señor...

Rey, con ímpetu. Pronto, ¿dónde está?

(*Suena un cañonazo lejano, pero claro.*)

Conti. ¡ Rayo de Dios ! (*Desesperado.*)
Cast. Señor, vá
Lejos.
Rey. ¡ Cómo !
Cast. Esa sonora
Esplosion, que el viento trajo
De la mar, es la señal
De que la abrió Portugal
Franca puerta por el Tajo.
A seguirla iba el traidor
Cuando al paso le salí :
Por eso encontrais aquí
Hojas desnudas, señor.
Rey. ¡ Me vendias, miserable!
(*A Conti.*)
Conti. Escuchadme.
Rey. Un paso mas
Y hácia el sepulcro le dás.
Prendedle y que nadie le hable.
(*Se apoderan de Conti y óyense voces dentro.*)
Rey. ¿Qué es eso?
Cast. Un tropel de gente (*Al balcon.*)
Llega.
Voz dentro. ¡ Muera el traidor!
Muchas id. ¡ Muera!
Rey. ¡ Un motin !
Cast. ¿ Quién lo dijera,
(*Sigue mirando al balcon.*)
Señor? viene acaudillando
A la plebe la regente.
Rey. ¡Cielos! (*Mirando por el balcon.*)
Cast. Oid. Sois, señor,
(*Tomando al rey aparte.*)
Dos hermanos, ¿ si al menor
Quisiera esta noche el mando
La reina dar?
Rey. La cabeza
Darán antes ¡ vive Dios !
Cast. Pues obrad con entereza
Porque la regencia ó vos.
Rey, altivo. Yo.—¿ Mas por mí te supongo?
Cast. ¿Apartais á Conti?
Rey. Sí.
Cast. Pues bien, fiaos de mí.
Rey. Obra : en tus manos me pongo.

ESCENA XI.

DICHOS, LA REINA, DOS PAGES.

(*Dos pages con luces, colocándose á los lados de la puerta derecha, anuncian á la reina.*)

Pages. La reina.
Reina. ¡ Como, señor,
(*Viendo al rey.*)
¡ Vos aquí ! ¡ tan á deshora !
Rey. ¿ Y á qué venis vos, señora,
Aquí ?
Reina. A prender á un traidor.
Rey. ¿ Y para eso amotinado
Al pueblo traeis en pos?
Reina. Se amotina porque á vos
Os debe poco cuidado.
Rey. ¡ Señora !
Reina. Conti vendió
A Evora y morirá
Por traidor; el pueblo está
Pidiendo justicia y yo
Se la quiero hacer.
Cast. Señora,
Llegais ya tarde : al traidor
Prendió el rey nuestro señor
En persona y vedle ahora
En manos de la justicia
Esperando su castigo :
Mas perdonadme si os digo
Que arguye tal vez malicia
Y al rey estraña en verdad,
Ver cruzar á vuestra alteza
De un motin á la cabeza
A estas horas la ciudad.
Reina. ¡ Castel-Melhor !
Cast. Es el rey
Quien os habla por mi boca.
No á vos, á los jueces toca
La ejecucion de la ley.
Rey. Y pues vá el dia á rayar
(*A la reina.*)
Y tal plazo se os impuso
Y del poder tal abuso
Habeis hecho, podeis dar
Vuestra regencia, señora,
Por concluida. Elegid
Un monasterio y salid
Hoy de la corte.
Reina. En buen hora :
Saldré, y de muy buena gana
Para no ver como Dios
Permite que os den á vos
El mismo pago mañana.
Voces dentro. ¡ Muera! ¡ muera!
Reina. Todavia (*Con ironía.*)
Bulle el pueblo.
Cast. No fieis
En él : porque le vereis
Quieto á una palabra mia.
(*Asomándose al balcon.*)
Disuelta está por la ley
La regencia : á reinar vá
So o el rey, y morirá
El genovés. ¡ Viva el rey !

El pueblo dentro. ¡Viva!
Cast. No el pueblo le vea:
(*Al rey por Conti.*)
Salida oculta le valga.
Rey. Sálvale si puedes.
Cast. Salga,
Pues, por aquí.

(*Castel-Melhor hace seña de que salgan por la puerta secreta de la izquierda que él mismo abre á los que guardan á Conti, que serán el negro Tristan y varios de los que salieron por Castel-Melhor. El negro es el último que sale, y Castel-Melhor le dice al paso:*)

Muerto sea.

(*El negro hace una señal afirmativa de inteligencia.*)

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS CONTI Y TRISTAN.

Rey. Ahora, Castel-Melhor,
A palacio; darte quiero
Un cierto encargo y te espero.
Cast. Os sigo al punto, señor.

(*El rey sale: la justicia y su gente tras de él. La reina y Castel-Melhor se encuentran en medio de la escena; los pages de la reina quedan á la puerta y algunos armados de Castel-Melhor en el fondo.*)

ESCENA ULTIMA.

LA REINA, CASTEL-MELHOR.

Reina. Si es obra vuestra todo esto
Preguntar no necesito,
Pues quedais del favorito
Y la regente en el puesto.
Cast. ¿Cómo deciros que no
Quedando á tal evidencia
Él preso, vos sin regencia
Y primer ministro yo?
Reina. Pues procurad que os escude
Constante vuestra fortuna,
Y que el rey con cada luna
Dé favoritos no mude.
Y os prevengo que desde hoy
Respondeis del Portugal
De Dios ante el tribunal.
Yo al monasterio me voy.
Cast. Tras de sus muros benditos
Pedid al cielo, señora,
Que se olviden desde ahora
La reina y los favoritos.

(*Castel-Melhor saluda cortesanamente á la reina, que se va sombría por la izquierda, al tiempo que Castel-Melhor por la secreta con sus armados, y cae el telon.*)

LA CALENTURA

(CONTINUACION DE EL PUÑAL DEL GODO),

DRAMA FANTASTICO EN UN ACTO.

AL SEÑOR

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

encargado de negocios por S. M. C. en Dinamarca.

Querido Leopoldo: te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envio, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague acuérdate de tu mejor amigo

José Zorrilla.

Madrid, 3 de octubre de 1847.

PERSONAS.

FLORINDA.	TEUDIA.
Don RODRIGO.	El monge ROMANO.

ACTO UNICO [1].

Cabaña del monge Romano.

—

ESCENA PRIMERA.

ROMANO, solo.

Señor, tú, que al mas mezquino
Gusano infundes aliento,
Para que pueda contento
Cumplir su vital destino:
Tú, cuyo soplo divino
A cuanto crece y respira
Fé en tu omnipotencia inspira,
No dejes que solo el hombre
Tu poder tenga y tu nombre
Por una inútil mentira.
Fué rey, y se ve sin trono;
Noble, y se ve sin honor;
Soldado, y perdió el valor:
¿Qué le resta en su abandono?
Do quier cree tu eterno encono
Ver; nadie en su mal le abona:
Todo el mundo le abandona;
Vuelve ¡oh Dios! al que olvidado

(1) Los versos que van marcados con esta señal ' se suprimen en la representacion.

Se ve rey, noble y soldado,
Sin valor, honra y corona.
Jesus, hijo de María,
Redentor del universo,
Por el justo y el perverso
Espiraste el mismo dia.
Duélete de su agonía
Por la que en la cruz sufriste,
Y que no imagine el triste
Que si por tódos bajaste,
Al desdichado olvidaste
Y al pecador redimiste.
Mas ya es de noche: el nublado
Espesa: brilla la llama
Del relámpago: el mar brama
A lo lejos irritado.
¡Infeliz! él descarriado
Ni aun verá los elementos
Turbarse, y á pasos lentos
Cruzando el monte sin tino,
Le arrastrará el torbellino
De sus tristes pensamientos.
En fin, Dios cuidará de él.
Nada se puede esperar
De tan intenso pesar
Ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel
Su corazon, y enemigo
Siempre invencible, consigo
Le lleva siempre. (*Escuchando.*) Ya creo
Que sube... ¡Pero qué veo!
(*Entra Teudia embozado.*)
¿Quién es?
Teud. Un antiguo amigo. (*Mostrándose.*)

ESCENA II.

ROMANO, TEUDIA.

Rom. ¡Teudia!
Teud. Yo soy, buen anciano.
Rom. ¡Qué os vuelvo á ver!
Teud. ¡Ay de mí!
Por imposible lo dí:
Mas Dios me tendió su mano.
Rom. Decís bien, Dios está en todo:
Y pues os trae á mi amparo
Segunda vez, está claro
Que es el mejor acomodo.
Ea, sentaos; tomad
Posesion de mi chozuela:
(*Siéntase Teudia á la lumbre.*)
Calentaos; ¿no os consuela
Esa llama?
Teud. Sí en verdad.
Rom. Acercaos mas, asi.
¿Traereis hambre?
Teud. De dos dias.
Rom. Viandas hay, aunque frias.
Teud. Dadme; aun hay calor en mí
Que suplirá al de la lumbre,
Y comer frio no daña
A quien trae de la campaña
La privacion por costumbre.
Rom. Entrad pues á ese pastel
Como si fuera á una plaza
Enemiga.
Teud. ¡Buena traza
Tiene!
Rom. Pues firme con él.
Aquí teneis un vasijo
Con vino añejo de Oporto.
Teud. Padre, me dejais absorto.
¿Aquí vino?
Rom. Bebed, hijo:
(*Teudia come y bebe.*)
Gozad el bien que os dá Dios,
Y aprended que en él tan solo
No cabe falta ni dolo;
Y pues os crió, de vos
Cuida su paterna mano;
Porque sin su voluntad
No bulle en la inmensidad
Ni el átomo mas liviano.
Teud. Anciano, teneis razon:
Y nadie en su gran poder
Mayor fé puede tener
Que Teudia en su corazon.
Sí, padre, yo he visto al hombre
En su agonía mil veces,
Y siempre le oí con preces
Invocar su santo nombre.
No hay mercader tan infame
Ni tan blasfemo soldado,
Que por la muerte llamado
A Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
Que puse una noche en Dios,
Debo el hallarme con vos
Aquí y en este momento.
Rom. Os creo, Teudia: sin duda
Os creo; porque los males
Son recuerdos celestiales
Con que nuestra fé se ayuda.
¿No mas? (*Teudia aparta la vianda.*)
Teud. Soy sóbrio, aunque godo:
Mas el hambre y el cansancio
Por la pasta y por el rancio
Me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
Decidme...
Rom. No os fatigueis
En preguntas.
Teud. ¡Oh! ¿sabeis
De él?

Rom. Si sé.
Teud. ¡Dios soberano,
Gracias! Ya desconfiaba
De volverle en vida hallar.
¿Qué es de él? ¿qué hace?
Rom. Vegetar
Como una planta que traba
Raices en un peñon
Por un turbion producida,
Y espera al peñasco asida
Que la arranque otro turbion.
Teud. ¡Infeliz! ¿cuánto há que vino?
Rom. Tres meses ya. Todavía
Era de noche y dormia
Yo aún, cuando un repentino
Golpe en la puerta asentado
Estremeció la cabaña.
Tal visita era harto estraña
Y acudí sobresaltado.
Abrí; entró: sombrio, mudo
Avanzó con lento paso,
Colgó sin hacerme caso
Espada, casco y escudo
En el pilar: se metió
En la pieza que ocupaba
La otra vez y como estaba
Sobre una piel se tendió.
Durmióse al punto. ¡Ay de mí!
¡Cómo venia el cuitado!
Herido, roto, embarrado...
Lloré cuando tal le vi.
Llaméle, mas no dormia.
Fuerza febril le sostuvo
Hasta llegar, mas cuando hubo
El fin que se proponia
Tocado, le abandonó
Su vigor calenturiento,
Y en un aletargamiento
Anonadado cayó.
La hambre, el pesar, la fatiga
Que al par en él presa hicieron,
Vi que á la par le rindieron.
Con solicitud amiga
Desnudéle y le abrigué
De unas pieles al calor:
Espirituoso licor
Vertí en su boca, y dejé
Que con el sueño cobrara
Las fuerzas que abandonado
Le habian; me eché á su lado
Y esperé á que despertara.
Teud. ¡Oh buen amigo, dejad
Que os bese la noble mano!
Rom. Él infeliz, yo cristiano,
Cumplí con la caridad.
Teud. ¡Bendígaos Dios!... mas seguid,
Seguid.
Rom. El sol se ocultaba
Ya, cuando él se despertaba
Poco á poco.
Teud. ¿Y qué hizo?
Rom. Oid.
Tendió una vaga mirada
En torno de sí, me vió,
Y el infeliz sonrió
Sin poder decirme nada:
Porque al hallar un amigo
Que lloraba junto á él,
Su suerte vió menos cruel
Y echóse á llorar conmigo.
Teud. ¡Oh, se comprende muy bien!
Rom. Vistióse, tomó alimento
Y oramos por un momento.
Hízolo él como quien
Pone en Dios una fé santa,
Y en alas de su oracion
Entero su corazon
Al trono de Dios levanta.
Tranquilo despues le vi
Y tendiéndome la mano
Dijo: «Ya lo veis, hermano,
Vuelvo á vos, mirad por mí.»
De entonces acá ni aun tiene
Voluntad: «orad» le digo,
Y se arrodilla conmigo;
«Id ó venid,» y vá ó viene.
Teud. ¿Y nunca os dijo?
Rom. Jámás;
Como en el tiempo pasado
En silencio se há encerrado,
Y yo nunca quise atrás
La vista hacerle volver,
Por no renovar la herida
Que el recuerdo de su vida
Le debió en el alma hacer.
Mudo asi, pero tranquilo
Vive, y tengo á buen consejo
Dejarle como le dejo
Vivir, quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
Con gratitud: no desdeña
Bajar al monte por leña,
Sacar agua del algibe,
Encender fuego, arreglar
Los trastos de la cabaña:
Nada le ofende ni estraña,
Conmigo vive á la par,
Y todo á ambos es comun.
Para él pedí á mi convento
Mas nutritivo alimento;
Se lo sirvo; pero aún
No ha dado señal ninguna
De ver si hay mas que agua y pan:
Come de lo que le dan
Sin notar mudanza alguna.
Mas á veces como á impulso

De algun vértigo arrastrado
Sale desatalentado
De la cabaña y le llamo
En vano : de risco en risco
Huye montaraz, arisco
Como un acosado gamo
Que huyendo vá del ojeo,
Y metido en la espesura
Se está, hasta que cierra oscura
La noche. ¡Ay! entonces veo
En su cara macilenta
Y el cansancio que le abate
Las huellas de la tormenta
Interior que le combate.
Le hago orar y se consuelá :
Mas bajo el sayo eremita
La sangre real se le irrita
Y el corazon se revela.
Hoy tarda ya. El desdichado
Hoy como nunca sombrío
Me dijo : «Orad, padre mio,
Por este desventurado.
Orad mas que ningun dia
Hoy, porque yo os aseguro,
Que es el dia mas oscuro
Que hay en la existencia mia.
Teud. ¿Hoy? ¿quién sabe el dia fijo
A su recuerdo mas cruel?
¡Son tantos! Padre, por él
Oremos.
Rom. Oremos, hijo.
(*Al irse á arrodillar ambos, Teudia, qué escucha, detiene al ermitaño.*)
Teud. Mas aguardad un momento,
Pues ó me engañó el oido,
O á lo lejos he creido
Oir un grito.
Rom. Fué el viento
De la tempestad acaso.
(*Abre la puerta del fondo : se ve relampaguear.*)
Ved como el nublado avanza.
Teud. Mi oido es fino y alcanza
De alguno que sube el paso.
Rom. Teneis razon, es su huella,
La reconozco.
(*Oyese muy á lo lejos un grito lúgubre.*)
Teud. ¡Dios santo!
¿Qué grito es ese?
Rom. Es de espanto,
De agonía.
Teud. ¡Ah si se estrella
Algun barco!
Rom. Vamos pues
Al mar; tal vez tiempo haya
De atraer hácia la playa
Al náufrago, si lo es.
(*Romano y Teudia van á entrar, Romano delante. — Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose solo con Romano, sin reparar en Teudia, le dirige la palabra. — Teudia permanece en el fondo.*)

ESCENA III.

DICHOS, DON RODRIGO.

Rod. Padre, no os movais de aquí:
No, no es náufrago el que grita.
Rom. ¿Quién es?
Rod. La sombra maldita
Que viene detrás de mí.
Cerrad, cerrad.
Rom. Son antojos
Que os forja algun desvarío.
Rod. No; oí su voz, padre mio,
Y la he visto por mis ojos.
Como un pájaro marino,
Como un vapor avanzaba
Por sobre el mar, que la daba
Sobre sus ondas camino.
A la torba claridad
De un relámpago la vi,
¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
Me la trae la tempestad.
(*Don Rodrigo se sienta junto á la lumbre, tapándose la cara con las manos.*)
Rom. Aun no ha reparado en vos:
(*A Teudia.*)
No os movais de ahí.
(*A Don Rodrigo.*) Hijo mio,
Con ese vértigo impío
Luchad : acudid á Dios.
Rod. ¡Ay padre! Dios no me escucha,
Y á Satanás á la tierra
Ha enviado á moverme guerra,
Y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo,
Pero por grande que sea,
¿Quién, quién á un tiempo pelea
Contra sí mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
Que hoy era mi dia aciago,
Y témome algun estrago
Contra el que mi fuerza es vana.
Rom. Indigna supersticion
Hija de la fantasía.
Rod. Del acíbar que se cria
En mi triste corazon.
Hija de la sangre amarga
Que por celestial sentencia
Envenena mi existencia
Cuanto mas triste mas larga.
¿Qué me resta ya que hacer?

Llamé al cielo y no me oyó,
Me mostré á la tierra y no
Me quiso reconocer.
Sí, sí: esta es la misma hora
Del crímen: este el fatal
Dia de tan criminal
Aniversario, y ahora
La sombra debe venir
A mis puertas á llamar,
Sin que la pueda ahuyentar....
Dejadme pues sucumbir.
Del Africa viene, sí;
Yo la he visto balancearse
Sobre el agua, y acercarse
A la playa contra mí.
¿No habeis oido en la calma
Nocturna un horrendo grito?
Fué el espiritu maldito
Que viene á pedir mi alma.
Rom. Serenaos, Don Rodrigo.
Rod. Jamás me llameis asi;
Bajo ese nombre perdí
Todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo:
Pereció cuanto leal
Era á ese nombre fatal,
¡Hasta mi último caballo!
(*Don Rodrigo se levanta, trasportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varía de carácter hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.*)
Un generoso corcel
Con paramentos de malla;
Todo un corcel de batalla.
¡Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él de venganza rayo
Encerrado en mi armadura
Llegué en una noche oscura
Al campo de Don Pelayo.
Con él al pié de una encina
Pasé aquella noche horrenda,
Y abrigo, falto de tienda,
Le dí con mi capellina.
Apenas el alba nueva
Por el oriente asomaba,
Ya sobre él caracoleaba
Por las márgenes del Deva:
Y al escuchar los clarines
Del feroz morisco bando,
Su noble raza mostrando
Bufó y erizó las crines.
Al combate me lancé
Sobre él; con él me metí
Entre los moros, y á mi
Sabor los alanceé.
Tras de su tropel impío
Cuando ya huian deshechos
Tenaz se arrojó de pechos
Conmigo en mitad del rio.
La corriente nos llevó:
Llegué yo hiriendo y matando
Hasta Causegadia, cuando
El monte se desplomó.
Cuantos árabes delante
Llevaba, huyendo de mí,
Se sepultaron allí
Bajo el peñasco gigante.
Mas de entre el golfo de espuma
Que alzó el peñon desplomado,
Sacóme á la orilla á nado
Flotando como una pluma.
Allí dí en tierra con él
Rendidos al fin los dos:
Yo tendí la diestra á Dios,
Y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacia,
Y al ir perdiendo el sentido
Me apercibí conmovido
Que la mano me lamia.
Era el amigo postrero
Que tenia, y yo pensaba
Que á par de él aun espiraba
Sino rey, buen caballero.
¡Mas Dios no lo quiso asi!
Al volver de mi desmayo,
De las gentes de Pelayo
Cercado en torno me vi.
Halláronme al esplorar
El campo al siguiente dia.
¡Mas hiel allí todavía
Restábame que apurar!
Pelayo me dijo: « Amigo,
¿Quién eres? Por tí vencí: »
Yo ufano ¡necio de mí!
Contesté: « Soy Don Rodrigo. »
Todo el mundo se echó atrás
Con horror; y replicó
Don Pelayo: « Ya se hundió
Para no alzarse jamás
Don Rodrigo: y de su nombre
No habrá ya rey en España;
Mas tú has hecho en la campaña
Cuanto puede hacer un hombre,
Y en premio de tu valor
A faz del pueblo te abono
Yo; libre eres, te perdono
Por lo bravo lo impostor. »
De sangre con una venda
Cegó mis ojos la ira
Al oir que de mentira
Era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de corage:
Y teniéndome por loco
Dejáronme poco á poco
A solas con tal ultraje.

¡Solo aquella vil canalla
Por quien lidié me dejó!
Mas no estaba solo, no,
Mi fiel corcel de batalla
Pacia en una ladera:
Sobre la silla me eché,
El acicate le hinqué
Y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
Y hácia vos me dirigí;
¡Mas era sino ¡ay de mí!
Perder en mi ciega insania
Todo cuanto me era fiel!
¡En mi vértigo infernal
Me olvidé que era mortal
Mi desdichado corcel!
Desbocado le traia
Dia y noche sin cesar.
A mí la hiel del pesar
De alimento me servia
Del universo enemigo
Para huir: mas á él que no,
¡Noble animal! espiró
Y con él mi último amigo.
(*Don Rodrigo al volverse dá con Teudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice:*)
Teud. Señor, aun os quedo yo.
Rod. ¡Teudia!
Teud. No echeis un caballo
De menos: mientras yo viva
Aun la fortuna no os priva
De un amigo y de un vasallo.
Rod. Alza y que yo te reciba
En mis brazos. ¡Ay! creí
Que tú tambien como todos
Ingrato, harias allí
Causa comun con los godos
Volviéndote contra mí.
Teud. ¡Yo contra vos hacer bando!
No; si ante vos estallando
La tierra se nos derrumba,
Para entonces yo os demando
La mitad de vuestra tumba.
Rod. Sí, te reconozco bien:
Tú solo fueras capaz
De mirarme sin desden.
Teud. Y de vengaros tambien
Del mundo entero á la faz.
Rod. Mas ¿cómo hiciste jornada
Hácia aquí?
Teud. Allá en Covadonga
Viendo que era hombre de espada
Me pusieron de avanzada
Por la noche. «Que me esponga
Yo mas que estos justo es,
Me dije: soy un soldado
Y no hay completo un arnés
En campo tan mal armado:»
De faccion quedéme pues.
Creí juntarme con vos
A la aurora: mas la lucha
Se trabó antes: yo os fuí en pos,
Pero la gente era mucha,
Y quiso apartarnos Dios.
Caí herido: de un paisano
Llevároname á la cabaña:
Y cuando ya me vi sano
Volviendo al campo de España
Nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que viviais
Por un soldado que habló
De uno que por rey se dió:
Y juzgando que os vendriais
Aquí, tras vos eché yo.
Orillas del Duero dí
Con los huesos de un corcel:
Cerca los pedazos vi
De un arnés: fijéme en él,
Y el vuestro reconocí.
Rod. ¿No viniste pues por mar?
Teud. No: y que lo penseis me asombra.
Rod. ¿Con que al llegar yo...?
Teud. De entrar
Acababa.
Rod. ¡Horrendo azar!
Teud. ¿Qué hay?
Rod. ¡No eras tú aquella sombra!
Rom. Señor...
Rod. Dejadnos, anciano,
A solas por un momento.
Rom. Idle por Dios á la mano.
(*A Teudia.*)
Teud. Yo procuraré con tiento
(*A Romano.*)
Calmar su espíritu insano.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, TEUDIA.

Rod. ¡Teudia!
Teud. ¿Señor?
Rod. Escúchame. Tenia
Sed de volverte á ver, de hablar contigo:
Porque tú ves la desventura mia
Tan inmensa cual es: porque testigo
De mi poder y de mi gloria un dia
Tú solo puedes consolarme amigo:
* Porque rey, necesito un caballero,
* No un monge en mi pesar por compañero.
Teud. * Es un siervo de Dios.
Rod. * Mas nunca ha sido
* Ni soldado ni rey; ni nació godo;

* Ni vió jamás su nombre escarnecido
* Y su honor arrastrado por el lodo;
* Ni se vió de su pueblo maldecido
* Y rechazado en fin del mundo todo.
* ¿Qué decir puede semejante amigo
* Al inmenso dolor de Don Rodrigo?
* Nada.—Siento exaltarse mi cabeza
* En esta soledad, y se enloquece
* Débil ya mi razon. Sí, la pereza
* De esta vida inactiva me enflaquece. *
Teudia, bullir en mi cerebro siento
Mil siniestras imágenes, que aumenta
Como una inundacion cada momento.

Teud. Quimeras son con que Satán os tienta.

Rod. ¡Pero odiosas, proféticas acaso!
¡Tentaciones horribles que no puedo
Vencer!—¡Qué vida tan horrenda paso,
Teudia!—¡Ah, no me abandones! tengo miedo.

Teud. ¡Miedo, señor! ¿De qué?

Rod. Teudia, de todo:
De todo cuanto siento y cuanto miro,
De todo cuanto lleva un nombre godo,
De Dios, de mí, del aire que respiro.

Teud. ¿De Dios? ¿No es infinita su clemencia?

Rod. Y tambien su justicia. * ¿Crees que alcanza
* Un dia de forzada penitencia
* El rayo á detener de su venganza?
* No, un reino entero pereció á mis manos
* Por mi crímen fatal, y un pueblo entero
* Esclavo de los fieros africanos
* Venganza pide contra mí... ¡y yo infiero
* Que Dios se la ha de dar!—La tierra hispana
* Tinta en la sangre de mi pueblo humea,
* Sangre do quiera que la huella mana;
* ¡Sangre por mí vertida!*—Hay una idea
Arraigada en mi mente, una profunda
Conviccion en mi seno guarecida
En que mi sino proverbial se funda,
Y que es, Teudia, el tormento de mi vida.

Teud. * ¡Supersticion!

Rod. * Tal vez: pero se aferra
* Mas cada dia al corazon; se estiende
* Mas cada dia por mi mente y cierra
* Mas mi horizonte á cada punto; atiende.
* Es la ley celestial: sobre la tierra
* Abre Dios un infierno al rey que vende
* Cual yo á sus pueblos: á este rey malvado
* Le señala un espíritu, que impío
* Le acosa, al pueblo hasta dejar vengado:
* Y yo siento ese espíritu á mi lado
* Que venga de su rey al reino mio. *

Teud. ¡Supersticion!

Rod. No, no: yo sé, yo creo
Que, de Dios mensagero, tras mí vaga
Místico sér que por dó quier me amaga
Y por do quiera junto á mí le veo.

Teud. ¿Mas quién es ese sér?

Rod. No sé: un fantasma
Que marcha tras de mí cuando camino:
Su huella siento y de terror me pasma:
Va á mi lado, es mi sombra, mi destino.
Escucha. A veces, á la luz postrera
Del dia, bajo hácia la mar: me place
Verla estrellarse humilde en la ribera
Al triste són que con sus ondas hace.
¿Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado
Allí por un instinto poderoso
A esperar al fantasma, amedrentado;
Porque le temo aunque le busco ansioso:
Y no en vano. Del Africa viniendo
Acercarse le veo de ola en ola,
Su caprichosa oscilacion siguiendo
La playa hasta tocar callada y sola.
Huyo al verle llegar y me parece
(Yo no sé si es el viento que murmura),
Mas creo que se rie y me escarnece,
Y en lengua que no sé, volver me jura.

Teud. ¡Mísero!

Rod. Hoy le esperé: del horizonte
Destacarse le vi, crecer, llegarse
Mas que nunca visible: huí hácia el monte,
Mas mi sangre sentí paralizarse
Cuando le oí lanzar hondo lamento
Que estuvo en tierra para dar conmigo,
Y gritarme le oí « *¡Vuelve, Rodrigo!* »
Y esta vez fué su voz, no la del viento.

Teud. Fué, señor, vuestra loca fantasía,
Fué que la soledad y la abstinencia
Exaltan vuestra mente cada dia
Más, y os minan la frágil existencia.

Rod. * Teudia, ya te lo he dicho: esta es la hora
* Del crímen: es el de hoy el mismo dia
* Del año, y esa sombra vengadora
* Sale hoy á reclamarme del abismo.
El eco de su voz en mi memoria
Toda entera evocó la edad pasada,
Sí, todo cuanto fué; toda mi historia:
Fué voz por un espíritu lanzada.

Teud. Fué voz por vuestro espíritu forjada.

Rod. ¡Ah! lo ignoras tal vez. Hoy ha diez años
Que á Florinda ultrajé.

(*Teudia va á hablar: Don Rodrigo le pone la mano en la boca.*)

No le repitas.
Hay en la soledad ecos estraños
Que te devolverian mis malditas
Palabras... pero sábelo: á esta hora...
En mi palacio de Toledo... aun veo

Aquella escena amante, abrasadora;
Veo aun su rostro virginal que llora...
Y aun ¡sacrílego amor! que la amo creo.

Teud. * ¡Señor!

Rod. * ¿Tú alguna vez en el seguro
* Recinto del palacio no la viste?

Teud. * Jamás la conocí; ¡mas la maldigo!

Rod. * ¡Teudia! — Inocente fué; yo te lo juro.

Teud. * Pero os perdió su amor.

*Rod.** ¿Quién le resiste
* Cuando Dios nos le dá para castigo? *

Teud. ¡Infeliz!

Rod. ¡Lloras, Teudia! te comprendo;
* Te inspiro compasion.

Teud. * Señor, si lloro
* Es porque vos no veis y yo estoy viendo
* Que Dios, que de piedad es un tesoro,
* A vos me guia por su propia mano,
* Porque guie desde hoy vuestro destino,
* Porque os recuerde yo que el sér humano
* Tiene su orígen en el sér divino.
* Avergüenceos pues vuestra locura;
* Los ojos levantad al Dios que dijo:
* « Venid á mí en las horas de amargura;
* Padre, os perdono en nombre de mi hijo. » *
Necesitais trabajo y ejercicio:
Las fieras de la selva nos convidan
A sacudir de la pereza el vicio,
Y asi echareis las sombras, que se anidan
De la inercia á favor, en vuestro juicio.
¿Recordais que sois rey? hé aquí un vasallo.
¿Que sois harto infeliz? hé aquí un amigo.
¿Cenobita os haceis? como batallo
Rezo: mandad, llorad, orad conmigo:
Pronto á partir con vos la vida me hallo;
Tendreis en mí un esclavo, Don Rodrigo;
De cuanto vuestro fué yo solo os quedo;
Mas aun sois para mí rey de Toledo.
Mientras que viva yo, vuestra ventura
Seguiré, atado siempre á vuestra huella:
Si os condena la suerte á vida oscura,
No ha de faltaros, pese á vuestra estrella,
Ni un vasallo que os cave sepultura,
Ni un amigo leal que os llore en ella:
Y siempre queda mundo, Don Rodrigo,
Al que le queda Dios y un buen amigo.

Rod. Teudia, tienes razon: Dios te me envia
Cual aura de consuelo y de bonanza
En la borrasca de la angustia mia,
Cual iris mensagero de esperanza:
Tienes razon: tú irás siempre conmigo.

Teud. Siempre.

Rod. Y emprenderemos otra vida
Mejor para mi espíritu.

Teud. Y os digo
Que cobrareis vuestra quietud perdida.

Rod. Batiremos el monte.

Teud. Y volveremos
Con hambre á la cabaña.

Rod. Y de la lumbre
Al amor, de otros tiempos hablaremos.

Teud. Y oraremos tambien.

Rod. Tengo costumbre
De orar al acostarme.

Teud. Pues lo haremos
Juntos todas las noches.

Rod. Me temia,
Teudia, que el campamento...

Teud. ¿Lo cristiano
En mí amenguara? ¡Oh no! con alegría
Sufro, y tengo fé en Dios.

Rod. ¿La corte mia
(*Con amargura.*)
Frecuentaste?

Teud. Jamás: noble he nacido;
Mas vivir en la corte no he querido
Nunca.

Rod. Por eso crees y el alma pura
Conservas y leal.

Teud. Es lo que ahora
Necesita, señor, vuestra amargura;
Fé cierta, y lealtad consoladora.
Mas se hace tarde: reposad tranquilo
Esta noche, señor, y nuestra nueva
Vida mañana empezará. Este asilo
Es seguro, y no hay nadie que se atreva
A penetrar en esta selva.

Rod. Pero
Si esta noche...

Teud. El pavor echad del alma,
Yo estoy con vos y yo soy un guerrero.

Rod. ¿Mas ya no te me irás?

Teud. Dormid en calma,
Señor, yo velo aquí.

Rod. No, estás rendido
De fatiga: esta noche necesitas
Reposo tú. Mi lecho muy mullido
No es, mas yo te le doy con infinitas
Albricias por tu vuelta.

Teud. ¿Y vos?

Rod. Un rato
Quiero estarme á la vera de la lumbre
Conmigo mismo á solas.

Teud. Mas...

Rod. Ingrato
El sueño huye de mí, y es mi costumbre
Recogerme á altas horas.

Teud. Hoy empero
No tardareis.

Rod. No á fé, que con el dia
Te pienso despertar. Vé pues: lo quiero.

Teud. Os obedezco.

Rod. Vé, y en mi confia;

Yo te despertaré.

(*Vá Don Rodrigo á sentarse á la lumbre; Teudia contemplándole dice desde la puerta, levantando los ojos al cielo:*)

Teud. ¡Dios justiciero,
Yo adoro tu piedad! si tardo un poco,
Desventurado rey, le encuentro loco.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

¿Y porqué si feliz ser ya no puedo
Con Dios no viviré y conmigo mismo
En paz? Bien dice Teudia: sí, mi miedo
Solo es supersticion, sonambulismo.
* ¡Lejos de mí quiméricas visiones!
* Ellos reposan en la tumba todos,
* Y la tea apagó de las traiciones
* El huracan que dispersó á los godos.
* En mí acabó mi raza: fué sentencia
* Del sumo Dios, que condenó al misterio
* De oscuridad perpétua mi existencia:
* Mas lo que vale me mostró el imperio.
* Señor, yo acato tu poder y acepto
* Mi sacrificio entero. Sino pura,
* Obediente mi alma á tu precepto
* El cáliz beberá de su amargura.
Sí; muerto para el mundo, en la montaña
Viviré de la cruz bajo el abrigo,
Y arrostraré la execracion de España
En nombre del que fué rey Don Rodrigo.

Flor. Don Rodrigo. (*Dentro.*)

Rod. ¡Dios mio! ¿quién me nombra?

(*Abrese la puerta del fondo, y á la luz de un relámpago se presenta Florinda, desmelenada y las ropas en desórden. Este personage es altamente fantástico, y la determinacion de su carácter en la escena depende solamente de la actriz. Florinda presenta en su fisonomía, en sus miradas y en sus acciones, la vaguedad de la locura y la exaltacion de la fiebre. Contesta maquinalmente, y no se fija en nada mas que en el fuego, junto al cual se coloca con el placer de un loco que logra el capricho de su demencia; hasta que calmándose poco á poco entra lógicamente en el sentido de la escena*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, FLORINDA.

Rod. ¡Una muger!

Flor., fijándose en la lumbre. Aun arde: á tiempo llego.

(*Siéntase Florinda al lado del fuego, gozando de su calor con insensata avidez.*)

Rod. ¿Qué traeis? ¿qué buscais?

Flor. Sed, frio, fuego.

Rod. ¿Mas quién sois?

Flor. Nadie ya, soy una sombra.

Rod. ¡Sombra! ¿quién me la trae?

Flor. La mar, el viento.

Rod. ¿Y de dónde?

Flor. Del Africa.

Rod. ¡Es la mia!
¡Ah! ¿qué quiere de mí?

Flor. Vida, alimento.
¡Agua!... tengo el temblor de la agonía.
¡Agua!

Rod. ¡Ay de mí! yo creo que deliro.

Flor. ¡Agua!... la calentura me sustenta,
Y en el momento en que me deje espiro.
¡Agua!

Rod. Ahí la tienes.
(*Señalando una vasija.*)

Flor., despues de beber. Gracias. — Dios en cuenta
Te lo tenga, buen hombre, ¡qué cansada
Estoy!... á esos peñascos he trepado
Por este fuego y esa luz guiada.
Temí que me la hubieras apagado.
¡Qué agradable calor! ¡cómo consuela!
Allá en la oscuridad ¡qué frio hacia
Sobre la mar! Pues ¿y en el monte? hiela.

Rod. ¡Sobre la mar!

Flor. Sin duda; yo venia
Todas las noches á esta playa.

Rod. ¡Todas!

Flor. Todas. Todas las noches de seis años;
Siempre viendo pasar las naves godas
Ante mí; y yo ¡qué afan! presa entre extraños.
Porque yo estaba en Africa cautiva,
Allá en un torreon... sobre una roca
Que daba al mar... mas ya no estaba viva.

Rod. ¿No estábais viva ya?

Flor. No; estaba loca.
Yo lo sabia bien, porque sentia
Que la razon se me iba por momentos;
Mas el dolor con la razon huia,
Y gozaba en mis locos pensamientos.
Un dia mi señor trajo á un anciano
A la torre, y mostrándome le dijo:
«Héla ahí.» El viejo me tomó la mano,
É hizo de mí un exámen muy prolijo.
Aquel viejo era un sabio. «¡Pobre esclava!
(Decia) mis pronósticos son ciertos;
Esta es la fiebre que la vida acaba.
— ¿Nadie la curará?» le preguntaba
Mi señor... Yo afanosa le escuchaba.
Y el viejo contestó: «Tal vez los muertos.
Si el rey que la infamó resucitase,

Si á su edad virginal volver pudiera,
A su pátria, á su amor, cual si tornase
De un ensueño, tal vez en sí volviera.
Tan solo esta impresion desesperada
La podria curar. Mas id con tiento;
Pues solo por la fiebre alimentada,
Cuando la deje, morirá.» — Y ya siento
Que se vá poco á poco.

Rod. ¡Desdichada!
El eco de su voz ¡ay! me estremece;
Mas me atrae como iman; no sé qué encanto
Siniestro tiene para mí; es el canto
Traidor de una sirena que adormece.

Flor. Vivifica esta llama; bien has hecho
En no apagarla. Mira, me devora
La fiebre... me consume hora por hora
La vida... Mas percibo que mi pecho
Se fortalece á su calor un poco;
Muy poco, porque tiene mi existencia
Un plazo fijo, y á su estremo toco.
Hoy moriré tal vez: es mi sentencia.

Rod. ¡Hoy!

Flor. Hoy, que es dia aciago. Tú no puedes
Comprenderlo: es verdad; pero yo quiero
Que lo comprendas. Oye: en las paredes
De mi prision habia un agujero
Que daba sobre el mar. Desde él veia
Siempre atada una barca en la ribera
Que encima de las ondas se mecia,
E iman eterno de mis ojos era.
En ella sobre el mar iba y venia
Todas las noches yo: me aproximaba
A estas playas: en ellas percibia
Un sér de quien soy sombra: le llamaba;
Venia... mas mi barca se volvia
A Africa, y yo volvia á ser esclava.

Rod. ¿Veniais á esta playa en las tinieblas?

Flor. ¿Te he dicho eso? ¡Já! ¡já!... No; lo soñaba.

Rod. ¡Lo soñábais! ¿Mas hoy?...

Flor. Hoy en las nieblas
Nocturnas descendí de la montaña.

Rod. ¿Mas cómo?

Flor. Como sombra, por el viento.
Rompió la tempestad, y en un momento
Mi hermano el huracan me trajo á España.

Rod. ¿Vais á España?

Flor. ¿Pues qué? ¿no estoy en ella?

Rod. Aun no.

Flor. ¿Con que es decir que ya no puedo
Esta noche llegar?

Rod. ¿Dónde la huella
Queríais dirigir?

Flor. Voy á Toledo.

Rod. ¡A Toledo! ¿y á qué?

Flor. Allí he nacido.

Rod. Yo tambien.

Flor. Allí fuí rica y querida.

Rod. Yo tambien.

Flor. En su alcázar he vivido.

Rod. Yo tambien.

Flor. Allí amé; mas fuí vendida.

Rod. Tambien yo.

Flor. Una corona allí he perdido.

Rod. Yo tambien.

Flor. Y allí en fin perdí mi vida.

Rod. (Dadme fuerzas, Señor; luz en su mente
Derramad, y abreviad este suplicio.)
¿Con que moristeis?

Flor. Di, ¿vive realmente
El que pierde el honor, la fé y el juicio?

Rod. No vive, no.

Flor. Pues bien; yo estoy ya muerta:
Mas soy mi sombra, y á merced del viento
Sobre la tierra voy vagando incierta
Porque un secreto revelarle intento.

Rod. ¿A quién?

Flor. Al rey.

Rod. ¿A cuál?

Flor. Al de los godos.

Rod. ¿Y qué vais á decirle?

Flor. Es una historia
Que él solo entenderá: no es para tódos.
Nadie la sabe aún; en mi memoria
Vive no mas: y mira, he canecido
Solo por conservarla en ella escrita;
Por ella mi nacion me ha maldecido
Y por ella mi raza está maldita.

Rod. Y la mia tambien.

Flor. Odio, detesto
Cuanto fuí.

Rod. Yo tambien.

Flor. Hasta el cariño
De los que sér me dieron, y el honesto
Pudor de vírgen y el candor de niño.
Oyela pues, entera la recuerdo;
Mas no me la interrumpas: está fiebre
Me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
Al par mi historia con mi sér se quiebre.

Rod. Habla.

Flor. Yo era una flor que cultivaba
Un rey en el jardin de su palacio;
Con solícito afan él me cuidaba,
Y yo con mi perfume embalsamaba
De su real corazon todo el espacio.
Era aquel rey galan, rey de las flores,
Y una elegir debia para esposa:

***

Yo era entre ellas la flor de sus amores...
¡Mas Dios me hizo brotar de los traidores
Tallos de una letal flor venenosa!
Aquella flor de quien nací capullo,
En vez de contemplarme con orgullo
Hija suya por ser y la elegida,
Del aura de la envidia oyó el arrullo,
Y envidió mi favor y odió mi vida.
Iba de noche el rey enamorado
Al jardin, mientras yo casta plegaba
Mis hojas sobre el cáliz delicado,
Y él en silencio y á mis piés echado
Con el aroma de mi amor soñaba.
Si en la sombra hácia mi tendió la mano,
Tropezó de mi honor con las espinas:
Porque yo, frágil flor, y él rey liviano,
Recelé y me previne..., y no fué en vano.
Una noche..., espesísimas cortinas
De tinieblas velaban tierra y cielo,
Tendióme el rey la mano: el aura errante
Inclinó á mi rival hácia adelante:
No halló espinas el rey, y con anhelo
De la traidora flor gozó ignorante.

Rod. ¡Ah!

Flor. Y al siguiente dia audaz, risueño,
Confiado, mis hojas purpurinas
Vino á besar con amoroso empeño;
Yo ajena á la traicion hecha en mi sueño,
Cerréme, y dí á sus labios mis espinas.
Indignó al rey galan mi fantasía,
Y viendo que de noche flor liviana
A su liviano amor correspondia,
Desairándole hipócrita de dia,
Me deshojó á la fuerza una mañana.

Rod. ¡Ah! comprendo, infeliz, tu horrenda historia.

Flor. ¡Imposible!

Rod. Recobra tu memoria,
De tí las nieblas del delirio aparta;
Respóndeme... Una noche á tu aposento
Fué el rey tras el perfume de una carta.

Flor. No era mia.

Rod. En la sombra el suave aliento
Sintió de una muger.

Flor. El mio no era.

Rod. Su mano halló otra mano.

Flor. No era mia.

Rod. ¿Cuál era pues la flor que el rey cogia?

Flor. La que el aura inclinó porque él la asiera.

Rod. ¿Cuál la que deshojó con mano fiera?

Flor. La que en su cáliz virginal dormia.

Rod. ¡Ah! de una vez tus pensamientos fija;
Tú la inocente flor, ¿quién fué la rea?

Flor. De su tallo nací. (*Con misterio.*)

Rod. ¡Maldita sea!

Flor. ¡Es mi madre! (*Con espanto.*)

Rod. De tigres eres hija.

Flor. Y tú que la maldices, tú ¿quién eres?

Rod. ¿Quién he de ser sino quien fué contigo
De su generacion plaga y castigo?

Flor. ¡Tú...!

Rod. Mírame.

Flor. ¿Eres tú?

Rod. Mira te digo.

Flor. ¿Tú... el rey infamador de las mugeres?

Rod. ¡Tú Florinda infeliz!

Flor. ¡Tú don Rodrigo! (*Pausa.*)
Mi alma se vá... la vida me abandona.
Sí: de nuevo la luz brilla en mi mente;
Recuerdo... reconozco... me perdona
Sin duda Dios.

Rod. Florinda. (*Acercándosela.*)

Flor. ¡Atrás! detente.
(*Rechazándole.*)
Yo no soy la muger que hundió tu trono;
Yo soy mi sombra, que pasó á tu lado
Al volver á su tumba, solamente
Para decirte: «¡A Dios, rey desdichado!
Yo de tu crímen víctima inocente,
Blanco seré de universal encono
Y execracion de la futura gente;
Mas el juicio de Dios tengo en mi abono.»

Rod. ¡Florinda!

Flor. Aparta... tentador... el alma
Se separa del cuerpo... dulcemente
La tierra huye de mí... yo la abandono
Sin pesar... siento en mí la dulce calma,
La paz, la sombra del sepulcro...

Rod. ¡Ah!
¡Tente!

Flor. ¡Hasta la eternidad! Yo te perdono. (*Cae.*)
(*Asoma Teudia.*)

Rod. No hay perdon para mí; yo le rechazo.
¡Tierra de maldicion, libre muy presto
Vas á verte de mí!

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, TEUDIA; *FLORINDA,* MUERTA.

Teud. Señor, ¿qué es esto?

Rod. Es que el rayo de Dios de herirme acaba;

Que mi vida fatal llegó á su plazo.
Teud. ¡Una muger!
Rod. Mi sombra: esa es la Cava.
Teud. ¡Cielos! ¿Mas dónde vais?
Rod. A la montaña.
Teud. ¿A qué?
Rod. A buscar en el sepulcro abrigo
Del odio universal contra la saña.
Teud. Esperadme, señor.
Rod. Nadie conmigo: (*Desde la puerta.*)
Solo en la culpa, solo en el castigo:
La maldicion del cielo me acompaña.
(*Cierra la puerta de golpe, y cae el telon.*)

LA CREACION Y EL DILUVIO,

ESPECTACULO TEATRAL.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON FRANCISCO ARANDA.

Mi querido amigo : si algo bueno tiene esta obra es la poesía que la prestarán tus decoraciones : si el público la aplaude, á tí solo te pertenecerá el honor de recibir esta noble recompensa, única que satisface el corazon del artista.

Tu mejor amigo,

José Zorrilla.

Madrid y octubre 10 de 1848.

LA CREACION,

INTRODUCCION FANTASTICA EN DOS PARTES.

PERSONAS.

LUZBEL.
El CAOS.
La TENTACION.
El arcangel MIGUEL.
El arcangel GABRIEL.
ADAN, } que no hablan.
EVA, } que no hablan.
Un Querubin, } que no hablan.

PRIMERA PARTE.

EL CAOS.

El teatro representa el Caos. Decoracion de gasas : oscuridad completa. Desde el momento de alzarse el telon se oye una música sorda y monótona, á cuyo són se abre muy despacio la apariencia de sombra que oculta á Luzbel, quien se supone que va atravesando la region tenebrosa del Caos, cuyas tinieblas van lentamente aclarándose conforme Luzbel se aproxima á los confines de la Creacion. Los personages de esta escena no pisan el tablado, van sobre grupos de vapores, flotando en la oscuridad, entre la que aparecen y desaparecen cuando salen ó entran. — Luzbel es un hermoso mancebo cuyo cuerpo está completamente escamado de verde, púrpura y oro y adornado con alas de magníficas plumas negras plegadas sobre sus espaldas, de manera que hagan el efecto de un manto graciosamente recogido. La Tentacion es una jóven bellísima, cuyos cabellos sueltos en bucles caen sobre sus hombros, que, así como las partes de su cuerpo que no repugnan la decencia y el decoro, deben ir desnudos. Este personage viste un manto cuajado de pedrería. El Caos es un personage invisible, de quien solo se percibe la voz.

ESCENA PRIMERA.

LUZBEL, LA TENTACION, EL CAOS.

Caos. ¿Qué espíritu estraviado
Atravesar osó.
El Caos increado
En donde reino yo?
Luzb. Yo.
Caos. Tú eres el primero
Que se atrevió hasta hoy
Á provocarme fiero
Donde señor yo soy.
Luzb. Yo soy.
Caos. Vasallos, que invisibles
Velais bajo el misterio
De las inaccesibles
Tinieblas de mi imperio,
Espíritus terribles
Que á mi poder servís:
Noche profunda, pálido
Temor, Remordimiento
Devorador, escuálido
Tropel calenturiento
De Afanes, que en el cálido
Caos brotáis y hervís:
Caed sobre el altivo
Sér que á sondar se atreve
Nuestras tinieblas: pruebe
Mi azote vengativo,
Apoderaos de él.
Luzb. Leves y pusilánimes
Espíritus del Caos,
Ante mis piés unánimes
Y humildes prosternaos,
Ante mi faz exánimes
Caed: yo soy Luzbel.
Caos y voces: ¡Él!
Luzb. Yo: vuestro rey: arcángel altanero
Que no quise ante Dios ser el segundo
Y contra Dios enarbolé guerrero
Mi rebelde pendon, y furibundo
A su santuario real trepé el primero
Amontonando mundo sobre mundo
Y ensordecí con mi clamor de guerra
Cuanto el imperio celestial encierra.
Mil legiones de arcángeles bizarros
Henchidos de mis mismas esperanzas
Contra él lanzaron sus ardientes carros,
Flechas de fuego y ponderosas lanzas.
Vencidos fuimos. Los infestos barros
Del cieno del Estigio á las venganzas
Del rayo á su pesar nos sustrajeron,
Y las simas del orco nos valieron.
Dios allá se quedó, Señor del cielo,
Unico rey de la region del dia:
Mas al bajar á la mansion del duelo
La mitad de sus huestes me seguia.
Yo prefiero reinar en aquel suelo,
Alcázar del pesar y la agonía,
A sufrir en los cielos, que maldigo,
Otro sér que á la par reine conmigo.
No podeis ignorar mi grande intento,
Porque al rumor de la mortal pelea
Vaciló estremecido el firmamento:
En el espacio azul donde campea
Perdió el sol su equilibrio y movimiento,
Y esta region donde jamás flamea
Su esplendente fulgor, en mi caida
Cubrió la fuga de mi grey vencida.
Oidme, pues, atentos, impalpables
Engendros del pavor. Yo, que guardaba
Los archivos del cielo inescrutables,
Sé que una tradicion se conservaba
Consignada en sus libros imborrables
Y cuyo plazo de cumplirse acaba.
A él igual en nobleza y hermosura
Ha hecho Dios una hermosa criatura.
Sé que para labrar una morada
A este sér favorito, os ha usurpado
Nueva porcion del reino de la nada
En patrimonio vuestro vinculado.
¿Dónde está esa mansion que os fué robada?
Debeis saberlo, pues la habreis llorado.
Guiadme allá, si es cierto el vaticinio,
Y os haré recobrar vuestro dominio.
Yo no puedo vencer al que fulmina
El fuego de su rayo omnipotente
Y al mundo vil desde el zenit domina;
Pero no hay criatura que me intente
Resistir despues de él, y á su divina
Resolucion opuesto eternamente
Puedo manchar sus obras mas perfectas;
Puedo dejarlas con mi aliento infectas.
Guiadme, pues, á la feliz entrada
De esa nueva region de la ventura:
Guiadme al pié de la mansion dorada
De esa nueva y dichosa criatura.
Guiadme hasta ese mundo que á la nada
Robado fué de vuestra esencia oscura.
Allá guiadme y de Luzbel fiaos:
Ese feliz Eden volverá al caos.
Caos. Arcángel y señor de las tinieblas,
Para lograr tus generosos fines
Abandónate en alas de mis nieblas,
Que te conducirán á los confines
De esta region que de esperanzas pueblas.
Desde allí puedes ver unos jardines
Que fecundiza el sol, y el mar encierra:
Esa es la obra de Dios: eso es la tierra.
Luzb. Manda pues á esas nieblas vigorosas
Que me han de conducir, que rienda suelta
Den á sus negras alas vaporosas:
Y mientras de ese mundo doy la vuelta
Que á mis órdenes queden. Las hermosas
Flores, la luz en que germina envuelta

Esa obra nueva del Señor del cielo
Volverá á cobijar tu inmenso velo.
Partid : surcad, espíritus,
El tenebroso espacio :
Llevadme ante las mágicas
Murallas de topacio
En donde tiene límites
La claridad del sol.
Trueque una vez las lóbregas
Cavernas en que habito
Por la estension espléndida
Del éter infinito,
Que azula el alba pálida
Con trémulo arrebol.
Ya con mi vista límpida
De lejos os diviso,
¡Oh esplendorosas bóvedas,
Fanal del paraiso!
¡Oh huertos aromáticos
Del terrenal Eden!
Hija falaz del Báratro, (*A la Tentacion.*)
Levanta tu cabeza;
Prepara el dulce tósigo
De tu letal belleza,
Que va á hacer infructíferos
Los gérmenes del bien.

(*La Tentacion, que habrá estado hasta aquí reclinada entre los vapores á los piés de Luzbel, se incorpora para hablar.*)

Tent. ¿Adónde estamos, padre?
Luzb. Atravesamos
De la nada los lóbregos confines
En brazos de la niebla.
Tent. ¿Y dónde vamos?
Luzb. Del Eden á los mágicos jardines
Donde ha puesto el Señor del firmamento
Al hombre, el nuevo sér á quien destina
La dignidad celeste y el asiento
Que yo ocupaba en la mansion divina.
Tent. ¿Y á qué me llevas al Eden?
Luzb. Escucha.
Yo, sabio como Dios, como él eterno,
Rey de los cielos él, yo del infierno,
Vivo con él en implacable lucha.
Él ha creado al hombre á imágen suya.
Como á mí : como yo quiero que peque;
Quiero que le maldiga ó le destruya;
Quiero que el sol por las tinieblas trueque
Como yo : quiero que su esencia pura
Con el pecado como yo se infeste,
Y Dios en la rebelde criatura
Su obra aborrezca y su poder deteste.
Quiero perder el mundo que ha creado,
Quiero romper su hechura favorita,
Quiero verter el gérmen del pecado
En el alma inmortal por él bendita,
Ese quiero, y para eso necesito
De tí. Tú eres mi hija : tú naciste
Dentro de mi cerebro : en él creciste,
Mi único amor, mi genio favorito.
Hija y engendro criminal primero,
Nefando amor despues, siglos te tuve
Dentro de mí y oculta te mantuve
Hasta poderte dar á luz. Entero
Te dí mi genio, y viéndote tan bella
Te llamé *Tentacion :* y cuando vieron
Mi tentacion los ángeles cayeron
Hasta los mismos ángeles en ella.
Hoy, como á ellos de Dios en aquel dia
Les arrastraste á blasfemar del nombre,
Vas á hacer con tus filtros, hija mia,
Caer como á los ángeles al hombre.
Tú eres irresistible si la idea
Reproduces de entonces : la atesora
Todo sér en sí mismo : es una tea
Que le ilumina y luego le devora.
Ser libre, ser señor, ser el primero :
Esa es la idea sin rival, la estrella
De perdicion, y reinarás con ella
En uno y otro mundo venidero
Si el hombre tras su luz pierde la huella.
¿Comprendes, Tentacion, porqué conmigo
Te conduzco al Eden?
Tent. Sí, padre, y espero
Vencedora de allí volver contigo.
Tengo tu mismo sér, tu misma vida,
Y como tú sin fé, sin esperanza,
Del firmamento, como tú, caida
Solo respiro como tú venganza.
Luzb. Vamos, pues, á saltar esos jardines
Copia de los del otro paraiso
Que perdimos los dos.
Tent. Será preciso
Que guardados estén.
Luzb. Por sus confines
Vagarán, para dar al hombre ayuda,
Algunos de los bellos serafines
Incensadores degradados, seres
Siervos de Jehová; pero sin duda
Les tendrán adormidos los placeres
De tan grata mansion. ¡Oh! ¡pronto de ella
Les haremos salir! Pronto á millares
Seguirán mis espíritus mi huella,
Y el hombre nos hará tal vez altares.
Tent. Vamos, padre, volemos á esa tierra
Donde mora ese sér privilegiado,
Y ¡ay si en su masa terrenal encierra
La mas leve semilla del pecado!
Yo espiaré su sueño y su vigilia,
Su mas escasa voz, su movimiento
Mas ténue, en soledad cómo en familia,
Como en la luz, en las tinieblas. Siento
Que se dobla el poder de mis hechizos
Contra ese sér : le asaltaré do quiera
Que vaya : llenaré de bebedizos

Mortales cuanto toque: la pradera
Que huelle, y el ambiente que respire,
Y el lecho en que repose, y cuanto vea,
Cuanto piense y desee, haré que sea
Profana tentacion que el mal le inspire.
Murmuraré á su oido tentadoras
Palabras que despierten sus deseos:
Inspiraré á su mente abrasadoras
Ideas de ambicion y devaneos
De arrogancia infernal: y las quimeras
De su sueño henchiré de mil visiones
De grandeza celeste, y lisonjeras
Al paso le saldrán mis ilusiones.
Su hermosura admirar le haré en la fuente,
Le infundiré con ella insano orgullo,
Le ofreceré un deseo delincuente
De la olorosa flor en el capullo,
Y en el sonoro cántico del ave,
Y en el rumor del árbol, y en el lento
Soplo acariciador del aura suave,
Y hasta en la misma faz del firmamento.

Luzb. ¡Hija inmortal del pensamientó
mio!
Tentacion del orgullo, irresistible
Serás: bien fié en tí. Con tan terrible
Aliada ¡oh Jehová! te desafío.

Tent. Broten enhorabuena de su mano
Mil mundos: si de seres no los puebla
Mas perfectos que tú, tarde ó temprano
Yo tornaré sus obras polvo y niebla.

ESCENA II.

LUZBEL, LA TENTACION; MIGUEL, APARECIENDO EN LUGAR MAS ELEVADO ENTRE LA NIEBLA.

Mig. Ten tu vuelo.
Luzb. ¿Qué me quieres,
Miguel?
Mig. En tu orgullo necio
Aconsejarte.
Luzb. Desprecio
Tus consejos: tú no eres
Mas que un espíritu esclavo
Que ultrajando tu nobleza
Te prosternas con vileza
Ante un Sér mas que tú bravo.
Mig. Ante el Dios que me creó.
Tent. Eso él solo te lo dijo:
Mas ¿qué sabes si eres hijo
De otro sér que á él le engendró?
¿Qué sabes tú si tirano
Rebelde á su padre él,
Se constituye, Miguel,
En señor tuyo un hermano?
¿Qué haceis en el firmamento?
Adorarle sin cesar:
Mas no os deja penetrar
En su santuario un momento.
«Adoradme, es lo que os dice,
Yo soy el Supremo Sér:
Mas nunca oseis comprender
Lo que fuí, ni lo que hice.»
¡Necios, que sois sus iguales
Y no veis envilecidos
Que os mantiene embebecidos
Con misterios celestiales!
Y le tomais por Señor
Porque os dice: «Yo os he hecho»;
Lo que hace es en vuestro pecho
Alimentar su temor.
Andad; que sois unos viles.
Que habiendo nacido reyes
Recibís sus fieras leyes
Con reverencias serviles.
Id, y su poder inmenso
Glorificad: prosternaos
Imbéciles, y embriagaos
Con el olor del incienso.
Mig. Te conozco, Tentacion,
É inútilmente me haces
Esos discursos falaces
Que no cree tu corazon.
Tu padre te los inspira
En su rabioso despecho,
Pero tu padre se ha hecho
El padre de la mentira.
Engañada te conduce
A los huertos del Eden;
Preparada para el bien
La tierra el mal no produce.
El Señor ha dado al hombre
Un espíritu inmortal,
Y su pecho es un fanal
En que se guarda su nombre.
Tent. Yo haré muy pronto tal vez,
Que llegue un hora fatal
En que rompa ese fanal
Su orgullosa insensatez.
Dios es justo: y tanto bien
Como al hombre ha prodigado
Sin duda habrá compensado
Con algun coto tambien.
Mig. Dios es justo: tú lo dices;
Hay una prohibicion
Para el hombre en la mansion
De aquellos huertos felices.
Mas tan suave de cumplir,
Tan conforme á la razon,
Que no podrás, Tentacion,
Obligársela á infringir.
Luzb. ¿Cuál es?
Mig. Vedado le está
Solo un fruto: el de la ciencia.

Luzb. ¿Y si de él come?
Mig. Es sentencia
Pronunciada: morirá.
Luzb. Morirá: tú lo dijiste
Y su raza entera en él.
Mig. Su fé le mantendrá fiel.
Luzb. ¿Quién mi tentacion resiste,
Que pudo en solo un momento
Con solo su voz alzar,
Contra su Dios revelar
La mitad del firmamento?
Mig. No lo podrás conseguir.
Luzb. Si el hombre en su fé es tan fuerte,
¿Porqué entre él y yo ponerte?
Mig. Dios llegar te ha de impedir.
Luzb. Dios no puede: el Sér divino
Que en mi espíritu engendró
No puede quitarme, y yo
Su creacion examino
Como artífice que al ver
La construccion de su obra
Puede decirle: «Esto sobra,
Esto te falta que hacer.»
¿De qué, si no, me valdria
Haber nacido en el cielo?
Las tinieblas no son velo
Para la mirada mia,
Y al atravesar la nada
Desde este caos profundo
He comprendido su mundo
A la primera ojeada.
Mig. ¿Qué puedes tú comprender
Del hombre que el Señor hizo?
Luzb. Que es de polvo quebradizo,
Y que se puede romper.
Mig. ¡Ay si en tu arrogancia loca
Pones sobre él un momento
Tus manos!
Luzb. Con el aliento
Se romperá, de mi boca.
Dios es justo, y al hacerle
Le dió su libre albedrío:
Por él le haré esclavo mio:
Voy el mal á proponerle.
Mig. No cuentas con su razon,
Que le defiende.
Luzb. Verás
Como se la lleva tras
De sí el ciego corazon.
Mig. Pruébalo, pues el Señor
Te lo permite.
Luzb. Si osara
Impedírmelo, probara
Que me tenia temor.
Mig. No: mas si aun su soberano
Poder...
Luzb. Sé que es infinito
(*Interrumpiéndole.*)
Dios, que puede mi delito
Perdonar: sé que su mano
Puede tenderme otra vez
Y abrirme la celestial
Mansion; pero nunca igual
Tolerará mi altivéz.
¡Nunca paz entre los dos!
¡Con él y sus obras guerra!
Dios ha criado la tierra.....
Voy á hollar la obra de Dios.
Esclavo de Jehová,
Al Señor del firmamento
Di tú que en este momento
Luzbel á la tierra vá.
Mig. No te lo puedo impedir,
Pues te lo permite Dios.
Luzb. Ya está el hombre entre los dos:
¡Llorad por su porvenir!
Mig. Sea, y parte.
Luzb. Sea; el vuelo
Tiende al cielo:
Yo tambien
Voy á haceros
Nueva guerra
En la tierra
Del Eden.

(*Miguel desaparece. Luzbel sigue avanzando hácia el centro de la escena: las tinieblas empiezan á aclararse muy lentamente al són de una música tan suave que no impida la representacion.*)

ESCENA III.

LUZBEL; LA TENTACION, A SUS PIÉS.

Luzb. Ya alcanzo las regiones
En donde el sol alumbra:
Ya cruzo la penumbra
Del caos liminar:
Ya siento que me orean
Las brisas de la altura:
Percibo la frescura
Del azulado mar.
Hé allí la tierra. Nieblas
Terríficas del caos,
Volveos: disipaos,
No os necesito ya.
Surcando de su atmósfera
Las auras apacibles
Mis alas invisibles
Me llevarán allá.
Hé aquí el Eden. Hermosa
Y espléndida morada,
Que estrajo de la nada
Potente Jehová,
Yo viciaré tus gérmenes

De vida y de ventura,
Y hácia tu nada oscura
Tu polvo rodará.
(*La sombra se ha disipado completamente. Luzbel y la Tentacion quedan sobre el tablado, ó desaparecen, al gusto del pintor.*)

SEGUNDA PARTE.

—

EL PARAISO.

La decoracion representa el Paraiso terrenal. El Eufrates, que corre por el fondo formando una cascada, cuyas movibles ondas reflejan los resplandores del sol naciente, fecunda las plantas vigorosas y corpulentos árboles que brotaron de la tierra virgen á la palabra del Criador. Las aves saltan de rama en rama, llenando el aura de armoniosos gorgeos: las fieras duermen todavía pacíficamente á la entrada de sus grutas ó guarecidas de los arbustos, entre los cuales crecen sin cultivo las mas delicadas flores: los frutos maduros penden profusamente de los plátanos y las palmeras. La majestuosa calma de la soledad, la lozanía de la primavera, y la luz suave y rosada de la aurora poetizan éste panorama del Paraiso terrestre. Adan y Eva duermen entre flores al pié del árbol de la ciencia, que estará en segundo término, y solo representan mímicamente. La presentacion de Luzbel y la Tentacion en la escena cuarta se efectuará del modo que al pintor le parezca mas conforme con el de que se sirvió para su desaparicion: aunque pueden quedar sobre el tablado sencillamente, cuando la última gasa de las tinieblas se disipa al fin de la escena anterior.

ESCENA IV.

LUZBEL, LA TENTACION. (ADAN Y EVA DURMIENDO.)

Luzb. ¡Delicioso lugar, copia del cielo!
¡Inmensa creacion, yo te concibo
En tu grandeza celestial! Tu suelo
Cuán distinto ¡oh amargo desconsuelo!
Del abismo infernal en que yo vivo.
Allí duerme tranquilo el sér dichoso
Señor de esta balsámica ribera;
Aquí de su contento cuidadoso
Dios, dividió el solaz de su reposo
Con una cariñosa compañera.
Yo reconozco tu poder supremo,
Eterno Jehová, y á solas lloro
De mi altivez el criminal estremo:
Mas odio tu poder, porque te temo:
Y porque te le envidio, no te adoro.
Criador de los mundos, yo detesto
Tus obras, como tú grandes y bellas,
Y pues permites que las huelle, presto
Vas á ver con pesar mi soplo infesto
Desparramar la corrupcion en ellas.
Avanza, Tentacion fascinadora;
Silenciosa introdúcete, hija mia,
Por esa tierra fértil, y traidora
Infunde tu palabra corruptora
En ese sér para quien nace el dia.
Tent. Rey poderoso del averno, fia
Tu venganza de mí; yo he comprendido
Cual tú, con mi satánica mirada,
Los átomos del mal, que (por descuido
Tal vez) Dios en su obra ha introducido
Al amasarla á oscuras en la nada.
Yo voy á fecundarles con mi aliento,
Yo voy mi esencia á derramar mortífera
Por cuanto sirva al hombre de alimento
Y á borrar en su casto pensamiento
De su Dios la memoria salutífera.
¿Ves aquella serpiente que allí ondula
Desarrollando en espiral movible
Su cuerpo dócil? pues en él circula
Un veneno letal que se inocula
Dulcemente en el alma, es la terrible
Ponzoña del error y la mentira.
Yo voy á colocarme dentro de ella,
Voy á llegarme con callada huella
A esa muger que junto á Adan respira,
Que es á par de su bien su mala estrella,
Y voy á deslizar por sus oidos
Una de esas palabras tentadoras,
Una de esas ideas destructoras
Que pierden á los ángeles nutridos
Con esencias del bien germinadoras.
Tú entretanto derrama, padre mio,
Los efluvios del mar por cuanto en torno
Vive, se nutre, ó sirve de atavío
De esta region al vegetal contorno.
Narcotiza y encanta el són del rio,
El olor de las flores, la frescura
Del aire, el brillo de la luz, la pura
Emanacion vivífica que vierte
El sol fecundador y..... aquí segura
Puede su planta dirigir la muerte.
Yo te respondo de ello.
Luzb. Profundizo
Tu infernal pensamiento.
Tent. Voy, pues, á ejecutarle en el momento
Antes que los espíritus guardianes
De este lugar sondeen el hechizo
Y hagan infructuosos mis afanes.
Luzb. Vé, Tentacion, deslízate: profana
El vaso virginal de su pureza:
Hiera el rayo celeste su cabeza
Y entrega á mi rencor la raza humana,
Yo ayudaré tu impío sacrilegio
Con el poder letal de un sortilegio.
(*Vase la Tentacion.*)

ESCENA V.

LUZBEL. (ADAN Y EVA DORMIDOS.)

Luzb. Yo tambien tengo poder :
Tambien puedo en un momento
De los átomos del viento
Mil espíritus hacer.
Yo tambien puedo volver
Con un hálito infernal
Esta atmósfera vital
Que respira ámbar celeste,
En atmósfera de peste
Caliginosa y letal.
Brotad, pues, y aglomeraos,
¡Oh maléficos vapores
Que os encerrais de las flores
En el aroma! apartaos
De los salubres olores :
Viciad su respiracion,
Llenad su imaginacion
De vertiginosos sueños
Y preparad en los dueños
Del mundo la tentacion.
Asi : ya os veo exhalaros
De las fragantes corolas
É ir en invisibles olas
De su aliento á apoderaros.
Luchad por inocularos
En sus fibras mas vitales,
De sus vasos cerebrales
Espesad la sangre pura,
Y cegad con niebla impura
Sus rayos intelectuales.
(*La serpiente arrastrándose por entre los arbustos se llega á Eva dormida.*)
Hé ahí la falaz serpiente
Que se aproxima al oido
De la muger... mas ¿qué ruido
Turba el silencioso ambiente?
Es el arcángel custodio
Del Paraiso, es Gabriel.
Venga y gustará la hiel
De mi venganza y mi odio.
(*Aparece Gabriel del modo que al pintor parezca mas conveniente.*)

ESCENA VI.

LUZBEL, GABRIEL.

Gab. ¡Luzbel aquí!
Luzb. Culpa es tuya :
Y si salgo con mi intento
Fuerza es que tu Dios te arguya
Por ella en el firmamento.
Gab. Penetro tu intento impío :
Tu hija es aquella serpiente :
Mas yo estorbaré...
Luzb. Detente :
Dios les dió el libre albedrío
Y él me permite tentar
La fé de su corazon;
Les basta con la razon
Para discernir y obrar.
Gab. Señor, ten piedad de mí.
(*La serpiente se ha ido acercando al oido de Eva, que se despierta y se sorprende de verla tan cerca: despùes se espanta de oirla hablar : luego la escucha. Gabriel se postra á orar.*)
Luzb. Invoca á Dios; pero mira.
Ve á la muger que se admira
De hallar la serpiente allí.
Mírala como se espanta
De oir un acento humano
Del reptil en la garganta.
Gab. ¡Piedad, Señor soberano!
Luzb. Oye : la distancia es mucha;
Mas tus celestes oidos
Percibirán los sonidos
De sus palabras : escucha.
« Ya tanto como tú soy
(*Eva figura que habla con la serpiente.*)
(La dice), yo de la ciencia
Comí la fruta y mi esencia
Se divinizó desde hoy.
Yo soy sabia como Dios,
Os prohibió que comiérais
De ese árbol porque no fuérais
Dioses á su igual los dos.»
Gab. ¡Oh satánica impostura!
Luzb. Tan falsa como funesta,
Porque crédito la presta,
Como ves, la criatura :
Mira como se sonrie
A la serpiente escuchando :
Mira como deseando
Ser igual á Dios se engrie.
(*Pantomima de Eva correspondiente con las palabras de Luzbel.*)
Gab. ¡Ah, no! tu serpiente en vano
La ofrece el fruto fatal.
Ella rehusa.
(*La serpiente sube al árbol rodeando en espiral su tronco, coge la fruta con la boca y se la ofrece á Eva.*)
Luzb. No tal :
Mira, ya tiende la mano;
Mira, ya despierta á Adan
Para que coma tambien.
(*Eva despierta á Adan : pantomima correspondiente.*)
Gab. Él se opondrá.
Luzb. O comerán

Los dos, que se quieren bien.

Gab. Mira como Adan se altera

(*Pantomima de Adan.*)

Y á tu tentacion resiste.

Luzb. Sí, mas ve como Eva insiste.

Gab. ¡Gran Dios!

(*Eva va á morder la fruta.*)

Luzb. Otro instante espera.

(*Con alegría.*)

Gab. ¡Eva come!

(*Come Eva y luego Adan.*)

Luzb. Y tambien él.

Gab. ¡Tan frágiles!

Luzb. Tan perversos.

Dile á Dios que haga universos
Y hombres como ese, Gabriel.

(*El árbol de la ciencia desaparece trasformado en un vapor. Adan y Eva quedan anonadados.*)

Gab. ¡Supremo Dios!

Luzb. Yo me rio

De la fé que el hombre encierra.
¡Volad, huid de la tierra,
Angeles! El mundo es mio.

(*Gabriel desaparece. Un querubin con una espada de fuego aparece sobre una altura en el Eden. Una muralla de troncos secos y espinos, entre los que se anidan los cocodrilos y las culebras, sale de debajo del tablado cerrando el paraiso: esta decoracion contrastará por su aridez con la frescura y vitalidad de la anterior. Adan y Eva, cubiertos de hojas, salen por una boca ó antro que tendrá esta fantástica muralla; detrás sale la Tentacion, despues Luzbel y tras de todos el querubin que se queda á la entrada del paraiso. Noche, truenos. Adan y Eva cruzan el teatro.*)

ESCENA ULTIMA.

ADAN Y EVA, QUE CRUZAN LA ESCENA; LA TENTACION; LUZBEL; EL QUERUBIN.

Luzb. Sígueles, Tentacion. Sobre la tierra
Crezcan y multiplíquense, obedientes
Del Señor al precepto: mas que en guerra
Vivan con sus culpables descendientes.
Vivid y germinad en el pecado:
Hasta que de él vuestro Hacedor cansado
Al sol, que el mundo sin cesar recorre,
Ordene convertir en vil ceniza
La tierra que en su nombre fecundiza,
O un diluvio sobre ella desgajado,
De ella y del libro de la vida os borre.

EL DILUVIO UNIVERSAL,

COMEDIA DE ESPECTACULO EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

LUZBEL.	SERAFILA.
LA TENTACION.	BARTENA, muger de Noé.
NOÉ.	ADA, muger de Cam.
JAFET.	CELFORA, muger de Sem.
SEM.	TARÉS.
CAM.	GENTE DE LA CIUDAD DE ENOC.
NACOR.	MUSICOS Y BAILARINES.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una esplanada en la subida de un monte ; á la derecha se supone un valle, á la izquierda la cima de la montaña. En el fondo de la escena hay una ara de piedra.

—

ESCENA PRIMERA.

LUZBEL, DESPUES LA TENTACION.

Luzb. Ya la raza de Adan con sus delitos
(*Apareciendo.*)
La clemencia de Dios tiene agotada,
Y ya anuncian presagios infinitos
Que pronto el mundo volverá á la nada.
Yo la tierra miné, y en lo profundo
De su centro fijando mi morada,
La perdicion del hombre encomendada
Dejé á la Tentacion. Ya su fecundo
Veneno en él inoculó sin duda,
Y es tiempo ya de que á mi voz acuda.
¡Ha de la Tentacion!
Tent. Nuestro es el mundo.
Los hijos de Cain contaminaron
A los hijos de Set, y sacrificios
No hacen ya á Dios, y en alas de los vicios
Dejándose ir su orígen olvidaron.
La luz de su celeste entendimiento
Han empleado en torpes invenciones :
Enoc de una ciudad abrió el cimiento :
Jubal les enseñó vanas canciones
A entonar con la citara : el concento
De su són les atrajo : sus pasiones
Les cegaron : rompieron los altares
Y diéronse al placer y á los cantares.
Tubalcain del hierro hizo tajantes
Armas, y contemplándose mas fuerte
Que los demas, con otros semejantes
A él, á los mas débiles dió muerte.
De nefandas uniones los gigantes
Nacieron y los crímenes : de suerte
Que es hoy la racional naturaleza
Sentina de impiedad y de impureza.
Nuestro es el mundo, padre : impía raza
Del crímen es la que la tierra habita,
Y el Criador en vano la amenaza
Por boca de Noé : ciega rechaza
La voz de la virtud y al cielo irrita.
Luzb. Dios la va á destruir. El firmamento
Es un libro en que Dios su ley escribe
Y en él saben mis ojos inmortales
Deletrear los decretos celestiales.
Dios va á borrar cuanto vegeta y vive
En medio de esos seres criminales.
Tent. Uno hay, empero, cuya fé inflexible
Se opone de sus vicios al torrente
Y aplaca del Señor la ira terrible,
Moviéndole á piedad con esa gente.

Uno hay, que de los montes en la cima
Huyendo de su pueblo y de sus ritos,
Ora al Señor, y Dios se le aproxima
Tolerando por él tantos delitos.
Luzb. ¿Noé?
Tent. Noé.
Luzb. ¿No pudo tu falacia
Con su virtud?
Tent. No pudo: sus dos hijos
Virtuosos como él, hallaron gracia
A los ojos de Dios; pero los fijos
Principios de su fé, que abandonase
Conseguí, su hijo Cam.
Luzb. Para la ruina
De todos tal vez Cam será la base.
Tent. Imposible, Luzbel: su fé es divina.
Luzb. Yo la combatiré: sobre la tierra
Desde este punto velaré contigo
Y haré á Noé tan incansable guerra
Que ha de creer al cielo su enemigo,
O á manos de la inícua muchedumbre
Perecerá.
Tent. Allí viene: hoy por esposa
Toma su hijo Jafet, de entre las hijas
De la ciudad de Enoc, la mas hermosa.
Luzb. Busquémosle un rival.
Tent. ¡Oh! Ya le tiene
En un retoño de Cain, y luego
Reventará de la discordia el fuego
Entre ellos: hélo: con sus hijos viene
A esperar á la esposa prometida
Que ha de acudir de la ciudad.
Luzb. Pues vuela
Y á la ciudad contra Noé rebela
Y perezca esa raza maldecida.
Yo quedo aquí á espiarles entre tanto.
Tent. Voy pues. (*Vase.*)
Luzb. ¡Generacion envilecida,
Pronto desde los campos de la vida
Vendrás conmigo á la region del llanto!
(*Se oculta.*)

ESCENA II.

NOÉ, SEM.

Noé. Debe de acudir aquí
Serafila hoy, y tardar
No puede ya, ¿ves llegar
De ese lado alguno?
Sem. Sí,
Padre mio: una muger
Hácia nosotros con planta
Leve y veloz se adelanta.
Noé. Serafila debe ser.
Pero ¿y Jafet?
Sem. Por el monte
Quedó corriendo una fiera.
Noé. Ser él primero debiera
Que hallara su esposa. Ponte
Sobre ese cerro y esplora
Del campo la lejanía. (*Vase Sem.*)

ESCENA III.

NOÉ, SERAFILA.

Ser. Noé, señor.
Noé. ¡Hija mia,
Serafila encantadora!
Ser. Déjame besar tus manos.
Noé. Toma los brazos mas bien,
¡Y ojalá en ellos te den
Los destinos soberanos
Del cielo tantas venturas
Como avecillas el viento
Pueblan!
Ser. Con solo tu acento
Ya, señor, se las procuras
A mi pobre corazon;
Mas ya se aproxima, creo,
Tu gente, y aunque no veo
Entre ella á Jafet, razon
Es que me adelante.
Noé. Espera,
Que por ese lado Sem
Se acerca y con él tambien
Llega Jafet.

ESCENA IV.

NOÉ, SERAFILA, BARTENA; ADA Y CÉLFORA, POR UN LADO; POR OTRO SEM Y JAFET.

Bárt. Hechicera
Serafila, abrazanos.
Ada. Bendita tú, que á traer
Nos vienes honra y placer. (*Abrázanse.*)
Ser. Que os lo recompense Dios.
Jaf. ¡Serafila mia!
Ser. ¡Esposo
Mio!
Jaf. Por fin has dejado
La ciudad y te has salvado
De ese pueblo escandaloso.
Ser. ¿Quién puede vivir allí
Con gente tan depravada?
Su atmósfera está impregnada
De letal ponzoña. Allí
No hay Dios, ni fé, ni pudor.
En ese pueblo maldito
Ninguna infamia es delito,
Ningun crímen causa horror.

Ya Dios no tiene allí altares,
Y en vez de sus alabanzas,
De sus impúdicas danzas
Se oyen no mas los cantares.
Noé. ¡Misera raza de Adan,
Y mas misera la mia,
Pues con esa turba impía
Se encenaga mi hijo Cam!
Jaf. Dios le tornará, señor,
Tal vez al paterno seno.
Noé. El corazon tiene lleno
De impiedad, y en el error
Persistirá. Yó le pido
Por él á Dios; pero en vano:
Dios no le tiende su mano.
Cam es un hijo perdido
Para su padre... y acaso
Dios que á él no le perdona
A todos nos abandona,
Y el tiempo va paso á paso
Arrastrándonos al fin
De una destruccion total
Por el pecado fatal
De la raza de Cain.
Jaf. No, padre: tal fin no creas,
Yo sé que Dios nos ampara.
Noé. ¿Porqué?
Jaf. Porque prueba clara
Tengo de ello: y porque veas
Que es para nosotros mucha
Su piedad, por raros modos
Atento, señor, escucha
Y escuchadme tambien todos.

ESCENA V.

DICHOS; CAM, QUE DICE DENTRO:

Cam. ¡Ola, padre, Jafet, Sem!...
¿No me contais eso á mí? (*Sale.*)
¿Olvidais que yo nací
En vuestra casa tambien?
Noé. Sí, Cam, por mi desventura
Sé que en mi casa naciste:
Mas sé que de ella te huiste
Sumiéndome en la amargura.
Cam. ¡Bah! Deja, padre Noé,
Por hoy tus tristes quejidos
Que me duelen los oidos.
Cuando tu casa dejé
Te ahorré el gasto que te hacia,
Con que vaya uno por otro.
Luego tu casa es un potro
Para mí. Tú en la agonía
Nos tienes siempre augurando
Desastres, muertes y ruinas,
Y en fin, padre, desatinas
Ya, porque vas caducando.
Noé. ¡Cómo, vil!
Cam. No hay que ponerse
Amoscados: el que nace,
Viejo y caduco se hace.
¡Y qué diablos hay que hacerse!
Yo soy mozo y soy buen mozo,
Y me gusta divertirme,
Y no quiero aquí pudrirme
Bajo el pesar, cuando el gozo
En la ciudad me convida:
Con que asi cuando he tomado
Piés de tu casa á otro lado,
No hice una mala partida.
Aquí tengo una muger
Sola, y flaca y gruñidora,
Y en la ciudad cada hora
Tengo ciento en que escoger:
Aquí comemos yerbajos,
Y verduras indigestas,
Viviendo en chozas infestas,
Pasando frio y trabajos;
Y allí en cómodas moradas
Y én olorosos jardines,
Las mesas de los festines
Están de carne atestadas,
Vosotros estais aquí
Siempre gimiendo y gipando,
Mientras siempre están cantando
Y divirtiéndose allí.
Cada cual obre á su antojo.
Vosotros quereis moriros
Con hambre y dando suspiros;
Bueno: ¿mas en qué os enojo
Si de vosotros me aparto?
La razon de ello es muy llana:
La de que me da la gana
De morirme alegre y harto.
Noé. Calla, Cam: deten la lengua
Que desatas tan sin juicio.
Tú eres esclavo del vicio
Y de tu familia mengua.
Cam. Vaya, déjate de quejas,
Padre Noé: segun creo
Iba de cuento, y deseo
Escucharle si me dejas.
Jafet os iba á empezar
Una de sus relaciones.
Noé. ¡Ojalá que sus razones
Te puedan aprovechar!
Jaf. Escucha, pues, mal hermano,
Lo que ya oir no mereces,
Pues ya no nos perteneces.
Cam. Siempre ha de haber un profano.
Jaf. Todavía encapotada
Yacia la tierra en sombra
Aunque ya hácia el horizonte
Se aproximaba la aurora,

Cuando armado de arco y flechas
Abandonando mi choza
Me entré en lo espeso del monte
A levantar una corza.
Cam. ¡Ola! ¿Ya se come carne
Por aquí?
Jaf. Quise mi boda
Celebrar con un banquete.
Cam. Y era prevencion muy docta.
Jaf. Llegué á la corza, en el arco
Llevando una flecha pronta,
Mas con el alba que rompe,
La bestia veloz, que nota
Vigilante mi presencia,
De un salto su vigorosa
Carrera emprende y mi flecha
Fué á despuntarse en las rocas.
Cam. Conoció que hecha tenias
Solo á yerbajos la boca
Y no quiso dar sus lomos
Por manjar á gente tosca.
Jaf. Seguí su pista afanoso
Por cogerla, ¡empresa loca!
Solo conseguí perderme
Por la soledad recóndita
De la selva. Mas hé aquí
Que al tender la vista ansiosa
En rededor, anhelando
Dar con la senda mas corta
Para salir de las breñas,
A mis miradas atónitas
Se presentó un espectáculo
De esplicacion misteriosa.
Por cima de los peñascos
Precipitando sus ondas
Comenzó á brotar un rio
De corriente cenagosa,
Que allá cruzando de un valle
Por las quebradas angostas
Se labró por ambos lados
Dos riberas arenosas.
En una, en la que á mi parte
Estaba de mí mas próxima,
De gente estraña á la nuestra
Muchedumbre tumultosa
Para pasar se agolpaba
De aquella orilla á la otra:
Gente en su faz y en su trage
Y en su accion diversa toda.
Unos ceñian altivos
Resplandecientes coronas;
Otros, en rotos harapos
Envolvian sus personas.
Unos su mano derecha
Con varas de plata adornan;
Otros, vestidos de hierro,
Plumas y enseñas tremolan.
Cuál, con sutiles tejidos
Su audaz gallardía orna
Cubiertos cintura y hombros
De pedrería ostentosa.
Cuál, con talares ropages,
Que á veneracion provocan,
En piras de jaspe y ágata
Quema sagrados aromas.
Mas todos, viejos y mozos
Los que esta multitud forman,
A nado á cruzar se echaban
La corriente cenagosa.
Los unos embarazados
Con sus vestidos y joyas
Ahogándose, se sumian
Sorbidos entre las olas.
Muchos á la orilla opuesta
Llegaban trás de angustiosa
Lucha, á brazos mantenida
Con las aguas impetuosas.
Todos, empero manchados,
Salian, y con las ropas
Rasgadas... y trasformados
En fin, de una orilla á otra.
Solo una muger, mas blanca
Que la nieve, mas hermosa
Que el cielo azul, mas brillante
Que el sol que al oriente asoma,
Adornada con un manto
Que el oro y las perlas orlan,
Y coronada la frente
De estrellas deslumbradoras,
Tocó con segura planta
De las aguas peligrosas
La ribera, y á cruzarlas
Empezó. Sobre las ondas
Desde sus plantas brotando
Y para sus plantas solas
Hecho, un puente de luz y oro
A esta muger prodigiosa
Franqueó un camino, que á nadie
De los demas se le otorga.
Contemplaba yo estasiado
A aquella inmortal señora
Cruzar el místico puente
Risueña, tranquila, hermosa,
Cuando una voz celestial
Amiga, suave y armónica
Me dijo: «¿Ves esa reina
Que el real privilegio goza
De no tocar esas aguas
Que encenagan cuanto tocan?
Pues de un hijo de Noé
Ha de nacer, vencedora
De la muerte y del pecado,
A ser puerta de la gloria:
Para que el padre dichoso
De esa muger se conozca,
Hoy un laurel de la selva

Le tejerá una corona.
Todos le debeis respeto:
Y es de la familia toda
El jefe, el progenitor
De esa prole venturosa.»
Calló la voz: disipóse
La vision fascinadora:
Volví en mí y me hallé en el linde
De la montaña escabrosa,
Donde la voz de mi hermano
Oí, que á distancia corta
Me gritaba: «Vuelve, vuelve,
Jafet, que llega tu esposa.»

Noé. ¡Insigne favor, que el cielo
Nos hace!

Cam. ¡Y bonita historia!

Noé. Ya habeis oido, hijos mios,
La celestial prediccion
Que os promete salvacion
En medio de los impíos.

Sem. Hasta que el cielo sentencia
Pronuncia tan singular,
En los tres ha de durar
Tan honrosa competencia.

Cam. ¡Bah! ¡bah! Yo de venideros
Honores no hago cosecha:
Muerto yo, ¿qué me aprovecha
El bien de mis herederos?
La accion que yo tengo doy
A quien la quisiere.

Todos. ¡Cam!

Cam. Lo dicho: ya me estarán
Aguardando; con que voy
A la ciudad á traeros
Para celebrar la boda
Mis amigos, gente toda
Buena, alegres compañeros:
Muchachas frescas, resueltas,
Que os cantarán maravillas,
Dando saltos como ardillas
Y como mosquitos vueltas.

Noé. ¡Cam!... ¡hijo mio, detente!

Jaf. Escucha, hermano.

Cam. No entiendo
De historias. Que hagais pretendo
Lo que hace toda la gente
Cuando se casa. ¡Por vida
De quién!... no me da la gana:
Quiero música y jarana
En la boda, y prevenida
La tengo y por ella voy
Aunque os haya de pesar.

Noé. ¡Hijo!

Sem. Dejadle marchar,
Padre.

Noé. ¡Qué infeliz que soy!

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS CAM.

Sem. No tanto, puesto que Dios
Tal sucesion quiere daros
Con que ha de lograr honraros
Uno de nosotros dos.

Noé. Si, bien decís, hijos mios:
Vosotros sois mi esperanza,
Pues veo que no os alcanza
El error de los impíos.
Abandono á Cam, y doy
Gracias al Señor, que fiel
Me ha de hacer con un laurel
El padre mas feliz hoy.

Sem. Yo de muger tan divina
El progenitor ser debo.

Jaf. Yo aspiro á lograr tambien
Tan celestial privilegio.

Sem. Yo ocupo el primer lugar,
Despues de mi padre.

Jaf. Es cierto;
Mas no dá la mayoría
La edad, sino los efectos:
Y el que fuere el venturoso
Habrá nacido el primero.

Sem. Yo con humildad compito.

Jaf. Yo me fio en mi derecho.

Sem. Pues bien, Jafet, porque veas
Que no blasono soberbio
Y que tu derecho acato,
Yo de mi parte te ofrezco
El laurel.

Jaf. Eso es temerme.

Sem. Es ver tus merecimientos.

Jaf. ¿Adónde vás?

Sem. A cortarle,
Por si me le diere el cielo.
(*Al querer levantar el brazo, caerá una rama sobre su cabeza.*)

Jaf. Es ya escusado, las ramas
(¡Oh nunca visto portento!)
Han bajado á coronarte.

Ser. El tronco al sumo decreto
Estendió los verdes brazos
Con racional movimiento.

Noé. ¡Qué de señales me dais,
Señor, de los juicios vuestros!

Jaf. Ya que con ese presagio
Se han esplicado los cielos
En tu favor, deja, hermano,
Que te adore mi respeto,
Pues de aquella voz, en tí
Escuchando estoy los ecos. (*Arrodíllase.*)

Sem. ¿Qué haces, Jafet?

Jaf. Mientras nace
Aquel sol, en tí, los bellos

Anticipados celages
De su oriente reverencio:
Tú eres el primero, hermano.
Noé. ¡Cómo de veros me alegro
A los dos tan convenidos,
Y á tí, Jafet, tan sujeto
Al que es tu hermano mayor!
No diera Cam ese ejemplo.
Jaf. Es dañosa la soberbia.
Ya os acordais que en el cielo
Se perdió tanto ángel puro
Arrastrado por su viento.
Noé. Serafila, antes de que
Se efectúe el casamiento
De Jafet contigo, á Dios
Un sacrificio hacer quiero:
Aquí hay un ara; bajad
Al valle, y de aquellos cedros
Sagrados, cortad cada uno
Una rama, el sacro fuego
Para encender: yo entre tanto
Subiré á ese monte escelso,
En cuya callada cumbre
Dios sus arcanos secretos
Me revela, á darle gracias.
Sem. Señor, con placer lo haremos,
Que Dios es antes que todas
Las cosas del universo.
Vamos, Serafila mia,
Vamos al valle.
Ser. Marchemos.
Sem. A Dios, padre.
Jaf. A Dios, señor.
Noé. Hijos, bendígaos el cielo.
(*Vanse, Noé por un lado, los demas por otro.*)

ESCENA VII.

NACOR; DESPUES LUZBEL, QUE APARECE A SU TIEMPO.

Nac. Por Jafet me desprecia Serafila;
Es cierto: no mentia la estrangera.
Mas si cree que á su choza vá tranquila,
Mucho en sí fia. La ciudad entera
Me obedece: yo soy el poderoso
En ella, el rico: y ciego mi apetito
Esa hermosura conseguir desea,
Y por cualquiera medio solicito
Lograrla, y fuerza es que mia sea.
Y él la ama y le corresponde
Ella, sí, yo lo he oido,
Y de él, que su amor me impide,
Que me liberte es preciso.
Luzb. Dale la muerte.
Nac. Invisible
Me inspira acaso un espíritu
Contrario suyo.
Luzb. Si él vive
Será siempre el preferido.
Nac. Mas si le hago dar la muerte
¿Quién abona mi delito?
Luzb. El amor, que es rey y ciego,
Y los zelos vengativos.
Nac. Razon mi discurso tiene:
Soy poderoso, soy rico,
Y el amor me abona... pero
¿Cómo lograr mi designio?
Luzb. (De la permision del cielo
Me valdré, contra ellos mismos;
Tomaré una forma humana,
Introduciréme amigo
Con Nacor, alzaré al pueblo
Contra Noé y sus hijos,
Y haré que la muerte ataje
De Jehová los designios;
Sí, á destruir la progenie
De aquella muger aspiro.)
(*Trasfórmase el vestido de Luzbel.*)
¿Qué es lo que trae á Nacor
Tan solo y tan distraido?
Nac. Y tú que lo notas, dime
¿Quién eres?
Luzb. Soy de un vecino
Pueblo morador: los ocios
Juveniles me han traido
A ver la ciudad de Enoc,
Y há dias que en ella asisto
A tus fiestas y banquetes,
Y sé tu amor.
Nac. Mi martirio
Di mejor: mas no recuerdo
Antes de hoy haberte visto.
Luzb. Pues estoy en todas partes
Donde hay fiesta y regocijo.
Y porque veas, Nacor,
Cuanto tu ventura estimo,
Te voy á facilitar
En tus amores camino.
Nac. ¿Cómo?
Luzb. Siguiendo un consejo
Que te daré muy sencillo.
Nac. Dámele, pues.
Luzb. Apartémonos,
Si te place, de este sitio,
Pues pronto dará la vuelta
Para hacer un sacrificio
Ese necio de Noé
Y sus insensatos hijos.
Vamos hácia la ciudad,
Pues si has de ser de mi aviso,
Para ponerle por obra

***

...lli es lugar mas propicio :
...si amas á Serafila...
Nac. La idolatro.
Luzb. ¿Y decidido
...latraria estas?
Nac. Resuelto.
Luzb. ¿A todo?
Nac. Contra Dios mismo.
Luzb. Pues ven ... yo la haré tuya,
Como tu q...eras ser ...
Nac. Vamos.
Luzb. Va... Con su muerte
Del cielo triunfa el ...

ESCENA VIII.

SEM, JAFET, SERAFILA, ADA; BARTENA, CON LEÑA. (SERAFILA Y JAFET DELANTE.)

Jaf. Amor nuestras condiciones
Va de hoy mas á hacer iguales :
Que en vez de teas nupciales
Arden nuestros corazones.
Yo en tí mi ventura fundo,
Y por complacerte ufano
Tener quisiera en mi mano
Todo el imperio del mundo.
Ser. Yo siempre, Jafet, te amé,
Y ya lo has visto, por ti
La ciudad donde nací,
Y las riquezas dejé.
Allí su amor importuno
Muchos ricos me mostraron :
En vano solicitaron :
Yo les rechacé uno á uno.
Porque yo no tengo mas
Que un corazon y una fé,
Y para tí los guardé
Sin profanarlos jamás.
Y si dueña poderosa
Del mundo el Señor me hiciera,
Todo mi poder cediera
Por venir á ser tu esposa.
Jaf. No hay voluntad para mí
Mas que la tuya desde hoy.
Ser. Lo mismo te digo á tí :
Manda, que tu esclavo soy.
(*Salen Sem, Ada y Bártena.*)
Jaf. Madre, hermanos, entre tanto
Que vuelve padre podemos
Descansar.
Bárt. Sí.
Sem. Preparemos
Antes nuestro fuego santo
Si te place.
Jaf. Dices bien :
Y en esa proposicion
Conozco que con razon
Te ha escogido el cielo, Sem.
Vayamos pues ordenando
Nuestros palos sobre el ara. (*Voces dentro.*)
Ser. ¿Mas quién mueve esa algazara?
Sem. Es Cam, que viene gritando.
Jaf. ¡Dios mio! y detrás de sí
Trae la impía muchedumbre.
Sem. Huyámonos á la cumbre
Con nuestro padre.

ESCENA IX.

DICHOS, CAM, TARÉS, MUSICOS.

Cam. Alto ahí,
Campesinos *pobretones*,
Gente *tristota* y uraña,
Que se quiere en la montaña
Casar como los *hurones* :
No se dirá de vosotros
Siendo vuestro *hermano Cam*,
No : vuestras *bodas* se harán
Como las hacen los otros,
Con *bailoteo* y *jarana*,
Y música, y comilona :
Como gente regalona,
No como gente *villana*.
Sem. Cam, el pesar mas acerbo
Das á tu padre Noé
Si con tal *gente* te ve.
Cam. Mi padre Noé es un *cuervo*
Que no hace mas *que graznar*
Subiéndose á los peñascos.
Jaf. ¡Cam!
Cam. ¿*A que os rompo los cascos*
Por tercos? Se ha de bailar,
Hermanos, en esta boda
Y ha de haber gresca y jarana,
Aunque de pesar mañana
Reventeis mi estir*pe toda*.
¡Ola, muchachos, llegaos!
Estended esos manjares
Y empezad vues*tros cantares* :
Quietos vosotros estaos, (*A sus hermanos.*)
Hermanos mios : un rato
Me he empeñado en divertiros,
Y si os empeñais en iros,
Lo traigo resuelto, *os mato*.
Sem. ¡Cam, hermano!
Cam. ¡Qué demonio!
Llorad todo el año á ríos
Si quereis, pero reíos
El dia del matrimonio. (*Ruido dentro.*)
¡Ola! ¿qué tumulto es ese?
Tar. Es esta estrangera hermosa
Tan alegre y tan graciosa,

Cam. Ahora sí, que aunque le pese
A padre Noé y á todo
El universo, la fiesta
Será completa. ¡Esta, esta
Sí que es gente! ¡Vaya un modo
De cantar y de danzar!
¡Vaya unas chicas bonitas!
Jaf. Con tu liviandad irritas
A Dios: déjanos marchar.
Cam. No haré tal: habeis de ver
A esa divina estrangera
Que es ademas de hechicera
Hermosísima muger.

ESCENA X.

SEM, JAFET, SERAFILA; ADA Y BARTENA, JUNTO AL ARA; CAM, TOCADORES DE CÍTARA Y FLAUTA, CANTORES Y CANTORAS DE LA CIUDAD A UN LADO. POR EL OTRO LA TENTACION, CAPRICHOSAMENTE VESTIDA, CONDUCIENDO A LOS BAILARINES ATAVIADOS PROFANAMENTE Y CON CINTURONES Y CORONAS DE FLORES.

Tar. ¡Viva!
Muchos. ¡Viva!
Cam. Ya está aquí.
¡Qué gentil viene y qué apuesta!
Tent. Mucho: pero vuestra fiesta
Ibais á empezar sin mí.
Vamos, raza de Noé,
Yo soy rica y quiero honrar
Vuestro campesino adoar
Con mi presencia. Ya sé
Vuestras sencillas costumbres,
Mas ved que estrangera soy
Y hacerme desaires hoy
Es darme mil pesadumbres.
Jaf. Bella estrangera, que ofreces
Tus profanos regocijos
De estas oscuras montañas
A los pastores sencillos,
Antes de que tus ofertas
Rechacemos, es preciso
Que comprendas las razones
Porque no las admitimos;
Y no juzgues que es desaire
Lo que es ley de nuestros ritos,
Pues son los de la ciudad
Y los nuestros muy distintos.
Tent. ¿Y en cuál no se hacen las bodas
Con pasatiempos festivos?
Jaf. En el nuestro; que adoramos
Sobre todo al Sér divino,
Al que en nuestras alegrías
Ofrecemos sacrificios.
Dos linages hoy habitan
En la tierra: el de los hijos
De Cain el uno: el otro
El que recibió principio
En Set, su hermano menor;
De este nosotros venimos,
Y siempre en este se han hecho
En las fiestas sacrificios,
Por costumbre trasmitida
De los padres á los hijos.
Hé aquí porqué tus ofertas,
Bella estrangera, resisto;
Yo tus ritos no interrumpo,
No interrumpas tú los mios.
Tent. Todo eso que ritos llamas
Solo son vanos delirios
Por los viejos fatigados
Con malicia instituidos.
Dios á nuestra juventud
Da del placer los instintos,
Y Dios para que gocemos
De los deleites los hizo.
Dejaos, pues, de quimeras
Y amad el placer.
Cam. Bien dicho.
Tent. Mi pueblo tambien desciende
De Cain, y no vivimos
Allí en tal limitacion:
El deleite siempre ha sido
Nuestro Dios, y le debemos
Mil frecuentes beneficios.
Cam. Y sino, mirad qué gordos
Se crian y qué rollizos.
Vamos á bailar, muchachos,
Y á hartarnos de cuchifrito:
Lo demas es bobería.
Jaf. Cam, no blasfemes, impío.
Cam. Si veis que toda la gente
De la ciudad ha salido
Y prevenidas las fiestas
Tenemos ya en este sitio,
¿Porqué quereis señalaros
Con religiosos indicios
A vista de todo el pueblo?
Tent. Dejadles sino á ellos mismos
La eleccion, y yo me avengo
Desde luego á ella. Amigos,
¿Quereis sacrificio ó fiestas?
Decid.
Tar. Fuera el sacrificio.
Muchos. ¡Fuera, fuera!
Tar. ¡Abajo el ara
Y á danzar! (*Tiran el ara y la leña.*)
Jaf. ¡Dios infinito!
Ser. Jafet, luchar es en vano;
Si no puede hacer su oficio
El afecto, con Dios siempre
La voluntad es lo mismo.

Dejadles, y á Dios roguemos
Por el perdon de sus vicios.
(*Se sientan todos al rededor de la escena. La familia de Noé en el fondo, manifestando tristeza y disgusto : la Tentacion en el centro presidiendo y animando la fiesta. Se reparten manjares al pueblo : los bailarines danzan al són de los cantares de los músicos.*)
Mús. Si están por Dios prohibidos
(*Cantan.*)
Los deleites que él creó,
¿De qué sirven los sentidos
Que para gozar nos dió?
Coro. Bailad : los deleites son obra de Dios,
Y si ellos son malos ¿porqué nos les dió?
Cam. Tiene razon, estrangera,
Lo que dice ese canticio:
Si sois vicios las mugeres
Que me entierren con los vicios.
Pueblo. ¡ Bien por Cam!
Cam. Si me queda otra
Que me parta un rayo, chicos.
Mús. Si Dios es justo, la vida, (*Cantan.*)
Que tan escasa nos dió,
Para gemir como buhos
No nos la otorgara Dios.
Coro. Gozad : los deleites son obra de Dios,
Y si ellos son malos ¿porqué nos les dió?

ESCENA XI.

DICHOS, NOÉ.

Noé. Enmudeced, ¡ insensatos!
¡ Arrodillaos, impíos!
Orad y pedid á Dios
Perdon de vuestros delitos.
Cam. Ya está aquí padre Noé
Con sus eternos gemidos.
Noé. Ya está aquí Noé, ya está
Aquí para preveniros
Que un año no mas de vida
Teneis para arrepentiros.
Cam. Chochea, no le hagais caso.
Pueblo. ¡Fuera! ¡fuera!
Noé. Los oidos
No cerreis á mis palabras,
Porque, en verdad os lo digo,
Yo os hablo en nombre de Dios.
Escuchad lo que me dijo.
Cam. Todo divierte; escuchadle,
Que él os contará prodigios.
Uno. ¡ Que hable! ¡que hable!
Tar. ¡Fuera el viejo!
Que nos deje divertirnos.
Cam. Calla, bárbaro, y escúchale,
Que es mi padre.
Tar. ¡ Vaya un hijo
Respetuoso!
Cam. Si no callas,
De un peñazo te descrismo.
(*Con una piedra.*)
Aquí todos somos libres.
Tar. ¡ Buena libertad!
Cam. Amigo,
Así es siempre : con que escucha
Y sé libre : ó te le tiro.
Pueblo. ¡ Oidle! ¡oidle! Silencio.
Cam. Vamos á ver : ya te oimos.
Noé. Yo he subido á la cumbre de ese monte
A adorar al Señor en las alturas,
Y elevando mi espíritu á sus plantas
Le comencé á rogar por vuestras culpas.
Mas no bien mis humildes oraciones
Alcé del cielo á la eminencia suma,
Cuando la azul atmósfera rasgándose,
Sobre un trono de nubes de oro y púrpura
Vi que Dios hácia el monte descendia.
Yo prosterné transido de pavura
Mi faz contra la tierra, y Dios me dijo
Con temerosa voz, honda y sañuda :
«Noé, baja á la tierra y mis palabras
Repite á los que habitan las llanuras.
Yo hice un mundo, que el hombre ha corrompido,
Y es fuerza ya que al corruptor destruya.
Un año nada mas tienen de vida :
Si en este tiempo tu palabra escuchan
Y siguen tu consejo y penitentes
Vuelven á mí, perdonaré sus culpas;
Mas si en su impía ceguedad persisten,
En el dia en que el año se concluya
Desquiciaré los diques de los mares,
Desgarraré los senos de las lluvias,
Y desnivelaré del universo
El equilibrio, abriendo la clausura
Del viento y los nublados, y á las aguas
La impía tierra ordenaré que suman.
Nada viviente quedará sobre ella :
Haré que el agua las montañas cubra
Con quince codos, y será la tierra
De la raza de Adan inmensa tumba.»
Arrepentios pues, á Dios volveos
Antes que el plazo que fijó se cumpla,
O en las espesas ondas del diluvio
Disponeos á hallar la sepultura.
(*El pueblo se rie.*)
Cam. Vamos, padre Noé perdió la ch
Por lo visto. Él ha dado en cosas chus
Toda su vida : mas como esta de ahora
No se le puso en el magin ninguna.
Noé. Haced al cielo penitentes votos,
O temblad de su cólera.

Tent. Si es justa
Debe de ser universal, y entonces
Tú con nosotros te ahogarás.
Noé. Escucha,
Estrangera infernal; yo te conozco,
No estraviar quieras á la ciega turba.
Yo voy á hacer un arca por mandato
De Dios, segun las instrucciones suyas,
Y Dios me salvará con mi familia
Flotando en ella sobre el agua turbia.
Vosotros morireis bajo las ondas.
Cam. ¡Qué fiesta nacional para las truchas!
(*Risa general y mofa á Noé.*)
Tar. En buena locura dió.
Cam. Con buen recado ha venido
Papá Noé.
Tar. ¡Fuera el viejo!
¡Basta ya de desatinos!
Noé. Qué, ¿no creis mis palabras?
Jaf. Nosotros sí, padre mio.
Tar. Nosotros no, viejo chocho.
Pueblo. ¡No, no!
Noé. Pues á los oidos
Os lo iré por la ciudad
Repitiendo á voz en grito.

ESCENA XII.

DICHOS; NACOR, CON GENTE DE LA CIUDAD ARMADA DE FLECHAS Y ESPADAS. LUZBEL SALE TRAS DE LA GENTE DE NACOR QUEDANDOSE A UN LADO, DONDE VA LA TENTACION A REUNIRSE CON ÉL: DANDO A ENTENDER QUE EL DEMONIO INSPIRA AL PUEBLO IMPIO. LA GENTE DE NACOR SE MANIFIESTA HOSTIL CON LA FAMILIA DE NOÉ.

Nac. Jamás entrarás tú en ella
Ni ninguno de tus hijos.
Familia necia de locos,
Al monte desierto idos
A vivir como las bestias
En los antros de sus riscos,
O al pié de vuestra ara misma
De nuestro hierro á los filos
Vamos á hacer de vosotros
Un sangriento sacrificio.
Noé. ¿Qué es esto, Nacor? ¿Qué vértigo
Te trastorna?
Nac. Amigos mios,
Ciudadanos que moráis
En esa ciudad conmigo,
Escuchadme: estos hipócritas
Que hablan siempre del Altísimo,
Y se alimentan de yerbas,
A los placeres esquivos,
Son en lugar de corderos
Venenosos basiliscos.
Hijos de Set, de Cain
Nos aborrecen por hijos;
Mas vienen nuestras mugeres
Taimados á seducirnos.
Esa muger al halago
Del amor de uno ha venido,
Y esa muger es mi esclava.
Ser. Mientes, yo libre he nacido.
Nac. Yo te eduqué, y á tus padres
Tuve siempre á mi servicio.
Ser. Yo aprendí la virtud de ellos
Y huyo de tus beneficios,
Que son impuros, y en precio
De mi virtud ofrecidos.
Nac. Ya lo ois: confiesa que huye:
Me pertenece.
Jaf. Maligno
Retoño del fratricida
Cain, ¡mientes y has mentido
En cuanto de esta muger
Has inventado y has dicho!
Serafila es libre y mia;
Ella dá culto al Dios mismo
Que yo adoro, y por mi amor
Reniega de vuestros ídolos,
Y os abandona.
Nac. Pues yo
Vengo por ella, y conmigo
Por voluntad ó por fuerza
Se ha de volver.
Ser. Hombre inícuo,
Primero me matarás.
Jaf. O yo á tí.
(*Toma un arco y monta una flecha.*)
Noé. ¡Teneos, hijos,
Teneos!
Sem. Contigo estoy, (*A Jafet.*)
Jafet.
Noé. Tened.
Nac. Ea, amigos,
Ya lo veis, nos amenazan.
Tar. ¡Mueran!
Pueblo. ¡Mueran! (*Dan sobre ellos.*)
Ser. ¡Dios benigno!
Nac. Vosotros, ¡apoderaos
De ella!
(*Las gentes de Nacor se apoderan de la familia de Noé.*)
Jaf. ¡Infames!
Nac. Conducidlos
A todos ellos al valle,
Y amarradlos con sus cintos
A los troncos de los cedros.
Uno. Eso: echadles á los riscos
Con las fieras á esos locos.

Cam. Yo aquí me hago tamañito.

(*Se acurruca tras de un trasto. Nacor y varios se llevan á Serafila por la izquierda: otros se llevan por la derecha á Jafet, Sem, Noé, Bártena, Ada y Célfora, despues de un momento de lucha sostenida por Jafet y Sem, que ceden á la multitud, que les sigue befándoles.*)

Tar. y Pueblo. ¡Al monte! ¡Al monte! Dejadlos
Con los lobos.

ESCENA XIII.

LUZBEL, LA TENTACION, CAM.

Luzb. Ya vencimos.
Tent. Aun no: mientras vive Sem
Nuestro poder amenaza
De aquella muger la raza.
Fuerza es que muera.
Luzb. Pues bien,
Vete á inflamar de Nacor
En el corazon el fuego
De los zelos, y que luego
De sus zelos al furor
Toda la estirpe sucumba
De Noé, á quien no podemos
Tocar nosotros, y demos
Con su progenie en la tumba.
Tent. Bien dices: á la ciudad
Me vuelvo, pues. (*Vase.*)
Luzb. Yo entre tanto
Voy su alma á llenar de espanto.
¡Locos mortales, temblad!

ESCENA XIV.

LUZBEL, CAM.

Cam. Pues, señor, ya que no llega
Su ira á mí, y segun arguyo,
Este hombre es amigo suyo,
Se lo diré, por si pega.
Pecho al agua. — ¡Eh, buen amigo!
Luzb. ¿Quién me llama?
Cam. Soy yo, Cam.
Luzb. Vente, pues.
Cam. No, me atarán
Con mis hermanos.
Luzb. Contigo
No vá nada.
Cam. Sin embargo,
Mientras que no les den suelta
Me voy á dar una vuelta
Por ahí. Sí, señor: me largo.
Luzb. Vete, pues. Yo á la ciudad
Torno.
Cam. ¿Vereis á Nacor?
Luzb. Sí.
Cam. Pues hacedme un favor,
Que es casi una caridad.
Luzb. ¿Cuál?
Cam. Decidle, que pues tiene
Por mugeres tal manía,
Que vea si le conviene
Y que se lleve la mia.
Luzb. Largueza tienes bien alta.
Cam. ¡Oh! de ella alabarme puedo:
Yo por cualquiera me quedo
Sin lo que no me hace falta.

(*Vanse Luzbel por la izquierda y Cam por la derecha haciéndole besamanos.*)

ACTO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

El teatro representa un antro ó caverna oscura con salidas por ambos lados.

ESCENA PRIMERA.

CAM.

Por lo intrincado del monte,
Si no me engañó la oreja,
Oí la voz de mi hermano
Sem, y la de la estrangera.
¿Qué vá que tiene razon
Nacor, y que aunque las echan
De modestos mis hermanos
A cuantas topan cortejan?
Digo, ¡y Sem que lo presume
De tan leal á su Célfora!
Si les hallara mi padre
Mano á mano, ¿eh? mas ¿qué cueva
Es esta, que aunca he visto,
Aunque mil veces la selva
Recorrí? No, y por alguno
Morada estar aparenta,
Porque en varios aposentos
Está partida! ¡Uf! ¡qué negra
Es esta entrada. Allí enfrente
Otra hay, y á mi ver en ella
Ha dejado lamparilla
El dueño de esta vivienda.
Vamos á ver. ¡Ola, ola!
(*Se asoma por la ventana.*)

He llegado á mesa puesta.
Pan, gazapos, melon, uvas,
Perdices, dátiles, peras...
Pues, señor, bien: por lo visto
Esta es la hora en que se cena
Aquí. Pediré hospedage.
¡Há de casa!... no contestan.
¡Si fuera yo tan dichoso
Que por un azar cualquiera
Repentino, los que habitan
Aquí, largado se hubieran!
¡Ha de casa!... Nadie bulle,
Y á las narices me llega
El olor de las perdices...
¿Pues y las uvas? ¡Qué frescas,
Qué orondas!... ¡y qué crecidas
Son! si parecen ciruelas.
¡Qué diablos! voy á zamparme
Dentro, y aunque mas no sea
Que un rasimo y un zoquete
¿Quién me lo quita? *(Vase.)*
Luzb. Entra, entra,
Gloton voraz, y veremos
Si las uvas te escarmientan.

ESCENA II.

LUZBEL, LUEGO NACOR.

Luzb. Ya los pasos de mi hija
Percibo que aquí se acerca
Con Sem.
Nac. ¿Há venido ya?
Luzb. Aun no.
Nac. ¿Pues ese quién era?
Luzb. El insensato de Cam,
Que perdido en la aspereza
Del monte, aquí se ha metido.
Nac. Mas ¿cierto estás de que venga
Jafet?
Luzb. Sin falta: ¿quién puede
Resistirse á la estrangera
Nuestra amiga? Mas escucha
Lo que saber te interesa.
Nacor, tiempo es de que arranques
De ante tus ojos la venda
Que este amoroso misterio
Profundizar no te deja.
Escucha. El viejo Noé,
Que seiscientos soles cuenta,
Posee de tan luengos dias
El saber y la esperiencia:
Y como vive en los campos
Y de las plantas observa
Las propiedades, conoce
El valor de muchas yerbas;
Maravillosos brebages
Confeccionando con ellas.
Pues bien, uno de estos filtros
Dió á Serafila, y apenas
Le bebió, ardió en los amores
De Jafet, que su fin era.
Mas yo que como Noé
Sé mil secretos, que encierra
En su centro misterioso
La vasta naturaleza,
Porque la magia que él sabe
En mi país la profesan
Los sacerdotes, y en él
Públicamente la enseñan,
He consultado con ellos,
Y he dado con la manera
De deshacer el encanto
Que obra en Serafila, y ella
Misma se irá á la ciudad,
E irá á llamar á tu puerta,
Y en tus brazos á entregarse
Cual por Jafet por tí ciega.
Nac. ¿Y cómo será?
Luzb. A Jafet
Dando muerte ó á cualquiera
De su familia, y al dársela
Teniendo presentes ciertas
Ceremonias, en las cuales
Te instruirá la estrangera.
Por eso y por si no trae
A Jafet, por esa selva
Hice que Cam se estraviara
Y entrara en esta caverna.
Nac. ¿De modo que...?
Luzb. Está seguro
De lograr lo que deseas:
El amor de Serafila
Conseguirás: obrar deja
A la estrangera, á quien tanto
Como á tí mismo interesa.
Nac. ¿Porqué?
Luzb. Porque nadie hace
Nada en el mundo sin cuenta
Ni razon, y esa muger,
Que tal interés nos muestra,
Nos sirve por solo el suyo:
Pues cuando darte desea
A Serafila es porque ama
A Jafet, y se le piensa
Llevar consigo.
Nac. ¿A Jafet
Tiene amor esa estrangera?
Luzb. Y hará por su amor prodigios,
Que es muy sabia. ¡Oh! fia en ella.
Ya se aproxima. Ocúltate
Hasta que te llame.

ESCENA III.

LUZBEL.

¡Oh ciega
Raza de Adan, que tan noble
Como los ángeles hecha,
Bajo el peso de los vicios
Eres peor que las bestias!
Dios te otorgó el recto instinto
Y la clara inteligencia,
Y el discurso que, rumiándolas,
Perfecciona las ideas;
Y tú ruin, supersticiosa,
Desatalentada y crédula,
La verdad desestimando
Tras de la mentira vuelas.
Bien mereces ¡raza estúpida!
El castigo que te espera,
Cuando no por tus delitos,
Por tu ignorancia suprema.
Hé aquí á mi hija.

ESCENA IV.

LUZBEL, LA TENTACION.

Luzb. ¿Le traes?
Tent. Esperándome allí queda.
¿Y Nacor?
Luzb. Tambien aguarda.
Tent. Démonos prisa: que resta
Poco tiempo. Noé tiene
Concluida su arca: apriesa
Se acaba el tiempo del plazo
Y el cielo á nublarse empieza.
¿Has inspirado á su alma
Rabia y á su brazo fuerza?
Luzb. El hombre es un sér imbécil,
La supersticion le lleva
Tras de sí, por donde quiere,
Y los zelos enagenan
A Nacor.
Tent. Sem cree que tú
Le puedes dar con tu ciencia
Un remedio que á Jafet
La fé y la razon le vuelva.
Luzb. ¿Vencemos, pues?
Tent. Sí, vencemos:
Esa familia funesta
Que de Dios favorecida
Es la sola que reserva
Del universal castigo,
Ya está en el delito envuelta.
Jafet, de amor embriagado,
Solo de su amor se acuerda;
Sem por amor de su hermano
De nosotros se aconseja.
Serafila en poder nuestro,
Del crímen de todos prenda,
Llora y de Dios desconfia,
Que así olvidada la deja.
Noé grita inútilmente,
Y lastimoso profeta
De asolaciones, al pueblo
Sirve de escarnio y de befa.
Mas el plazo se concluye,
La desolacion se acerca,
Y en vano llama á sus hijos,
Que insensatos se dispersan
Y á sus palabras no acuden.
Sonará la hora tremenda,
Y no llegando ninguno
A tiempo, el agua soberbia
Llevará el arca vacía
Y la raza humana es nuestra.
Luzb. Y á manos de Nacor muerto
Sem, en su raza no engendra
A esa muger, cuya planta
Quebrantará mi cabeza.
Tent. Voy, pues, aquí á introducirle.
Luzb. Y si los manjares prueban
Que les tengo prevenidos...
Tent. Yo me sentaré á la mesa
Con ellos, y á cuenta mia
Fíalo todo.
Luzb. Pues ea,
Introduce á Sem.—¿Nacor?

ESCENA V.

LUZBEL, NACOR.

Luzb. En ese aposento entra,
Donde á un hijo de Noé
Te llevará la estrangera.
Comed en su compañía
Sin temor y con paciencia,
Y en todo cuanto te mande
Esa muger, obedécela
Sin vacilar y no tiembles
Suceda lo que suceda,
Porque vuelvo á prevenirte
Que en los astros y en las yerbas
El viejo Noé á su antojo
Mágico poder encuentra,
Y si le ha dado á entender
Un accidente cualquiera
Nuestro intento, acaso puede
Que destruirle pretenda
Con algun falso prodigio;
Mas fíate en la estrangera,
Que es mas sabia que Noé
Y no ha de poder vencerla.

Come, pues, y regocíjate,
Porque cuando se sumerja
El sol mañana en los mares,
Antes que desaparezca
Nos dejará ya vengados;
Y tuya ya esa belleza
Tenaz, partirás por siempre
Tu lecho nupcial con ella.
Nac. Vamos; empero, ¡ay de tí!
Si no cumples tus promesas.
Luzb. Te juro que el mismo lecho
Partís mañana. (La tierra, (*Entra Nacor.*)
Donde el pabellon flotante
De las aguas turbulentas
Cobijará vuestro sueño
Por la eternidad entera.)

ESCENA VI.

LUZBEL, LA TENTACION, SEM.

Tent. Del amigo de Nacor
Ya, Sem, en presencia estás.
Háblale, que ambos estamos
Dispuestos á remediar
Tu pesadumbre.
Sem. Estrangero,
A tí esa muger me trae
Diciéndome que tu ciencia
Y con Nacor tu amistad
Puede á mi hermano Jafet
Su recto juicio tornar.
De sus zelos iracundos
En un esceso brutal
Nos hizo á los recios troncos
De los árboles atar,
Quitando á Jafet su esposa,
Cuya perfecta beldad
Le enamoró hasta el estremo
De írsela á arrebatar.
A desatarnos al cabo
Vino nuestro hermano Cam,
Mas de mi hermano Jafet
La pesadumbre era tal,
Que no recobró su juicio
Al cobrar la libertad.
Por los montes y las selvas
Anda el pobre sin cesar
A Serafila llamando,
Que no responde jamás.
Y desolados nosotros
Con esta calamidad
Nuestras obras descuidamos
A Jafet por consolar.
Luzb. Noble mozo, no prosigas;
Comprendo todo tu afan
Y poner está en mi mano
Un remedio á tanto mal.
Entra en ese apartamiento
Donde á Nacor hallarás,
Y esa estrangera los medios
De obligarle te dará
A volverte á Serafila
Por fuerza ó por voluntad.
Nosotros hemos creido
La inspiracion celestial
Que en tu padre brilla, y vamos
Sus consejos á tomar:
Y para que crea en nuestro
Arrepentimiento mas,
A su familia queremos
Volver el gozo y la paz,
Y hacerle asi que interceda
Con la divina piedad
Para que en el arca vuestra
Nos facilite un lugar.
Sem. Pues daos prisa, que es corto
El plazo otorgado ya.
Luzb. Pues entra, que antes del dia
Al arca nos guiarás.
Sem. Entro pues.
Luzb. (¡Virtud imbécil!
¿Quién no te ha de alucinar?
De todos te fias crédula
Y tras de todos te vas.)

ESCENA VII.

LUZBEL, LA TENTACION.

Luzb. ¡Perezca la estirpe santa
De María! Sin temblar
No puedo pensar en esta
Predestinacion fatal.
¡Una muger de su raza
En mi frente el pié pondrá!
Tent. Si Dios nos deja esta noche,
No ha de poderlo lograr.
Voy á encender en Nacor
La sed de sangre.
Luzb. A cerrar
Voy yo este antro de manera
Que no se encuentre jamás
La salida ni la entrada,
Y aquí permanecerán
Nacor y Sem, hasta que
Del diluvio universal
Las aguas llenen el hueco
De la caverna; y será
Tal el poder del encanto
Con que la voy á sellar,
Que deshacerle del cielo
Ningun arcángel podrá,
Y Dios tendrá en su favor

Por sí mismo que mediar.
Tent. ¿Y Cam?
Luzb. Cam saldrá primero,
Porque solo ha de engendrar
Hijos tan sin fé como él,
Y ese sí se salvará.
Tent. Obra pues : yo cuido de ellos.
Luzb. Vé, yo cuidaré de Cam.

ESCENA VIII.

LUZBEL.

Espíritus siervos mios,
Mis intentos realizad.
(*Dos diablos gigantescos sacan suspendido en una palanca un racimo de uvas colosal, manteniéndole en medio de la escena.*)

ESCENA IX.

LUZBEL, CAM.

Luzb. ¿Cam?
Cam. Aquí estoy.
(*Una de las uvas del racimo se abre y la cabeza de Cam queda en su lugar.*)
Luzb. Tú has nacido
Solamente para el mal,
Y que aprendas es preciso
Todo lo malo.
Cam. Pues ya
Puedes empezar el curso
Si esta es la universidad.
Luzb. Gloton eres por las uvas.
Cam. Me comeria voraz
A mi padre hecho racimo.
Luzb. Pues hecho racimo estás.
Cam. ¡Demonio!
Luzb. A tí mismo cómete.
Cam. ¿Y qué va de mí á quedar
Si yo á mí mismo me como?
Luzb. Cómete y ya lo verás.
Las uvas son un veneno;
Con él embriágate, Cam,
Y cuando á la tierra vuelvas
Envenena á los demas.
Quiero que á la raza humana
Puedas otro vicio dar
Tan infame, que del hombre
Haga un sér irracional.

ESCENA X.

CAM.

¡Pues es comision bonita!
¡Eh! maestro, ¿dónde vas?
¡Toma! ¡Y se larga!... ¡Maestro!
No, pues que darme tendrá
Una esplicacion mas clara;
Pero, ¡por mi abuelo Adan!
Que no soy mas que un racimo...
Y estoy colgado... no hay mas.
Soy un racimo : ¡y qué gordas
Que doy las uvas! ¿Serán
Albillas ó moscateles?
Yo me las voy á catar.
¡Demonio! ¿Y si al arrancármelas
Del rampojo me hago mal?
Pero estas dos de las manos
Que no hacen mas que estorbar
Mis movimientos... lo que es
Estas al menos caerán.
Quiero saber á que sé
Y si aun estoy en agraz.
(*Se lleva á la boca una mano que será uva, y aplicándola á la boca y chupando el jugo, desaparece.*)
¡Buen jugo tengo! ¡Y qué dulce
Que soy! ¡Adelante! Ya
Tengo libre una manita.
Vamos á la otra. ¡Ah ja, ja!
(*Hace lo mismo con la otra mano.*)
¡Esto sí que es tener gusto!
Pues, señor, voy á acabar
Conmigo, y si me retoñan
¿Para qué quiero yo mas?
(*Va chupando todas las uvas, que desaparecen conforme las va chupando, hasta quedar solo los palos del racimo, que son el mismo actor.*)
El demonio de las uvas,
¡Y qué calorcillo dan!
Vamos con ellas. ¡Qué diablo!
No quede por cortedad
La última... ¡Qué alegrito
Que me pongo!... soy capaz
De reirme ahora en las barbas
De mi padre. (*Se rie.*)
(*Se baja del esqueleto del racimo y se tambalea como borracho.*)
Le he de dar
Cuando le vea el consejo
De que chupe uvas... quizá
Se ponga como yo alegre,
Y deje de predicar.
¡Ay Dios mio... mi cabeza...!
¡Cuántas vueltas que me dá!

¡Cuántas estrellitas veo!
¡Ay, yo me voy a tumbar!
Esto es algun terremoto.
¡Qué bien á la larga está (*Se tiende.*)
Tendido un hombre! ¡Ah qué sueño!
(*Bosteza.*)
Pues, señor, de este lugar
No me meneo aunque venga
El diluvio universal.
(*Cam, que se ha tendido á un lado en la escena, queda inmóvil. Una voz dice dentro:*)
Voz. ¡Huid á la voz de Dios,
Misterios de Satanás!
(*A estas palabras se efectúa rápidamente la trasformacion.*)

SEGUNDA PARTE.

Decoracion de campo: terreno montuoso. Vista esterior del arca, de la cual no se ve mas que el frente donde está la puerta practicable. Cam queda entre los pedruscos en que se tiende en la escena anterior, entre los que pueda figurarse que no le perciben los actores de la siguiente escena.

ESCENA XI.

JAFET, QUE SALE POR LA DERECHA; NOÉ, QUE SALE DEL ARCA; DESPUES SEM, QUE TRAE A SERAFILA; CAM, DORMIDO.

Jaf. ¿Padre, señor?
Noé. ¿Quién llama? ¿qué voceas?
(*Saliendo del arca.*)
¡Jafet!
Jaf. Padre, yo soy, yo soy quien llamo,
Para que salgas, sí, para que veas
Volver con mi razon á la que amo.
Noé. ¡Serafila!
Jaf. Privada un año entero
Estuvo de la luz del claro dia
Esclava del poder de un hechicero
Amigo de Nacor, que le servia.
Sem mi hermano la halló. — Dios soberano
A poder la condujo de mi hermano.
Noé. Dios, hijo mio; sí. Yo en Dios fiaba:
Me prometió que mi familia entera
Salvaria, y completa la esperaba
Tener hoy junto á mí. — La postrimera
Vez que miran la luz esos impíos
Es hoy. Dios os bendice, ¡oh hijos mios!
Ser. ¡Padre, señor! (*Que sale.*)
Noé. ¡Oh hermosa Serafila!
¿Dónde has estado?
Ser. No lo sé: en un sueño
Maléfico tal vez; pero tranquila.
Dios velaba por mí.
Noé. Dios es el dueño
De todo, el protector de la inocencia;
Y al volveros, rompiendo el maleficio,
A tí tu libertad y á tí tu juicio,
Adoro su benigna providencia.
Escuchad, hijos mios: llegó el dia
De la desolacion, de la agonía.
La voz de Dios, que me previno el daño
En la cima del monte hoy hace un año,
Hoy ha vuelto á sonar en mis oidos
Dejándome embargados los sentidos.
Despuntaba la luz cuando á mi lado
Sentí al Señor y me sentí aterrado.
« Despiértate, me dijo;
Noé, dichoso hijo
De Lamec, ya del mundo que obstinado
Tus avisos tan ciego ha despreciado,
Llegó el último dia.
De par en par abierta
Todo el dia de hoy por órden mia
Deja del arca la segura puerta,
Y hoy obedientes al mandato mio
Aprovechando el crítico momento,
De cuantas aves tiene el vago viento,
De cuantas fieras guarda el bosque umbrío,
De cuanto sér viviente el mundo abarca,
De cada especie dos, segun mi intento,
Desde el mas familiar al mas bravío,
Vendrán humildes á acogerse al arca.
Cuando veas entrar la postrimera
Pareja, tú en quien por mí se funda
El sér primero de la edad segunda,
Encierra en la arca tu familia entera.
Pero sé firme, inexorable, recto:
Que por tí no se libre del castigo
El niño, el viejo, el deudo ni el amigo.
Con los tuyos no mas á tí te acepto.
Pues solo quiere mi piedad divina
Que tu muger, tus hijos y tus nueras
Contigo esquiven la tremenda ruina,
Contigo salgan de las ondas fieras. »
Esto me dijo Dios: que se volvia
A los cielos sentí, porque mi alma
De su santo pavor volver sentia,
Y sentí renacer mi fé y mi calma.
Orad, pues, al Señor mientras la hora
De obedecerle llega. Un solo duelo,
Una pena no mas, un desconsuelo
El corazon me aflige en esta hora.
Sem y Jaf. ¿Cuál, padre?
Noé. Mi hijo Cam. ¿Dónde se esconde?
Jaf. Tan ciego á su apetito corresponde
Que su virtud con su familia olvida,
Y con esos infames ciudadanos
En sus deleites torpes y profanos

Pasa infeliz su vergonzosa vida.
Noé. Hijo ingrato, ¡ay de mí! ¿Pero qué veo?
¿No es aquel que en el suelo está tendido,
O acaso es ilusion de mi deseo?
Jaf. Él es.
Noé. ¡Si estará muerto!
Sem. Está dormido.
Noé. ¿Cam, hijo mio, Cam?
Cam. ¡Ola! ¿qué es eso?
Noé. Despierta, que ya es hora
Cam. Si en lo mejor del sueño estoy ahora.
Noé. Mira, Cam, que el dormir con tal esceso
En vez de dar vigor las fuerzas mengua.
Cam. Es verdad: en la punta de la lengua
Se me figura que te tengo á peso.
Noé. Pero en fin, ¿qué es lo que tienes?
¿De qué nace ese sopor
Que te tiene entorpecidos
Los sentidos?
Cam. ¡Qué sé yo!
Pero, ¡calla! ya me acuerdo,
Mirad: yo era un racimon
De uvas, colosal, enorme,
Fabuloso, y como soy
Tan voraz para esa fruta
Poquito á poco, una, dos,
Tres, me las engullí todas...
Es decir, me engullí yo
A mí mismo, porque al cabo
Yo era el racimo.
Noé. ¡Por Dios,
Cam, que me estás con tus chistes
Traspasando el corazon!
Cam. ¡Buen chiste te dé Dios, padre!
Noé. ¡Hijo infame! viendo estoy
Que el trato con los impíos,
No tan solo pervirtió
Tu alma, sino que ultrajando
La dignidad que el Señor
Puso en el hombre, no eres
Mas que un insulso bufon.
Cam. Asi hay hoy muchos y pasan
Por sabios con mucho honor.
Mas te juro que he sido uva.
Noé. Ya basta. Venid en pos
De mí, porque el plazo llega.
Cam. ¿Qué plazo?
Noé. La inundacion
De la tierra.
Cam. ¡Toma, toma!
¿Ahí estamos del sermon
Todavía? Idos vosotros
Y dejadme á mí, que yo
No me ahogo en tan poca agua.
Dejadme dormir.
Noé. Pues no
Dormirás aunque te pese.
Cam. Pues no es mala la aprension.
Dejadme, y aunque me trague
Vuestro diluvio.
Noé. Eso no,
Que á tí por de mi familia
Quiere guardarte de Dios
La Providencia, porque
Seas el progenitor
De hijos malos, que corrompan
Mi futura sucesion.
Cam. Pues si de los malos deja
En mí la semilla Dios,
¿A qué se cansa en enviarnos
Ahora ese chaparron?
Malos por malos, lo mismo
Da dejar á los que hay hoy.
Noé. Porque brille la virtud
Del vicio en oposicion.
Dios tolerará los malos
Por piedad, no por rigor,
Porque á no haberlos, no hubiera
Materia para el perdon.
Cam. ¡Pardiez! mi padre lo dice
Como quien tiene razon.
Noé. Pues si la conoces, sígueme
Como tus hermanos.
Cam. Voy.
Noé. Y para ahuyentar el sueño
Yo te daré ocupacion.
Cam. ¿Cuál?
Noé. Cuando vengan las fieras
Serás su recibidor
Puesto á la puerta del arca.
Cam. ¿Qué fieras?
Noé. Las que á ella Dios
Envia para que quede
De todas generacion
Despues del diluvio.
Cam. ¡Ay padre
De mi alma! como soy
Cam, protesto que mientras
No las vea en procesion
Venir al arca, no creo
En tal diluvio.
Noé. Pues no
Tardarás mucho en creerle,
Porque ya viéndole estoy.
(*Éntranse en el arca.*)

ESCENA XII.

LUZBEL, NACOR.

Nac. Te digo que aun me estremezco.
Luzb. Pues yo te digo, Nacor,
Que del saber de Noé

Engaños nada mas son.
Yo te lo habia prevenido:
Mas te juro que tu amor
No te ha de dar ya tormento
Esta noche, porque voy
A hacer el último esfuerzo
De mi ciencia y mi valor,
Y á burlarme de Noé
Robándole su invencion.

Nac. ¿Cómo?

Luzb. Escucha: hoy es el dia
Que en su plazo señaló
Para su diluvio: pues
Antes que alguna ilusion
Forme él con que os amedrente,
Voy á amedrentarle yo.
Voy á hacer que los nublados
Obedientes á mi voz,
En el aire de repente
Se aglomeren en monton;
Y cuando él vea que el suyo
Por otro poder mayor
Está vencido, ante el pueblo
Vendrá con humillacion
A entregarte á Serafila
Confesándose impostor.

Nac. Si tal puedes...

Luzb. La cabeza
Levanta: y en la estension
Del cielo mira las nubes
Que se amontonan, Nacor.

Nac. ¿Y si esas las que predice
Noé y verdaderas son?

Luzb. Alma cobarde, en mí fia,
Y míralas sin temor.
Allí viene la estrangera,
Que conoce mi intencion,
Y ha prevenido ya al pueblo;
Y el pueblo conocedor
De mi poder, con mas fé
En mí que tú, viene al són
De las cítaras con danzas
A provocar mofador
A Noé, de sus pronósticos
Haciendo justa irrision.
Danzad, pues, y escarnecedle,
Y no cedais al pavor
Aunque veais que los cielos
Se desgajan en turbion.
Yo soy quien lo hago.

Nac. Hazlo, pues.

Luzb. Voy (á ver la perdicion
De criaturas que, imbéciles,
Deshonran al Criador).

ESCENA XIII.

NACOR, LA TENTACION, TARÉS, MUSICOS, BAILARINES, PUEBLO; CAM, A LA PUERTA DEL ARCA.

Tent. Guardad silencio hasta el punto
De llegar: que no nos sientan.

Cam. ¡Ola! ya por allí viene
Con su gente la estrangera.
Aquí estoy pintiparado
Para presenciar su fiesta.

Tent. Aquí delante del arca,
Para que mas claro entienda
Que á mofarnos de él venimos,
Pongámonos: mas en cuenta
Tened desde ahora que todo,
Suceda lo que suceda,
Es obra de nuestro amigo,
Que puede hacer con su ciencia
Los prodigios mas estraños.
Reid, danzad sin cautela,
Aunque que van á inundarse
Las llanuras os parezca:
Pues todo será aparente;
Y cuando salga á la puerta
Noé del arca, mofadle
Sin miedo y sin reverencia.

Cam. Buena le aguarda á mi padre
Si su relacion es cierta.

Tent. Ea, acércate, Nacor,
Y vosotros formad rueda.
Empezad ya.

Tar. Pues que canten.

Cam. Esto, esto sí que alegra.

Mús. Sal, Noé, sal á la puerta
(*Cantan.*)
De tu famoso cajon,
Verás el caso que hacemos
Del diluvio de tu Dios.
Sal, pues, y haz que llueva, que el plazo llegó;
O entrar en la danza te haremos sinó.
(*Relampaguea y truena.*)

Tent. Seguid, seguid sin temor;
Esto es que á surtir empiezan
Su efecto los artificios
De nuestro amigo.

Tar. Es que truena
Y empieza á gotear, de modo
Que á la verdad asemeja.

Tent. ¿Y á quién de engañar se habia
Si verdad no pareciera?
Aun vereis cosas mas grandes
Y mas difíciles que esa.
Ved como á pesar de todo
Noé su cajon no deja.

Tal vez contra el hechicero
Reconoce su impotencia.
Cantad, pues, hasta que salga
Y su descrédito vea.
Mús. Sal, Noé, que te esperamos
(*Cantan.*)
Para decirte á una voz,
Que no hay mas Dios que el placer
Y es el placer nuestro Dios.
Sal, pues, y confiesa, Noé embaucador,
Que hay otro poder que el tuyo mayor.

ESCENA XIV.

DICHOS; NOÉ, DESDE EL ARCA; SEM, QUE SALE DETRAS DE ÉL, SE QUEDA A LA PUERTA.

Noé. ¡Insensatos, prosternaos!
Los momentos que aun os quedan
Aprovechad, que aun os puede
Perdonar la Providencia.
Tent. Te conocemos: en vano
Que obran tus encantos piensas.
Sabemos que esos prodigios
No son tuyos.
Noé. Ni hay quien pueda
Suponerlos obra de hombres,
Sinó la ignorancia vuestra.
Ada, Serafila, Bártena,
Hijos mios, daos priesa,
Que ya nos envia Dios
Las señales postrimeras.
Cam. Esto sí que ya no es broma:
Por allí suben las fieras.
Nac. ¡Ay, me asalta el corazon
Una terrible sospecha!
(*Salen Ada, Bártena, Célfora y Serafila con Jafet: todos entran en el arca.*)
Ser. Aquí nos tienes, señor,
A obedecerte dispuestas,
Y despues del sacrificio
Purificadas.
Noé. Con ellas
Id, hijos, adonde os toca.
(*Entran en el arca Jafet, Serafila, Ada, Bártena al fin.*)
Cam. Y son las primeras fieras
Que encerramos en el arca.
(*Comienzan á entrar las fieras en el arca.*)
Nac. Pero, engañosa estrangera,
Dios nada mas de aquel modo
Dominar puede á las bestias.
Tent. Ilusiones de Noé.
Cam. Ilusiones, ¿eh? pues llega,
Llégate á pasar la mano
Por el lomo á esta pantera.
Tar. ¡Qué asombro! los animales
Humillando su fiereza
Vienen al arca.
Cam. ¿Quién dentro
Con esta gente se arregla?
Noé. Dios que las envia.
(*Luzbel se presenta en lo alto de una montaña, en segundo término.*)
Tent. Ved.
Ya el autor de esta apariencia
Se os muestra allí satisfecho
De su triunfo en la soberbia.
Nac. ¡Qué! ¡aun esto es falso!
Tent. ¿Pues no?
Noé. ¿Aun hay quien dudarlo pueda?
¡Hombres incrédulos!
Cam. ¡Ola!
Dios guarde á su reverencia,
(*Pasa la pareja de los asnos.*)
Señor burro. Este á lo menos
Camina con sus orejas
Al aire; pero doctores
Conozco en artes y en letras,
Que en vano ocultan las suyas
Con la borla y la muceta. (*Rebuzna.*)
¡Famosa voz! muchos cantan
En liceos y academias
Mucho peor. ¿Tambien zorras?
(*Pasan las zorras.*)
Padre, esas sí que no entran.
Noé. ¿Porqué, necio?
Cam. Porque son
Las zorras gente muy diestra,
Que á quien se las junta engañan,
Y á poco que anden con ellas
Van luego á salir del arca
Zorras, hasta las ovejas.
¿Gatos tambien? Quiera Dios
Que escribanos no se vuelvan.
¡Ola! lobitos y alanos;
Esta ya es gente de presa:
¡Como no salgan bolsistas
O contratistas! ¡Qué gresca
Que se vá á armar allá dentro!
Caballos, toros, culebras,
Osos; ¡cuánta gente hace hoy
El oso, sin que lo advierta!
Patos, perdices, gallinas...
¡Ay! lo que es las castas estas
Sí que se pierden, si dentro
Del arca doy yo con ellas.
Noé. ¡Cam incorregible! Vamos,
Que las aguas acrecientan.
Cam. Allá voy, porque el diluvio
Parece que vá de veras. (*Éntrase Cam.*)
Noé. Ya están todos: ahora, ampárenos
La Divina Providencia.

Vosotros encomendaos
A los que ha creido vuestra
Ceguedad. Las nubes van
A verter sobre la tierra
Las cataratas del cielo
Y el horror de las tinieblas.
Cuando rotas se disipen,
Será dejando ya en ella
Los espumosos torrentes
Que en su hinchado seno encierran.

(*Entra Noé en el arca. El ruido de los truenos rompe con fragor. Las nubes espesas descienden y dejan el tablado completamente oscuro. Cuando las tinieblas se disipan, la lluvia espesísima es perceptible. Los actores están agrupados al rededor de la Tentacion, en pié.*)

ESCENA XV.

LUZBEL, LA TENTACION, NACOR, TARÉS, PUEBLO.

Nac. Sálvanos, tú que el estrago
Con faz tranquila contemplas.
Tent. No: yo os abandono ahora.
(*Se hunde.*)
Todos. ¡Cielos!
Luzb. Las aguas soberbias
De los mares y los rios,
Desbordados os rodean
Por todas partes.
Nac. ¡Gran Dios!
¡Misericordia! (*Se arrodillan.*)
Luzb. Es ya tarde,
Gente estúpida y perversa.
Yo soy Luzbel; y á esperaros
Voy del averno á las puertas,
Donde caerán vuestras almas
Como al agua que os anega. (*Húndese.*)
Nac. Huyamos á las montañas.
Unos. ¡Dios mio!
Otros. ¡Piedad!
Otros. ¡Clemencia!

(*Inundacion. Las aguas crecen hasta cubrir todos los trastos de la escena, al són de una música á propósito.*)

ACTO TERCERO.

Un valle de la Armenia: en el fondo vista del arca atracada entre unos peñascos: vista pintoresca de la tierra despues de la inundacion.

—

ESCENA PRIMERA.

NOÉ, SEM, JAFET, CAM, BARTENA, SERAFILA, ADA, CÉLFORA.

Cam. Bien auguró la paloma
Con su ramilla de olivo.
Ya estamos en casa nueva.
Ser. Ya está todo seco y limpio
Otra vez sobre la tierra.
Cam. En tal baño la han metido.
Noé. Hijos, pues de este desastre
Nos salvó Dios compasivo,
Ofrezcámosle devotos
El holocausto debido
A tan gran misericordia.
De aquel cordero inmarchito
Y aquellas blancas palomas
Que para este fin metimos
Dentro del arca, le haremos
Al instante un sacrificio.
Id cada cual por su lado
Y buscad por estos sitios
La piedra mas á propósito,
La leña y los utensilios
Necesarios, y si hallais
Por esos valles fructíferos
Frutos en sazon, traedlos,
Que deben ser ofrecidos
Al Señor como primicias.
Cam. Y no me echeis en olvido
Si están granadas las uvas
De traerme un racimillo.—
Y vos recordad sobre eso (*A Noé.*)
Lo que en el viaje os he dicho.
Noé. Id, hijos mios. Empero
Advertid que os notifico
Que no entreis mas en el arca,
Que asi Dios nos lo previno,
Porque es figura de aquella
Arca mejor, en que él mismo
Vendrá á libertar al mundo
Del diluvio del delito.
Cam. Y digo ¿en toda la tierra
Solo nosotros vivimos?
Noé. A los ocho solamente
Libró Dios de este conflicto.
Cam. Pues no nos han de estorbar
El sueño nuestros vecinos.
Noé. Solos, ¡gran misericordia!

Entre el número infinito
De vivientes nos libró.
¿Qué holocausto, aunque encendido
Vaya en ardientes plegarias,
No será pequeño indicio
De nuestro agradecimiento?
Ea, vamos divididos
A buscar lo necesario
Para nuestro sacrificio.
Ven, Cam.
Cam. Yo me quedo aquí,
Que puesto que repartidos
Vais, no es justo que se quede
Este lugar sin registro.

ESCENA II.

CAM.

Pues, señor, heme aquí solo,
Y aquí ahora en soledad
Voy conmigo mismo á solas
Una sola cuenta á echar.
Vamos á ver: dice padre
Que soy malo: en realidad
No soy bueno: mas ser malo
¿Me trae á mí ningun mal?
Todo al contrario: yo soy
Malo para los demas,
Pero para mí escelente;
Por aquí, pues, gano ya
En ser malo cuando menos
El serlo en mi utilidad:
Con que por aquí me sale
La cuenta en *cero* y en paz.
Mi padre es un hombre santo;
Convenido. Era verdad
Todo lo que nos decia
Del diluvio universal:
Esto es un hecho innegable
Puesto que á la vista está.
Dios le avisó: él hizo el arca,
Nos zampó en ella y andar:
Sobre el agua dando tumbos
Corrimos hasta que *rás*,
En medio de estos peñascos
Nos sentimos encallar.
Nos salvamos. Aquí es donde
Pregunto yo á un imparcial,
¿De ellos buenos á mí malo,
En resolucion, qué vá?
Maldita la cosa: al cabo,
Pues nos salvamos á par
Las ventajas del negocio
Solo por el malo están.
Ellos pasaron la vida
Por los montes en gipar,
Y en hacer el arca un año
De fatigas y de afan.
A mí me la dieron hecha,
Tras de haberme en la ciudad
Pasado una vida alegre,
Tranquila y patriarcal.
Yo me he divertido en grande:
Me he puesto á quien puede mas
Con mis gustos, y me he dado
Buen atracon de pecar:
Con que á lo malo me atengo
Si por resultado da
Comer bien, holgar mejor
Y á pierna suelta roncar.
Resuelto estoy. Cam me quedo
Aunque llamen malo á Cam:
Que el malo con buena suerte
Hace bien lo que otro mal.
La vida es una bicoca:
No quiero tomarme afan
Por ella: tomarla á pechos
Es ponerse á reventar.
(*Luzbel sale por detrás de Cam por escotillon y se queda contemplándole.*)
Dios es bueno, y pues me guarda
Para simiente del mal
Como me dijo mi padre
Él lo que se hace sabrá.
¿Porqué en oponerme á Dios
Me tengo yo de empeñar?
Por malo me salva: en siéndolo
Cumplo yo su voluntad.
A correrla pues: el mundo
Dios á nosotros no dá,
Y solos por él campamos.
Luzb. No tan solos, señor Cam.

ESCENA III.

CAM, LUZBEL.

Cam. ¡Demonio! ¿Quién es este hombre?
Luzb. Que te ha sorprendido veo
Hallarme aquí.
Cam. Yo lo creo.
Luzb. ¿Pues qué hay en mí que te asombre?
Cam. ¡Ahí es nada! ¡Otro hombre vivo!
A no que te haya salvado
En su vientre algun pescado
Cómo aquí estás no concibo.
Luzb. No te entiendo.
Cam. Ni yo á tí.
Luzb. Pues espliquémonos.
Cam. Pues
Esplica ¿qué tierra es
Esta?

Luzb. La Armenia.
Cam. ¿Y aquí
Quién te trajo?
Luzb. Dios me trajo.
Cam. Mas por qué camino fuese
No entiendo.
Luzb. Naciendo.
Cam. Ese
No es camino, que es atajo.
Luzb. Pues no hubo otro: aquí he nacido
Aquí me crié hasta hoy,
Aquí vivo y aquí estoy.
Cam. ¿Por aquí, pues, no ha llovido?
Luzb. Llueve aquí tódos los años
Muchas veces.
Cam. ¿Mas ninguna
Os anegó?
Luzb. Por fortuna
Nuestra nunca: mas, ¿qué estraños
Discursos tu seso encierra?
¿Quién eres tú aquí, estrangero?
Cam. Soy el mayor majadero
Que hubo jamás en la tierra.
Figúrate tú que yo
Soy hijo de un viejo loco
Que dió en creer poco á poco
En un diluvio, y que dió
Tan de lleno en tal locura
Que mis hermanos creyeron
En ella y se previnieron
A la inundacion futura.
Construyeron un arcon
Hecho para navegar,
Ancho y capaz de encerrar
Medio pueblo.
Luzb. ¡Qué aprension!
Cam. Ello es que aprension ó no
Un dia dió en diluviar
De firme: nos hizo entrar
Mi padre en la arca y cerró.
Luzb. ¡Qué desatino!
Cam. Confieso
Que paré en él en creer:
Porque jamás pienso ver
Un chaparron mas espeso.
¡Qué relámpagos! ¡qué truenos!
¡Y qué llover tan sin tino!
Si duró, á lo que imagino,
Treinta dias por lo menos.
Ya se ve, con señas tales,
¿Quién lo habia de dudar?
Nos sentíamos llevar.
Luzb. Ya se ve, por animales.
¡Já, já! pues ahora doy
En todo y todo lo entiendo.
Cam. No, pues yo no lo comprendo.
Luzb. Pues á esplicártelo voy.
Vuestros paisanos que os vieron
Dentro del arca encerrados,
Dijeron: «De estos menguados
Librémonos:» ¿y qué hicieron?
Todas sus bestias atando
A aquel arcon que os encierra,
Os echaron de su tierra
Bonitamente, prestando
Con esta ingeniosa maña
Pábulo á vuestra demencia,
Y héte aquí por consecuencia
Trasportado á tierra estraña.
Cam. Pues, señor, yo no me avengo
Con esa interpretacion.
Luzb. ¿Tienes tú otra esplicacion
Mejor que esa?
Cam. No la tengo.
Luzb. ¿Pues entonces?
Cam. Aquí hay algo
Que yo comprender no puedo:
Y yo en mis trece me quedo
Y así del arca no salgo.
Luzb. ¿Dices que allá diluvió?
Cam. Sí.
Luzb. Pues aquí no; ¿de allí
Salísteis en la arca?
Cam. Sí.
Luzb. ¿Vísteis el camino?
Cam. No.
Luzb. ¿Vivo no me hallas á mí?
Cam. Sí.
Luzb. Luego no me anegué.
Cam. Claro está.
Luzb. Con que no fué
Cierto el diluvio.
Cam. Caí
Del asno.
Luzb. Con que tu padre
Mintió.
Cam. Sí: y de cualquier modo
Mi padre y yo al fin de todo
Somos, por mal que nos cuadre
Por mentir y haber creido,
Yo el mas sandio majadero,
Y él el mayor embustero
Que de muger han nacido.
De entenderlo no concluyo,
Mas vives, y en conclusion
Noé ha sido un trapalon
Y no hay diluvio.
Luzb. Ahora arguyo
Que eres hijo de Noé.
Cam. Sí.
Luzb. Pues que saber no tengo
Ya mas.
Cam. ¿Porqué?
Luzb. Porque de él
Noticias acá tenemos,
Y pasa por el mas grande

Farsante del universo.
Cam. ¡Pues tiene acá buena fama!
Luzb. Y la merece por cierto:
Porque es un viejo fantástico
Embaucador y embustero
Que solo atiende á embriagarse.
Cam. Antes que de aqui pasemos,
¿Qué es embriagarse?
Luzb. Embriagarse
Es perder del todo el seso
Con la fuerza de un licor,
Con el zumo de uvas hecho.
Cam. ¡Calla! pues yo me he embriagado
Una vez, segun recuerdo.
Luzb. ¡Cómo!
Cam. Comiéndome á mí:
Yo era uvas.
Luzb. No te entiendo.
Cam. Ni es del caso: con que sigue
Adelante con tu cuento.
Luzb. Pues ese viejo vicioso
Solo á su gusto atendiendo
Mirando andaba las plantas
Que con el grande deseo
De producir liberal
La tierra brotó sin tiempo.
No buscó para sus hijos
El providente alimento
A lo que nació obligado
Como padre y como dueño
Sino para sí no mas:
Y fué permision del cielo
Que hallara esa rica fruta,
Y al verla en racimos bellos
Esprimiéndola el humor,
Pensando hallar alimento
Se halló en su fuerte bebida
Un fermentado veneno. (*Cam se rie.*)
¿De qué te ries ahora?
Cam. ¿Pues de reirme no tengo
Si todo eso es obra mia?
Luzb. ¡Cómo!
Cam. En el arca viniendo
Le aconsejé que en hallando
Uvas si estaba sediento,
Que el zumo las esprimiese,
Que una vez lo habia yo hecho,
Y que era un brebaje sano,
Y sobre todo un refresco. (*Se rie.*)
Luzb. Pues yo le he visto tendido,
Tan desnudo y descompuesto,
Que sé que aunque sea tu padre
Has de hacer burla de verlo.
Cam. Eso si: yo soy capaz
De hacer burla de mi entierro.
Luzb. Pues ven á verle, que cerca
Está, en su embriaguez envuelto,
Y te va á dar mucha risa.
Imagina si un sugeto
Que caduca de ese modo
Merece de nadie crédito.
Cam. Vaya, pues, echa adelante.
Luzb. De la sombra está á cubierto
Que le dan las mismas vides
Que el fruto traidor le dieron;
Y entre el tupido ramaje
Yace tendido en el suelo.
Cam. Pues vamos allá.
Luzb. Pues sígueme.

ESCENA IV.

Trasformacion de un emparrado fantástico. — Noé tendido á su sombra.

LUZBEL, CAM, NOÉ.

Luzb. Mírale: aquí está.
Cam. ¡Soberbio!
¡Brava figura por Dios!
Tener la risa no puedo.
¡Qué gestos hace! ¡Ah vejete!
Caistes en el anzuelo.
Llamar quiero á mis hermanos.
Luzb. Dices bien: allí los veo
Venir.
Cam. Hermanos, llegaos
Por acá, y sabreis sucesos
Que os asombren, y de padre
Os reireis.

ESCENA V.

DICHOS; SEM, JÁFET.

Jaf. Cam, ¿qué es esto?
Cam. Esto es, que no hubo diluvio.
Sem. Hermano, ¿qué estás diciendo?
Cam. Lo dicho: el diluvio es solo
De nuestro padre un enredo.
Morador de estas montañas,
Mirad aquí á este estrangero
Que vive hace muchos años
Ahí en un vecino pueblo.
Jaf. ¡Qué asombro!
Sem. Eso es imposible.
Cam. ¡Imposible! y lo estais viendo.
Sem. Yo tengo mas fé en mi padre
Que en lo que yo mismo veo.
Cam. Pues ved á ese viejo loco
Embriagado y descubierto,
(*Luzbel desaparece.*)
Y dad fé á sus disparates.
Miradle.
Sem. Cam, yo respeto
De mi padre hasta las faltas,

Como cumple al hijo bueno,
Que á Dios en su padre mira,
Y á abrigar voy como debo
Su desnudez con mi ropa.
Jaf. Yo tambien cubrirle quiero
Con la mia.
Cam. Pues yo no,
Y maldito si le creo
Mas en mi vida.
Sem. ¡Hijo infame,
Mónstruo vil sin compañero,
Indigno del sér que tienes,
Pues el paternal respeto
Ultrajas, cuando le guardan
Los mismos brutos!
Cam. Con ellos
Mereceis andar vosotros
Que creeis sus devaneos.
¡Diluvios!... Yo á tu lugar
Me voy contigo, estrangero.
¿Mas dónde está?
(*Se vuelve á buscar á Luzbel.*)
Noé. ¡Dios me valga!
Jaf. Padre se mueve. ¡Silencio!
Cam. Voy á ver qué es lo que dice,
¡Gracioso va á estar el viejo!
Noé. Grave y pesado accidente.
(*Levantándose.*)
El licor que me ha embriagado
Es imágen del pecado,
Que envenena dulcemente.
Mas sin duda que indecente
Anduvo con la embriaguez
Mi inadvertida vejez,
Pues con cuidados prolijos
Vino alguno de mis hijos
A abrigar mi desnudez.
¡Sí, fué Cam! Pero recuerdo
Que él fué quien me aconsejó
Beber de ese zumo, y yo
Me fié de él poco cuerdo.
En conjeturas me pierdo.
¡Si fueran estos despojos
De Cam!... en tales enojos
No fuera de Dios retrato
Un padre si el hijo ingrato
No le llevara los ojos.
Dos ropas con regocijo
Hallo en mí ¡bendito Dios!
Ya es mas fácil que de dos
Pueda Cam ser el buen hijo.
Mas ¡ay! ¡ahora me aflijo
Más apurando la hiel
Del dolor! Cam fué el infiel,
Pues le veo allí vestido,
Y estar en mí no han podido
Sus vestiduras y en él.—
Esta en el amor prefiero
Que mas cerca me abrigaba
Y bien claro me mostraba
Que me la echaron primero.
El sumo Dios verdadero
Bendiga al dueño conmigo
De tan cariñoso abrigo.
¿De quién esta ropa es?
Jaf. De Sem, padre.
Noé. A Sem es pues
Al primero que bendigo:
Tú, Cam, sin duda ninguna
Despues de todos llegaste
Y no tuviste lugar
De cubrirme y abrigarme:
No me viste y no te culpo.
Cam. ¿Qué llamas que llegué tarde?
El primero que te vió
Fuí yo, y no he visto tan grande
Y ridícula figura:
Solo ahora de acordarme
No puedo tener la risa:
Haciendo estabas visajes.
Noé. ¿Me habias ya conocido
Cuando de mí te burlaste?
¿Que era tu padre sabias?
Cam. ¡Toma! y porque se mofasen
De tí conmigo llamé
A mis hermanos, que saben
Como yo que es tu diluvio
Falso y que nos engañaste.
Noé. ¡Tu generacion maldita
Sea de Dios, hijo infame!
De su luz y su verdad
Nunca el resplandor alcance
A los hijos de tus hijos;
Y cuando á la tierra baje
Dios á lavar el pecado
Vestido de humana carne,
Sea tu generacion
La que su túnica rasgue,
Y caiga sobre tu gente
Su maldicion y su sangre.
Sem. Padre, tente: que son rayos
Las maldiciones de un padre.
Jaf. Perdonadle.
Cam. ¡Pues me gusta!
¿A qué tengo que vendarme
Siendo él el descalabrado?
Déjate de riñas, padre;
Si yo me burlé de tí
¿Para qué tú te embriagaste?
Noé. Apártate de los mios.
Cam. Ya me aparté tiempo hace
Y me vá bien y no pienso
Con ellos mas en juntarme.
Noé. Ni podrás ya: llegó el tiempo
En que por distintas partes
Vayais á poblar el mundo.

Jaf. A no ser inviolable
Ley de Dios ¿quién sino muerto
Pudiera de tí apartarme?
Noé. Llamadme á vuestras mugeres.
Cam. A la mia no.
Noé. Tal madre
No merecen tener, Cam,
Los hijos de tu linage.
Cam. Aquí están.
Noé. Llegaos, hijas:
Llegó el tristísimo instante
En que es fuerza que se parta
Mi sér en tantas mitades.
El mayorazgo del mundo
Va Dios en partes iguales
A partir entre vosotros,
Y á vuestros ojos palpable
A haceros de su justicia
Los misterios insondables.
(*El fondo de la escena se abre y se manifiesta una apariencia del infierno, espresada por un gran foco de llameante fuego, ante el cual se ve á Luzbel en el trage que sacó en el prólogo.*)
Cam. ¡Ola! el fuego tras del agua
Es la ley de los contrastes.
Noé. Es la ley de los castigos
Que da Dios á las maldades:
Vive bien sobre la tierra
O al fuego es fuerza que bajes.
(*La alegoría de infierno se trasforma en gloria, representada en una luminosa rotonda formada por grupos de nubes y de ángeles, en medio de la cual está el Salvador, á quien inciensan los querubines al coro de una música suave. Dos ángeles se adelantan á su tiempo hácia el proscenio colocándose uno al lado de Sem y de Célfora, y otro al de Jafet y Serafila.*)
Noé. La virtud subirá al cielo
En las alas de los ángeles.

ESCENA ULTIMA.

NOÉ, SEM, JAFET, CAM, BARTENA, CÉLFORA, SERAFILA, ADA, LUZBEL, EL ARCANGEL MIGUEL, ANGEL 1°, IDEM 2°, COROS.

Mig. De este modo entre vosotros
Dios el universo parte.
A tí, Sem, de cuya raza
Nacerá humanado en carne
Su hijo el Redentor, te tocan
Las regiones de Levante.—
A tí, Jafet, el Poniente;
A sus estremos distantes
Guiando irán vuestros pasos
Con una antorcha esos ángeles.
A Cam toca el Mediodia.
Cam. ¿Pero para mí no hay ángel?
Luzb. Yo lo soy de las tinieblas.
¿Quieres que yo te acompañe?
Cam. Sí: pues ya que mis hermanos
Llevan cada uno su page
No me he de ir yo sin el mio,
Ni he de ser menos que nadie.
Luzb. Tu obstinacion de tus vicios
Será el mas imperdonable.
(*Vase tras de Cam.*)
Noé. ¡Señor, yo acato los fallos
De tus leyes celestiales!
Piérdase Cam, si es preciso,
Para que el mundo se salve.
Prosternaos, hijos mios:
Vosotros en quienes arde
La eterna luz de la fé
Inmarcesible y constante,
Orad á Dios que benigno
Progenitores os hace
De un mundo regenerado.
Orad, y Dios, que os infunde
Su fé tan inalterable,
Con su antorcha hasta el sepulcro
Os alumbre y acompañe.

EL ESCOMULGADO,

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS.

A DON CARLOS LATORRE.

Querido Carlos; hé aquí la mezquina obra que emprendí por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo: tú, que sabes su historia, conoces su poco valer; pero apréciala no por el que tiene, sino porque es la espresion de la lealtad con que te quiere tu amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid y junio 13 de 1848.

PERSONAS.

DON JAIME EL CONQUISTADOR, rey de Aragon.
DOÑA VIOLANTE DE HUNGRIA.
DOÑA TERESA GIL DE VIDAURA.
DON BERENGUER DE CASTEL-BISBAL, obispo de Gerona.
EL CARDENAL ANGELO DE CAMARINO, legado de Inocencio IV.
EL PRESBITERO DESIDERIO, su secretario.
EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA DE ARAGON.
GARCÉS, page y trovador del rey Don Jaime.
GERMAN, mayordomo viejo.
UN PORTERO.
CORTESANOS.
NOBLES.
DAMAS DE DOÑA VIOLANTE.
PAGES DEL REY, Y SÉQUITO CORRESPONDIENTE A CADA PERSONAGE ECLESIASTICO Ó SEGLAR QUE LO REQUIERE.

La escena en Zaragoza en el alcázar del rey, por los años 1246 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO.

Cámara de Don Jaime. Decoracion ochavada. Puerta á la izquierda en la primera caja. Lujosa puerta de dos hojas en el fondo, abiertas las cuales se ve el suntuoso lecho del rey dentro de la alcoba. A la derecha en la segunda caja una puerta secreta; y en este mismo lado y en primer término la mesa de despacho del rey, con pergaminos, plumas, etc.; en la segunda caja de la derecha el arpa de Garcés. Luz de a m ana.

ESCENA PRIMERA.

GARCÉS, FRANQUEANDO LA CAMARA REAL A DON BERENGUER, DESCUBIERTO, Y CON ADEMAN RESPETUOSO. DON BERENGUER EMBOZADO EN UNA CAPA OSCURA, BAJO LA CUAL VISTE TRAGE TALAR MORADO, SIN INSIGNIAS SACERDOTALES. CABELLO GRIS, BARBA LARGA, Y ANILLO EPISCOPAL.

Garc. Esperad aquí, señor
Obispo. Su majestad
Me ordenó que os condujera
A esta cámara rëal,
Y que le avisara al punto
Que llegarais.
Ber. Avisad,
Pues, al rey de que ya aguardo
Sus órdenes.

Garc. No os movais
De aquí, señor, aunque el rey
Se retarde: y dispensad
Si os advierto que al balcon
No os asomeis, ni le abrais;
Pues importa que se ignore
Que estais aquí.
Ber. Bien está.
Garc. Perdonad; cumplo así obrando
Mi obligacion.
Ber. Vete en paz.

ESCENA II.

DON BERENGUER.

No puedo dar con la oculta
Razon de misterio tal.
¡El rey con tanto secreto
Y tan temprano á llamar
Me envia!... y el pagecillo
Con avizorado afan,
Calles buscando escusadas,
Suplicóme que la faz
Recatara, y las insignias
Del trage sacerdotal.
No lo comprendo: á palacio
Vengo con asiduidad:
Me ve el rey todos los dias.
Garc. El rey. (*Anunciando.*)
Ber. Él se esplicará.

ESCENA III.

DON BERENGUER, EL REY DON JAIME.

(*El rey despide á Garcés con una seña imperativa, y cierra la puerta por donde entró, antes de hablar.*)

Rey. Disimulad, si del lecho
Mi page á sacaros fué:
Mas me urge el tiempo, y á fé
Que aunque avaro le aprovecho
Temo que me ha de faltar.
Ber. El rey sois: mandad, señor.
Rey. No: vos sois mi confesor,
Y me vais á aconsejar.
Por esto con tal premura
Llamar en secreto os hice.
Tomad: ved lo que me dice
El papa en esa escritura
Que acabo de recibir.
(*El rey le da un pergamino, que lee Don Berenguer.*)
Ber. Un matrimonio os propone.
Rey. Como padre que dispone
De sus hijos al morir.
Ber. Poca esperanza de vida
En su escrito manifiesta
Su santidad.
Rey. Le molesta
Crónica y envejecida
Enfermedad, que le lanza
En el sepulcro, y desea
Que por mí esta boda sea,
Como postrer ordenanza
De un buen padre moribundo,
Aceptada. Es un empeño
Ya antiguo en él, y es el dueño
De los señores del mundo
El papa: con que es razon
Obedecerle, á mi ver;
Siempre que se pueda hacer
Sin fuerza ó contradiccion.
Ber. Os veo, señor, dispuesto
A seguir de todos modos
Su parecer.
Rey. No de todos,
Obispo: mas os protesto
Que esta boda, si se aviene
Con la situacion política
De mis reinos, en la crítica
Ocasion para mí viene.
Ber. Las ventajas personales
Que á vos os pueda traer...
Rey. Las vais al punto á saber, (*Interrumpiéndole.*)
Y á juzgarlas tales cuales
Son. Esta correspondencia
Entre el papa, el castellano
Y yo, pondrá claro y llano
A vuestra alta inteligencia
Todo el negocio. (*Le da unos pergaminos.*)
Ber. Señor... (*Inclinándose.*)
Rey. Negocio esclusivo mio,
Que de vos tan solo fio
Porque sois mi confesor.
Mis cortesanos, mis nobles
Consejeros no guardaran
Secretos que les fiaran:
No: juegan con dados dobles;
Y nunca uno faltaria
Que, de ellos depositario,
Les vendiera á algun contrario
Antes de acabarse el dia.
No, no. Yó quiero cumplir
La voluntad pontificia;
Mi buena fé ó mi malicia
Tan solo se ha de medir
Por mi confesor y yo:
Si obro bien, porque me abone
Ante Dios, ó me perdone
De Dios en nombre si no.
Ber. Señor, juzgais harto mal

A los nobles de Aragon.
Ninguno hay de corazon
Tan villano y desleal
Que obrara con tanta mengua.
Rey. Yo sé bien que alguno habria :
Mas tambien juro ¡á fé mia!
Que le costara la lengua.
En fin, á vos os lo fio,
Don Berenguer, y yo espero
Que sereis buen consejero
Al par que confesor mio.
Legista, atareis el hilo
De mis litigios mejor,
Mientras como confesor
Me guardareis el sigilo.
Vamos los cabos atando
Pués, hasta que el hilo entero
Saqueis : con que id, consejero
O confesor, preguntando.
Echad á un lado la inútil
Cuestion de si la futura
Trae virtudes ó hermosura,
Que es don perdedizo y fútil.
Los reyes al escoger
Esposa, hémos de tomar
Para el reino en el altar
Antes reina que muger.
Mas en el caso presente
Es, pues el papa la fia,
Doña Violante de Hungría
Reina y muger escelente.
Ved.
(*Dice este* « ved » *el rey señalando las cartas que ha puesto en manos de Don Berenguer, y que este va consultando conforme indica el diálogo.*)
Ber. Dice aquí el castellano
Que la esposa repudiada
Vuelva á ser por vos llamada.
Rey. ¿Qué ha de decir, si es su hermano?
Ber. Que pide en razon infiero :
Pues el hijo en ella habido
Está ya reconocido,
Señor, por vuestro heredero
Rey. Mas fuera segun cálculo
La autoridad pontificia
Injuriar, pues su justicia
Dió el matrimonio por nulo.
Ber. Amaga aquí el castellano
(*Viendo otra carta.*)
Con declararos la guerra,
Y hay bandos en vuestra tierra
Que podrán prestarle mano.
Vuestro hijo como heredero
Partido tiene, y aun viven
Señores que no os reciben
Con respeto muy sincero.
La Navarra se os rebela :
En Francia teneis añejos
Derechos, pero está lejos,
Y en vuestra frontera vela
Aben Zaen; esta boda
Que el Pontífice os propone
En guerra á mi ver os pone,
Señor, con la tierra toda.
Rey. Como vos lo calculais
Seguramente que sí :
Mas tengo yo para mí
Que errado el cálculo echais.
Tengo exhausto mi tesoro,
Mi ejército es bien escaso,
Y van á salirme al paso
El castellano y el moro.
Es la verdad : necesito,
Pues, oro y gente muy presto,
O el trance á que estoy espuesto
Solo por milagro evito.
Pesais con fidelidad;
Mas veamos lo que pesa
La boda de la princesa
Que me da su santidad.
La dota, porque es su ahijada,
En un millon de onzas de oro,
Y en la guerra contra el moro
Me da bula de cruzada.
Propone al rey castellano
(Que tiene un hijo y una hija)
Que, para su tiempo, elija
Para uno dellos la mano
Del primer hijo que Dios
Me dé en este matrimonio,
Como prenda y testimonio
De la paz entre los dos.
Si es estéril mi muger,
Mientras duda el castellano
Tiempo sobrado le gano :
Y si, lo que puede ser,
La proposicion rechaza,
Mientras con la santa sede
Se gobierna como puede,
La guerra con que amenaza
Le iré yo mismo á llevar :
Pues con la bula y el oro
A pretesto de ir al moro
Puedo un ejército alzar.
Todo el rebelde que altera
Hoy en su bando á Aragon,
Tendrá de la religion
Que juntarse á la bandera.
Y ninguno habrá que deje
De acudir á la sagrada
Enseña de la cruzada,
A no pasar por hereje.
A la voz pues de indulgencia
Plenaria, tendré muy presto

Un ejército dispuesto,
Que con oro y diligencia
Prevenido á una jornada
Marchará donde yo quiera :
Y pues siempre en la frontera
Moros hay, siempre es cruzada.
Con que ved como á mi ver
Esta aconsejada boda
En paz con la tierra toda
Me pone, Don Berenguer.
Mas, sabedlo á prevencion,
Esto que á solas os digo
Lo sabeis solo conmigo :
Porque esta es mi confesion.

Ber. De advertírmelo escusais :
Mas aunque admiro y alabo
Vuestros cálculos, si al cabo
Por confesor me llamais,
Despues de la confesion
Debo á mi rey en conciencia...

Rey. Imponer la penitencia
(*Interrumpiéndole.*)
Y otorgar la absolucion.

Ber. Señor... (*Turbado.*)

Rey. Las conciencias reales
Por misteriosas razones
Están en sus confesiones
En casos escepcionales.
Faltas á los reyes pesa
Tomar, obispo, á su cargo,
Y las toman sin embargo
Porque á su pueblo interesa.
Esto á mis reinos conviene :
La vida del papa es corta,
Y aprovechar nos importa
La escasa vida que aun tiene.
Sé cuánto en Roma se intriga
Para la nueva eleccion,
Y sé que no es de Aragon
La nueva eleccion amiga.
Con que hoy partirá el enviado
Del papa con mi respuesta,
Y en lo que de otoño resta
He de quedar yo casado.
Es mi voluntad.

Ber. Señor...

Rey. Bien : docto sois y entendido :
A Roma lo convenido
Escribid : es lo mejor.
Y ahora que de consejero
Pasais á mi secretario,
En aqueste solitario
Camarin dejaros quiero,
Para que á solas, y en vista
De esos datos, respondais
Al Santo Padre y luzcais
Vuestras dotes de jurista
Y de retórico; dad
Al viento todas las alas
De vuestro ingenio, y mil galas
De erudicion prodigad
Por mí; traducid en fin
Al Pontífice romano
Mi bárbaro castellano
En vuestro culto latin.

Ber. Lo haré.

Rey. Yo volveré luego.
Voy del correo á mandar
Los caballos ensillar :
Mientras, á mi nombre y ruego
Escribid vos aceptando
La boda á su santidad,
Y si hay postdata, anotad
Que estoy la novia esperando. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON BERENGUER.

¿Quién puede la buena fé
De su corazon sondar?
¿Si de mi carta oyó hablar?
¡Imprudencia escribir fué!
Con esta boda... bien dice,
Será fuerte contra todos,
Y quiere de todos modos
Efectuarla. —Si lo que hice
Sabe, al fiarme á su vez
Este secreto me obliga
Al tiempo que me castiga.
Si no me teme... ¡pardiez!
Está bien claro... ¡Adelante!
Rey él, y yo de su trono
Alcanzo lo que ambiciono,
Poder... ¡Oh! desde este instante
De su secreto á favor
El de la corte conquiste.
¿Qué tengo pues que temer?
(*Al decir Don Berenguer estos dos últimos versos, la puerta secreta que hay á sus espaldas se ha entreabierto misteriosamente, asomando por ella Doña Teresa, que se presenta al concluir el último.*)

Ter. Nada mas que á una muger.

Ber. ¡Dios!

Ter. ¡Silencio!
(*Doña Teresa va á echar el cerrojo de la puerta izquierda por donde el rey se fué, volviendo en seguida á la escena.*)

ESCENA V.

DON BERENGUER, DOÑA TERESA.

Ter. Por lo visto
Vos ignorábais, señor,

Que nadie da un paso aquí
Sin que llegue al punto á mí
De sus pasos el rumor.
Ber. Señora...
Ter. ¿Me conoceis?
Ber. ¿Quién, si á la corte ha asistido,
No os conocerá?
Ter. Advertido
De mi favor estareis.
Ber. ¡Oh!
Ter. Llegó un pliego del papa
Al rey, al amanecer:
Y otro á mí. A Don Berenguer
Llamó el rey, y él con la capa
De un hidalgo disfrazado
Al alcázar acudió;
Pero al mismo tiempo yo
Entré en él por otro lado.
Cuanta puerta, pasadizo
Y caracol hay secreto
En palacio, con objeto
De servirme á mí se hizo.
Nada se habla, nada se hace
Que yo no oiga y yo no vea:
Nada hay que cumplido sea
Si á mí no me satisface.
Jamás fiels en palacio
De bóveda, ni de alfombra:
Para un eco ó una sombra
Jamás falta aquí un espacio.
Ber. Pero, en fin...
Ter. No comprendeis
Adónde voy á parar,
Pero me voy á esplicar.
(*Don Berenguer mira con inquietud á la puerta izquierda, y dice Doña Teresa:*)
Cerré bien: no receleis.
Creo que á escribir á Roma
Vais: yo puedo aconsejaros
Antes, y no hagais reparos;
Consejos el cuerdo toma.
Ber. Hablad.
Ter. Primero que el pliego
Al pontífice escribais,
Será bueno que sepais
Una historia: oidla os ruego.
Ber. Sea, pues os empeñais.
Ter. En una fresca alquería
Con recuerdos de castillo,
Que á espaldas de un montecillo
Circuye alameda umbría,
Diez años há que habitaba
Una muger, una niña,
Señora de la campiña
Solitaria en que moraba.
Rica, opulenta quizás,
Huérfana de ilustre gente,
Caritativa, inocente,
Hermosa... ¿qué os diré más?
Allí del mundo apartada
Y de sus cuitas exenta,
Vivia libre y contenta
Del universo olvidada:
Y un árbol nuevo, una flor
Que empezaba á abrirse, un nido
Entre las zarzas cogido
Era su antojo mayor.
Jamás estrangero alguno
Penetró en su quieto asilo,
Ni en su corazon tranquilo
Vano amor inoportuno.
Más un dia entre los altos
Robles de un soto vecino
No un caballo, un torbellino
Se precipitó, y á saltos
Desesperados salvando
Cuanto hallaba en su carrera
Huyó al monte, en la pradera
A su ginete lanzando.
Era un hermoso mancebo;
La niña de la alquería,
Sin ver el mal que se hacia
Le acogió en ella; y al cebo
De la compasion llamada,
De su belleza incentiva
Se aproximó compasiva
Y se apartó enamorada:
Y cuando partió el doncel,
Repuesto, de su campiña,
El corazon de la niña
Partió del campo con él.
El mozo en amor maestro
Ya, aunque casi en la niñez,
Volvió una y otra vez:
Y ella inocente y él diestro,
Prometiendo él, y fiando
Ella, al cabo la pasion
Atropelló á la razon
Y... dia á dia pasando
Fueron cinco años asi:
Y ella que le idolatraba,
No su amante, fué su esclava.
«Nunca te muevas de aquí,
O al punto me perderás
En que dejes la alquería,»
La dijo: ella le creia
Y no la dejó jamás.
Pero la muger se hartó
De misterios tan prolijos,
Y un dia... para sus hijos
Apellido le pidió.
Él vaciló: insistió ella:
Partióse él de la alquería,
Y ella al ver que no volvia
Partió tambien tras su huella.
Llegó á la ciudad: oyó

Que habia en la tierra un rey
Que la justicia y la ley
Guardaba, y á él acudió.
Se hizo al alcázar llevar;
El rey daba al pueblo audiencia;
Llegó del rey á presencia,
Mas cuando al rey iba hablar,
Juzgad de la confusion
Que embargó su alma sincera
Al ver que su amante era
Él mismo, el rey de Aragon.
Ni una razon, ni un suspiro
Lanzó aquella dama altiva:
Torba, silenciosa, esquiva,
Volvió á su triste retiro.
La gente á enajenacion
Atribuyó su altivez;
Solo el rey supo esta vez
Leer en su corazon.
El rey no mas tuvo en cuenta
Que á la oveja inofensiva
En pantera vengativa
Puede cambiar una afrenta.
Y el rey volvió á la alquería
Y se humilló, y tal lo hizo
Con ella que satisfizo
Su enojo, y juró que haria
Cuanto exigiera: de modo
Que ella viéndolo preciso
Tomó lo que él darla quiso;
Pero hoy... hoy lo quiere todo.
Porque hoy á fuerza de vil
Hipocresía y constancia
Pertinaz, y tolerancia
Pasiva, muda y servil,
Supo la muger al cabo
Cegar al hombre de amor;
Y la cautiva al señor
Supo al fin hacer su esclavo.
Ber. ¡Señora!...
Ter. Leed aquí:
En un dia de embriagüez
De que le pesa tal vez,
Lo escribió Don Jaime así.
(*Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.*)
«El papa por ley espresa
»Anula desde este dia
»Mi matrimonio; Teresa,
»No quiero que pase un dia
»Sin cumplirte una promesa.
»Si asi á perdonarme vas
»Pesares harto prolijos,
»No me casaré jamás,
»Legitimaré tus hijos
»Y te amaré, ¿quieres mas?»
Su sello, su firma es esa;
Y á la reina repudió:
Mas aunque hizo tal promesa
No se la cumplió á Teresa,
Y esa Teresa soy yo.—
¿Comprendeis?
Ber. No bien: mas ya
Viniéndome la memoria
De haber oído esa historia.
Ter. En su confesion quizá.
Guardarla debió en su pecho
De todos, pues solo Dios
Tiene con nosotros dos
Para saberla derecho.
Mas cuando os la cuento, es llano
Que es para que la entendais:
Para que se la escribais
Al Pontífice romano.
Ber. Es imposible, señora.
Ter. Pues imposibles hareis.
Ber. Nunca lo conseguireis.
Ter. ¿Nunca? yo espero que ahora.
Ber. Es sacrosanto el secreto
Que se fia al confesor.
Ter. ¿Y no se debe al honor
Ni á las promesas respeto?
Ber. Imposible.
Ter. Os advertí,
Si no me engaño, al entrar,
Que nada en este lugar
Puede oponérseme á mí:
Y cuando á vos me mostré,
Sin duda fué decidida
A arriesgar la honra y la vida.
Siento hollar de vuestra fé
Los rectos principios fijos,
Mas del deshonor que arrostro
La mancha, caerá en mi rostro,
Pero no en el de mis hijos.
Nunca: os lo juro; y en prueba
De lo resuelta que estoy,
Y de que no habrá desde hoy
Cosa á que yo no me atreva,
Solamente preguntaros,
Don Berenguer, necesito,
Si os acordais de un escrito
Que caro puede costaros:
La carta por vos enviada
Al infante Don Fernando
Una noche á Huesca, cuando
El rey en una emboscada
Cayó del rebelde en manos,
Y solo salvarse pudo
Por su lanza y por su escudo
Lidiando contra villanos.
¿La recordais?
Ber. Bien, ¿y qué?
Ter. Que esa carta se compró,
Y que la poseo yo,
Y que al rey se la daré.
Ber. ¡Oh!

Ter. En política y amor
Escribir es necedad :
Lo que hoy es una verdad
Es mañana un sandio error.
En fin, si ansiais el poder
Y aspirais á favorito,
Rescatad de mí este escrito,
Y aun podeis llegarlo á ser.
Una demanda apoyad
Que á entablar en Roma voy,
Don Berenguer, y os le doy.
Ber. Imposible.
Ter. Pues quedad
Con Dios.
(*Se dirige á la puerta de la izquierda por donde se fué el rey.*)
Ber. ¿Dónde vais?
Ter. A hacer
Leer al rey vuestro escrito.
Ber. Tened.
Ter. Os lo facilito
Solo en dos casos : si ver
Haceis al rey mi justicia
Cual la conciencia os lo manda,
O si apoyais mi demanda
En la corte pontificia.
Ber. Pero ¿y si algun dia el rey...?
Ter. Os he dicho que lo puedo
Todo.
Ber. ¡Todo! mientras quedo
A la merced de su ley
Y su ira.
Ter. En mí fiad.
Para caso de desgracia
Tengo yo un acta de gracia
Omnipotente : escuchad.
De cólera en un esceso
La mano me levantó,
Mas pagar se lo hice yo
Con buena prenda : leed eso.
(*Le da un pergamino, que lee Don Berenguer.*)
Ber. « Cualquiera que sentenciado
(*Leyendo.*)
» Por mí ó por mis tribunales,
» Sean sus crímenes cuales
» Fueren, si al ser condenado
» Esta escritura presenta,
» Mi régia voluntad es
» Que hasta dos dias despues
» La ley no se tome en cuenta.
» Yo Jaime, rey de Aragon. »
Mas ¿si él mismo en su coraje
(*Representando.*)
Por su mano?...
Ter. Tal ultraje
No haria á su religion.
En fin, el rey va á venir :
Habladle antes : si no doma
Su altivez, podeis á Roma
Lo que os ha dicho escribir;
Mas detrás del portador
De su pliego irá un correo
Con mi demanda, y yo creo
Que la apoyareis, señor.
Ber. Pero...
Ter. En cifra escribireis
Del modo que mas os cuadre
Una carta al Santo Padre;
Y cuando me la entregueis,
A mas de esa acta que os dejo
Os volveré vuestro escrito :
Si no al rey se le remito.
Con que Dios os dé consejo.
(*Vase por la puerta derecha.*)

ESCENA VI.

DON BERENGUER.

No Dios, sino Lucifer
Es quien me ha de aconsejar,
Que es quien puede aventajar
En malicia á la muger.
¿Suponer que el rey desista
De la boda? Desde luego
Vale mas creer que un ciego
No querrá cobrar la vista.
Sin ejército, sin oro,
El reino en bandos turbado,
Le trae la paz al estado
Esa boda y un tesoro,
¿Y pensar que á ella renuncie?
Mas esa muger tenaz
De todo será capaz
Como yo al rey no denuncie.
¿Qué he de hacer ¡ira de Dios!
Con dos fieras enjaulado
Para no ser devorado
Por ninguna de las dos?
¡Maldita ambicion mundana!
Mas para retroceder
Ya es tarde. ¡Ay de mí, muger,
Si cambia el viento mañana!
¡Ay de tí si el rey no cede,
Roma no te oye, y recibo
Mi carta y con el rey privo...!
Que todo avenirse puede :
¡Gota á gota has de apurar
La amarga hiel que hoy me ofreces!
Gota á gota hasta las heces
Del caliz... mas va á llegar
Pronto el rey, y el pasador
Corrió. (*Le quita.*) Por hoy lo mejor

Será ceder y esperar.
(*Se sienta en la mesa, y á poco sale el rey por la puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

DON BERENGUER, EL REY.

Rey. ¿Estais ya de eso hecho cargo?
Ber. Sí, señor.
Rey. ¿No hay objecion
Que hacer á mi aceptacion?
Ber. Sois rey: mandais; sin embargo
Siendo del rey confesor,
A Roma antes de escribir
Debo de reconvenir
Al rey, si peca, señor.
Rey. ¿Volveis?
Ber. A vuestra conciencia
A hablar, que es mi obligacion.
Poned sobre el corazon
La mano.
(*El rey hace un gesto de impaciencia, y Don Berenguer le dice para calmarle:*)
Es la penitencia
Que os impone el sacerdote.
Rey. La pongo.
Ber. ¿Y cuando escribís
La aceptacion, le sentís
Latir sin que en él denote
Su desigual movimiento
Que á contraer esa boda
La conciencia se acomoda,
Sin ningun remordimiento?
Rey. Seguramente que sí:
Tranquilo está.
Ber. Una promesa
Sin embargo hay...
Rey. ¡De Teresa
(*Interrumpiéndole.*)
Quereis hablar, pesiamí!
Ber. De ella.
Rey. ¿Y qué tiene que ver
Aquí Teresa?
Ber. Segun.
Rey. Basta: nada hay de comun
Entre el amor y el deber.
La boda es la obligacion
De mirar por mis estados:
Los compromisos pasados
Son deudas del corazon.
Esas él las pagará.
¿O es el orgullo tan vano
De Teresa, que la mano
Tiende hácia el trono?
Ber. Quizá,
Señor, si atrevida ó diestra
Cree en derechos...
Rey. ¡Por mi fé,
(*Interrumpiéndole.*)
Sois muy su amigo!
Ber. ¿De qué
Lo inferís, señor?
Rey. De vuestra
Aficion parcial lo arguyo.
Ber. A nadie aborrezco yo;
Mas podeis jurar que no
Seré nunca amigo suyo.
Rey. Pues no me hableis de ella mas;
La debo mi corazon,
Mas no el cetro de Aragon:
No lo prometí jamás.
Id pues, y no andeis apático
Las notas en estender
Luego, si os han de tener
Por confesor diplomático.
Ber. Voy: mas espero, señor,
Que distingais, para un crítico
Trance, la fé del político
De la fé del confesor.
Rey. No daré en error tan grave.
Tomad, señor secretario,
De mis archivos la llave,
Do hallareis lo necesario.
Escribid mi aceptacion
A Roma, Don Berenguer,
Y en su casa disponer
Dejad al rey de Aragon.

ESCENA VIII.

EL REY.

Tenaz anduvo, mas era
Su deber: se lo perdono.
Rey nací: ensalzar mi trono
Es mí obligacion primera.
Le siento que se estremece,
Y halagüeña la fortuna
Ocasion muy oportuna
De asegurarle me ofrece,
Y aunque pese á la pasion
Desperdiciarla no debo;
No: la corona que llevo
Pesa mas que el corazon.
La amé, y ¡perdóneme Dios!
Aquí aboga amor por ella:
Pero su fatal estrella
Puso el trono entre los dos.
Humilde empero, á la ley
Sabrá doblar la cerviz,
Y se tendrá por feliz
Con el corazon del rey.

Yo la amo aún... á mí solo
Aquí decírmelo puedo:
Mas es forzoso y no cedo:
Todo á esta boda lo inmolo.

ESCENA IX.

EL REY, GARCÉS; DESPUES DOÑA TERESA.

Rey. ¿Qué hay, Garcés?
Garc. Doña Teresa
Vidaura audiencia demanda,
Señor.
Rey. ¿Tan temprano, y anda
Ya por palacio?
Garc. Y á priesa,
Señor, pues tras mí se viene
De sala en sala.
Rey. ¡Pardiez!
Es esta la primera vez
Que tal arrogancia tiene.
Garc. Llega, señor.
Rey. Hazla paso:
(*Sale Doña Teresa: Garcés queda esperando las órdenes del rey.*)
¿Vos en palacio, señora?
Ter. Incompetente es la hora:
Mas temí que el tiempo acaso
Para veros me faltara,
Y aunque á la desgracia espuesta,
Señor, de seros molesta
El tiempo aprovecho avara.
Rey, á Garcés. Sal. (*Vase Garcés.*)

ESCENA X.

EL REY, DOÑA TERESA.

Rey. Habla, Teresa mia.
¿Qué ocurre, di, que asi vienes
Pálida y grave? ¿qué tienes?
Siéntate.
Ter. Mal estaria
Ante vuestra majestad
Sentada yo.
Rey. ¡Qué lenguage!
¿Por ventura algun ultraje
Recibiste?
Ter. A la verdad
Que no lo sé todavía,
Señor: mas sospechas tengo
Y á preguntároslo vengo.
Rey. Ese tono de ironía
Que hallo en tus frases, Teresa,
Y tu rostro huraño y serio
Me dejan ver un misterio
Que me disgusta.
Ter. Me pesa
De ello, señor; mas tiempo há
Cuanto sale de mi boca
Solo á disgusto os provoca,
Y haciéndome á él voy ya.
Rey. ¡Creo por Dios que pretendes
Irritarme! Ya te he dicho
Que no me agrada ¿me entiendes?
De esa ironía el capricho,
Y en el humor en que estoy
Me importuna, y la paciencia
No es mi virtud.
Ter. Esperiencia
Tengo de ello.
Rey. Pues quien soy
Sabes, ¿qué es lo que de mí
Quieres? ¡Pronto!
Ter. Breve espero
Ser, señor: haceros quiero
Solo una pregunta.
Rey. Di.
Ter. Me dan dicho que hoy os llegó
De Roma un correo.
Rey. ¿Y qué?
Ter. ¿Volverá á partir?
Rey. Sí á fé.
Ter. ¿Y con respuesta?
Rey. ¿Pues no?
Ter. ¿Y aceptais la boda? (*Con aplomo.*)
Rey. ¿Sabes?...
(*Con la mayor sorpresa.*)
Ter. Todo. (*Interrumpiendo.*)
Rey. ¡Cómo!
Ter. Cuando entró
El pliego en palacio, yo
Entré tras él; tengo llaves.
Rey. ¡Tienes llaves!
Ter. Por supuesto.
En vuestras ausencias tuve
Esta idea, y me entretuve
En mi soledad en esto.
Rey. ¡Te entretuviste!
Ter. Supuse
Ser por vos tarde ó temprano
Engañada, y me dispuse.
Rey. ¡Téngame Dios de su mano!
¿Te dispusiste á qué?
Ter. A hacer
Algo de mi honra en favor:
Es el único valor
Que da precio á la muger.
Rey. Te estoy oyendo, y á fé
Que no te conozco; no,
No eres la misma que yo
Conocí siempre, y no sé
Qué es lo que hoy tu fantasía
Perturba. Siempre te vi

Grata, humilde para mí...
Ter. Eso fué allá en la alquería.
Rey. O tú estás loca, ó yo sueño:
¿Tú te atreves de tal modo
A mí?
Ter. Los locos á todo
Se atreven, señor.
Rey. ¡Voy dueño
A no ser pronto de mí!
¡Ea, la razon me aclara
De mudanza en tí tan rara,
O vive Dios!...
Ter. Héla aquí:
Como anduvísteis cinco años
Engañando vos mi fé,
A mi vez yo me apliqué
A estudiar vuestros engaños.
Rey. ¿Aun más? ¡Tu insolente calma
Acrecienta mi furor!
Ter. Y á pesar de ella, señor,
Tengo el infierno en el alma.
Dejémosle pues brotar
Ambos: porque mal sujeto
Siento á mi lengua el respeto
Y le voy á atropellar.
Sí, sabedlo de una vez:
Ni soy la misma que fuí
Para vos, ni hay mas en mí
Ya que enojo y altivez.
El Pontífice os propone
Para esposa una princesa,
Y yo tengo una promesa
Que á vuestra boda se opone.
Rey. ¡Ira de Dios! ¿tal creiste?
¿Asi te la interpretaste,
Y hasta el trono te atreviste
A alzar los ojos? Soñaste.
Ter. Ni en mi altivez ni en mi encono
Por ambiciosa esperanza,
Ni por vil sed de venganza,
Mis ojos alcé hasta el trono:
Pero jamás hombre alguno
Afirmar ha de poder
Que hijos á quien yo dí ser
Fueron hijos de ninguno.
Burlásteis mi sencillez
Disfrazándoos, señor,
Y vale mucho mi honor
Para olvidarle otra vez.
Rey. ¿Y esperaste ¡pesiamí!
En tu insensata jactancia
Que daria á tu arrogancia
Lo que á tu humildad no dí?
Ter. Entendedme bien: del trono
No aspiro á la majestad:
Mis hijos legitimad,
Y profeso y os perdono.
Rey. Mas tarde.
Ter. Ahora, señor.
Rey. ¡Nunca! humilla tu cabeza.
Ter. Nunca: que á cegarme empieza
De la cólera el vapor.
¡Ea! ceded.
Rey. No: jamás.
Ter. Pues todo ó nada. Mañana
Aspiraré á soberana.
Rey. ¡Desdichada! no podrás;
Porque desde este aposento
Por tu pertinacia altiva
Irás á enterrarte viva
En la tumba de un convento.
Ter. A desenterrarme irán.
Rey. ¿Quién?
Ter. Roma.
Rey. ¿Y quién ha de ir
A Roma por tí á pedir?
Ter. Vuestras cartas.
Rey. No saldrán
De tu poder, sino al mio
Para pasar.
Ter. ¡Estais loco!
Sois para tanto muy poco.
Rey. ¿Braveas?
Ter. Os desafío.
Rey. Pues sea: aquí quedas presa
Mientras envio por tí.
(*El rey se va furioso por la puerta izquierda, que se oye cerrar por fuera. Doña Teresa, al punto que él vuelve la puerta, va á ella y corre el pasador que tiene por dentro, dirigiéndose inmediatamente á la salida secreta de la derecha.*)
Ter. Y cuando vuelvas aquí
Ya no hallarás á Teresa.
(*Vase por la derecha. — Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Salon de embajadores en el palacio de Don Jaime dispuesto para la solemne ceremonia de la presentacion en la corte de la reina Doña Violante. Trono: puerta grande en el fondo, y pequeñas á los lados en la última caja de bastidores. Balcon á la derecha, cerrado con vidrios de colores, á través de los cuales se ven los relámpagos á su tiempo.

—

ESCENA PRIMERA.

DON BERENGUER; GERMAN, ARREGLANDO.

Ber. (De Roma, con Desiderio,
No tengo que recelar:
Mas tiemblo mientras mi escrito
No está en mi poder.) German,

¿Está todo pronto?
Germ. Sí,
Señor, todo: y en verdad
Que está como un ascua de oro
El salon.
Ber. Bien está.
Germ. Mas
Quisiera yo á nuestros reyes
Ver en el alcázar ya.
Ber. ¿Porqué?
Germ. Daros vuestros ojos
Pueden la razon: mirad
Los nubarrones que el cielo
Anublan.
Ber. Asi será
Menos incómodo el sol.
Germ. Si faltá de sol no más
Produjeran esas nubes,
No fuera grande el pesar.
No temo yo lo que quiten,
Sino lo que puedan dar:
No oireis el medio dia
Primero que el huracan.
Ber. Pasará.
Germ. ¡Ay, señor obispo,
Que está la divinidad
Contra Aragon irritada,
Y ya dos tormentas van
En este mes como yo
No las he visto jamás!
Ber. En verdad que hemos tenido
Una estacion bien fatal:
Mas parece que la gente
Ya... (*Mirando por el balcon.*)
Germ. Imposible; si aun no habrá
Tal vez pasado la reina
Las puertas de la ciudad.
Es ceremonia prolija,
Y temo que se ha de aguar.
Ber. ¡Cómo ha de ser! Los nublados
Del hombre en mano no están.
Germ. ¡Y el rey que va hecho un pino
De oro! ¡Lástima será
Que llueva sobre aquel manto
Tan rico!
(*Un portero entra, y saluda á Don Berenguer.*)
Port. Señor.
Ber. ¿Qué hay?
Port. Un forastero, que aguarda,
Os quiere ahora mismo hablar.
Ber. No hay tiempo.
Port. Dijo que os diera
Esto.
Ber. ¡Ah! que entre. — Despejad.
(*Á German.*)

ESCENA II.

DON BERENGUER, DESIDERIO.

Ber. Gracias á Dios.
Des. Llegó á la hora
Justa, ilustrísimo.
Ber. Deja
Cumplimientos, y habla: ¿hoy mismo
Llegas?
Des. De Roma.
Ber. ¿Qué nuevas
De allá?
Des. ¿Estamos solos?
Ber. Solos:
No hay mas que los centinelas
Esteriores, que están lejos;
Todos han ido á las puertas
De la ciudad con el rey
A recibir á la reina.
Des. Trabajo inútil.
Ber. Qué, ¿el papa?...
Des. A que la boda suspenda
Manda un nuncio con poderes
Omnímodos.
Ber. ¡Con clemencia
Nos mire Dios!
Des. ¿Pues?
Ber. Su boda
Daba ya por cosa hecha:
Empleado tiene el oro
De la dote: por su tierra
Predicada la cruzada,
Y en pié de campaña puesta
Su gente.
Des. Pues todo en balde.
Ber. Pero ¿no fué la sentencia
Del tribunal pontificio
En su favor?
Des. La primera
Que por Celestino cuarto
Fué dada, sí: mas no muestra
Tanta amistad por Don Jaime
Inocencio, que ahora reina,
Y dió al pleito en la segunda
Vista solucion diversa.
Ber. ¿Cómo?
Des. Despues de fallado
Una vez, Doña Teresa
Llegó á Roma.
Ber. Te avisé
Su partida.
Des. Y á la letra
Cumplí vuestras instrucciones;
Fuí la persona primera
Con quien dió en Roma. Español
Siendo, sirviendo en la iglesia
Y con crédito en la curia

Romana, llegué hasta ella
A ofrecerle mis servicios.
Díla á entender que yo era
Partidario de su causa,
Y espatriado por ofensa
Personal del rey Don Jaime,
Y que ansiaba complacerla
En su pleito contra él;
Pero es muger muy discreta
La de Vidaura, y me dijo
Con tranquilidad soberbia:
« Vuestra proteccion no os pido,
Con que podeis recogerla.»
Ber. ¿Entonces?...
Des. Por otro lado
Tiré mis líneas. A fuerza
De vigilancia y dinero
No dió sin que lo supiera
Yo un paso, entabló demanda
Segunda vez, y una audiencia
De su santidad obtuvo.
No sé lo que pasó en ella,
Mas el papa ordenó al punto
Que segunda vez se viera
Y se fallara el litigio;
Nombróse comision nueva
De cardenales para ello,
Y yo, como segun vuestra
Orden no debia andar
En miramientos, la mesa
Compré del notario á quien
Tocó la causa, y en ella
Me instalé por sustituto
De enfermedades y ausencias.
La Vidaura intrigó astuta,
Vertió el oro á manos llenas,
Ganó en fin del Santo Padre
La proteccion manifiesta,
Y él mismo activó su pleito
Y dió en su favor sentencia.
Mas como en primera instancia
Se dió en el del rey, y era
Sabido que atravesando
La Italia, en Ostia, á la vela
Se habia dado un dia antes
Para España la princesa
Desposada por poderes,
En la nave mas ligera
Que se halló, se hizo al legado
Embarcarse á toda priesa
Para suspender la boda.
Ber. ¿Y está aquí ya?
Des. A la hora de esta
Se viste para venir
Del rey Don Jaime á presencia;
Mas yo aproveché un instante
Para avisaros.
Ber. ¡Tremenda
Va á ser la ira del rey
Cuando destruidos vea
Sus proyectos y su boda;
¡Y hombre ha de ser de firmeza
El que intimarle de Roma
El nuevo fallo se atreva!
Des. Por eso estad sin cuidado,
Que el nuncio encargado de esta
Comision es hombre de alma
Libre de miedo y resuelta.
Ber. Aun no conoce el legado
Del rey el alma colérica.
Des. Ya el nuncio la pondrá á raya,
Que habla en nombre de la Iglesia.
Ber. Su ira vallas no conoce,
Ni privilegios respeta.
Des. ¿Pero ese hombre...?
Ber. Enfurecido
No es un hombre, es una hiena:
Hasta pierde muchas veces
El sentido de soberbia
En el esceso, y le asaltan
Ataques de risa histérica.
Des. Allá se avengan: yo en eso
Me lavo las manos. Resta
Ahora entregaros no mas
Este escrito, de las piezas
Del pleito por mí estraido.
Ber. ¡Y que buen oro me cuesta!
Des. Y si en Roma se descubre,
A mí una prision perpétua.
Ber. ¿Mas no consta?
Des. En parte alguna.
Por razones de conciencia,
Que se reservó el Pontífice,
Se falló.
Ber. ¿Y Doña Teresa?
Des. Dejó á Roma el mismo dia
Que se firmó la sentencia.
Ber. ¿Y adónde?...
Des. A España. Tal vez
Pise de Aragon la tierra.
Ya estais en todo: os serví
Como amigo: es cosa hecha;
Con que, perdonad, maestro,
Que á situarme ante la puerta
Del palacio voy.
Ber. ¿A qué?
Des. A esperar á su eminencia,
De quien soy el secretario:
Pues cupo la honra escelsa
De esta embajada al prelado
Que obtuvo la presidencia
Del tribunal, y al notario
Que escribió la causa régia.
Ber. Vé pues; y escuso ofrecerte
Mi valer.
Des. Aquí, en reserva,

Me debeis, con vuestra vida;
La fortuna venidera,
Pues si quedan vuestras cifras
Metidas entre las piezas
De este proceso...

Ber. ¡Silencio!

Des. Dios os guarde.

Ber. Él te proteja.

ESCENA III.

DON BERENGUER.

Salí por fin de inquietudes.
Vuelva ahora Doña Teresa
Cuando guste. Si el rey cede
Al Pontífice, y es reina,
Prenda por prenda; el favor
Dividiremos á medias.
Si nada consigue, nada
Tengo ya que temer de ella.
¡Hola! ya se oye murmullo:
Parece que el rey se acerca,
Y ya era hora; el nublado
Por instantes se acrecienta.
Despacio vienen: aún
Tardarán la ancha plazuela
En cruzar por el tumulto.
Muy galan con la princesa
Viene el rey. ¡Desventurada!
¡Qué ajena está de la afrenta
Que la aguarda! ¿Y quién arrostra
La ira del rey? ¡Dios le tenga
De su mano!

(El portero se presenta otra vez con una carta.)

ESCENA IV.

DON BERENGUER, EL PORTERO.

Ber. ¿Qué hay?

Port. Señor,
Una tapada estas letras
Para vos trajo, encargando
Que al instante las leyérais.

Ber. Dame á ver. ¿Contestacion
Aguarda?

Port. Partió sin ella.

(Don Berenguer toma la carta, despidiendo al portero con la cabeza.)

ESCENA V.

DON BERENGUER.

¡Jesucristo! ¡Su escritura!
Zaragoza. De hoy la fecha.
***

«Me habeis cercado de espías; *(Lee.)*
»Yo obré con igual cautela.
»Todo lo sé: vuestras cifras
»Han sido por mano diestra
»Estraidas del proceso;
»Y pues con trampa se juega,
»Ved que vuestro testimonio
»Cita el papa en la sentencia
»Que trae escrita el legado,
»Y si el rey á dar no acierta
»(Y sí dará, que es sagaz)
»Con la razon, que secreta
»Vence el fiel de la balanza
»De mi parte, será fuerza
»Que con ella dé, el escrito
»Del tribunal cuando lea.
»Con que ya estais prevenido:
»Tal vez os va la cabeza
»En la cólera del rey;
»Huidla pues, si es que os queda
»Tiempo aún: si no, tomaos,
»Don Berenguer, la molestia
»De acordaros de aquella acta
»De gracia, de que yo entrega
»Os hice un dia, y fiad,
»Obispo, en su omnipotencia:
»Porque es en vuestro naufragio
»La sola áncora que os resta.
»Mas no desprecieis mi aviso:
»Porque os juro en mi conciencia
»Que esa acta lo puede todo,
»Y yo quiero y me interesa
»Que en Aragon por mi causa
»Ningun crímen se cometa.
»Me hicísteis traicion, y os salvo;
»Aprended de mí.

TERESA.»

(Representa.)

¡Confúndate Dios! muger
Infernal, sagaz culebra
Sin compañera en astucia
Y en las intrigas maestra.
¡Que huya del rey!... bien tu mano
Se ve, pues tu aviso llega
Al mismo tiempo que él.
¿Y el acta?... ¡es una advertencia
Donosa! Siempre la llevo
Conmigo: mas ¿qué defensa
Dará un papel á quién tiene
Que luchar con una fiera?

(Mira por el balcon.)

¡Imposible! — Ante el alcázar
La comitiva se apea;
¡Imposible huir!... hacer
Rostro á la fortuna es fuerza:
Tal vez el nuncio no llegue...
Tal vez Don Jaime no lea
Ciego de ira el escrito,

Acaso no le comprenda.
Vamos, preciso es que el rey
Me halle al pié de la escalera.
(*Vase rápidamente por el fondo. Durante los últimos versos de esta escena se habrá oido dentro rumor de pueblo, vivas, y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves momentos, quedando solo en él el soldado que guarda el esterior de la puerta del fondo, que deja Don Berenguer abierta. Por ella salen despues el rey Don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina Doña Violante, de blanco; grandes de Aragon, prelados, jueces, dignatarios, cortesanos, etc. El rey, dando la mano á Doña Violante, la dirige la palabra conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.*)

ESCENA VI.

EL REY, LA REINA DOÑA VIOLANTE, EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA, DON BERENGUER, GRANDES, CORTESANOS; FUERA DE LA PUERTA, EN EL FONDO, PUEBLO.

Rey. Mi pueblo te bendice, y su ventura
Aguarda de tu mano: el mismo cielo
Para que no ofendiera tu tez pura,
Su sol cubrió con nebuloso velo.
Viol. Sois muy galan, señor: si ufana admito
Las bendiciones de Aragon, espero
Merecer su favor: le solicito
De él, con fé pura y corazon sincero.
Rey. Yo te respondo de él, y me remito
Violante mia, al tiempo venidero:
Reina entre tanto por mi noble gente
Vas aclamada á ser solemnemente.
Ya en mi alcázar estás: desde esta hora
De Aragon en el trono al lado mio
Eres conmigo de Aragon señora,
Y es la ley de mi alcázar tu albedrío.
Tu casa es, gobiérnala á tu antojo:
Vive á tu gusto en ella, sin cuidado
De que tu real placer me cause enojo:
Reina en palacio tú, yo en el Estado.
Próceres de Aragon, á la belleza
De vuestra reina humildes ofreceos,
Y doblad la rodilla y la cabeza
Ante la reina de Aragon.
(*Al inclinarse todos para saludar á Doña Violante, el nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta del fondo, diciendo en alta voz:*)
Nuncio. Teneos. (*Suspension general.*)
(*El rey, bajando colérico del trono, va á encontrarse con el nuncio, que habrá avanzado al centro de la escena.*)
Rey. ¿Quién interrumpe audaz al soberano?
Nuncio. El nuncio del Pontífice romano.

ESCENA VII.

DICHOS, EL NUNCIO.

Rey. ¡Por quien soy, señor nuncio, que recelo
Que ignorais á qué tierra habeis venido!
Nuncio. Ni yo lo pregunté: con santo celo
«Parte,» me dijo el papa, y he partido.
Rey. Sabed empero, que si el papa en Roma,
Yo reino en Aragon, y reino solo,
Y nadie voz imperativa toma
Donde mi voz resuena.
Nuncio. Ni yo inmolo
Sacrificio, señor, ni incienso quemo,
Ni dobló la rodilla en mas altares,
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,
Que en los del sumo Dios, que es juez supremo,
Lumbre del sol, barrera de los mares,
Sér de la creacion, rey de los reyes.
Rey. Dios... en el cielo está: yo aquí en la tierra
Le represento, y á mi vez respeto
Exijo del mortal... pero el objeto
Sepamos que aquí os traë: lo que encierra
Vuestra mision, decid.
Nuncio. Mas en secreto
Conviene que os lo diga.
Rey. Un plazo escaso
Esperad.
Nuncio. Ni un instante.
Rey. En ese caso,
Voy á abreviar la ceremonia: ofensa
Fuera á la reina hacer...
Nuncio. No deis un paso
Más en tal ceremonia.
Rey. ¿Es por acaso...?
Nuncio. Inútil: vuestra boda está suspensa. (*Bajo al rey.*)
Rey. ¡Dios de Aragon! ¿suspensa?
Nuncio. Sí.
Rey. Un momento,
(*A los que están en escena.*)
Señores, un momento: dispensadme:

Salid.

Viol. ¡Gran Dios! ¿qué es esto?

(*El rey conduce á Doña Violante, á quien siguen sus damas y pages á la puerta de la derecha, que cierra tras ellos. Los demas se van por la del fondo.*)

Rey. A este aposento (*A Doña Violante.*)
Pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme
La cólera que hervir siento en el alma.)

ESCENA VIII.

EL REY, EL NUNCIO.

Rey. Hénos solos, hablad: pero hablad presto,
Porque impaciente soy, y estoy espuesto
A no guardar la conveniente calma.
Hablad, y no hagais caso de mi gesto
Ni de mi accion; hablad: mas os lo aviso,
Pronto, claro, y no mas que lo preciso.

Nuncio. Oid, pues, la sentencia que dió Roma
En vuestro pleito.

Rey. Eso es lo que interesa:
Decid.

Nuncio. Si el rey Don Jaime esposa toma,
Esta esposa ha de ser Doña Teresa:
Y dos hijos del rey, en ella habidos,
Han de ser por el rey reconocidos.

Rey. ¿Mi pleito en Roma se falló dos veces?

Nuncio. Sí.

Rey. La primera en pro. ¿Y en qué se funda
La ley y la conciencia de los jueces
Al fallar en mi contra la segunda?
Ha debido de haber de obvia justicia
Una razon, legal, grave y oculta:
Razon no alegada antes, que hoy faculta
A la sensata curia pontificia
Para anular su fallo primitivo.

Nuncio. Sí.

Rey. ¿Cuál?

Nuncio. Es de conciencia: el Santo Padre,
Por su voto especial reservativo
Falló por sí.

Rey. ¿Y creeis que á mí me cuadre
Semejante razon?

Nuncio. Será forzoso:
Declaraciones con que *sub sigillo*
Confessionis se dieron, y que asilo
Tienen ya impenetrable, misterioso
Del Pontífice en la alma.

Rey. ¡Dios piadoso!
De una trama infernal me dais el hilo.
¿Solo tiene el Pontífice la llave
Del secreto, decís?

Nuncio. Sí.

Rey. ¿Fué pues hecha
Tal confesion al papa?

Nuncio. Sí.

Rey. ¿La sabe
Él solo?

Nuncio. Sí.

Rey. Mostradme con qué fecha
Se sentenció.

Nuncio. Miradla.

(*Mostrándole un pergamino.*)

Rey. No fué suya
La confesion: Teresa hecho la habria
En su primer demanda, el primer dia,
Sí; mas no hay otra confesion que influya
En providencia tal mas que la mia:
Y yo á Roma no fuí, ni á Roma he enviado
Legado mio, ni del papa he visto
Mas legado que á vos... ¡por Jesucristo!
Eso es: mi confesion se ha revelado.

Nuncio. Reparad.

Rey. La han escrito.

Nuncio. En el proceso
No consta.

Rey. ¿Qué falta hace el testimonio
De vuestros garrapatos para eso?
Solo mi confesion el matrimonio
Suspender puede, y revelada ha sido...
Si la siento aquí (*Señalando la frente.*)
escrita... si el demonio
Me la está deletreando en el oido.

Nuncio. Señor, no estais seguro.

Rey. Todavía
No: mas lo voy á estar.

Nuncio. ¿Cuándo?

Rey. Al momento.
¡Y en estándolo...!

Nuncio. ¿Qué?

Rey. ¡Por vida mia!
Vereis.

(*Se vuelve hácia la puerta, y el nuncio se le interpone.*)

Nuncio. Tened.

Rey. ¡Quitaos de delante!

Nuncio. Reportaos, señor; no asi arrogante
Os dejeis arrastrar de una ira impía.
Ved que traigo absolutas facultades
En pro de la verdad, premio ó castigo
Para otorgar al bien, ó á las maldades.

Rey. Para eso en Aragon basta conmigo.

Nuncio. Teneos.
Rey. Apartad : porque me sube
La ira del corazon á la cabeza,
Y el vapor de la sangre en una nube
Mis ojos siento que á envolver empieza.
Nuncio. ¡Tened, del papa en nombre!
Rey. ¡Por Dios vivo!
Su nombre á punto á vuestro labio asoma:
Vereis : nuestro poder es relativo :
Vereis : yo en Aragon como él en Roma
Tengo un voto especial, reservativo.
Nuncio. Señor...
Rey. Quitad os dije.
Nuncio. Ved os ruego.
Rey. ¿Qué he de ver? ¿no veis vos que estoy ya ciego?
(*El rey abre la puerta del fondo, y la de la derecha : á su voz vuelven á salir todos.*)

ESCENA IX.

EL REY, EL NUNCIO, DOÑA VIOLANTE, DON BERENGUER, DESIDERIO, EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA; NOBLES, DAMAS DE LA REINA, PAGES, PUEBLO.

Rey. Adelante, señores, adelante
Todos; entrad, entrad.
Nuncio. (Su ira encona
La oposicion : dejemos que un instante
Se calme y ceda.)
Rey. Obispo de Gerona,
(*A Don Berenguer.*)
Entrad tambien. — ¿Vos sois el presidente
Del tribunal de mi justicia?
Pres. Tengo,
Señor, honra tan alta.
Rey. Yo me avengo
Con vuestro parecer. Decid al punto,
Pues, á Don Berenguer, que está presente,
Qué pena tiene por la ley sagrada
El confesor que á intento ó sin cautela
La confesion y el pecador revela.
Pres. Señor, pierde la lengua.
Rey. Revelada
(*A Don Berenguer con ira.*)
Por vos mi confesion y escrita ha sido
A la romana curia pontificia.
Ber. ¡Señor!... (*Anonadado.*)
Rey. Vuestra sentencia habeis oido. —
¡Ea! al ejecutor de mi justicia
(*Al presidente.*)
Entregadle, y la lengua cercenada
Le sea al punto.
Pres. Ved...
Rey. No veo nada.
Pres. Reflexionad, señor.
Rey. No reflexiono
Nada.
Viol. Yo de rodillas os lo ruego :
(*A sus piés.*)
Templad, señor, vuestro exaltado encono.
Nuncio. Rey Don Jaime, acatad la preeminencia
Del sacerdócio en él.
Rey. Llevadle luego.
(*Al presidente del tribunal.*)
Y ¡ay de vos si volveis á mi presencia
De su ámplia ejecucion sin ser testigo!
Nuncio. Mirad que si se cumple la sentencia
Dais en la escomunion.
Rey. Llevadle digo,
(*Al presidente con toda la exaltacion de la ira.*)
¡Ira de Dios! ¿No soy el soberano?
Obedecedme, juez, ó su castigo
(*Pone mano á la daga.*)
Aquí ejecuto por mi propia mano.
Todos. ¡Oh! (*Aterrados.*)
(*El presidente, poniéndose entre el rey y Don Berenguer, hace desaparecer al último y va tras él.*)
Nuncio. ¡Sacrilegio atroz!
Rey. ¿Y el crímen suyo
Es por ventura mas que un sacrilegio?
Nuncio. En nombre de la Iglesia yo le escluyo
De vuestra ley.
Rey. Recuso el privilegio.
Nuncio. Pues del papa en poder le constituyo.
Revocad la sentencia, ó yo del régio
Soberano poder os destituyo.
Rey. Vos estais delirando; lo que es mio
Por derecho y por ley, ¿quién me lo quita?
Nuncio. Roma.
Rey. De Roma y su poder me rio.
Nuncio. Revocad.
Rey. Es ya tarde.
(*Viendo al presidente, que aparece al umbral.*)
Todos. ¡Ah!
Nuncio. ¡Rey impío,
(*Avanzando hácia el medio de la escena y tendiendo las manos hácia el rey.*)
Dios lega á Satanás tu alma precita!
(*Todos se echan atrás dejando al rey solo.*)

Rey de Aragon, escucha arrodillado,
Y esa risa sardónica que asoma
En tus labios, mofándose de Roma,
Tórnala en ¡ay! de súplica humillado
A su poder. — ¡Estás escomulgado!

(*Rompe la tempestad tronando.*)

Todos. ¡Ah!

Nuncio. Oye á Dios y tu soberbia doma.
Bajo la huella de tus piés impíos
Agóstese la mies, púdrase el grano,
Séquese el árbol, súmanse los rios;
El monte se desplome, húndase el llano:
Queme el rayo tus bosques y plantíos,
Traiga á tus tierras peste el aire insano,
Y abandónente á Dios y á sus castigos
Tus vasallos, tus deudos, tus amigos.

(*A todos.*)

Sin Dios ni rey quedais. Desde ahora mismo
Los templos de Aragon quedan cerrados,
Prohibidas las aguas del bautismo,
Los sacramentos de la fé vedados:
Fuera en fin de la grey del cristianismo
Estais, y en su cabeza escomulgados:
Quien le dé auxilio, quien señor le llame
Es maldito con él, con él infame.

(*El rey queda un momento aterrado, como si sintiera sobre la cabeza el peso de la escomunion. El nuncio se va por la puerta del fondo, y todos tras él en completo silencio. La puerta se cierra detrás del último. El ruido de la tempestad llena el espacio, dejando luego el intervalo de calma necesario para la escena siguiente.*)

ESCENA X.

El REY.

¡Emponzoña el ambiente en que respira!
¡Su voz es un puñal helado, agudo!
¡Me ha herido aquí en el pecho!... no... ¡mentira!
Ha sido aquí... en la frente: y á su rudo
Golpe el cerebro descompuesto gira,
Y el vago són de sus palabras siento
Zumbar en el confuso pensamiento.
¿Quién es? ¿qué es lo que dice? ¿á qué ha venido?
Parad... parad, recuerdos, un instante.
Repetid lo que he visto... lo que he oido.
La mies... el rayo... Dios... Doña Violante
A mis piés... un obispo... un acusado...
Gentes que me rogaban... y uno, uno
Mas que todos tenaz, mas importuno...
¿Qué traia en la mano?... un privilegio...
No, la lengua arrancada de su boca.
¡Horror! ¿quién cometió tal sacrilegio?
¡Pára, pára un instante, mente loca!
Vuelve á mí... vuelve á mí, juicio perdido...
(*Con desesperado afan, queriendo recobrar á la fuerza las ideas estraviadas.*)
Vuelve, recuerda... (*Se mira las manos.*)
¡Estoy ensangrentado!
¿Quién me acusa?... ¡Su lengua!... sí, yo he sido;
Mas no me sigas... no. (*Va á la puerta.*)
¡Me han encerrado
Con ella! ¡auxilio! ¡á mí!... todos se han ido.
Todos... ¡del universo abandonado
Estoy!... todo lo entiendo... lo he perdido
Todo... ¡hasta Dios! ¡Estoy escomulgado!
(*Vuelve á romper la tempestad tronando.*)
Ruge la tempestad... ¡á buena hora!
(*Se aproxima al balcon, cuyas vidrieras abre el viento con estrépito.*)
¿Qué me importa de tí? No puede nada
Contra mí tu furor. ¡Ruge!... ¡devora!
Ya no hay Dios para mí... ¡ruge, menguada!
Yo me río de tí... míralo... toma,
Yo te escupo á la faz mi carcajada;
Tómala... y con mi alma escomulgada,
Implacable huracan, llévala á Roma.

(*Cae desplomado.*)

ESCENA XI.

El REY, desmayado; DOÑA VIOLANTE, DOÑA TERESA: esta por la izquierda, aquella por la derecha.

Viol. ¡Solo! á su amparo mi deber me llama.

Ter. Mi auxilio nada mas le resta ahora.

Viol. ¡Una muger!

Ter. ¡La infanta! ¿vuestra fama
Asi arriesgar osais?

Viol. ¡Y vos, señora!

Ter. Soy Teresa Vidaura.

Viol. ¡Vos! ¡La dama
De su alma perdicion!

Ter. Su salvadora.

Viol. ¡Cómo!

Ter. Vais á entenderlo en el momento:
Mas primero es llevarle á su aposento.

Viol. ¡Yo! ¡con vos!

Ter. Ayudadme sin cuidado,
Señora, que ni soy lo que aparento,

Ni cabe escomunion do no hay pecado.
(*Doña Teresa y Doña Violante acuden á levantar al rey.* — *Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE, SENTADA; DOÑA TERESA.

Ter. Tal es la historia de mi amor, señora:
Tales son mis razones, mis derechos.
Viol. No los recuso: mas os resta ahora
Darme la esplicacion de ciertos hechos
Audaces por demas para una dama
De tal ingenio y tan ilustre orígen.
Ter. En casos en que van honor y fama,
Todo la fama y el honor lo exigen.
Viol. Tal vez.
Ter. Oidme pues: seré sincera.
¿Creeis que nadie por razon domine
Los salvages instintos de una fiera,
Y doméstica á ser la determine?
Viol. No es posible.
Ter. Pues bien: esta mañana
Habeis visto á ese rey, ciego, iracundo,
Su dignidad hollando soberana
Atropellar cuanto respeta el mundo.
Le habeis visto, en su cólera embriagado,
Recusar el sagrado privilegio
Sacerdotal; desafiar osado
A Roma; el mas horrendo sacrilegio
Cometer, del Pontífice al legado
Desconociendo; y aun del mismo cielo
Sacrílego mofarse, y solo al rayo
De tal escomunion ver el abismo
A sus piés, y ceder solo al desmayo
De su temor supersticioso.
Viol. ¡Horrible
Espectáculo fué!
Ter. Pues con tal hiena
Tuve yo que luchar, y era imposible
Dominarla en su cólera terrible
Mas que con el azote y la cadena.
Diez años humillada, envilecida
A los ojos del mundo y á los mios,
Triste le demandé mi honra perdida,
Hechos mis ojos de mi llanto rios:
Y diez años corrieron sin que nada
Lograran fé ni amor; mas una hora
Llega en que la muger que ruega y llora,
Ofendida á la vez y avergonzada,
Alzase de sí misma vengadora
Por la fé y la razon autorizada.
Llegó esta hora para mí: enemiga
De mi señor me alcé, y el oportuno
Tiempo esperando astuta uno por uno
Fuí los hilos atando de una intriga:
Y llegada á su término, tornándose
Guerrero halcon la tímida paloma
De las alas del águila ayudándose
Tendió su vuelo al tribunal de Roma;
Y el águila rendida desde el suelo
La vió en sus plumas remontarse ufana,
Y la vió regresar cerniendo el vuelo
Entre los rayos de la ley romana.
Viol. Del rey me estais hablando.
Ter. No lo olvido,
Señora: para alzarme hasta su altura
Al tribunal de Dios he acudido
Que nos nivela á todos: mas segura
Bajo el amparo de su ley sagrada
No á abusar de mi triunfo vencedora
Vengo, no el solio á reclamar osada,
Sino á vivir resuelta desde ahora
Reina no, mas tampoco deshonrada.
Viol. ¿Qué es, pues, lo que quereis?
Ter. Que una palabra
Satisfaga una ofensa: que hijos llame
A los que suyos son: que no nos abra
A sus hijos y á mí sepulcro infame.
Él audaz y yo débil, ambos fuimos
Criminales al par: yo me someto
Al yugo de la ley: mas delinquimos
De muy distinto modo; él el secreto
De su origen guardó; yo fuí engañada,
Y no debo al honor guardar respeto
Del que el mio y sus hijos tiene en nada.
Vencido está á mis piés; mas no que bese
Mi planta quiero, ni me ofrezca el trono:
Que remedie su error, que le confiese,
Y me vuelvo á mi quinta y le perdono.
Viol. ¿A vuestra quinta?
Ter. Para vos, señora,
El esplendor del solio: yo no puedo
Disputároslo, no: desde esta hora,
Si en mi auxilio venís, sin pena cedo.
Viol. ¡Yo!
Ter. Sí. Vos sois un ángel descendido
Del cielo para el rey, de su ventura
Nuncio, y en su afliccion aparecido,
Bálsamo para ser de su amargura.
Llegais en su dolor á su presencia
Bajo el nombre ternísimo de esposa:
Sois elocuente, compasiva, hermosa...
Venced en mi favor su resistencia.

Viol. ¡Yo!
Ter. Vos: y comprendedme. Él indomable,
Yo ofendida y tenaz, no habia modo
De conseguir del rey lo razonable,
Sino aspirando á conseguirlo todo.
Todo lo conseguí: mas solo quiero
Lo que es mio por ley: si lo exigiera
Todo, de mi altivez víctima fuera:
Se alzara contra mí su pueblo entero.
Tomad. (*La da un escrito.*)
Decidle vos: «Todo fué un sueño:
La escomunion, el crímen, fué una intriga;
Mas firma: es tu deber, y yo me empeño
Por una pobre madre, que es mi amiga.»
Y seré... tanto no, vuestra cautiva;
Menos, el escabel de vuestro trono;
Pondreis los piés sobre mi frente altiva.
Ved lo que por mis hijos ambiciono:
Mas lucharé por ellos mientras viva,
Y á este precio no más cedo y perdono.
Viol. Y sí perdonareis. Grande os admiro,
Y grande como vos á ser aspiro.
Vuestros hijos, Teresa, os aseguro
Que honrados vivirán. Antes del dia
Serán reconocidos, sí; ¡os lo juro!
Causa comun la vuestra con la mia,
Yo los adoptaré. Cuando no tengan
En su desolacion mejor arrimo,
Enviadlos, sí, que á mi palacio vengan
Y acogidos serán: los legitimo.
Ter. Gracias.
Viol. Alzad: de gracias no es asunto,
Pues vos al punto partireis.
Ter. Al punto.
Viol. Lejos.
Ter. Donde querais.
Viol. Sois generosa,
Fascinadora, apasionada, hermosa.
Ter. ¿Zelos vos, de los ángeles trasunto?
Viol. Soy débil, soy muger. Seré su esposa.
Ter. Nada temais de vuestra humilde esclava.
Triste, porque le amé, y os lo confieso,
Me volveré á la quinta en que guardaba
Puro mi corazon, mi honor ileso.
Si me envia un billete, sin abrirle
Se le devolveré: si á darme quejas
A su page me envia, sin oirle
Razon ni trova cerraré mis rejas.
Si él se llega á mi puerta con misterio,
Yo se la cerraré como á enemigo:
Si la intenta forzar, por un postigo
Me acogeré al vecino monasterio;
Y si me sigue allí, si la clausura
Iracundo y sacrílego atropella,
Dentro del claustro al afirmar su huella
Me abriré ante el altar la sepultura.
¿Qué mas quereis, señora?
Viol. Que mi amiga
(*Tendiéndola la mano.*)
Seas.
Ter. Hasta morir.
Viol. ¡Dios te bendiga,
Sublime y generosa criatura!
Ter. Mas por ambas velad: que no me siga,
Que no le vea más. Vuestra hermosura,
Vuestro ingenio emplead en que me olvide;
Todo os lo cedo en paz. ¡Dios me es testigo!
Que entero sea vuestro honor me pide
Mi sacrificio, y lo será; me obligo:
Mas no os puedo mentir; aquí reside
Su amor, y solo morirá conmigo.
Viol. Pues ocultadle bien en vuestro pecho;
De ese amor que el espíritu os desola,
Para pediros cuentas con derecho
No hay mas que Dios, que el corazon ha hecho.
Id al legado á ver. Dejadme sola.

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE.

Justicia es, y la obtendrá cumplida,
Mas saldrá de Aragon. Al otro estremo
Quisiera verla de la tierra... hundida
En el misterio mas profundo... erguida
De su altivez la admiro... mas la temo.
Esa águila imperial con su fiereza
Dominara al leon tarde ó temprano.
Empezaria el rey su fortaleza
Por admirar, y al cabo la cabeza
Doblaria servil bajo su mano.
Unico sér cuyo resuelto arrojo
Fuera capaz de despreciar su enojo,
Fuera el único sér que hallara digno
De su pasion... y al corazon maligno
Evitar es preciso tal antojo.
¡Qué entrada tengo en Aragon! —Mas ella
La esplica en mi favor... prudente y bella,
Angel me cree del cielo descendido
Para su bien... mas perspicaz ha sido
Que yo para leer mi buena estrella.
Mas no seré yo misma quien la deje
Mentir. Vuelva á la vida y al imperio
Del ángel, á la voz, que le protege,

Y de un celeste amor ante el misterio
Su terrenal amor ceda y se aleje.

(*Abre las dos hojas de la puerta del fondo, y aparece el rey en su lecho.*)

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE, EL REY.

Viol. Respira: no es su aliento ya agitado:
El letargo pasó: ya es solo sueño:
Pero desagradable... aun frunce el ceño.
Tal vez interrumpirle es arriesgado.
Una emocion ingrata, repentina
Le pudiera dañar... mas es forzoso
Que despierte... aguardar la matutina
Luz es mucho esperar, y su reposo
No puede ser tan largo. El nuevo dia
No debe hallar en Aragon ni á ella,
Ni al nuncio, ni á ninguno por quien huella
Del escándalo encuentre. – Yo querria
Sacarle de su sueño lentamente,
De un modo natural en que su alma
Pasara poco á poco de la calma
Del sueño á la vigilia, de su mente
Las sombras ahuyentando.

(*Fija la vista en el arpa de Garcés, que como en el primer acto ocupa un rincon del aposento.*)

¡Ah!... Dios me envia
El medio de apartar de su memoria
La horrible escena de hoy. Sí, que reciba
Nueva impresion de mí, mas espresiva
En favor de su esposa, cuya historia
Va con la suya á caminar unida
Mientras camine de los dos la vida.

(*Se sienta al arpa, colocándose de manera que el rey no pueda verla. Este se despierta poco á poco al sonido de la música*).

Viol. « Aparta de tus ojos (*Canta.*)
Las nieblas de tu sueño:
Despiértate, mi dueño;
Despiértate, señor.
Despierta á los suspiros
De un alma que te ama;
Despierta, que te llama
El ángel del amor.
Despierta, no pase: despierta, señor. »

Rey. ¡Ay de mí! ¿Dónde estoy? Grato sonido
De una celeste música soñaba
Que heria melancólico mi oido.
¡Quimeras de mi sueño!... Deliraba.

(*Doña Violante empieza el preludio de la segunda estrofa.*)

¿Oigo un arpa? Tal vez estoy dormido
Aún.

(*Se sienta en el lecho, quedándose distraido.*)

Vuelve, recuerda, mente mia:
Recuérdame... recuérdame... yo creo
Que duermo, que deliro todavía.

(*Baja á la escena y ve á Doña Violante, á quien contempla estasiado mientras canta.*)

¡Qué hermosa aparicion sueño! ¡Qué veo!

Viol. « El alba esclareciendo
(*Cantando.*)
Va ya con luz incierta:
El ave se despierta,
Desplégase la flor.
Despierta, que la aurora
Su resplandor derrama;
Despierta, que te llama
El ángel del amor.
Despierta, no pase: despierta, señor. ».

Rey. Despierta dice... ¿con que estoy dormido?
¿Quién eres tú, que con tu voz derramas
Un bálsamo en mi pecho dolorido?

Viol. El ángel del amor. ¿No lo has oido?

Rey. Te tuve por muger.

Viol. La que tú amas.

Rey. ¿Yo?... no amo... ¡detesto!

Viol. Te equivocas.
Ven, siéntate á mi lado: poco á poco
Irán volviendo tus ideas locas.
Yo te las llamaré.

Rey. Me las evocas
En vano... estoy soñando, ó estoy loco.

Viol. ¿En qué te fundas?

Rey. ¡Ay de mí! me fundo
En el vacío que percibo inmenso
En mi cerebro: en el horror profundo
Que me tengo: en que ignoro lo que pienso:
En que no sé si pertenezco al mundo.
En que te estoy mirando, y no comprendo
Porqué te veo aquí: en que te miro,
Y tu sonrisa plácida no entiendo:
Y aunque te estoy aquí escuchando y viendo,
Dudo si existes, ó si yo deliro.

Viol. Mas ¿qué sientes?

Rey. Vacío en la cabeza;
Vacío en el espíritu: tristeza
En el desierto corazon, que nada
Desea: y sin embargo...

Viol. ¿Qué?

Rey. Me agrada
Oirte, y contemplarte en tu belleza.
¿Quién eres?

Viol. No lo sé: yo todavía
No tengo nombre aquí, ni tengo empleo.
Rey. ¿A qué has venido pues?
Viol. A ser tu guia,
A acompañarte... es mi único deseo
Estar cerca de tí.
Rey. Yo bien decia:
Estoy soñando aún: de otra manera,
¿Qué sér á acompañarme se atreviera
A mí, de quien el mundo es enemigo,
Y sobre quien echó para castigo
Su execracion la humanidad entera?
Viol. ¿Porqué?
Rey. Lo ignoro.
Viol. Mas ¿lo crees?
Rey. Lo creo:
Siento una conviccion...
Viol. ¿De qué?
Rey. Estoy loco.
¿Te sonries? Deliro: ya lo veo.
Viol. Deliras, sí; mas ven, darte deseo
Tu juicio; ven. Recuerda poco á poco.
Rey. ¿Qué?
Viol. Algo de ayer.
Rey. ¿Ayer?... ¡ayer! un rayo,
De una nube rugiente desprendido,
Cayó á mis piés, y me lanzó rendido
En un lóbrego abismo.
Viol. En un desmayo.
Rey. Aun siento su mareo y su zumbido.
Viol. ¿No te acuerdas de más?
Rey. No: me ha postrado
Un profundo sopor, una fatiga
Intensa... mil delirios me he forjado;
¡He visto tantos círculos!... ¡he dado
Tantas vueltas!... ¿me has dicho que te diga
Lo que siento?
Viol. Sí, dímelo.
Rey. Padezco
Un mal estar... una inquietud... aguarda:
No es eso; es... miedo. Sí, de eso adolezco,
De miedo... mi memoria me acobarda:
Tengo miedo á pensar.
Viol. ¡Te compadezco!
Rey. ¿Por loco? Ya lo ves: hablo contigo,
Quimérica ilusion, como si fueras
Mas que un delirio que en mi mente abrigo
En mi locura tiene.
Viol. Ven conmigo
Pues: ven á delirar.
Rey. Como tú quieras.
Viol. Ven á mi lado, ven. Juntos iremos
Vagando por las mágicas campiñas
De la imaginacion: nos contaremos
Nuestro amor en voz baja: cruzaremos
Valles frondosos, enramadas viñas,
Huertos que sombra nos darán, y opimos
Frutos y sabrosísimos racimos
Para templar la sed: mientras palomas
Nos arrullan la siesta, y lo que fuimos
Olvidaremos; y en las frescas lomas
De este encantado Eden vagando eternos
Sabremos existir sin separarnos
Uno de otro jamás, ni entristecernos.
(*Un momento de pausa: el rey contempla á Doña Violante como si aun la escuchara.*)
Rey. Habla... ¡sigue por Dios! ¿á qué pararnos?
¡Ibamos ya tambien! Hay en tus tiernos
Conceptos una música tan suave...
Hay en tu dulce voz una armonía
Cual dar no mas naturaleza sabe,
Al són del rio y al cantar del ave.
¡Háblame por piedad, ilusion mia!
Viol. ¿No te enoja mi voz?
Rey. ¡Oh, me enajena!
Viol. ¿Me acompañas gustoso?
Rey. No me dejes
Nunca.
Viol. ¿Mi ausencia te causara pena?
Rey. Temo que he de morir cuando te alejes.
Viol. ¿Quieres oir mi historia?
Rey. Enhorabuena.
Cuenta, cuenta, fantasma delicioso,
Cuenta, sueño de amor... que no despierte
Yo jamás, si ha de ser para no verte
Ni oirte... cuenta, que te escucho ansioso.
Viol. Yo soy una muger.
Rey. ¡Delirio vano!
(*Interrumpiéndola.*)
Si lo fueras...
Viol. ¿Qué harias?
Rey. ¡Ay! amarte:
Partir contigo mi existencia, darte
Todo mi corazon, mi soberano
Poder.
Viol. ¿Eres tú rey?
Rey. Sí.
Viol. ¿Y en qué parte
Del orbe está tu reino?
Rey. Todo el mundo
Lo sabe: en Aragon.
Viol. Pues bien: partamos
Juntos hácia Aragon; pero vayamos
En el misterio envueltos mas profundo.
Rey. ¿Porqué?
Viol. ¿Lo ignoras?
Rey. Sí.
Viol. Porque, si vamos,
Vivir en tu palacio no podremos.
Rey. ¿Porqué?
Viol. De él me echarian tus vasallos.

Rey. A los que osaran tal, remos con remos
Les haria yo atar á mis caballos
Y arrojarlos al monte.
Viol. ¡Siempre estremos
De cólera! ¡siempre ímpetus de ira!
Rey. Es verdad: dices bien... la ira me pierde.
Viol. ¿No seria mejor?
Rey. ¿Qué cosa?
Viol. Mira:
Tengo una quinta en cuya olmeda verde
Solo el aliento del amor se aspira.
Rey. ¿Una quinta?
Viol. Amenísima.
Rey. ¿Y en dónde?
Viol. En Aragon.
Rey. ¿En Aragon?
Viol. El Ebro
Entre unos setos de abedul y enebro
La riega, y con los árboles la esconde
De su ribera fértil.
Rey. Mi cerebro
Comienza á vacilar.
Viol. ¿Qué te entristece?
Rey. Nada... siento rodar en mi cabeza
Mil confusos recuerdos. Me parece
Que á revolverse mi memoria empieza...
Y mi sueño feliz se desvanece.
Viol. Te engañas, todavía está contigo,
Y siempre lo estará, si tú lo quieres.
Rey. ¿Si yo lo quiero? Sí, Dios me es testigo.
Siempre, sueño feliz, vendrás conmigo:
Mas quisiera saber... dime ¿quién eres?
Viol. Una muger.
Rey. Tu arpa ángel te llama.
Viol. ¿Recuerdas?...
Rey. Que cantabas.
Viol. (Ya recobra
La memoria: Señor, completa mi obra.)
Rey. Angel... muger... no cabe: alguno sobra.
Viol. Tiene algo de ángel la muger que ama.
Rey. ¿La que ama? No: de Satanás es hija.
Viol. Esa es otra muger: yo no soy esa.
Me has dicho eso no más porque me aflija.
Rey. ¿Afligirte yo? no.
Viol. Tus ojos fija
En los mios: ¿qué encuentras? ¿qué te espresa
De mi pupila ardiente la mirada?
Recuerda... ¿no la has visto en tu pasada
Vida, entre vivas, músicas y oro?
Rey. Recuerdo su espresion enamorada.
Viol. ¿Y la conoces?
Rey. No: pero te adoro,
Sueño hermoso de amor.
Viol. Rasga las nieblas
Que ofuscan tu memoria: desvanece
De un soplo esas quimeras con que pueblas
La fantasía: ahuyenta y esclarece
De tu juicio, que vuelve, las tinieblas.
Recuerda... ¿quién soy yo?
Rey. Me lo has cantado:
El ángel de mi amor.
Viol. Antes, ¿quién era?
Rey. ¿Antes? Una muger.
Viol. La que has amado.
Rey. No: aquella no eres tú.
Viol. Te has obcecado:
Confundiéndome estás con la primera;
Mas aquella se va.
Rey. No te comprendo.
Viol. Recuerda.
Rey. ¿Qué?
Viol. La quinta... la que amas.
Rey. Te estás en pesadilla convirtiendo,
Sueño... mas ¡ay!... recuerdo... tú te llamas...
Viol. Teresa, no. *(Vivamente.)*
Rey. No, no: que es nombre horrendo.
Viol. ¿A Teresa conoces?
Rey. Sí... un momento
Aguarda. ¡Pára... pára, mente mia!
¡No ruedes... no circules, pensamiento!
Vuelve á mí... vuelve á mí... ¡ay! ya le siento...
Espera... fué Teresa...
Viol. (¡Oh, qué agonía!)
Rey. A Roma... ¿ha vuelto ya?
Viol. Sí.
Rey. Otro instante
Déjame... eso es... eso es... Teresa ha sido:
Pero que me la quiten de delante:
Huye... mas no eres tú.
Viol. Yo soy...
Rey. Violante. *(Reconociéndola.)*
Viol. Sí; tu esposa.
Rey. ¡Gran Dios! ¿Quién te ha traido
Aquí? Reina infeliz, te han engañado.
¡Huye, parte al momento, vuelve á Hungría!
En brazos de un dragon te han entregado
Prometiéndote un rey. ¡Huye, alma mia,
Huye de mí!... ¡yo estoy escomulgado!
(Pausa. El rey, recobrando completamente su juicio, reconoce su situacion y habla espantado consigo mismo. Doña Violante le contempla con ansiedad, leyendo en su rostro y en sus palabras su interior agitacion, espiando el momento, y meditando las palabras mas á propósito para calmarla. Toda esta escena depende mas de los actores que del poeta. Las notas y acotaciones están sin embargo suprimi-

das en ella, porque estando escrita para personas determinadas, teniendo en cuenta sus facultades, nada hay que advertir á estas, y á los actores que fuera de Madrid se encarguen de los papeles del rey y de Doña Violante es inútil embrollarles con notas, si su talento dramático no comprende á primera vista el carácter que debe llevar toda la escena. El rey sigue hablando consigo.)

Escomulgado, sí. Bajo el pié impío
Se me agosta la mies; se pudre el grano,
Se hiela el árbol, y se seca el rio;
Y el monte se hunde, y me rechaza el llano,
Y Dios no me conoce. ¡No es el mio
El Dios que alumbra al corazon cristiano!
Escomulgado estoy... ¡Su ira infinita
Entregó á Satanás mi alma precita!

Viol. ¿Y si no fuera asi?

Rey. ¿Qué estás diciendo?

Viol. ¿Si no existiera el sacrilegio horrendo
Que cometer creiste?

Rey. ¿Porqué dices
Eso?

Viol. Porque ese crímen no existiendo
Pudiéramos aún vivir felices.

Rey. ¡Tentacion infernal! Estás hablando
De imposibles... milagros suponiendo.
¡Y yo te estoy, imbécil, escuchando!
No, no: mi horrible situacion comprendo.
¡Feliz despues de mi delito infando!
¿Y la sentencia pontificia?

Viol. Acaso
Ella misma, Teresa, retirara
Su demanda de Roma.

Rey. ¡Bien escaso
Si su amor me le ofrece!

Viol. ¿Y en tal caso?

Rey. No: la detesto ya.

Viol. ¿Y si yo te amara?

Rey. ¡Tú! Escucha. Sangre de mis manos brota.
Roë mi corazon, mi hálito mengua
La escomunion, y cercenada y rota
Viene tras mí pidiéndome su lengua
Cuanta sangre hay en mí gota por gota.
¿Y me quieres amar? ¡ay! ya empezaba
Mi corazon á amarte á tí. Creia
Que eras de paz un ángel que velaba
Paso tras paso la existencia mia.
¡Y al averno conmigo te arrastraba!
¡Apártate de mí! Delirio hermoso
De casto amor, fantasma peregrino
De un sueño pasagero y vaporoso,
¡Apártate de mí, que no hay reposo,
Bien, ni sombra, ni amor en mi camino!

Viol. No importa: iré, caminaré contigo.

Rey. Pero ¿no ves que cuanto toco infamo?
¿Que va de Dios la maldicion conmigo?
¡Sálvate! ¡huye de mí!

Viol. No: yo te sigo,
Porque tu esposa soy, porque te amo.

Rey. ¡Amor en el infierno germinado!

Viol. Celeste amor que redimirte puede;
Que te vuelve á la vida; que ha lavado
El borron que manchaba tu pasado.
Vive Don Berenguer, Teresa cede.
Mira.

ESCENA IV.

EL REY, DOÑA VIOLANTE, DOÑA TERESA, DON BERENGUER, EL NUNCIO.

(*Al volverse el rey halla á Doña Teresa ante la puerta derecha, y á Don Berenguer, descalzo y en hábito penitente, seguido del nuncio, ante la puerta izquierda, y retrocede espantado conforme van estos personages acercándose á él.*)

Rey. ¡Dios! ¡ellos son! ¡me los evoca
Tan satánico amor! Volved al cáos,
Sombras... no os acerqueis... de mí alejaos.
(*A Don Berenguer, que aproximándose á él poco á poco se arrodilla alargándole un pergamino.*)
¿Porqué me sigues tú?... mudo fantasma,
¿Qué quieres? ¿qué? ¡tu lengua! A Dios le toca
Dártela, él solo puede... ¡á mí me pasma
De horror el ver que falta de tu boca!
¿Te arrodillas?... ¿qué es eso?... ¿traes escrito
Lo que decir no puedes?
(*Toma el pergamino.*)
¿Quién te ha dado
Mi acta de gracia?

Ter. Yo.

Rey. ¡Dios infinito!
¿Es decir?...
(*El nuncio, que se ha ido tambien acercando al rey, le interrumpe diciéndole con solemnidad y señalando á Don Berenguer, que está de rodillas:*)

Nuncio. Escuchad.

Ber. Que no hay delito
Mas que en mí: que soy yo el escomulgado.

Rey. ¡Hablas!... ¡Oh, todo lo comprendo ahora!
¡Ay!... apartad... dejadme que respire,
(*Se aproxima al balcon, que abre Doña Teresa, que está á este lado y comprende la intencion del rey. Entra el sol.*)
Dejadme que la luz consoladora
Vea... ¡dejadme que á los cielos mire!
(*Arrodillase.*)

¡Mi alma te cree, Señor, mi fé te adora!
(*Pausa.*)
(*El rey al levantarse ve á Don Berenguer en el mismo sitio, y le dice:*)
¿Qué esperais ya de mí? ¿No habeis hablado?
Ber. La última vez: de *el siglo*, que abandono,
Salgo á silencio eterno condenado.
Dadme vuestro perdon.
Rey. Id perdonado.
¡Dios me perdone á mí mi infando encono!
Tambien, nuncio, de Roma solicito
Perdon.
(*El nuncio le presenta el escrito de Teresa, que ha recibido de manos de Doña Violante.*)
Nuncio. Firmad, señor, en este escrito,
(*Se le pone en la mesa.*)
Y en nombre del Pontífice os perdono.
Rey. ¿Qué es esto?
Viol. La justicia que á una madre
Hace Violante de Aragon. Yo imprimo
Mi nombre aquí tambien. (*Firma.*)
Falta el del padre.
Rey. ¡Mis hijos!
Viol. Firma.
(*Ofreciéndole la pluma.*)
Rey. Sí: los legitimo.
Ter. El honor de mis hijos lo exigia,
(*A sus piés.*)
Y á todo osé por él desesperada.
Perdonadme, señor.
Rey. No tengo nada
Que perdonarte... la honra te debia.
Viol. Partid.
(*A Doña Teresa, dándole el pergamino firmado.*)
Rey. Que parta, sí: que el reino deje:
Que yo no la halle... que de mí se aleje
Donde tentar mi corazon no pueda.
Ter., al rey besándole la mano. ¡A Dios!
(*El rey vuelve la cabeza hácia la izquierda, donde se habia colocado Doña Violante, á quien tiende una mano mientras abandona la otra á doña Teresa.*)
Rey, á Doña Teresa. ¡A Dios!
Ter. Un ángel os protege:
La tentacion se va y el ángel queda.
(*El rey abraza á Doña Violante.*)
Rey. ¡Ah! sí; pero partid.
(*Doña Teresa y Don Berenguer se van cada cual por donde salió.*)

ESCENA ULTIMA.

El REY, DOÑA VIOLANTE, el NUNCIO.

Rey. Ya el sol asoma, (*Al nuncio.*)
Nuncio; mi pueblo de Aragon...
Nuncio. Espera
Jurar hoy á su reina, y mi postrera
Bendicion recibir.
Rey. Sobre mí entera
Echadla pues, y regresad á Roma.
Nuncio. Sea. Ya no hay impedimento alguno
Que vuestra union sagrada contradiga.
La rodilla doblad: desde hoy en uno
Por siempre como esposos os reuno.
¡Monarcas de Aragon, Dios os bendiga!
(*El nuncio estiende sus manos sobre los reyes, arrodillados á sus piés.—Cae el telon.*)

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR,

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO

DE

DOÑA MATILDE DIEZ.

PERSONAS.

Doña AURORA.
GABRIEL ESPINOSA.
Don RODRIGO de SANTILLANA, alcalde de casa y corte.
Don CÉSAR de SANTILLANA, capitan de ginetes del primer tercio de Flandes.
ARBUÉS.
BURGOA y NAO d'ANDRADE.
El marqués de TAVIRA.
El doctor N.
Un Escribano.
Alguaciles.
Soldados.
Un Criado de Burgoa.
Otros Criados.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid: y en el tercero en Medina del Campo en el año de 1594 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO.

Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo que da al esterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.

—

ESCENA PRIMERA.

BURGOA, que aparece; un Criado, que sale por el fondo.

Criado. Señor amo.
Burg. ¿Qué hay?
Criado. Un hombre.
Burg. ¿Qué quiere?
Criado. Veros.
Burg. Que pase.
Criado. Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II.

BURGOA; el MARQUÉS, embozado.

Marq. Buenas noches.
Burg. Dios le guarde.
Marq. ¿Eres tú el huésped?
Burg. Yo soy.
Marq. ¿Luis Burgoa?
Burg. Y Nao d'Andrade.
Marq. ¿Portugués?
Burg. Lo canta el nombre :

De Alfontes en el Algarbe.
Marq. Paisanos somos.
Burg. ¿Sois vos
Tambien...?
Marq. Escúchame y cállate.
Burg. Callo y escucho.
Marq. Esta noche
Vendrá á pedir hospedage
En esta posada un hombre,
Cuyas señas voy á darte
Para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años: trage
Negro, cabello rapado,
Barba crecida, semblante
Pálido, mirada de águila,
Sonrisa triste, andar grave.
Burg. Con tantas señas, señor,
Que le equivoque no es fácil.
Marq. Aun faltan mas; una dama
En su compañía trae
De apenas diez y siete años,
Y haciendo veces de page
Viene sirviéndoles á ambos
Un veterano de Flandes,
En quien, por mas que se afana
Por tosco labriego en darse,
Se revelan á la legua
Las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
A tus puertas acercarse,
Con luz y sombrero en mano
Saldrás hasta los umbrales:
Mandarás de sus caballos
Cuidar, y sus equipages
Subir á los aposentos
Mejores que puedas darles.
Les servirás á su antojo
Los mas sabrosos manjares
Y los vinos mas añejos,
Y entre tanto que ocuparen
Cuarto en tu posada, en ella
No recibirás á nadie.
Yo toda entera la alquilo
Para ellos. Ahí va parte
Del gasto que hacerte puedan:
Cuando esa suma se acabe
Te rellenaré esa bolsa:
Lo que sobre, para gages
Del huésped y de los mozos.
Adios y silencio, Andrade.
Burg. Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare
Quién paga su gasto?
Marq. Nada
Digas.
Burg. ¿Y si se obstinase
En saberlo?
Marq. Guardarás
Silencio: y la cuenta á darme
Tu silencio y sus porfías
Pondrás como cantidades
En guarismos, y yo, solo
Veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa:
Porque el oro que aquí ganes
Crecerá con tu prudencia
Y te se irá con tu sangre;
Porque indiscreciones de oro
Con hierro es bien que se atajen,
Y fortuna que se canta
Siempre se la lleva el aire.
Burg. Señor...
Marq. Adios, que no quiero
Que aquí, si llegan, me hallen. (*Vase.*)

ESCENA III.

BURGOA, DESPUES DON CÉSAR.

Burg. ¡Aventura mas estraña!
Alguna apuesta: algun lance
De amor: pero ¿qué me importa
A mí? Lo que es indudable
Es que el bolsillo está lleno
De doblillas: ¿para gages
Las que sobren? ¡bah! lo menos
Ciento por veinte. Adelante.
Cés. Buenas noches. (*Saliendo.*)
Burg. ¿Qué se ofrece?
Cés. Hablar con el dueño.
Burg. Habladle.
Cés. ¿Eres tú?
Burg. Yo mismo.
Cés. ¿Estamos
Solos?
Burg. Sí.
Cés. Atento estáme.
Tres personas á tu puerta
Vendrán muy pronto á apearse;
Un hombre galan, de pálido
Rostro y de noble talante,
Una dama tan hermosa
Como pintan á los ángeles;
Y un escudero que tiene
Mezcla de asistente y page.
Dáles lo mejor que tengas,
Como á príncipes regálales:
Lo que no poseas, cómpralo
Y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
En oro: cuando los gastes
En su servicio, me pides
Más, y si sobran por gages
Te los embolsas, con ceros
Sumas y cuentas cabales.

Burg. Caballero, perdonad:
Pero habeis llegado tarde.
Cés. No te entiendo.
Burg. Un embozado
Que salia cuando entrábais
Os ha ganado la mano,
Y para esos personages
Por quien os interesais,
Con palabras semejantes
A las vuestras ha alquilado
Y pagado el hospedage
De mi casa con el oro
De este bolsillo: miradle.
Cés. ¿Y quién era ese embozado?
Burg. No le conozco.
Cés. ¿Su trage,
Su porte, ni sus palabras
Indicios no pueden darte
De quién sea?
Burg. No, señor
Militar: ni su semblante
Vi jamás, ni haber oido
Recuerdo en ninguna parte
Su voz.
Cés. ¿Es jóven ó viejo?
Burg. ¿No le habeis visto?
Cés. En la calle
Estaba ya cuando yo
Llegaba á tu puerta, y casi
No puse atencion en él.
Burg. Es un señor respetable
De barba gris, noble y rico.
Cés. ¿Noble y rico? ¿de qué sabes
Que lo es si no le conoces?
Burg. Dan en él lo muy bastante
A conocer la riqueza
Su oro y su modo de darle,
Y la nobleza, ademas
De su tono y de sus frases,
El aroma que se exhala
De su valona y sus guantes.
Cés. Pues, señor, ¡cómo ha de ser!
Dijiste bien: llego tarde.
Réstame, pues, solamente
Mis ofertas retierarte:
Emplea ese oro á gusto
De quien le dá, y lo que falte
Yo lo abono: y á otra cosa,
Que el tiempo vuela. Melquiades,
(*Asomándose á la puerta.*)
Acomoda los caballos
En la cuadra.
Burg. Dispensadme,
Capitan: no puede ser.
Cés. ¿Porqué?
Burg. Porque no hay vacante
Un solo pesebre en ella.
Cés. Pues en ese caso dame
Un cuarto á mí y una cama,
Y que se vaya Melquiades
Con los caballos.
Burg. Tampoco
Puedo serviros.
Cés. ¡Bergante!
¿Intentas burlas conmigo?
Burg. ¡Dios me libre de burlarme
De tan gallardo mancebo!
Mas tengo órden terminante
De aquel embozado incógnito
De no recibir á nadie
Por esta noche en mi casa,
Mas que á ellos. Escusadme
Pues, capitan.
Cés. Pues entonces (*Se sienta.*)
Dame un bocado que el hambre
Me satisfaga y un trago
Que me remoje las fauces.
Burg. Señor, todo está comprado
Y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
Os interesais, dejadles
Libre la casa, y no hagais
Que yo á mi palabra falte.
Cés. El caso es que á mí me importa
En esta casa quedarme
Por esta noche y és fuerza
Que me quede.
Burg. Pues en grave
Compromiso me poneis
Si os quedais, y por mi parte
Por cuantos medios me ocurran
Estoy dispuesto á evitarle.
Cés. ¿De modo que te propones
En la plazuela plantarme
En una noche como esta
Con frio tal, oro y hambre?
Burg. Sí, señor.
Cés. ¿Sin mas razones?
Burg. Os llevo dadas bastantes.
Cés. Pues, señor, lo siento mucho;
Mas fuerza es que te se alcance,
Pues no eres tonto, que cuando
Muestro empeño semejante
En hospedarme en tu casa,
No vine para marcharme
De ella otra vez despedido
Como un buhonero errante.
Burg. Pues mirad como ha de ser.
Cés. Así: toma, y lee si sabes.
(*Le dá un papel.*)
Burg. ¿Y qué es esto?
Cés. Lee.
Burg., *leyendo.* «Dará
» Luis Burgoa Nao d'Andrade
» Alojamiento en su casa
» Número dos de la calle

» De la Antigua, al capitan
» Del primer tercio de Flandes
» Don César de Santillana
» Con seis ginetes. »
Cés. Cabales.
Burgoa, en nombre del rey
Vas á ofrecerme de balde
Lo que por oro me niegas.
Burg. La boleta haré que os cambien
A cualquier costa.
Cés. Será
Trabajo inútil: es tarde.
Burg. No importa: tengo dineros
Y muy buenas amistades
Hoy en el Ayuntamiento.
Cés. Pues, Burgoa, no las canses
Inútilmente esta noche:
Porque, á mas de que es mi padre
Juez de la chancillería
Y de casa y corte alcalde,
Tengo seis hombres abajo
Y un escudero, incapaces
De obedecer otras órdenes
Que las que yo quiera darles,
Que del umbral de la puerta
No permitirán que pases.
Con que cede á mis razones,
Que son á fé terminantes,
Y dame luz, cena y cuarto,
Que con ese personage
Misterioso, seré yo
Solamente el responsable
De todo, en nombre del rey.
Burg. Callo al rey.
Cés. Y muy bien haces,
Que contra el rey nadie es cuerdo
En oponerse. Melquiades,
Toma luz y desensilla
A Bayardo: á acomodarme
Voy en algun cuarto bajo
Para que cuando llegaren
Esos huéspedes, en casa
Ya pagada no me hallen.
Burg. Capitan, pues no hay remedio,
Yo os ruego con la mas grande
Humildad, que os alojeis
En una sala que cae
Al huerto que tengo á espalda
De la casa.
Cés. Que me place
Te digo el alojamiento.
Vamos allá.
Burg. Hácia esta parte
(*Los dos á la puerta.*)
Y en el fin del corredor
Vereis una puerta grande
Que dá sobre otra escalera:
Tomad el farol que arde
En el descanso; bajadla,
Y Andrés os dará la llave
De vuestro cuarto y decidle
Que á vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
Y fuego.
Cés. Dios te lo pague. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BURGOA, DESPUES DON RODRIGO.

Burg. ¿Santillana y capitan,
Y de los tercios de Flandes
Y con la boleta en regla
Y espada de gavilanes
Quién le resiste? El incógnito
Se hará cargo del percance
Y tendrá su compañía
Que sufrir y resignarse.
Contra el rey nadie es valiente.
Rod. ¡Há de esta casa! (*Entrando.*)
Burg. Adelante.
Rod. ¿Sois el dueño de ella?
Burg. Soy
Luis Burgoa.
Rod. Dios le guarde.
Burg. Mil gracias: lo mismo digo.
¿Qué se ofrece?
Rod. Que oiga y calle.
Esta noche á esta posada
Vendrá un viajero á apearse
Con una dama encubierta
Y un escudero; hospedadles
Con mucho agrado y servidles
Sin dudar cuanto demanden:
Su gasto corre por cuenta
Del rey: y desde el instante
En que vuestra casa ocupen,
De ellos, de sus equipages
Y cuanto les pertenezca
Sereis vos el responsable.
Dejareis entrar á todos
Los que por él preguntaren:
A todos, quien quier que fueren:
Mas no dejareis á nadie
Volver á salir. Abajo
Teneis unos militares
Alojados, y las órdenes
Competentes voy á darles
Para que os presten auxilio
Y en caso de apuro guarden
Las puertas: con que silencio
Y á Dios: volveré mas tarde.
Burg. Señor, vuestra autoridad
Sea cual fuere, escusadme
Que os pregunte á quien la honra

Tengo de hablar.
Rod. Al alcalde
Rodrigo de Santillana.
Burg. ¡Jesucristo!
Rod. Dios le guarde.

ESCENA V.

BURGOA.

¡Dios nos asista! con un
Santillana era bastante
Para su mal: pero ¿juntos
El capitan y el alcalde
Pisándoles los talones?
Ya, ya están frescos los tales
Viajeros. Los Santillanas...
Raza de réprobos: aves
De mal agüero: golillas
Todos: buhos de las cárceles
Y de las horcas, que solo
Pronosticar pueden males.
Santillanas... ¡fuego en ellos
Y en quien á casa los trae!
No hay portugués que no tenga
Con ellos cuentas. Mas baste:
Que Dios dirá. Gente llega.
¡Andrés!
(*Al ir á entrar por el fondo sale Arbués de viage, enlodado.*)

ESCENA VI.

BURGOA, ARBUÉS.

Arb. No hay que incomodarse,
Patron: somos gente llana
Mis amos y yo, y á nadie
Gustamos de dar que hacer.
¿Hay aposentos capaces,
Limpios y con buenas camas
Para una dama, su padre,
Su escudero y dos criados?
Burg. Sí, señor, los hay: y tales
Que no habrá en palacio muchos
Que en lo limpio les alcancen.
Arb. Pues poned en uno luces
Para la dama.
Burg. Que bajen
Voy á mandar por los trastos
Que traigais.
Arb. Que no se cansen
Vuestros mozos; ya los nuestros
Suben con los equipages.
(*Suben los mozos con baules.*)
¿Dónde los pondrán?
Burg. Allí

***

En esos cuartos.
Arb. Llevadles (*A los mozos.*)
Pues.
Burg. ¿Y la dama?
Arb. Se está
Despidiendo de su padre.
Burg. Pues qué ¿no se queda en casa
Con ella?
Arb. Sí: mas tiene antes
Que entregar unos breviarios
A un primo suyo, que es fraile
En san Pablo y tardará
Tal vez: mas no hay que esperarle.
Burg. Marta, Ginés, á esa dama
Alumbrad.
Arb. Ya llegan tarde,
Patron. (*Sale Doña Aurora.*)
Burg. ¡Qué! ¿sin aguardar
Que la sirvan?...
Arb. Si es mas ágil
Que un lancero, y nunca se anda
Con cumplimientos.

ESCENA VII.

ARBUÉS, BURGOA, DOÑA AURORA.

Burg. (Buen talle,
Garboso andar y ¡qué hermosa!
Dijo bien cuando á los ángeles
La comparó el capitan.)
Aur. ¿Sois el huésped?
Burg. Ordenadme,
Señora: yo soy.
Aur. ¿Hay fuego
En mi aposento?
Burg. Y bujía:
Y puede vueseñoría
Disponer de él desde luego
Y de toda mi posada.
Os mandaré á mi muger
Que os sirva.
Aur. No es menester:
Yo me sirvo sola y nada
Necesito. ¿Arbués?
Arb. ¿Señora?
Aur. Cuando vuelva, aunque sea tarde
Me avisarás.
Arb. A la hora
En que llegue.
Aur. Dios os guarde. (*A Burgoa.*)
Burg. ¿Tomareis un refrigerio,
Un tente en pié, para abrigo
Del estómago?
Aur. ¿No os digo

Que nada quiero?

(*Vase por la izquierda.*)

Burg. ¡Qué imperio!

ESCENA VIII.

ARBUÉS, BURGOA.

Burg. ¿Y vos no cenais?
Arb. Poca há
Que comimos y costumbre
No tenemos.
Burg. A la lumbre
Podeis venir, que la habrá
Buena en el hogar.
Arb. No tengo
Frio; podeis sin reparos
Cuando querais acostaros:
Porque mi amo, os lo prevengo,
De que le sirva no gusta
Nadie mas que yo, que sé
Sus mañas.
Burg. Teneis á fé
Buen trabajo.
Arb. ¡Bah! Se ajusta
Cada cual al que le toca
En esta vida; yo estoy
A su servicio y le doy
Cumplimiento.... y punto en boca,
Que tengo sueño. Dejad
La llave á mano y á abrir
Bajaré, cuando venir
Le sienta; que echen mandad
Pienso á los caballos; yo
De este sillon haré lecho.
Burg. ¿Dormireis ahí?
Arb. ¿Pues no?
Es costumbre y ya estoy hecho.
Burg. Pues para cuando me acueste
Ahí queda la llave, y vos
Os gobernareis.
Arb. Adios
Pues.
Burg. Descansar. (¡Mala peste
Me coja si yo me acuesto
Sin ver á ese hombre quedar
Dentro de casa!) (*Vase.*)
Arb. Cerrar
No está demas.

(*Cierra la puerta del fondo.*)

ESCENA IX.

ARBUÉS, DESPUES DON CÉSAR.

Arb. En mi puesto
Héme ya.
(*Se sienta en el sillon y llaman á la puerta del fondo.*)
Han llamado.
Cés. ¿Arbués? (*Dentro.*)
Arb. ¿Por mi nombre? ¿quién será?
Cés. ¿Alférez Arbués?
Arb. ¿Quién va?
Cés. Abre á un amigo.
Arb. ¿Quién es?
Cés. El capitan Santillana.
Arb. ¿Don César?
Cés. Sí: date priesa,
Arbués, que nos interesa.
Arb. ¡Válame la soberana (*Abre.*)
Vírgen! ¡Vos, mi capitan!
Cés. No malgastemos, Arbués,
Nuestro tiempo.
Arb. Hablad: ¿qué hay pues?
Cés. Las bocacalles están
Tomadas al rededor,
Y conmigo hay seis soldados
En esta casa apostados.
Arb. ¿Y qué?
Cés. Que es á tu señor
A quien buscan. Si Gabriel
Los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
Todos sois presos con él.
Arb. No os dé pena, capitan:
Mi amo, que lo sabe todo,
De hacer encontrará modo
Inútil todo ese afan.
Cés. El asunto no es materia
De chanzas: en la partida
Sé yo que le vá la vida.
Arb. ¡Diablo!
Cés. La cuestion es séria.
Registrarán su equipage
Y hasta su misma persona:
Y si razon no le abona
Terminante, aquí su viaje
Concluye: porque al misterio
De su vida dar alcance
Quiere el rey.
Arb. ¿El rey?
Cés. El lance
Ves que no puede mas sério
Ser. Mi padre Don Rodrigo
Me ha encomendado su guarda,
Diciéndome que le aguarda
Pronto y ejemplar castigo.

Hasta ahora á lo que creo
De sus poderes abusa
La justicia, pues le acusa
A ciegas su buen deseo.
Mas he oido una espresion;
Que á probarse con certeza
Le va á costar la cabeza,
Sea impostura ó ambicion.
Oyeme ahora. El destino,
Por su bien ó por mi mal,
Me une á su sino fatal
Y me arroja en su camino.
Instinto y veneracion
Por él en mi pecho ruegan,
Y por Aurora me ciegan
Cariño y adoracion.
En el nombre de la ley
A espiarle á Madrigal
Me enviaron y cumplí mal
Con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.
Arb. Lo sabíamos.
Cés. Tiempo es ya
De que sepamos, Arbués,
A qué atenernos. Conmigo
Es preciso que Gabriel
Hable esta noche: es forzoso
Que este arcano misterioso
Penetre á la par con él.
Hay de un misterio tremendo
En su existencia la duda:
Siempre me tendrá en su ayuda,
Mas que se esplique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
Salvarle: quiero que á prueba
Ponga mi fé y que me deba
Su porvenir: en fin, todo
Quiero comprenderlo, y sea
Quien fuere, noble ó villano,
Vil traidor ó soberano
Coronado, que en mí vea
Un fiel amigo, un apoyo
Presto á dividir con él
Desde el sitial de un dosel
Hasta de la tumba el hoyo.
Arb. Que os ciega amor bien se ve.
Cés. Arbués, si su amor merezco
Y si mi mano la ofrezco...,
Arb. No la admitirá.
Cés. ¿Porqué?
Arb. Porque es Espinosa un hombre
Que no quiere que se una
Ni hombre alguno á su fortuna,
Ni hombre alguno á su nombre.
Cés. Yo los males que le afligen
Acepto y sus opiniones
Sin pedir de ellas razones:
Y si ocultarme su orígen
Les importa, nunca el nombre
Preguntaré de mi esposa:
Sea honrada y cariñosa
Y nada habrá que me asombre.
Arb. Estais loco, capitan;
¿Quereis con un pastelero
Emparentar?
Cés. Arbués, quiero
Salir de una vez de afan.
Te he dicho que mi destino
Me lleva tras de Gabriel.
Arb. Pues es fuerza que huyais de él:
Echad por otro camino.
Cés. ¡Arbués!
Arb. Yo sé lo que digo.
Vuestro ayo fuí: soy ya viejo
Y daros puedo un consejo:
Tomadle, que es de un amigo.
Cumplid vuestra obligacion
Sin tropezar con Gabriel,
Y el misterio que hay en él
Dejad en su corazon.
Para vuestro amor, de roca
Será su alma, y recelo
Que no os dará ni consuelo
Ni satisfaccion su boca.
Cés. Pues qué ¿hace ese hombre un agravio
Impunemente?
Arb. Lo que hace
No sé, mas no satisface
Jamás.
Cés. Pues bien, si su labio
Satisfaccion no me da,
Yo le haré que hable sin gana
Con mi acero.
Arb. Santillana,
En silencio os matará.
Cés. ¿A mí?
Arb. Tal creo en conciencia.
Cés. ¿Tiene algun filtro Gabriel?
Arb. No: mas acaso con él
Pelea la omnipotencia.
Don César, tened á raya
Vuestra locura y tomad
Mi consejo: abandonad
La senda por donde él vaya.
Cés. No puedo.
Arb. Una indiscrecion
Muy sandia sé que cometo,
Mas voy á ser indiscreto
Porque os tengo obligacion.
Cés. Habla, habla.
Arb. Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
Tiene mas de caballero
Que lo que aparenta él.
Tres años há que le sigo

De su favor obligado,
Que honra y vida me ha salvado
Y mas que dueño es mi amigo.
Cés. Pero ¿quién es?
Arb. Voy á ello.
Quién es... sábenlo él y Dios.
Cuanto sé yo de él vais vos
A saber: mas bajo un sello
Guardadlo siempre.
Cés. Concluye.
Arb. Escuchad pues lo que sé,
Y vos vereis de él á fé
Si en pro ó en contra os arguye.
Él sabe todas las leyes,
Cuenta todas las historias,
Los desastres y las glorias
De los europeos reyes.
Él conoce los blasones
Como un rey de armas: él mide
Las noblezas: él decide
Sobre razas y opiniones:
Y tales fuerzas alcanza,
Que con precision certera
Monta un potro á la carrera
Y hace astillas una lanza
En el aire.
Cés. ¡Jesucristo!
Eso se cuenta tambien
De Don...
(*Arbués le tapa la boca con la mano.*)
Arb. No digais de quién:
De él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿Conocíais á Quiñones
El teniente de dragones?
Cés. Sí.
Arb. Sabeis que era el respeto
De los diestros en la esgrima,
Porque jamás estocada
Le hirió, mientras que su espada
Veinte muertes le echó encima.
Cés. Sí.
Arb. No ignorareis que muerto
En Madrigal se le halló:
Pues bien, Gabriel le mató
Riñendo.
Cés. ¿Cierto?
Arb. Tan cierto,
Capitan, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
Con el alférez comia
Yo una tarde, cuando un coche
Paró á sus puertas, y de él
Un embozado bajando
Se entró hasta allí preguntando
Si estaba en casa Gabriel.
Salió este; y el forastero,
Que ser mostraba en su porte
Un gran señor de la corte,
Llevó la mano al sombrero
Al ir á hablarle; Quiñones,
De quien sabeis la insolencia,
Con aquella impertinencia
Peculiar de los matones,
Dijo: « Ola! ¿esas tenemos? »
Mas no bien le oyó Gabriel,
Cuando viniéndose á él
Le asió por los dos estremos
Del collarin del coleto
Diciendo: « ¡Ola, seor espía!
¡Yo os haré, por vida mia,
Que me guardeis el secreto! »
Y con muñeca de hierro
Zarandeándole de un lado
A otro le echó derribado
Bajo el banco como á un perro.
El teniente, puesto apenas
En pié, echó mano al acero
Yéndose hácia el pastelero,
Quien con miradas serenas
Y voz grave é imperiosa
Nos dijo: « Echémonos fuera, »
Y echamos por la escalera
Los tres en pos de Espinosa.
Detrás de unos paredones
Que hay debajo del camin
Paróse: fué su padrino
El otro, y yo el de Quiñones
Capitan, juro á mi honor
Que no he visto tal destreza
Jamás, ni tanta firmeza,
Serenidad y valor.
Era un maestro el teniente:
Pero á las cuatro paradas
Tenia tres estocadas:
Rugia de ira y valiente
Atacaba: mas escrito
Debió estar: tendióse á fondo
Gabriel y cayó redondo
Quiñones sin dar un grito.
Cés. ¿Y Espinosa?
Arb. Ni un rasguño
Sacó: en silencio su espada
Limpió, que estaba manchada
De sangre hasta el mismo puño,
Y envainándola con calma
Nos dijo: « Quede lo hecho
Sepultado en nuestro pecho,
Y que Dios perdone su alma. »
Y volviéndonos á entrar
Otra vez en la hostería,
No ha vuelto desde aquel dia
A Quiñones á mentar.
Ahora, señor Santillana,
Pues sabeis que hondo cariño
Os cobré desde muy niño

Y os guardo aficion cristiana,
Creed á un amigo viejo:
Por delante de Gabriel
Pasad sin topar con él:
Y agradecedme el consejo.
Cés. Es tarde, y retroceder
No quiero. Resuelto á todo
Vengo y de uno ú otro modo
Esta noche le he de ver.
Arb. Yo no os lo puedo impedir;
Pero haceis mal: os lo advierto.
Cés. Mas quiero por él ser muerto
Que sin Aurora vivir.
Arb. Allá os las háyais.
Aur. ¡Arbués! (*Dentro.*)
Arb. Pronto, marchaos; es ella.
Aur. ¡Arbués! (*Dentro.*)
(*Arbués quiere obligar á Don César á irse.*)
Cés. Déjame la huella
Besar, de sus castos piés.
Arb. ¡Capitan!

ESCENA X.

DOÑA AURORA, DON CÉSAR, ARBUÉS.

Aur. Oyendo estoy (*Saliendo.*)
A Arbués hablar ha una hora.
¿Es mi padre?
Cés. No, señora.
Aur. ¡El capitan!
Cés. Sí, yo soy.
Arb. Ver al señor pretendia;
Le dije que ausente estaba:
Insistia él, porfiaba
Yo, y por eso se oia
Hablar aquí, Doña Aurora.
Aur. Anduviste descortés
Con el capitan, Arbués.
Arb. Vuestro padre...
Aur. Sin demora
Me debiste de avisar
De su llegada y al punto
Saliera yo.
Cés. Sea asunto
Concluido: él atajar
Debió mi imprudente paso.
Aur. Si vos salís en su abono
Yo su falta le perdono.—
Sal. (*A Arbués, que se va.*)

ESCENA XI.

DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

Aur. ¿Puedo saber acaso
La causa que aquí os obliga
A presentaros ahora?
Cés. Es un secreto, señora;
Perdonad que no os le diga.
Confiarle solo debo
A vuestro padre.
Aur. En tal caso...
(*Retirándose.*)
Cés. Aguardad. (*Deteniéndola.*)
Aur. Decid.
Cés. Acaso
Vais á enojaros.
Aur. Me atrevo
A esperar de vuestro honor,
Que no me osará decir
Nada que no pueda oir
Sin peligro ó sin rubor.
Cés. Nada, señora; ¡yo os juro
Por la honra en que nací,
Que nada oireis de mí
Que no sea noble y puro!
Aur. Hablad pues.
Cés. Que fuí sospecho
Torpe por demas, señora,
Si no habeis visto hasta ahora
El arcano de mi pecho.
Aur. ¿Cómo quereis que comprenda
Secretos que en él guardais
Si no me los revelais?
Cés. Si en los ojos una venda
De indiferencia y rigor
No os hubiérais puesto, Aurora,
Me ahorrárais hacer ahora
La relacion de mi amor.
Aur. ¿Con qué amais?
Cés. Con frenesí.
Aur. Pues ¿y á quién?
Cés. A un ángel.
Aur. ¡Oh!
¿Y os paga?
Cés. Creo que no.
Aur. ¿Lo sabe?
Cés. Creo que sí.
Aur. ¿Se lo habeis dicho?
Cés. Jamás.
Aur. ¿Porqué?
Cés. Porque es mi pasion
Mas que amor, veneracion:
Idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
En su vil naturaleza
Un átomo de impureza:

Amor que del cielo viene.
Es un innato cariño
Tan casto como profundo,
Tan puro como el armiño,
Tan inmenso como el mundo.
Sin otro bien, ni otro dueño
Ni mas afan, ni mas guia
En la tierra, noche y dia
Con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santó:
Mas tan tirano, tan fiero,
Que sus fuerzas considero
A mis solas con espanto:
Porque no hay ley, no hay deber
Que pueda mi corazon
Al poder de mi pasion
Con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera
« Sé traidor: véndete esclavo »
Mi fé llevando hasta el cabo
Me infamara y me vendiera.
Aur. ¡Jesus, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido le habeis?
Cés. ¿Os reis?
Aur. ¿Pues qué quereis
Si os estais contradiciendo?
Cés. ¿Do está la contradiccion?
Aur. ¡Pues ahí es nada! ¿un cariño
Tan puro como el armiño,
Una sagrada pasion
De cuyo infernal poder
Creeis que os llegue á obligar
Vuestro rey á abandonar,
La libertad á vender?
Cés. Sin vacilar un momentó.
Aur. ¿Porque una muger os amé
Consentís en ser infame
Traidor y esclavo?
Cés. Consiento.
Aur. Haceos un poco atrás.
Cés. ¿Porqué?
Aur. Esa pasion que tanto
Ponderais, mas que amor santo,
Es amor de Satanás.
Cés. ¡Infeliz del corazon
Que tal amor no comprende!
Aur. Mas lo es en el que se enciende
La llama de tal pasion.
Cés. ¡No os mofárais de ella asi,
Si la comprendiérais, no!
Aur. ¿Y quién os dice que yo
No guardo ese amor en mí?
Cés. ¡Vos! (*Sorprendido.*)
Aur. Don César, solo Dios
Amor tan ciego merece.
Cés. Amor es Dios y enloquece.
Aur. ¡Y loco estais.
Cés. ¡Ah! por vos.
(*Se arrodilla.*)
Aur. ¡Insensato!
Cés. Por vos, sí:
Yo os amo, Aurora, os adoro.
Aur. ¿Pues creeis que yo lo ignoro?
Cés. ¡Cielos!
(*Alzase del suelo acercándose á Aurora.*)
Aur. No llegueis á mí.
(*Apartándose.*)
Cés. ¿Me rechazais?
Aur. ¡A fé mia!
Yo acepto vuestro respeto,
Mas no quiero ser objeto
De una torpe idolatría.
No soy mas que una muger,
Y del Criador hechura,
Solo como criatura
Estimada quiero ser.
Cés. Esas palabras, Aurora,
Que una esperanza me dan...
Aur. Si tal creeis, capitan,
Olvidadlas desde ahora.
Cés. Me confundís y no sé
Unir con vuestra bondad
Vuestro rigor.
Aur. En verdad
Que yo tampoco sabré
Tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
Es que no puedo admitir
Vuestro amor: mas sin reparos
Mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
De que os quiero por amigo,
Mas por galan no os merezco.
Cés. ¡Cómo!
Aur. Os lo diré mejor
Y no me guardeis encono:
Vuestra amistad ambiciono,
Vuestra pasion me da horror.
Cés. Me asombrais.
Aur. Es un arcano
Que penetrar no podemos:
Galan, jamás nos veremos;
Amigo, aquí está mi mano.
(*Le tiende la mano.*)
Cés. ¡Ah! os entiendo. Compasion
Os causó mi amor y ahora
Burlaros os plugo, Aurora,
Con mi pobre corazon.
Mas esta mano que estrecho
Sobre él y que llevo al labio...
(*Va á besar la mano. Doña Aurora se lo impide.*)
Aur. La boca la hará un agravio:
No la levánteis del pecho.
Cés. Ese tono...

Aur. Es harto sério.
Cés. No os comprendo. Si es capricho
De vuestro humor...
Aur. Ya os lo he dicho,
Capitan: es un misterio
Que yo no entiendo tampoco.
Cés. Pues yo le penetraré.
Aur. ¿Cómo?
Cés. A vuestro padre haré
Que me le esplique.
Aur. Estais loco.
Cés. En eso parar espero
Con vuestras contradicciones.
Aur. Pues oidme unas razones
Terminantes, caballero.
Cés. Hablad.
Aur. Me habeis ponderado
Vuestra acendrada pasion,
Y vais en mi corazon
A saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
De mi pecho en la guarida,
Tan largo como mi vida,
Tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
Tan esento de dolores,
Como el olor de las flores,
Como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
Tan ajeno de impureza,
Como el que á tener empieza
Naciendo á su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor;
Mas de su llama tranquila
No se estingue ni vacila
El constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
En la inquietud y en la calma
Siempre en el fondo del alma
Como una estrella fulgura:
Y brilla su claridad
En su centro solitario
Cual lámpara en un santuario,
Cual faro en la tempestad.
Cés. ¿Amais?
Aur. Amo á un noble sér
De quien ignoro hasta el nombre:
Le amo todo cuanto á un hombre
Puede amar una muger.
Le amo desde que le vi;
Le amo con toda mi fé,
Y al sepulcro bajaré
Con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
Lo que él desea apetezco;
Y mi corazon, cautivo
De su sola voluntad,
A ella no mas obedece:
Él me dice: « Ama, aborrece »
Y amo, y odio sin piedad.
Me dijo: « De ese mancebo
Serás amiga, » y yo os digo
Que vos sois mi único amigo,
Porque él lo quiere y yo debo
Quererlo; y si él me dijera
« Véndete, esclava » ¡por Dios
Os juro, que como vos
Por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabeis.
Respetad de él comedido
Lo que no hayais comprendido;
Y si no os satisfaceis
Con las razones que os dan,
Haced cuenta en conclusion
Que nací sin corazon. —
Buenas noches, capitan.
Cés. Esperad.
Aur. Ni un solo instante:
El alma leal que abrigo
Franca está para el amigo
Y muerta para el amante.
(*Vase por la izquierda cerrando la puerta.*)

ESCENA XII.

DON CÉSAR.

¡Ama á un hombre cuyo nombre
No conoce! fascinada
Está su alma enamorada
Por él. ¿Y quién es ese hombre?
Un año hace que les sigo
Y á nadie he visto jamás
Llegar. ¡Un enigma más
De los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive:
Lo que él desea apetece:
Él manda y ella obedece
Y sér de su sér recibe.
¡Oh! sí: lo espresaban bien
Sus ojos, su voz, su gesto,
Sí, encierra un amor funesto
Su corazon. Pero ¿á quién?
¡Ama á un hombre misterioso
De quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no á mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! estoy zeloso.
Zeloso y tal vez acecha
La muerte aquí á ese Gabriel
De Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él...?
¡Él! ¡estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
Que guardan de liviandad
Fuera un velo infame? — ¿Arbués?

ESCENA XIII.

DON CÉSAR, ARBUÉS.

Arb. Aquí estoy.
Cés. Pronto, responde:
Aurora á otro hombre ama.
¿Quién es? di. ¿Cómo se llama?
¿Adónde está ahora? ¿Adónde
Le vió? ¿Cúando?
Arb. Capitan,
Ya os previne que acercaros
A nosotros era echaros
En un abismo de afan:
Y ya lo veis: un instante
Nada mas que habeis hablado
Con ella, os ha trastornado
Corazon, juicio y semblante.
Cés. La amo, Arbués, y estoy zeloso.
Dime por tu vida, Arbués,
¿Sabes bien si Gabriel es
Su padre?
Arb. ¡Pues es chistoso!
Cés. ¡Ay! de la duda la hiel
Me emponzoña el corazon.
Arb. Pues no perdais la ocasion
De consultarla con él.
Cés. ¿Llega?
Arb. Le siento venir.
Cés. ¿Cómo?
Arb. Acostumbra á silbar
Recio.
Cés. ¿Y silbó? (*Llaman: aldabonada.*)
Arb. De llamar
Acaban.
Cés. Vé pues á abrir.
(*Vase Arbués por el fondo llevando la llave.*)
Es forzoso: le hablaré;
La vida en ello le vá.
Si se obstina... mas no á fé,
Primero le salvaré
Y Dios amanecerá.

ESCENA XIV.

DON CÉSAR, ARBUÉS; GABRIEL, EMBOZADO.

Gab. ¡Ola! señor capitan.
Cés. Os aguardaba.
Gab. ¿Qué hay pues?
Cés. Solos.
Gab. Déjanos, Arbués.

ESCENA XV.

DON CÉSAR, GABRIEL.

Gab. Podeis hablar.
Cés. Tal vez van
Mis palabras á causaros
Estrañeza.
Gab. No lo espero.
Cés. Muy claro con vos ser quiero.
Gab. Pues no os andeis con reparos.
Con cuanta mas claridad
Hableis vos, á mi entender
Os debo yo comprender
Con mayor facilidad.
Cés. Yo soy...
Gab. Os conozco bien:
(*Interrumpiéndole.*)
Adelante.
Cés. En Madrigal
Me acantoné de órden real...
Gab. Para guardarme; tambien
Lo sé: adelante.
Cés. Hoy en pos
De vuestros pasos...
Gab. Venís
Por lo mismo: me decís
Cosas que sé como vos.
Cés. Pues bien: lo que segun creo
Ignorais vos todavía
Os diré.
Gab. ¡Por vida mia,
Capitan, que ya deseo
Que algo nuevo me digais!
Cés. Pues oid.
Gab. Estoy atento.
Cés. La casa en este momento
Está cercada y estais
Preso en ella.
Gab. Ya lo sé.
Cés. ¿Con qué sabiéndolo ya
Entrásteis?
Gab. Pues claro está.
Cés. ¿Por voluntad?
Gab. Ya se ve.
Cés. ¿Luego confiais...?
Gab. En Dios
Primero y despues en mí.
Cés. ¿Sabeis que os acusan?
Gab. Sí.
Cés. ¿De un delito...?
Gab. No, de dos.
(*Interrumpiéndole.*)
Cés. ¿Sabeis cuáles?
Gab. Sí por cierto.
Cés. Pues á lo que se murmura,
Cualquiera de ellos...

Gab. Segura
Trae mi sentencia : soy muerto.
Cés. ¿Con ella os chanceais?
Gab. Sí tal.
Cés. ¿Podreis probar...?
Gab. Una cosa.
Cés. ¿Que sois....?
Gab. Gabriel Espinosa,
(*Interrumpiéndole.*)
Pastelero en Madrigal.
Cés. Podrán dudarlo tal vez.
Gab. ¿Porqué?
Cés. Porque lo desmiente
Vuestro gentil continente,
Y es muy receloso el juez.
Gab. Dios me hizo asi, y en mi mano
No está cambiar de figura.
Cés. Diz que andais con mucha holgura
Para ser solo un villano.
Gab. Soy rico.
Cés. Querrán papeles
Que os acrediten de tal.
Gab. Resmas tengo en Madrigal
De los de envolver pasteles.
Cés. ¿Hay algunos con pinturas?
Gab. Mil.
Cés. ¿Son estampas de santos?
Gab. Hay de todo.
Cés. ¿Y entre tantos
Hay conocidas figuras?
Gab. ¿Echais menos, capitan,
Alguna?
Cés. No : mas ha un rato
Que el juez buscaba un retrato
Fiel del rey Don Sebastian.
Gab. Siento no tener ninguno.
Cés. Pues creo que el juez pretende
Deteneros, porque entiende
Que llevais sobre vos uno.
Gab. ¿Qué habria en que le llevara
Para que en mí se encarnicen
Los golillas?
Cés. Es que dicen
(*Mirándole atentamente.*)
Que le llevais en la cara.
Gab. Ni es tan deforme la mia,
Ni osara yo andar por cierto
Con la cara que un rey muerto
Usaba cuando vivia.
Cés. Pues la justicia cree ver
En vos semejanza tal
Con él, que de vos muy mal
Sospecha.
Gab. ¡Cómo ha de ser!
(*Un momento de pausa.*)
Cés. Yo os cobré afecto : fiad
Vuestro secreto de mí,
Y al depositarlo aquí
Le echais en la eternidad.
Gab. Mozo, si tuviera un dia
Que fiar algo á algun hombre,
Creedme, os juro á mi nombre
Que de vos lo fiaria.
Cés. Fiadme ese nombre pues.
Gab. Gabriel : lo acabais de oir.
Cés. ¡Os obstinais en morir!
Gab. Ley de los que nacen es.
Cés. ¡No me entendeis!
Gab. ¡Vive Dios!
Ni vos me entendeis tampoco
A mí.
Cés. Parecéisme loco.
Gab. Y á mí mentecato vos.
Porque á la verdad, mancebo,
Grima me da contemplaros
Asi el seso devanaros
Por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir
¿No habeis echado de ver
Que yo no quiero entender
Lo que me quereis decir?
¿Os figurais que viví
Entre el pueblo catorce años,
Sin percibir los estraños
Cuentos que corren de mí?
¿Pensais que es esta la vez
Primera que en mí repara
El vulgo, y que cara á cara
Me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño;
¿Pensais que no conocí
Que en vos germinó hácia mí
Un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
Claro en vuestro corazon,
Y bien de vuestra aficion
La causa escondida veo.
Sé que á mí os atrae un nudo
Cuyo mágico poder
Os hace ante mí poner
Vuestro pecho por escudo.
Pero su atraccion oculta
Resistid : porque os advierto
Que ese nudo con un muerto
Os estrecha y os sepulta.
Resistid : porque un sér soy
Que infesto el lugar que habito,
Que cuanto toco marchito
Y asolo por donde voy.
Cés. ¿Qué me importa? el horror mismo
Del misterio que hay en vos
De sí me arrebata en pos,
Y ciego voy á su abismo.
Gab. ¡Mancebo!
Cés. Con vos iré
Por do quiera que vayais.

Oidme : y cuando sepais
Mi secreto...
Gab. Ya lo sé.
Cés. ¿Qué sabeis?
Gab. Cuanto ha pasado
Por vuestro pecho hasta ahora :
No ignoro nada : de Aurora
Sé que estais enamorado.
Sé que por ella me hablais,
Y que tras ella venís,
Y que por ella vivís,
Y que con ella soñais.
¿Creís que en vuestro semblante
No he conocido al entrar
Que la acabábais de hablar?
Y en vuestro mustio talante
¿Creís que no entiendo acaso
Que el amor de vuestro pecho
Al declararla, no ha hecho
De vuestras palabras caso?
Cés. ¡Caballero!
Gab. ¡Qué demonio!
De todo estoy enterado :
Hasta de que habeis pensado
Pedírmela en matrimonio.
Cés. Sí, que mi amor...
Gab. Sé que es grande,
(*Interrumpiéndole.*)
Profundo, honesto y leal :
Pero es un amor fatal,
Imposible.
Cés. Que os demande
Porqué dejad.
Gab. Lo primero,
Porque si mal no me fundo
No os quiere ella : lo segundo
Porque yo tampoco quiero.
Cés. ¡Me escarneceis!
Gab. ¡No por Dios!
¿Y á qué viene el enojaros?
¿No quereis que hablemos claros?
Pues claro os hablo yo á vos.
Cés. ¡Ea pues! claros hablemos
Y sepamos de una vez
A que atenernos.
Gab. ¡Pardiez!
No alceis la voz, que podemos
A las gentes de la casa
Despertar, y creer pueden
Cosas que aquí no suceden;
Capitan.
Cés. Lo que aquí pasa
Es que quiero penetrar
El misterio que os rodea,
Y que es fuerza que asi sea :
Porque no he de tolerar
En calma, como un villano,
Que tan sin razon los dos
Desprecieis mi amistad vos
Y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mia
De el punto en que os llegó á ver,
Por vos empezó á tener
Misteriosa simpatía.
Confieso, sí, que amo á Aurora
Con amor tan delirante
Que no hay accion que me espante
Por ella : mas me devora
A par con el del amor
El fuego de un justo enojo
Y no quiero á vuestro antojo
Ceder sin razon mejor.
Soy noble y cuando os ofrezco
Mi raza unir con la vuestra,
Que me deis mas noble muestra
De lo que valeis merezco;
Porque sino, con derecho
Tendré por cosa segura
Lo que de vos se murmura
Y lo que yo me sospecho.
Gab. ¿Y qué es lo que sospechais?
Cés. Que sois...
Gab. ¿Quién?
Cés. Un impostor
Y que desechais mi amor...
Gab. ¿Porqué?
Cés. Porque vos la amais.
Gab. ¡Desdichado!
Cés. Una de dos :
Satisfacedme al momento,
O sepulcro este aposento
Es para mí ó para vos.
Gab. Niño, dándoles gran precio,
La mayor satisfaccion
Que debo á tu proteccion
Y á tu amor, es el desprecio.
Ve pues si te satisface
La de que no les admito,
Porque el amor no me place,
Y el favor no necesito.
Cés. ¿Eso á mí?
Gab. Y antes que te abra
Sepulcro, entiende que puedo
Abismarte con un dedo
Como con una palabra.
Cés. Decídmela.
Gab. No la esperés.
Cés. Pues bien; quiero en mi despecho
Ser ó muerto ó satisfecho.
(*Don César desenvaina su espada yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.*)
Gab. Sea ! pues qué tú lo quieres.

ESCENA XVI.

GABRIEL, DON CÉSAR, DOÑA AURORA, DESPUES DON RODRIGO.

Aur. ¡Teneos!
Cés. Todo es en balde.
(*La puerta del fondo se abre de repente y sale Don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte esterior de la puerta. Gabriel baja su espada dando un paso atrás, con tal rapidez que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de qué estaba en guardia.*)
Rod. En nombre del rey.
Gab. ¿Qué es eso?
Rod. Gabriel Espinosa, preso
Sed.
Gab. Lo estoy, señor alcalde.
Rod. ¿Cómo?
Gab. Ese mozo sintiendo
Que aun en vela andaba yo,
Por esa ventana entró
Que me fugara temiendo:
Hallándome en pié y armado
Darme á prision me intimaba,
Y mi espada le entregaba
Cuando vos habeis entrado.
Rod. Vuestras armas y equipage
Quedan embargados.— De él (*A Don César.*)
Y ellas te encargo.—Gabriel
Espinosa, vuestro viaje
No os es dado continuar
Hasta que duda no quede
De quien sois.
Gab. Su merced puede
Cuando guste comenzar
Sus indagaciones.
Rod. Luego:
Interrogar me es preciso
Testigos: mas ya, os lo aviso,
Preso estais.— Con él te entrego
(*A Don César.*)
Aquella muger.
Gab. Señora
Se dice, alcalde: esta dama
Noble es cual vos y se llama
Por buen nombre Doña Aurora.
Rod. Si es dama y noble despues
Lo sabremos.
Gab. ¡Quiera Dios
Que no os pese luego á vos
Saberlo!
Rod. Escesiva es
Vuestra arrogancia.
Gab. No tanta
Como tener con vos puede.
Rod. Nadie á mí me infunde miedo.
Gab. Pues á mí nadie me espanta.
Con que adelante.
Rod. Adelante.
Vos á ese cuarto, señora:
Y vos dad la espada ahora
Al capitan.
Gab. Al instante.
Ahí la teneis: y os suplico,
(*Alargando la espada, sin soltarla.*)
Jóven, que si no os enoja
Me la guardeis, que es la hoja
Buena, y el puño muy rico.
(*Gabriel entrega su espada á Don César, quien al mirarla esclama asombrado:*)
Cés. ¡Jesus!
Gab. Ved con atencion
Su primor.
Cés. ¡Corona real
Tiene el pomo!
Gab. Y el tazon
Las armas de Portugal.
Rod. ¡Ola! pondreis á mi alcance
Como hubisteis esa espada.
Gab. Dadlo por cosa alcanzada:
La compré en Cintra de lance.
(*Acercándose y viendo la espada que tiene Don César.*)
Rod. ¡Prenda régia!
Gab. ¡Por san Juan!
Yo lo creo: como que es
Prenda de un rey portugués:
Fué del rey Don Sebastian.
Rod. César, guárdale por Dios:
(*A Don César, aparte.*)
Porque si se huye perdemos
La cabeza ambos á dos.
Cés. Ya lo sé.
(*Vase Don Rodrigo por la puerta del fondo.*)

ESCENA XVII.

GABRIEL, CÉSAR.

(*Don César va á acercarse á Gabriel con precipitacion: este le contiene con un gesto.*)
Gab. No hagais estremos,
Que os perdeis.
Cés. ¿Pero sois vos...?
Gab. ¿Quién?
Cés. Él.
Gab. Porfiado estás.
Cés. Pero...
Gab. ¿Y si fuese quizás?
Cés. Muriera por vos, señor.

Gab. Dormir un poco es mejor.
Dejad á Dios lo demas.
(*Vase por la izquierda dejando á Don César estupefacto.*)

ACTO SEGUNDO [1].

La misma decoracion del acto primero.

—

ESCENA PRIMERA.

DON CÉSAR, SENTADO Y MEDITABUNDO.

Dijo bien : no pertenece
A la tierra el sér de ese hombre.
Me fascina : me enloquece.
¡Que en derredor de su nombre
Gira el mundo me parece!
Sí : de cuanto le rodea
Es el eje, el punto fijo :
Todo lo demas voltea
En torno suyo. Me dijo
Que iba á dormir, pero vela ;
No he cesado de sentir
Sus pasos, por mas cautela
Que puso al ir y venir
Por su aposento. Recela
Que le sorprendan : previene
Cauto el porvenir ; y pienso
Que entre su equipage tiene
Objetos que le conviene
No mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
Riesgo corre!.... ¿y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora
Padre, hermano... algo... A través
Doy con todo : me devora
La impaciencia... Llamo pues.
(*Llama á la puerta por donde se fué Gabriel en la última escena del acto primero.*)

(1) Las escenas quinta, sesta, sétima, décima y undécima de este acto no hubieran podido ser terminadas por mi, sin el eficaz auxilio de mi amigo Don José María Diaz, que me ha ayudado á escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenian metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que despues han sufrido, las han dejado tales; que ni el señor Diaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen; yo no debo sin embargo apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el señor Diaz tiene derecho á sus aplausos, lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo

JOSÉ ZORRILLA.

ESCENA II.

DON CÉSAR, GABRIEL.

Gab. ¿Qué me quereis?
Cés. Advertiros
De que mi padre el alcalde
Vendrá pronto.
Gab. Será en balde.
Cés. No lo será el preveniros
Que toda la noche ha estado
Declaraciones oyendo
De gentes que ha ido prendiendo.
Gab. Pues el tiempo ha malgastado.
Cés. Vuestra situacion es grave.
Gab. ¡Lo sé!
Cés. Quizás un proceso...
Gab. Vuestro padre anda ya en eso.
Cés. ¿Culpado saldreis?
Gab. ¿Quién sabe?
Cés. Mi padre es hombre tenaz.
Gab. ¡Pues á buena parte viene!
Cés. Es que tal vez os condene.
Gab. Cumplo la pena y en paz.
Cés. Mas si antes que vuelva él
Hacer prevencion alguna
Os importa...
Gab. ¿A mí? Ninguna.
Cés. ¡Señor!
Gab. Llamadme Gabriel.
Cés. Vos lo dijisteis : secreto
Nos liga un nudo á los dos
Y siento á un tiempo por vos
Inclinacion y respeto.
Quisiera una prueba hallar
Irrecusable que daros
De mi fé para obligaros
Sin recelo á confiar
En mí.
Gab. ¡Vaya! ¡estais chistoso
Por Dios! En este aposento
Queríais hace un momento
Atravesarme furioso,
¿Y ahora mi confianza
Conquistaros pretendeis
Con ofertas? Ya sabeis
Que la razon se me alcanza
De esa simpatía oculta
Que me teneis : y á respeto
Muéveos solo mi secreto,
Que vuestra aprension abulta
Tanto, que seguís mi viaje
Vos y á atajarle se arroja
El juez, porque se os antoja
Que soy un gran personage.
Cés. Las apariencias están
Por ahora en contra vuestra.
Gab. Pues la verdad se demuestra

Con la verdad, capitan.
Cés. Pues bien : antes que un proceso
Entable el juez contra vos
Valiera mas ¡vive Dios!...
Gab. ¿Que me diera por confeso
Yo mismo; que haciendo justo
Del juez el empeño, diera
Por supuesto yo que era
No sé quién, y por dar gusto
Él al rey, y diversion
Al populacho, me ahorcara
Y Aurora por vos quedara?
¿Es esta vuestra cuestion?
Cés. No asi abuseis imprudente
De ese misterioso influjo
Que á respeto me redujo
Para con vos, é insolente
Mi lealtad y mi amor
Ultrajeis: esta es sincera,
Y mi pasion verdadera,
Señor.
Gab. ¡ Dale con señor!
Vos sois noble y yo villano :
Vos sois gentil caballero
Y yo humilde pastelero :
Decid Gabriel liso y llano.
Cés. Me vais á desesperar.
Gab. Y vos me vais á aburrir.
Cés. ¡Vos obstinado en fingir!
Gab. ¡ Vos empeñado en hablar!
Cés. ¿ Pronto á todo, fascinado
Que estoy por vos no mirais ?
Gab. ¿Y os mando yo que tengais
De mi porvenir cuidado?
Cés. Una palabra tan solo.
Gab. ¿Vais á volver á lo mismo?
Cés. De esperanza en este abismo
Dadme un rayo.
Gab. ¿Cuál?
Cés. Sin dolo
Prometedme responder
A una pregunta.
Gab. Si puedo
Responderé.
Cés. No hayais miedo
Que os pueda comprometer
La respuesta. ¿Sois de Aurora
Padre?
Gab. No conoció mas
Que á mí por padre jamás.
Cés. ¡Oh! ¡ no lo sois!
Gab. En buena hora
Que no lo soy os diré;
Mas de este arcano la llave
Tengo solo.
Cés. ¿Ella no sabe...?
Gab. Nunca se lo revelé.
Cés. ¿Y la amais?
Gab. Mucho quizás,
Mucho mas de lo que debo.
Cés. ¿Con que la guardais...?
Gab. ¡Mancebo!
Cés. Sí, para vuestra.
Gab. Jamás.
Pero tened desde aquí,
Y para siempre entendido,
Que es muger que no ha nacido
Para vos ni para mí.
Cés. ¡Cielos!
Gab. De toda esperanza
Despedios.
Cés. ¿Ofrecida
Está á Dios?
Gab. No : está elegida
Para prenda de venganza.
Cés. ¿Vuestra?
Gab. Yo no voy en pos
De venganzas.
Cés. ¿Es quizás
De su familia?
Gab. De mas
Arriba.
Cés. ¡Del rey!
Gab. De Dios.
Cés. (¡Imposible atar un cabo!
¡Su sér parece que abarca
Con la altivez del monarca
La abnegacion del esclavo!)

ESCENA III.

DON CÉSAR, GABRIEL, UN ALGUACIL.

Alg. Su señoría el alcalde
Don Rodrigo.
Cés. En el momento
Volved á vuestro aposento.
Gab. La entrevista será en balde.

ESCENA IV.

DON CÉSAR, DON RODRIGO.

Rod. ¿Seguros ambos?
Cés. Seguros,
Señor.
Rod. Todo lo recelo
De él, que es audaz.
Cés. Sin embargo
No temais ningun estremo.
Rod. ¿Le has hablado?
Cés. Sí, un instante.
Rod. ¿Y qué dice? ¿Muestra miedo
De la justicia?
Cés. Ninguno.
Rod. ¿Bravea, eh?

Cés. Nada de eso,
Tranquilo está: tal vez tiene
De justificarse medios.

Rod. Imposible: en contra suya
Tengo datos manifiestos.

Cés. ¿Sabeis ya...?

Rod. Nada. Hilo á hilo
Voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
De ese hombre tantos enredos
Que solo á fuerza de maña
Y paciencia, deshacerlos
Es posible. Mas no es
Lo que me trae mas inquieto
Lo intrincado del negocio,
Que el laberinto estoy hecho
A recorrer de las leyes:
Acósame el alma empero
Una agitacion, que no
Sé distinguir con acierto
Si es afan ó repugnancia,
Si es duda ó presentimiento.
Hay un punto de la historia
De ese hombre cuyo misterio
Del tiempo de mi mayor
Pesar me trae un recuerdo.

Cés. ¿De cuando?

Rod. Tú no lo sabes:
Eras aun pequeñuelo.
Luego estas causas políticas
De Portugal me trajeron
Siempre desgracias. Parece
Que el destino con empeño
Fatal para mí, me pone
Portugueses siempre en medio
De mi camino. Seis años
Anduve por aquel reino
En comision especial,
Los rebeldes persiguiendo,
Y como todos conspiran
Contra el rey y su gobierno,
Yo soy allí detestado.

Cés. Fuísteis quizá muy severo.

Rod. Fuí de Felipe segundo
Leal servidor. Tan terco
Como ellos en resistirse
Fuí yo en desplomar sobre ellos
Todo el rigor de las leyes,
Y á fé que no me arrepiento.
Rebeldes eran: cumplí
Con mi obligacion: mas tengo
Todavía que volverles
Cierta partida, y si puedo
Quedarán tan bien pagados
Como yo bien satisfecho.
Mas las horas vuelan: César,
Déjame aquí con el preso.
Guarda esa puerta por fuera
Y si llamo acude presto.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Las diligencias primeras
Terminaron, y el proceso
Está entablado. ¡Malditos
Portugueses...! ¡qué de enredos!
Diez y seis y gente toda
De probidad, de respeto
Y hasta de ciencia, declaran
Que en el fondo de su pecho
Existe la conviccion
De que el trágico suceso
Es falso y que están seguros
De que en Africa no ha muerto.
Unos en Cintra le han visto
Y en Cintra fué donde él mesmo
Dijo que compró su espada.
Otros cruzando le vieron
El Tajo una tarde: el fraile
Dice que en su monasterio
Le rezó él mismo una misa
Antes del alba y á esto
Para obligarle del papa
Le mostró bula, y que cierto
Está de que él era: y todos
Afirman con juramento
Que fueron á Madrigal
Y que le reconocieron.
Ahora bien: señor alcalde,
Pise su merced con tiento,
Que es la tierra escurridiza.
O es él, ó no: en los decretos
De Dios todo cabe y todo
Cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, alcalde,
No será en verdad muy cuerdo,
Ahorcarle sin dar al rey
De todo aviso primero.
Si es un impostor... tambien
Le avisaré y á lo menos
Si se yerra, entre los dos
El error compartiremos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, GABRIEL.

Rod. ¡Hidalgo!

Gab. Mas alto pico.

Rod. ¿Caballero?

Gab. Todavía
Mas alto.

Rod. Su señoría
Me escuse si no le aplico
Su título verdadero:
Mas hablemos un instante
Y de hoy para en adelante
No erraré en él: porque espero
Que aquí y á solas los dos
Me direis la jerarquía
Que ocupais.
Gab. Su señoría
Espera bien: pues ¡por Dios
Que sabiendo yo quien es
Debo de hablar sin reparo!
Rod. Eso quiero, que hableis claro.
Gab. Ya vereis.
Rod. Decidme pues,
Señor Gabriel. (*Va á sentarse á la mesa.*)
Gab. Un momento,
Señor Don Rodrigo.
Rod. ¿Qué?
Gab. ¿Vais á sentaros?
Rod. Sí á fé. (*Se sienta.*)
(*Gabriel trae con mucha calma una silla y la coloca frente á la mesa de Don Rodrigo.*)
¿Qué haceis?
Gab. Lo mismo: me siento.
Rod. Yo soy alcalde de corte.
Gab. Sí: mas no sabeis quien soy
Yo, y si mal ó bien estoy
Sentado ante vos.
Rod. ¿Del porte
Audaz de que usais conmigo
Buenas razones supongo
Que me dareis?
Gab. Me propongo
Hacerlo así.
Rod. Pues prosigo.
Gab. Seguid.
Rod. La duda primera
Que al escucharos me asalta
Es la de que nombre os falta
Digno de vuestra alta esfera.
Gab. Lo tengo.
Rod. Pues no lo sé.
Gab. Gabriel Espinosa.
Rod. ¿Un tal,
Pastelero en Madrigal?
Gab. Sí.
Rod. Pues poneos en pié,
Señor pastelero. (*Gabriel se levanta.*) Así:
Ante el juez solo se sienta
Quien altos títulos cuenta.
Gab. Como me sucede á mí.
(*Se vuelve á sentar.*)
Rod. (Ir le tengo de dejar
Por donde quiera, y á ver.)
Gab. (Pienso que mi proceder
Le empieza á desconcertar.)
Rod. ¿Pues cómo oficio tan bajo
Siendo tan alto elegís?
Gab. Por vivir, cual vos vivís
De la ley, de mi trabajo.
Rod. Mas mi toga y aranceles
No deshonran.
Gab. No á fé mia:
Pero yo hacer no sabia
Otra cosa que pasteles.
Rod. (No es lerdo el señor Gabriel.)
Gab. (Astuto es el Don Rodrigo.)
Rod. (Por aquí nada consigo,
Pero yo daré con él
En tierra al fin.) ¡Caballero!
Gab. Mandad.
Rod. Una relacion
Que os llamará la atencion
Contaros quisiera.
Gab. Espero
Que será por lo galana,
Lo discreta y lo curiosa,
La invencion mas ingeniosa
Del señor de Santillana.
Rod. Pues oid. Buen capitan
Mas que rey, de fé tesoro,
Allá en las playas del moro,
Murió el rey Don Sebastian.
¿Supongo que de una historia
Tan pública oísteis algo?
Gab. Si viérais que poco valgo
En esto de la memoria.
Rod. En vuestro horno no me estraña
Que esteis de noticias falto.
Gab. Sé que á su muerte de un salto
Pasó Portugal á España.
Rod. Justo: mas hoy los noveles
Vasallos, por sacudir
Sus leyes dan en decir
A los pueblos á ellas fieles,
Que ha sido una usurpacion,
Y pregonan de concierto
Del rey en Africa muerto
La fausta resurreccion.
Gab. ¡Oiga! no está mal pensado.
Rod. No, mas la dificultad
Era el dar en realidad
Con el rey resucitado.
Buscósele con esmero,
Y hallóse por toda cosa
Un tal Gabriel Espinosa
En Madrigal pastelero.
Gab. Vamos, ya caigo: el error
De esta semejanza mia
Hizo á vuestra señoría
Creer que soy...
Rod. Un impostor. (*Interrumpiéndole.*)
Gab. ¿Quién lo dice?

Rod. Yo lo digo,
Y el rey Felipe y el mundo
Entero.
Gab. Pues miente el mundo
Y el rey y vos, Don Rodrigo.
Rod. Inútil es vuestra audacia:
Testigos tengo allá fuera
Que os acusan por do quiera
Por impostor.
Gab. ¡Vaya en gracia!
Mas permitid que os arguya:
Para llamarme impostor,
Esa impostura, señor,
Ha de ser mia y no suya.
¿Y dónde hay hombre capaz
De jurar que he dicho yo
Que era el rey?
Rod. Vos mismo no.
Gab. Entonces dejadme en paz.
Si yo me parezco á un rey
Y el vulgo por rey me tiene,
Citar al vulgo os conviene,
Pero no á mí ante la ley.
Rod. ¡Espinosa!
Gab. Don Rodrigo,
Aunque en leyes sois muy ducho
Os falta que aprendér mucho
Para habéroslas conmigo.
¿Cree buen juez vuestra altiveza
Que á ser yo el que habeis pensado
Estariais vos sentado
(*Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va hablando Gabriel.*)
Y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
A ser yo el que habeis creido
Hubiérais vos ya salido
¡Vive Dios! por la ventana.
Rod. (Por quién soy que me ha turbado.
¿Si contarán con razon
Lo de la resurreccion?)
Gab. (¡Pobre juez!)
Rod. (No habria osado
Palabras tan arrogantes
Decir.)
Gab. Señor... Si en mal hora...
Ni tan bajo como ahora
Ni tan alto como antes.
Rod. (Tanta majestad me asombra.)
Gabriel, quien quier que seais
Manda en mí el rey que digais
Quien sois en fin.
Gab. Una sombra.
Y porque acabemos, voy,
Y afanes para escusaros,
Señor Santillana, á daros
Cuenta exacta de quien soy.
Nací donde quiso Dios:
Si de noble raza bien
Se demuestra en mí: de quien
Me importa callar, y á vos
Saber de mí no os importa;
Prestadme, empero, atencion,
Pues va á ser mi relacion
Cuanto complicada corta.
Apenas cumplí la edad
Que se llama juventud,
Con loca solicitud,
Con ciega temeridad,
Abandoné mis hogares
Y en mas remoto emisferio
Dueño del mayor imperio
Pirata fuí de los mares.
En ellos, profundo osario
De cien bajeles, guerrero
Alcé mi estandarte fiero
De Asia y Europa corsario,
Y amontoné mas tesoros
Que guarda el mar en su centro
Y arenas quemadas dentro
De sus desiertos los moros.
Ébrio con tanta riqueza
Dejé mi gente y la mar
Queriendo en tierra ostentar
Mi valor y mi grandeza,
Y con el nombre supuesto
De marqués de Mari-Alba
Al lado del duque de Alba
Gané en sus glorias un puesto
Y en la cabeza esta herida; (*La muestra.*)
Bien es que al que me la abrió
Con mi espada le abrí yo
Las puertas de la otra vida.
Rod. No os daria poca pena
Despues.
Gab. ¡Fué un fatal desliz...!
Rod. No es mala la cicatriz.
(*Mirándole á la frente.*)
Gab. La cuchillada fué buena.
No me tendió sin embargo:
El furor me mantenia
Y combatí todavia
Hasta caer, tiempo largo.
Mas harto al fin del oficio
De lidiar en tierra firme
Licencia para salirme
Por entonces del servicio
Al duque de Alba pedí:
Diómela el duque cortés
Y vedla. (*Le da un papel.*)
Rod. Su firma es:
Para el marqués...
Gab. Para mí.
Dí, pues, vuelta hácia la corte
Sirviéndome mucho en ella,
Primero mi buena estrella,

Despues mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
Nadie hablaba todavía
Y á mí el rey me recibia
Con grande amistad.
Rod. (¡Gran Dios,
Entonces fué cuando vino
El monarca portugués
A Castilla! ¿Será pues
Este hombre?) ¿Quién previno
Mas festejos á usarced?
Gab. No hay porque ocultarlo al fin:
El conde de Medellin
Con tantos me hizo merced
Que corresponder no supe,
Como era mi obligacion.
Rod. ¿Y os tuvo tal atencion
En Madrid?
Gab. No: en Guadalupe.
Rod. ¿En ese pueblo?
Gab. Sí tal.
Rod. No recuerdo de que allí...
Gab. Al rey de España en él vi
Junto al rey de Portugal.
Despues... abrid, Santillana,
Un paréntesis aquí,
Y poned en él de mí
Cuanto mal os diere gana.
Básteos saber, Don Rodrigo,
Que perdí mi oro y mi gloria
Sin que una buena memoria
Me quedara, ni un amigo.
Por tierra estrangera anduve
Errante como un bandido,
Y el pan que en ella he comido
Que mendigármelo tuve.
¿Mas el desengaño al fin
Qué ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido á Roma
Remando en un bergantin.
Visité á su santidad:
Confesion le hice de todo
Y el Santo Padre halló modo
De absolverme en su piedad;
Dándome por penitencia
De los pecados sin cuento
Que abrasan mi pensamiento,
Y me abruman la conciencia,
Que emprendiera el viaje entero
Del Santo Sepulcro á pié.
Rod. ¿Y lo hicísteis?
Gab. Por la fé
Lo juro de caballero.
Y aun fué mas: su santidad
Me ordenó que renunciara
Mi jerarquía y que echara
Mi nombre en la eternidad.
Hé aquí porque no os lo digo.
Penitente le arrojé
Dentro de ella y le olvidé
Para siempre, Don Rodrigo.
Rod. ¡Interesante proemio!
Y á ser tan cierto...
Gab. Lo es tanto
Que tengo del Padre Santo
Por testimonio y por premio
Esta bula. Me conviene
Que la leais. (*Le dá otro papel.*)
Rod. Os la tomo.—
No está vuestro nombre.
Gab. ¿Y cómo?
¿Si á quién se dió no le tiene?
Rod. Proseguid.
Gab. Mi protector
El papa en sus santos juicios
Utilizar mis servicios
Imaginó y fiador
Constituyéndose mio,
Me envió á un poderoso estado,
Que al verme tan bien fiado
Fió un bajel á mi brio.
Venecia fué nuevamente
Del corsario protectora:
Ved de tan noble señora,
Don Rodrigo, la patente.
(*Le dá otro papel.*)
Volví al mar: del africano
Las costas guardando anduve
Y en un combate que tuve
Los dos dedos de esta mano
Perdí: mas, su nave hundida,
Cogí á mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
Siempre en el guante metida.
El rumbo á Venecia dí
Contento, cuando topé
Con un barco de no sé
Qué argelino: resolví
Abordarle, y por despojo
De esta sangrienta jornada
Rescaté una desgraciada
Niña, á quien con noble arrojo
Defendia un pobre anciano,
Y á quien, segun esperaba,
Iba á vender por esclava
El argelino inhumano.
Rod. ¿Y esa niña es Doña Aurora?
Gab. Que pasa por hija mia.
Rod. ¿Familia, pues, no tenia?
Gab. Y tiene.
Rod. ¿Porqué hasta ahora
No se la habeis vos devuelto?
Gab. Necesito presentar
Documentos que probar
Puedan que es ella, y resuelto
Estoy conmigo á guardarla

Mientras tanto.
Rod. ¿Y dónde están
Los documentos?
Gab. Vendrán
Muy pronto: porque entregarla
Mucho á su padre me importa.
Rod. Pensais que él os dé.
Gab. Al contrario:
Las riquezas del corsario
Son para ella.
Rod. Porcion corta
No será.
Gab. ¡No habrá á fé mia
Quien competirla pretenda!
Millones tiene en hacienda:
Millones en pedrería.
Rod. ¿Dónde?
Gab. En Venecia.
Rod. ¿Estarán
En el poder...?
Gab. Del estado:
Es ahijada del senado
Serenísimo y tendrán
Que devolvérsela salva
Sus parientes á Venecia,
Rica y libre cual la precia
El marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabeis:
A que vine á Madrigal
Y á que voy á Portugal
Indagadlo si podeis.
Ni sabreis de mí otra cosa,
Ni nadie mas de mí sabe,
Solo Dios tiene la llave
Del corazon de Espinosa;
Y si mas de lo que digo
Saber importa á la ley
Llevadme á Madrid, el rey
Me conoce, Don Rodrigo.
Rod. (Su altivez en confusion
Me pone y su majestad
Me asombra. ¿Será verdad
Lo de la resurreccion?
Si miente lo hace con tal
Aplomo y con tanta fé,
Que á poco mas le daré
Por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
Yo he de apurar este arcano:
No dirán que de un villano
Impostor juguete fuí.)
(*Llama Don Rodrigo y habla en secreto con un alguacil, que se vuelve á marchar.*)
Gab. (¿Secretos con el ministro
De justicia? Estoy al cabo:
Tenemos careo: alabo
Por sorprendente el registro.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, GABRIEL, EL MARQUÉS DE TAVIRA.

(*Gabriel se aparta á un lado y sentándose se mantiene en toda esta escena dando la espalda al marqués.*)

Rod. Señor marqués, perdonad
Si cumpliendo obligaciones
De juez...
Marq. Vuestras atenciones
Os agradezco en verdad:
Pero advertid que mañana
Quiero dejar á Castilla,
Y que el meson de una villa
No es el lugar, Santillana,
Que me conviene: os prevengo
Que hombre soy muy principal
Y de todo Portugal
La sangre mas limpia tengo.
Gab. (Si mi mente no delira,
¡Por Dios, que está en mi presencia
La hinchada magnificencia
Del buen marqués de Tavira!)
Rod. No os he de faltar en nada:
Mas quiero que me digais
Sin doblez cuanto sepais
De aquella fatal jornada
De Africa; corre el rumor
Por ahí de que no es cierto
Que Don Sebastian ha muerto;
Y aun hay algun impostor
Que usurpa su augusto nombre.
Gab. (Y el gesto y el ademan:
(*Mirándole.*)
¡Pobre rey Don Sebastian
Si en manos cae de este hombre!)
Rod. Con que decid: ¿es verdad
Que en Africa el rey murió?
Que allá estuvisteis sé yo
Con toda seguridad.
Hablad: marqués de Tavira,
Vuestra nobleza es notoria:
No echeis en su ejecutoria
El borron de una mentira.
Marq. Inesperto capitan
De mi edad en el vigor
Esclavo fué mi valor
De mi rey Don Sebastian.
Juntos un mismo bajel
A tierras del africano
Nos llevó: como un hermano
Al combate fuí con él.
Un mar de sangre corrió:
Pero al partirse la suerte

Solo el baldon y la muerte
A nosotros nos tocó.
Gab. (No sé porque la memoria
De ese lance me enternece
Y me irrita: no parece
Sino que cuentan mi historia.)
Marq. El rey, que escudo y celada
Tiró para mas grandeza
De valor, en la cabeza
Recibió una cuchillada
Tal, que la frente serena
Le rajó hasta la nariz.
Rod. ¡No es mala esa cicatriz!
(*A Gabriel.*)
Gab. La cuchillada fué buena.—
Seguid. (*Al marqués.*)
Marq. El rey, nuevo Marte
De tan sangrienta jornada,
Continuó rota la espada
Defendiendo su estandarte,
Hasta que el filo fatal
De un yatagan africano
Segó de su izquierda mano
Dos dedos.
Rod. Si no oí mal (*A Gabriel.*)
Me habeis dicho...
Gab. Que perdí
(*Con calma y sin volverse.*)
Dos dedos en un combate
Naval.
Rod. Marqués, el remate
De la batalla.
Marq. Caí
Bajo un hachazo á los piés
De mi rey... y no vi mas;
Perdí el sentido.
Rod. Quizás
Al recobrarle despues...
Marq. Ya no le hallé: con la luna
Tomé del mar el camino
Mal tratado peregrino,
Caballero sin fortuna,
Llevando en el corazon
El recuerdo de una hazaña
Que será, no para España,
Para su rey un baldon.
Rod. ¡Señor marqués de Tavira!
Esa frase infamatoria....
Marq. No tendrá mi ejecutoria
El borron de una mentira.
Rod. Con que en fin, ¿el rey murió?
Marq. No lo sé: ¡por vida mia!
Si lo supiera os diria,
Señor alcalde, que nó.
Rod. ¿Buena memoria teneis?
(*Al marqués llevándole aparte*)
Marq. Buena.
Rod. ¿Y vista?
Marq. Perspicaz.
Rod. Si vive y le veis ¿capaz
De conocerle sereis?
Marq. ¡Si vive habeis dicho!
Rod. Sí.
Marq. ¿Teneis, pues, noticias de él?
Rod. ¿Recibísteis un papel
Anónimo?
Marq. Recibí
Uno ayer.
Rod. ¿Y qué os decia?
Marq. Las señas de un personage
Me daban que iba de viaje
Y aquí á hospedarse vendria:
Mandábanme á un comerciante
Que me daria dinero
Para pagar del viajero
El gasto, y que en el instante
Fuera á cobrarlo y corriera
Con el pago y tras el tal
Viajero hácia Portugal
La vuelta sin falta diera.
Rod. ¿Y cobrásteis?
Marq. Sí cobré.
Rod. ¿Y pagásteis?
Marq. ¿Pues cobrado
Por mí, no fuera pagado?
Rod. Perdonad, ¿é ireis?
Marq. Iré.
Rod. ¿Luego sabeis de quien es
El anónimo?
Marq. Aunque no
Lo sé, jamás me engañó
En uno.
Rod. ¿Os ha escrito pues
Otros?
Marq. Varios.
Rod. Sobre asuntos...
Marq. Secretos.
Rod. Mas, ¿ciertos?
Marq. Sí.
Siempre que salieron vi
Ciertos en todos sus puntos.
Gab. (¡Con famosos servidores
Cuenta el rey Don Sebastian!
¡Pobres reyes! ¡siempre dan
Con tontos ó con traidores!)
Marq. Si he concluido, no es cosa
De estarme aquí sin provecho.
Rod. Perdonadme que aun insista:
Mas ya que memoria y vista
Teneis, de ese hombre en acecho
Estad, y del rey en nombre
Os mando decir, marqués,
Si le conoceis, quien es.
Gab. (Santillana es todo un hombre.)
Marq. (¡Qué diablos de juego es este!
¡Posicion mas engorrosa!)

Rod. Señor Gabriel Espinosa, (*A Gabriel.*)
Permitid que os manifieste
Que habeis descortés andado
Con el marqués de Tavira,
Que está mirándoos con ira.
Gab. ¿Se lo habeis vos ordenado?
Rod. Ved que son los portugueses
Quisquillosos: despedidle
Al menos: vamos: decidle
Cuatro palabras corteses.
Gab. Voy, pues que vos lo quereis.
Rod. (Yo apuraré la mentira.)
Gab. ¿Señor Marqués de Tavira?
Marq. ¡Jesucristo!
Gab. ¿Qué teneis?
Marq. Señor... ¿sois vos?... ¿aun vivís?
Gab. ¡Si vivo! ¿pues no lo veis?
¿Pero qué diablos decís?
Marq. ¡Ese gesto, ese ademan,
Esa voz, ese semblante
Que no olvidé ni un instante!
Es el rey Don Sebastian. (*Cae de rodillas.*)
Gab. ¡Imbécil! á ser de cierto
Don Sebastian ¿no reparas
Que antes que me delataras
A mis piés te hubiera muerto?
Marq. ¡Jesus!
Gab. ¿Señor Santillana,
Que sé, dareis por supuesto,
Que sois vos quien me ha dispuesto,
Una farsa tan villana?
Rod. ¡Yo! ¡farsa...! ¿y con qué interés?
Gab. Salta á los ojos: es fuerza
Que ya la opinion se tuerza
Del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
Ahorcar porque mas en él
No espere y soy yo, Gabriel,
El que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
Sois aquí y los impostores:
Con él estais convenido.
Rod. ¡Yo!
Gab. Traedme otro marqués
Como ese: aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
Ni es noble, ni portugués.
(*Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al marqués y á Don Rodrigo.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS DE TAVIRA.

Rod. Ese hombre me va á volver
El juicio á mí. ¡Por mi vida
Que está buena la salida!
No me queda mas que ver.
Mas me pone en confusion
Su aplomo, su majestad
Y su audacia... ¿habrá verdad
En esta resureccion?
Marq. Sandio dijo... sandio soy,
Mas contenerme no pude.
Rod. ¿Es él?
Marq. No habrá quien lo dude.
Rod. ¿Estais seguro?
Marq. Lo estoy.
Rod. ¿Engañado no os habrán
Vuestro error y su apariencia?
Marq. No.
Rod. ¿Juráralis en conciencia...?
Marq. Que es el rey Don Sebastian.
Rod. El capitan Santillana. (*Llamando.*)

ESCENA IX.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS, DON CÉSAR.

Rod. Ruégoos que me perdoneis,
Señor marqués: mas me obliga
Mi deber á hacer que el viaje
Suspendais.
Marq. (Ya no podria
Continuarle: ya le he visto
Y á verle nada mas iba.)
Rod. Escucha, César.
(*A Don César, aparte.*)
Cés. Decid.
Rod. Antes de que apunte el dia
Deben de partir los presos.
Cés. ¿Adónde van?
Rod. A Medina
Del Campo.
Cés. ¿Pues qué razones
Hay?
Rod. Dos: aquí la atrevida
Audacia de algunos pocos
Que mucho á Gabriel estiman
Pudiera hacer un arresto
Y burlar á la justicia.
Cés. ¿Sabeis pues...?
Rod. Yo no sé nada.
La situacion se complica
De tal modo que no hay ciencia
Ni sagacidad que sirvan
Para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
Del rey y abadesa ahora
De las monjas Agustinas
De Madrigal y otras muchas

Personas como ella dignas
De respeto, es menester
Que declaren. En la villa
De Madrigal peligroso
Fuera instalarme : en Medina
Hay cárcel segura, estoy
Casi á la distancia misma
De aquí que de Madrigal,
Y hay algunas compañías
De arcabuceros.
Cés. ¿Pues tantas
Precauciones son precisas?
Rod. Todas son pocas tratándose
De una cabeza proscrita,
Que puede hacer la desgracia
De toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
Partirás á toda prisa
A la corte, para el rey
Con una consulta mia.
Voy á mandar las literas
Traer, y estar prevenida
La escolta que has de llevar.
César, la mas esquisita
Vigilancia ten : con ellos
Vas guardando nuestras vidas.
Adios. Seguidme si os place,
Señor marqués de Tavira.

ESCENA X.

DON CÉSAR, DESPUES DOÑA AURORA.

(*Don César aguarda á que se vayan Don Rodrigo y el marqués : escucha un momento á la puerta del fondo y va abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de Doña Aurora, llamándola con precaucion.*)

Cés. ¿Aurora?... ¿Aurora?... cerráronla
En la cámara vecina
Sin duda porque no oyera
Lo que en esta sucedia.
(*Entra y vuelve á salir con Doña Aurora.*)
Venid, Aurora.
Aur. ¿Qué pasa,
Capitan, que asi os obliga
A llamarme?
(*Don César cierra la puerta del fondo.*)
¿A qué cerrais
Las puertas con tanta prisa?
Cés. ¡Aurora, Aurora! esta casa
Es ya una cárcel sombría
Para vosotros.
Aur. ¡Dios mio!
¿Qué decís?
Cés. De la justicia
En poder estais. Gabriel
Con pertinacia inaudita
Se obstina en callar, é inútil
Todo es con él. Ni le obligan
Las ofertas : ni le mueven
Los ruegos : ni le dominan
Las amenazas. Impávido
Hácia el abismo camina
Con el semblante sereno
Y en los labios la sonrisa,
Cual si pudiera de un soplo
Disipar la enfurecida
Tempestad en que sin rumbo
Va la nave de su vida.
Aur. Capitan, es inflexible :
Sus acciones son siempre hijas
De una decision resuelta
Y de una conviccion íntima
Y no cede.
Cés. Pues os lleva
Esa condicion altiva
Hoy antes que raye el alba
A la cárcel de Medina
Bajo mi custodia.
Aur. ¿Entonces...?
Cés. Ya os he dicho que no habia
Ley ni deber que valiera
Para mí lo que una mínima
Insinuacion vuestra : habladle
Vos que sois su amor, — su hija :
Habladle y decidle : « Huyamos :
Don César nos facilita
La fuga, huyamos... » y huid,
Aurora : y ya que mi vida
Por un tenebroso arcano
Que vuestro padre no esplica
Está ¡ay de mí! para siempre
De la vuestra dividida,
Huid, y al menos debédmela
Aunque pierda yo la mia.
Huid : nada hay que me espante :
Seré traidor, si es precisa
La traicion para salvaros.
Aur. Dios hará que tal mancilla
Sobre vuestro honor no caiga.
(*Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.*)
Él va á salir... ¡que me asista
Rogad al cielo...! y dejadme
Con él.
(*Vase Don César cerrando la puerta.*)
Trae embebecida
Su alma en los pensamientos
De hiel que le martirizan.
(*Sale Gabriel, sombrío, los brazos cruzados, sin ver á Aurora, que se ha retirado á un lado, y habla consigo mismo.*)

ESCENA XI.

DOÑA AURORA, GABRIEL.

Gab. A él solo, sí, desenredar le toca
La peligrosa red que se me tiende:
Solo el rey puede descoser mi boca;
Él solo: si me salva ó si me vende,
Él con Dios se verá: no es cuenta mia.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
La que el cielo me dé; mas vendrá un dia
En que todo mortal con Dios se vea,
Y en aquel dia en que de Dios espere
Temblar ante el semblante soberano,
Yo, de cetro en lugar, tener prefiero
Una palma de mártir en la mano.
Aur. ¿Ni una mirada para mí?
Gab. Mi Aurora,
Unico sol, que en mi sombría frente
Disipa con la luz de una sonrisa
Las nubes del pesar que la ennegrecen,
Perdóname si en reflexiones tristes
Abismado ante tí pasé sin verte.
Mas, ¿porqué el llanto tu mirada enturbia?
¿Porqué la agitacion que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?
Aur. Riesgos traidores
Te acechan por do quier, tal vez la muerte,
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
Copioso y triste mis mejillas riegue?
Gab. Te engañas.
Aur. Tú: la misteriosa nube
Que impenetrable tu existencia envuelve
Es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
De un juez, terror de cuantos nobles seres
Asilo hallaron nacimiento ó nombre
De Tajo y Miño en las riberas fértiles.
Gab. ¿Quién te lo ha dicho?
Aur. Yo lo sé.
Gab. Pregunto
Quién te lo ha dicho.
Aur. El capitan que tiene
Mas de leal, de noble y generoso
Que tú de franco con quien mas te quiere.
Gab. ¡Aurora!
Aur. No receles que mis labios
Dejen salir palabras imprudentes,
Que á impulso de un amor desatinado
Compliquen mas la situacion presente.
Gab. ¿De Don César, al fin, ¡desventurada!
Al fuego dió tu corazon albergue?
Aur. Mi corazon entero es de otro hombre
Y me son los demas indiferentes:
Ni te hablara yo de él en esta hora
Que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitan porque tú mismo
Me viniste á decir: «Aurora, quiérele;»
Mas yo le quiero porque tú lo mandas,
Porque quiero no más lo que tú quieres.
Gab. Quiérele, Aurora, porque ya es acaso
El solo amigo que tu padre tiene.
Aur. ¡Mi padre, sí, mi cariñoso padre...!
¿No es este el nombre que emplear conviene
En esta situacion?
Gab. Silencio, Aurora;
Que es el encanto de mi vida advierte
Ese nombre feliz.
Aur. Pero ese nombre,
Dímelo de una vez ¿te pertenece?
Gab. ¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?
Aur. La que á tu lado y con placer mil veces
Y acaso en busca de la paz perdida
Veló tu sueño y sorprendió inocente
Tu secreto.
Gab. ¡Gran Dios! ¿y nada dije
De mi vida anterior? ¿de otros placeres,
De otros tiempos en fin?
Aur. Nada dijiste,
Nada, señor: mas aunque dicho hubieras
En el pecho de Aurora lo enterraras,
Que en tí á sufrir como á callar aprende.
Gab. (¡Miserable de mí! porque el misterio
Que intentan aclarar oculto quede
Siempre en mi corazon, ¿será preciso
Que yo mismo la lengua me cercene?)
(*Gabriel escucha desde aquí comó distraido en sombrías reflexiones.*)
Aur. Padre...
Gab. Esplícate, Aurora.
Aur. Oye: al impulso
De una curiosidad impertinente,
O de otro sentimiento inesplicable
Que en mí se agita y que en mi alma enciende
La misteriosa luz de una esperanza
Lejana, incierta, misteriosa, débil,
Cedí, señor, y en la callada noche
Mi lecho abandoné... porque á mi mente
Mil visiones de amor se amontonaron
En confuso tropel, puras y alegres
Como las olas que la mar en calma
Sobre sus lomos incansable mece:
Como las aves que en el árbol saltan
Trinando al són de la escondida fuente.
Gab. Prosigue, Aurora.
Aur. Abandoné mi lecho,
Y al tuyo me acerqué, como quien teme
Ser sorprendido en criminal intento
Por un estraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé y mi labio
Un ósculo filial puso en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?
Gab. Prosigue, Aurora mia;

Tu voz la voz de un ángel me parece.
Aur. Al contacto sutil del labio mio
Sonreiste, señor: y tu voz débil
Oí que el nombre mio murmuraba
Entre esos ayes con que el mal divierte
De una pasion, el que vivió en el mundo
Secretos hondos ocultando siempre;
Y entonces supe por la lengua misma
Que hablar en sueños indiscreta suele,
Que si es la tuya misterioso arcano
Espesa sombra mi existencia envuelve.
Gab. ¿Y entonces?
Aur. Me aparté ruborizada
De quien mi padre no es: sentí mas fuerte
Latir mi corazon: sentí otra sangre
Circular por mis venas mas ardiente:
Sentí en presencia del mayor cariño
Mi cariño filial desvanecerse,
Y al apartarme de tu lecho trémula
Un ósculo de amor grabé en tu frente.
Gab. No lo digas jamás, Aurora mia.
Jamás á nadie tu pasion reveles:
Quema los labios que en mi frente seca
Pusiste: quema el corazon rebelde
Que, el cariño filial de sí arrojando,
Dió á mi cariño en su lugar albergue.
Aur. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es hijo
De tu callado amor.
Gab. Tú lo mereces:
Tú eres la sola flor que brotar hizo
En mi camino Dios... Dios que al ponerme
Sobre la tierra me alfombró de espinas
La senda que mis piés recorrer deben;
Pero yo no merezco tu amor santo:
Yo soy un árbol cuyo tronco estéril
Despojado de vida por el rayo
Ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.
Aur. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
Cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
Mi pobre corazon, de quien tú solo
Sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,
Porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
Brotase, para encanto de tu vida,
De esta pasion correspondida el gérmen.
Gab. Tienes razon, Aurora, reconozco
En tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razon, Aurora, Dios del cielo
Te envia... un ángel de los cielos eres.
Aur. Escúchame, Gabriel.
Gab. Habla.
Aur. En el nombre
De esa pasion que en nuestras almas hierve
Desaparezcan hoy esos misterios
Que nuestras dos historias oscurecen.
Gab. Imposible.
Aur. No temas que me espante,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote
De haberte amado nunca.
Gab. Es imposible.
Aur. Habla. Dime quien soy: dime quien eres.
Si eres villano y en tus venas viles
La sangre impura y maldecida tienes
De raza hebrea ó de morisca tribu,
Yo te amaré, Gabriel: si reales puedes
Ostentar de tu estirpe en el escudo
Coronados y espléndidos cuarteles,
Yo te amaré, Gabriel: si eres acaso
Criminal fugitivo y por mí temes
De un patíbulo infame la deshonra,
Yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
A un sacerdote y que con lazo eterno
Anude nuestras almas; y no pienses
Que el deshonor de criminal memoria
Me humille: te amo con amor tan fuerte
Que oraré mientras viva en tu sepulcro
Orgullosa del nombre que me dejes.
Gab. ¡Calla, Aurora, deliras!
Aur. Un momento,
Gabriel, óyeme aun, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso
Cogido al fin entre sus propias redes,
Huyamos: tienes ocasion y tiempo:
Sí, nuestra fuga el capitan protege,
Huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
Arrastrando á remoto continente.
Gab. ¡Aurora!
Aur. Hoy á la cárcel de Medina
Rayando el alba trasladarnos deben,
Y el capitan que en nuestra guarda parte...
Gab. Silencio, Aurora, ¿deshonrarle quieres
Para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
Cuando en su guarda el infeliz me lleve
Morirá en mi lugar y que al fugarme
Me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero,
Ni nací para huir: ya muchas veces
La he visto cara á cara, y en el pecho,
No por la espalda me herirá la muerte.
Aur. Hiéranos á los dos un mismo golpe.
Gab. Tú no debes morir: aun que hacer tienes
Sobre la tierra.
Aur. ¿Qué sin tí?
Gab. Llorarme.
Aur. ¿Me lo mandas?
Gab. Yo no: Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado,
No le intentes romper. Pura, inocente,
Noble eres tú: si á deshonrada tumba
Mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Inclina, Aurora, la cabeza humilde

Bajo la voluntad omnipotente,
Y ora en mi tumba sin vergüenza Aurora:
Mártir me quiere Dios y obedecerle
Es fuerza: vive: y si te dice el mundo
Que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamás que era el que buscan
Y á morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
Mientras los hombres libertad te dejen;
Y si te culpan como á mí, en silencio
Digna siempre de mí como yo muere.
Aur. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR, DESPUES DON RODRIGO.

Cés. Don Rodrigo sube.
Gab. Oid
(*A Don César.*)
Antes. Si en algo apreciais
A Aurora, ved como enviais
Ese papel á Madrid.
(*Gabriel da una carta á Don César, que la toma rápidamente.*)
Cés. Sabeis que mi fé la aprecia
En mas que mi mismo honor.
Yo le llevaré.
Gab. Al señor
Embajador de Venecia.

ESCENA XIII.

DICHOS, UN ALGUACIL, DESPUES DON RODRIGO.

Alg. Su señoría.
(*Entrando.*)
Gab. Aguardamos
Sus órdenes.
Rod. Os espera (*Entrando.*)
Allá abajo una litera,
Señor Gabriel.
(*Gabriel tomando de la mano á Doña Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:*)
Gab. Pues partamos.
Rod. ¿Ni inquirís adonde vais
Ni tomais vuestro equipage?
Gab. Vos que disponeis mi viaje,
Sabreis como me llevais.
Rod. Conmigo.
Gab. Pues ya tardamos.
Rod. Vuestros cofres van con sellos.
Gab. Haced lo que os plazca de ellos.
Rod. Pues cuando gusteis.
Gab. Pues vamos.
(*Vanse: delante Gabriel con Doña Aurora, luego Don Rodrigo y Don César.*)

ACTO TERCERO.

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal, decoracion ochavada; puerta en el fondo, balcon á la derecha, al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel, puertas á la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

—

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO Y EL ESCRIBANO, SENTADOS A LA MESA. GABRIEL, AL OTRO LADO EN UN SILLON RECLINADO TRANQUILAMENTE, Y COMO AJENO A LO QUE PASA A SU REDEDOR.

Esc. Señor, no duerme.
Rod. ¿Y qué mal
Hallais en que esté despierto?
Esc. Que escucha.
Rod. Es un hombre muerto;
Que escuche ó no ya es igual.
Seguid leyendo.
Esc. Un oficio
(*Tomando un papel de la mesa.*)
Del doctor Don Juan de Llanos.
Rod. ¿Qué dice?
Esc. Que siendo vanos
Interrogatorio y juicio,
Mandó dar á fray Miguel
El dia cinco tormento.
Rod. ¿Y qué dijo?
Esc. Que era invento
Suyo lo de que Gabriel
Fuese el rey de Portugal,
Y que le movió á este engaño
El intento de hacer daño
Al rey Don Felipe.
Rod. Mal
Salió. Leed.
Esc. Peticion (*Otro papel.*)
De la nominada Aurora.
Rod. ¿Y qué pide esa señora?
Esc. Ver á su padre.
Rod. Ocasion
Llegará de que le vea
Cuando esté ya confirmada
Su sentencia, y no haya nada
Que temer de que asi sea.
Esc. Novena solicitud
(*Otro papel.*)

Del preso llamado Arbués.
Rod. ¿Qué solicita?
Esc. Que pues
Vivirá poco, en virtud
De haberle dado tormento,
Se quisiera despedir
De su amo antes de morir.
Rod. No ha lugar: hasta el momento
De la real confirmacion
De su sentencia, si vive.
Esc. Una carta que os escribe
(*Otro papel.*)
Un anónimo.
Rod. Cuestion
Diaria, — amenazas, fieros
Contra mí y contra los jueces:
Juramentos y sandeces
De rebeldes ó embusteros.
Adelante.
Esc. Para el juez (*Una carta.*)
Don Rodrigo Santillana:
Carta, que hoy por la mañana
Llegó de Madrid.
Rod. ¡Pardiez!
¿Y asi os estábais con ella?
Dadme acá.
Esc. Tomad, señor.
Rod. De César. «Del portador (*Leyendo.*)
» Mañana sobre la huella
» Partiré: media jornada
» Ante mí llegará á esa:
» Ni puedo darme mas priesa,
» Ni hasta hoy el rey hizo nada.»
¡Gracias á Dios que tocamos
En el fin de ese proceso!
Llevaos vos todo eso,
Escribano.
Esc. ¿Os esperamos?
Rod. Afuera; y si algun correo
De la corte de Madrid
Llega, que suba decid
Al punto.
Esc. Está bien. (*Vase el escribano.*)

ESCENA II.

GABRIEL, DON RODRIGO.

Rod. (Deseo
Salir de este laberinto
De una vez y de ese hombre
A quien no hay nada que asombre.
Me repugna por instinto.
Su faz sombría, su calma
Imperturbable, su irónica
Conversacion, su sardónica
Sonrisa eterna, en el alma
Me infunden honda inquietud.
No me acusa la conciencia
De nada: dí la sentencia
Con severa rectitud,
Conforme á ley; mas presiento
Que hay en todo esto un arcano
Que sondar pretendo en vano
Y deja sin complemento
La obra de la justicia.
Exhala ese hombre satánico
No sé qué de frio y pánico...
Creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envia
Firmada, el último dia
Es hoy que calor le da.)
¿Dormís, señor Espinosa?
Gab. Casi, casi, señor juez.
Rod. ¿Cansado estais?
Gab. ¡Psé!
Rod. ¿Tal vez
Sufrís dolor?
Gab. Poca cosa.
Rod. Aquí estareis menos mal
Que en la torre.
Gab. Asi, asi.
Rod. Que apreciárais más creí
Mi caridad.
Gab. Me es igual.
Rod. ¿Tal vez me guardais rencor
Por la cuestion?
Gab. ¡Brava pena
Por Dios!
Rod. La prueba fué buena.
Gab. Pudo haber sido mejor.
Rod. Confieso que fué crúel
El tormento.
Gab. Pero inútil.
Rod. ¿Lo creeis prueba tan fútil?
Gab. ¿Ya lo veis?
Rod. Volver á él
Podemos aun.
Gab. Volviérais
A ver lo que vísteis ya.
Rod. La segunda vez quizá
Vuestro silencio rompiérais.
Gab. Seria inútil fatiga;
Y ahora que hablamos de esto,
De hoy para entonces protesto
Contra todo cuanto diga;
Y ya podeis calcular
Que si en negar doy despues
Lo dicho, el tormento es
Cuento de nunca acabar.
Rod. ¡Por Dios que sois hombre fuerte
Y gastais bizarro humor!
Gab. Soy terco y sufro el dolor;
Soldado soy, y á la muerte

Bajo la voluntad omnipotente,
Y ora en mi tumba sin vergüenza Aurora:
Mártir me quiere Dios y obedecerle
Es fuerza: vive: y si te dice el mundo
Que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamás que era el que buscan
Y á morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
Mientras los hombres libertad te dejen;
Y si te culpan como á mí, en silencio
Digna siempre de mí como yo muere.
Aur. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉ...
DESPUES DON RODRIGO.

Cés. Don Rodrigo sube.
Gab. Oid
(*A Don César.*)
Antes. Si en algo apreciais
A Aurora, ved como enviais
Ese papel á Madrid. ... ¿es en balde.»
(*Gabriel da una carta á* ...
toma rápid... ...uana
Cés. Sabeis que mi ... ...mento
En mas que mi mism... ...me siento
Yo le llevaré. ...illana.
Gab. Al ... ...renta ¡vive Dios!
Embajador de V... ...sangre fria.
... me amedrentaria
... que vos.
F... osada impavidez
... creces.
Dichos. ... parecemos á veces
... y yo el juez.
... que á veces hallo en vos
Alg. ... misterio que me espanta.
... Es que tal vez se levanta
Ga... la sombra de Dios. (*Pausa.*)
Sus... *Rod.* Yo creo, señor Gabriel,
F... que no es Dios, es Satanás
All... Quien de vos está detrás
Se... Y os dejais llevar por él.
(... ¿A qué hombre de sano seso
No hartarán vuestras pesadas
Continuas baladronadas
Que llenan vuestro proceso?
¿Qué son pues vuestras preñeces
Y siniestras reticencias?
Gab. Tembladlas, si son sentencias:
Reidlas, si son sandeces.
Rod. Pues bien: hablad de una vez:
Si ese secreto fatal
Existe en vos haceis mal
De ocultarlo á vuestro juez.

Gab. Haced lo qu...
Rod. Pues cuand...
Gab. ... na,
(*Vanse: delan*...
luego D...
... moso!
Sale ...
Nada más.
...os tuvisteis jamás?
...as preguntas que me haceis,
...osa...
Gab. Son sencillas.
Rod. No sé que se me figura
Que hay en ellas...
Gab. ¿Por ventura,
Os pregunto maravillas?
Teneis un hijo mancebo
Y si hubísteis os pregunto
Mas que él: no hay en el asunto
De mi cuestion nada nuevo.
Rod. ¡Jamás podré conseguir
Arrancar de vuestra faz
Ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me teneis que decir?
Acabemos, Espinosa:
Esa burlona altivez
Que escita en mí alguna vez
Una duda misteriosa
¿Qué significa? ¿parece
Que no os habeis convencido
De que juzgado habeis sido,
De que ya no os pertenece
Vuestra acotada existencia,
Y de que segun la ley
No falta sino que el rey
Confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
Hay una firme esperanza
Que os da audacia y confianza
Contra esa ley!
Gab. Es un hecho.
Rod. ¿Creis que no firmará
El rey?
Gab. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habeis vos escrito ya
Que pido verle?
Rod. Y respuesta
Aguardo, ¿mas si apelais
Al rey en vano?
Gab. Me ahorcais,

ta.
briel con *asombro :*
sereno.)
s loco.

creo

s:
ua trataros
placiones.
illano artero,
o embaucador
perais suerte mejor
ndoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano
Negándose á confesar,
Que nunca le han de matar
Como á un infame pagano
Sin confesion! mas caeis
En un miserable error:
Si no quereis confesor
Sin confesion morireis.
Y no teneis que cansaros:
No me habeis de aventajar:
Si os obstinais en callar
Yo me obstinaré en ahorcaros.
¿Ahora os reis?
Gab. ¡Sí por Dios! (*Riéndose.*)
Y no he muerto ya de hastío
Porque como ahora me rio
Mil veces.
Rod. ¿De qué?
Gab. De vos.
Rod. ¿De mí? en vuestra audacia loca
Os olvidais á mi ver
Que os puedo mandar poner
Una mordaza en la boca.
Gab. Verme mudo os diera pena;
De que es estoy persuadido
Mi voz para vuestro oido
El cantar de la sirena.
¡Mordaza! de vuestros fieros
A pesar, si le procuro
De veras, estoy seguro,
Señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
Que comenzais á turbaros
Y no he hecho mas que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
Lo que pasa en vuestro pecho:
A fuerza de ir y volver
Sobre quien soy, de mi sér
Un fantasma os habeis hecho.
Sér superior me imagina
Vuestra razon exaltada,
Y mi voz y mi mirada
deslumbra y os fascina.
se os vuelven antojos:
os miro fijo á la cara,
Os turbais como si echara
Fuego ó sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
Alejo de mí el pesar,
Creeis que voy á evitar
Con algun filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
Y por ellos os pregunto,
No parece sino asunto
De vendérselos al diablo.
Si levanto un poco mas
Estando solos la voz,
Cual de una bestia feroz
Temeis, y os echais atrás.
Y si al hablarme con saña
Vos, os hablo con violencia,
Os doblais en mi presencia
Como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
He adquirido sobre vos
Que, ¡no os lo demande Dios!
Me estais suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
Sino que sabeis que puedo
Haceros temblar de miedo
Cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, Don Rodrigo,
No es verdad que mi semblante
Os está siempre delante;
Que andais, que soñais conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
Que tendrá alguna razon
Al mostrar mi corazon
Tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
En hombres y que tal vez
En vuestra vida de juez
Hay algun secreto grave
Que creeis hundido vos
En la eternidad oscura,
Y que temeis por ventura
Que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando á solas
Hablo con vos, Don Rodrigo,
Va vuestra alma en lo que os digo

Como nave entre las olas,
Esperando de un momento
A otro verse sumergida
Por la mar embravecida
De mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habeis cruzado
Una vez el Portugal
Y cerca de Setubal
En mitad de un despoblado
Un monasterio habeis visto,
Cuya sagrada vivienda
Fué teatro de una horrenda
Profanacion?
Rod. ¡Jesucristo!
Gab. ¿No es verdad que cuando clavo
Mis ojos en vuestro rostro
Os hielo el alma y os postro
A mis piés como un esclavo?
De rodillas, Santillana:
Vuestra vida está en la mia:
Viviréis mas que yo un dia;
Si yo muero hoy, vos mañana.
Rod. ¡Dios me valga!
(*Don Rodrigo se arrodilla.*)
Gab. ¡Calla! ¿y vos
Lo tomais como os lo digo?
Si esto es farsa, Don Rodrigo:
Serenaos, ¡vive Dios!
Rod. ¿Con que es decir...?
Gab. Que divierto
Mi fastidio, Santillana.
Rod. No hareis lo mismo mañana.
(*Furioso.*)
Gab. Ahorcándome hoy, no por cierto.
(*Con calma.*)

ESCENA III.

DICHOS, EL ALGUACIL.

Alg. Su merced el capitan
Santillana.
Gab. Que nos cae
Del cielo.
Rod. Y que el fallo trae
Del rey.
Gab. Fin de nuestro afan.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

Rod. ¿Traes tú los despachos?
Cés. Sí.
¿Mas qué teneis, padre?
Rod. Nada.
¿Traes la sentencia aprobada?
Cés. Sí.
Rod. ¿Dónde está?
Cés., *dándole un papel.* Vedla aquí.
(*Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le dá Don César y dice llamando:*)
Rod. ¡Ola!
(*Entran algunos alguaciles y el escribano.*)
Cúmplase la ley.
Avisad al confesor
Y al verdugo ejecutor
De las justicias del rey.
Escribano, evacuad vos
La postrera diligencia:
Intimadle la sentencia,
Y que se encomiende á Dios.
Cés. Señor...
Rod. ¡Silencio! Leed.
Esc. Vista y fallada... (*Empezando á leer.*)
Rod. Adelante: (*Interrumpiéndole.*)
La aprobacion es bastante:
Fórmulas á un lado, haced.

Esc., *leyendo.* « Y en atencion á que en » los cofres de dicho Gabriel Espinosa han » sido halladas muchas prendas y joyas de » valor, pertenecientes á la persona de » nuestro difunto sobrino Don Sebastian rey » de Portugal, sin que haya podido probar » Espinosa la legitimidad de su adquisicion » y posesion: y en atencion á que el mar» qués de Tavira y fray Miguel de los Santos » y otros señores castellanos y portugueses » han declarado, unos en juicio y otros en tor» mento, que le tienen y han tenido desde » que le vieron por el rey Don Sebastian: » y habiéndose probado que muchos nobles » portugueses le han visitado en Madrigal » para reconocerle, y que en su nombre se » han escrito cartas, contraido empréstitos » y armado gentes para concitar á la re» belion á los pueblos en favor suyo: y » teniendo en cuenta que dicho Gabriel » Espinosa no ha negado nunca ser él el » mismo rey Don Sebastian, antes ha con» tribuido á hacer creer á los incautos que » lo es efectivamente, no declarando jamás » quien sea en realidad, dándose ya por » una persona ya por otra, y aparentando el » gesto, las acciones y las señales esterio» res que, á su parecer, pueden convenir » mejor con los recuerdos y las pinturas que » de Don Sebastian se conservan entre los » que en vida lo conocieron; y considerando » en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por » nos rescatado del poder de Muley Maha» met y traido de Africa al monasterio de » Belen, donde yace sepultado: aprobamos

» y confirmamos la sentencia contra él dada, » y le declaramos impostor infame, traidor » á su rey, y usurpador del nombre del rey » Don Sebastian. Por cuyas razones le con- » denamos á ser arrastrado, y ahorcado y » descuartizado, y puesta su cabeza en una » lanza á una de las salidas del pueblo de » Madrigal, en donde vivió, para desen- » gaño de incautos y escarmiento de trai- » dores. — Yo EL REY. »

Gab. ¿Traidor yo, impostor, infame?
(*Con ira.*)
¿Muerte á mí con tal afrenta?—
Que Dios me la tome en cuenta
(*Serenándose.*)
Cuando á su juicio me llame.—
¿Teneisme mas que leer? (*Al escribano.*)
Esc. Nada mas.
Gab. Pues despachemos
Y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.
Cés. (¡Indomable corazon!)
Rod. (¡Incomprensible fiereza!
Ni aun inclinó la cabeza
Para oir la intimacion.)
Gab. Alcalde, estais demudado,
Trémulo... ¡por vida mia!
Cualquiera imaginaria
Que érais vos el sentenciado.
Rod. Pronto lo viera. Teneis (*Airado.*)
De vida tres cuartos de hora.
Gab. Son las cinco y cuarto ahora.
Rod. Encerradle.
Gab. Hasta las seis. (*A Don Rodrigo.*)
Rod. Despejad.
(*Llevan á Gabriel á su encierro y vanse el escribano y los alguaciles por el fondo.*)

ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CÉSAR.

Cés. Padre, ¿qué es esto?
Rod. Que es fuerza que ese hombre muera.
Cés. Dadle un dia.
Rod. Ni siquiera
Una hora.
Cés. Que dispuesto
Muera al menos cual cristiano.
Rod. Muera, y sea como fuere.
Cés. ¡Sin confesion!
Rod. No la quiere;
Es un hereje, un pagano.
Cés. Padre, estais ciego de ira.
Rod. Ira es lo que aparento,
Ira, César: pero miento,
Es terror lo que me inspira
Ese hombre de Satanás.
Y yo ¡imbécil! que le daba
Tormento porque no hablaba;
No, no: que no hable jamás.
Que le lleven al cadalso
Con una mordaza puesta:
Que no hable con nadie: en esta
Hora cuanto diga es falso.
Cés. Padre, sospecho, ¡ay de mí!
Que se os desvanece el juicio.
Rod. Es obra de un maleficio.
Cés. ¿Os maleficiaron?
Rod. Sí.
Cés. ¡Supersticion!
Rod. Ya lo ves:
Gabriel me malefició,
Y él ha de morir ó yo.
Ya firmó el rey: muera pues.
Cés. ¡Padre!
Rod. ¡César!... ¡hijo mio!
Cés. ¡Estais delirando!
Rod. ¿Alguno
Me escuchó acaso?
Cés. Ninguno.
Rod. (De mí propio desconfio.)
Cés. Padre, algun mal os acosa;
Temblais... estais demudado.
Rod. Algun vértigo: he velado
Tantas noches de Espinosa
Con el proceso maldito,
Me ha dado tanto que hacer,
Que en mí no estoy hasta ver
Que de en medio me le quito.
Mas no fué nada: pasó
Ya, César. Veamos pues
Los despachos de la corte.
Cés. Tomad: aquí los teneis.
Rod. Esta es la consulta mia,
Esta la aprobacion del
Consejo: esta la carta
De su majestad el rey,
¿Y este otro pliego sellado
De quién es?
Cés. Yo no lo sé:
Me fué entregado en palacio
Con todos ellos.
Rod. ¿Por quién?
Cés. Por el rey mismo.
Rod. A ver: ábrele.
Cés. Una real órden.
Rod. Pues lee.

Cés., *leyendo.* «En nombre del rey. — » Por la presente, pondreis en libertad en la » hora en que la recibiéreis, y sobreseyendo » en su causa, si hubiéreis procedido á for- » marla contra ella, á Doña Aurora Espi-

»nosa, detenida y á vuestras órdenes en la »cárcel de Madrigal; dejando disponer li»bremente de sí misma á dicha Doña Au»rora, como fuere su voluntad. — Ma»drid, etc. — A Don Rodrigo de Santillana.»

Rod. ¿En libertad? No comprendo
Tal órden del rey.
Cés. Y está
Bien terminante.
Rod. Y será
Cumplida. Sigue leyendo.
Cés. Otro pliego para mí.
Rod. Rompe la nema y aparta
La cubierta. ¿Qué hay?
Cés. Aquí
Viene un papel y otra carta.
Rod. Lee.
Cés. Dice el papel asi:

(*Lee.*) «En nombre del rey. — Otorgamos »licencia para dejar el servicio de su ma»jestad temporal ó absolutamente como »mas le conviniere, al capitan del primer »tercio de Flandes, Don César de San»tillana.

Rod. ¿Y para qué?
Cés. ¿Qué sé yo?
Rod. ¿Tú no la has pedido?
Cés. No.
Rod. Sigue. (¿Qué es esto? ¡ay de mí!)

Cés. (*Lee.*) »Y ordenamos al dicho capi»tan Don César, por ser asi del agrado de »su majestad, conducir con todo honor, y »escoltar con toda seguridad, durante su »viaje por tierras de sus dominios y mares »guardados por su real marina, á Doña »Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana »y salva en estados de Venecia, por cuyo »embajador ha sido reclamada, como hija »adoptiva de la República Serenísima.»

Rod. ¡Ira de Dios! Todo ahora
Lo comprendo.
Cés. ¿Qué es, señor,
Lo que comprendeis?
Rod. Tu amor
¡Desventurado! á esa Aurora.
Cés. Es cierto: un amor profundo;
Mas no os traiga con cuidado;
Que es el mas desesperado
Que hubo jamás en el mundo.
Rod. ¿Lo ves? ¡Ah! tambien á tí
Te han maleficiado: pero
Responde, César: yo quiero
Saberlo ya todo; di.
Tú con ella en connivencia,
Huir con seguridad
Queriendo, su libertad
Conseguiste y tu licencia.
Cés. No, á fé mia.
Rod. Sí, arrastrado
Por sus sortilegios has
Trabajado en contra mia
Con temeridad impía
Y en favor suyo.
Cés. Jamás.
Que tuve siempre confieso
Simpatía misteriosa
É interés por Espinosa,
Pero no obré en su proceso.
Amé á Aurora, la amo aún;
Mas mi pasion despechada
Es imposible y no hay nada
Entre los dos de comun.
Mientras viva la amaré:
Pero este amor solitario
De mi pecho en el santuario
Solo yo conservaré.
Rod. ¡Otro misterio!
Cés. Tremendo
Sin duda, padre: mas puede
Conmigo, y mi brio cede
A su poder.
Rod. No lo entiendo.
Cés. Ni yo sé decir mas de él,
Sino que Aurora, señor,
No nació para mí amor.
Rod. ¿Quién te ha dicho eso?
Cés. Gabriel.
Rod. ¡Infeliz! es su manceba.
Cés. Quien tal os dijo ha mentido,
Señor.
Rod. Ella misma ha sido.
Cés. ¿Ella?
Rod. En la primera prueba
Del tormento.
Cés. ¡Cielo santo!
¿La habeis puesto en el tormento?
Rod. Es débil y habló al momento.
Cés. ¡Me paralizo de espanto!
¿Qué abismo es este de males
Que por do quier nos circunda?
¡Qué trama esta tan fecunda
De misterios!
Rod. Los fatales
Hijos de esa negra trama
Tan solo puede romper
La muerte y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.
Cés. ¡Imposible! mintió.
Rod. ¿Quién?
Cés. Ella: no puede tampoco
Ser de Gabriel.

Rod. ¿Quieres loco
Volverme?
Cés. No: sé muy bien
Lo que digo: esa muger
Es prenda de una venganza:
Solo con esa esperanza
La conserva en su poder.
Rod. ¿Ella de venganza prenda
Y en su poder? ¡Dios me asista!
De este arcano ante mi vista
Se aclara la sima horrenda.
¡Ola!
(*Toca la campanilla y entra un alguacil.*)
En libertad á Aurora
Poned al punto y aquí
Traedla. Escucha, ¡ay de mí!
Escucha, César, ahora
Un secreto horrible: ese hombre
Que no es nada y que lo es todo,
De quien de saber no hay modo
Religion, pátria, ni nombre:
Ese hombre á quien nada espanta,
Cuya altivez nadie doma,
Penitente humilde en Roma,
Peregrino en tierra santa,
Soldado en Flandes, marqués
En Madrid, corso en Venecia,
Que alma y vida menosprecia
Como al polvo de sus piés:
A quien no rinde el tormento
Y cuyo espíritu fuerte
Ve á un paso de sí la muerte
Y se sonríe contento;
No es criatura, es fantasma;
No es vivo, es aparicion,
Quimera, ensueño, vision,
Mas que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
Un hombre que estando muerto
Halló su sepulcro abierto
Y huyó de la eternidad
Mis pasos para seguir:
Es la sombra de otro sér
Que sale á la tierra á ver
Nuestra sepultura abrir.
Cés. ¡Ay de mí! el continuo afan
Del proceso de Gabriel
Os hizo concebir de él
Esas quimeras que están
Trastornándoos la razon.
Rod. Dices bien... sí... no comprendas
Jamás las causas horrendas
De mi ruin supersticion.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

Aur. ¡Libre!... jamás esperé
Que nos olvidara Dios:
Ni de haber fiado en vos (*A Don César.*)
Jamás me arrepentiré,
Pues duda no queda en mí
De á quien debo, capitan,
La libertad que me dan,
Cuando os vuelvo á ver aquí.
Rod. Despeja. — Escuchad, Aurora.
Aur. ¿Porqué le mandais salir?
Rod. Porque nadie debe oir
Nuestras palabras ahora.
Aur. ¡Dios mio! ¿Qué estraño afan
Os agita? ¿Es por ventura
Mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayais, capitan;
Quiere volverme tal vez
Al tormento.
Rod. Oid os digo:
Sois libre, y yo vuestro amigo.
Aur. ¿Cabe entre el reo y el juez
Amistad? ¿Entre el verdugo
Y la víctima? Jamás
Os conoceré por más
Que por juez.
Rod. ¡A Dios no plugo
Que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
Varieis de opinion, Aurora.
(*Vuelve á Don César, que permanece en pié junto á la puerta.*)
¿Qué esperais vos? idos fuera.
(*Vase Don César.*)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

Rod. Nada receleis de mí,
Pobre niña: en libertad
Estáis: vuestra voluntad
No tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oidme,
Aurora, y por cuanto ameis
Ruégoos que me contesteis
La verdad.
Aur. Pues bien, decidme
Vos en conciencia primero:
¿Mi libertad se medió
Con la de Gabriel? Si no
Es asi yo no la quiero.
Rod. Sólo depende de vos

La libertad: si un secreto
Me aclarais vos, os prometo
La libertad de los dos.
Aur. ¿Es mio solo el secreto
Que me pedís?
Rod. Sí, en verdad.
Aur. ¿Y vale la libertad
De Gabriel?
Rod. Me comprometo
A dársela.
Aur. Preguntad.
Rod. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
Vivís?
Aur. Desde muy niña.
Rod. ¿Y qué memoria
De vuestra infancia conservais?
Aur. Apenas
Una vaga memoria me ha quedado
De aquellas horas al pesar ajenas.
Rod. No espero yo que recordeis la historia
De vuestra infancia, cuya edad se olvida
Pronto y muy fácilmente con las penas
O los placeres de la inquieta vida;
Mas del lugar en donde habeis nacido,
Donde pasásteis los primeros años
Tendreis alguna idea.
Aur. Muy confusa:
Tal, que puedo decir que la he perdido
Mezclándola despues con mil estraños
Recuerdos posteriores.
Rod. ¿De manera
Que imposible os será, pues lo rehusa
Vuestra memoria ya, la mas ligera
Noticia dar de vuestra edad primera?
Aur. Tan imposible no: ¿quién en su mente
A un recuerdo infantil no dá guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
Hácia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasion alguna
El pobre hogar ó la lujosa estancia
Cuya techumbre guareció en su infancia
El dulce sueño que gozó en la cuna?
Rod. ¿Vos recordais ese lugar?
Aur. Sin duda:
Mas no por la virtud de mi memoria
Sola: tan fiel en esa edad no cabe
Tenerla: sé de mi infantil historia
Lo que fuí recordando con ayuda
De la voz de Gabriel, que es quien la sabe.
Rod. ¿Gabriel la sabe?
Aur. Sí.
Rod. ¿Y os la ha contado?
Aur. Incompleta.
Rod. (Tambien la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber solo la idea
Que háyais vos en la mente conservado.
Aur. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.
Rod. ¿De qué?
Aur. De mil objetos.
Rod. Aunque sea
En confusion decídmelos.
Aur. Me acuerdo
De una ribera donde yo cogia
Yerbezuelas y conchas: del rugiente
Mar, que sus ondas sin cesar mecia:
De un monasterio triste y solitario
Fundado al pié de un monte: y vagamente
Me acuerdo de la iglesia, con su coro
Emberjado, sus techos con pinturas,
Su altar lleno de flores, su sagrario
Iluminado con mecheros de oro;
Y me acuerdo tambien, porque me daban
Miedo, de las inmóbiles figuras
De mármol que tendidas reposaban
Encima de sus anchas sepulturas.
Rod. ¿Qué monasterio era ese?
Aur. Era un convento
De monjas.
Rod. ¿Qué país?
Aur. No lo he sabido
Nunca.
Rod. ¿Jamás Gabriel os ha contado
Lo que hacíais allí? ¿quién conducido
Os habia á aquel claustro?
Aur. No ha querido
Decírmelo jamás: sé que aposento
Tenia allí mi madre y que he pasado
Los tres primeros años de mi vida
Allí.
Rod. ¿Con ella?
Aur. Sí.
Rod. ¿De vuestra madre
Os ha hablado Gabriel?
Aur. Mil y mil veces.
Rod. ¿La recuerda á menudo?
Aur. No la olvida
Jamás: y sé que en sus nocturnas preces
La reza como á martir.
Rod. ¿Sabeis de ella
La historia, el nombre, la familia?
Aur. Nada.
Sé que fué un dia festejada y bella
Y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
Es una horrible é infernal leyenda,
Que conserva Gabriel en su memoria
De expiacion y de venganza prenda.
Rod. ¿Y qué es lo que sabeis de ese relato
Vos?
Aur. Yo, nada tal vez y acaso todo;
Porque sus hechos sé, mas nunca supe
Ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

Rod. Pero en fin, ¿qué sabeis de vuestra madre?
Aur. Sé que era noble dama: que vivia
En la corte de un rey á quien la unia
Una amistad profunda y verdadera:
Que era para aquel rey casi una hermana,
Pues juntos cuando niños se criaron
Y fraternal amor constantemente
Uno á otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa,
Y que el encanto de las gentes era
Por su virtud y ciencia prodigiosa:
Qué el vulgo la queria,
La corte la admiraba
Y con ella secretos no tenia
El rey que como hermana la trataba.
Rod. ¿Mas ese rey...?
Aur. Murió.
Rod. ¿Cómo?
Aur. En la guerra:
Y concluyó con él su dinastía,
Y otro rey vino á gobernar su tierra,
Y á otras manos pasó su monarquía.
Rod. ¿Y vuestra madre entonces...?
Aur. Fué mirada
Como enemiga del monarca nuevo,
Y al fin de algunos meses acusada
De traicion: por diabólica su ciencia
Tomaron y la dieron por culpada,
Diciendo que hizo creer que el rey vivia
No sé á quien, á favor de un sortilegio
Mostrando á sus conjuros evocada
La aparicion de su fantasma régio.
Rod. ¿Y despues?
Aur. ¡Oh! despues... eso es lo horrible
De la historia, señor. Se apoderaron
De ella, de su palacio, de su hacienda,
Los vendieron, sus armas infamaron,
Y ocupó un estrangero su vivienda,
Y su nombre y su raza se olvidaron.
Rod. ¿Y ella?
Aur. Como las hojas del otoño
Desapareció de encima de la tierra,
Y en ella más los hombres no pensaron
Solo pensando en libertad y guerra.
Rod. ¿Pero vos...?
Aur. No lo sé... sé que mi madre
Pobre, triste, ofendida y no vengada,
En aquel solitario monasterio
Tejia su existencia desdichada,
Y yo existia ya, bajo el misterio
De aquellas santas bóvedas velada.
Rod. ¿Y luego?
Aur. No sé más.
Rod. ¿Gabriel no os dijo
Nada de vuestro padre?
Aur. Le tenia
Siempre por padre á él, y él me queria
Mas que el padre mejor quiere á su hijo.
Rod. ¿Pero como supísteis...?
Aur. En su sueño
Sorprendí su secreto: y como me era
Necesario su amor de una manera
U otra, el amor filial hallé pequeño,
Y del amor de la muger y el niño
Formé para Gabriel solo un cariño.
Rod. Pero al saber que vuestro padre no era,
¿No preguntásteis vos?
Aur. Quien era el mio.
Rod. ¿Y qué dijo Gabriel?
Aur. Que él lo sabia:
Mas que de él á acordarme no volviera,
Porque mi amor filial no merecia.
Rod. Siempre merece un padre...
Aur. No lo ha sido
Jamás el mio para mí.
Rod. ¡Aurora!
Aur. ¿Creeis que una razon me fué bastante
Para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
Sé que nunca mi amor ha merecido.
Sé que me echó á la vida despojada
De su nombre, y sin pan y sin abrigo
Sé que dejó á mi madre deshonrada
En medio de la tierra abandonada
Para llorar y perecer conmigo.
Rod. ¿Y creeis á Gabriel?
Aur. ¿Qué si le creo?
Es la verdad del cielo descendida:
Su palabra es mi fé, y en esta vida
Por su fé juzgo, por sus ojos veo.
Rod. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
De vuestro padre?
Aur. Nada: y si lo hubiera
Yo sé bien que Gabriel me lo dijera.
Rod. ¿Es decir...?
Aur. Que es mi padre y le perdono,
Como amor exigir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
De Dios le aguarda ante el escelso trono:
Yo á quien solo dió el sér, nada le pido:
Pero como él nos olvidó le olvido,
Como él me abandonó yo le abandono.
Rod. ¿Vive pues?
Aur. No lo sé.
Rod. ¿Mas si viviera?
Aur. Como él no me buscó, no le buscara.
Rod. ¿Y si una vez en la vital carrera
Con él os encoatrárais?
Aur. Le mirara
Sin ira, mas la espalda le volviera.
Rod. ¿Y si al veros partir él os llamara?
Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?
Aur. Apresurara sin volverme el paso.
Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
De los vestidos él?
Aur. Los rasgaria
Dejándole en la mano los pedazos.
Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?
Aur. Su abrazo paternal rechazaria.
Rod. ¿Porqué?
Aur. Porque mi padre todavía
No ha ido á orar sobre la tumba oscura
De mi madre, y Gabriel me dijo un dia
Que al querer abrazarnos se abriria
Entre mi padre y yo su sepultura.
Rod. ¡Fatal supersticion!
Aur. Tal es la mia.
Rod. Tal es la ira de Dios. Es un misterio
Impenetrable. Satanás me ciega
Sin duda y nunca á comprenderle llega
Mi corazon ansioso.
Aur. He respondido
A cuanto preguntarme habeis querido,
Señor: á vos os toca.
Rod. ¡Sí, á fé mia!
Vais á ver á Gabriel. (Oh! sí: yo quiero
Apurar este cáliz de agonía.)
(*Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:*)
Aur. Libres al fin... para Gabriel ahora
Libre será mi corazon entero.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

Rod. Espinosa. (*A Gabriel.*)
Gab. Héme aquí.
Aur. ¡Gabriel! (*Viendo á Gabriel.*)
Gab. ¡Aurora! (*Abrazándola.*)
¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?
Aur. La libertad, Gabriel: libres estamos,
Y cual juntos aquí nos han traido
Juntos espero que de aquí partamos.
Gab. ¡Santillana!
(*Pidiendo esplicacion de estas palabras de Doña Aurora.*)
Rod. Leed.
(*Dándole la órden de su libertad.*)
Aur. ¿Ves?
Gab. (Lo comprendo,
Todo. La agitacion de Don Rodrigo,
De mi Aurora infeliz la fé tranquila...
¡Hé aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor... mi espíritu vacila:
Sostenedme hasta el fin... ¡sed vos conmigo!)
Aur. ¿Qué te agita, Gabriel?... tu faz sombría,
Tu palidez...
Gab. Un poco conmovido
Estoy; y es natural, Aurora mia.
Y tambien vos estais descolorido,
Santillana...
Rod. Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé...
Gab. No os canseis: el porqué entiendo.
¿A solas con Aurora habeis hablado?
Rod. La historia de su madre me ha contado.
Gab. Solo para que á vos os la contara
Se la he contado yo.
Rod. Toda pretendo
Saberla pues.
Gab. ¡Curiosidad avara!
Rod. Pero que vos satisfareis.
Gab. Sin duda;
Mas puédeos ser satisfaccion muy cara:
Porque os advierto, juez, que he observado
Que mis satisfacciones y respuestas,
Por mas que yo riendo os las he dado
Han sido siempre para vos funestas.
Rod. Hablad... hablad.
Gab. ¡Si os empeñais en eso!
Mas despues de tres meses de proceso
No sé como no estais escarmentado
De interrogarme ya.
Rod. ¡Siempre lo mismo!
Acabemos, Gabriel.
Gab. Sí, concluyamos:
Hora es de penetrar en este abismo.
Rod. Descender quiero á él.
Gab. Y yo os prometo
Que lo hareis: el momento es oportuno.
Rod. Decid, pues.
Gab. Esperad, que este secreto
Os pertenece á tres, y falta uno.
Llamad al capitan, que con vos debe
Penetrarle tambien.
(*Llama Rodrigo y sale un alguacil.*)
Rod. ¡Ola! Don César.
Aur. ¿Qué tienes, Gabriel mio? En tu semblante,
En tus palabras y ademanes noto
Siniestra agitacion.
Gab. Aurora mia,
Tu corazon amante
Por mí no tenga la inquietud mas leve;
A mis pesares Dios hoy pondrá coto
Y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este dia
De tu Gabriel?

Aur. Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
Nuestras almas á Dios subirán juntas.
Gab. Sí; ni la muerte las podrá un instante
Mantener una de otra divididas.
Aur. ¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?
Rod. Ya está aquí el capitan.
Gab. Silencio, Aurora.

ESCENA IX.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

Gab. ¡Ola! Sed, capitan, muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo viaje
Y un encargo dejaros he querido.
Cés. ¡Un viaje!
Gab. Sí; estoy libre: me parece
Que el portador de la órden habeis sido.
Cés. (¡Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.)
Gab. Decidme, capitan: ¿me habeis traido
Un pliego de Madrid?
Cés. Tomadle.
Gab. Bueno:
Guardadle por ahora. En esa carta
De un gran misterio encontrareis la llave.—
Vos sois algo curioso y no me fío
(*A Don Rodrigo.*)
De vos: sois padre y juez; os la confío,
Capitan, solo á vos. Cuando yo parta,
Dádsela á vuestro padre y que la lea.
¿Me entendeis? Cuando parta: que no sea
Ni un solo minuto antes.
Cés. Os lo juro.
Gab. Vuestra palabra sola es buen seguro.
Ademas, por si acaso no volvemos
A vernos, pues yo parto con Aurora
Del mundo terrenal á otros estremos,
Quiero un regalo haceros en memoria
De nuestro buen encuentro en esta vida,
Que os será complemento de mi historia,
Y prenda de amistad y despedida.
(*Saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.*)
Rod. (Esa calma satánica me aterra.)
Aur. (Tiemblo no sé por qué)
Cés. (No es sér humano
Quien asi se despide de la tierra.)
Gab. Tomad. Es, capitan, un amuleto
Sagrado: don del papa: un relicario
Que un *lignum crucis* venerando encierra
Y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que á un ságrario
Contempladle, y lo mismo que la carta
Se le dareis al juez... cuando yo parta.
Abridle solo vos: es mi conciencia
(*A Don Rodrigo.*)
Y Dios solo con vos sondarla debe;
En ella echad una ojeada breve
Y reconocereis la omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fé cristiana
Esperad á que muera, Santillana.)
¡Ea! ya que se acerca mi partida
Escuchad, señor juez, el cuento estraño
Que queríais saber, y por mi vida
Que oireis una historia divertida.
Rod. (Yo tiemblo.)
Gab. Oidme pues. La escena pasa
No importa el dia, la estacion, ni el año,
De noche, en Setubal, y en una casa.
Rod. (¡Cielos!)
Gab. Temblando estais si no me engañé,
Santillana.
Rod. Seguid.
Gab. En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
Por una lamparilla perfumada
Con asiático aroma, bien ajena
El alma de inquietud y bien guardado
Por leales domésticos, el dueño
De aquella rica estancia descuidado
Yacia en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso,
Para que no tuviera por asilo
Muy seguro su casa, y al reposo
Se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó sobresaltado,
A pesar de lo doble de la alfombra,
Pasos del lecho percibir al lado:
Abrió los ojos y miró espantado
Trazarse en la pared movible sombra:
Volvió la faz y con la faz de seda
Se tropezó de un hombre enmascarado.
Frio quedó, ¡como el cadáver queda!
«Levantaos,» le dijo con acento
Imperioso el incógnito: y vistióse
La bata que él le daba. «A ese aposento
Salid.» Obedeció y enfrente hallóse
De dos hombres plantados á la puerta,
Una dama como ellos encubierta
Y un sacerdote pálido, y tenaces
Sintió pesar sobre su frente yerta
Las miradas ardientes y voraces
Lanzadas á su frente descubierta,
A través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero
De la sombría dama el velo alzando
«¿La conoceis?» le dijo; y él temblando
«Sí,» respondió. «Pues bien, sed caballero,»
Repuso el disfrazado; y avanzando

El grave sacerdote se dispuso
A unirle con la dama en matrimonio,
Mientras el de la máscara se puso
A escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso:
Pero su daga el disfrazado al pecho
Le presentó y ceder le fué preciso;
Firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demas con ella:
Mas quedóse el primer enmascarado
Y dijo gravemente al despertado:
«Teneis una muger ilustre y bella,
»Gracias á mí y á vuestra buena estrella,
»Que os hizo viudo para ser casado;
»La quitásteis la honra y habeis dado
»Nombre á sus hijos: mas seguid su huella
»Y morís, ¡os lo juro! asesinado.»
Dijo así el de la máscara y partióse
Con los demas: y de la casa dueño
En medio de la cámara quedóse
Dudando si era realidad ó sueño.

Rod. Tremenda realidad.

Gab. Sí, Don Rodrigo,
(*Apartándole á un lado.*)
La dama Doña Inés, vos el casado.

Rod. ¿Y vos, señor...?

Gab. El hombre enmascarado.

Rod. Tal vez Dios permitió...

Gab. Lo habeis soñado.

Rod. ¿Y si el sueño es verdad?

Gab. Silencio digo.
Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;
Sueño ó verdad que sepultados sean
Con vos el sueño, la verdad conmigo.

Rod. Pero mi alma concibe en este punto
Que ese arcano fatal guardar podria
Una verdad.

Gab. Os dije que era asunto
Concluido. Escuchadme: Si yo fuera
El rey Don Sebastian, morir debia
Por la quietud del reino y mi alma entera
Ser mártir á ser rey preferiria.
Si soy un impostor y perjudico
Con mi existencia la quietud de España,
Debo morir tambien: debo una hazaña
De mi impostura hacer y sacrifico
Mi vida á sostener esta patraña
Que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendeis?

Rod. Señor, yo no me atrevo
Dudando...

Gab. Ahogad la duda: morir debo
Sino por Sebastian, por Espinosa:
Y deben sepultarse, Don Rodrigo,
Con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvideis.
(*Vuelven al centro de la escena.*)

Aur. ¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

Gab. No por cierto:
Para leer su conclusion horrenda
De vuestros ojos quitará una venda
El juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X.

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON CÉSAR, DON RODRIGO, EL DOCTOR N***, ALGUACILES. A LA PARTE ESTERIOR DE LA PUERTA SOLDADOS. DESPUES EL VERDUGO.

Alg. Las seis.

Gab. Partamos pues.

Aur. ¡Vírgen María!
Gabriel, ¿qué es esto?

Gab. Mi destino, Aurora.

Aur. ¡Tu destino!... ¡mi mente se estravía!

Alg. El verdugo del rey. (*Anunciando.*)
(*Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.*)

Aur. ¡Dios mio! ahora
Lo comprendo! ay de mí...
(*Se desmaya en los brazos de Don César, que la coloca en el sillon.*)

Cés. ¡Mísera!

Gab. El dia
Concluye: vamos pues: me faltaria
Valor para dejarla si volviera
En sí. Pronto, marchemos.

Doct. Vos conmigo.
(*A Gabriel, poniéndose á su lado.*)

Gab. Es inútil.

Doct. Mirad.

Gab. Todo es en vano.

Doct. ¿Sin confesion ireis?

Gab. Há que os lo digo
Cuatro semanas ya.

Doct. ¿No sois cristiano?

Gab. Porque lo soy si á confesarme accedo
Os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitan: se encierra
En ella sola cuanto amé en la tierra.

Rod. Señor...

Gab. No os fatigueis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último dia
Y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
Y si rey, con fiereza soberana.
(*Vase y todos tras él.*)

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA, DON CÉSAR.

Rod. A concebir mi mente no se atreve
De la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
Sí: pero no mi desdichada mano
A ciegas al patíbulo le lleve.—
César, dame esa joya.
Cés. Cuando muera.
Rod. Sepamos antes la verdad entera,
César.
Cés. Padre, escusad vana porfía:
Con su secreto perecer queria
Y he de cumplir su voluntad postrera.
Rod. ¡César!
Cés. Se lo juré.
Aur. ¡Ay! ¿quién hablaba
(*Volviendo en sí.*)
Aquí? ¿Sois vos, Don César? ¡Qué terrible
Pesadilla!
Cés. (¡Infeliz!)
Aur. Sí, yo soñaba
Sin duda... ¡eran quimeras! Mas... ¡qué horrible
Sospecha! ese silencio... esa tristeza.
¿Qué sucede? ¡ay de mí! los pensamientos
No acierto á combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
Hace.—¿Y Gabriel? decid; ¿dónde está ahora?
¿Dónde está? yo he soñado que venian
Por él. Mas, ¡qué rumor!
(*Ruido de voces dentro: Doña Aurora se abalanza á la ventana, que abre, á pesar de Don César, que intenta impedírselo.*)
Cés. Tened, Aurora:
Tened, no os asomeis.
Aur. ¡Ah! me querian
Engañar. (*Se asoma.*) Allí va.—Luces, soldados,
Gente... ¡ay! yo veo, pero no concibo
Lo que veo... me envuelve el pensamiento
Una niebla, un vapor calenturiento,
Y no sé comprender lo que percibo.
Allí va.—¿Pero dónde se le llevan
Sin mí? Se paran... ¡el afan me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
Allí? ¿quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
¡Dios mio! rasga la sangrienta nube,
Que me ofusca la mente... un sacerdote.
¡Ah! le van á matar... ¡Desventurados,
Deteneos...! ¡Gabriel!... ¡Y yo insensata
Que lo miraba estúpida! Malvados,
Tened.. las manos sin oirme le ata...
(*Volviéndose de repente á Don Rodrigo.*)
Pero vos ¡miserable! que sois hombre
Venid... gritad... gritad, alma cobarde,
Conmigo... ¡Deteneos!—Santillana,
Gritad: á mí no me oyen, ¡en el nombre
De Dios! gritad... le quitan la escalera...
Gritad.
Rod. Sí, que se salve aunque yo muera.
(*Se acerca á la ventana y grita.*)
¡En el nombre del rey!...
Aur. ¡Ay! ¡es ya tarde!
(*Cayendo de rodillas junto á la ventana.*)
Cés. Tomad: sepamos la verdad postrera.
(*Dando el relicario á Don Rodrigo.*)
(*Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da Don César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee Don Rodrigo es el papel del relicario: despues registra con ansia los papeles del pliego, y despues desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitacion y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca despues al grupo que forman Don Rodrigo y Don César.*)
Rod. «En el nombre de Dios.—Quien quier que fueres (*Leyendo.*)
»Juez, sacerdote ó asesino, pena
»De escomunion, despues que le leyeres
»Arroja al fuego este papel. El muerto
»Ha sido el rey Don Sebastian.»
Aur. ¡A buena
Hora lo ves, imbécil asesino!
Rod. Mi firma.—Una escritura... mi contrato
(*Registrando el pliego.*)
De boda... y esta Doña Inés Aldino.
(*Desenvuelve el retrato.*)
Aur. ¡Mientes! es de mi madre ese retrato. (*Quitándoselo.*)
Rod. ¡Hija mia! (*Tendiéndola los brazos.*)
Aur., *rechazándole.* ¿Tu hija?... eso tan solo
Me faltaba.—¡Hija tuya!—¡Alucinarme
Quieres con ese nombre! mas el dolo
Miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme:
Mientes, viejo feroz: dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone
Me llamas hija tuya: mas te engañas:
Nada hay en mí que tu maldad abone,
Para tí solo hay odio en mis entrañas.
Rod. ¡Hija mia! (*De rodillas.*)
Aur. ¡Otra vez!—No me lo digas,

No me lo espliques : comprender no quiero
Que el sér infame que en tu seno abrigas
Me pudo dar el sér : muerta primero.

Rod. ¡Calla, hija mia!
(*Asiéndola del vestido.*)

Aur. Suelta, no me sigas.

Rod. ¡Huyes de mí!

Aur. Por siempre.

Rod. ¿Me abandonas?

Aur. Como á mi madre tú.

Rod. ¿Nada en mi abono
Te dice el corazon? — Que me perdonas
Dime.

Aur. Mi madre contra tí ante el trono
De Dios venganza pide.

Rod. ¡Horrendo encono!

Aur. Si eres mi padre tú ¿porqué te estrañas
Del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas
Solo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel y su asesino
Y el de mi madre tú.

Rod. Pero el destino
Te une hoy á mí.

Aur. Lo intentarás en vano :
(*Desprendiéndose de él.*)
Muerta mejor que á tu existencia unida.
Reniego, huyo de tí; mi sér olvida
Y el nombre de hija que tan mal empleas
Y ¡ojalá que infeliz como ellos seas!
Y ¡ojalá en mi lugar, fiero homicida,
De mi madre y Gabriel junto á tí veas
La doble aparicion toda tu vida!

(*Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente. Cae el telon.*)

EL POETA.

Cúpome en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personage harto fácil de confundir con muy diferentes personages y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representado su verdadero papel. — Agrádame tanto mas esta tarea, cuanto me proporciona mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenage á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre. — Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y á ser esta mi voluntad remontaríame á buscar el orígen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó antediluvianos, ó subiendo aun á mayor altura iria, tal vez, á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándoles por los primeros músicos y Poetas del orbe conocido y por conocer. — Mas pláceme seguir distinto rumbo y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Asi, pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debian ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este país por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poeta es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior; por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorías, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales

que en ellas nacen. El siglo pasado fué esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesía; en aquel para ser hombre de pro era preciso filosofar, y en este para valer es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido; los filósofos, pues, de la pasada centuria, tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe, sin embargo, una notable diferencia entre aquellos y estos. Aquellos tenian prurito por patentizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que estos arrostran la suya con fiereza y aparentan mas de lo que poseen. Y este es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en el siglo pasado *corrian* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Carlos III, y en este ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes de 1800 enviaban á la musa á dar dias, á pedir aguinaldos, á solicitar empleos, pensiones ó favores como hoy dia los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas, y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complacíanse en exagerar su mala situacion, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando á virtud aquella misma miseria en que acaso no vivian, y ridiculizábanse enfin á sí propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para escitar mejor la compasion del prójimo poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entonces la poesía era un adorno segundario en un legista, en un curial, ó en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio á hacer cuatro composicioncillas amatorias, muy apreciables sin duda para la muger que las inspiraba, pero muy insípidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas mas que copías de copias de cuantos versos amatorios se habian escrito desde Anacreonte hasta aquellos dias (téngase entendido, y lo advierto con tiempo, que no hablo aquí de Don Nicolas Moratin, Cienfuegos, ni de otros varios en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por mas que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron) : ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce á una posicion social decorosa, y aun á destinos honoríficos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez. Entonces se decia por lo bajo : Yo soy un miserable Poeta; hoy se dice con orgullo : La poesía me ha hecho independiente. Entonces un Poeta escitaba la compasion, ó era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas), y hoy escita la admiracion y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades, donde no le resisten la mas esmerada educacion, ni el mas estremado decoro. Entonces podia aspirar á una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colegiata, ó en casa de un escribano, si tenia buen carácter de letra, y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce á un Poeta en la secretaría de Estado ó de Gobernacion, en la Biblioteca real, ó en una legacion al estrangero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento los perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos. Entonces se creia que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del ta-

lento, y que para ser sabio, filósofo ó Poeta inspirado, era preciso ser sucio, grosero, distraido y cínico; hoy por el contrario la juventud que se dedica á la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad, y no avergüenza á sus amigos, á sus protectores ó sus apasionados con manchas y desgarrones. Entonces los Poetas se mordian con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras ajenas en los términos mas injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar ó su enemistad; ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por lo demas, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entonces un Poeta que llegaba á cierta buena situacion esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer á otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente á los demas en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual si no es adelanto del talento es adelanto de la educacion y hombría de bien.

De aquí nació la justa ojeriza que nuestros padres tomaron á la poesía y á los Poetas, en quienes no veian sino miseria, envidia y relajada conducta; de aquí los disgustos que los hijos hemos dado á nuestros padres con este malhadado afan de poetizar, en favor del cual tenian tan pocos ejemplos que traer á la memoria. Verdad es que la mayor parte de estos malos ejemplos son debidos no á los verdaderos Poetas, sino á la turba de aficionados á la poesía, que no los imitan en las vigilias, los estudios y los trabajos, sino en las estragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente; porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí que los aficionados son la polilla del arte á que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdon de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin mas conocimientos que su aficion. Con estos antecedentes vamos á entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo XIX separándole de otros tipos ó caractéres que pueden en algun punto semejársele.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene á Madrid fugado de la casa paterna á sentar plaza de Poeta porque ha oido decir que Byron y Walter Scott lo hicieron asi, y alcanzaron grande reputacion. A este, despues de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necedades de muchacho, le caza un dia algun individuo de su desconsolada familia y le vuelve á llevar á su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento y especialmente al de la poesía; se hace abogado, ó médico, ó boticario, y conservando su afecto á las bellas letras concluye por ser un mal boticario, ó médico, ó abogado, y mas decididamente un detestable aficionado á la poesía. Este entra, pues, en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barbería que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristan

de su lugar, y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los autores perdonándoles la vida si se la ponen en escena. — A este le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos á quienes se dirige, y vuelve á su tienda á cantar sus coplas en la vihuela, á afeitar á sus parroquianos y á mudar el agua á las sanguijuelas; teniendo para sí que los empresarios y los Poetas están envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda, pues, su comedia cuidadosamente en su baul, y vuelve á su pueblo diciendo que es Poeta; créenle los palurdos bajo su palabra, y le convidan á las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas á los postres, á la salud de los novios y los padrinos. Este tampoco entra en el tipo del Poeta sino en el de cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico. Este anuncia con la mejor buena fé que escribirá de todo; artículos de artes, de crítica, poesías sobre todo : que escribirá los artículos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del francés al gascon, y aun las hará originales á pedir de boca. — Si consigue su objeto inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se da con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos, la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equívoco carácter y las lee sus versos en tono lastimero, recordándolas la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital.—« Hoy como con Rubí, *chez M. Prosper*, esclama inocentemente. ¡Oh! ¡ Rubí es un buen muchacho! tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de champagne. — Algunos dias nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor, — Doncel y Valladares, los redactores del *Laberinto*, varios articulistas de los *Españoles pintados por sí mismos*. — ¡Oh! gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay. — ¡Qué vida, amigas mias, qué vida! eso es gloria y lo demas patarata. « Y asi esplicándose toma su sombrero y parte á la plazuela de Santa Ana á pasarse por la fonda de Próspero; pero no á comer con tal compañía, sino á mirar por los alumbrados que dan á la calle si hay en las salas de comer alguno de los citados, á quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quien comió ayer. Este llega al fin á creerse él mismo grande amigo de todos los Poetas; cuenta sus vidas como las oye de bocas tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que le oiga concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos; que pasan sus dias y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafíos, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los Poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido los héroes, y de ellos hay que oye contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lances y escenas en que su nombre figura. — Estos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado

en los veinte y cinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta París, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, sino muy acomodado á las costumbres del país en que nació y vive, muy á propósito para hacerse *remarquable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que mas de moda le pareció, el de Poeta. Conoce á Alejandro Dumas, se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con Victor Hugo, ha enseñado á su esposa (de Victor Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni Victor Hugo han entendido jamás); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante M^me^ Dudevant (Jorje Sand); ha dado algunos útiles consejos á Federico Soulié, sobre sus *Memorias del Diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del Teatro francés para que se estableciera en el mismo París, con el objeto de que les ayudase á dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputacion firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confian su *album*, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades. Da exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto á las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nacion; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que solo debieran *ejecutarse* en los teatros, á quienes perjudican estas hermosas, mágicas é inspiradas actrices que siendo muy poco para elevarse á *artistas*, se consideran mucho para descender á *cómicas*. — (Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello, todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningun actor que se haya ganado para el arte.) De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando; y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente á parar en unas detestables coplas á los ojos de la fulanita, al cabello de la manganita, y á la deliciosa sonrisa de la citanita, que serán á mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos solo se les encomia. Este no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana, que ve la luz en el lugar que el Sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea ó en la corte; en la tierra ó en el mar, y en medio de una familia noble ó plebeya, opulenta ó miserable, como todos los demas hombres. Recibe la educacion que le dan, y vive sujeto á todas las vicisitudes de la fortuna, ni mas ni menos que el resto de sus hermanos, pero dotado de corazon fogoso, y brillante imaginacion, empieza á ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el comun de las gentes. Sus tutores le dedican á la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la direccion de los mejores profesores, pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son de su facultad. Poco á poco su lectura despierta en su imaginacion ideas nuevas cuyo gérmen habia siempre sospechado, y poco á poco se decide á estender sobre el papel

sus informes pensamientos, reduciendo á palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografía..... todo lo que aprendió en el colegio, ó á solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden espresarse propia y elegantemente; que la riqueza y armonía de su lengua patria le está brindando con una fácil versificacion, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aquí su aficion á la poesía, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar, y obras que emprender. Aquí tienen principio sus dudas y desconfianzas; algunos versos ó discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por estraños, pero siempre como pasatiempos de chico; y esto, que no satisface su corazon, le obliga á avanzar con ansia y fé por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste á cuantas sociedades artísticas conoce, escucha á cuantos cree con reputacion de literatos y Poetas, y ensaya á sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, ó la imitacion de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de este bien recibidas. Desde este momento solo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte; y si le busca con asidua tenacidad le encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda á un empresario de teatros, etc., etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su ingenio. La sociedad le escucha con gusto, ó tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunion *ad hoc*, y hé aquí su momento feliz. Su produccion agrada á estos *comités*, se determina su representacion (ó su impresion segun el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado á venerar, y el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este dia empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambicion del Poeta, porque una obra dramática reporta mas gloria y mas utilidad que otra alguna, y el jóven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesion y su ocupacion de toda la vida. Ansioso de reputacion y del aplauso en su país, canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra ó critica en satíricas comedias las virtudes y ventajas, ó los vicios y manías de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su país le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor á su centuria.

Por lo demas el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonía con sus afecciones, sus caprichos ó sus convicciones como las de todos los demas. Tal vez (lo que sucede á menudo) sus es-

critos están en oposicion con su carácter; y un hombre, metódico, severo y de buenas costumbres, se complace en pintarnos las escenas mas bulliciosas, mas cómicas ó mas desordenadas; al paso que otro alegre, feliz é inconsecuente, nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos, y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroismo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesion, se disgusta de las que continuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren : y jamás emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sordidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas ó distinciones con que las academias, las autoridades ó los gobiernos premian sus talentos, y parte su gloria como su bolsillo con los que valen tanto como él, sin mirar jamás si les da la parte mas considerable. Alegre ó melancólico, juicioso ó calavera, bueno ó malo en una palabra, el Poeta es siempre Poeta, por mas que sea su vida sedentaria ó activa, su educacion esmerada ó abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares ó reprensibles y borrascosa ó monótona la historia de sus pasados dias. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer á los hombres célebres se colocan á su altura; como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico, pudiera infundir valor en sus mezquinos espíritus, dar elocuencia á sus lenguas infamadoras, ó hacer producir á su estéril talento una brillante sinfonía, ó un solemne miserere. Pero este es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta, no por Poeta, sino por hombre distinguido.

Este artículo se alargaria demasiado si nos detuviésemos mas en él; haré, no obstante, una última observacion, y es que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razon; pues como sus trabajos son mas de inspiracion que de conviccion, frecuentemente les ocurre pasar largos dias en la inaccion y en la holganza, en cuyos dias no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su carácter voluble y sus exagerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos.

Y aquí concluye mi artículo del Poeta ¡ oh lector benévolo ! el cual, ya que no satisfaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus períodos desaliñados. En cuanto á los nombres de los que hoy viven en este trabajado suelo de España, tú los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atencion. Quiero, sin embargo de esto, que sepas que los autores de *Guzman el Bueno*, *Detrás de la Cruz el Diablo*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del Sino*, *No ganamos para sustos*, *el Diablo mundo* (poema), *Simon Bocanegra* y otros largos de enumerar, serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera

su vida, su reputacion y su fortuna; y por mas que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos á semejante título, sus nombres pasarán con sus obras á la posteridad, y no les faltarán tarde ó temprano ni una corona de laurel para su sepultura despues de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras puede latir el corazon de

J. ZORRILLA.

(*Los Españoles pintados por sí mismos.*)

Aquí concluye la coleccion de las obras completas del señor Zorrilla, en la cual hemos incluido tambien las escritas por él en colaboracion de otros autores.

Estamos ademas autorizados á añadir en esta edicion las tres composiciones siguientes, cuyas dos últimas sirven de introduccion á las obras tituladas *Cuento de cuentos* y *Granada, poema oriental*, que simultáneamente está publicando y cuyo único propietario es el autor.

APÉNDICE.



EPISTOLA

AL SEÑOR DON FERNANDO DE LA VERA ISLA-FERNANDEZ,

PARA QUE SIRVIESE DE INTRODUCCION A SUS ENSAYOS POÉTICOS (1).

I.

Al recorrer los versos que me envias,
Fernando, en el jardin de mi memoria
El árbol inmarchito del recuerdo
Entre dolor y júbilo retoña.
En vasto panorama á mis pupilas,
Aunque á par con dos lágrimas, se agolpan
Todos aquellos sueños de luz y oro
Que nuestra juventud engendró loca.
Me parece que, vuelto á aquellos dias,
Vuelvo, Fernando, á las alegres horas
De aquella vida sin pesar ni afanes,
Como audaz é insaciable, vigorosa.
Entonces, al umbral de la existencia,
Ajenos á sus duelos y zozobras,
Como florido Eden la contemplábamos,
Ricos de juventud, ansios de gloria.
Entonces, en quiméricos fantasmas,
Que el desengaño desvanece ahora,
Creyendo aún, cantábamos la dicha,
Flor que jamás sobre la tierra brota,
Flor que solo produce el paraíso :
El hombre de ella solamente goza
El lejano perfume, la esperanza
Que el erïal de su existencia aroma.
A la influencia del fecundo ambiente
Que embalsama su soplo, nuestras obras
Germinan, y despues tras de nosotros

(1) Esta obra se vende en la libreria de Hidalgo y compª, rue Pavée Saint-André, nº 3.

Quedan, cual de los árboles las hojas
Sobre el haz de la tierra; á estas el viento
En átomos vivíficos las torna:
Aquellas, por el tiempo arrebatadas,
Tal vez dan frutos en la edad remota.
Ya sabes mi opinion: no me preguntes
Si puedes á tus versos dar la forma
De libro, y á luz pública lanzarlos;
Del árbol de tu vida son las hojas
Y tras tí quedarán; átomos tuyos,
Ya del acíbar de tu pena gotas,
Centellas de tu fé, de tu mal lágrimas,
Fuerza será que el tiempo los recoja:
Mas pronto, si los lanzas en un libro,
Mas tarde, si al azar los abandonas;
Porque todo en el tiempo se confunde,
Mas nada en él se pierde ni se borra.
Lánzalos. ¿Para qué los has escrito?
¿Para aliviar no más las melancólicas
Horas de tu dolor? siempre habrá un triste
Que su dolor para aliviar los coja.
¿Para arrojar de tí los pensamientos
Que en la mente fecunda te rebosan?
Siempre ha de haber alguno á quien le falten,
Que no andan en el siglo tan de sobra.
Lánzalos: y aunque sea solamente
Porque las aguas de tu FUENTE corran,
Hazlos correr, que en sus corrientes linfas
Ha de aplacar su sed mas de una boca.
¡Con qué placer la mia he aplicado
Al raudal cristalino de sus ondas!
Otros habrá que como yo las beban,
Porque son, ¡á fé mia! muy sabrosas.
¿Temes tal vez la crítica? tus versos
Sin pretension sus iras no provocan;
Son de tu triste corazon suspiros,
Ella carece de él y se hará sorda.
Lanza tus versos á la luz, Fernando:
Hoy, que la triste enfermedad te agobia,
Los dolores del cuerpo miserable
Con el vigor del ánimo sofoca.
Lanza tus versos á la luz, Fernando:
En la region de América te nombran
Con placer todavía: sus periódicos
Aun hoy tus cantos juveniles copian.
Tu nombre un tiempo se escribió entre nombres

En nuestra pátria célebres ahora,
Y aun hay quien halle con placer el tuyo
Como un amigo de la infáncia. Torna,
Pues, á las letras que olvidaste un dia
Por la estéril política enojosa:
Vuelve á la poesía, de las penas
De esta vida mortal consoladora.
Aprovecha tus viajes y esperiencia:
Y pues tu nave á tan diversas costas
Impelió la fortuna, al són del arpa
Tus recuerdos poéticos evoca.
Haz como yo, que vivo sin pesares
En el risueño Eden de mis memorias,
Y mi mal y mis duelos poetizo
Y todo por do quier se me trasforma
En bienandanza y en placer, y el cuerpo
Flaco cuyo vigor el tiempo agota,
Yace á sus piés esclavo del espíritu,
Y el alma reina en él libre, despótica;
Y de todo me sirvo, y me aprovecho
De cuanto hallo, y mi sér con todo goza,
Y es para mí la tierra un régio alcázar,
El cielo un pabellon, y el sol su antorcha.
Asi á mi cuerpo, como el tuyo frágil,
Avasallo y la vida no me enoja,
Pues todo en ella á mi deleite sirve
Del alto alcázar á la humilde choza.
¿Quieres saber lo que en la Flandes hago?
Lo que ha tres años por do quier: mi obra
Avanzar de Granada. A emprender iba
La relacion sombría y desastrosa
De la postrer catástrofe, que el genio
Del Islam para siempre hundió en la sombra
Del vencimiento, y me era necesario
Buscar mi inspiracion bajo una atmósfera
Lúgubre, fria, inerte, bajo un cielo
Cuya plomiza y aplanada bóveda
Me arrancara un suspiro como el último
Que exhaló Boabdil por su corona.
En esta Flandes, española un dia,
Hallé lo que buscaba; silenciosa
Tranquilidad, prosaica existencia
Que escite las poéticas memorias
De la oriental España; y aquí marcha
Mi árabe caravela viento en popa:
Pueblo aquí mi fantástico universo

De miles de quimeras incorpóreas,
Que me acompañarán mientras que viva
Tornando en poesía la vil prosa
De esta vida de goces materiales,
De cálculo y de niebla que sofoca
La fé, la inspiracion, la poesía,
Los instintos del alma generosa,
Que la mansion mortal no considera,
Cual esta gente ruin, como una lonja.
Hago en fin lo que todos: fumo y bebo
En el flamenco cabaret: mas brota
De mí la poesía á pesar mio
Y voy al cabaret como iba Hoffmann.

II.

¿Visitaste la Flandes algun dia,
Fernando? ¿cobijaste la cabeza
Bajo la ahumada bóveda sombría
De un cabaret flamenco?... ¿en esa pieza
Cuya atmósfera espesan á porfía
El vapor del tabaco y la cerveza,
El olor de las cubas y el aliento
De la gente que llena el aposento?

Pues bien, es un lugar en donde el ruido
Que la apiñada multitud escita,
El calor del ambiente enardecido,
Que los quinqués opacos debilita,
Y la inquietud con que entre aquel tupido
Velo de humo el público se agita,
La fiebre en los cerebros introduce
Y el mareo del vértigo produce.

Mas en estas nocturnas reuniones
En donde sin tumulto ni entusiasmo
Se fraguaron tal vez conspiraciones,
Donde á través de este aire de marasmo
Esterior han surgido creaciones,
Que el mundo intelectual miró con pasmo,
Hay, Fernando, á fé mia una secreta
Profunda inspiracion para el poeta.

En aquellas flemáticas figuras
Que se envian en calma gravemente
El humo unas á otras, las pinturas
De Teniers reconoces: de esa gente

En el habla, ademanes y posturas
Un no sé qué de vago, indiferente,
Hay, que sus personages asemeja
A los de una fantástica conseja.

No aquí como en las fiestas tumultuosas
De la gente oriental de nuestra tierra
Se mezcla todo el mundo, estrepitosas
Disputas se arman y se toca á guerra;
Con su par cada cual trata sus cosas
Aquí: en sí mismo cada cual se encierra,
Y solo con su pipa y con su vaso
De los que en torno tiene no hace caso.

Quién, al amigo que le escucha atento,
Cuenta las amarguras de su alma
Con ademan apático y acento
Sordo, apretando en la callosa palma
El horno de la pipa; quién, contento,
Libre de penas, con la misma calma
Del *faró* sorbe el espumoso zumo
Enviando al techo bocanadas de humo.

Quién, que, bajo la frigida corteza
De su apatía nacional, ardiente
Encierra un corazon que la fiereza
De un imposible amor sufre valiente,
Le pretende anegar en la cerveza
Con aire al parecer indiferente,
Y roē su pasion que no disipa
El hirviente licor ni la honda pipa.

El empírico ateo, el atrevido
Conspirador que aguarda al emisario
Del estrangero club, el distraido
Filósofo aleman, el visionario
Romántico poeta, el aburrido
Comunista sin renta ni salario,
Como si un mismo sér les diera un alma
Beben y fuman con la misma calma.

Yo, que sin ser filósofo profundo
Ni observador fanático, poseo
El don de curiosear, y por el mundo
Como simple curioso me paseo,
Y mis castillos en el aire fundo
Con lo que atento escucho y mudo veo,

Asisto al cabaret, porque allí dentro
A mi curiosidad pábulo encuentro.

Del pueblo en donde estoy los caracteres
Aquí se me revelan verdaderos,
Del pueblo en que las penas y placeres
En realidad existen. Los obreros
Vienen aquí al salir de sus talleres,
Los ricos fabricantes, los renteros,
Los que compran, en fin, dinero en mano
El sudor y el talento de su hermano.

El mundo que con fé la verdad trata
Porque le vale ó cuesta su dinero
Salud ú honor; el que al placer con grata
Satisfaccion se entrega, y verdadero
Llanto vierte en el duelo que le mata :
El que, á ambicion política estrangero,
Por sus negocios é interés calcula,
Mas con el bien ajeno no especula.

Lejos de embaucadores agiotistas
Que colman las doradas sociedades
Y espléndidos cafés : de los bolsistas
Que vacian con vacías novedades
Las bolsas de los tontos, de estadistas,
Que ciegos del Estado á las verdades,
Con sus combinaciones y doctrinas
Los reinos cubren de miseria y ruinas.

Ese mundo es el mismo en todas partes :
Es la historia del frac y la corbata :
La *soirée* el lunes, el *raout* el martes,
Beneficencia pública, inmediata
Proteccion á las letras y á las artes,
Lujo, comodidad, vida barata
Para todos, progreso, ciencia, luces...
¡ Arranque de caballos andaluces !

Despues de estos principios retumbantes,
De bailes y esplendentes regocijos,
En que se han prodigado los brillantes,
Cortesanos saludos y prolijos
Codazos, queda todo como antes :
Ni tiene el pobre pan para sus hijos,
Ni, á pesar de la gran beneficencia,
Sale el pueblo infeliz de la indigencia.

No busca en ese mundo barnizado
Su inspiracion la noble poesía;
Allí está el hombre asaz desfigurado
De como le hizo el Criador un dia.
Siempre un abismo entre ellas han hallado
La verdad y la falsa teoría :
Siempre, dice el refran, hay largo trecho
De todo lo que hay dicho á lo que hay hecho.

Yo prefiero otro mundo mas cercano
De la madre comun Naturaleza;
Arrojar por el trage mas galano
No puede el hombre su mortal corteza :
Lucha la dama por doblar en vano
Con diamantes y blondas su belleza :
Su rico velo de flotantes rizos
Da realce mayor á sus hechizos.

Yo busco los tocados y los trages
Poéticos que pueblan las campiñas,
Lo mismo en las Américas salvages
Que de Champagne entre las cultas viñas;
Desde las blancas tocas sin encajes
De la pastora Suiza y las basquiñas
Plegadas de Aragon, hasta el pañuelo
Con que ciñe la negra el rizo pelo.

Otros, ansiando renovar el mundo,
En academias mil oigan lecciones :
Yo mi saber y mi delicia fundo
En oir las sencillas relaciones,
Con que los pueblos, sin saber profundo,
Saben contar su historia y tradiciones :
Mejor juzga la gente de estas tierras
Que la historia mejor de nuestras guerras.

Por eso paso las nocturnas horas
En el flamenco cabaret, del humo
Entre las ondas pardas ó incoloras
Visiones viendo que crear presumo,
O haciéndome narrar encantadoras
Populares leyendas mientras fumo,
O relatando yo las mil que encierra
El oriental rincon de nuestra tierra.

En aquel aposento separado
Que se ofrece al curioso forastero,

O á la pareja á quien amor vedado
Está por un zeloso cancerbero,
En aquel aposento decorado
Con lujo no, mas sí con limpio esmero,
Es, o Fernando, donde yo me instalo,
Y al estilo flamenco me regalo.

Aquí es donde al amor de un manso fuego
El grato aroma del café respiro:
Aquí en las ondas del olvido anego
Mis pesares, al par que el humo aspiro
En turca pipa del tabaco griego:
Y cual Hoffmann fantástico me inspiro,
Y evoco las poéticas visiones
Hijas de nuestras cálidas regiones.

Pero de mis delirios no hagas caso,
¡O Fernando! no hay ya llama que encienda
Nuestra apagada juventud: escaso
De fuerza ya, es inútil que pretenda
Henchir la pipa ni apurar el vaso;
Lo que te cuento es solo una leyenda,
Mas que te prueba que la vida mia
Hechiza por do quier la poesía.

Invócala tú pues, y tus dolores
Conjura con la cítara, y tus males
Ahuyenta con tus cánticos: de flores
Ciñe otra vez tu sien, los arenales
Deja de la política y mejores
Horas tendrás: y en goces ideales
Tu celestial espíritu embebido
De tu cuerpo el dolor dará al olvido.

Remitirte un buen prólogo quisiera
Para tu libro: mas mi pluma ahora
Alguna sura del Coran te diera
Tal vez, pues Boabdil la ha vuelto mora;
Mas en este papel mi fé sincera
Te muestra bien lo que tu fé no ignora:
Que te amó en la niñez, que aún te ama
Y AMIGO aún mi corazon te llama.

Bruselas, febrero 1852.

UNA HISTORIA DE LOCOS,

CARTA-CUENTO QUE SIRVE DE PROSPECTO Y DE PROLOGO

AL

CUENTO DE CUENTOS,

MIL LEYENDAS GRANADINAS.

AL SEÑOR

DON MIGUEL LAFUENTE ALCANTARA,

AUTOR

DE LA HISTORIA DEL REINO DE GRANADA.

¿Qué es de mí, me preguntas, caro amigo?
¿Porqué, dejando nuestro alegre suelo,
Bajo el cielo de Francia busco abrigo?
Nuevas de mí con cariñoso anhelo
Me pides... ¡ay de mí! yo de mí mismo
Tres años há que se las pido al cielo.
Tres años há que en brazos de la suerte
Llevar me dejo, y por el mundo vago
Como átomo perdido, y voy inerte
Sin pedirme razon de lo que hago.
Me acusas de indolencia, de egoismo,
De ingratitud, de olvido..., y en el nombre
De tu amistad reclamas el derecho
De descender de mi sombrío pecho
Hasta el callado y tenebroso abismo.
Tienes razon, Miguel: tu noble mano
Que disipa la niebla en que la Historia

Envuelve de los tiempos el arcano;
Tu mano varonil que, asiendo un dia
De la verdad la luminosa tea,
Se dignó conducirme
Por el morisco espléndido recinto
De la Alhambra encantada,
Y á través del florido laberinto
De los cármenes frescos de Granada,
Tiene derecho á descorrer ahora
Las tinieblas de un alma, en la que un dia
Luz derramó tu ciencia indagadora:
Luz como la del sol, fecundadora,
De mi fé gérmen, de mi númen guia.
Mas hácesme á la par tantas preguntas,
Tan precisas, tan íntimas, que creo
No poder contestar á todas juntas;
Por mas que lo procure mi deseo.
Quieres saber dó estoy, en qué me empleo;
Porqué abandono nuestra dulce España;
Si riqueza ó placer, duelo ú hastío
Me obligan á vagar por tierra estraña;
Si, ahogado para siempre el canto mio,
No alzaré ya mi voz al són del rio
Que los vergeles de la Alhambra baña.
Quieres saber si espléndida fortuna
De mis hogares para bien me aleja,
O si anuda mi féretro á mi cuna
Misteriosa desgracia ó importuno
Afan que mudo en mi pesar me deja.
Quieres, Miguel, que, si por caso alguno
Favorable ó fatal, la vida mia
Cambia y empieza para mí otra era,
Antes de sepultar uno por uno
Los dulces sueños en que ayer vivia,
Antes de que me lanze en la carrera
De mi segunda edad, te dé siquiera
Un hilo conductor que sea guia
Del laberinto de mi edad primera.
Quieres, en fin, el pliegue mas espeso,
El rincon mas recóndito y profundo
Ver de mi corazon y mi memoria,
Y de tu tierno afan en el esceso
Conocer de mi espíritu la historia,
Con intencion tal vez de darla al mundo.
Mas yo no tengo historia. Sepultado
En mi cámara siempre y circuido

De fantásticos seres, he vivido
De sus sombras no mas acompañado,
Con ajenas historias divertido,
Y á cuidados ajenos entregado.
He sentido pesares y amarguras :
Mas ¿quién hay, si nació, que no las sienta?
He corrido peligros y aventuras :
Mas en época tal ¿quién no las cuenta?
Tú crees que una razon desconocida
A la halagüeña sociedad esquivo
Me hizo y huraño que á enterrarme en vida
Me obligó acaso roëdor hastío,
Que me hizo aborrecer las diversiones
De un mundo para mí *sin ilusiones*,
Como hoy se dice, y por el cual, mancebo
Siendo y social y jugueton y activo,
Viví, torbo poeta del Erebo,
Ocupado en forjar obras horrendas
Que, en nueva forma y en estilo nuevo,
Dieron al mundo en páginas tremendas
Sangrientos dramas, bárbaras leyendas,
Narraciones de impíos sacrilegios,
Visiones y nefandos sortilegios,
Cosas que el vulgo vil halló estupendas.
Dícesme que sospechas algun caso
Siniestro en mi niñez acontecido,
Solo de mi familia conocido;
Alguna herida en el honor acaso,
Resentimiento de amor propio herido,
Un odio ó un amor sin esperanza
De conseguir jamás perdon ú olvido,
Recompensa ó venganza,
Que me tuvo del mundo retraido :
Mas en verdad te digo que te engañas,
Que sueñas lo que no es, amigo mio;
No hay en mi vida fábulas estrañas,
Ni mis costumbres con el mundo hurañas
Menos son hijas de precoz hastío.
Yo no soy de esos mozos mentecatos
De *ilusiones perdidas* y alma seca,
Que nacieron ayer, y ya insensatos
Decrépitos se creen; en mí no trueca
La romántica moda las edades;
Y aunque no vigorosa, sino enteca
Por mi constitucion y cualidades
Físicas, y á pesar del siglo necio

Que papa semejantes vaciedades,
Mi juventud es juventud : es recio
Mi corazon y jóven todavía,
Y no me cansa la existencia. Aprecio
La esencia que el Señor puso en la mia,
Y en mi fé le bendigo humildemente
Al sentir que en mi pecho y en mi mente
Un alma no se encierra inerte y fria,
Que el bien no goza y el placer no siente.
La soledad, Miguel, en que he vivido
Hija no más de la costumbre ha sido;
Y, libre del poder de otro misterio,
Mi carácter no más ha sucumbido
De la costumbre al poderoso imperio.
Dícesme que al leer de mi poema
Los cantos que te envié, te ha sorprendido
La fé tenaz, supersticiosa, estrema,
El entrañable é infantil cariño,
La adoracion con que hablo de Granada,
Que no es al cabo la ciudad amada
Donde nací y pasé mi edad de niño.
Tienes razon, Miguel : defecto es ese
De mi obra miserable, que revela
Algo de misterioso, aunque me pese
Tal confesion; pero en verdad te digo
Que no me pertenece ese secreto.
Es una historia ajena, á la que abrigo
Presta mi corazon y que conmigo
Va siempre como mágico amuleto,
Cuyo poder al cielo me hace amigo.
Yo te la contaré mas adelante,
De tu curiosidad pues es objeto,
Y á mi vida volvamos un instante.
No, no hay en ella nada que acreciente
Su valor para el vulgo, ni un ambiente
Dramático la envuelve bajo el velo
Del misterio que crees. Breve y sencilla,
Aunque cual breve triste, es solamente
La de un oscuro hidalgo de Castilla
Que, último de su raza, en otro suelo
Busca otro nuevo hogar, busca otra gente,
A orillas de otro mar, bajo otro cielo
Dó su pasado mal no halle presente.
No voy en pos de recompensa alguna,
Ni de fortuna en pos mas venturosa :
Yo no busqué jamás á la fortuna.

¿Amiga al fin me buscará? Lo ignoro.
Yo he visto á esa inconquistable diosa
Seguirme pertinaz desde la cuna;
Me ha ofrecido mil veces amor, oro,
Aplauso, gloria, vanidad, decoro,
Todo..., y la he dicho desdeñoso: «Pasa:
Nada te pido: tu favor no imploro.» —
¿Porqué? — Hé aquí la historia de mi casá:
La historia que tú crees maravillosa.
Oyela, y sal de tu ilusion.
— Un dia,
De mi paterno hogar ante la brasa
Mustia, que chispa á chispa se estinguia
De la desgracia al soplo, reunidos
Los solos cuatro seres bien unidos
De mi familia estábamos. Mi madre,
Alma llena de amor y de ternura,
Para quien todo el mundo se encerraba
En mi profundo amor y el de mi padre.
Débil muger, mas tipo de hermosura
Meridional, de raza verdadera
Española: ojos negros, tersa frente,
Boca fresca de enana dentadura,
Suave acento, sonrisa cariñosa,
Tez pálida, morena y trasparente,
Aguileña nariz, breve cintura,
Casta y noble espresion, marcha ligera,
Pequeñísimos piés, corta estatura,
Y coronada, en fin, de fabulosa
Negra, riza y sedosa cabellera,
Que envolvia sus hombros abundosa,
Y la media, en pié, la talla entera.
Frente de ella, mi padre, magistrado
Recto, conocedor de los secretos
Del turbulento y anterior reinado,
Que de espirar entonces acababa
Con la vida de un rey y que dejaba
Los españoles ánimos inquietos,
En sombrío silencio meditaba.
A su lado un severo sacerdote,
Hermano de mi madre, amontonaba
Los estraviados palos del manojo
Que ardia en el hogar: y en medio de ellos
Su silencio y tristeza con enojo
Viendo y con inquietud, yo, casi niño,
La moribunda llama contemplaba,

Teniendo asida con filial cariño
La mano que mi madre me alargaba.
Era una triste y dolorosa escena
Cuya accion en palabras todavía
Ningun actor interpretado habia;
Pero la angustia de que estaba llena,
De los cuatro en la faz se traslucia.
Era noviembre; el sol en el ocaso
Doraba con sus rayos postrimeros
El cielo de Castilla, frio y raso:
El viento del otoño, de sus galas
Despojando la olmeda, cual plumeros
De militares cascos, sacudia
Con furia de los árboles las copas;
Y de su soplo ronco entre las alas,
Que el hielo del invierno nos traia,
La tempestad política venia.
En la empedrada calle oyóse á poco
El trote de un caballo:
Sonoro el eco del herrado callo
De aquel bridon que estrepitoso llega
Resonó en el portal de nuestra casa,
Y su crujiente són, último y lento,
Retumbó por la cóncava bodega
Espirando en el último aposento.
Cual por impulso eléctrico impelidos,
Todos cuatro á la par abandonamos
Nuestro abrigado asiento,
Y á la escalera y al balcon, movidos
Por el interno afan, nos asomamos.
Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo
El valor mas sin tacha (¡ todavía
Me parece que le oigo y que le veo !),
Con voz serena y corazon tranquilo
Dijo: « No os azoreis; es mi correo. »
Era, en efecto, el nuestro que venia
De la ciudad cercana. Rompió el sobre
De las cartas mi padre: leyó en calma
Las nuevas de la corte que le envia
Un amigo leal, mientras el alma
De mi angustiada madre,
Que por leer tambien se le aproxima,
Con afanosa incertidumbre lucha;
Y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
Dijo: « Ya está la tempestad encima. »
Aquella noche y antes que la luna

En el cielo brillara, previnimos
Nuestros viejos caballos, y oportuna
La ocasion escogiendo en que la gente
Se reunia á comentar las nuevas
Recibidas, del pueblo nos salimos,
Y á comenzar las dolorosas pruebas
De una guerra civil nos dispusimos.
La nueva aurora nos halló muy lejos
De nuestro estinto hogar, y otras estrañas
Riberas y el favor de amigos viejos
Nos dieron un abrigo en sus cabañas
Entre los enebrales y los tejos
De sus desiertas y ásperas montañas.
Despues... de nuestro siglo las tormentas
Que hasta su oculta soledad llegaron,
Los padres y los hijos dividieron,
Y al mundo divididos nos lanzaron
Como átomos de polvo que arrebata
El huracan, cuyos gigantes brazos
El torbellino asolador desata;
Como restos de nave sumergida
Que entre las ondas de la mar se anegan,
Que en el naufragio errantes se desunen,
Y que, aunque todas á la playa llegan,
Nunca mas en la playa se reunen.
   Trascurrieron diez años;
En ellos... ¿quién ignora los prolijos
Duelos y los amargos desengaños
Que apuramos los padres y los hijos
En nuestra inquieta y desacorde España?
Tres veces en los cuatro postrimeros
Metió la impía muerte su guadaña
En mi paterno hogar, y en él su saña
Tras veces encendiendo sus flameros
Alumbró tres cadáveres. Mi madre
Fué la primera que cayó á los filcs
De su hierro fatal: luego su hermano,
Que oyó su confesion: despues mi padre,
Por los pesares y la edad anciano.
¡Gérmenes de mi sér, dormid tranquilos
Y velad por mi mísera fortuna
En esta pátria del dolor humano,
Hasta que á vuestro polvo me reuna
El Dios que nos sacó del polvo vano!
   Solo restan, Miguel, breves renglones.
A su fé y su pendon lëal mi padre

Se arruinó en la política contienda:
Yo por salvar su honor vendí mi hacienda...
¡Dios la dé un dueño que mejor la cuadre!
Oré al umbral de su mansion mortuoria,
De su triple atahud guardé la llave,
Y abandoné un país dó su memoria
Poseia no más.—Tal es mi historia.
¡A Dios el porvenir, que es quien le sabe!

Pasemos á otro asunto.—Vá de cuento.
Paseábame yo un dia
Por la ciudad que vió mi nacimiento,
Valladolid, hoy triste y silenciosa,
En otro tiempo alegre y bulliciosa,
Y de la corte de Castilla asiento.
Paseábame, digo,
Por su antiguo Espolon, solo y apático,
Deseoso de hallar algun amigo
Con quien trabar conversacion sabrosa,
Cuando vi que á propósito
Me deparaba Dios el mas simpático,
El mas lëal de los que allí tenia,
Que allí de paso como yo vivia,
De chistes amenísimos depósito
Y elegante doctor homeopático,
Amigo de la dulce poesía.
Tendíle al punto y con placer la mano,
Y él con jovial semblante,
Con el cariño franco de un hermano,
Enlazando su brazo con el mio
« Te buscaba, esclamó, y hace un instante
Que habiéndome indicado que hácia el rio
Te vieron descender, calle adelante,
Te seguia los pasos.
—En buen hora
Me encaminé, repuse, á esta alameda
Donde tu compañía me procura
Esa feliz casualidad. Me queda
Solo el temor ahora
De que sea algun mal lo que te obliga
Mis huellas á seguir con tal premura.
— No sé lo que te diga,
Dijo el doctor. El caso tanto tiene
De bien como de mal.
—¿Qué es, pues, el caso?

¿Un nuevo autor que me dedica un drama?
¿Unos versos de un chico que me quiere
Leer su padre? ¿el *album* de una dama?
¿Un convite tal vez? ¿Un desafío?
¿Una apuesta? ¿un ensayo?
— Nada de eso:
Es un enfermo mio
A quien, de mi amistad en un esceso,
Te ruego que visites.
— ¿Estás loco,
Doctor?
— Él es quien ha perdido el seso.
— ¿Es un demente?
— Sí: pero tranquilo
Ahora, está en su lúcido intervalo:
Seis dias há que le dejó el acceso.
— ¿Y dónde vive?
— ¡Toma! en los Orates.
— ¡Pues háblale del palo
Al que espera sentencia de garrote!
— ¿Pues qué hallas que te espante?
— ¡Friolera!
¿Pues no quieres, doctor, que me alborote
Si me pones el ánima en un hilo
Metiéndome en la casa en que me espera
De los poetas el postrer asilo?
— Poeta es en verdad del que te hablo.
— ¿Y quieres para hacerle compañía
Enjaularme con él? ¡por vida mia!
Creo, doctor, que te aconseja el diablo.
— No, sino Dios tal vez; en mi esperiencia,
Creo que ha de influir profundamente
De su mal en alivio tu presencia.
— ¡Pues tendria que ver!
— Oye en paciencia
Y hablemos si te place sériamente.
— No deseo otra cosa.
— Pues escucha.
El doliente en cuestion es un mancebo
A cuya triste y liberal familia
Mil atenciones desde niño debo.
Há un año que de Orates en la casa
Tuvieron que encerrarle, y aunque sufre
Terribles crísis, de descanso goza
Cuando el furioso acceso se le pasa.
Él mismo entonces de su mal se duele,

Se conoce, y suplica
Que en la crísis fatal no le abandonen;
Y en sus dias serenos
A escribir se dedica
Unos cuadernos de tachones llenos
Que guarda con afan, sobre los cuales
En silencio tenaz jamás se esplica,
Y los defiende siempre con empeño,
En calma ó crísis, en vigilia ó sueño.
Yo no sé quién le dijo el otro dia
Que en la ciudad te hallabas,
Y bien porque tu nombre conocia
O porque le escitó nueva manía,
Porque le dejen visitarte clama,
Y dice á todos que si de él supieras
Tú mismo al punto á visitarle fueras,
Y sin cesar te llama.
Dice que has sido tú de su demencia
La causa involuntaria; que tú solo
Le puedes aliviar con tu presencia,
Y que cristianamente
Todo el mal que le has hecho te perdona,
Porque tú solo puedes á su frente
Ceñir si quieres inmortal corona.
Yo te suplico, pues, que me acompañes
A verle, y compasivo y generoso
La manía le sigas y le engañes,
Para darle á lo menos,
Ya que no la salud, algun reposo
En los dias que Dios le da serenos. »
Dijo y calló el doctor. ¿Podia acaso
Negarme á hacer un bien que iba sin duda
A costarme tan poco?
Vamos, dije al doctor: y á largo paso
Dirigimos los nuestros hácia Orates,
El deseo á cumplir del pobre loco.

Era un mancebo pálido que apenas
En los seis lustros de su edad rayaba,
Y en cuyos ojos negros chispeaba
El fuego de la fiebre en que su mente
Ardia y su existencia devoraba
Con sus vigilias de delirios llenas.
Ya una arruga precoz se señalaba,

Sombría dividiéndola, en su frente:
Y á través de la mate y trasparente
Piel de sus sienes, de sus ámplias venas
El enramado azul se dibujaba.
La vaguedad de su mirada errante,
Por la enérgica fuerza contenida
De su empeñada voluntad constante,
La árida sequedad, la contraida
Sonrisa de sus labios, á su boca
Y á su espresion prestaban cadavérica
Y estraña rigidez, falta de vida,
Que vendia traidora á cada instante,
Con repentina contraccion ó amago
De involuntaria carcajada histérica,
La violenta y aparente calma
Con que ansiaba en su lúcido intervalo
Encubrir el desórden de su alma.
Tendióme el infeliz su ardiente mano:
Me contempló un momento con ternura
Murmurando «sí, él es; bien le recuerdo:»
Y me cedió su asiento cortesano,
Diciéndome con íntima dulzura:
«Ya le habrán dicho á usted que yo estoy loco:
Es la verdad; mas lo que usted ignora
Es que es usted la causa
Del mal horrible que mi sér devora.»
Yo callé, y él siguió tras breve pausa.
«Yo, como usted, aunque con otra suerte,
Nací en Valladolid; somos paisanos:
Tal vez, ¡sábelo Dios! somos hermanos;
Tal vez mas... porque el mundo es un abismo
De misterios, que el hombre no penetra
Y cuya realidad jamás advierte.
Tal vez somos los dos un hombre mismo:
Mas cuya esencia entre ambos dividida,
De ella le han dado á usted la parte buena,
La mas noble y brillante, la mas fuerte,
La de deleites y venturas llena;
Es decir, la salud, la inteligencia,
La fé, la accion, el canto,
La fortuna, la gloria, en fin, la vida;
Y á mí solo me dieron entretanto
La duda ruin, la ceguedad inerte,
La enfermedad, la inercia, la impotencia,
Las tinieblas, el mal, en fin, la muerte.
Yo moriré por ambos enjaulado;

Usted por ambos vivirá colmado
De libertad, de gloria y de alegría,
Uno siendo los dos, y de este modo
Cuando á su seno Dios nos llame un dia
Será comun entre nosotros todo;
Partiremos entrambos como buenos
De usted la suerte, y la desgracia mia.»
Yo al comprender tan loca teoría
De sonreir al fin no pude menos.
«Veo que duda usted de lo que digo:
Continuó; pero dígnese escucharme
Unos breves instantes, y á que vea
Clara, palpable mi razon me obligo.
— Hable usted, repliqué; no dudo nada
De lo que afirma usted: por el contrario,
En esa vida doble con que atada
Nuestra esencia tenemos, hasta ahora
Llevo lo bueno, lo feliz, lo bello,
Y en el placer inmenso que atesora
Bendice á Dios mi corazon por ello.
Prosiga usted; porque en verdad le digo
Que le oigo con placer.
— Pues bien, prosigo.
No sé por qué fatal coincidencia
Por el mismo camino, paso á paso,
Ha corrido á la par nuestra existencia;
Un punto no hay del universo acaso
Que haya usted visitado
Adonde yo despues no haya llegado.
Su familia de usted tuvo en Castilla
Casa: tambien la mia; magistrado
Fué su padre de usted: tambien el mio;
Habitó usted en Burgos y en Sevilla
Cuando pequeño: yo tambien. Del rio
Guadalquivir, del Arlanzon, del Duero,
Del Pisuerga y Genil la varia orilla
Que vió usted, hombre ó niño, con sus ledas
Odoríferas auras, sus olmedas
Añosas, sus espesos enebrales,
Ruinas, castillos, puentes, catedrales,
En mí despues como en usted primero,
Inspiró á par iguales
Instintos y aficiones, sentimientos
Dulces y melancólicos, el mismo
Sombrío y vagaroso idealismo;
Y las mismas costumbres y lugares

Que en nuestra infancia vimos,
Las mismas tradiciones populares
Y las mismas canciones y los cuentos
Mismos con que en la cuna nos dormimos;
Engendraron en ambos con los años
La misma gradacion de pensamientos,
Aunque distintos en edad y estraños
El uno para el otro siempre fuimos.
Estudios á ambos en Madrid nos dieron
Los padres Jesuitas:
A usted en su estinguido seminario
Y en San Isidro á mí: y hé aquí que empieza
La larga serie de mis negras cuitas:
Hé aquí dó nace el mal que involuntario
Me ha originado usted, el fatalismo
Que al fin me ha trastornado la cabeza.
Enviáronme mis padres á Toledo
A la universidad; dos años antes
Habia estado usted: de usted me hablaron
Por la primera vez los estudiantes.
Yo como usted, vagué por las alturas
De las peñas del Tajo:
Como usted admiré las esculturas
Y el difuso trabajo
De nichos, agallones, sepulturas,
Grecas, orlas, molduras y calados:
Las techumbres de cedro, los canceles
De plata, las custodias de mil piezas,
Los inmortales lienzos y tallados
Bustos é inapreciables joyerías
De los altares santos; los pintados
Rosetones, las moras celosías
Entoldadas de ricas sederías,
Las graves é imponentes procesiones
Que ve Zocodover por sus balcones
Colgados de sin par tapicerías.
Visité los palacios de Galiana,
El baño de la Caba, los rajados
Restos del artificio de Juanelo,
De la puerta del Sol la obra africana,
Las ruinas, las ermitas, las murallas,
Todas las venerables antiguallas
Que la imperial ciudad guarda en su seno;
Cuanto puede ser hoy raro y curioso
En restos, monumentos,
Cantares, tradicion, historia y cuentos

Vi, estudié, recojí y adoré ansioso,
Con la intencion de procurarme un dia,
Con ello y con la noble poesía
Un lugar en el templo de la gloria,
Y universal y larga nombradía
De este mundo mortal en la memoria.
Trabajé con ardor; de claro en claro
Los dias y las noches me pasaba,
De los minutos en mi afan avaro.
Ya una cancion mediana corregia,
Ya la mitad de un cuento cercenaba,
Ya cuatro versos duros suprimia,
Ya entre dos ó tres mil, ciento elegia,
Con los cuales un tomo completaba:
Y ya á darle á imprimir me disponia
Cuando ¡ay de mí! cayéronme á las manos
Los tres primeros tomos que acababa
Usted de publicar, y al hojearles
Todos mis argumentos toledanos,
Toda mi idolatrada poesía
En ellos encontré, y al contemplarles
Calculé que los mios, mis amores,
Fruto de mis vigilias y sudores,
No iban á parecer de todos modos
Mas que plagio, á los suyos posteriores.
Despechado lloré: quemelos todos,
Y dejando las odas y canciones
Pensé en mayores obras, y en tres años
Tres tomos escribí de tradiciones;
Mas ¿quién previene lances tan estraños?
Ya en la corte me hallaba
Y con un impresor acorde estaba
Para darles á luz, cuando las tiendas
De la calle Mayor mirando un dia,
Ocupado en la compra de unas prendas,
Vi poner el cartel en que anunciaba
Usted otros tres tomos de leyendas.
Busco del editor la librería,
Adquiero al punto un ejemplar, le hojeo,
Y en la obra de usted absorto veo
Los argumentos mismos de la mia.
Un mes estuve en cama
Enfermo de pesar, llorando muerta
Mi por usted asesinada fama;
Empero no cedí. Busqué otra puerta
De su templo inmortal, y en meses cuatro

De trabajo febril, concluí un drama
Y conmigo y con él dí en el teatro.
« ¿El señor director? dije al portero.
— Allí le tiene usted en el ensayo.
— ¿Puedo entrar? — Sí por cierto, caballero. »
Y en mitad de la escena como un rayo
Ciego de gozo me planté de un brinco.
Abordé al director, le dí mi obra,
La tomó, la hojeó como hombre ducho,
Sus páginas saltando á tres y á cinco,
Y me la devolvió sin miramiento
Diciéndome despues : « Lo siento mucho;
Pero esta es ya una obra inadmisible.
— ¿Porqué? esclamé asombrado.
— Porque con el mismísimo argumento
De vuestro rey Don Pedro de Castilla,
En la Cruz anteanoche se ha estrenado
Un drama nuevo del señor Zorrilla. »
Y la espalda volviéndome en el acto
Me dejó el director estupefacto.
Otro mes me costó de calentura
Semejante aventura;
Mas yo ciego, tenaz, firme en mi tema
Determiné luchar con toda el alma,
Y con la fé de un mártir me propuse
El argumento inmenso de un poema.
Tenia yo esta idea desde niño
Y esperaba á crecer en fuerza y nombre
Para emprender cuando me viera hombre
Esta obra, cuyo plan desde mi infancia
Idolatré con infantil cariño.
Era mi idea capital, nacida
De una supersticion y en la que puse
Todo mi porvenir, toda mi vida.
Velé, reflexioné, leí con calma
Estudiando mi asunto :
Coordiné su accion, su plan dispuse,
Escudriñé de su época la historia,
Y para dar verdad á su relato
Los sitios de su accion decidí al punto
Partir á visitar. ¡Pobre insensato!
Llego á Granada : veo, estudio, apunto,
Dibujo, limo el plan, escribo un canto :
Me parece la octava maravilla :
Se le leo á un amigo, y con espanto
Le oigo decir : « Pero, hombre, eso es lo mismo

Que lo que empieza á publicar Zorrilla. »
Congelóme la sangre un parasismo
Al escucharle, y con terror profundo
Comprendí que un siniestro fatalismo
Me encadenaba á usted en este mundo.
  Empezó á darme vueltas esta idea
En el cerebro sin cesar: el sueño
Me empezó á abandonar, y los antojos
Del delirio, en periódica marea,
En círculo ya grande ya pequeño,
A girar empezaron,
A crecer y á menguar ante mis ojos
Hasta que mi razon debilitaron.
  Cuando en mi alcoba por la noche á oscuras
Al reposo invocaba, que me huia,
De vagas y fantásticas figuras
Se poblaba su atmósfera vacía.
Ya á lo lejos disperso en las alturas,
Ya junto encima de mi pecho, hervia
Todo un mundo de sombras y visiones.
¡Ay! ¡el de mis poéticas ficciones!
  Del vacío en los pliegues incoloros
Veia de mis cuentos de Granada
Los héroes en accion. Cristianos, moros:
Ya la ciudad en fiestas, ya incendiada:
Ya corridas magníficas de toros:
Allí el auto de fé, la cabalgada
Allá: la procesion, la boda, el duelo,
Las mezquitas, la Alhambra, el mar, el cielo.
  El monge grave, la modesta dama,
La desnuda odalisca, el niño tierno:
Bien, mal, vicio, virtud, en amalgama
Torpe, en bullente movimiento eterno,
Veia en gigantesco panorama;
Y á través del tumulto de este infierno
Fijos en mí como carbones rojos
Brillar de usted los pertinaces ojos.
  De usted que, del en el confin sombrío,
Mi creador cerebro escudriñando,
Las creaciones y el trabajo mio
Iba á sus propias obras aplicando;
Y este contínuo vértigo, este impío
Maleficio mi seso trastornando,
Fué mi razon matando poco á poco;
Y al fin, ya lo ve usted, me he vuelto loco. »
  Calló aquel infeliz; y entre sus manos

Escondiendo su rostro, la cabeza
Sobre el pecho inclinó, con sus insanos
Pensamientos luchando una gran pieza.
Yo, ante el estraordinario fatalismo
A que él atribuia su locura,
Airado me sentí contra mí mismo;
Presa mi corazon de honda tristeza,
En dos espesas lágrimas de fuego
La esencia derramó de su amargura:
Dos gotas que en vapor tornadas luego,
Por aquella demente criatura
A Dios llevaron mi ferviente ruego.
Alzó por fin la frente, y mas sereno
El desdichado mozo, de hito en hito
Me miró y esclamó: « Pues está escrito
Que de usted sea de los dos lo bueno,
Voy á entregar á usted un manuscrito
Con mis sucesos y mis obras lleno.
Yo le autorizo á usted á que le imprima,
Le publique y le venda,
Si de salir á luz digno le estima:
Es de mi vida la fatal leyenda.
Y pues yo para usted pienso y escribo
Y nada puedo producir que suyo
No sea, tome usted: yo restituyo
Mis obras á su dueño positivo.
Vaya usted hilvanando esos retazos,
Y cuando haga con ellos una historia,
Piense en el infeliz que sus pedazos
Arrancó para usted de su memoria. »
Dijo, y al cuello echándome los brazos
Se despidió con gravedad notoria,
Dándome de papeles un legajo,
Producto de tres años de trabajo.

Tal es, Miguel, la relacion del loco:
Si acaeció en verdad ó en su manía
La forjó su locura, importa poco;
Mas está tan ligada con la mia,
Que en mi memoria con terror la evoco,
Y comienza á dudar mi fantasía
Si estará á dar razon de su demencia
Obligada en justicia mi conciencia.

A fuerza de dar vueltas á sus solas

A esta duda fatal mi pensamiento,
De un mar de confusion entre las olas
Fluctúa sin cesar mi entendimiento;
Mónstruo de mil cabezas y mil colas,
Este vigilador remordimiento
Entre sus garras mil tenaz me aferra,
Mi alma atribula, mi conciencia aterra.

Hasta he llegado á creer que su relato
Es el relato de mi propia vida,
Y que soy la mitad de ese insensato,
Sola una habiendo entre los dos partida;
Y en fin, por si soy él, de hacerle trato
Cuanto bien pueda hacer mi alma afligida,
Y á costa de cualquiera sacrificio
Ver si consigo devolverle el juicio.

Para esto me aconseja y me suplica
El doctor homeópata mi amigo
(Que á estudiar estos males se dedica)
Que identifique á ese infeliz conmigo;
Que acepte nuestro sér como él le esplica,
Cual dos que á sola un alma dan abrigo,
Siendo asi nuestras obras y manías
Las mias suyas y las suyas mias.

Yo no sé, buen Miguel, si tú me entiendes,
Ni seguro estoy yo de si me esplico;
Ni sé tampoco si entender pretendes
Cómo con otro yo me identifico:
Mas que hechizos no son verás, si atiendes,
Ni sueños con que yo te mistifico:
Sin acudir á sortilegio alguno
Desde hoy el loco y yo formamos uno.

Mas claro, en fin, porque mejor lo entiendas,
Yo escribia un Poema de Granada
Mientras él escribia sus Leyendas.
Vamos, pues, á hacer juntos la jornada
Y juntos á llevar nuestras ofrendas
A la ciudad por ambos adorada;
Y á la par, cada loco con su tema,
Él su historia la dá, yo mi poema.

Él en sus mil Leyendas, como en cosas
Discurridas al cabo por un loco,
En narraciones mil maravillosas
Cuenta su vieja historia poco á poco:

Él la mece en su cuna de oro y rosas,
Yo abriendo su atahud la muerte evoco;
Contrario, en fin, mi cántico del suyo,
Él funda su poder, yo le destruyo.

Me pedias, Miguel, mi pobre historia
Y mil voy á contarte en vez de una.
Me preguntas si ya de mi memoria
Granada se borró con la fortuna:
Que me consagro ves todo á su gloria,
Pues me remonto hasta buscar su cuna:
De hoy para siempre con mi suerte unida,
Suya será mi voz, suya mi vida.

Encantada ciudad, cuyas historias
Piden del Rey-Profeta el arpa de oro:
Sultana del Genil, cuyas memorias
Evoco á solas y en silencio adoro:
Alcázar oriental, de cuyas glorias
Envidioso está el mundo, bien el moro
Dijo al decir que la mansion divina
Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centellea:
No hay quien detrás de tu flotante velo
La omnipotencia de su sér no vea:
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
La realidad de su poder no lea:
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarte un altar dentro del alma.

Gemela del Eden, fértil Granada,
Huerto de aloës donde amor suspira,
Donde va con esencias perfumada
El aura sana que en su espacio gira,
Tu misteriosa soledad, poblada
De árabes genios, languidez inspira,
Y no encierran los senos de tu sombra
El miedo ruin que al corazon asombra.

El canto de los pájaros canoros
Que anidan en tus bosques embebece,
El ruido de tus árboles sonoros
Y de tus frescas aguas, adormece:

De tu brisa en los pliegues incoloros
Estasiado el espíritu se mece :
Todo reposa en tí bajo el imperio
De un oriental incógnito misterio.

¡ Tierra de bendicion ! ¿ quién no te adora ?
¡ Tierra de amor donde el placer se anida,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida !
¿ Quién de tí, si te ve, no se enamora ?
¿ Quién, si de tí se enamoró, te olvida ?
¡ Bien hizo el que á tus piés por no perderte
Peleando tenaz buscó la muerte !

Ya sabes qué es de mí, qué es lo que he hecho
Y lo que voy á hacer, ¡ oh Miguel mio !
Ya tu curiosidad he satisfecho
Franquëando á tus ojos el sombrío
Pavoroso recinto de mi pecho.
No olvides que estas hojas que te envío
Son, para tí, de mi cariño prenda :
Para Granada, de mi amor ofrenda.

FANTASIA,

INTRODUCCION DE GRANADA, POEMA ORIENTAL.

AL SEÑOR

DON BARTOLOMÉ MURIEL

EN PRENDA DE AMISTAD.

Bruselas, 21 de febrero de 1852.

I.

¿Imaginas que son, Muriel amigo,
Barreras para mí tiempo y distancia?
¿Piensas que porque Flandes me dá abrigo
Mientras tú habitas en la inquieta Francia
Mi voz no puede platicar contigo,
Mi pié no puede visitar tu estancia?
¡Error! por tí los imposibles puedo
Y aunque de Francia parto en Francia quedo.

¿No sabes que el poder de los poetas
Es inmenso, Muriel: que cuanto tocan
Hechizan con su magia: que, sujetas
A su poder, las almas se convocan
A oirles: que con prácticas secretas
Hablan con el ausente, al muerto evocan,
Redifican de un soplo las ciudades
Y hacen retroceder á las edades?

¿Sus órdenes no sabes que obedecen
Ejércitos de genios que á millares

Amigos por dó quier les favorecen,
Haciéndoles los montes y los mares
Trasponer: que dó quiera se aparecen
Sin respetar ni tiempos ni lugares:
Para quienes no hay diques, ni barreras,
Policías, aduanas, ni fronteras?

¡Mísero amigo mio! ese medroso
Són que á los piés de tu callado lecho
Percibes con pavor, que tu reposo
Turba agitando tu apenado pecho,
No es del chisporroteo bullicioso
Que alza tu lamparilla, en el estrecho
Círculo ahogada del cubierto vaso:
Es el rumor de mi imprevisto paso.

Soy yo que, los espacios trasponiendo,
De mi secreta magia con el arte
En alcázar fantástico pretendo
Tu cairelado lecho trasformarte.
Soy yo, Muriel, que, ante tu faz abriendo
Su dorado cancel, voy á guiarte
A través de una espléndida morada
Por misteriosos seres habitada.

Sí, yo soy quien asalto tu aposento.
Despierta, pues; la inspiracion ahora
En mis entrañas inflamarse siento
Con fuego creador que las devora.
Incapaz de guardar mi pensamiento
El tropel de delirios que atesora,
Va á romper impetuoso sus barreras
Y á lanzar en la sombra sus quimeras.

Yo, poeta que al mundo fuí evocado
Del fondo de una abierta sepultura,
Camino de fantasmas rodeado,
Sueños de mi creencia y mi locura,
Manes que sus sepulcros han dejado
Para seguirme por la tierra oscura,
Conmigo van y con mi aliento aspiran,
Dó quier me cercan y dó quier me inspiran.

Sobre sus alas con errante vuelo
Los antros mas recónditos visito,
De la pasada edad levanto el velo,
En sus viejos alcázares habito,

El sueño de sus héroes desvelo,
Sus caballeros á la lid concito,
Y al eco audaz de mi inspirado acento
Acuden cabalgando sobre el viento.

A veces á la luz de las estrellas,
Por una soledad no conocida
Ni habitada jamás, sigo sus huellas
Escuchando el relato de su vida
En una lengua cuyas frases bellas
Una armonía exhalan nunca oida,
Y sin auxilio de palabra ó letra
En mi encantado corazon penetra.

En aquellas fantásticas regiones
El tesoro riquísimo se encierra
De aquellas misteriosas tradiciones
Que la historia veraz de sí destierra,
Mas que de sus recónditos rincones
Tenaz la poesía desentierra,
Y que, al amparo de la fé y del arte,
Forman en su region un mundo aparte.

Allí están las tristísimas bellezas
Que lloraron incógnitos amores:
Los héroes sin prez cuyas proezas
No ensalzaron jamás los trovadores:
Armado el paladin de todas piezas,
Coronadas las vírgenes de flores,
Tendidos los de oriente sobre chales
Ornados con moriscos almaizales.

Allí están las purísimas mugeres
Que, encerradas en santos monasterios,
Conversaron del cielo con los seres
De la virtud sondando los misterios:
Que oyeron en sus místicos placeres
De los santos querubes los salterios
Y cuyo corazon, libre de amores,
Se espigó y se secó como las flores.

En medio de estos seres ideales,
Que no están amasados con la escoria
De que fuimos formados los mortales,
La vanidad de la mundana gloria
Desprecio y hallo bálsamo á los males
De nuestra frágil vida transitoria,

Tejido espeso de miserias largas,
De dias de pesar y horas amargas.

Allí es donde, á la luz de las creencias
De nuestra infancia, quemo á las memorias.
De nuestra hermosa pátria las esencias
De la fragante poesía. Historias
Cuyo relato embarga las potencias
Son las de estas visiones ilusorias,
Compañeras alegres de mis cuitas,
De edad mejor imágenes benditas.

Espíritus que entorno de mi lecho
Velan y por mi bien se multiplican,
La pesadilla ahuyentan de mi pecho,
Mis penosos ensueños dulcifican,
Del corazon en la impureza hecho
Los malignos intentos purifican,
Y trasforman el campo de mi mente
En un florido Eden resplandeciente.

Ellos en mis vigilias solitarias
Me distraen con dulcísimas memorias,
Me hechizan con sus himnos y plegarias
Y á que escriba me incitan sus historias:
Por sus regiones vago imaginarias,
Abrazo sus visiones ilusorias,
Y en otra creacion, con otros seres
Paso mi vida, parto mis placeres.

Por eso elijo las nocturnas horas
Para hacer el relato de mis cuentos,
Labrando en las tinieblas incoloras
Las torres de mis locos pensamientos.
Por eso de sus sombras protectoras,
Asaltando á favor tus aposentos,
Vengo á hacerte, Muriel, la pobre ofrenda
De esta loca y fantástica leyenda.

Tú que, amigo sincero, mis pesares
Cariñoso y leal has consolado:
Tú que del infortunio en los azares
Apoyo generoso me has prestado:
Tú que con honda fé de mis cantares
El poder misterioso has invocado
Del duelo y el afan como anatema,
Escucharás benigno mi poema.

Tú que sabes del mundo retirarte,
Sin que pueda el turbion de sus insanos
Delirios en su vértigo arrastrarte:
Que de una noble sociedad de hermanos
Has sabido en tu cámara cercarte
Para escuchar mis cuentos africanos,
Quiero que des tu nombre á la portada
De mi oriental leyenda de Granada.

¡Y ojalá dure la memoria mia
Cuanto duren los siglos venideros,
Y corra este papel, famoso un dia,
De la tierra los ámbitos enteros:
Para que desde norte á mediodía
Vayan nuestros dos nombres compañeros,
Y el tuyo brille en la futura historia
Al resplandor de mi futura gloria!

Oyeme pues, Muriel, antes que vuelen
Las horas de los sueños y visiones:
Antes de que los genios se desvelen
Contrarios de mis vagas creaciones,
Y las parleras auras les revelen
El oculto poder de mis canciones:
Antes, en fin, que el sol con rayos puros
Disipe mis poéticos conjuros.

Oyeme lejos del tumulto loco
De la revuelta sociedad, y fía
Que no nos faltará si yo la evoco
Para escuchar mis versos compañía.
Yo, que á mi voz animo cuanto toco,
Voy á poblar la atmósfera vacía
De multitud de espíritus atentos
Que contigo á la par oigan mis cuentos.

Al soplo de mi aliento poderoso,
Vá á circundarnos y á prestarme oido
Ese mundo de sombras vagaroso
Por tus preciosos lienzos repartido.
Ese mundo fantástico en reposo
Mantenido hasta hoy, va desprendido
Del muro á hacer de mi velada parte:
Porque, ¿qué hay imposible para el arte?

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas
Que tu curiosa cámara guarnecen;

Sus soñadas ó históricas figuras
Amigos de mi infancia me parecen,
De otra vida anterior memorias puras,
Recuerdos que mi sér rejuvenecen,
Genios tal vez de mi existencia guias,
Que la conducen á mejores dias.

La causa ignoro, mi razon no alcanza
Porqué ha unido, Muriel, mi loca idea
A un porvenir de luz y de bonanza
Cuanto el lugar de tu mansion rodea :
Mas cuanto en mis delirios de esperanza
Mi corazon, supersticioso, crea,
Lo veo de tus cuartos y pinturas
Ornado con los muebles y figuras.

Ellos han escuchado los primeros
De mi laŭd morisco la armonía,
Y, á crëer en fanáticos agüeros,
Padrinos son de la fortuna mia.
En brazos de esas damas y guerreros
Salen mis versos á la luz del dia
Y yo de su presencia no renuncio,
Crédulo en mi favor, al fausto anuncio.

Yo, en el campo del arte peregrino,
Do quier del arte adorador profundo,
Que presentado á ser voy imagino
En brazos de las artes en el mundo :
Y pues me trajo entre ellas mi destino
A desplegar las hojas en que fundo
Mi esperanza á la gloria que ambiciono,
A ilusion tan dichosa me abandóno.

Murillo, Rafaël, Salvator Rosa,
Plombo, Teniers, Tiziano, Stein, Morales,
Cuyas firmas de mano vigorosa
Leo sobre esos lienzos inmortales,
Aunque, viles, no logren otra cosa,
Para mis pobres cantos orientales
Yo de vuestra presencia los auspicios
Acepto con afan como propicios.

Y tú, dulce y amante Garcilaso,
Cortesano cantor de los pastores,
Que cuenco pastoril el aureo vaso
Hiciste dó libaste tus amores :

Tú que entre miel y ámbar á tu paso
Sembraste versos que brotaron flores,
Ve si á los mios tu dulzura inspiras
Desde ese marco en que tenaz me miras.

Y vosotros, bizarros personages,
Seres faltos de sér, á quien del caos
Para adornar sus fondos y paisages
Sacó el genio vivífico, animaos.
A mis cristianos himnos y salvages
Sonatas africanas despertaos:
La poesía en las pasadas eras
Movió los montes y domó las fieras.

Vivificaos, pues, y en torno mio
Agrupaos, ¡oh imágenes hermosas
Del amor, el pesar, la fé y el brio!
Venid ceñidas de fragantes rosas,
O devorado el corazon de hastío,
Visiones del desierto pavorosas,
Diana impura, llorosa Magdalena,
Vigorosa Judit, robada Elena.

Alba severo, incógnitos señores
De plegados buelillos y valonas,
Apáticos flamencos fumadores,
Zagales cuyas cabras juguetonas
Pasto buscan de céspedes mejores,
Del marco desprended vuestras personas,
Formad una callada fantasía
Que auditorio idëal preste á la mia.

Revivid á mi acento, yo os conjuro,
Creaciones que estais en el dominio
De la imaginacion: congreso impuro
De dioses ya sin cielo, del triclinio
Baja á mi voz, y aunque te sea duro
Renunciar del parnaso al patrocinio,
Ven á adorar en mis severos cantos
La gloria de otros númenes mas santos.

Venid, lúbrica Vénus, rúbia Céres,
Diosas en otros tiempos inmortales,
Otros genios á ver y otras mugeres
Hollando vuestro altar y pedestales.
Nuevas divinidades, nuevos seres
De prez y de virtud mas celestiales,

Dan hoy á una mejor mitología
Con mas íntima fé mas poesía.

¡Gracias, bellas quimeras! ya os percibo
Dejar de mis conjuros al acento
La vil materia en que creó cautivo
Vuestro ficticio sér un pensamiento.
Apréstate, Muriel : al soplo vivo
De mi fecundo é inspirado aliento,
Voy á abrir á tu atónita mirada
El recinto de la árabe GRANADA.

II.

Mas la planta ¡oh Muriel! ten un momento
Antes que huelles su frondosa Vega,
Porque traidor me asalta un pensamiento.
Mal retenida entre tus labios juega
La sonrisa del que oye y, caballero,
Aunque tenaz no cree, cortés no niega.
Que estrañas ¡ay de mí! por ella infiero,
Que con sincera conviccion cristiana,
Hoy en són tan veraz como severo
Mi voz resuene, cuando ayer mundana
Y de la tierra escándalo profano
El vicio y el placer cantó liviana.
¿Quieres saber, Muriel, porqué el mundano
Laúd dejando, en arpa vibradora
Las glorias de la cruz canto cristiano?
¿Quieres saber porqué, bebiendo ahora
Mi inspiracion en el venero vivo
De nuestra Fé, mi voz consoladora
Levanto en el tumulto revulsivo
De nuestro siglo turbulento, al duelo
Del corazon buscando lenitivo?
Pues voy audaz á descorrer el velo
Que tal misterio encubre, en una historia
Que con orgullo y sin temor revelo.
Reservada y recóndita memoria
Del libro immaterial del alma mia :
Historia solo para mí : ilusoria,
Poética y gentil alegoría
Nada mas para el mundo, á cuyo oido
Jamás imaginé que llegaria.
Aparta, pues, del límite florido
De Granada, que estás casi pisando,

Tu pié, menos feraz y entretenido
Sendero agreste tras de mí tomando,
Y avancemos, Muriel... pero medita
Que en la region del alma vás entrando.

LAS DOS LUCES.

Es la existencia golfo que se agita
Circundando islas mil, cuyo olëage
De la *nada* en las playas se limita.
Naves las almas son en que el pasage
Hacemos de este golfo, cuyo centro
El punto es de partida en este viaje.
Centro es la cuna : una isla mar adentro
En la mitad del golfo colocada,
Dó alma y cuerpo se salen al encuentro.
Al mar cada alma desde allí lanzada
Vá de una en otra isla escala haciendo,
Hasta dar en las playas de la *nada :*
Allí, en la inmensa eternidad cayendo,
Náufrago el cuerpo en la ribera espira
Al Criador su nave devolviendo.
Amor, *deleite*, *lujo*, *ambicion*, *ira*,
Gloria, *amistad*, *honor*, *fama y orgullo*,
Islas son donde reina la mentira.
Desde ellas nos reclama con arrullo
Fascinador : de danzas y canciones
Nos envia al pasar manso murmullo :
A ellas con falaces ilusiones
Nos atrae y, viajeros perezosos,
Vamos haciendo escala en las pasiones.
Fé, *ciencia*, *religion*... son luminosos
Faros que por las varias latitudes
Nos guian de estos mares procelosos.
« ¡Voga! nos dicen con su luz : no dudes.
¡Voga! » y, pilotos de arte y esperiencia,
Vamos haciendo escala en las virtudes.
Por las pasiones va nuestra existencia
Sus riquezas gastando, y adquiriendo
Por las virtudes va nueva opulencia.
Las naves bien lastradas al tremendo
Vaiven resisten y olëage fuerte :
Las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo jóven : mi conciencia inerte
Dormia cuando al mundo audaz y solo

Salí fiado en la voluble suerte.
Lěal, franco, inesperto, estraño al dolo,
Creyendo en cuanto vi con fé sincera
Mio el mundo juzgué de polo á polo.
Mi alma entonces, góndola ligera
En manos de señor jóven y ansioso
De vida mundanal y placentera,
Se dejaba guiar por el undoso
Y turbulento mar de la existencia,
Ya á naufragar vecina, ya en reposo
Vogando de aura mansa á la influencia:
Al sol ardiente y á la tibia luna
Meciéndose en el mar con indolencia.
Siguió siempre mi nave y mi fortuna
La dulce poesía, compañera
De mi gozo y mi afan desde la cuna:
Y con voz ora humilde, ora altanera,
Mis placeres canté, mis ilusiones
Hechicé, la ventura pasajera
De la vida fugaz en mis canciones
Celebré; y ora crédulo, ora impío,
Templé mi lira con inciertos sones.
Abordé en mi demente desvarío
Del golfo de la vida las riberas
Todas, sin otra ley que mi albedrío.
Sus islas visité mas hechiceras:
Gloria, *amistad*, *amor*, *deleite*, oyeron
Mis insensatas cántigas primeras:
Y dó quier por el golfo me aplaudieron,
Y de lauros cargáronme la frente,
Y embriagándome al fin, me embrutecieron.
Triunfé, amé, disipé, reñí insolente.
¿Qué saqué de esta vida vergonzosa?
Hastiado el corazon, seca la mente.
Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
Marcha me conducia abandonado
Al olěage de la mar undosa.
Entonces recordé mi sosegada
Niñez: cuando mi madre me tenia
Sentado en sus rodillas y posada
Su mano en mi cabeza, dirigia
Mi atencion al altar donde radiante
Se elevaba una imágen de MARIA.
Y entonces recordé la voz vibrante
Del monge que en el púlpito esclamaba:
« La existencia mas larga es un instante;

Honor, gloria, poder, todo se acaba
Con ella : solo nuestras obras viven :
Y ¡ ay del que con sus obras no se caba
Su tumba! Todos del Señor reciben
Para el bien un talento, y Dios ordena
Que el suyo todos para el bien cultiven. »
Recordé que esto oí en la edad serena
De la cándida fé, cuando la mente
Vírgen recibe la impresion ajena
Que conserva indeleble eternamente.
Hasta entonces jamás mirado habia
Detrás de mí : tórneme ansiosamente
El rastro á ver de la existencia mia :
¿Qué vi? la inmensidad del oceano
Que tras de mí desierta se estendia.
La nave de mi alma un solo grano
De lastre no llevaba, ni una sola
Flor de las islas conservó mi mano.
El rumor de una ola y otra ola
No mas en torno oia, y el profundo
Són de la mar que el corazon desola
Blando susurre ó muja furibundo.
¿Me comprendes, Muriel? te voy contando
La historia de mi alma : lo que al mundo
Nadie cuenta jamás : lo que llevando
Vá cada cual consigo, cuidadoso
En el inquieto corazon guardando.
Lo que el hombre no dice vergonzoso,
Mas lo que á solas piensa en el momento
En que cierra su párpado al reposo.
Iba yo, pues, al oleage lento
Del golfo de la vida en la barquilla
De mi alma vogando, el pensamiento
Tornado á mi niñez, de toda orilla
Lejos, el corazon triste y vacío
De lo pasado, viendo que la quilla
Del alma no dejaba entre el bravío
Oleage señal, y nuevo rumbo
Dar meditando al barquichuelo mio :
Y hé aquí que de las ondas al balumbo
Avanzando al azar ciego y perdido
De olas en olas y de tumbo en tumbo,
Vi una isla á lo lejos ; decidido
Torné á ella mi proa y tomé suelo
En país para mí desconocido ;
La *isla de la Razon* era, que el cielo

Puso en mitad del viage de la vida.
La rica nave, el débil barquichuelo
Que allí aporta sin rumbo, la perdida
Brújula cobra y desde allí dirige
Su viaje á fácil playa. Guarecida
La *Razon* de esta isla, en ella rige
Como reina, teniendo en su ribera
Dos luces siempre ardiendo y una elige
De las dos el que arriba, su postrera
Travesía al hacer: cada uno enciende
Su antorcha en una y, breve ó duradera,
Con esta luz su travesía emprende,
Cuerdo ó desatinado, el navegante
Que á sí no mas en la eleccion atiende.
De saltar en su isla en el instante
« De la fé es esta luz, del siglo es esta »
Me dijo la *Razon*: y, vacilante
En la difícil eleccion funesta
Entre la fé y el siglo, al alma mia
Entre las luces de ambos dejó puesta.
La antorcha de la fé no despedia
Mas que un rayo de luz tranquilo y puro,
Que por la limpia atmósfera subia
Recto á perderse en el azul oscuro
De la pura region, que el ojo humano
No contemplo jamás fijo y seguro.
A la *luz de la fé* nada cercano
Sobre el haz de la tierra se alcanzaba:
Pero en la altura del zenit lejano
Veiase una estrella y se dudaba
Si la luz de la fé de ella venia,
O la luz de la fé se la prestaba.
Yo entre la tierra y la region del dia
Este rayo comun juzgué, y no en vano,
Que comunicacion establecia.
Circundaba este rayo soberano
Rico enjambre de abejas luminosas
Con alas de oro, cuanto mas cercano
Al resplandor su vuelo mas hermosas:
Y en el centro del rayo refulgente
Labraban sus panales oficiosas.
Quemábalas al fin el foco ardiente
Y en lugar de en cenizas convirtiéndolas
En bellísimas aves, de repente
La luz del rayo místico impeliéndolas,
Tomaban vuelo hácia el zenit palomas,

Aguilas, cisnes, garzas y oropéndolas;
Y abrasada su miel, suaves aromas
Exhalaba que en la aura derramándose
Embalsamaban mar, valles y lomas.
La *luz del siglo*, móvil elevándose,
Culebreaba con llamas refulgentes
De su foco en redor desparramándose,
Formando con sus llamas trasparentes
Un bello árbol de luz que reflejaba
Los colores del iris esplendentes.
Bajo este árbol radiante vegetaba
Innumerable coleccion de flores,
En la que muchedumbre se criaba
De mariposas, ricas en colores,
Agradables en forma y movimiento,
Y en gala incomparables y en primores.
Susurro vago y apacible y lento
Con sus alas hacian y en contorno
De aquel árbol de luz giros sin cuento:
Mas al fin deslumbradas y al bochorno
Del fuego enloquecidas, acercándose
Al foco abrasador, del rico adorno
De sus puros colores despojándose,
Poco en poco en la luz se iban lanzando
Y unas tras otras en la luz quemándose;
Y un poco de humo fétido exhalando,
Polvo las mariposas se volvian,
Su sitio ante la luz á otras dejando.
Mas bellas las abejas renacian
En la luz de la Fé, y las mariposas
Polvo en la luz del siglo se volvian.
¿Quién de aquestas dos luces misteriosas
La alegoría mística no advierte?
La miel de las abejas oficiosas,
Que en aroma á su luz la fé convierte,
Son *las obras* del hombre, que embalsaman
Su memoria triunfante de la muerte.
El polvo que de sí cuando se inflaman
Las mariposas sueltan, son *las horas*
Que en el siglo sin fruto se derraman.
Estériles asi ó germinadoras
Son, sin fé, mariposas nuestras vidas
Y abejas con la fé trabajadoras;
Las almas naves á la mar partidas,
Ricas, seguras, con la fé vogando,
Con el siglo, sin lastre, sumergidas.

Todas de la *Razon* van arribando
A la isla: en sus luces toman fuego
Y siguen á las costas navegando.
Yo, que há ya siete lustros que navego
Por la existencia, á la *razon* arribo
Y en su luz tomo de mi antorcha el fuego:
Y el escaso talento que recibo
Del Señor para el bien, constante abeja
Labrando mi panal, con fé cultivo.

Pienso que de mi fé duda no deja
En ningun corazon mi alegoría,
Pues mi alma en sus luces se refleja.
¿Que es un poeta? un ave en la sombría
Selva del mundo por su Dios lanzada
Para llenar sus senos de armonía:
Mas no para gorjear desatinada
Dia y noche, la selva ensordeciendo,
Malgastando la voz que le fué dada
Para elevarla audaz sobre el estruendo
Mundanal, y con fé consoladora
La gloria de su Dios enalteciendo.
No al poeta se dió la voz sonora
Como engañosa voz á la sirena
Ni como al cocodrilo voz traidora;
La del poeta el ánimo serena
Del hombre por la tierra peregrino:
Dulce y divina voz que le enajena,
La pátria celestial de donde vino
Recordándole siempre y aliviando
La fatiga mortal de su camino.
¡Ay del poeta que, sin fé cantando,
Solo murmullo efímero levanta
Como el agua y el aire susurrando!
¡Ay del poeta que su fé no canta
Y la gloria del pueblo en que ha nacido,
Enronqueciendo en vano su garganta
Mariposa y no abeja! — Tal ha sido
La causa que, tenaz, de esta obra mia
En el asiduo afan me ha sostenido.
Cambia con mi *razon* mi poësía
Y á *la luz de la fé* recapacito
Que he sido mariposa hasta este dia.
Há siete lustros que la tierra habito,
Ave insensata que en la selva trina
Con inútil gorjear, y necesito

Utilizar la inspiracion divina
Que al poëta da Dios, el sacrosanto
Sino compliendo á que mi sér destina.
Y hé aquí porque cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y español, con fé y sin miedo,
Canto mi religion, mi pátria canto.
Con mi destino cumplo como puedo;
Y si sucumbo por llenarle, en suma
Con Dios en paz y con mi pátria quedo.

Ahora, Muriel, en alas de mi pluma
Volvamos al dintel de mi poema
(Puesto que es fuerza que de tal presuma).
En tanto, pues, que en la jornada estrema
Tocamos, ven conmigo hácia GRANADA,
Régio floron de la oriental diadema.
Ven de mi narracion la no trillada
Senda siguiendo: al arabesco estilo
La encontrarás de flores alfombrada.
No es un camino real tirado al hilo
Derecho y espacioso, mas conduce
Por medio de un vergel al régio asilo
Del alcázar muslim, y se introduce
Antes por Bib-arrambla, dó las flores
Verás mas bellas que el Genil produce.
Fátima la Zegrí, *perla* de amores,
Cual su nombre lo dice: la Azafía
Cándida como el suyo: la en labores
Estremada Jarifa: *albor del dia*,
La dicha asi por su beldad, Zoraya:
Zaida, que fuego en el mirar tenia:
La *espejo* de constantes Almeraya:
Zelinda, la orgullosa alpujarreña:
Borina, prez de la murciana playa:
Zora, la voluptuosa malagueña:
Zobeika, la rival de Sarracina:
Lindaraja, la ardiente zahareña,
Y cuantas tuvo, de beldad divina
Prodigios humanados, nobles moras
La conquistada corte granadina.
Hallarás en mi libro encantadoras
Leyendas, orientales fantasías,
Que mas dulces tal vez te harán las horas:
En rimas pobres, pues al fin son mias,
Pero halagüeñas para aquel que aprecia
La hispana gloria y los pasados dias.

No encontrarás los númenes de Grecia
Invocados en él: genios distintos
Asisten á mis héroes en su recia
Caballeresca lid; entre sus plintos
Los templos de la cruz no dan ya paso
A Vénus ni á Pluton, ni en los recintos
De la Alhambra jamás trotó el Pegaso:
Que el rayo vivo de la fé cristiana
Cegó á las musas y quemó el Parnaso.
Hallarás en mi libro, á la africana
Usanza, algo escesiva galanura,
Pues fiel la lira con la accion se hermana
Y el tono que la dá seguir procura:
Mas no el poema juzgues de la vaga
LEYENDA DE AL-HAMAR por la lectura.
Su narracion fantástica divaga
Enfática y difusa á cada punto
Por su argumento celestial, que halaga
Tal vez, mas tal vez cansa; su conjunto
Ni en forma, ni en estilo dá en efecto
De mi poema idea, aunque su asunto
Se encuentra al del poema tan afecto
Que, á faltar la leyenda, desmembrada
Su accion pareceria é imperfecto
Su plan, como palacio sin portada.
Tal es mi obra. — Ahora penetremos,
Muriel, en el recinto de GRANADA.
¡Y ojalá que á sus términos estremos,
Como á risueño fin de alegre viaje,
Al compás de mi cántico lleguemos!
¡Y plegue á Dios que el bárbaro ropage
De mi cuento muslim vuelva con pompa
Manto imperial el albornoz salvage!
¡Y plegue á Dios que, cuando el canto rompa,
Se me torne el laüd que me acompaña
La de Homérico són épica trompa,
Que el eco lleve de mi voz á España!

III.

ASPIRACION.

¡Cristiana inspiracion, hija del cielo,
Que diste sér á mi cancion primera,

De mi existencia en el placer y el duelo
Guia siempre lëal y compañera !
Tú que, al vestirme mi mortuorio velo,
Dirás conmigo mi oracion postrera :
Tú que abrirás con el sepulcro al alma
De la tranquila eternidad la calma :

Tú que, al soplo de un aura perfumada,
Con mi espíritu errante has recorrido
Los desiertos del Africa abrasada,
Pensil de palmas, de serpientes nido :
Y los cármenes frescos de Granada,
Eden para los árabes perdido :
Y los talleres de Albíon oscura :
Y de Parîs la bacanal impura :

Tú que, perenne, con materna mano
Conservaste en mi alma por dó quiera
De la Esperanza el incorrupto arcano
Y de la Fé la inestinguible hoguera :
Tú que, al cruzar el arenal mundano,
Has templado mi sed rabiosa y fiera
Aplicando á mis labios la ambrosía
Del cáliz de la dulce poesía :

No me abandones hoy que necesito
Purificar y esclarecer mi idea,
Al fuego santo del fanal bendito
Dó inflamó Dios tu inestinguible tea.
Hoy que anhelo una voz de eco infinito,
Que mas que de mortal robusta sea,
Para enviar á la tierra en que vi el dia
En alas de un cantar el alma mia.

¡ Inspiracion católica, mas fuerte
Que los tres elementos destructores
De la envidia, del tiempo y de la muerte !
Ciñe mi sien y mi laüd de flores :
Mágico encanto en mis palabras vierte
Y, en brazos de los vientos voladores,
Del turbio Sena al pobre Manzanares
Lleva mi corazon en mis cantares.

Vuela y á España di que todavía,
Sin ira y sin pavor, mi voz resuena

Sobre el festin de la centuria impía,
Que á sus míseros hijos envenena
Brindándoles las copas de su orgía,
Que la revolucion con sangre llena:
Dila que hasta que espire en mi garganta
Celebrará su gloria y su fé santa.

FIN.

